



TU,
NADA MÁS

ANA COELLO

*No contó con que su mundo de sombras
iluminaría el suyo...*

Nova Casa Editorial

Ana coello

**Tú,
nada más**

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, Ana Coello

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Imagen cubierta

© Fotolia / picsfive

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Mario Morenza

ISBN: 978-84-16942-40-4

Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción
prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún
fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Índice

[Tú, nada más](#)

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Sin remordimientos](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[Entorno negro](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Condiciones](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Juego extraño](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[No es una cita](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Nada más](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Vivir el momento](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[Trampa agria](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[Respuestas](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Mejor que eso; nada](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[Horas vacías](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[Caos emocional](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[Corazón roto](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[Asunto resuelto](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[Fin del juego](#)

CAPÍTULO 15

Aprendiendo

CAPÍTULO 16

Su razón

CAPÍTULO 17

Tanta maldad

CAPÍTULO 18

Aparentemente frágil

CAPÍTULO 19

Lo que sí era

CAPÍTULO 20

Espacio oscuro

CAPÍTULO 21

Tú, nada más

CAPÍTULO 22

Su fin

CAPÍTULO 23

Monstruo

CAPÍTULO 24

Luz extinta

CAPÍTULO 25

Libre como el pensamiento

CAPÍTULO 26

Así lo quiero, así lo quiere

CAPÍTULO 27

Eres todo

CAPÍTULO 28

Un motivo

CAPÍTULO 29

Rabia

CAPÍTULO 30

MUNDO DE SOMBRAS

CAPÍTULO 31

Aturdido

CAPÍTULO 32

[Colisión](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[Inevitable](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[La luz](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[Luminiscencia](#)

[EPÍLOGO](#)

[Ana Coello](#)

Sinopsis

Marcel; indiferencia.

Anel; fragilidad.

Sin saberlo viven escondidos en sus propias sombras, en sus mundos sin luz, en la soledad. Pero de pronto algo cambiará y después de defender a esa chiquilla flacucha en aquel salón de la universidad, se encuentra atraído por su tranquilidad, tentado por su ingenuidad, y es por eso que la arrastra a un juego en el que desear es la parte medular, en el que sin notarlo, todo se transformará.

¿Será sencillo continuar esa gélida realidad a pesar de que como estrellas en la noche iluminan su oscuridad?

¿El deseo que su sola cercanía despierta, no exigirá más? ¿La posesividad es parte de la necesidad? ¿Por qué a su lado, todo parece mejorar?

A mi hija, un ser lleno de luz...

En lo desconocido está el misterio, en el misterio la intriga de seguir, y en ello, un mecanismo de protección que se verá afectado por esas ganas de continuar, por la necesidad de volver a sentir que la vida aún tiene algo que dar.

Sin remordimientos

CAPÍTULO 1

—¡Puf! Creí que este jodido semestre jamás llegaría —exclamó Rodrigo con hastío, observando, mientras se frotaba las manos, a los estudiantes que iban rumbo a sus aulas.

Marcel le dio una calada a su cigarro mostrando una sonrisa torcida. Sí, todos parecían asquerosamente felices por comenzar el último puto semestre y para él solo era el recordatorio de que ya estaba a un paso de ir derecho a la tumba donde se sepultaría el resto de sus días.

¡Mierda!

Joel, el más alto de los tres, tomó un sorbo de su café, y negó en silencio.

—No sé qué puñeteras disfrutas. Estamos jodidos, Rodrigo. Ahora sí se acabó el pretexto de la inmadurez. —El aludido se encogió de hombros. Era ecuánime, sosegado y, aunque disfrutaba de los desmanes y fiestas, sabía lo que quería, hacia dónde iba.

—No necesariamente, Joel. Eres un puto amargado igual que este. —Le dio un empujón a Marcel, riendo—. No todo es ir de cama en cama, de antro en antro y terminar ahogado hasta el amanecer.

—¿Ah, no? Tú has de pasar la vida en el celibato y encerrado en tu casa —se burló Marcel con sarcasmo.

—¡Vete a la mierda! —rio Rodrigo—. Algún día comprenderás que saber lo que uno quiere, no es tan malo. —Su amigo rodó los ojos dándole otra calada.

¡Y un carajo, eso ya qué más daba!

Varios chicos más se unieron conforme trascurrían los minutos. Era simplemente imposible que todos ellos pasaran desapercibidos. Ni por su físico, ni por su seguridad, ni porque se hacían notar de alguna manera.

Aún no salía el sol, el frío a las casi siete de la mañana calaba los huesos por mucho que vivieran en Guadalajara y por mucho que ahí no se conociera la nieve. Pero a ese grupo de jóvenes parecía darles lo mismo estar ahí, afuera de sus aulas, la segunda semana de enero. Gritaban, bromeaban y sonreían sin importarles nada.

Tres chicas, como otras tantas, caminaron frente a ellos por el pasillo. Parecían nerviosas pues dejaban salir risitas y sus movimientos eran rápidos, algo extraviados. Evidentemente eran de nuevo ingreso y, por su pinta, no serían de las que en un par de semanas sabrían sus nombres.

De inmediato comenzaron los codazos burlones, ya que apresuraron el paso en cuanto pasaron frente a todos, y es que a cualquiera le hubiese intimidado ver esa cantidad de chicos parloteando y aventándose, diciendo groserías, mientras fumaban y hablaban tontería y media. Por no decir que era muy evidente que se trataba de veteranos, cuestión por la cual nada les importaba demasiado.

Una de ellas, un poco más delgada que las otras dos, tropezó justo frente a esos fanfarrones. Por lo mismo, las cosas que traía entre las manos cayeron y más de uno pensó que su rodilla había resultado lastimada. No obstante, fuera de ayudarla, dejaron salir sonoras carcajadas de burla que hubiesen herido el ego de cualquiera, pero en el caso de esa joven, arrancaron una lágrima que se apresuró a esconder. Se incorporó patosa. De inmediato una de las chicas se acercó, la ayudó a levantarse y, sin verlos, desaparecieron por el corredor.

Rodrigo chasqueó la lengua negando, mientras los demás se aventaban unos a otros en plena carcajada.

—¿Vieron eso? —soltó uno burlándose.

—Pobre, seguro es nueva —respondió otro que aún se reía. Marcel volcó los ojos. Rodrigo era el típico chico de sentimientos nobles; sin embargo, tenía cierta vena endiablada pues seguía juntándose con ellos.

—Y sus lentes no sirven para nada, eso sí que es estar jodido —reviró Marcel llenando de nuevo sus pulmones de humo como si fuera lo más obvio del mundo. Así era él: cínico, sarcástico, insufrible, con un físico favorecedor que sabía usar para su conveniencia cuando se le pegaba la gana, y, por si fuera poco, inteligente y sin problemas financieros. No era que los demás carecieran de esas aptitudes, pero como Marcel, ninguno de ellos, ni en lo bueno, ni en lo malo.

—Algún día estuvimos en su lugar, imbécil. —El aludido rio abiertamente.

—En tus putos sueños, yo cuando entré no lucía así... —Las bromas siguieron hasta que el maestro llegó y todos ingresaron al aula sin chistar.

La mañana pasó aburrida, monótona y llena de invitaciones para la noche. Así era siempre. Por lo mismo muchas horas más tarde Marcel terminó ebrio, llegando de puro milagro a su apartamento en la madrugada. Nadie le diría nada, no existía quién lo vigilara, mucho menos, lo retara.

—Creo que para variar tienes club de fans —expresó uno de sus amigos en la cafetería central del *campus*. Marcel torció la boca en una sonrisa seductora que jamás fallaba. Siguió la mirada de Lalo. En la esquina, unas chicas que debían ser de primero, lo veían con ademanes de soñadoras, pero no solo a él, sino a varios de los que ahí se hallaban.

Soltó la carcajada cínicamente, les guiñó un ojo y les aventó un beso con sorna.

Una joven, que hasta ese momento notó, levantó el rostro. Era la misma que resbaló frente a ellos hacía unos días. Sus mejillas se tiñeron de rojo y, pestañeando, acomodó sus gafas. No era fea, al contrario, aunque no se trataba de una mujer que lo atrajera en lo absoluto, no debía pasar de los 18, aunque si le decía que tenía 17, le creería. Cabello castaño recogido en una trenza desordenada, tez blanca, boca de corazón y naricita respingada. El color de ojos, ni idea... Sin embargo, lucía demasiado infantil, inmadura y aburrida, muy aburrida.

Elevó una comisura de la boca con pedantería, lo suyo no eran las niñitas con pinta de no matar una puta mosca, sino las de su edad en adelante. Eso de las rabietas y tarugadas del estilo lo hastiaban de inmediato. Por otro lado, la experiencia y sensualidad crecía con el pasar de los años y, a él, eso le fascinaba, nada como una chica atrevida, osada, que se aventurara con decisión.

Las miradas continuaron algunos recesos más durante la semana. Respondían todos de la misma manera y parecía que eso les agradaba, pues aunque tenían del tipo «intelectual» reían bobaliconamente. Bueno, no todas, por ejemplo, la que se sonrojó aquel día, vivía con la nariz clavada en un libro que no tenía idea de qué iba, pero que parecía mantenerla bastante intrigada porque ni pestañeaba debido a su interés en las letras.

El lunes llegó, otra vez. Odiaba ese puto día, pero no tenía de otra salvo pasarlo y rogar que el maldito viernes apareciera.

Efrén, hermano de su padre, ya le había marcado para felicitarlo por estar tan próximo a ser lo que todos esperaban. No le agradaba en lo absoluto recordarlo. Hacía años que se desentendió de eso y creyó que nunca llegaría el negro día en que tuviera frente a él su gris y opaco futuro. Se equivocó.

Iba maldiciendo entre los pasillos rumbo al estacionamiento cuando escuchó un quejido lastimoso proveniente de uno de los salones. Enseguida, voces masculinas que reían, gritaban y se burlaban. Con las manos dentro de los bolsillos del *jeans* se detuvo enarcando una ceja.

—No te hagas, cuatro ojos, con esa boquita seguro te sale estupendo, hasta te va a gustar... —¡Guou!, ¿hablaban de lo que creía? Esperó, no era partidario de meterse en problemas, regularmente los ignoraba, pero tampoco se iba ir de largo así nada más sin asegurarse de que no era lo que estaba pensando.

—Dame mis lentes... ¡Déjenme! Ya, por favor —rogó la vocecilla más tierna que hubiese escuchado.

—No, no, no. No has entendido; o nos haces los trabajos o sabrás lo que es dar placer a cuatro y al mismo tiempo. —Marcel abrió los ojos bufando de enojo. ¿Era en serio?! ¿Algo así de humillante estaba ocurriendo en ese puto plantel?! Prendió el celular, activó la cámara, acto seguido entró y grabó a los bastardos hijos de puta que acosaban a la chica, mientras esta permanecía pegada a la pared, supuso, porque no podía verle el rostro, aunque sí sus manos alzarse para intentar agarrar sus gafas.

—Bravo —y aplaudió cuando estuvo completamente seguro de tener las pruebas contra ese grupo de animales. Los acosadores giraron de inmediato, furiosos. Sus edades promediarían a lo sumo los 19, pero exhibían unos rostros de depravados haraganes que no podían esconder.

—¿Tú qué, imbécil? —dijo uno, mientras otro ocultaba por completo a la joven.

—¿Yo, qué? ¿Esa es buena pregunta? —Dos dieron un paso hacia él. Los miró de forma inescrutable. Hacía mucho que el miedo desapareció de su vida, pues cuando no se tiene nada que perder, nadie a quien amar, nada te puede lastimar—. No se muevan, idiotas. Resulta que el rector es mi tío y, bueno, ahora mismo le está llegando el video... —Alzó el móvil, riendo con cinismo fingiendo mandar algo. Enseguida palidecieron.

—No es verdad, ¡y no te metas! —rugió un niño al que su cabello oscuro le tapaba casi todo los ojos.

—Bueno, si no me creen, lo harán en unos minutos que venga hacia acá para expulsarlos... —se cruzó de brazos arqueando una ceja, indolente. Entre ellos se miraron dudosos. De pronto, quien tapaba a la chica, se quitó. Notó algo desconcertado, un poco intrigado, que se trataba de la chica que vivía sumergida en el libro en la cafetería y.

Las lágrimas salían, mas no era llanto, se limpiaba las mejillas pestañeando, evidentemente nerviosa. Marcel mantuvo su expresión impávida.

Al pasar aquellos abusadores a su lado tomó uno por la camisa, el que estuvo bravuconeando. Lo levantó levemente y acercó el rostro de él al suyo, dejándolo pálido.

—Conozco gente que les encantaría mantener a tu asquerosa boquita bien ocupada, así que más vale no te vuelva a ver... Hijo de gran puta. —El chico asintió nervioso, sudoroso. Lo soltó y de inmediato salió corriendo.

En cuanto estuvo seguro de que se alejaron, guardó el móvil y giró. La joven ya se ponía los anteojos y recogía sus cosas. La observó desde su posición. Era demasiado delgada, aunque tenía lindo cabello, muy natural y una piel como porcelana.

—¿Tienes auto? —Se escuchó decir con tono amargo, sentía ácido en la garganta. Ella negó encarándolo. Su naricilla estaba enrojecida, y seguía limpiándose las mejillas con la manga de su suéter violeta—. Vamos, te llevo —con un ademán le indicó que lo siguiera.

—No... Yo...

Sí, demasiado tierna esa voz. Sacudió la cabeza, irritado.

—Dije que te llevo o preferirás que eso chicos te estén esperando por ahí. —No era de mucha paciencia, tampoco un alma samaritana, así que no le rogaría. Avanzó, consciente de que la flacucha, como la apodó en su cabeza, iba detrás. Llegó a su pickup doble cabina gris plata y subió. La chica abrió, cautelosa.

—Yo... —Marcel prendió el motor haciéndolo rugir sin mirarla.

—O subes o cierras, tengo un hambre de perros —bramó, prendiendo la radio. Al momento de entrar y encender la camioneta, conoció el aroma agradable de aquella flaca chica, pues un leve olor a cítricos le llegó a la nariz.

Salió del *campus* sin dirigirle la palabra.

—No sabes dónde vivo —murmuró la joven con ese tono dulce. Apenas si la escuchó, ya que Kasabian a todo volumen no ayudaba. Se encogió de hombros virando la camioneta.

—¿Para qué? —cuestionó, dándole pequeños golpes al volante al ritmo de la música. Se percató del momento justo en el que ella elevó el rostro y lo miró. Le importó una mierda.

—Yo... Yo debo llegar a casa... —su voz se quebraba.

—Después. Te dije que ladro de hambre... Ahora quiero comer. —De reojo notó como se acomodaba un mechón de su trenza castaña ya un tanto deshecha debido a lo ocurrido.

—Por... Por favor —rogó. Apagó el sonido de un manotazo y justo en un alto la perforó con sus verdes ojos.

Era realmente imponente, y muy guapo si era sincera, pero parecía duro, rudo.

—Escucha, creo que un «gracias» sería educado. Sin embargo, me importa un carajo tu agradecimiento. Me debes una y vamos a mi casa, no más discusión... Aunque siempre puedes bajarte en este puto momento y mañana averiguar si esos hijos de perra no retomarán lo de hoy —por supuesto no lo harían. Era mentira lo de su relación con el rector, pero por la tarde le marcaría a uno de sus asesores que sabía tenía estrecha relación con él y le mandaría el video. ¡A la mierda si imbéciles como esos continuaban ahí! Aun así, definitivamente no se desviaría para llevar a la flacucha a su casa.

Cuando la vio de cerca, notó que de verdad no era nada fea, al contrario. Una idea morbosa se formó en su cabeza al ver su dulce semblante. El rubor de las mejillas de la joven le hizo saber que estaba avergonzada, además de llorosa. Sin más, la chica se giró y perdió la vista por la ventana. Para su asombro no dijo nada más el resto del trayecto.

Llegaron al apartamento donde vivía treinta minutos después, ya que era la hora de más tránsito en la ciudad y todo se volvía un caos. Estacionó la camioneta en la cochera subterránea.

—Gracias... —susurró ella yendo a la salida. Marcel giró sus ojos hacia arriba. No, esa flacucha no se iría así, sin más.

—Come algo y te vas... —se detuvo vacilante—. Tenías facha de ser educada... —La pinchó chasqueando la boca y caminando rumbo al elevador. La escuchó resoplar por detrás. Sonrió. Entraron al aparato metálico en silencio. Un minuto después las puertas se abrían en el piso 17. Ingresó la llave en el número 34, oyó cuando ella cerró despacio—. Hay pizza... De ayer... Siéntate —ordenó, abandonando la mochila en el descanso del pulcro piso blanco y metiéndose enseguida en la cocina que se encontraba justo después de la ancha barra que fungía de comedor, aunque había uno que sí lo era. Obedeció, taciturna, en silencio—. Toma —dejó un plato sobre la mesa con un trozo recién salido del microondas y una gaseosa. El aparato volvió a sonar, sacó dos trozos y se ubicó frente a ella recargando su brazo con desgarbo sobre la superficie de granito.

—¿Cómo te llamas? —La cuestionó al ver que veía su comida con un poco de desagrado. La joven alzó los ojos, eran color miel revolcados con azul marino, jamás vio algo así; llamativos, redondos, como dos lagunas turbias y cristalinas. Lo cierto era que en conjunto era muy bonita, sin embargo, los pómulos se le marcaban bastante, y las leves ojeras no le ayudaban mucho.

—Anel... —Alzó las cejas devorando su segundo trozo.

—¿No piensas comer, Anel?, o ¿estás a dieta como todas las mujeres? —La chica agarró el pedazo y

le dio una mordida diminuta. Casi suelta la carcajada—. ¡No inventes!, estás tan flaca que pareces de 12... —notó que se tensó, ahí, frente a él, y dio una mordida más grande, masticando a conciencia.

—¿En serio conoces al rector? —preguntó una vez que pasó con esfuerzo el bocado. Su vocecilla lo sosegaba de una manera extraña, además, parecía que no conocía tonos más altos. Metió otro par de trozos a calentar, negando sin verla.

—Pero los expulsarán, sé qué hacer...

—Gracias... —murmuró.

—No me las des. No hago nada gratis —soltó sin más, encarándola fijamente. Ella perdió la mirada, descolocada—. Tranquila, no pretendo hacerte ninguna salvajada. Si te dije que pareces de 12, ¿verdad?

—Sí... —apenas la escuchó.

—¿Qué estudias?

—Derecho —dio otra mordida ridícula a su comida.

—No tienes la pinta... —Anel rodó los ojos, continuó sin verlo. De pronto, minutos después, le quitó el plato y lo aventó al fregadero—. Ven —le dijo al tiempo que se sentaba en un sillón negro de enormes proporciones con cojines oscuros en el respaldo. Se dejó caer y prendió el televisor sin darle importancia. La chica se acomodó a su lado con una distancia prudente estudiando su el lugar—. Mierda, ¿siempre luces tan tensa? —Anel volteó aturdida. Marcel ya se había incorporado, estaba a unos centímetros de su rostro—. Esperas lo peor de mí... Así que no tengo mucho que perder... ¿Qué harías si te beso? —La desafió, divertido. La situación que él mismo propició era de lo más extraña, pero por alguna extraña razón, le agradaba.

Instintivamente se hizo hacia atrás. Él rio abiertamente. Sin pensarlo, acortó la distancia pues ella ya había chocado con los cojines y posó sus labios sobre los suyos con suavidad. No tenía puta idea de qué mierdas hacía, eso no estaba planeado ni siquiera lo deseaba, pero verla con esa fría ternura, le provocó unas ganas asombrosas de corromperla, de probarla, de que se diera cuenta que no era color rosa después de todo.

No se apartó, no chistó, ni siquiera intentó quitárselo de encima.

Sabía a fresco, su aliento era agradablemente limpio, y sus labios... Dios, sus labios eran enfermizamente suaves, como dos bombones expuestos al sol de pleno verano. No se movían, aun así, se mostraban dispuestos.

Estaba casi sobre ella sin tocarla, con sus brazos a los lados de ese delgado dorso. Su respiración se sentía agitada. No dudó, atrapó uno de esas carnosas nubes y la humedeció con la lengua de manera sensual. La escuchó emitir un gemido, sorprendida, luego hizo lo mismo con el otro.

Abrió levemente los ojos sintiendo los párpados muy pesados. Anel no lo veía. Él sonrió para sí, complacido. Cuando por fin la chica en cuestión se abandonó, sintió la necesidad absurda de dejarse ir, de...

Se apartó de inmediato molesto, enojado. ¡¿Qué carajos hacía?! No era un puto quinceañero.

—Tengo cosas que hacer —zanjó dejándola perpleja, ahí, recostada aún con los labios entreabiertos sobre el sillón—. Toma —y sacó un billete de su cartera—. El portero te pedirá un taxi. —Anel se enderezó con las mejillas, o, mejor dicho, los pómulos encendidos. Iba rumbo a su habitación pero se detuvo. Ella ya se levantaba notablemente nerviosa, perdida por la misma situación

—Esto no pasó y tú y yo fuera de aquí no nos conocemos... Evítame si es posible... —La joven asintió temblorosa.

Marcel dio vuelta en aquel pasillo y entró a su recámara aventando la camiseta de manga larga oscura

que llevaba a un sillón gris. Era un imbécil, se reprendió. En primera; ¿para qué mierdas la llevó a su casa? Y luego... ¿Eso?!

Sacudió la cabeza de pronto, entre risas. ¡Bah!, no hizo nada malo tampoco, la chiquilla no se resistió y por si fuera poco sabía delicioso.

Dejó los remordimientos de lado sin dificultad. Sacó su móvil del bolso sonriendo torcidamente mientras se adentraba al baño, una ducha le vendría bien, pero antes que nada debía ocuparse de esos degenerados. Gente así no debía siquiera estar pisando las calles.

Entornonegro

CAPÍTULO 2

En el taxi iba retorciendo sus delgados dedos, a punto de colapsar. ¿Qué fue todo eso? Se tocó los labios con la yema pestañeando aturdida. Resopló mientras el auto serpenteaba la ciudad. Su casa no quedaba muy lejos.

Marcel, cómo sabía se llamaba por Mara, una de sus amigas, que como las demás, se derretía por todos esos chicos que se reunían en la cafetería central a gritar, parlotear y demás; le acababa de dar su primer beso. Sonrió, turbada, desconfiada. Eran guapos, de último año y, por supuesto, a ella también le gustaban, aunque prefería no mirar el mundo que le rodeaba. La gente era despreñida, egoísta, lastimaba, sin importar nada y no deseaba más heridas de las ya existentes.

Aún seguía temblando cuando entró a su casa ubicada en una zona exclusiva del área metropolitana que colindaba con la zona donde estaba el apartamento de ese chico que le robó un beso y algo más... El aliento, aceptó un tanto abochornada. Su existencia era tan gris y opaca que lo que acababa de suceder era como si una bengala hubiese iluminado por un segundo su entorno negro.

Hacía una semana que entró a clases. Nada era diferente de lo que su vida solía ser. Las ganas de desaparecer ahí seguían, la ansiedad por lograr evadirse continuaban y la esperanza de que algo cambiara, también.

Abrió la pesada puerta de madera. La opulencia en la que vivía era patética, asfixiante, abominable. Desde que su madre se casó con ese tipo, ya todo iba de mal en peor y parecía que cada vez se alejaba más el día de que tuviese un retorno.

El malestar provocado por esos chicos en el aula aún continuaba atorado justo en medio de su garganta. El sabor amargo de saberse tan expuesta, nuevamente, ante imbéciles que lo único que deseaban era alardear; la cimbró más de lo que hubiese deseado. Justo cuando pensó que algo realmente malo pasaría y el terror hizo que se mordiese la lengua tanto que hasta le sangró, llegó él.

Todavía sentía esa marea de alivio cuando lo escuchó decir todo aquello. Odiaba el miedo, pero era lo único que sabía hacer: temer. Después, de alguna manera, su hostilidad, su firmeza, su gesto inescrutable, le brindaron la certeza que ansiaba en ese momento de tanto pavor.

Lo siguió sin chistar pues no deseaba averiguar si esos tipos la esperaban por ahí. Luego, cuando no la llevó a su casa, debía confesar que sintió cierto alivio. No era el sitio que más le gustaba, sino todo lo contrario, y alejarse de ahí con el pretexto que fuese le parecía buena idea. Pero, además, estaba la forma en la que él se manejaba, la seguridad que proyectaba.

Era un chico atractivo, cabello oscuro, casi al ras del cráneo, de ojos verdes, enormes, cejas muy pobladas, mirada dura, nariz ancha y boca grande, fuerte. Barba incipiente, no más de uno ochenta y cinco, complexión media notoriamente apetecible y bien torneado, o por lo menos así lo catalogaban Mara y Alegra. No fue muy sensato ir a su apartamento, debía aceptarlo, menos dejarse manejar de esa forma... Pero a últimas fechas ya todo daba lo mismo...

—¿Dónde estabas, Any? — Cleo le preguntó en susurros cuando atravesó la puerta de la cocina. Se trataba de la ama de llaves y cocinera de aquella repugnante mansión. Any se encogió de hombros agotada—. Tu madre preguntó por ti...

—Tuve que hacer algo en la universidad —le daba igual si la regañaban, si la castigaban, si...

—¿Comiste? —Se detuvo dubitativa. Evocó con una sonrisa la pizza que Marcel le ofreció. Odiaba con toda su alma ese alimento, pero tampoco podía nombrar alguno que le gustara en particular, salvo el helado de cereza o menta con chocolate, los plátanos y el pastel de tres leches, nada le agradaba, no desde hacía mucho tiempo, no desde que comer se tornó en tortura y espacio para reclamos, gritos, arrumacos asquerosos y peleas. Al final asintió sin girar. No tenía hambre.

Al llegar a su habitación, justo cuando iba a tomar el pomo de la puerta, una mano dura que reconoció de inmediato, rodeó su cintura. El pánico regresó y el ácido en la garganta la quemó como si de fuego se tratara. La quitó de un jalón respirando agitada.

—¿Por qué no nos acompañó en la mesa, mi caramelito? —Lo detestaba, lo odiaba como nunca odiaría a nadie más. El típico sudor regresó, así como los temblores.

—Tenía... Tenía que hacer unos trabajos. —Recargó su espalda en la puerta buscando la manija para abrir. El hombre sonrió de esa forma que la aterraba, que aborrecía. Las malditas náuseas aparecieron y sus dientes comenzaron a titiritar al tiempo que el sabor de su saliva se volvía amarga. Alto, fornido, cabello rizado y pulcramente peinando, siempre immaculado con sus trajes de marca y tan cerdo por dentro. La repugnante mano se acercó a su antebrazo rosándolo con el dorso. Anel tragó saliva con ansiedad.

—En la cena será entonces, caramelito. —Lo observó alejarse con las piernas apunto de doblarse. Entró a su recámara casi hiperventilando, con la cabeza martillando a tal grado que creía que explotaría, eso sin contar las enormes ganas de devolver el estómago que la invadían, pues la bilis subía y bajaba con ardorosa efervescencia.

Desde que se casó Analí, hacía más de tres años, ese hombre se convirtió en su todo. Por él respiraba, reía, actuaba y pensaba. Ary y ella, fueron hechas a un lado sin contemplaciones, pues Alfredo —nombre del repulsivo tipo que se le acaba de acercar y marido de su madre— la absorbía y le lavaba la cabeza que era un encanto.

Su hermana mayor, Ariana, los ignoraba. Hacía un año que se graduó de Diseño y pasaba todo el día fuera de casa trabajando, además, ese hombre jamás la miró como a ella. Desde la primera vez que la vio, en la casa donde solían vivir, con apenas 13 años, la contempló de una manera que le puso los vellos de punta.

Cuando se casaron, comenzó a acercarse de manera más... Atrevida. Le insinuaba cosas, se sabía vigilada. Intentó más de una vez decírselo a su madre, que solía escucharlas, hablarles, quererlas. Nunca le hizo caso, y, al contrario, lo que ganó fue una especie de resentimiento que crecía día a día. La empezó a humillar en público, a burlarse de su apariencia, de su andar, de lo que decía... A menospreciar. Y a pesar de que Ariana le decía que no le hiciera caso, eso creó mella en su autoestima, en su interior desquebrajando de a poco su alma, lo que en realidad amaba.

El hombre seguía viéndola de esa forma lasciva que la hacía temblar. Si por algo su mamá lo hallaba cerca de ella, sabía bien que todo terminaría de forma desagradable, pero si osaba decirle que él era quien la buscaba; las cosas se tornaban violentas. Por lo mismo, las comidas eran un suplicio, ese tipo solicitaba, por lo regular si sabía estaba en casa, que los acompañara. Frente a su plato, no lograba pasar bocado pues solía estar bajo ese par de miradas que la intimidaban de diferentes maneras.

No se maquillaba, en realidad no se preocupaba en embellecerse, esperanzada en que eso lo ahuyentara, que no la viera de esa manera, pero tal parecía que sus esfuerzos no surtían el efecto deseado: Alfredo seguía avanzando en sus intentos.

Dormía con la habitación bajo llave. Se duchaba muerta de miedo. Nadie sabía lo que vivía a diario. Intentó al principio huir, era menor de edad y su madre la recibió furiosa. Luego, le rogó la mandase a

algún internado, por supuesto, su padrastro se negó y Analí no dijo más. Contactó a su padre, él era de Chicago, lugar donde ella y Ary nacieron, pero que, sin haber cumplido siquiera el año, dejaron pues no se soportaban y no lograron una vida juntos. No lo veía, se hacía cargo de sus gastos a través de su madre, pero con él hablaba una vez al semestre. En esos momentos le pidió la alojara allá. Se negó ya que tenía una familia y no veía cómo podrían convivir.

Su tía, Nuria, una hermana de Analí, era más hueca que una piscina sin agua. Vivía en quirófanos y salas de belleza para mantener bien atado a su millonario marido. Laura, su otra tía, era una mujer que tenía un alto puesto en una compañía de comercialización de software por lo que viajaba todo el tiempo, aunque con frecuencia se iba a dormir a su apartamento y lograba relajarse. Ella era agradable, extrovertida, sonriente, aun así, no se había atrevido a decirle nada de nuevo. Primero; porque temía. Su madre la tenía más que amedrentada para que no estuviera repitiendo esas «tonterías» tal como las creía. Segundo; nadie le creería a una chica tan insignificante, tan poca cosa, que un hombre como ese la acosara. Y, por último, porque tenía pánico que al verse descubierto, al fin cruzara la línea y le hiciera algo que de verdad la marcara.

Se duchó, como siempre, con lágrimas en los ojos. Se puso un pantaloncillo deportivo holgado y se dispuso a hacer sus deberes.

Ni estudiando lo que su madre deseaba le agradaba. Frustrada, vio todo lo que tenía que leer y que le parecía por demás aburrido. Debía buscar la manera de irse. Sin embargo, Analí le advirtió que no quería saber que buscaba un trabajo cualquiera. Su esposo tenía una reputación que cuidar y que ni se le ocurriera irse de la casa como una fulana sin educación, pues la encontraría y haría que regresara truncándole todos los planes. Alfredo era un hombre al cual «el qué dirán» le importaba demasiado, no deseaba verse envuelto en escándalos ya que su familia y apellido eran de abolengo en la ciudad y eso valía mucho, según él. Además, contaba con mucho dinero, así que si su madre se lo proponía, sí, lo cumplirían.

Intentando encontrar sentido a los documentos que debía leer, el tiempo pasó y sin percatarse, cayó profunda sobre el escritorio.

—Any... —era Cleo. Alzó la cabeza desorientada. Casi no dormía, no cuando su madre estaba fuera de la ciudad, ya que debido a su trabajo eso sucedía con cierta frecuencia y esos días fue justo lo que ocurrió.

—¿Qué pasó? —preguntó bostezando.

—Me mandaron a decirte que la cena ya está servida. Baja, evita problemas —asintió desganada. Sin pasarse un cepillo por la cabeza llegó al comedor. Ahí estaban los dos. El hombre le sonrió lujurioso, gesto que ignoró deliberadamente. Su mamá rodó los ojos ante su aspecto desparpajado.

—Eres una facha, en serio, Anel. Das lástima... Péinate por lo menos. —La joven no dijo nada, agachó la cabeza asintiendo—. Así dudo que algún día alguien se fije en ti... Pero es tu problema. ¿Verdad, amor mío? —Y su tono cambió por uno meloso y empalagoso.

—Comamos, Preciosa... Después debemos recuperar el tiempo perdido. —Anel casi vomita sobre ellos. Se besaron como si no existiera mañana, ahí, frente a ella. Su muestra de afecto era molesta, no lo hacían frente a nadie más, solo cuando se encontraba ella sola. Escuchaba los chasquidos de la saliva, los gemidos asquerosos. Jugó con la sopa hasta que la pareja se levantó varios minutos después, ya que cenaron y se cenaron al mismo tiempo.

—Cómo siempre, te haces la víctima... Sabes que no caeré en tus chantajes. Si no quieres comer, no comas. Solamente te diré que con cada kilo que pierdes te ves aún peor, Anel. Pero es tu salud... Ya sabrás tú y tu autoestima hasta dónde llevas esto. —Avanzó, contoneando las caderas al tiempo que

Alfredo la seguía. Ya casi desaparecían cuando él giró y le guiñó un ojo. La joven recargó la cabeza en el respaldo con los puños apretados bajo la mesa, ya ni ganas de llorar tenía.

Cleo la observó desde el umbral negando. En esa casa todo estaba tan torcido que dudaba que las cosas salieran bien.

La noche estuvo atiborrada de pesadillas; chicos que abusaban de ella, una mano enorme que la toqueteaba y unos brazos que la envolvían logrando alejar, con mucho esfuerzo, todo aquello de su débil espíritu. Solía sucederle, aunque jamás nadie la hacía sentir «segura» como en esa ocasión. La transpiración provocada por la mala noche y las repetidas imágenes detestables, empaparon su ropa como si una cubeta llena de agua se hubiese derramado sobre su esbelta figura, tanto, que se duchó nuevamente.

Por la mañana el frío calaba y, abrazándose a sí misma, bajó del auto que el chofer, impuesto por aquel hombre, conducía y tenía a su disposición y al cual usaba muy poco.

El día pasó sin nada interesante, lo común en su vida. Sin embargo, sí estuvo alerta de no encontrarse con esos chicos que la mañana anterior le dijeron cosas tan humillantes. En cuanto a Marcel, le quedaba muy claro que no se lo volvería a topar salvo en la cafetería cuando sus amigas babeaban por esos chicos y él mientras ella leía a José Saramago. Si su vida era deprimente, *Ensayo sobre la ceguera* lo era aún más, así que por lo menos no se sentía tan miserable.

—Son unos bombones —parloteó Mara sorbiendo de su jugo.

—Y ya se dieron cuenta de que eso es justamente lo que piensas —le reclamó Alegra.

—Ash, tú tampoco dejas de verlos —rezongó.

—Ni medio *campus*.

Anel rodó los ojos y continuó su lectura. Absorta en aquellas hojas reflexionó en lo que la mente podía crear cuando no se contaba con la vista... Lo que el mundo se distorsionaba cuando algunos de los sentidos no existían. Así, evadiéndose, era como lograba pasar los días, las horas, el dolor y el vacío.

—¿Y tú?... ¿No te gusta ninguno? —Negó sin levantar los ojos mientras bebía de su malteada—. ¿En qué vas? —Le preguntó Alegra acercándose. Pronto comenzaron una discusión sobre el libro olvidándose lo que a su alrededor ocurría. Si beso al hermoso chico el día anterior, parecía ni siquiera recordarlo, vaya, de hecho lo enterró tan adentro de su memoria que de verdad le daba lo mismo. Aunque si era sincera, aún podía evocar la dureza y gentileza de sus labios sobre los suyos. Sonrió, discutiendo con sus amigas sobre el texto.

Iba caminando por los pasillos rumbo a la salida después de haber hecho eso que tanto le gustaba por unos minutos, cuando unos brazos la jalaban dentro de un salón. Tembló llena de pánico. No de nuevo. Al ver esos enormes ojos aceituna tan cerca de los suyos, soltó todo el aire contenido como si de un globo se tratase. Marcel. No supo si reír, llorar o qué...

—Te veo a las cinco en mi apartamento —ordenó, musitando muy cerca de su piel. Anel intentó alejarse. ¿Era en serio? El chico veía su boca y sus ojos. Parecía nervioso, no deseaba que nadie se percatase, compendió resentida, un tanto dolida.

—No..., no —de pronto se irguió y enarcó una ceja mirándola severamente.

—No detecté la pregunta en lo que te dije. Si deseas saber lo que les ocurrió a esos tarados que ayer te acosaron, ahí estarás... Y si... —susurró contra su oído—, Y si no quieres que lo sucedido en ese salón se sepa, no fallarás. —Anel palideció. No se atrevería. Pero al ver su semblante supo que no bromeaba. Un segundo después salió de ahí sin decir nada dejándole las piernas como gelatina.

Pasó saliva ansiosa, con las palmas sudorosas. ¿Qué fue todo eso? Recargó su cabeza en el muro. Era

todo un imán para imbéciles, aunque ese, en particular, no le desagradaba, al contrario, pero de que era uno, lo era.

Sacudió la cabeza con una sonrisa boba, no tenía nada que perder. Total, sabía qué clase de chico era y ella no era ninguna ingenua, o bueno, no tanto. Algo distinto podía ser interesante.

Poco después de la hora en que la citó, llegó. Demoró unos minutos más, pues, leyendo, el tiempo se le escurrió sin percatarse. De pie ante el umbral, el guardia del edificio la vio y de inmediato le abrió.

No tenía idea de por qué accedió. No debía prestarse a ese tipo de juegos, menos de chantajes. Sin embargo, algo en su ego se infló al saber que él deseaba verla nuevamente.

Sí, ese era el motivo por el que se encontraba ahí.

En cuanto las puertas del elevador se abrieron tragó saliva respirando agitadamente. El apartamento estaba abierto. Entró con las manos entrelazadas frente a su cadera.

—Llegas tarde... —soltó Marcel, sentado en el gran sofá, en el que el día anterior la besó, jugando con la consola algún juego de carreras.

—Lo... Lo siento, tuve que...

—Da igual, ven, toma un control. —Se acercó lentamente. Él le tendió uno sin verla. Lo agarró de inmediato—. ¿Ves ese auto rojo? Soy yo... Tú serás el gris... Estos sirven para moverte, así giras y aquí frenas... ¿Ya? —Anel abrió los ojos sin entender nada—. Listo... Ya estás en la carrera —giró al televisor con el comando entre sus delgados dedos y comenzó a picarle sin sentido—. Te saliste de la pista, Anel... —Lo miró un segundo y de nuevo se centró en la pantalla. ¿Sí? Ni si quiera sabía qué auto era, había más de uno gris. Marcel la sujetó por el codo e hizo que se acomodara a su lado—. No eres mala, eres malísima —soltó, deteniendo el juego. Ella no alzó la vista pues sus grandes manos se acercaron a las suyas, así como también su cuerpo. La calidez que emanó la alertó sin poder evitarlo. El chico comenzó a explicarle cada cosa con burlona paciencia mientras asentía ante cada instrucción dicha—. Ahora... ¿Empezamos? —quiso saber enarcando una ceja, se atrevió a girar. Él estaba a un par de centímetros—. Me agradas, no parloteas, ni te la vives quejándote... —expresó sereno. Se encogió de hombros y reanudó el juego.

Una hora después Marcel reía a pierna suelta sobre el sofá con una mano en su plano abdomen.

—En serio, eres un caso perdido. —La joven lo estudió con las mejillas enrojecidas, por mucho que intentó no lograba mantener al auto sin estamparse con otro o dentro de la pista, definitivamente era más difícil de lo que parecía.

—Nunca había jugado —admitió con voz queda. Marcel sacudió la cabeza negando al tiempo que se erguía.

—Eso me quedó claro, pero tampoco se necesita ser brillante. —Anel desvió la vista incómoda ante la crítica. Su apartamento era agradable, muy moderno, en realidad, no cargado de cosas, ni de colores. Negro, blanco y madera oscura era lo que ponderaba, espacios abiertos y grandes ventanas cubiertas por cortinas blancas de gasa. Vivía solo, comprendió de pronto—. ¿Te gusta? —escuchó detrás de ella. Volteó y, al hacerlo, él, ahí, a un par de centímetros. Fue evidente que no lo esperaba ninguno de los dos. Sintió su aliento sobre sí; cigarro, pasta de dientes, colonia. No olía mal, no como pensó olería alguien que tuviera ese vicio, al contrario, le daba curiosidad volver a sentir su sabor sobre sus labios.

—Sí —dijo, perdida en su boca. En un instante tenía al chico devorándola sin tregua. Pestañeó aturdida, embelesada, maravillada. La lengua de él, sin más, ingresó en su cavidad, tomándola por sorpresa. Quiso retroceder al sentirlo. La mano de Marcel tras su nuca y acunando parte de su mejilla, se lo impidieron.

Era extraño, placentero, intimidante. Sus alientos se fundían sin que pudiese evitarlo. Aferró con dedos

débiles su muñeca y, sin más, se dejó llevar por sus exigencias. Abrió más los labios permitiéndole robar todo lo que en su interior había.

Respirar comenzó a costar trabajo, pensar ni se diga... Eso ni siquiera lo intentó. No supo si fueron segundos u horas, lo cierto era que no deseaba que terminara. El oxígeno empezó a escasear y mantener llenos los pulmones se convirtió en una tarea complicada. Intentó alejarse, sintiéndose de pronto mareada. Él se percató y, jadeando, dejó de besarla no sin antes succionar por última vez con ansiedad uno de esos elixires dulzones.

Permanecieron en silencio casi un minuto sin dejar de verse. Marcel agachó la cabeza rompiendo el contacto, frotándola con sus manos, ansioso y se levantó.

—Tengo cosas que hacer... —La chica comprendió lo que sus palabras querían decir, se puso de pie con las palmas sudorosas. ¿Por qué se portaba así?

—S-sí... Yo... —Marcel se sentía irritado, molesto consigo mismo. La citó porque, maldita sea, no pudo dormir evocando sus labios y lo patán que se había portado. Deseaba contarle que esos imbéciles no regresarían al *campus*. Pero como si fuese un animal, un gran hijo de puta, la atrajo con ruines chantajes, por si fuera poco, no se pudo resistir y terminó de nuevo sobre ella intensificando ahora más que el día anterior el beso. ¡Y es que una mierda!, sabía delicioso, como un chocolate derritiéndose a puto fuego lento.

—Será mejor que te vayas, espero a alguien y... —Anel sintió ganas de llorar. Aun así, logró que no saliera ni una lágrima —. Escucha, tú no eres el tipo de chica que me gusta, mucho menos del tipo con que suelo estar —esa estocada dolió aún más. Pestañeó, desviando la mirada al tiempo que asentía—. Además, pareces una chiquilla y ni siquiera sabes besar. —No aguantó más. Se dio la media vuelta, humillada, y salió de ahí sin decir nada.

Marcel se dejó caer sobre sillón furioso dándole un golpe a la superficie demasiado irritado. Era lo mejor. Ni él necesitaba una niña así a su alrededor, ni ella un tipo tan complicado, tan amargado. Seguro su vida llena de rosa y libros le decía que las cosas siempre terminaban así; «con finales asquerosamente felices» y él mejor que nadie sabía que eso era una mierda. Estar solo era lo mejor para no sufrir, para no decepcionar, para... No necesitar a nadie.

Condiciones

CAPÍTULO 3

La semana terminó y no volvieron a verse, no de esa forma por lo menos. Marcel se sentía irritado todo el tiempo, molesto, por lo mismo decidió que meterse con un par de chicas del *campus* y terminar el fin de semana ahogado en un antro, era la solución perfecta, y así lo hizo.

Sin embargo, esos labios en forma de corazón seguían inmiscuyéndose en sus sueños y en más de una ocasión terminó excitado y bajo la ducha en plena madrugada maldiciéndola en silencio, y otras no tanto, pues buscaba su propio desahogo. La veía poco, pues en la cafetería no siempre coincidían y tampoco la buscó para ver dónde se hallaba esa chica tímida y flacucha que no entendía por qué no se iba de su mente de una jodida vez.

El lunes la vio pasar sin poder evitarlo, pues sus caminos se cruzaron. Reía por algo que le había dicho una de sus amigas que no le quitaban el ojo de encima cuando se topaban. Un aguijonazo sintió en el centro de su pecho. Sonreía «bonito»; sus carentes cachetes aparecían y sus ojos, a través de sus femeninos lentes, se veían más pequeños. Sacudió la cabeza hartó. ¡A la mierda, a la mierda una y mil putas veces!

Anel estaba agotada. Pasó la noche en vela, como las dos anteriores. ¿La razón? Su madre salió de viaje nuevamente. En la madrugada escuchó como ese asqueroso deseó abrir su puerta y, muerta miedo, rogó porque no lo lograra. Gracias a Dios se dio por vencido después de dos intentos. En ese par de días casi no había comido y se sentía al límite.

Por si fuera poco, la forma en que la trató Marcel la dejó con una leve depresión por más de un día que olvidó cuando su madre anunció que se iría. El fin de semana prácticamente no se paró en su casa hasta el anochecer, pues logró perderse en lugares no muy alejados de la ciudad, donde a veces iba, tomando fotos a diestra y siniestra. Así que las madrugadas se pudo dedicar a retocarlas, seleccionar las que más le gustaban y archivarlas.

La cabeza le punzaba y deseaba dormir, dormir un buen rato. Dios, la luz incluso molestaba.

—Yo te llevo. —Al escuchar esa voz a su lado dejó de caminar. Sintió rabia, pero también desconcierto. ¿A qué jugaba? Marcel pasaba de largo, se detuvo y giró, enarcando una ceja indolente al ver que no lo seguía—. ¿No te moverás?

—No —dijo sin saber de dónde sacó fuerzas para hacerlo. No había nadie ahí, esa clase la tenía en uno de los últimos edificios y siempre se demoraba capturando algunas imágenes, ya que al salir del aula, se extendía frente a ella árboles y preciosos paisajes que le exigían ser captados.

Él apretó los dientes ante la negativa. Después de mucho pensarlo decidió que haría algunos ajustes para sacarse esa chiquilla de la cabeza y no se interpondría en sus planes. Se acercó hasta quedar a un par de centímetros.

—Te mentí —soltó avanzando en la medida que ella retrocedía. Cuando la tuvo donde deseaba; pegada a una de las paredes, la aprisionó con un brazo en cada extremo de su cabeza. Las mejillas de la joven se intentaron sonrojar. De pronto, la palidez de su rostro llamó dramáticamente su atención y todavía más sus ojeras ya demasiado pronunciadas—. Mierda. ¿Eres anoréxica o alguna de esas estupideces? —preguntó. Ella negó al tiempo que hacía una mueca de dolor.

—Me... duele la cabeza —intentó apartarlo con una de sus delgadas manos. Marcel sonrió. Su

extremidad era pequeña, delicada, con dedos largos, pulcros y un par de anillos con incrustaciones de ámbar, eso sin contar las pulseras tejidas que llevaba en su muñeca, tres, llegó a precisar con curiosidad.

—Con mayor razón. —La tomó de la mano sin permitirle chistar, prácticamente la arrastró hasta su camioneta que estacionó justo ahí cuando supo que tomaba esa clase al seguirla un par de horas atrás. Sí, todo eso había hecho con tal de sacarla de sus putos pensamientos.

La trepó sin más y arrancó un minuto después.

—No te entiendo —musitó la joven a su lado. Mantenía sus manos apretando su sien. Le dolía bastante, eso era más que obvio, pues mostraba los dientes al tiempo que cerraba los ojos.

—Eso es lo de menos. Vamos a comprar algo para que comas... Luces como un palo... —ni siquiera parecía haberlo escuchado. Recargó la cabeza en el respaldo con los párpados cerrados y sus pequeñas manos ahí, a los lados de su cabeza—. En serio, Anel. Deja esas tonterías. Te matarán.

—¿Qué quieres de mí? —logró articular sin abrir los ojos.

—Por ahora, que comas... Así que dime, ¿qué quieres? —estaban atascados en el tráfico de las tres. Maldición. Esa avenida era un puto caos siempre.

—Helado... —murmuró. Marcel giró carcajeándose.

—¡Eso no es comida! —Ella torció el gesto ante el ruido y ladeó la cabeza de modo que su rostro diera a la ventana—. Ahora vemos qué puedo hacer —siseó sin remedio.

Media hora más tarde de detuvo en un restaurante de comida mexicana. Pidió un consomé y algo más sustancioso para él. Anel parecía no tener la menor intención de abrir los ojos. En su casa había analgésicos que seguro le servirían. A un par de locales vio una nevería. Sonrió. Compró un bote de chocolate y otro de moras, como a él le gustaban.

—Anel... Ya llegamos —movió levemente su pierna. No dio señales de escucharlo siquiera. Pestañeo arrugando la frente—. Anel, despierta —nada—. ¡Ah!, chiquilla, abre los ojos, no creerás que te voy a llevar cargando hasta arriba —continuó, sin mostrar acuse de recibido. Se acercó para sentir sus latidos. Desorientado, se detuvo en su cuello. Olía a críticos, como a naranja. Le gustó.

Se despabiló y se cercioró de que respirara. Lo hacía. Se alejó recargando la cabeza en el volante. Eso le pasaba por imbécil, por caliente, por... ¡Ah! Bajó molesto. Abrió su puerta y la cargó sin dificultad. La joven se quejó débilmente, aunque ni siquiera parecía registrar que la estaban moviendo. Con esfuerzos pudo solicitar el elevador y ya adentro, pinchar su número. El reto sería abrir el apartamento. Bufó, acalorado, mientras la durmiente seguía ajena a todo. ¡Mierda, eso solo le pasaba a él!

Al llegar a su puerta, logró abrirla después de maniobras que a cualquiera hubiesen despertado, pero a ella, no. Avanzó, no se detuvo hasta que llegó a su dormitorio. Ahí la recostó y, de inmediato, se sentó a su lado llenando de nuevo sus pulmones de aire. No pesaba en realidad, aun así, no era tarea diaria cargar un cuerpo laxo toda esa distancia.

Se limpió la transpiración de la frente agradeciendo que fuese enero y el clima ayudara, de lo contrario, una ducha sería la única manera de desaparecer la sensación de calor. Soltó un suspiro y giró para verla. Acercó, dudoso, una mano hasta el rostro de ella, con cuidado le quitó las gafas de armazón acero inoxidable. No se le veían mal, sin embargo, al quitarlas, le asombró lo largas de sus pestañas castañas, aunque también esas enormes ojeras. Un mechón atravesaba sus labios. Se lo hizo a un lado negando y soltando otro suspiro.

Debía sacársela de la puta cabeza, pero después de luchar todos esos días en vano; decidió que podría tener de ella lo que deseaba y luego... Luego olvidar el asunto. Al fin y al cabo le quedaban unos cuantos meses en la universidad, después su vida cambiaría dramáticamente. Precisaba divertirse en ese momento, no más tarde, y lo sabía.

Dos horas. Ya había comido, incluso hecho algunos de los deberes, jugó con la consola y la chica no parecía tener la menor intención de despertar. Vio el reloj, pasaban de las seis, pronto oscurecería. Entró sin más a su habitación.

El brinco que pegó la joven lo hizo detenerse. Anel miró a su alrededor, asustada, sin reconocer dónde se hallaba.

—¡Ey!, tranquila, chiquilla, estás en mi recámara —le informó con las manos al frente, al tiempo que se acercaba. La chica no comprendió nada.

— ¿P-por qué? —tartamudeó, frotándose el rostro, aturdida. Él se sentó a su lado admirándola en silencio unos segundos. Era más bonita de lo que creyó y su boca, así, recién despierta, hinchada por las horas de sueño, se le antojó adorable. Se encogió de hombros dándole a entender que no tenía ni idea y, sin más, la asaltó tomándola por el cuello.

Anel, al sentirlo nuevamente tan cerca, pestañeó aturdida, pero él no parecía tener la menor intención de parar, al contrario, la iba regresando a las almohadas. Aferró su mano con la idea de quitarlo. Marcel lamió uno de sus labios como si lo necesitara para vivir. Congeló ahí sus dedos dejándose llevar por las maravillosas e indescriptibles sensaciones que ese chico arrebatado le generaba. Su cuerpo sobre el suyo hundiéndola aún más en el colchón mientras adentraba con mayor ahínco su lengua. Gimió al sentirlo de nuevo así, en su interior.

Al parecer, el gesto le agradó a Marcel, pues con la otra mano comenzó a descender por su brazo cubierto por aquel fino suéter color rosa pastel hasta que llegó a su talle. Con su palma apretó su cintura suave y lentamente fue ascendiendo, fascinado. Anel al principio, temerosa, enredó su brazo alrededor de su cuello acercándolo más, dejando salir pequeños sonidos que le parecían celestiales.

No se quejaba, no lo rechazaba.

Llegó hasta un costado de su pecho y con el pulgar lo rozó por encima de la ropa. La chica dio un respingo que él acalló comenzando a besar su cuello, la curva de su rostro, trazando un viaje fulminante hasta su oreja, sintiéndola derretirse bajo su aliento.

No pudo más, metió la mano ahí, bajo esa capa que los separaba. Mierda, su piel era arrebatadoramente tersa. Sintió como sus vellos se erizaban al sentir sus yemas descubriéndola. De pronto fue consciente de lo pronunciado de su costilla, eso lo detuvo.

Por reflejo, Anel elevó el rostro añorando sus labios duros sobre los suyos tomando todo lo que tenía para dar.

—Debes comer —soltó, sentándose con la cabeza escondida entre las manos. La chica se llevó una mano a la boca temblorosa, vacía.

—Yo...

—Debes comer —repitió seco.

—Es mejor que me vaya —La tomó por la muñeca y la acercó un poco, de forma suave.

—¿Recuerdas que hace unas horas te dije que mentí? —Ella asintió con la respiración agitada. Marcel la soltó rozando con el dedo pulgar su labio inferior y luego la miró fijamente con esos pozos aceituna profundamente duros, adustos—. Besas bien. —El cambio de actitud de Anel lo dejó hipnotizado, de pronto su rostro se dulcificó de una forma asombrosa, sus preciosos ojos se abrieron anonadados logrando así que sus largas pestañas toparan con sus lindas cejas—. No ofrezco nada —murmuró embrujado—, no daré nada que no quiera —Anel no se movía, solo lo escuchaba perpleja, sintiendo como un calor desconocido viajaba por su piel, por sus células, por sus neuronas. Nunca nadie la había visto así, nunca nada le había hecho sentir así—, no siento, ni sentiré nada. —La chica se alejó un poco sin comprender a qué iba todo aquello, pero él seguía mirándola de esa manera que paralizaba sus

pulmones—, te lo digo porque no quiero malos entendidos... Porque esto que ocurre no te ata a mí, ni me ata a ti. ¿Estamos? —asintió, apenas si perceptiblemente—. Bien —se giró y caminó hacia el baño—. La comida está sobre la barra, el helado está dentro de la nevera.

No esperó a que desapareciera por completo de su campo de visión, agarró sus gafas y salió de esa habitación. Ya, afuera, inhaló y exhaló varias veces. ¿Qué sucedía con ella? Si él no hubiese parado le habría permitido llegar hasta... el final. Posó sus palmas sobre sus mejillas; ardían.

¿Qué le pasaba con Marcel cuando se acercaba, cuando le hablaba?

¿Por qué se abandonó al sueño una vez que lo sintió cerca?

Cerró los ojos nerviosa, acomodándose un mechón lacio tras la oreja. No entendía nada, lo cierto era que... Le gustaba, le gustaba mucho y ahora que sabía que a él también le agradaban sus besos, se sentía mejor. Anduvo hasta la barra, ahí encontró un consomé servido en un plato hondo. Lo observó, arrugando la nariz.

—Si quieres helado, deja ese plato limpio —sentenció Marcel, pasando tras ella. Dio un respingo y lo miró, un segundo después, metía su comida en el microondas y le indicó con un ademán que se sentara—. No comes y no duermes —expresó, cruzado de brazos, evaluándola circunspecto.

—No me conoces —dijo sin más, dejándolo asombrado, pues aunque veía sus manos, el tono era firme.

—Tienes razón. Pero debes saber que ya estás demasiado flacucha como para que insistas en continuar así. —Esas palabras abrieron un agujero bajo sus pies. Sus hombros se encogieron, desplazó la silla hacia atrás con la intención de irse. Marcel cruzó la barra con su tórax y la detuvo—. ¡Ey!, eres muy bonita, no es necesario que te dañes. —Anel posó sus acuosos ojos sobre los suyos, incrédula—. Anda, siéntate y come. —Le acercó el caldo bien caliente—. Dicen que esas cosas reaniman. —Un segundo después la dejó. Sabía que andaba por ahí, sentado en un sillón tecleando algo en su ordenador personal. De cucharada en cucharada y sin saberse observada, logró acabarlo—. Ahí hay helado, sírvete lo que quieras —la invitó, sin despegar los ojos del aparato. La chica abrió el frigorífico con timidez, no acostumbraba a llegar a casa de nadie y tomarse ese tipo de libertades—. Dejé un tazón con cuchara —Anel giró y lo vio.

—Gracias... —Este asintió metido en lo que hacía. Tomó un poco de ambos y comenzó a comer de pie, allí, en la cocina.

—Veo que eso sí te gusta —sonrió, asintiendo. Marcel torció la boca estudiándola. No sabía bien qué era, pero deseaba contemplarla una y otra vez. Su presencia en aquel lugar era como una brisa refrescante en medio de un calor abochornante.

—Chocomenta y cereza —expresó su vocecilla. Él supo a qué se refería.

—Son buenos sabores... —La joven se acomodó un mechón suelto llevándose otra cucharada a la boca gustosa.

—Vives solo —dijo de pronto, intentando romper el silencio.

—Eres observadora —se burló con malicia. De inmediato se retrajo y fue asombroso notarlo—. Sí —creyó que vendría otra pregunta respecto al tema, sin embargo, alzó el tazón como preguntando si podía agarrar más—. Claro, come lo que quieras —expresó, intrigado. ¿Cómo podía odiar la comida y adorar el helado?, eso era extraño, demasiado extraño.

Cuando al fin lo terminó iba a lavarlo, su mano sobre la suya la detuvo.

No supo en qué momento se acercó. Lo miró de reojo respirando con dificultad. De pronto, sus palmas rodearon su cintura con una familiaridad mágica que lograba tocar partículas de su alma que no sabía que

existían. Sintió su aliento en su nuca; la olía—. En serio, eres muy bonita y... Suave, pero... —apretó su estrecha cintura—, unos kilos más serían perfectos. —De nuevo eso. Intentó zafarse, él se lo impidió, acercándose más a ella. Con uno de sus brazos cruzaba su abdomen y con el otro la obligó a girar su mentón para que lo mirase—. Es tu cuerpo, Anel... Aquí cada quien hace lo que se le venga en gana. ¿Recuerdas? —Esa regla le agradó.

—Deja mi figura en paz. —Marcel sonrió ante su exigencia dulce, aspirando su aroma, chocolate más que nada, pues fue lo último que ingirió.

—No tengo nada contra ella, créeme. —La hizo girar y de inmediato la joven fue consciente de que no mentía, pues una parte de su cuerpo que sentía frente a su cadera se lo dejaba bien claro. Abrió los ojos de par en par. Él rio acariciándole la espalda de forma seductora—. Es solo que pareces una chiquilla. —Sin darle oportunidad de defenderse la besó. El gemido que soltó al sentirlo así, arrebatado, solo logró que Marcel la tomara por el trasero y la sentara sobre la repisa. Sus alientos se mezclaron de forma imposible, sus dientes, incluso, chocaban por lo fuerte de las embestidas.

El chico no sabía qué le sucedía con ella, lo cierto era que deseaba probarla y probarla hasta que su esencia lo impregnara todo y así de una puta vez dejara de acosarlo esa niña en sus sueños.

El móvil de Marcel sonó. Bajó lentamente el ritmo. Dios, eso se estaba tornando adictivo. Posó su frente sobre la de ella unos segundos, la bajó y se alejó dejándola ahí, mareada.

—¿Sí? —contestó, yendo directo a su habitación. Anel tardó unos segundos en recuperarse—. Bien, en una hora. —Lo escuchó acercarse nuevamente—. ¿Te llevo? —otra vez seco, indiferente. Se acomodó un mechón al tiempo que salía de ahí, era evidente que la despachaba.

—No, puedo irme sola —dijo y localizó con la mirada su mochila.

—Como quieras —lo escuchó entrar a su habitación. No sabía qué sentir. Era fuego un momento y hielo el siguiente—. ¿Cuál es tu móvil? —La detuvo su pregunta justo cuando abría. No se movió—. Márcame —ordenó con tranquilidad. No lo comprendía, lo sacó de la bolsa lateral, un segundo después él le dictó los dígitos. Aquella música que hacía unos segundos los sacó del trance, inundó el lugar—. ¡Va! Cierra al salir —y desapareció.

Juego extraño

CAPÍTULO 4

Obsesionado, incluso molesto, pasó los días siguientes. La chica no le respondía los mensajes, tampoco las llamadas. Por si fuera poco, la buscó con la mirada en más ocasiones de las que algún día aceptaría. Nada, sus amigas ahí estaban, todo parecía normal, pero Anel y su delgaducha figura, ni rastro.

El viernes, a eso de las siete de la mañana, Marcel fumaba y discutía con Lalo sobre algo sin sentido mientras Rodrigo los escuchaba y tomaba de su café. De un momento a otro, Marcel la vio pasar. Anel iba bien cubierta por una chamarra, aferraba su mochila por el hombro, con un *jeans* y botas afelpadas. Parecía un osito, pensó, sonriendo.

—¿Escuchaste?, imbécil —giró, irritado.

—¿Qué rebuznas, animal? —Lalo rodó los ojos.

—Este dice que no irá al Chanté. Vanesa y él —juntó sus dedos burlonamente Rodrigo. Marcel rio con descaro alzando las cejas, dándole un par de golpes en la espalda notoriamente alegre. Sí, de pronto, sin más, se sentía entusiasta.

—Venga, dale con todo, tigre —lo alentó carcajeándose.

Durante la mañana no se la topó y es que el *campus* era tan grande que tampoco era extraño pasar un par de días sin ver a algún amigo, o conocido. Sin embargo, daría con ella y le preguntaría por qué mierdas no le contestaba las llamadas. Aún tenía en el frigorífico el estúpido bote de helado sabor cereza que creyó, le gustaría. ¿Por qué lo hizo? Ni puta idea. Simplemente se detuvo en una nevería conocida y lo pidió, luego se encontró guardándolo ahí, por si ella deseaba un poco.

¿Le gustaba esa chiquilla? ¡Por Dios, claro que no!, pero sus labios se sentían como satén delicioso cada vez que los atacaba y algo en su presencia lo hacía sentirse necesario. Aunque si era sincero, eso último era una babosada, más de tres días sin que diera señales de vida le dejaba bien claro que esas eran sus putas fantasías, no la realidad.

Subió las escaleras de dos en dos, casi corriendo. La estuvo esperando abajo por más de media hora. Nada. Sabía que estaba en ese jodido edificio, pues nuevamente se cercioró, como en el detective profesional que se estaba convirtiendo, que iba hacia allá. Se asomó en cada piso, al llegar al cuarto la vio. Le daba la espalda, estaba medio encorvada recargando su abdomen en el barandal de cemento. No traía puesta la enorme indumentaria que por la mañana la hacía parecer un... ¡Bah!, en ese instante tan solo llevaba un suéter de punto color celeste y su cabello recogido en esa sencilla trenza.

En serio, era muy delgada. Desde atrás se veía con claridad cómo se le marcaban las costillas a pesar de no ser ajustado lo que llevaba puesto, aunque de alguna manera creía que con más masa muscular encima, seguiría siendo escueta, pero bien proporcionada.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado sus tarugadas. Parecía concentrada. Curioso, notó que llevaba una cámara en la mano y buscaba, ahí, en el exterior desprovisto de edificios, algo. Escuchó los *click* más de una vez. Se movía poco, pero con gracia, delicadamente, suave. Ladeó la cabeza recargándose en el muro. Sacó un cigarrillo y, al hacerlo, ella se enderezó y giró asustada.

Le dio una calada estudiándola. Aferraba el artefacto plateado con una de sus pequeñas manos mientras pestañeaba descolocada, acomodándose los lentes, nerviosa.

—¿Huyes de mí? —la desafió fumando otra vez al tiempo que entornaba los ojos. Ella negó

acomodando un mechón de su cabello que cubría parte de su mejilla. De pronto, un cardenal algo amarillento y no muy grande, llamó su atención. Estaba justo en la comisura de su labio. Acortó la distancia. Anel dejó de respirar al verlo moverse—. ¿Qué te pasó? —la cuestionó ya a un centímetro de su rostro. Dio otra calada y lo apagó con el pie, intrigado. La chica iba a tocarse cuando él lo hizo primero generando que el ambiente, ahí, en pleno edificio, donde el aire entraba de forma brusca y fresca, se sintiera denso, espeso. Anel se alejó de su tacto y lo rodeó notoriamente nerviosa.

—Caí —agarró sus cosas que descansaban junto a un muro con la intención de bajar, de...

Su mano enredada en su muñeca, la detuvo.

—¿Por eso desapareciste? —murmuró, acercándola con indolencia a su cuerpo, aferrándola por el vientre. Tan solo con sentir su pequeño trasero adherido a su hombría, ardía. ¿Qué mierdas tenía esa niña que lo encendía como una caldera? Ella gimió quedamente, él apretó un poco más, y al movimiento le siguió un quejido. ¿Dolor? Aflojó su amarre haciéndola girar. Sin preguntarle, hundió su boca en la suya. Ya no aguantaba un puto minuto más sin hacerlo. La joven, como solía, no se opuso. Aferró su mano al tiempo que colocaba su palma sobre su hombro y lo recibía desprovista de timidez, pero sin dar más—. ¿Estás mejor? —quiso saber entre besos ardientes. Anel emitió un sonidito nasal de aceptación—. Te llevo —anunció, retrocediendo un paso.

—¿A tu casa? —indagó esa vocecilla que comenzaba a conocer, peor, a echar de menos durante esos días. Era casi un susurro, delicada, cantarina. No podía concebir que hablara de otra manera.

—¿A dónde más? No somos nada, ¿recuerdas? Me vería ridículo invitándote a comer —no sabía por qué decía esas estupideces cada vez que la tenía cerca, pero es que su existencia ya, para esas alturas, lo confundía tanto que se encontraba furioso, frustrado, molesto y ansioso, casi todo el tiempo.

Él no era buena compañía, no deseaba ni querer, ni que lo quisieran, no obstante, toda la situación con Anel le parecía tan absurda como deliciosa. El que ella se dejara llevar, el que nadie supiera lo que en realidad ocurría entre ambos, el que muriera por besarla cada puto minuto, el que eso se estuviera tornando un juego tan extraño que no paraba de pensar en ello, el que ella fuera consciente de que entre ambos no ocurriría nada salvo eso y continuara ahí. Dios, lo enloquecía.

—No tengo hambre —expresó secamente la joven. Un tanto confuso arrugó la frente, esa chiquilla tenía un problema con el sueño y con la ingesta, decidió, notando otra vez esas ojeras, que no eran tan pronunciadas como la última vez que la vio, aunque las líneas rojas bajo sus ojos, sí.

—Vamos —sin decir más, descendieron. Más de media hora después llegaron.

Ni bien cerró la puerta cuando volvió a besarla. Se estaba convirtiendo en adicción cruel, desesperada. La pegó a la pared con brusquedad invadiendo su interior con lujuria. Anel ladeó el rostro, quejándose. Marcel la observó, deseoso.

—¿Qué? —Sus delicados labios temblaban—. ¿Te lastimé? —interrogó, ardiendo por dentro, jadeando debido al desenfreno.

—Yo sí —musitó, avergonzada. Marcel se alejó un poco más frotándose la cara. ¡Ah!, debía refrescarse, tampoco era un mandril, aunque si no se echaba agua fría en el rostro seguro se convertiría en algo peor. No sabía qué le había ocurrido, pero evidentemente no fue tan leve y no deseaba dañarla más.

—Hay helado en la nevera... Ahora vengo —Anel lo observó irse frustrado con las manos en los bolsillos del *jeans* y doblar a la derecha varios metros más adelante. Iba a su habitación. Dejó salir el aire contenido y, de pronto, su pequeña tripa rugió. Se llevó una mano al abdomen sonriendo. No sabía por qué, ahí, en ese sitio, se sentía a salvo, más segura que en cualquier otro a pesar de que ese chico era osco, seco, duro, cruel muchas veces.

Anduvo hasta el frigorífico cuando su vista se topó con un frutero que tenía manzanas, duraznos y plátanos. Sin dudarle, agarró uno sintiéndose famélica y comenzó a engullirlo. Dios, eso era celestial. Silencio, nadie que la acosara, que le gritara que... De pronto, recordar lo ocurrido en esos días le estrujo los pulmones.

Llegó justo cuando terminaban de cenar su madre y ese... Ya no sabía ni qué adjetivo ponerle. En cuanto la vio, dejó su servilleta de lino sobre la mesa, los gritos comenzaron. Que dónde estaba, que si creía la casa era un hotel, que no se mandaba sola, que si no acataba las normas la conocería, que... Miles de tonterías tuvo que escuchar mientras la aferraba con fuerza por el brazo. Aún tenía marcadas sus huellas, aunque ya no dolían.

—Mamá, me lástimas —le dijo en susurros. La mujer bufó como si estuviese harta. Lo cierto es que sabía muy bien Anel que estaba molesta porque algo ocurría con Alfredo, seguro discutieron pues él ni la veía mientras la retaba. Había llegado de su viaje horas atrás y siempre le daba los mismo donde estuviera, así que tampoco le creía toda esa letanía.

—Deja a Anel en paz, no desquites tus frustraciones con ella —ordenó con voz queda desde la silla su marido, con tono amenazante. Analí exhaló más rabiosa.

No, no de nuevo, cuando discutían las cosas se ponían aún peores.

—Es mejor que me vaya a mi habitación —dijo de pronto en voz baja Anel, miedosa de lo que ahí pudiera ocurrir. Analí con los dientes apretados, le dio una sonora bofetada que logró tumbarla justo al filo de la escalera que daba a una terraza. Cayó, impactando primero con un mueble en una de las costillas para luego descender varios peldaños golpeándose en varias partes del cuerpo.

Su madre la observó llena de ira desde lo alto, con la mirada desorbitada. Las lágrimas salieron sin poder evitarlo. Alfredo, que no perdió el tiempo, bajó corriendo y la levantó con cuidado no sin antes rozar su pecho con la mano. Deseaba gritar y por Dios que lo hacía en su interior. Se sentía al borde del colapso encerrada en un agujero con rejas y doble candado del que no lograba salir, menos porque la cerradura le era invisible, la oscuridad le impedía verla, ni siquiera saber si existía.

—¿Estás bien? —asintió, intentando alejarse, quitando sus manos asquerosas de su cintura. Lo odiaba, la odiaba y se odiaba. Su alma rota, vencida sentía que ya no lograría jamás curarse, levantarse y pelear.

—¡Déjala!, claro que está bien —bramó Analí desde lo alto, mientras Anel se limpiaba las húmedas mejillas. ¿Por qué ya no la quería como antes? ¿Por qué la veía con aberración, con rencor?

—Estás fuera de tus cabales, mujer —rugió Alfredo subiendo los peldaños y confrontándola.

Anel permaneció ahí, sintiendo cada uno de los raspones que la cantera le dejó, eso sin contar el dolor en uno de los costados, el filo del mueble se incrustó en alguna parte de su tórax y dolía como los mil demonios. Pero nada era peor que saberse lastimada de nuevo por ella, rechazada por quien le dio la vida, por quien solía mimarla, adorarla, aceptarla.

—Soy su madre, sé cómo educarla. No te metas —lo desafió. Cleo y Ary aparecieron de pronto. Su hermana bajó corriendo y se puso a su lado asustada al tiempo que la pegaba a su cuerpo sin comprender qué había ocurrido ahí.

—¡¿Qué pasó?! Any, ¿estás bien? —No lograba emitir sonido.

—Tropezó. Cleo, llama al médico y tú, a la habitación. ¡Ahora! —exigió Alfredo dirigiéndose a su esposa. No dejaba opción a un «no». Esta giró y avanzó orgullosa sin voltear una sola vez.

Entre ellas dos y otra chica del servicio la pusieron cómoda sobre su cama. El doctor llegó unos minutos más tarde. Después de inventarle que resbaló por las escaleras, curó los raspones, que eran varios, y encontró un gran golpe en el costado, después de asegurarse de que no fuera fractura, le recetó descanso forzoso unos días. Su madre presenció todo mirándola amenazante, pues no deseaba que dijera

en algún momento qué fue lo que en realidad ocurrió y a pesar de que el médico insistió en que lo dejaran solo con la paciente, no sucedió.

Analgésicos, noches incómodas, lágrimas y tristeza profunda, fueron sus acompañantes. Ary la iba a ver por la mañana y pasaba por la noche, sin embargo, la sentía tan ajena a ella que no se atrevía a decirle nada, eso sin contar las represalias que sufriría si se le ocurría. Aun así, su hermana mayor la intentaba distraer y le prometía que en cuanto terminara sus estudios vería la forma de que salieran de ahí pues aunque no sabía lo que ocurrió, sí estaba harta de la tensión en la que vivían.

Anel se sentía tan vacía, tan lejana, que no parecía siquiera escucharla. Alfredo la llenó de flores y chocolates que dejó en una esquina aborreciéndolos, no obstante, solo entraba cuando su madre lo hacía por las noches, un par de minutos.

Para el viernes no se sentía bien del todo, pero deseaba salir. No soportaba el encierro, esas paredes la consumían, le hablaban y le recordaban a cada momento lo patética que era, lo poco que valía, lo sola que estaba.

—¿Así que el plátano está en la lista de lo que sí comes? —Anel salió de sus pensamientos. Ya iba terminando el segundo y ni siquiera se había percatado—. Por lo menos es una fruta... —soltó, entrando en la cocina y abriendo el frigorífico. Sacó unos recipientes, los metió al microondas y después fue por un plato. Ella permaneció en su mismo sitio solo que ahora giraba, observándolo moverse con esa seguridad que la llamaba—. Es lasaña, ¿quieres? —preguntó sin verla.

—Yo... —Sin esperar respuesta agarró otro plato.

—Comerás, un puto plátano no alimenta a nadie. —La chica abrió los ojos, Marcel era un mandón, comprendió, recargando sus manos en la repisa a un costado de su cadera.

Una vez servido la pasta le indicó con un ademán que se sentara. Su porción era cómica, mientras que la de él casi llenaba el plato.

—Si no la comes, pensaré que sí tienes un problema de anorexia.

—No lo tengo —se defendió Anel, sentándose desganada.

—Has notado cómo se te marcan las costillas, ¿cierto? —tomó un enorme bocado y se lo metió a la boca como si nada.

—Dijiste que era mi cuerpo —Marcel negó, observándola.

—Sí, tienes razón, me importa una mierda... Come. —Ella agarró el tenedor y comenzó a picar, se metió un pedazo diminuto a la boca incómoda—. ¿No te gusta que te vean? —preguntó de pronto intrigado. El consomé del otro día se lo comió todo... La pizza ni la probó cuando estuvo sentado frente a ella. La chica se topó con su mirada curiosa, al mismo tiempo penetrante.

—Soy lenta. —El chico soltó una carcajada.

—Eso es ser positiva, un caracol es más veloz. —Se levantó y fue hasta el televisor con su plato en mano. Ahí, en el sofá, ingirió en silencio, perdida en las noticias deportivas.

Unos minutos después, Anel había acabado. Ni ella misma se lo creía. Se puso de pie y dejó el plato en la tarja. Marcel la vio de reojo sonriendo discretamente.

—Ya sabes, abre la nevera —lo hizo con timidez. Se movía como un fantasma, en silencio, con asombrosa gracia. Giró para ver cuál agarraba. Se sintió satisfecho cuando se comenzó a servir el de sabor cereza.

—¿Así que te gusta la fotografía? —indagó, al pasarle su plato para que lo dejase en el mismo lugar que el suyo.

—Sí... —este asintió, recargando los codos en la barra.

—¿De qué tipo? —Anel no comprendió su pregunta, por lo mismo hizo una adorable mueca con su boquita, lucía de nuevo cansada—. ¿Eventos, personas, paisajes? —sonrió relajada, como una pequeña emocionada. Algo se activó en su interior al verla hacer ese absurdo gesto. Una garra desconocida apareció sintiendo una dolorosa necesidad de ser usada para salvaguardar a ese ser que tenía frente a él.

—Paisaje... Las personas también... Aunque prefiero lo primero —asintió tomando una manzana y dándole una mordida enorme. Esa era la primera vez que le sacaba más de dos palabras de tirón.

—¿Haces excursiones y esas cosas? —No parecía de ese tipo, eso sin contar que si caía seguro se rompería en pedacitos.

—Sí —abrió los ojos asombrado, intrigado. Anel notó su incredulidad.

—¿Qué te pasó? ¿Cómo caíste? —Deseó saber, sentándose en la alta silla. Comía como un pajarito, pero era tranquilizante verla hacerlo. La joven perforó con la mirada su helado.

—Tropecé y no vi las escaleras —Él silbó, mordiendo de nuevo la fruta.

—Eso debió doler. —Anel dejó el tazón sobre la encimera asintiendo. Marcel arrugó la frente al notar que se retraía—. ¿Cómo es que decidiste estudiar Derecho si lo que te gusta es tomar fotografías? —Alzó los ojos pestañeando, agradeciendo con la mirada que cambiara de tema. Sin embargo, el rostro de él no mostraba ninguna emoción, de hecho, parecía haberse endurecido.

—Ya ves... —murmuró desanimada, ni ella misma ya lo comprendía—. ¿Y tú?, ¿qué estudias? —Marcel se levantó encogiéndose de hombros.

—Administración Financiera..., pero eso ya lo sabías, tus amiguitas se la pasan espiándonos... Deben tener el currículo de todos —se burló con sorna. Anel torció la boca aceptando para sí que era cierto, aunque no se le ocurrió preguntarles.

—Les gustan —murmuró, acomodándose un mechón como él comenzaba a entender que hacía cada dos por dos. Entornó los ojos deteniéndose y observándola incisivamente.

—¿A ti no? —La desafió. Hubiera dado lo que fuera por poder captar la imagen que tenía frente a él. Sus mejillas se encendieron de una forma tal que Anel tuvo que girarse abochornada—. ¿No vas a contestar?

Dios, ya estaba a su lado. Intentó esquivarlo, pero se lo impidió al tomar su barbilla y con el pulgar perder su atención en la herida de la comisura de su boca.

—B-bueno, sí... ¿A quién no? —admitió, turbada. Marcel parecía complacido, con ojos dormilones observó un segundo sus pupilas tras sus gafas y luego aproximó la nariz a sus labios. Anel dejó de respirar. ¿Qué hacía? Los párpados del chico ya estaban sellados y la olía embriagándose de su esencia como si de un vino de reserva se tratara. Con deliberada decadencia depositó un beso en su cardenal, para luego lamerlo sensualmente. Anel posó una mano sobre su antebrazo sintiéndose mareada y con la otra se aferró a la superficie. La sangre bombeaba por todo su delgado cuerpo a un ritmo alocado, su pulso iba lento y rápido sin mantenerse regular, sus vellos se erizaban, su piel reaccionaba.

Marcel pasó una mano por su espalda de forma suave para no lastimar su tórax. Metió la mano por debajo del suéter, masajeó de manera dulce y agradable ahí, dónde se podía sentir las huellas de ungüento. Anel dejaba salir pequeños gemidos mientras él seguía depositando besos cargados de lujuria y delirio por su pequeña boca. De un momento a otro, mordisqueó su labio inferior sin lastimarla, esto logró que ella los abriera y él de inmediato la devoró.

Duraron ahí, en ese sitio, más tiempo del que ni siquiera imaginaron. Con timidez, Anel deseó también probarlo, sentirlo. Introdujo con lentitud su lengua en la cavidad que tomaba todo de su ser. Marcel perdió toda proporción de nuevo al sentirla ceder al fin. Se movía tierna, exquisita, sin ser invasiva solo haciéndose presente. Disfrutó el momento hasta que las manos de ella, acompañadas de un gemido

lastimero, lo separaron.

¡Mierda, la volvió a lastimar! Su mueca lo decía.

—Lo siento —se disculpó al verla cerrar los ojos ante el dolor. La joven asintió con sus labios imposiblemente hinchados, con sus mejillas sonrosadas por lo que ocurría y con varios mechones de su cabello lacio esparcidos en su rostro. Carajo, se veía tan tierna y sensual, que deseó comérsela en ese putito instante. Sin embargo, Anel no parecía estar en condiciones—. ¿Te duele mucho? —Se sentía un idiota. La joven negó moviéndose torpemente, deseaba sentarse, primero debía ingerir los analgésicos—. ¿Qué hago? —su voz sonó ansiosa. Su preocupación la conmovió.

—Mi mochila... ¿Me la pasarías? —Una vez que la dejó sobre el sofá, fue por ella y se la tendió. La observó abrirla y sacar con sus frágiles manos unas medicinas. Debía ir con cuidado, no le gustaba esa sensación de aprensión que estaba experimentado al verla así— ¿Podrías darme agua? —Su vocecilla tímida lo hizo reaccionar. De inmediato, se la tendió. Anel tomó sus medicamentos haciendo muecas, luego cerró los ojos recargando su frágil cuerpo sobre los cojines.

—¿Por qué los medicamentos? —deseó saber aún de pie.

—Me encajé un mueble en el costado —se sintió un miserable, menos mal que no se rompió la costilla, o algo peor. Unos minutos después seguía ahí, de pie, viéndola, pero Anel ya no se movía y su mano que tenía torno a su abdomen fue cayendo laxa a un costado del sofá. Pestañeó atento, incrédulo.

No, ¿era en serio? Se había vuelto a dormir. Tal parecía que era la bella durmiente. Se llevó las manos a la cabeza. ¡Maldita chiquilla! Se frotó el rostro con ansiedad mirándola de nuevo. Sus labios ya estaban entreabiertos y su cabeza levemente ladeada. Una sonrisa torcida apareció sin más. Debía admitir que era tierna, que... De pronto, se movió un poco, quejándose. No lo pensó. Acomodó bien sus cojines y la dejó ahí descansar por lo menos un rato. Debió pasar malas noches después de esa caída, de hecho intuía que debía estar en reposo.

Ahí, en cuclillas frente a ella se preguntó intrigado: ¿qué sería de su vida?, ¿qué historia tendría? Sacudió la cabeza regañándose. ¡A él qué mierdas le importaba! Le gustaba besarla, tocarla, verla derretirse así, sin más, pero de ahí no permitiría que nada avanzara. Todo a su alrededor cambiaría dentro de poco, así que más le valía aprovechar sus últimos momentos de diversión y esa chica le hacía pasar buenos ratos... Nada más.

No es una cita

CAPÍTULO 5

Despertó con la boca seca, desorientada. El ruido de las teclas de un ordenador hizo que se irguiera.

—Como que mi apartamento ya te gustó para dormir. —Marcel parecía entretenido ahí, con el aparato sobre sus piernas.

—Lo siento... —Su voz sonaba pastosa aunque delicada, como siempre.

—¿Estás mejor? —Se frotó los ojos como un gatito, sus lentes descansaba a un costado. El chico de inmediato volvió a lo que hacía. Cada movimiento, cada gesto, lo hacía desearla más. Por lo mismo, se sumergió en eso que tanto le gustaba para dejar de estar pendiente de cada débil ronroneo que emitía ahí, a su lado, descansando de la manera más tierna que hubiese presenciado.

—Sí... —miró a su alrededor, pronto oscurecería—. ¿Haces tarea? —preguntó un tanto nerviosa. Él levantó la vista negando, divertido, torciendo la boca de esa manera sensual que definitivamente la derretía. Parecía relajado.

—Ven. —Palmeó un sitio a su lado un tanto entusiasmado. Esa era una nueva actitud, notó Anel. Tomó, con movimientos lentos, un poco de agua del vaso que estaba en la mesilla del centro y que llegaba casi al ras del tapete gris para luego acomodarse ahí, poniendo atención en la pantalla del ordenador. ¿Planos arquitectónicos?—. Mira... —le señaló con frescura una serie de líneas—. Es un complejo habitacional, cuando termine podré verlo en tercera dimensión. Las medidas y proporciones son reales. —Anel abrió los ojos asombrada, aunque sin entender mucho lo que ahí se veía. Por más de una hora Marcel le explicó cada movimiento que efectuaba con el cursor, y lo que hacía.

—¿Y me preguntas a mí por qué no estudié fotografía? —Se atrevió a decir cuando cerraba el aparato. Marcel la miró enarcando una ceja con rostro inescrutable.

—Besas bien, nada más —soltó, poniéndose de pie. Anel se retrajo de inmediato. Pestañeó respirando un tanto ansiosa. ¿Qué ocurría con él? Ese juego en el que se estaba sumergiendo la hacía sentir cada día más alerta, más ansiosa, deseosa de alejarse, pero a la vez de pegarse a su cuerpo para sentir esa seguridad que le brindaba su brazo alrededor de la cintura, el roce de su aliento sobre su piel, su mirada llena de fuerza, de suspicacia, de misterio, de magia. La hacía sentir anhelo, pero, a la vez, la hundía, le dolía.

—Debo irme —dijo de pronto. Tomó su mochila caminando, con menos dolor, hacia la salida.

Su mano la detuvo.

—Solo no quiero que olvides que esto no llegará a ningún sitio, Anel —murmuró sobre su cabello, oliéndolo. Cerró sus ojos pasando saliva.

—¿Q-qué quieres de mí? —Su apenas audible voz se le clavó en un lugar entumido, dormido desde hacía demasiado tiempo. Apretó los dientes haciéndola girar para verla a los ojos.

—Ya te dije... —La forma en la que hablaba lograba que su determinación disminuyera, pues la bruma que dejaba su esencia sobre su piel, la embelesaba sin remedio.

—Mis besos. —Él suavizó el gesto y sin más, sonrió. Pegó sus labios a los suyos con cuidado, midiendo las reacciones de su cuerpo primitivo.

—¿Qué harás mañana? —Se encontró preguntando como un imbécil embrujado por ese sabor a miel

que la chica dejaba en su lengua cuando la probaba aunque fuese de esa forma delicada, inocente.

—To-tomaré fotos —logró decir torpemente.

—¿Dónde? —encogió los hombros negando débilmente. Marcel seguía dándole pequeños roces que la iban desquebrajando de a poco.

—En cualquier sitio.

—¿A qué hora?

—Temprano.

—Yo te llevo —Anel intentó alejarse, pero la sujetó con cuidado por la cintura—. ¿No quieres compañía? ¿O es que ya la tienes? —Esto último lo dijo un tanto venenoso, otro tanto burlón.

«¡Ah, era imposible!», pensó Anel, colocando sus manos sobre su pecho para separarse.

—Es muy aburrido —fue sincera. Al escucharla, elevó una de las comisuras de su boca con prepotencia.

—¿A las ocho, nueve? —Ella sonrió como una pequeña. De nuevo ese aguijonazo que solía hacer a un lado y que sin comprenderlo, empezaba a gustarle.

—Ocho. —Abrió los ojos. ¡Maldición, eso era tremendamente temprano!

—Bien, ahora te llevo —un tanto nerviosa, negó. Su cambio de actitud lo intrigó, pero la ignoró.

—Yo..., no es necesario —chasqueó la lengua, ahora verdaderamente curioso. Apagó las luces, le descolgó la mochila, sujetó su mano y salió con ella siguiéndolo sin remedio.

Menos de diez minutos y ya se encontraban frente a la enorme casa. Marcel silbaba observando la gran construcción y barda perimetral. Jamás hubiese pensado que esa chiquilla tuviese tanto dinero.

—Gracias, nos vemos mañana —dijo sin darle tiempo de nada, bajó. La vio entrar sin girar ni una sola vez. Pestañeó, atónito. Esa joven silenciosa, de olor a cítrico dulzón y bastante flacucha, lo estaba doblegando, lo mantenía en vilo.

Sacudió la cabeza, molesto. ¿Qué mierdas le ocurría? Era una niñita más, la típica tímida, pero al final no tan santurrón si se prestaba a ese juego que le urgía acabar.

Arrancó, confuso. Saldría por la noche y seguro que con un poco de alcohol, alguna chica, olvidaba esas estupideces que parecían no querer dejarlo en paz de una puta vez.

Por la mañana, Anel, sin poder evitar ilusionarse, estuvo lista a las ocho, tal como quedaron. Veinte minutos después supo que no llegaría. Pidió un taxi, odiaba que el chofer la llevase, y se fue, sintiendo un hueco molesto en medio del estómago. ¿En serio esperaba que él se presentara ahí? Sabía muy bien lo que quería de ella, no daría más, no sentiría más, no habría dulces momentos, tampoco palabras tiernas, si acaso las que usara para persuadirla de llegar a tenerla como deseaba. No era tonta, el mundo se regía así... Todo era embuste, egoísmo, dar para obtener, la gente lastimaba, a veces tanto que ya daba igual lo que sucediera con el resto de las personas.

¡Mierda! Dios, la cabeza le dolía terriblemente, era como si miles de personillas pisotearan su cerebro con el único propósito de hacerlo retorcer. Se quejó, molesto. ¿Qué maldita hora era? No supo cómo llegó, de nuevo, a su apartamento. Solo esperaba no haber chocado la camioneta.

La una.

Se levantó, gimiendo, necesitaba agua. Ni siquiera se quitó el puto pantalón para dormir, notó al poner los pies en el piso frío. La luz del exterior casi lo hace dar un portazo. Se acostumbró lentamente. ¿Qué carajos bebió para terminar así?

Recordaba todo, jamás le había ocurrido eso de «no sé lo que pasó». ¡Y una mierda! Esas eran excusas

baratas. Lo real era que una vez borracho, no controlaba ni lo que hacía ni lo que decía y sus instintos y estupidez lo dominaban de tal forma que terminó besándose con una chica buenísima que no le quitaba la vista de encima desde que llegó al antro. Ahí, a un lado de la mesa, la manoseó hasta que se hartó, hasta que...

Abrió los ojos dejando el vaso vacío en la repisa. ¡Putra madre, Anel! Bufó, irritado. Dijo a las ocho. Regresó a su habitación, seguro tendría una llamada perdida en el móvil. ¿Qué le diría? Lo encontró en el piso, a un lado de la cama. Prendió la pantalla sintiéndose miserable. Salvo algunas tonterías del grupo de amigos en la mensajería instantánea, nada.

Se dejó caer, resoplando, sobre el mullido colchón. La cabeza martillaba como si el mundo fuera a acabarse y, aun así, solo podía pensar en que él fue quien se ofreció, que ella se negó, que lo que estaba haciendo no era lo correcto. La estaba arrastrando a ese juego donde el deseo era el premio, el fin, donde sabía, era novata.

No debía, no era justo. Chicas como la del antro eran las que debía frecuentar, no alguien como ella, tan suave, tan reservada, tan frágil, tan endemoniadamente apetecible. Tanto que cuando besaba a esa pelinegra, a pesar del alcohol que encima traía, no pudo evitar compararla, desear con locura que esa joven fuera la que estuviera allí, que nada a su alrededor existiera y la pudiera estar probando de esa forma que tanto le agradaba.

No, debía dejar eso de una jodida vez, no era lo mejor, no estaba funcionando.

Más tarde se encontró con sus amigos en un restaurante bar de moda entre los chicos y chicas de su edad. Pendiente de su móvil permaneció más que en otras ocasiones. Anel no dio ni una señal.

¿Y qué esperaba? No perdía oportunidad para dejarle bien claro lo que entre ambos ocurría y, bueno, en realidad no ocurría nada, no aún. Apretó los dientes de solo pensarla, tendida frente a él, dispuesta, mirándolo con esa dulce timidez que lo desarmaba, que lo dejaba listo para una cascada de hielos, miles, millones de ellos.

Por muy delgaducha que fuese, por muy ingenua que se viera, por muy tímida, lo cierto era que su boca lo enardecía, su piel lo aniquilaba y sus manos finas aceptándolo, lo masacraban. Anel se alejaba mucho de lo que alguna vez fue una fantasía, pero en ese momento ya parecía haberse convertido en su obsesión continua, en algo que deseaba probar hasta hartarse para luego volver a hacerlo.

Hastiado y herido en su ego, terminó de nuevo la noche, ahora revolcado en la cama de una joven que era amiga de su prima Sofía, hija de una hermana de su madre. La veía poco en su casa, pero lo que era en fiestas y demás, no fallaban, siempre se encontraban y pasaban noches interminables llenas de alcohol y risas.

El domingo pasó patéticamente lento, tuvo que asistir a la comida «familiar» que se organizaba cada mes en casa de su tío Efrén. Imposible no asistir pues, de no ir, no se los quitaría de encima las próximas cuatro semanas y era lo último que deseaba. Odiaba que lo hostigaran, que lo asfixiaran, que lo persiguieran.

Anel anduvo por los pasillos perdida en sus pensamientos. El sábado fue al bosque Los Colomos, un sitio agradable, verde. Animalillos pasaban sobre las pistas donde los corredores, ya a esas horas, iban terminando su recorrido. Fotografió unos patos en el estanque, maravillada, como solía ocurrirle, y diferentes escenarios que el sitio le ofrecía y que no se cansaba de ver.

A veces, más a menudo de lo que creía, iba a aquel lugar y caminaba por horas, sola, escuchando los ruidos del aire contra los árboles, las pisadas de la gente a su alrededor. Esa noche su madre salió junto con su esposo, cosa común los fines de semana, al igual que Ary, así que pudo dormir tranquila ya que regularmente no regresaban sino hasta el día siguiente o salían de su habitación después de mediodía

debido a la desvelada.

El domingo Mara le habló y fueron al cine a ver una cinta de terror que ambas catalogaron de satisfactoria. No supo de él. Jamás le marcó y lo cierto era que no esperaba que lo hiciera, no obstante, una partecita de sí, creía que podría ser posible. Ilusa, siempre era tan absurda que pensaba que podría importarle a alguien, aunque sabía que a Marcel, menos que a nadie.

Las clases terminaron ese día y los dos siguientes sin que nada pasase. De hecho, evitó la cafetería a toda costa, no deseaba topárselo. Iba rumbo a la salida cuando la alertó un mensaje instantáneo. Arrugó la frente al tiempo que averiguaba quién era.

«Hay algo importante que quiero mostrarte».

¿Era en serio? Ni loca. Su vida ya era un completo caos, no necesitaba más complicaciones y mucho menos a un loco volátil.

«Estoy en el edificio K, aquí te espero».

Resopló, frustrada. Lo cierto era que deseaba verlo, por lo menos un segundo, pero... ¿Para qué?

Sin más, sus pasos titubeantes dieron la vuelta y se dirigieron hacia allá. ¿Qué más daba? Su existencia era tan plana y triste que algo fuera de lo común, como lo que Marcel le brindaba cada vez que se veían, no era tan malo. Después de todo no tenía por qué estar molesta, no había nada entre ellos y sabía que no lo habría jamás.

Llegó rodeándose el cuerpo pues esa parte del campus era más fresca que el resto y la camisa más el chaleco, no la cubrían lo suficiente. De repente, apareció frente a ella un papel de publicidad. Él estaba por detrás, respingó, pero no giró.

—Es una exposición en el centro. Este tipo la quita viernes. —Señaló el folletito ubicándose a su lado. Ella lo tomó asombrada. No estaba muy empapada de ese mundo. Tomaba fotografías, adoraba hacerlo como una fuga, pero no leía mucho sobre ello, solo cosas que le ayudaban a la técnica—. Vamos, cierran a las seis. —Lo miró de reojo, acomodándose un mechón tras la oreja. Era tan desgarrado, todo parecía darle lo mismo, no lo veía desde el viernes y se comportaba como si el día anterior hubiesen conversado de los más relajados.

—¿Ahora? —Marcel se ubicó frente a Anel. Se veía mejor, notó al ver un poco más de color en su mejillas y no llevaba encima esas ojeras tan pronunciadas. Se metió las manos en los bolsillos del *jeans*, asintiendo, estudiándola. ¿Le reclamaría por dejarla plantada? Esa pregunta rondó su cabeza por días, tanto que al ir pasando por ahí, esa mañana, buscándola con la mirada como últimamente se encontraba haciendo y no dando con ella ni una puta vez, vio eso pegado en uno de los corchos de avisos. Sin dudar lo agarró y la citó, necesitaba verla, ya si era posible.

Y ahí estaba, frente a él, tan serena y tímida como siempre. Era curioso, pero tampoco la ponía nerviosa, simplemente parecía ser así; estoica, ingenua, cándida, sin embargo, recelosa, cautelosa, siempre silenciosa. Ya estaba más intrigado que cuando veía una puta película de suspenso.

—Ahora... Y te aclaro, no es una cita —esos ojos que parecían dos lagunas ecuanimes lo estudiaron sin emoción.

—Puedo ir sola —soltó sin saber cómo salieron esas palabras. Marcel se mostró molesto. Le quitó el anuncio al tiempo que tomaba su cuello y la besaba, reclamando su espacio, sus pensamientos, nublándole, como solía ocurrir, sus sentidos. Al separarse un poco la observó incisivamente.

—Es mi idea, vas conmigo. —Ella asintió, aturdida aún. El chico torció la boca de esa forma sensual que ya sabía Anel, era una sonrisa de triunfo—. Vamos.

Llegaron a aquel sitio poco después. El silencio reinó prácticamente todo el camino mientras la música

que Marcel tenía puesta en volumen medio, la relajaba. No era su tipo, no era que tuviese alguno a decir verdad, probablemente instrumental, clásica, pero ese rock tranquilo, le agradaba.

—Te ves mejor. —Anel giró sonriendo apenas.

—Lo estoy —solo dijo eso para de nuevo perder la vista en el exterior. Marcel sabía que le atraía, que... le gustaba, que la chica se derretía con tan solo una caricia, pero es que se mostraba siempre tan fría, tan imperturbable, tan indiferente que comprendía, era justo eso lo que lo mantenía así; a la expectativa, atento a cada reacción, convirtiéndolo hasta en detective y haciendo tontería y media con tal de encontrar pretextos para verla. Sin embargo, en cuanto veía que ella bajaba las defensas, el miedo lo atacaba consumiendo su alma torcida. No debía dar más, no era el momento, no quería una puta relación con nadie y mucho menos sentir que necesitaba a esa persona para estar bien, así, solo, era mejor.

Lograron dar con el lugar sin mucha dificultad. Él pagó los pases, luego la siguió. Anel observaba cada imagen embelesada.

—Mira, es asombroso que lograra captar una ola así —murmuró con esas vocecilla que parecían campanitas agradables, de pie, frente a una enorme fotografía. Marcel ladeó la cabeza abriendo los ojos al tiempo que asentía. Cierto.

—¿Cómo es que sigue vivo? —Anel soltó una risita que de inmediato captó su atención. Nunca la había visto reír con soltura. En su cuerpo navegó de forma agradable una dulce sensación que había olvidado. Era como sentirse en paz, alegre por ver así al otro. Extraño, demasiado. Sonrió torciendo la boca para luego ir a ver otra imagen y dejarla ahí, absorta en lo suyo—. Esta sí es impresionante —aceptó minutos después. Ella se ubicó a su lado, intrigada. Una mano joven sobre una muy arrugada con un fondo negro que dejaba más que claro el tiempo recorrido de ambos.

—Es el ciclo de la vida —susurró a su lado, absorta. Él la observó asintiendo. Anel notó sus ojos sobre sí y, de inmediato, se acomodó un mechón tras la oreja.

—El fin es inevitable —su tono fue algo que no logró descifrar, sin embargo, la cimbró haciendo que lo mirara fijamente.

—Lo inevitable es parte de la vida —se animó a decir bajito. Marcel asintió pensativo, un segundo después la dejó ahí, de pie.

—Te espero afuera. —Anel no comprendió su actitud, pero si algo iba aprendiendo era a no intentar descifrarlo y de alguna manera eso la tranquilizaba pues él tampoco se inmiscuía demasiado en sus pensamientos, en su vida. Terminó sin prisa, sabía que estaría ahí cuando saliera.

—¿Te gustó? —quiso saber ya de nuevo en el auto. Ella asintió un poco entusiasmada. Cuando salió del museo él la recibió, mientras le daba una calada a su cigarrillo, con un helado de chocomenta amenazándola con que en casa comería lo que hubiese. Anel aceptó mientras se lo engullía como una niña de cinco años. El motivo de su retraimiento había desaparecido.

Al llegar él calentó, como solía, algo en el microondas. En cuanto tuvo el plato frente a ella arrugó la frente. Albóndigas.

—Fue un trato —le recordó con voz seria mientras se sentaba en el sofá que estaba tras ella y prendía el televisor. «Debían ser como las seis», pensó, notando que el sol iba dejando de calentar el exterior. Resopló, torciendo la boca. No era su platillo favorito, la buena noticia es que era solo una con un poco de arroz a un lado. Podía intentarlo. Perdida en sus pensamientos lo acabó más rápido de lo que pensó—. ¡Vaya!, alguien quiere dejar de parecer una chiquilla de 12. —Se levantó al verlo pasar frente a ella para dejar su plato.

—Deja eso —le pidió afligida. El chico le quitó el plato vacío y lavó ambos. Al terminar, giró enarcando una ceja.

—¿Te importa lo que piense de ti? —Anel miró sus pies cubiertos por esas botas afelpadas y se encogió de hombros. Marcel se acercó y acarició su mejilla, haciendo que posara su atención en sus ojos oliva—. Ya te dije que yo no tengo problemas con tu cuerpo, tampoco con tus labios. —Mordió levemente uno sin dejar de verla. Ella alzó una de sus manos respirando torpemente y la colocó sobre su muñeca, como solía hacer mientras que la otra, con la palma abierta, la ubicó sobre su abdomen.

Marcel sonrió al verla así; de nuevo turbada y afectada por su cercanía tanto como él. La besó de manera intensa, abriendo su boca sin reparos, invadiéndola sin tregua. Perdió una mano en su trenza suelta tocando así su nuca con aprensión y con la otra rodeó por completo su cintura. Anel otra vez dejó salir su lengua, esta vez con mayor valentía se movió, lo probó, lo lamió.

De a poco, la fue sacando de la cocina. El encuentro se intensificaba con cada caricia, con cada roce. Su olor a cítricos lo mantenía en vilo. Sus dulces respuestas lo demolían placenteramente. Pasó una mano por su cadera, por su trasero, pegándola más a la muestra de su excitación. Anel jadeaba quedamente perdiendo uno de sus delgados brazos tras su cuello y el otro en su ancha cadera.

El enorme sillón los detuvo, con cautela, y a la vez con deseo enloquecedor, fue recostándola. Soltó esa boquita de corazón que a miel sabía, le quitó con cuidado sus gafas y probó, de nuevo, como ansiaba, su mentón, perdiéndose en su cuello que olía a limpio, a su esencia, a naranja, delicioso.

Lamió con sutileza cada línea de su rostro disfrutando, absorbiendo su ser, muriendo por llegar al centro de esa chica que lo sumergía en una bruma tan espesa que tan solo el deseo se podía palpar. Era tan suave que pronto se encontró sobre ella mordisqueando su lóbulo, subiendo con seguridad su mano por debajo de su camisa, acariciando su abdomen plano, sus costillas prominentes, hasta llegar a dónde deseaba. Cubrió su pecho al tiempo que Anel se arqueaba. Sacó la mano y la besó nuevamente en los labios con renovados bríos.

Pronto el calor fue asfixiante, en medio segundo su prenda superior salió volando sin darle siquiera tiempo a la joven de contemplarlo, mientras tomaba y se adueñaba por completo de su boca. Marcando su territorio con notoria convicción, fue abriendo botón por botón de la dulce camisa de ese ser que tenía frente a él.

Anel explotaría de un momento a otro, o por lo menos esos sentía. Su cercanía, la manera en la que se adentraba en su voluntad, en su torrente de ideas, barriendo y exterminando cualquier atisbo de inteligencia, reemplazándolo por ansiedad, por un apetito voraz que hasta ese instante jamás creyó pudiese existir.

El pulgar de Marcel lindando en su pecho la hizo abrir los ojos. Él ya había abierto por completo su prenda y se la comía con la mirada. Nerviosa, respiró agitadamente. Quería decir algo, lo que fuera, pero la garganta estaba completamente cerrada. Vamos, ni siquiera recordaba cómo articular palabras.

El chico aprisionó sin dificultad con las manos sus pechos aún cubiertos por aquel sostén rosa pastel que los vestía a la perfección, pero que dejaba ver el valle de las pequeñas protuberancias. El gemido ahogado que emitió él, solo logró que se arqueara sin poder evitarlo y fue en ese momento que Marcel besó su clavícula para, poco a poco, ir descendiendo. Anel se sentía extasiada, pero al mismo tiempo más perdida que nunca. Colocó sus manos sobre sus anchos hombros dejando salir suspiros con los labios entreabiertos, nada era tan excitante, tan delicioso, tan estimulante.

Su talle era diminuto, estaba seguro que podría rodear su cintura con sus dos manos sin problema, aun así, perdió toda proporción cuando la encontró semidesnuda frente a él, así, con esa prenda llena de inocencia, con sus pulmones bajando y subiendo, ansiosos, marcando de una forma asombrosa sus costillas. Tenía un lunar junto a su ombligo que lo dejó noqueado y otro bajo su seno derecho que deseo morder hasta hartarse. Era, a pesar de su delgadez, demasiado perfecta. La deseaba y la deseaba en ese maldito momento.

A lo lejos ambos escucharon el timbre de su móvil. No reaccionaron de inmediato. Marcel iba bajando los tirantes son los dientes para cada dos segundos besarla y regresar a la tarea. Lo estaba trastornando a tal punto que si no hubiera sido porque ahora fue el de su casa el que comenzó a sonar, en su puta vida hubiera cedido.

Gruñendo y dándole un golpe al sofá se levantó irritado. Solo su familia tenía el teléfono de casa y si llamaban con tanta insistencia, eran capaces de ir a buscarlo. ¡Carajo!

Descolgó el inalámbrico que estaba junto al televisor, varios metros a distancia de donde Anel lo miraba intentando recuperar los sentidos. La miró de refilón muerto de rabia y entró a su habitación dando un portazo.

Ella comenzó a abotonarse la camisa con movimientos torpes. Abochornada hasta lo indecible, sintiendo cómo aún la sangre, frenética, viajaba por sus venas, cómo sus células aún no registraban lo ocurrido, ahí, hacía unos segundos. Se puso de pie, los lentes estaban en otro sofá, se los colocó de inmediato.

Maldición, su cabello se soltó. La trenza. Con la blusa ya abrochada comenzó a buscar la goma para agarrárselo. Titiritando, removi6 con nerviosismo los cojines, con las mejillas, sintiéndolas como dos fogatas, gir6 a su alrededor creyendo que si no la recobraba no lograría ser ella de nuevo. Las lágrimas amenazaban con hacer acto de presencia, el nudo en la garganta crecía.

—Debo irme —escuchó tras de sí. Se irguió pestañeando sin voltear. Marcel observó su melena castaña llegarle en ondas levemente marcadas por su anterior peinado a más de la mitad de su espalda. Se veía lustroso, espeso, la ternura que le provocaba era tan intensa como el deseo mismo. Se acercó curioso—. ¿Qué buscas? —Anel, abrazándose a sí misma, no lo miró.

—La goma —asintió y sacó del bolsillo de su *jeans* el objeto deseado, sin embargo, cuando iba a quitárselo la hizo hacia atrás logrando que Anel se pegara de nuevo a él.

—Déjalo así —dijo, alzando el brazo. La joven iba a retroceder cuando la atrajo a su torso desnudo. Dejó salir un jadeo ahogado y colocó, asombrada, las manos sobre su pectoral. Dios, era perfecto, músculos tensos, abdomen plano y un poco de vello oscuro bajo el ombligo. Pasó saliva atreviéndose a mirar sus ojos, su color verde como el follaje de un árbol que está por secarse, la atrapó—. ¿Entonces a ti también te gusto? —preguntó con sensualidad contenida. Maldito Efrén, maldita junta, maldito futuro que se le venía encima. No obstante, ella lograba, de una forma que no comprendía, que lo olvidara por instantes. Tal como ocurría en ese momento. La losa que cargaba sobre la espalda, y que incluso había noches que lo despertaba ahogándolo, no la sentía, ni siquiera la recordaba.

—¿Me la darás? —quiso saber, cautelosa, avergonzada.

—No lo sé... —jugueteó como un chaval de 15. Anel se intentó alejar, pero de nuevo la pegó más—. ¿Qué? ¿No quieres terminar como se debe lo que empezamos, chiquilla? —dejó de respirar abriendo de más sus párpados, aturdida. Marcel disfrutaba de cada reacción, atontado.

—Y-yoo...

—Toma, de todas formas no será hoy, como te dije; debo irme. —Y la soltó al tiempo que le daba lo que deseaba. Se terminó de vestir, agarró las llaves y abrió la puerta esperándola—. Vamos, te llevo. —Anel se hizo una coleta suelta que le pareció adorable y negó pasando frente a él.

—Me iré sola, gracias —Marcel arqueó las cejas cerrando tras de sí.

—Puedo llevarte —le dijo mientras esperaban el ascensor.

—Puedo irme sola —repitió Anel observando en qué piso iba el aparato.

—¿Qué? ¿Estás molesta porque te dejé plantada el sábado? ¿O por qué no llegamos hasta el final? —

Ella no se movió. Sabía que lo había escuchado, pues estaba a su lado y no había ruido alrededor, pero no dio acuse de recibido.

—No somos nada, no tengo de qué molestarme —le recordó cuando llegó el objeto metálico. Entraron.

—Ni lo seremos. —Anel aferró el aza de su mochila con mayor fuerza.

—Entonces, no preguntes cosas como esas —reviró, dejándolo por primera vez mudo pues aunque su vocecilla era dulce, como solía, sí sintió que lo decía con sinceridad, con crudeza.

Menos de diez minutos después ella bajó de la camioneta frente a la enorme casa en la que residía, pronunciando un «gracias» de lo más escueto.

La observó entrar, rabioso. ¡Ahg! Solo esperaba que valiera la pena para eso que lo llamaron. Se fue irritado, frustrado y sabiendo que debería llegar por la noche a dejar salir de su cuerpo todo lo que ese pequeño ser le provocaba.

Nada más

CAPÍTULO 6

En el recibidor las maletas de su madre le dieron la bienvenida. ¡No!, no de nuevo. Una hora después supo que se había ido. Estaría fuera dos días, así que el suplicio tenía dos noches por delante. La buena noticia es que el fin de semana él la alcanzaría.

Sin poder probar bocado de lo que Cleo le subió a su habitación, intentó hacer deberes. Iba a cerrar con seguro, pues una de las chicas del aseo se llevaba su charola intacta, cuando él apareció. De inmediato, tembló, sus palmas sudaron y el miedo le hizo respirar más rápido. Ary no tardaría en llegar o eso esperaba.

—¿Se puede saber dónde estuviste, caramelito? —Sin dejar que pasara, lo miró rabiosa.

—No le importa. —El hombre agarró su mejilla para luego apresar su cuello con la intención de acercarla.

—No quiero chicos, Anel —le advirtió con un gesto que le heló la sangre. Sus ojos marrones la perforaron con ira y clara advertencia, con posesividad primitiva.

—Tengo que hacer tareas —murmuró, petrificada. Su olor le generaba náuseas, un asco tal que se sintió enferma de inmediato.

—Eso está mejor, céntrate en tus estudios... —su tono iba cargado de amenaza. Nunca le había hablado así. Ni se le había acercado tanto.

—Suélteme —le rogó con voz quebrada. Alfredo acunó su barbilla con firmeza lamiéndose los labios al tiempo que veía los suyos. Las lágrimas aparecerían en cualquier instante.

—Mientras así sea..., podremos estar todos tranquilos y las cosas con tu madre irán bien. ¿Comprendes, caramelo? —Asintió, entendiendo; sin novio, no pasaría de la raya—. Me alegra, ya sabes, calladita —besó su frente, dejando un rastro de saliva y se marchó.

Anel cerró la puerta sin poder controlar su cuerpo. Se dejó caer al piso, apretando los dientes y puños con rabia e impotencia, limpiándose una y otra vez. Sintiendo el maldito miedo atropellarlo todo. Ni la razón, ni la objetividad entraban, solo el hecho de que lo odiaba y que estaba jodidamente enfermo.

Varias horas después continuaba ahí con las manos enrolladas en sus rodillas meciéndose de forma convulsa. El piso frío no le importó, así como tampoco que la temperatura fuera bajando. Deseaba irse, salirse de ahí. ¿Si lo hacía? ¿A dónde? Donde fuera, era mayor de edad. Temía que él la buscara, la encontrara y entonces sí estuviera a su merced. Ya en una ocasión se lo dijo cuando huyó.

«Corre tanto como puedas, entre más lejos, mejor. Ya nadie podrá intervenir».

A media noche se tumbó en la cama mirando aprensiva la puerta. Atenta, con pánico. Siempre era así y aunque puso un mueble un poco pesado y que si se movía, sonaría al instante, el miedo solía anidar ahí como si no hubiera nada que lo limitara, entorpeciendo su pensar, su lucidez, envolviéndola en ese túnel repugnante donde solo podía sentir la impotencia de no poder huir.

Para el viernes ya se sentía fuera de su órbita, pero nada diferente a otras ocasiones. A Marcel no lo había visto, sus amigas preguntaban poco sobre su vida. Con el tiempo, al ver que no daba mucho detalle, que se guardaba para sí lo importante, dejaron de hacerlo. Las quería, claro que sí, pero Anel, desde que todo fue de mal en peor, parecía dejarse llevar como una tela por el viento. Leía mucho, se encerraba en

su mundo y aunque salía con ellas de vez en cuando, le quedaba claro que el vínculo fuerte era entre Alegra y Mara, y ella, tan solo las acompañaba, nada más. Se sentía seca y con poco que dar.

—¡Ey! No te había visto —salió de sus pensamientos al escuchar la voz de León, uno de los pocos amigos de su preparatoria y secundaria. Él presenció su cambio, él la apoyó, él la consoló cuando más lo necesitó, él fue su incondicional hasta que se enamoró de una chica y se alejó bastante. Sonrió sinceramente girando. Era apuesto, de su edad, solía hacerla sentir más ligera. Sin más, la cargó para depositarla sobre el suelo riendo—. ¡Vaya, Anel! Si no vengo por algo en la mañana, no te veo. —Tomó sus manos para luego cambiar su expresión—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —mintió alegremente, ladeando la cabeza observándolo—. ¿Y Ely? —preguntó por su novia. Se llevaban bien, pero no era su amiga, no como él.

—Bien, ya sabes, sus loqueras, pero todo va genial. —Anel lo abrazó de nuevo—. Todo continúa mal... —murmuró León junto a su oreja. Ella asintió sin soltarlo—. Vamos, debes comer, yo te invito algo en la cafetería y me dices qué ocurre... ¿No te ha tocado, verdad? —Se separó, negando asustada. Era el único que sabía lo de Alfredo. Miles de veces conversando sobre ese sucio punto, lograron creer que no se acercaría, que de alguna manera mantendría las cosas así, pues ya había pasado mucho tiempo y no avanzaba.

—No, no —susurró avergonzada de su falta de control, la sola mención de ese hombre agravaba los síntomas de un cuerpo por demás descuidado, mal atendido, desprovisto de lo necesario. Él besó su frente, tomándola por los hombros.

—Vamos.

—No, tengo clases. No te preocupes, León —este acunó su barbilla, preocupado.

—Mierda, Anel. Siento mucho haberme alejado, prometo que estaré más al tanto. Júrame que comerás más tarde... Ya estás demasiado delgada —rodó los ojos asintiendo. Sabía que debía engullir más, sabía que no era sano seguir por ese camino, sin embargo, no lograba reconciliarse del todo con la comida, muchos de los peores momentos vividos los últimos años sucedieron ahí, en el comedor, cuando pensaba ingerir lo que se le servía. De alguna forma, Anel siempre se las arreglaba para que su ingesta doliera incluso, como si de piedras con púas se tratara, y de a poco, sin percatarse, fue aborreciendo todo aquello que pasara por su boca.

—Lo prometo —la acompañó hasta su aula, hablándole sobre su carrera, su relación, su felicidad. Lo escuchó taciturna, sintiéndose por primera vez irritada con él. Su alegría era molesta, su cercanía no llegaba a su ser como solía y, de hecho, le hastió. En las puertas del salón se despidieron quedando en marcarse. No lo haría, no pronto por lo menos, y sabía que ese chico tampoco. Ya no era lo de antes, ya no reía como solía y no tenían nada en común. Sacudió la cabeza y entró triste. Así era la vida. «El fin era inevitable», recordó sus palabras con nostalgia. Eso podía ser cierto.

Marcel bullía, sentado, mientras escuchaba la exposición de uno de sus compañeros. Deseaba romperle la cara, deseaba ir por ella y sacarla de la puta clase para besarla, besarla por completo y recordarle que ese juego aún no terminaba. Pero lo que más rabia le daba fue ver cómo reía, cómo parecía despreocupada, cómo lo abrazaba, como se escondió en su pecho, aferrando su camisa con aquellas manitas que ahora tan bien conocía y que ¡con una mierda! No deseaba estuvieran sobre nadie más, no mientras sintiera la puta sangre hervir gracias a lo que dejaron pendiente.

Sí, desde esa maldita noche no había podido estar en paz. Su tío lo llamó porque el consejo deseaba estipular la fecha de su incorporación, haciendo que firmara y se comprometiera de esa manera a no fallar. Tres malditas semanas después de salir de clases. Ese era el puto tiempo que tenía de libertad.

Al día siguiente quiso acercarse, pero su hombría se lo impidió, no le agradaba nada ver que no

parecía afectada por su lejanía, que no lo buscaba, vaya, que ni siquiera parecía recordarlo cuando lo tenía lejos.

En cuanto la hora de clase acabó fue hasta aquel edificio donde los viernes tenía otra clase. Iba a subir cuando la vio bajar. Al toparse, Anel se detuvo.

—Hola —fue la primera que habló al notar su mutismo. Silencio—. ¿Estás bien? —quiso saber. No se movía, solo la miraba de arriba abajo notoriamente contrariado, contenido. Marcel iba dispuesto a dejar claras las reglas de ese bendito juego, pero al verla, algo en su interior se detuvo. Iba dulcemente vestida, como solía; unos pantalones de gabardina color miel que si bien no le quedaban grandes no se le adherían, un suéter de cuello alto, holgado, rosa oscuro, junto con unas botas que iban bajo su atuendo. Pero lo que lo alertó fue sentir que no era el momento. Se acercó, observándola fijamente, ella se aferró al pasamano pestañeando. ¿Qué le ocurría?

—De nuevo nos has comido, ni dormido —apuntó seriamente. Anel se acomodó un mechón, descolocada—. Carajo, ¿qué mierdas ocurre contigo? —La tomó de la mano y la hizo bajar.

Ya en su apartamento husmeó en su frigorífico, y le sirvió una pasta fría acompañada de ensalada. Un minuto después se alejó, como solía. No había dicho ni media palabra, salvo de nuevo un «*come*» que no dejaba dudas a que obedeciera.

Al concluir, lavó la vajilla y se recargó en la repisa intrigada por su actitud. Había plátanos, muchos.

—¿Puedo? —preguntó bajito. Él asintió sin verla, parecía demasiado atento al televisor. Se acercó discretamente mientras le quitaba la cáscara. Una película de suspenso que ya había visto. Se sentó a unos metros de Marcel, poniendo atención a la cinta, nuevamente intrigada. Al acabar, se miraron sonriendo.

—Estuvo buena —señaló el chico relajado.

—Sí —admitió ella, al tiempo que este le quitaba la cáscara que se hallaba aún entre sus dedos.

—Digo, los finales felices siempre lo estropean todo, pero ya sabemos que es lo que la gente quiere ver... —Anel se levantó ubicándose tras la barra mientras él tomaba agua a grandes tragos.

—Deben existir —musitó, Marcel se encogió de hombros, indiferente.

—Es una estupidez, la vida es esto... —señaló, dibujando un círculo en el aire.

—Supongo... —Jugó con sus dedos abatida. De pronto lo sintió cerca, estaba recargado a su lado sobre la superficie plana.

—¿Por qué no duermes? —quiso saber. Ella se irguió, mirándolo de reojo, incómoda—. No importa, ven —la atrajo hacia su cuerpo con una mano sin dificultad—. ¿Qué quieres hacer? —Anel no lo comprendió, pero se acomodó en su pecho adorando la sensación de sentirlo, así, cerca. El chico acarició su mejilla deleitándose con su aroma, con su reacción, con su piel laxa, cremosa—. Si comienzo ahora, no pararé —le advirtió con voz diabólicamente seductora. Debían ser casi las cinco, tenían un buen tiempo por delante.

—No sé —murmuró con voz estrangulada. Marcel aspiró su olor cerrando los ojos y le quitó la goma del cabello. De inmediato se puso nerviosa—. ¿Q-qué haces?

—Yo sí sé —y comenzó a besar su cuello con infinita paciencia, lamiendo apenas si perceptiblemente su piel. Sintió sus vellos erizarse, sus manos delgadas apretar su camisa mientras soltaba un suspiro delicado.

—Ma... Marcel —musitó quedamente. Se separó y la miró con ojos vidriosos, con las pupilas dilatadas.

—Sí, yo..., yo nada más... ¿Comprendes? —Y devoró su boca con fervor. La tomó por la cintura y la

sentó sobre la barra apresando sus caderas con fuerza. Sus manos comenzaron a viajar por su talle, por debajo de su ropa, como las olas cuando poseen la arena, como escarcha que congela cada rincón en una helada. De a poco, fue llegando de nuevo a aquella prenda que esta vez desaparecería. Se despojó de la propia, aferró su rostro e hizo que lo mirara—. Es tu oportunidad de decir «no» —jadeó, respirando como si estuviera en medio de un maratón. Anel, con sus labios hinchados, con el cabello alrededor de su rostro, ya sin sus gafas, se veía asombrosamente mujer, demasiado tentadora, arrebatadoramente hermosa, sensual, incluso—. ¿Has estado con alguien? —quiso saber antes de entrar en ese camino sin retorno al que moría por llevarla, por arrastrarla hasta que de esa boca salieran jadeos y gemidos cargados de lujuria. La chica, con su respiración agitada, lo miró a los ojos negando. ¡Mierda! No sabía lo que en realidad esperaba, lo cierto es que hubiese preferido que su repuesta fuese otra. Salvo una vez, no había vuelto a acostarse con una chica primeriza, pero sí sabía que tendría que contenerse y eso no era lo precisamente deseaba. Aspiró, asintiendo, mientras lamia su boca al ver que se iba enfriando—. Ya no hay retorno, Anel —le advirtió, mordisqueando un labio con sensualidad.

—No quiero que lo haya —admitió, aferrándose de sus hombros. Sonrió, torciendo la boca como solía y sin más la besó al tiempo que levantaba su suéter y lo aventaba al piso. Recorrió su espalda angosta disfrutando de lo que provocaba en ella, pues temblaba, dejaba salir pequeños suspiros y respondía sin dudar. Mientras torturaba su cuello, la elevó y se dirigió con ella a cuestas hasta su habitación. Si era su primera vez, ese no era el lugar adecuado.

Le depositó sobre el colchón al tiempo que le desabrochaba el sostén lentamente. Anel observaba su torso, embelesada. Lo que vio en su mirada casi lo hace rugir; aceptación, admiración, la necesidad de ser lo que ella requería. Le bajó los tirantes sintiendo sus pequeñas palmas tocando sus pectorales, investigándolo. Su forma le agradó, era tan suave, sin prisas, que se encontró descubriendo su pecho lentamente, entrando en ese mundo decadente, lleno de esa bruma que parecía permear sus sentidos, logrando que se sintiera bajo los efectos de un elixir.

La desnudó con ternura, saboreando cada momento, cada expresión, cada gesto. Disfrutando como nunca el hecho de que la joven que gemía de esa forma única bajo su tacto, también lo fuera conociendo. Era muy delgada, pero definitivamente hermosa, su piel blanca, sus lunares salpicados, sus vellos erizados. Todo tan perfecto que la fue inspeccionando con deliberada lentitud, probando cada uno de sus rincones, besando incluso sus dedos mientras ella sonreía enredando sus piernas alrededor de sus caderas. Verla así era delirante, inigualable. Desprovisto por completo de las prendas que le quedaban supo que era el momento, pues Anel se arqueaba sudorosa, temblando como una hoja, parecía no reconocerse, robar oxígeno del aire para que sus pulmones no colapsaran, aferrándose a uno de sus hombros con una de sus manos mientras la otra él la mantenía apresada arriba de su cabeza. Tomó las precauciones necesarias y se adentró de una sola vez, sujetando su cintura con fuerza, pues sabía no sería grata la invasión menos para ese menudo cuerpo. La chica intentó zafar su mano y con la otra, apartarlo.

—No te haré daño... Shh... No te muevas, chiquilla —sus palabras lograron traerla a la realidad, abrió los ojos con lágrimas. Marcel las lamio con sensualidad, apretaba los dientes conteniéndose y volvió a besar sus labios, a jugar con su interior a esparcir con sus dedos caricias relajantes por todo su costado.

Cuando la sintió abandonada reanudó la lucha. Fue poco a poco, sin permitirle tensarse. Absorbiendo cada uno de sus gemidos, de su quejidos. Saboreando uno de los momentos más extraños y asombrosos que había tenido.

Un poco después se dejó ir sintiendo como ella, asombrosamente, lo acompañaba. Un último gruñido que salió desde el fondo de su estómago le hizo saber que todo había terminado. Sobre ese esbelto cuerpo la bruma fue desapareciendo. Sin embargo, su corazón seguía golpeando como un maldito demente.

Desconcertado por lo fuerte de lo ocurrido, se apartó demasiado turbado. No, ella no podía adentrarse más. Se levantó con una opresión en el pecho, sintiendo como se cimbraban cada una de sus células, de sus jodidas neuronas. ¿Qué mierdas le ocurría?

—Saldré en un rato —se escuchó decir al tiempo que cerraba la puerta del baño, para después recargarse en ella negando con los ojos cerrados. Una vez quiso, una vez deseó y esa persona no supo permanecer a su lado cuando más la necesitó, cuando la soledad lo permeó todo, cuando el dolor lo consumió. No, no entraría en ese maldito territorio, nunca más. Él era egoísta, demasiado, por lo mismo estaba así, solo, y no lo cambiaría.

Anel, con los ojos nublados, se incorporó sin dar crédito de lo que acababa de hacer y menos de lo que él le acababa de decir. Al sentarse, ese maldito dolor de cabeza regresó. Dos noches sin dormir, casi sin comer, más lo ocurrido, era ya demasiado. Se puso el sostén como pudo, evitando que las lágrimas que amenazaban por salir lo hicieran. No podía culparlo. Más claro no podía ser... Además, lo ocurrido fue perfecto, mejor de lo que alguna vez creyó sería. Encontró su braga.

Dios, la cabeza. Apretó los dientes y se la calzó torpemente.

Debía irse a dormir, olvidar todo y dormir. Ese tipo no estaría ya en casa y podría descansar. Se levantó con la intención de juntar el resto de su ropa. Al dar un paso, sintió que el piso se movía, que todo se nublaba a su alrededor, la cabeza le explotaría.

—¡Ey! —Cuando creyó que terminaría sobre el frío piso de mármol, unos brazos la elevaron y depositaron sobre el colchón. Gimió—. ¿Estás bien? ¿Anel? —parecía alterado, no lograba abrir los ojos.

—L-la ca-be-za —sintió ganas de llorar al tiempo que se llevaba una mano a la sien, apretando.

—No te muevas, voy por un analgésico —aunque quisiera no lo lograría, ningún músculo le respondía.

Nervioso, Marcel llegó con agua y un par de pastillas. Ella parecía ajena a todo, ahí, con su ropa interior, sobre sus sábanas revueltas, con esas enormes pestañas custodiando su débil espíritu. Se sentó a su lado preocupado... ¿Se habría desmayado? Dejó lo que traía en la mesilla y la sacudió tomando su mentón.

—¿Anel? —La joven gimió quedamente, pero no despertó. ¡No, no era verdad! De nuevo estaba ahí, dormida, en su cama, semidesnuda, después de que... No, no le podía estar pasando eso a él. La observó, atento, de arriba abajo, se detuvo en ciertas partes, como sus piernas suaves, o su vientre sumido. De solo recordar como lo recibió, volvía a arder. Más arriba; su cuello delicado, su amielada boca. Al llegar a los ojos se detuvo; esas malditas ojeras habían regresado, purpúreas, profundas y ese dolor de cabeza ya había ocurrido. ¿Estaría enferma? ¿Por qué le sucedía eso? Por lo menos comió, eso sin saber la razón, lo aliviaba.

La metió bajo las cobijas absorbiendo su maldito aroma que ya, para esas alturas, lo sentía instaurado en sus pulmones. Al tocar su mejilla la sintió muy fría, la arropó con mayor cuidado dejándola ahí, en su cama, en su habitación, en su apartamento. ¿Qué más podía hacer?

Se fumó un par de cigarrillos en la terraza, sentado en uno de los sillones del exterior observando la ciudad. No quería pensar, no deseaba cavilar de más respecto a lo que ahí pasaba, simplemente sentía la necesidad de dejarse llevar por lo menos unas horas. Anel no estaba bien y, con todo y eso, le proporcionó uno de los momentos más extrañamente inigualables.

Entró, no traía nada que cubriera el dorso y ahí el aire soplaba fuerte debido a la altura. Se puso la camisa observando el suéter de ella en el piso. Lo agarró instintivamente llevandoselo a la nariz. Olía a naranja. Era una fragancia delicada, tierna. Sonrió como un imbécil al recordar de nuevo todo. Sí, fue mucho mejor de lo que esperó a pesar de que había sido su primera vez. Sin embargo, ese momento se

opacó con la marea de sentimientos que llegaron cuando la bruma en la que lo sumergió, desapareció, para después ser reemplazados por miedo al verla casi desplomarse frente a sus ojos, tan pálida como nieve.

Se perdió en sus diseños arquitectónicos varias horas, como solía ocurrirle cuando se metía en ello. Sus amigos le marcaron tantas veces que decidió apagar el móvil. No podía dejarla ahí sola.

Como a las diez, entró. Seguía incluso en la misma postura. ¿Qué debía hacer? Torció la boca, pensativo. ¿Cómo era que un ser tan frágil generaba tantas cosas en su interior? Sacudió la cabeza. Cenó algo y regresó. ¿Habría avisado a su casa? Se colocó a su lado, volvió a moverla con delicadeza.

—Anel, en tu casa se preocuparan... —susurró cerca de su rostro que, debido al calor del cobertor relleno con pluma de ganso, estaba chapeteado. Era en serio muy bonita. Ella dejó salir unos suspiros delicados, cambió al fin de posición haciéndose ovillo y lo ignoró—. Anel, despierta... —un quejido caprichoso salió de esa pequeña garganta. No pudo evitar sonreír. ¡Maldita chiquilla, en qué lo metía! Era viernes, igual y si la llevaba más tarde no tendría problemas.

Minutos después se metió bajo las cobijas, a su lado, con tan solo su pantaloncillo de pijama. No dormiría en otro sitio, sería absurdo después de lo que ocurrió entre ambos. Noches evocando tenerla, aunado a las pesadillas recurrentes, tenía sueño, así que descansaría en su colchón, con esa pequeñuela a su lado. Con un brazo bajo su cabeza y el otro sobre su torso observó la oscuridad aún sin poder creer que estuviera compartiendo cama, menos que ese alguien fuera esa dulce chica.

Siempre que se acostaba con una mujer y todo acababa, salían al poco tiempo del apartamento, justo como intentó hacer hacía unos minutos, solo que por distintas razones. Mientras esa joven que tenía a su lado estaba generando una colisión en su mundo, las demás eran sexo que después de que sucediera, deseaba una buena borrachera y llenar los enormes vacíos que en su vida existían.

Dormiría un rato, colocó el despertador a la una y media, supuso que tendría que salir a esa hora para llevarla.

—¡No!, ¡no!... ¡Déjame! ¡No!, ¡no me toques! —Esos gritos lo despertaron peor que si le hubiesen echado agua helada sobre el rostro. Anel se removía violentamente a su lado gritando como loca. Se acercó intentando despertarla, al hacerlo la chica abrió los ojos y con la mirada desorbitada se pegó a la cabecera huyendo, o eso parecía. Arrugó asustado la frente.

—¡Mierda, soy yo! Marcel, ¿qué te pasa? —Le habló fuertemente. Ella sacudió la cabeza aún perdida. La tomó por el mentón para que lo enfocara—. Despierta, maldición, ¡soy yo! —Primero intentó luchar, pero poco a poco fue regresando.

—Debo irme —musitó asustada al reaccionar. Quiso levantarse, él la detuvo. ¡Pura madre!, eran más de las tres de la mañana. ¿Y el despertador? Maldito aparatejo, no lo escuchó. Luego ajustaría cuentas con él.

—Estás loca, es tardísimo —temblaba, sudaba. Las lágrimas comenzaron a salir. No comprendió qué sucedía ahí, sin embargo, la abrazó consolándola. Sabía muy bien lo que era tener intrusos en la mente cuando se estaba inconsciente, la desazón que dejaban en el alma, en la piel—. ¿Puedes quedarte? —Se encontró preguntando con voz queda mientras acariciaba su espalda desnuda. ¿Por qué dijo aquello? Ni idea, pero lo deseaba, en serio lo hacía. La joven asintió despacio, mucho más relajada, respirando de forma casi regular—. ¿Tus padres?

—De viaje... —logró articular limpiándose las mejillas, de ninguna manera deseaba apartarse de ese pecho que la hacía sentir inigualablemente segura, que derretía sus miedos como si se trataran de láminas de cera al contacto de las llamas de un fuego intenso—. Debo dejar un mensaje —dijo de pronto. Marcel asintió. Un minuto después salió por su mochila y se la tendió mientras ella permanecía ahí, en la orilla

de la cama, acurrucada. Tecléo algo, luego lo miró—. Lo siento. —Él se acercó, sonriendo, se metió bajo las cobijas nuevamente y con una mano la atrajo hacia su pecho para que su nuca quedara frente a su nariz.

—Solo no me vuelvas a despertar así o me dará un paro cardíaco —la escuchó reír, besó su cabeza y cerró los ojos. Eso era lo único que deseaba, dormir con ella adherida a su piel.

Vivir el momento

CAPÍTULO 7

Abrió los ojos al sentir demasiado calor. Ese olor, su nariz escondida entre su pecho desnudo, mientras sus brazos la rodeaban y su barbilla se hallaba recargada en su cabeza. Seguía dormido. No recordaba haber descansado así en años, no desde que apartó esa imagen. Con la pesadilla donde «ese asqueroso» se acercaba con intenciones repulsivas, tuvo suficiente. Esas cosas le pasaban con más frecuencia de la que podía admitir, pero con Marcel ahí, el miedo cedió casi de inmediato como cuando la luz refulgente del sol derrite el hielo después de una nevada.

Se apartó delicadamente, debía irse, de hecho no debió quedarse dormida sin más en aquella cama, mucho menos accedido a pasar la noche ahí. No obstante, después de ese espantoso sueño, lo último que quería era regresar a ese oscuro lugar donde se hundía cada minutos más.

Él, de alguna manera que no lograba descifrar y en la cual no deseaba ahondar, le brindaba la seguridad perdida, la necesidad de olvidar lo que en su entorno lúgubre acontecía. Siempre dentro de una cueva húmeda, tan sola, tan perdida, ya ni siquiera se sentía ella misma, ya ni siquiera lograba adentrarse en su interior, hacer contacto con su ser, ese que se resguardó mucho tiempo atrás debido al dolor, debido a que esa fue la única manera de enfrentar el día a día, debido a que nada había sucedido que valiera la pena como para salir de ahí, de ese lugar donde se hallaba bien resguardada. Pero de pronto, llegó ese chico duro, contradictorio, que generaba millones de emociones con tan solo un gesto rudo, que sensibilizaba su interior a un grado que no entendía, y... Y ya no se sentía igual, nada era lo mismo... Un miedo diferente, un sentimiento incongruente y que definitivamente se estaba haciendo demasiado fuerte, permeaba todo sin consultarle, sin avisarle. No, eso no estaba bien, no era lo más sano para su débil existencia.

Se sentó sobre el mullido colchón acomodándose el cabello que sabía, no estaba tan desaliñado gracias a lo lacia que era. ¿Dónde estaba su *jeans*?

—¿Qué sucede? —Esa gruesa voz la hizo girar. Él se frotaba los ojos poniéndose boca arriba.

—Yo... Yo no sé dónde está mi pantalón —admitió con un hilo de voz. Dios, era guapísimo. Marcel se incorporó en un codo y le indicó con la otra mano un sillón gris oscuro. Apenas si se vía con las persianas gruesas corridas. Se levantó con timidez, él la observó. La joven pasó saliva con dificultad, intentando enterrar cualquier demostración innecesaria.

—¿Qué haces? —quiso saber, tumbándose de nuevo, deleitado por lo que veía. Anel se percató de su mirada lujuriosa, pasó saliva sin poder creer que la viera como si fuera algo tan apetecible, como si de verdad le gustara.

—Debo irme. —El chico de inmediato se tensó, incorporándose—. Siento haberme quedado dormida. —Acto seguido salió de ahí abriendo la puerta con cuidado, sin prisa.

¿Qué? ¿Así, nada más? ¿Qué mierdas?

Se puso de pie y salió tras ella. Ya se acomodaba el suéter y sujetaba su cabello con la goma que estaba sobre la barra de la cocina, todo a paso sereno.

—¿No tendrás problemas, cierto? —La veía ir y venir con una indiferencia asombrosa, desconocida.

¡Al diablo! Si así se portaría de fría, él también.

Ella negó, regresando a su habitación para salir con sus calcetines y botas en la mano. Se las puso sin

verlo a los ojos ni una sola vez. Metió sus cosas a la mochila ya un poco nerviosa por su extraña conducta.

—Gracias —musitó, avergonzada, al tener ya el picaporte de la puerta en la mano. No deseaba que él la echara porque sabía entonces sí quedaría devastada. Irse sin hacer aspavientos era lo mejor, después de todo no eran nada y ella lo había aceptado.

—Cuando quieras —rugió él desde atrás apretando los puños con rabia. La vio desaparecer, incrédulo. ¿Era en serio? Unos minutos más pasaron en los que no se movió esperanzado. No regresó, no nada. Aventó un cojín furioso y regresó a su habitación. Se dejó caer sobre el colchón lleno de frustración y, al hacerlo, su maldito olor apareció como si moléculas de polvo añejo se hubiesen elevado al moverlas.

—¡Ah! —gritó, dándole un golpe molesto a la cama. Se dio una larga ducha.

Bramando y maldiciendo, una idea surgió. De nuevo se sentía de buen humor. Se vistió de prisa y la llamó. Después de tres timbrados contestó. Soltó el aire con disimulo.

—Hola... —su vocecilla lo hizo sonreír. Sí, aún necesitaba más de ella.

—Voy por ti en cuarenta minutos.

—Marcel, yo... —no sonaba convencida.

—Ponte ropa cómoda, trae tu cámara. Te veo afuera de tu casa —y colgó. Pasó por algo de comer, lo pidió para llevar y llegó justo a tiempo. La joven salió enfundada en *jeans*, una blusa violeta de algodón muy sencilla y tenis claros con una pequeña mochila colgando. Algo molesto se removió en el pecho al saberla tan suya, tan ajena. Se subió con timidez, sin mostrar ninguna emoción.

—¿A dónde vamos? —quiso saber, perdiendo la vista en el exterior. Era asombroso que nada hubiese cambiado en ella después de lo que compartieron.

—Al zoológico —Anel volteó, intrigada, intentaba mantenerse imperturbable, pero es que él no se lo ponía nada fácil, aun así, lo seguiría intentando, eso que tenían, no tardaría en acabar y lo sabía muy bien —. No veas así, ¿has ido?

—Hace muchos años —aceptó, sin poder comprenderlo. ¿Qué habría dentro de su cabeza que cambiaba tan abruptamente sus estados de ánimo?

—Yo también, pero es uno de los mejores, algo distinto suena bien —soltó, mirándola de reojo.

El lugar estaba asombrosamente cuidado, limpio. Recorrieron uno al lado del otro, todo sin tocarse, sin entrelazar las manos, simplemente ahí, juntos. Marcel observó como Anel iba relajándose conforme pasaban las horas. Si bien su forma seguía igual, sonreía un poco más, hablaba un poco más. Le señalaba animales para luego sacar la cámara y fotografiarlos encantada, entusiasmada, casi infantil.

Cuando el sol ya era muy fuerte compró una gorra del lugar y, sin consultarle, se la colocó. Anel torció el gesto sin estar muy convencida, él llevaba la suya y se veía espectacular, cosa que estaba segura, ella no. El chico acarició sus mejillas con sus pulgares sonriendo de una forma mágica que logró cimbrar varias partes de su ser que no deseaba asomaran cuando estaba en su presencia.

—Acabarás insolada... Aunque así luces más como una chiquilla. —Anel rodó los ojos y continuó su camino. ¡Ah, era imposible!

Horas después la instó a sentarse en un área verde obligándola a comer lo que llevaba.

—Pensaste en todo —musitó, mordiendo un plátano con las piernas cruzadas. Marcel iba a contestar cuando los recuerdos se agolparon como si de pronto una cinta se reprodujera ante él; a su madre le gustaba llevarlo ahí cuando pequeños. Observó su alrededor probando su emparedado sintiendo incluso el viento de aquellos días—. ¿Eres de aquí? —Él aceptó encarándola con gesto lejano—. ¿Y tus padres? —Ahí iban las putas preguntas. ¿Qué nadie podía quedarse así, sin saber más?

—Muertos —dijo, dejándola helada por la manera en la que respondió y por el hecho en sí—. Y, por favor, no digas «lo siento», porque no me conoces y tampoco los conociste a ellos. —Anel dejó de comer sintiendo un nudo en la garganta. Marcel estaba molesto, incluso parecía haberse recluso de nuevo, ese tono osco hizo su reaparición, así que como una flor que deja de ver el sol, también se cerró.

—¿Seguimos? —propuso después de varios minutos de silencio en los que ya no pudo continuar ingiriendo. Su confesión era dura, evidentemente demasiado dolorosa, pero no entendía por qué su molestia con ella.

—No hasta que termines la mitad de eso —exigió él, señalando un cuarto del emparedado.

—No finjas que te preocupa mi alimentación —reviró Anel envalentonada, no le temía, pero la desconcertaba tan profundamente que no le mostraría lo que generaba. Marcel se acercó irritado ubicándose a unos centímetros de su rostro con los brazos a los lados de su cadera. Ella continuó en su lugar sin moverse, sosteniendo su mirada con frialdad a pesar del maremoto que vivía internamente, sin embargo, no la amedrentaba, no él.

—¿Deseas terminar medio desmayada como ayer? Tu vida me importa un carajo, pero no quiero otra escena del tipo, me parecen ridículas, ni soy un príncipe, ni tú una princesita de cuento. —Se levantó y la dejó ahí con el pulso a mil, con un sollozo atorado en el pecho.

La joven mordisqueó el trozo, no lograba pasarlo. Cuando creyó que ya era suficiente, tiró todo y pasó frente a él con su singular indiferencia. No había nada, no había nada, se repitió logrando así manejarlo, logrando así continuar el recorrido por aquel lugar asombroso. Marcel la siguió unos pasos atrás en silencio, solo observándola, culpable.

Se portó como un imbécil, lo sabía, pero es que no podía evitar alejarla. Lily tendría su edad y odiaría saberla metida en algo como un desorden alimenticio, porque por mucho que Anel se empeñara en decir lo contrario, tenía uno y aunque todavía no la marchitaba, sabía que si seguía, eso ocurriría pues aniquilaría su lozanía, su brillo, su... esencia.

Subieron al safari uno al lado del otro sin cruzar palabra. Ya arriba, la joven siguió fotografiando todo, comportándose como si no existiera, cosa que no parecía complicado, observó él, dejándola por un rato en paz.

De pronto unas jirafas se acercaron. La gente se emocionó al verlas tan cerca. Una de ellas, la más grande, no se detuvo y, de pronto, pegó su rostro al de Anel en un solo movimiento. Marcel se tensó a su lado mientras escuchaba los suspiros de sobresalto de los presentes. Por un momento creyó que se alejaría, que se asustaría, como muchas de sus amigas sabía, harían, como podría pensar, era lógico. Lo contrario a eso, sonrió con ternura y adhirió su frente a la del animal tocando su cuello con aquella delgada mano de forma delicada, casi mágica.

Apretó los puños. Mierda, la deseaba de nuevo, así, ingenua, dulce, suave.

Más tarde pasaron por la zona de monos, había de varios tipos, de varios tamaños. Unos pequeñitos que por ahí se encontraban sueltos, pues eran parte del atractivo, se subieron al hombro y cabeza de la chica. Anel tomaba fotos a un chimpancé sin percatarse de nada. Marcel soltó la carcajada sin poder evitarlo.

—No te muevas, tienes polizones —la joven ojeó su hombro intrigada y luego miró encantada hacia el cielo, sonriendo con frescura, con alegría. No lo pudo evitar, le quitó la cámara y capturó la imagen, y es que en su vida había visto algo más hermoso que ella riendo así, acercando su mano a uno de ellos mientras el otro se acurrucaba sobre su cabeza.

Un trabajador de ahí se los quitó segundos después con amabilidad al ver lo que hacían las simpáticas criaturas.

—Adiós, amiguitos —y los tomó entre sus dedos jugueteando un rato más con ellos mientras él notaba que en serio le agradaban los animales, y no solo eso, a ellos les agradaba ella.

Al terminar el recorrido se encontraban rendidos.

—Lamento lo de hace un rato —soltó de pronto mientras conducía rumbo a su apartamento. Anel no lo creyó del todo, sabía lo que deseaba y por eso se lo decía, lo cierto era que también quería un poco más de él. Lo que le hacía sentir su cercanía no tenía comparación con nada y aunque pudiera parecer una tonta, lo necesitaba, quería aprovechar los momentos a su lado. Total, ahí no había mentiras, todo era tan claro como el agua.

—No pasa nada...

Al llegar ni mal cruzaron la puerta cuando Marcel se desprendió de la camiseta y a ella de la suya. La arrastró hasta la ducha y una vez que la tuvo bien desnuda, la metió bajo el chorro.

En una enorme tina, que fungía como regadera también, entre gemidos y suspiros se quitaron el polvo, el sudor, para terminar hechos uno sobre las cobijas de su cama, húmedos, colmados, saciados. En esa ocasión todo fue más excitante, más fuerte, más delirante.

—Muero de hambre —anunció él a su lado recobrando los sentidos minutos después. Anel buscó con qué cubrirse, de pronto se sentía demasiado expuesta. Marcel la miró de reojo y le tendió una camiseta que estaba sobre el sillón, fue un segundo al baño y salió ya con bóxer—. Vamos —la instó, saliendo de la habitación de lo más relajado.

Aún con las piernas temblorosas, y asombrada por lo impresionante que era compartir su cuerpo con ese chico rudo y seco, lo siguió. No se arrepentía, no lo haría nunca, lo que generaba su cercanía la hacía sentir viva, importante, y si ese juego terminaba al día siguiente, ya no se sentiría tan vacía, tan miserable pues de alguna forma la iba despertando.

Marcel supo que llegó unos segundos después. Mierda, todavía estaba turbado por cómo sucedían las cosas, pero más aún, por lo inigualable que era hacerla suya. No había remilgos, ni exclamaciones exageradas, tampoco esa urgencia molesta si no vehemente, enloquecedora de sentirla en torno a su cuerpo, de poder gozar de sus suspiros y jadeos mientras la tenía solo para él.

—¿Helado o rosetas de maíz? —quiso saber al tiempo que abría una gaveta. Sabía bien lo que diría.

—Helado —le tendió un tazón para que se sirviera. Cuando sus palomitas estuvieron listas, un par de minutos después, las vertió en un tazón, las inundó de salsa picante y se dirigió al sillón en el que últimamente comía. Pronto encontró una serie de comedia. Anel se acercó sigilosa y se sentó donde solía, no cerca, no lejos. Cuando el programa terminó, el chico se levantó y le entregó uno de los controles de la consola, riendo.

—Este es más sencillo, lo prometo —expresó inocente al ver que dudaba. No lo fue en realidad. Un juego de aviones navales era aún más complejo que el otro. No obstante, era divertido verlo gritar, maldecir y molestarse. Mientras ella intentaba dar una—. Nop, definitivamente esto no es lo tuyo —soltó cuando al fin acabó. Anel le tendió el comando acomodándose un mechón tras la oreja, continuaba enfundada en su playera, sentada recatadamente a su lado, torciendo su linda boquita.

—Si ya la lo sabes, para qué me haces jugarlo —acunó su barbilla acercándola.

—Porque es divertido verte intentarlo —Anel suavizó su expresión.

—Creo que nunca seré buena —su aliento logró que cerrase los ojos. Mierda, siempre olía así; a miel.

—La práctica hace al maestro —y sin soltarla la fue recostando sobre el sillón. La chica elevó una mano y con timidez la posó en su mejilla. Le agradaba la sensación áspera, de barba incipiente, de piel cálida.

—Y tú te ocuparás de ello —se atrevió de decir osada, pero empleando esa vocecilla dulce que la caracterizaba. Marcel viró un poco y mordisqueó con cuidado su palma.

—Por ahora, júralo... —sus palabras encerraban más de un significado y ella los entendió sin problema, sin embargo, decidió ignorarlo. Viviría el momento, aunque sabía las repercusiones de su decisión.

Ahí, en medio de la sala, estuvo a punto de tomarla otra vez y es que lo encendía como una turbina de avión, arrasando y absorbiendo todo a lo que su paso había. Anel sobre su regazo, dejándose llevar, abandonada, respondiendo a sus besos, a sus caricias, aventurándose con cada encuentro a tomar más, a recibir más, eso... Eso era mucho más de lo que podía asimilar.

—Quédate —se escuchó decir aún con ella encima, ya en su habitación, pues ahí estaba la protección y por mucha lujuria que sintiera no era ningún imbécil, jamás embarazaría a nadie. Anel elevó el rostro, Marcel le quitó los cabellos que lo tapaban. Su piel estaba aún perlada, sus mejillas sonrojadas. ¡Dios, era hermosa!

—Debo avisar... —su tono cantarín lo hizo sonreír a pesar de darse cuenta de que ese tipo de solicitudes podían complicar las cosas.

Después de informarle a Cleo, de nuevo por mensaje, que estaría en casa de su tía Laura, ambos quedaron rendidos ahí, en esa recámara por segunda noche en menos de cuarenta y ocho horas. Si sus amigos llamaron, si había fiesta, reunión, salida a algún antro o bar, sencillamente lo borró de su cabeza. Entre ella, y el ejercitado día, cayó noqueado apenas si tocó la almohada al igual que Anel, que a su lado, acurrucada, sin tocarlo, cerró los ojos y se dejó llevar sintiéndose, a pesar de lo extraño y torcido de la situación, en paz.

Por la mañana el sonido del interfón los despertó. Anel se encontraba presa en sus brazos, bien escondida en su pecho, mientras que una de sus piernas se hallaba enredada entre las suyas. Gimió, calentita ahí, sin desear moverse, aún sumergida en ese dulce sueño. Marcel, al percatarse de cómo amanecieron y de lo bien que se sentía, sonrió nervioso. De nuevo el timbre. ¡Diablos! La joven se removió haciéndose hacia atrás lánguida, somnolienta.

De nuevo.

—¡Con un carajo! —bramó extendiendo el brazo, aunque sonaba afuera, podía contestar desde ahí.

—¿Quién?! —Anel se talló los ojos mientras él la observaba desperezarse. Mierda, eran Rodrigo y Lalo. Se levantó de un brinco, rabioso. No quería que la vieran ahí—. No salgas, ahora los echo. No quiero que sepan que me acuesto con una chiquilla —soltó sin pensar al tiempo que cerraba la puerta. Anel se incorporó sobre sus codos de nuevo incómoda. Era asombrosa la habilidad que tenía para subirla y bajarla en segundos, para hacerla sentir única y, enseguida, algo insignificante. La puerta se abrió, depositó él sus cosas sobre la cama, mientras que con el dedo le indicaba silencio.

Sin darle vueltas a la situación, resguardando sus sensaciones en un sitio seguro donde solían estar, se vistió de inmediato. Ciertamente no eran nada, entró al juego de forma consciente, así que no existía qué reprochar, sin embargo, ni era ninguna «chiquilla» ni estaba dispuesta a durar un segundo más ahí.

¿Qué quería de Marcel? Se preguntó trezándose el cabello mientras escuchaba murmullos afuera. Nada. Todo. Dios, ya no lo sabía, admitió mirándose en el espejo del elegante baño, tan elegante como el resto del apartamento. Sus padres no vivían... Esa sería una de las razones por las que se comportaba así, tan seco, tan... Se echó agua al rostro para refrescarlo. Los dos últimos días fueron tan mágicos, como irreales, que se encontraba agotada tanto emocional como físicamente. Marcel la arrastraba a un vaivén continuo por lo que ya se sentía, en ese momento, en el límite.

Tomó su móvil, ansiosa. Las doce. Por la noche su vida sería lo de siempre; patética, oscura y llena de

rechazo. Bufó, no era tan distinta ahí. Deseaba estar sola, sola de verdad.

—¿Anel? —Enseguida apareció en el marco de la puerta del baño—. Ya se fueron, pero debo salir. — La joven asintió dándole una ojeada a través del espejo con su acostumbrada indiferencia y pasó a su lado. Ya en la habitación, tomó su bolso dirigiéndose a la salida—. ¡Ey! —La aferró por el brazo molesto—. ¿Te enojaste?... Digo, porque he sido bien claro. No hay nada entre tú y yo y que la pasemos bien en la cama, bueno, no indica que eso cambie. Fui honesto. —Ella miró su mano torno a su brazo, impávida, como si no le generara nada. Eso lo descolocó.

—Yo también debo irme, tengo cosas que hacer —murmuró con su vocecilla sin reproche, así, serena, gélida. No supo qué fue lo que le molestó más; si su indiferencia o lo que acababa de decir. Apretó los dientes soltándola.

—No debes esperar nada de mí —soltó, acercándose. Anel clavó sus extraños ojos sobre los suyos de forma imperturbable, casi vacía.

—Por eso estoy aquí, Marcel —acto seguido, dio la media vuelta y lo dejó ahí, de pie, sin más, absolutamente asombrado.

Cuando supo que se había marchado le dio un golpe a la pared, irritado. ¿Qué mierdas le pasaba con ella? ¿Por qué la quería y rechazaba al mismo tiempo? Odiaba sentir que necesitaba a alguien y adoraba la sensación de sentir que alguien lo necesitara. Rabioso, se frotó el rostro. Debía poner distancia de una maldita vez. El deseo, después de lo ocurrido, debía menguar. ¿O no?

La semana transcurrió y no hubo ni un solo acercamiento. Era asombroso encontrarla por el *campus* tan normal como siempre. En la cafetería la vio un par de veces, e incluso se encontró siguiéndola con la mirada en más ocasiones de las que jamás aceptaría, pero tal parecía que para Anel, esos días, no existieron. Todo lo contrario que para él.

Esa noche, al regresar del restaurante-bar, hasta ducharse fue un problema. Sin percatarse cada cosa se iba permeando de su esencia de una manera que nunca imaginó. Sus sábanas, que por supuesto tuvo que mudar el sábado por la mañana, olían de nuevo a ella. Las estrujó, frustrado, porque como si eso fuera poco, ese lugar donde había vivido solo por años, de pronto le pareció demasiado grande, demasiado oscuro, demasiado vacío.

Dormir costó trabajo, su cercanía era tan relajante como estimulante y sus ruiditos al estar completamente sumergida en sus sueños, que descubrió la noche del sábado, los añoraba. Por lo mismo, decidió que lo mejor era no buscarla, dejar que las cosas terminaran así, tal como empezaron.

Trampaagria

CAPÍTULO 8

El martes iba rumbo a la cafetería cuando Laila, una chica con la que solía salir y a veces tenía noches un tanto desenfrenadas que en ese momento se le atojaban patéticas, se colgó de su cuello. Al sentir sus brazos rodeándolo, giró riendo de esa forma que solo él sabía. En cuanto la vio, no pudo esconder la desilusión. Ojalá no hubiese sido ella, ojalá alguien tímido con enormes pestañas se hubiese atrevido a hacer algo como eso. La joven besó su mejilla sin soltarlo.

—¿Qué?, ¿ya me olvidaste? —Se la quitó de encima sutilmente, había algo que no lo hacía sentir cómodo, no como solía.

—Sabes que eres inolvidable —con voz gélida le guiñó un ojo, dándole por su lado. Cuando ya iban a entrar, se posicionó frente a él obstaculizándole el paso, enredando sus manos en su nuca. La intentó alejar de manera educada, no cedía.

—Te veo en la noche... —murmuró en su oído. Elevó la vista resignado, ubicando sus manos en la cintura de Laila que de pronto no le pareció tan atractiva como antes, en realidad, todo lo contrario, deseaba que dejara de invadir su espacio personal. Por supuesto que no harían nada y se lo diría en ese momento. Sin embargo, se quedó sin palabras al ver a Anel entrar junto con sus amigas sonriendo de esa manera sutil, suave. Ese gesto lo desconcentró de inmediato. De forma inconsciente se topó con su mirada. Si sintió algo al verlo ahí, con ella tan pegada a su cuerpo, no lo demostró. El pecho ardió y una marea agria lo permeó todo.

Sin más unos labios demasiado gruesos atacaron los suyos. ¡¿Qué mierdas?! Laila lo besaba con descaro mientras sus amigos, a unos metros, armaban alboroto. Se zafó, desconcertado, turbado como nunca antes. Enseguida buscó la mirada de Anel, ansioso, sin entender muy bien el porqué. Pero la joven bebía algo y sus ojos se hallaban perdidos en ese maldito libro. Apretó los puños profundamente perturbado. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Otro día... —La hizo a un lado molesto y se sentó sintiendo el cerebro desconectado del cuerpo. A la joven le importó poco su rechazo y sin preguntar se sentó sobre sus piernas. Cerró los ojos, ofuscado, rabioso, contenido como nunca antes. Su indiferencia era tal que deseaba cruzar el lugar y zangolotearla. ¿No era eso lo que deseaba? Se recordó preso de sus propias trampas.

Lo que quedó de la semana fue una maldita pesadilla, y para el viernes bufaba, ladraba y quería matar a quien se le atravesara. Rodrigo con sus tonterías cursis, Lalo hablando cochinas, Joel solo buscando a quien cazar y él, escuchándolos y fumando como una chimenea, deseando ser mago y desaparecerlos.

A lo lejos, Anel pasó enfundada en un vestidito de gabardina negro, con mallas grises junto con unas botas a media pantorrilla. Era un atuendo de lo más inocente, dulce hasta lo indecible aún con lo oscuro de los colores y, a pesar de eso, ella se veía demasiado apetecible.

¿Habría comido bien?, ¿tendría ojeras?, ¿la cabeza le dolería?

—¡Ey!, ahora sí no puedes fallar, Marcel —La vio dirigirse al edificio donde tenía su última clase esos días—. Animal, no te hagas el sordo. —Los miró al tiempo que tiraba el cigarrillo. ¿Qué mierdas decían?

—¿Qué graznas? —rezongó.

—En la noche, en la Cantina —negó poniéndose de pie.

—No, no sé... —entre sus amigos se miraron riendo. Marcel estaba extraño, y el fin de semana anterior hasta desapareció. Dijo que uno de sus tíos lo mantuvo ocupado, lo cierto era que no le creían, él era lo opuesto a un ambiente «familiar» tanto que vivía solo desde hacía cuatro años y alejado de todo aquello que lo anclara aunque fuera un poco. No soportaba que le dijeran qué hacer, mucho menos cómo. En el tiempo que llevaban de conocerlo jamás había tenido una relación, mucho menos hablaba de lo que fue su vida antes. Parecía, muchas veces, un ser lleno de rabia, de coraje. Su futuro estaba asegurado, tendría el mundo a sus pies y eso, fuera de parecerle genial, como a cualquiera, parecía odiarlo. Hasta cierto punto era un acertijo, sin embargo, era buen amigo, siempre presente y el mejor compañero de farra.

—¿Otra reunión familiar? —se burló Lalo.

—Vete a la mierda, a lo mejor tengo algo mejor que hacer que verles la geta... —murmuró, alejándose.

—¡Laila! —gritó Joel. En respuesta se encogió de hombros, dándoles a entender que podía ser. Escuchó las carcajadas varios metros adelante.

Espero en la esquina de aquel edificio cruzado de brazos. Los chicos iban bajando, hablando entre ellos. Anel al fin apareció, en cuanto la vio, la jaló a uno de los salones desocupados. La joven tardó en reaccionar hasta que ya la tuvo pegada a un muro.

—¿Y...? —preguntó, mirando sus ojos y su boca de vez en vez. Moría por probarla. Anel ladeó la cabeza, curiosa, excesivamente turbada en su interior, pero muy decidida a no demostrarle nada.

—¿Qué quieres, Marcel? —Con sus manos sobre su pecho deseó alejarlo, el efecto fue el contrario ya que él se pegó más y comenzó a pasar su nariz por su mejilla, a dejar roces en sus labios por donde iba oliendo. Se sintió deshidratada de pronto, con los vellos erizados, con la piel demasiado sensible. ¿Era en serio?

—Ya lo sabes —murmuró, lamiendo con deliberada lujuria su lóbulo, logrando que de su garganta saliera un pequeño gemido sin remedio.

La semana fue espantosa. El domingo, su madre, que se hallaba de buen humor, no paró de criticarla en cuanto la vio y aunque se sentía más tranquila debido a su caminata por el parque donde perdió su atención en las familias que departían, en los niños jugando, en las mascotas yendo y viniendo, nada nunca lograba blindar lo suficiente su corazón para esos momentos en los que Analí despotricaba sobre su presencia, su cabello, su voz, su falta de maquillaje, su pocas relaciones.

En la noche, cuando iba dormir le marcó a su tía Laura. Debía avisarle sobre su mentira para que no la echara de cabeza. La mujer se mostró entusiasmada en cubrirla y más aún porque le inventó era su novio y no deseaba que su madre se enterara.

Entre ellas se llevaban bien, pero la conocía y sabía, era especial en todo lo concerniente a Anel. Le agradó ser su cómplice, solo pidió le avisara si volvía a pasar para fingir frente a ella y no tener problemas.

El lunes pasó gris, como solía. Inmersa en una nueva lectura, retocando fotos y escuchando las letanías de los profesores sobre cosas que en realidad no le llamaban mucho la atención, transcurrieron las horas. Por la tarde, los tres en aquella mesa. No probó bocado pues Analí y su marido se devoraban ahí, en plena comida.

En la noche editó las fotos que tomó en el zoológico. Encontró un par que le tomó a escondidas. Siempre tan desgarbado, siempre tan indiferente. Con el dedo índice acarició su perfil sonriendo tímidamente. Si cerraba los ojos podía evocar su forma de tocarla, aquella primera vez que estuvo con él, y las dos subsecuentes.

No tenía idea de cómo lo hacía, lo cierto era que Marcel pasaba un dedo por su piel y el mundo no

solo se paraba, sino que retornaba e iba en dirección contraria, como si los engranes de un reloj inmenso se detuviesen y de pronto fueran hacia atrás. Era mágico, único, pero cuando sentía que podía ceder, que podía dejarse fluir, él, de alguna forma, se contraía como si fuese un pez globo, le decía algo que la hería sin poder evitarlo y, en respuesta, se replegaba retrocediendo lo avanzado.

Despertar al mundo de la sexualidad de su mano, no era algo de lo que se arrepentía, no obstante, dolía saber que en cualquier momento encontraría a alguien más interesante y se olvidaría de algo que para ella quedaría tatuado por siempre en su mente. Junto a él las cosas molestas se olvidaban, el miedo en el que vivía desaparecía y, de forma extraña, se sentía más segura de sí, menos insignificante.

Pero al día siguiente todos esos pensamientos se desmoronaron como un castillo de arena cuando una ola malintencionada llega más lejos de lo que suele. Al verlo ahí, con esa hermosa chica, se sintió una estúpida. Deseó llorar, deseó arrancarla de su lado, deseó que él se acercara y... No, sabía bien que eso no ocurriría, ese era el precio por entrar en todo aquello.

Ya no solo le atraía y lo sabía muy bien. Poco a poco, de alguna manera se estaba metiendo en su vida, tanto que no había minuto que no lo pensara, menos después de lo que ocurrió, pues de no haber sentido algo más, jamás se hubiese atrevido a dar el paso. Pero ahí estaba, siendo espectadora de cómo él se olvidaba de esas inigualables noches, de los momentos, de... Nada, entre Marcel y ella no había nada, se repitió convulsamente el resto de los días.

Ya en casa, sola, derramó algunas lágrimas al tiempo que estrujaba la fotografía que imprimió de él. ¿De qué manera entendería que no valía lo suficiente?, ¿qué no era bonita, mucho menos alguien con quien desear ir más allá? Esa noche casi no durmió. Primero por culpa de ese chico de ojos oliva y mirada dura, de sonrisa diabólicamente perturbadora, pero también, porque cuando bajó a la cocina por un plátano, pues llevaba casi dos días sin ingerir prácticamente alimento, se topó con ese tipo. Deseó regresar a su habitación de inmediato, pero él la sujeto por la muñeca evitando que se alejara.

—¿Por qué te vas, caramelito? —intentó zafarse llorosa—. No te preocupes, solo vine por un té para tu madre..., pero a ti —y acarició su rostro—. ¿Qué te trae por aquí? No sueles comer —se hizo a un lado forcejeando un poco más.

—Un plá... Plátano —el hombre sonrió lujurioso. Llevaba un pijama por demás abrigador, aun así, se sintió desnuda. La soltó y tomó uno del frutero tendiéndoselo.

—Qué descanses, caramelo —lo agarró y salió corriendo. Por supuesto, no lo comió. Para el miércoles, Cleo la obligó a engullir, después de verla tan pálida, un caldo de res en su habitación. Ingerió un poco, lo suficiente como para sentir que de nuevo tenía un poco de energía. Los días siguientes fueron similares, deseaba desesperadamente desaparecer. Las horas eran oscuras, opacas, y ya no le entusiasmaba irse por ahí a caminar, tomar fotografías a cada cosa absurda que veía. Deambuló por algunos parques que conocía, recorrió el bosque Los Colomos deseando sentir, de alguna manera, cierta paz. Nada. Hasta la madrugada hacía tareas, dormía poco. Y él se aparecía así, y la comenzaba a seducir sin más... Simplemente no lo podía creer, y lo peor era ver que su cuerpo respondía sin el menor empacho ante su cercanía.

—Yo... —jadeó al sentirlo sobre sus labios, ansioso.

—Tú también quieres lo mismo, no digas una mentira —posó su mano sobre su brazo con los latidos a todo babor. Dios, no lograba regular, y mucho menos controlar, sus reacciones y lo cierto era que él decía la verdad.

—P-pero... —La besó intensamente invadiendo su boca sin contemplaciones, adueñándose de su último gramo de cordura.

—Vamos... Anda —le rogó, sujetando su rostro con ambas manos—. Lo quieres tanto como yo...

Anel, no te resistas —asintió con las piernas gelatinosas, era cierto, lo deseaba. Sin esperar más la tomó de la mano y salieron corriendo de ahí.

Las miradas cargadas de electricidad, las manos viajando por sus piernas. Robándole besos cada vez que podía, arrancándole gemidos llenos de ansiedad. Así fue el trayecto. Al llegar, aventó sus cosas elevándola para que enrollara sus muslos en su cintura. Cuando la vio sobre su colchón sonrió complacido, soltando el aire contenido.

—Aquí era donde te quería. —Le quitó sus gafas con cuidado y luego besó esas lagunas enormes que tanto anheló ver de cerca.

La abstinencia de los días solo logró que lo que era fuego se convirtiera en lava, que lo contenido saliera a presión explotando sin más. Sentada sobre su regazo escondió la nariz en su olor que ya estaba de nuevo adherido a su sistema respiratorio.

—En serio besas bien —soltó, logrando que ella girara un poco, sonriendo apenas. Aún no podía articular palabra. Jamás creyó que la pasión pudiese ser como un maremoto que acaba y aniquila cualquier atisbo de cordura, de razón. Su tripa de pronto sonó. Marcel rio—. Guou, alguien tiene hambre. —Posó sus labios lánguidos sobre su delicado hombro al tiempo que ella intentaba alejarse. La detuvo aferrándola por la cadera. No, deseaba sentirla así, cerca, embriagándolo con su olor, con su dulce ternura, con sus pequeños pulmones inhalando y exhalando como los de un pajarillo—. Además de helado y plátano... ¿Qué más te gusta? —Anel torció la boca volteando por completo para ver el sentido de su pregunta. Con él nunca sabía lo que vendría. Sonreía.

—No sé... —admitió, frunciendo la boca pensativa. Marcel besó su nariz respingada sin poder evitarlo. Se veía preciosa así.

Tan suya, tan cerca, tan... Ella.

—Vamos... Algo debe de gustarte —la instó, acariciando sus piernas aún enrolladas en torno su cuerpo.

—Pastel de tres leches —admitió, abriendo los ojos. Sus estanques brillaron como si una lluvia de estrellas se hubiese derramado justo ahí, jamás presencié algo similar.

—Chiquilla, eso es un postre, no comida... —sonrió seductoramente ubicando una de sus manos sobre su pequeña cintura.

—Es que es una pregunta difícil —admitió, susurrando, con su vocecilla ya que lo tenía a un par de centímetros.

—Okey, empecemos por saber... ¿Qué no te gusta? —Anel sonrió más segura. Mierda, su expresión se enterneció más si eso era posible, es que esa chica parecía un dulce listo para engullir.

—La pizza —anunció, elevando las cejas. Marcel mostró su asombro e incredulidad.

—No, eso no es posible. A todo el mundo le gusta la pizza, Anel —recargó la frente en su hombro delgado negando con dramatismo. Ella rio. Ese sonido era celestial, pensó al verla y besarla en un impulso.

—¿Qué más? Por favor, no me digas que las hamburguesas —le rogó con una expresión de suplicio. Anel seguía sonriendo. Era tan extraño, ahí, desnudos, después de todo lo ocurrido y parecía que para ambos solo importaba el momento. Posó una mano sobre su ancho hombro moviendo sus dedos mientras él disfrutaba de su soltura.

—No me gustan nada las gelatinas, tampoco los *hot dogs* —dijo con una mueca de asco. Marcel la escuchó atento—, las verduras no me desagradan, pero crudas, cocidas saben asquerosas...

—Bien, eso es algo... ¿La carne, la pasta, el pollo, los mariscos? —cuestionó divertido. Anel se rascó

la cabellera revuelta dando muestras de que cavilaba una respuesta. Un adorable gesto que lo embruteció.

—Los mariscos, no todos, solo los camarones. El pescado también. Lo demás que mencionaste, me da igual, lo como.

—Bien, entonces vamos por mariscos. ¿Qué dices? —observó, intrigada. ¿Qué le sucedía?—. Pero antes... —y la tumbó sobre la cama para quedar sobre ella.

—¿Puedes quedarte hoy? —Su pregunta la tomó por sorpresa.

—Y- yoo... —murmuró confundida. ¿Qué estaba pasando?

—Sí, fui un imbécil el otro día..., déjame resarcir la falta. —¿Cuál de todos? Deseó saber ella—. Hay un lugar que quiero mostrarte, mi padre —Su gesto se oscureció—. Solía llevarme y..., creo que te gustará —ante una confesión así, no pudo más que asentir. Marcel sonrió para desaparecer en el baño.

Cuando salió la joven ya estaba vestida, de nuevo buscaba la goma.

—Déjalo así, se te ve muy bien —le señaló su cabello mientras se ponía el *jeans*.

—No estoy acostumbrada —confesó, sujetando su melena con una mano. Marcel se acercó y se la soltó, para luego pegarla a su dorso desnudo.

—No te la daré —le anunció, alzando las cejas. Anel abrió la boca, incrédula.

—Pero es mía —se quejó bajito sin comprenderlo en lo absoluto.

—No, hasta que te deje en tu casa; eres mía y la goma también —la besó fugazmente y fue por su camiseta.

—Yo no te he quitado nada... —murmuró, alisándose el pelo con sus finos dedos, sin esconder su confusión.

—La paz, eso no es poco. Hay un cepillo en el baño, es nuevo, no tengo ni puta idea de por qué está ahí, pero úsalo —dijo, mientras sacaba algo de su buró.

—Marcel... —intentó de nuevo. El chico negó saliendo de la habitación. Anel resopló con las mejillas encendidas. ¿Por qué siempre se tenían que meter con su aspecto?

Lo encontró unos minutos después en la puerta de su apartamento viendo algo en el móvil. En cuanto la sintió, elevó la vista. Su cabello se desparramaba por sus hombros con una naturalidad perfecta, era tan lacia que las ondas ya habían desaparecido prácticamente.

—¿Lista? —Anel apretó los puños a los costados juntando coraje.

—Dijiste que no nos meteríamos con nosotros mismos... Si no te gusta como estoy, no entiendo para qué todo esto —sintió que se quitaba una losa de encima. El chico enarcó una ceja acercándose como un león a su presa extasiado al verla abrirse un poco más, hablar un poco más.

—No tienes una jodida idea de lo que dices. Tú me gustas, Anel. Creo que lo he dejado más que claro... Y no me meto contigo, solo deseo verte más relajada... ¿Eso es malo? —Parecía incrédula. Marcel pasó una mano por su melena sintiéndola bajo sus dedos con atención—. Además, tienes un cabello hermoso, y huele... —Se acercó, perdiendo la nariz ahí, junto a su cuello. Los vellos se le erizaron de inmediato, ¿por qué hacía eso?—. Y huele delicioso.

—¿Me la regresarás después? —quiso saber con voz ahogada.

—Lo prometo, chiquilla —y apretó su nariz con dulzura.

Respuestas

CAPÍTULO 9

Llegaron a un restaurante de mariscos, algo informal. Marcel la guio entre las mesas desocupadas y le indicó una, por la hora ya no había mucha clientela.

—Pide lo que quieras. —Lucía muy relajado. Ella observó el menú sin saber qué. El chico se acercó y le indicó lo que podría gustarle. Al final, eligió un filete al limón con ensalada.

Esperando las bebidas comenzaron a conversar con soltura. Un poco de las noticias, la fuerte situación del país, otro poco de algunas películas. Cuando los platillos llegaron, Marcel atacó el suyo muerto de hambre, mientras ella picoteaba.

—Anel, no me puedo ir a otra mesa para que comas. Sería raro —le hizo ver serio. La chica sonrió notando a qué se refería; casi no había comido y él iba por la mitad—. Juguemos... —la desafió, dejando su tenedor sobre el plato y abriendo demasiado sus ojos oliva.

—¿Jugar?, ¿a qué? —Se acomodó un cabello tras la oreja intrigada. ¡Mierda!, deseaba besarla. Cerró los ojos un segundo y respiró profundo. La tendría toda la noche, ahora debía comer.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Si contesto, tú darás dos bocados —la retó, cruzándose de brazos mientras se recargaba por completo en el respaldo.

—¿Dos?...

—Sí, mis respuestas deberían valer el platillo, ¡eh!, pero seré generoso.

—¿Y si no contestas? —deseó saber sin poder dar crédito a sus ocurrencias mordiéndose la lengua para no reír. Marcel era una caja de sorpresas y nunca sabía lo que diría el segundo siguiente.

—No comes.

—¿Y tú qué ganas? —No comprendía.

—Ah, yo también puedo preguntar —chasqueó la boca con diversión y mirada maliciosa.

—Y si contesto... ¿qué harás?

—¿Qué te gustaría que hiciera? —Sus mejillas se encendieron y desvió la vista por todo el lugar pensativa mientras él la observaba absorto en cada una de sus delicadas facciones.

—No me vuelvas a decir que parezco de 12 —ladeó la cabeza, intrigado, no pensó que eso le había dolido, pero el trato era justo.

—Hecho...

—Y no seguirás diciendo cada dos segundos que no somos nada; eso ya lo sé... —No lo veía a los ojos, sin embargo, la notó tensa. Apretó la quijada, una corriente extraña recorrió sus venas, algo molesta si era sincero.

—Bien. —Ella lo encaró asombrada—. Pregunta —la instó, regresando a su comida.

—¿Por qué vives solo? —Él sabía que por ahí irían las cosas, de cierta manera se preparó para ello.

—Ya te dije que mis padres murieron —le recordó, imperturbable.

—Sí, pero...

—Ah —elevó un dedo y luego señaló su plato—. No seas tramposa, dos bocados —Anel entornó los ojos—. La curiosidad juega a mi favor, anda —obedeció sin remedio.

—Pero, ¿no tienes más familia?

—Sí, sí tengo. —Anel se desinfló al ver que le indicaba de nuevo el plato. Diablos, debía formular mejor sus preguntas, comprendió sonriendo y sintiéndose relajada. Todo era atípico, pero agradable.

—¿Por qué no vives con ellos?

—Porque lo intenté y fue un desastre —otro bocado. A ese paso lo terminaría pronto, notó triunfante Marcel.

—¿Por qué no estudiaste Arquitectura? —Pestañeó, recargando de nuevo su espalda en la silla al tiempo que le daba un gran trago a su cerveza.

—No era lo conveniente —respondió seco. Ella dio otro par de bocados y dejó de hablar, observando a su alrededor con timidez—. ¿Qué, son todas? —Anel lo miró, turbada.

—¿T-tienes... Tienes novia? —tartamudeó.

¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Crees que tengo una?... —La joven escondió las manos en su regazo claramente nerviosa.

—No sé, pero... —y lo miró—, no me gustaría ser, ya sabes...

—«El cuerno» —se rio—. No, no eres el cuerno, Anel. No ando con nadie y no tengo planes de hacerlo, pero por lo que veo me crees capaz de algo así. ¿Cierto? —La desafió, intrigado, no le agradaba que pensara eso de él.

—Yo... —levantó la palma rodando los ojos.

—No contestes, tu actitud me lo dice todo.

—Es solo que... La otra mañana... —Marcel comprendió al fin a qué venía eso. La observó fijamente.

—Come cuatro bocados y seguimos —iba un poco más de la mitad. Ella negó con firmeza y sin dudar.

—Ya no quiero...

—No responderé —le advirtió asombrado por su resolución.

—No tienes que hacerlo —no supo por qué, pero deseó aclarar el punto, más aún al ver cómo ella se retraía, adoptando de nuevo ese aire ausente, indiferente, taciturno.

—Hace mucho tiempo salimos y, bueno, a veces, ya sabes, hemos pasado buenos momentos —confesó serio, esperando su reacción.

—Entiendo —murmuró, tomando nuevamente el tenedor y llevándoselo a la boca como si no hubiese dicho nada. ¡Guau!, eso fue extraño, admitió él.

—¿Estás celosa? —Se encontró preguntando. Anel dejó el cubierto sobre el plato un tanto alterada, con el corazón taladrando. ¿A qué venía esa pregunta? Odiaba pensar en sus labios sobre los de alguien más, pero... eso no lo podría evitar, no después de comprender muy bien las reglas de ese juego.

—¿De qué te serviría saberlo? —reviró, dejándolo helado. Esa chica parecía ingenua, lo cierto era que aunque sí lo creía, eso no lo convertía en tonta, al contrario.

—Entonces no entiendo para qué la pregunta... —Ella se encogió de hombros metiéndose una zanahoria cruda sin más— ¡Ey!, no soy un santo, pero tampoco me meto con varias al mismo tiempo. —Sabía de alguna manera, por su postura, por su actitud, que creía se acostaba con ambas a la vez y, bueno, no sería un pecado, no tenía compromisos, pero maldita sea, no se la sacaba de la cabeza. ¿Cómo mierdas retozaría con alguien más mientras esa chiquilla, que llevaba viendo desde hacía un mes, parecía haberse instalado en su cerebro?

—No tendría nada que objetar. ¿Podríamos cambiar de tema? —suplicó, comiendo más. Marcel haría

lo que fuera con tal de verla ingerir así, gratis, lo que tenía frente a ella. Aunque ciertamente no le agradó nada que lo tomara tan ligeramente. Anel lo descolocaba con una facilidad que lo dejaba helado.

—¿Tienes hermanos? —Fue el turno de él.

—Sí, una... Mayor, creo que tú y ella son de la misma edad... —Poco a poco se fue soltando. Gracias a ello se enteró que se llamaba Ariana, que sí, en efecto, tenían 23 ambos y trabajaba en algo relacionado a su carrera. Que Anel ingresó un semestre atrasada a la Universidad porque entró tarde a la preparatoria debido a que tuvo problemas con algo referente a sus papeles. Nació en Chicago, lugar donde aún residía su padre pues él era de allí, y ese detalle fue el que acarreó algunos problemas debido a las dos nacionalidades, hasta que su madre, abogada, logró arreglarlo hacía unos años y todo parecía ir normal.

En ese momento comprendió ese extraño color de ojos, algo en ella siempre le decía que no era del todo latina y sí, no se equivocó.

Se encontró escuchándola, atento, con la barbilla en la palma de su mano, mientras Anel engullía todo su platillo sin mayor aliciente que su interés en ella y en lo que decía.

Su nombre era Anel Baker Díaz. Saber más era estimulante, intrigante, pero mejor era ver que hablaba sin limitarse, con esa preciosa vocecita, con sus ademanes suaves, cargados de feminidad, con sus ojos serenos, que aunque ojerosos, parecían alegres. No obstante, hasta el momento en que su mamá se casó, todo parecía ir bien en su semblante, pero en cuanto mencionó el hecho de que comenzó con un novio, con el que se unió en matrimonio... La mirada de Anel se oscureció dramáticamente y dejó hasta ahí la historia. Intentó sacarle un poco más, pero no hubo manera, al parecer la madre se alejó y no llevaban una relación como solían.

Mientras la observaba, supuso que era normal sentir celos y un poco de rabia hacia alguien que llega y lo cambia todo... Por lo mismo, decidió no escarbar más. Cuando fue su turno, se mostró más reacio.

—¿Y tú?... Me dirás algo —preguntó, recargada en su asiento. Su plato casi vacío lo hizo sonreír complacido.

—Ya fue tu turno. —Anel jugó con sus dedos seria.

—¿Cómo murieron? Digo, si no quieres hablar de ello, está bien. Es solo que no comprendo por qué vives solo... —Marcel torció el gesto meneando el líquido ámbar de su botella.

—Un accidente. Iba mi hermana, mi madre y mi padre. No sobrevivió ninguno —su voz era tan sombría que le dio escalofríos, sin embargo, quién podía juzgarlo con lo que acababa de decir.

—¿Cuándo fue?

—Tenía 17 —ella asintió, sin mostrar emoción alguna—. Vivo solo porque no deseaba hacerlo con mis tíos, cada quien tenía su familia y simplemente preferí que las cosas fueran así. Después de todo esa es mi realidad... —Anel tomó un poco de su bebida, serena. Marcel no leyó en su mirada ni lástima, ni asombro, nada. Era como si para ella esa fuera la reacción lógica.

—Debes estar feliz de que pronto terminarás la carrera, ¿no? —cambió de tema. Él la observó intrigado, agradecido también. Aunque tampoco deseaba hablar de eso. Se encogió de hombros dando otro trago a la cerveza.

—Un papel más... —la joven se acomodó un mechón tras la oreja sobándose el vientre discretamente, no recordaba haber comido tanto en años—. ¿Qué?, ¿fue mucho? —sonrió intentando aligerar el momento. Anel observó su barriga asintiendo quejosa. Su gesto adorable lo hizo mirarla con ternura.

—No estoy acostumbrada —admitió, enseñando los dientes.

—Mientras te vea comer, dejaré eso en paz. Pero dime algo... ¿Cómo haces para quedarte conmigo sin tener problemas? —Su rubor lo destanteó tanto que casi se encuentra a su lado rogándole se lo dijera.

—No te molestarás —le exigió en tono amigable. Con ese timbre de voz; imposible. Negó alzando la mano.

—Una tía, vive sola... Le inventé que eras mi novio y... —Anel juró que soltaría la carcajada, lo contrario a ello, se recargó en su asiento llevándose la manos a la nuca con los ojos bien abiertos al tiempo que silbaba.

—O sea que ahora en tu casa piensan que tienes novio... —había algo detrás de su tono que la incomodó.

—No, solo ella... Y como nunca he tenido uno, creo pensó que no tenía nada de malo cubrirme —al escuchar lo segundo se incorporó de golpe, logrando que ella diera un respingo.

—¿Jamás de los jamases has tenido uno? —Ella se contrajo avergonzada.

—No, sé que tú debes haber tenido demasiadas, pero...

—Una... —soltó sin más penetrándola con los ojos—. Hace mucho y no mereció la pena el esfuerzo —lo gélido de su tono la dejó con los labios secos. Unos minutos de silencio prosiguieron en los que ambos se perdieron en el lugar ya vacío. Las siete—. ¿Nos vamos?

—Tengo que pasar por algo de ropa —él asintió sereno.

Se estacionó donde ella le indicó. Si por algo lo veían, todo se vendría abajo. Solo rogaba que su madre no estuviera así como ese asqueroso.

Entró por la puerta trasera, como solía. En cuanto vio a Cleo le informó que iría de nuevo a casa de Laura a pasar el fin de semana.

La mujer asintió, comprendiéndola. Sí, de hecho, le parecía increíble que continuara soportando a la energúmena de su madre.

Su tía ya estaba al tanto, pues al ir ingresando, habló con ella.

En su dormitorio agarró una mochila y metió lo que creyó necesitaría. Ropa cómoda, cosas de aseo personal, el cargador de la cámara y un pijama. Se sonrojó al recordar que era probable no usarla. Lo conocía tan poco, pero parecía que de aquella primera vez que la besó, había transcurrido un siglo. Qué más daba, necesitaba hacerlo, deseaba hacerlo, era su oportunidad de sentir que existía algo más, que la vida no se reducía a eso.

Al salir, apagó la luz y, al girar, se encontró frente a frente con su madre.

—Dice Cleo que te vas con Laura. —La observó de arriba abajo, seria. Había cierta competencia, envidia que Anel, con su poca experiencia, con el amor que le tenía, con el sitio que ella ocupaba en su vida; no detectó.

—Sí, ¿hay problema? —preguntó en un murmullo. La mujer tocó su cabello suelto chasqueando la lengua con cínica burla.

—Pareces un espantapájaros, Anel. Sujétalo, y ya sabes, no andes repitiendo estupideces a mi hermana —apretó su mentón, pegándola a su rostro. En otro momento hubiera hecho justo eso; ir a trenzar su melena, pero no cuando a él así le gustaba, no cuando de alguna manera, sí, se sentía liberada.

—No, mamá, solo iré a dormir —la soltó, sonriendo maliciosamente.

—Y ponte un *jeans*, ese vestido hace que te veas esquelética. En serio, niña, eres patética. Tendré que pagar para que alguien nos haga el favor de salir contigo siquiera a un maldito puesto de tacos. —Sintió el nudo en la garganta crecer. Lo intentó pasar mirándola con dolor—. En fin, no des molestias a tu tía —se dio media vuelta y desapareció.

Un segundo después bajó corriendo las escaleras, sintiéndose de nuevo hundida. Una vez afuera, se

recargó en un árbol del gran jardín intentando aclarar su mente, sacar de su cabeza esas palabras cargadas de veneno, de desaprobación. Temblaba y, por mucho que intentaba proteger su interior, no lo lograba. Siempre le dolía lo que le decía. Cómo la miraba y cada vez veía más difícil que algún día la volviera a querer a pesar de que hacía todo para que eso ocurriera y su relación fuera como solía. Añoraba tanto sus paseos por el parque, sus tardes andando en bicicleta por las calles de aquel fraccionamiento donde creció, o las millones de veces que terminaban haciendo guerra de cosquillas cuando una no quería levantar los platos sucios, pues se los turnaban. O las tantas ocasiones que, frente al espejo, al peinarla con esas manos firmes y suaves, le dijo que era muy hermosa, que la amaba y que era su niña especial.

Una lágrima traicionera quiso salir al evocar su feliz infancia, la sorbió con decisión. Afuera la esperaba él, y no deseaba que la viera así. Aspiró el aire fresco de febrero una y otra vez, conteniendo el llanto, apretando los dientes y encajándose las uñas en las palmas, logró salir más serena, aunque de nuevo lastimada, sangrando en su interior sin poder evitarlo.

Al verla aproximarse, bajó y tomó su mochila estudiándola con curiosidad. Estaba algo pálida y su semblante de nuevo se encontraba contenido.

—¿Tuviste algún problema? —deseó saber. Anel negó, metiéndose en la camioneta sin más. Marcel alzó las cejas sin comprender.

Al llegar, él fue derecho a su habitación, ella, en cambio, permaneció con la cadera recargada en la barra de la cocina con la mirada perdida en la ciudad ya iluminada, dándole vueltas a lo mismo sin poder evitarlo. Y es que dolía, por mucho que intentara que no abriera una nueva herida, Analí lo lograba cada vez que la veía. Deseaba, de alguna manera, que su situación fuese diferente, que su entorno no la dañara... Tener las agallas para salir de eso de una vez.

—Ven, tengo algo que mostrarte —dijo Marcel sacándola de su penumbra. Se acercó a la consola y le tendió un control. La joven negó, haciéndose hacia atrás. No, no lo podía creer. Ese chico era terco y no se sentía de humor para otra humillación gracias a un juego de video.

—¿Es en serio? —Lo cuestionó cuando la aferró por la muñeca con demasiada familiaridad y la pegó a su pecho. Su sonrisa seductora apareció y esa arruga que se le hacía en la comisura de los ojos. Dios, era guapísimo, y lo sabía, en ese instante dejó de pensar.

—Oh sí —rozó sus angostos, pero carnosos labios, ansioso de más. Se contuvo, lo que en ese momento necesitaba era quitar esa expresión que no le gustó en lo absoluto y que habitaba en su rostro desde hacía más de quince minutos—. Toma —y se lo puso sobre su palma. Prendió el juego, ahí de pie, frente al televisor. Unos dibujitos animados, de lo más cursis, aparecieron ahí. Anel pestañeó atenta.

—¿Qué es eso?

—Por algo debemos comenzar y me dijeron que este puede funcionar, digo —la miró de reojo—, inventé que tenías como 6 años... Así que supérate. —La joven no pudo postergar más la risa. Marcel, sin verla, disfrutó en secreto ser el responsable de ese gesto que tan escaso era en ella y que reemplazaba el otro que tenía—. ¿Cuál quieres? ¿La tortuga o la princesa?, hay varios más —y se los mostró.

—El mono —decidió, señalándolo. Luego eligió la moto como vehículo. Él un auto deportivo.

—Mira, esa es la pista... —le fue explicando lo poco o nada que sabía, pero que la chica que se lo vendió, le mencionó.

Y así fue como comenzaron la noche. Ambos frente a la pantalla, riendo, gritándose, haciéndose a un lado. Marcel no podía creer que su dragón no avanzara como ese maldito mono. Anel reía sin contenerse genuinamente divertida, mientras él maldecía una y otra vez. Se hacían trampa con descaros. Al ver que la joven tomaba la delantera comenzó a hacerle cosquillas para que errara. Se retorció, pegada a su ancho

cuerpo, intentando zafarse, ahogada en risas burbujeantes que sonaban como miles de campanillas tenues, dulces, embriagadoras, ahí, sobre su pecho.

—¡Déjame, Marcel! —Le rogó, mientras él la rebasaba en el juego con una mano y la otra la mantenía aferrada.

—No, resultaste un peligro, tú y tu chimpancé, no me ganarán, chiquilla —dejó de moverse, cuando se distrajo creyendo que ganaría, le quitó su comando y comenzó a correr por todo el lugar—. ¡Ey! ¡Dame eso! —Le exigió a un lado de la mesa del comedor que nunca usaba. Anel se protegía tras ella, negando—. Iré por él, te lo quitaré y ya verás...

—No me importa, ahora los dos perdimos —rio cínicamente con esa dicción tan suya. El chico giró y, asombrado, vio como otro de los muñecos animados que ahí concursaba, les ganaba. Se llevó las manos a la cabeza con la boca abierta. Se volvió. Anel lo miraba de forma picara. Mierda, con ese inocente gesto lo derritió. Entornó los ojos fingiendo enojo—. Esto te saldrá caro —soltó, cruzándose de brazos. Lo observó sin saber qué esperar. Se recargó en la pared con los comandos en las manos aguardando. Marcel se acercó en dos segundos notándola perturbada, le quitó los controles con gesto serio, los dejó sobre la mesa y luego la estudió con expresión dura. Anel pasó saliva, se iba a acomodar un mechón cuando él detuvo su mano y lo hizo dejando su palma a un lado de su cabeza sobre el muro—. Llegaste lejos, ¡eh! —soltó muy cerca.

—Es un juego —balbuceó sin quitarle los ojos de encima, parecía un depredador.

—Nunca había perdido —admitió desafiante.

—Pero... —silenció sus labios con el dedo índice.

—Ahora pagarás el precio —acercó su boca al hueco de su cuello y comenzó a lamerlo con deliberada lentitud. Anel no se movía, sus pulmones los sentía trabajar más rápido. Sus lagunas bien selladas por esas largas y rizadas pestañas le indicaron que se abandonaba de nuevo. La observó triunfante. Era tan sencillo que lo igualara en el deseo que se encontró gozando más que nunca el momento—. Bésame, Anel —le exigió con voz ronca casi pegado a su boca usando ese diminutivo sin darse cuenta. La joven abrió lánguida los ojos y terminó con los pocos centímetros que los separaban de inmediato. Marcel no se movió, simplemente apresó su cintura y la dejó llevar esta vez la situación.

Poco a poco su roce se fue intensificando. Su lengua, más osada, se aventuró hasta llegar a la suya. La sentía segura, vehemente. Se puso de puntillas para alcanzarlo mejor mientras sus dos manos aferraban su cabeza. Le respondió de inmediato pegando ese cuerpo delgado al suyo ya demasiado excitado.

¡A la mierda el autocontrol!, ¡a la mierda el precio!, lo único que deseaba era hacerla suya una y otra vez rogando, que de algún modo, eso pronto fuera suficiente.

Minutos después ya nada se interponía entre su piel y la suya, y ahí, en el tapete de la habitación, a los pies de la cama, yacían ambos cuerpos saciados. La breve anatomía de Anel sobre el pecho de Marcel no le impedía llenar sus pulmones, tampoco recobrar el aliento, pero maldita sea, si no la quitaba, se adentraría en ella nuevamente y es que respondió en esa ocasión con mayor ardor, con mayor confianza, entrando, casi a la par de él, en ese juego de seducción que ya no lograba saber cómo frenar.

Sentía su cintura bajo su palma, su aliento a un lado de su garganta, su cabello rosando su barbilla, sus dulces pechos sobre su tórax y su femineidad, demasiado cerca de su virilidad, que no tardaba en reaccionar nuevamente.

La hizo con cuidado a un lado. Cuando el rostro de Anel se convirtió en recelo, pasó sus brazos bajo sus piernas, enroscó el otro en su cintura, la elevó y tendió sobre la cama absorbiendo de nuevo su inigualable aroma.

—Ahora vengo, no te enfríes —ella sonrió al verlo entrar al sanitario comprendiendo que todo

continuaba bien entre ambos. Un segundo después, soñadora, casi flotando por las miles de sensaciones en las que se sentía atrapada, decidió ponerse algo encima y se levantó—. ¡Eh! ¿A dónde vas? —Su voz la detuvo—. A la cama —ordenó maliciosamente con un dedo—. Recuerda que pagarás por mi primera derrota. —Anel no supo qué hacer, ahí, de pie, nerviosa. ¿Era en serio? Se sentía tímida. Marcel se acercó, la giró con suavidad tomándola por las caderas e hizo que se recostara—. Ahora sí, saldarás tu deuda, chiquilla tramposa...

Mejor que eso; nada

CAPÍTULO 10

Una hora después Anel dormía a lado con una camiseta suya, pues cuando todo terminó, su cuerpo, desprovisto de masa muscular, entró en invierno.

Sentir placer era algo a lo que estaba acostumbrado. Darlo para obtenerlo, llegar al límite y sentirse saciado al instante; también. Pero, jamás sintió lo mágico que era proporcionarlo sin esperar nada cambio.

Con ella así fue. Despacio, viajó con sus labios por partes que nunca había pensado querer conocer de una chica y por otras que sabía, la enloquecerían. No obstante, en esos pequeños momentos, donde besaba su palma, o saboreaba su muñeca, a Anel la hacían casi hiperventilar. Aventurarse más, para conocer más y de ese modo saber qué y cómo le gustaba a esa joven con la que estaba viviendo una aventura extraña, era algo que nunca se permitió experimentar.

Lágrimas de ansiedad, de deseo contenido, de momentos tan álgidos permeados de sudor, de gemidos y jadeos celestiales que solo alguien como ella podía emitir; fue como tener un millón de orgasmos. Pero observarla llegar, desesperada, incluso asustada, no tuvo comparación con ningún mágico momento en su existencia.

Sonrió, girándose un poco para verla. Dormía boca abajo, con su rostro girado hacia el suyo. Su mano delicada reposada casi a un lado de su boca. Acarició su mejilla evocando todo lo que en el día pasó. Anel se estaba colando con asombrosa facilidad en sus pensamientos, en los momentos, en su vida.

Cerró los ojos quitando la mano y llevándose los dedos al puente de la nariz.

No, no, no entraría en eso. La chica lo enardecía, lo enloquecía si era sincero, su ingenuidad lo consumía, sus dulces expresiones lo mantenían en vilo, sus besos lo enfermaban, pero eso no significaba nada, ni lo significaría nunca. Aprovecharía el tiempo que todo ese deseo existiera, que esa marea de ansiedad por saberse en su interior generaba. Pero nada más... Solo eso, no quería necesitar, mucho menos amar y no lo haría, no en ese momento por lo menos.

—Chiquilla, es tiempo de ducharte. —Anel abrió los ojos lentamente. Se sentía exhausta. Dejó salir pequeños suspiros girándose. Marcel estaba a su lado, sentado, vestido—. Saldré por algo de desayunar. No tardes, hay que irnos pronto —se sentó, frotándose los ojos adormilada.

—¿Qué hora es? —Él sonrió quitándole algunos cabellos del rostro. Los mismos que lo despertaron hacía media hora. Algo cosquilleaba en su nariz y al intentar quitarlo se encontró con aquel cuerpo tibio pegado al suyo. Su trasero y espalda los tenía contra su pecho, mientras su mano descansaba enrollada en su diminuta cintura, por lo mismo su melena desordenada se acercó a su nariz provocándole cosquillas. No quiso moverse al principio. Metió la mano bajo la camiseta y acarició con posesividad su piel. Era tan suave, tan tersa. De inmediato, el deseo llegó. Rodó los ojos sonriendo. No, con Anel así era simplemente imposible mantenerse a una temperatura normal. Así que con cuidado se levantó y optó por un baño.

—Casi las siete... Anda, perezosa —y le quitó las cobijas juguetón. Ella arrugó la frente y su deliciosa boca un tanto caprichosa, eso era nuevo.

—Hace frío —expresó abrazándose.

—Aunque muero por calentarte yo, no tenemos tiempo. Ve y deja que el agua haga su trabajo, ahora

regreso. —Sin más le dio un beso sobre la frente y desapareció. Iba ataviado con un *jeans*, junto con unas botas de montaña, una camiseta de manga larga oscura y un chaleco de nylon negro. Sintió un revoloteo en el estómago, ese que a última fecha aparecía cada vez que lo evocaba, pero que cuando lo tenía cerca, incrementaba escandalosamente y la hacía sentir en otra galaxia, capaz de sonreír todo el día y olvidar lo que en su vida acontecía.

Dejó que el líquido vital masajeara sus músculos adoloridos. Dios, lo que vivió la noche anterior fue algo que incluso recordándolo en ese momento, volvía a avergonzarla y a prenderla desde el centro como si de un volcán se tratara. Hizo a un lado esos pensamientos achicharrantes y se dedicó a lo que debía.

Salió relajada cuando él llegó. Al verla, sonrió complacido. Vestía *jeans* entubados, unas botas con cintillas, un suéter grueso y el cabello con una inocente línea de lado detenido por un pasador cualquiera. Se veía demasiado comestible, demasiado linda.

—Traje café, muffins y fruta —señaló, tendiéndole un vaso tapado—. ¿Si te gusta? —Deseó saber, curioso. Ella asintió, tomándolo entre sus manos para calentarse—. Ahí hay leche y azúcar. No supe con qué pedirlo...

—Leche —admitió, abriéndolo y sirviéndose un poco de forma delicada. Mierda, olía intensamente a naranjas. Casi desiste de la excursión, así que mejor salió a la terraza y prendió un cigarrillo en lo que la veía engullir sin más un poco de lo que compró. Se terminó el pan, picoteó un poco de durazno y mango. Negó, sonriendo a lo lejos. Era única.

Veinte minutos después salían rumbo a aquel lugar.

—¿Qué música te gusta? —deseo saber, mirándola de reojo. Algo hacía con su cámara muy concentrada.

—Escucho mucha clásica, pero..., la tuya no me desagrada —admitió, haciendo pequeñas muecas sin voltear. Sonrió, se veía muy tierna.

—Creí que te gustaría, no sé... La balada pop y esas cosas. —Anel alzó el rostro frunciendo los labios. ¡Mierda, debía dejar de hacerlo!

—No... Prefiero eso —y señaló su reproductor. Marcel asintió. The Strokes tenía buena música, pero era raro que le agradara si lo que solía escuchar eran esas aburridas melodías que su madre usaba para leer en la sala y que lograban hacerlo huir de inmediato.

—Eres extraña, ¿sabes? —notó cómo se tensaba, dejando de hacer lo que hacía—. ¡Ey! —Clavó juguetón sus dedos en su delgada pierna—. Me agrada, no me hostigas... Ni me mareas con tonterías. —Le guiñó un ojo. Anel relajó el gesto riendo al sentir cosquillas.

—Deja eso, no las resisto —rio quitándole la mano.

Al llegar, Anel observó todo, intrigada, con suma atención. Había gente, una explanada que seguro era verde algunos meses. Más adelante, unas piedras gigantes amarillentas, y de muchos otros tamaños, se alzaban frente a ellos a varios metros. Vegetación por todos lados, propia de ese lugar. Quitándose cabellos del rostro debido a los fuertes vientos característicos de esa temporada, lo contempló encantada, sintiendo bullir en su interior esa vitalidad que le generaban los espacios abiertos.

—¿Qué es aquí? —Marcel agarró su mano y la hizo caminar en aquel suelo irregular.

—«El Diente», aquí vienen a rapelear más que nada —y señaló varios chicos con arneses y equipo de montaña—. Pero tú y yo iremos por acá. Hay cosas que te gustarán y no tan arriesgadas —sonrió avanzando.

—¿Venías aquí? —preguntó siguiéndolo y fijándose bien en no caer.

—Sí.

—¿Sabes hacer eso? —señaló a los chicos que iban dejando atrás.

—Sí, mi padre y yo lo hacíamos con frecuencia. —Su tono dejó claro que no diría más, así que concluyó la conversación—. Hay pequeñas rocas que podrás subir sin problema, te gustará cómo se ve todo.

Dos horas después Anel perseguía una ardilla con la cámara entre las manos mientras él, sentado en una roca no muy alta, la observaba. No había parado desde que le indicó ese sitio. Fue, vino, se movía con agilidad, notó a veces, siguiéndola, otras viéndola a los lejos, mientras fumaba un cigarrillo. Esa chica tenía vitalidad.

—¡Ey!, no te vayas... Solo una —la escuchaba hablar con el animalillo como si este le fuera a escuchar. Rio negando. En serio sí era una chiquilla, aunque opuesta a Lily, pues ella era extrovertida, hablaba hasta por los codos, lograba que la evocara de forma agradable sin poder evitarlo. Los recuerdos se agolpaban uno a uno en su cabeza. Las miles de veces que fue ahí, que pasó incluso noches acampando cuando aún era seguro. Las ocasiones que logró, con ayuda de su padre, llegar a la cima.

Ya no practicaba el rapel, no desde que todo ocurrió, y aunque iba al gimnasio a desfogar la energía, el deporte al aire libre nunca volvió a llamar su atención.

El viento sobre el rostro, el silencio del lugar añadido a ese sonido único de la naturaleza, acompañado de esa joven singular que ahora estaba agachada, capturando una imagen; lo hacía sentir... En paz, más sereno que en mucho tiempo.

Observó su cigarro recordando los problemas que le acarreó cuando su madre se enteró de ese vicio. Cuando su padre, sin estar de acuerdo, le dijo que no podía prohibírselo, pero que ojalá algún día lo dejara. Negando, lo apagó, descendió y se acercó a ella.

—¿Cómo va todo? —Anel giró con las mejillas encendidas, sonriendo, despreocupada, con esos ojos de color tan peculiar, excitados.

—Es perfecto, Marcel. —Él sonrió, quitándole un cabello del rostro.

—Me alegre, chiquilla. —Una parvada pasó sobre ellos, eso de inmediato la hizo girar y abstraerse en lo suyo.

Un poco más tarde la instó a subir, cuidando de cada uno de sus pasos, a una piedra que no era complicada. Mostrándole una vena temeraria que no creía tuviera, la observó escalar con seguridad. Anel estaba en su elemento, eso era notorio, fascinante. Ya arriba la sujetó por la cintura con miedo a que resbalara.

—Es genial —admitió entusiasmada. Él la invitó a sentarse a su lado para contemplar la paz de ese lugar—. Gracias —musitó, perdida en lo que veía. Marcel la observó cautivado mientras ella mantenía su vista al frente, claramente extasiada. Se sentía bien, demasiado bien. Cerró los ojos negando, alejando esos sentimientos.

—De nada —musitó, girando a otro lugar. La joven sacó de nuevo la cámara y volvió a lo suyo. De pronto, lo miró con el aparato en la mano.

—¿Puedo? —preguntó con timidez.

—¿Quieres una para ponerla sobre tu buró? —La retó con sarcasmo un tanto ácido. Ella bajó el objeto percibiendo el cambio en su carácter. Mierda, notar cómo se retraía lo hacía sentir algo en medio del pecho que lo incomodaba—. No me gustan las fotos, solo Anel —le explicó.

—Está bien —admitió, intentando distraerse en algo más que capturar.

—Una en la que salgamos los dos —propuso, doblegándose y los señaló a ambos, indolente. La joven sonrió aceptando el desafío que vio en su mirada aceituna. Marcel era tan extraño, que se encontraba

siempre deseando llegar más hondo, más profundo, sin embargo, se topaba con una pared enorme, bien dura, bien fuerte que la hacía desistir por momentos pues era más lo bueno que le ofrecía y eso... Era lo que valía.

Se levantó con agilidad, colocó la mochila sobre una protuberancia, luego ajustó concentrada algo en el aparato con manos hábiles y giró.

—Siéntate más atrás —ordenó con firmeza. Eso casi lo hace reír. La obedeció complacido, después de todo se iba develando poco a poco. Acomodó el artefacto con cuidado y se puso a su lado, recta.

—No, así no —y la tomó por la cintura recostándola sobre su pecho para que vieran el lente mientras se aferraba a sus brazos riendo y él ladeaba la cabeza pegándola a la suya. Se escuchó el *click* y, sin más, la hizo darse vuelta para besarla. Anel atrapó su cabeza sintiendo el cabello ralo bajo su palma mientras lo admitía en su interior sin problema.

Varios *clicks* más sonaron, pero ninguno de los dos prestó atención. Ella, para cerciorarse de que saldría una toma bien, la dejó con esa función, no lo recordó al sentirlo así; urgido de su aliento, de probarla de esa manera que ya era tan indispensable como el propio oxígeno.

A mediodía Marcel decidió que era hora de partir. Debían engullir algo y el lugar se comenzaba a llenar.

De camino, compró en un sitio de comida rápida después de que Anel le diera lo mismo y terminaron en su apartamento comiendo uno frente al otro conversando, relajados.

—Estoy molido —admitió, aventándose sobre el sillón al tiempo que dejaba su chaleco por ahí. Anel observó el gesto.

—¿Quién te hace de comer y ordena todo? —deseó saber, comiendo helado en su lugar.

—La limpieza, una mujer que viene por las mañanas entre semana —enarcó una ceja, poniendo sus manos en la nuca—. ¿Qué?, ¿ves algo sucio? —Anel rodó los ojos, negando.

—No, es solo que no creí que fueras tú quien mantenía todo esto así —dijo señalando el lugar—. Y mucho menos cocinaras.

—No suelo ser desordenado, pero, no, no hago esas cosas, aunque... Sé hacer otras. —Se acercó, le quitó el tazón y la pegó a su cuerpo disfrutando del nerviosismo y mirada única que generaba en ella.

—Yo... —la besó con exigencia.

—Tú aprenderás cuáles... —Minutos después, Anel, sudorosa, temblando aún, permanecía sentada sobre él, acurrucada, lánguida en su pecho. Marcel frotaba su columna absorbiendo el aroma de su cabello más que satisfecho—. Tomemos un baño y veamos una película, ¿quieres? —Todo con tal que no se alejara. Ella asintió sin levantar el rostro. Parecía un gatito ahí, enrollada en ese lugar en el que embonaba perfectamente—. ¿Debes regresar hoy? —negó, alzando un poco el rostro. La noticia, sin comprender el porqué, llenó su pecho de algo que no sabía se pudiera sentir. Besó su nariz asintiendo.

Una hora después veían una cinta de terror en la habitación. Anel, entre jadeos y murmullos, mientras le lavaba a conciencia cada parte de su frágil cuerpo permeándolo todo de esa marea roja llena de erotismo que, con él, ya era común, le dijo que esas y las de suspenso eran sus preferidas.

Absortos, miraron la película sin hablar. Separados, atentos, concentrados. Al anochecer, sin darse cuenta, cayeron rendidos ahí, uno al lado del otro, justo cuando comenzaban el segundo filme.

El impacto producido por el choque de toneladas de fierro, en medio de la noche, con luces multicolor a su alrededor y comprender que ya nada era reversible; lo arrastró en una corriente vertiginosa donde no lograba respirar, donde hubiera deseado que su corazón también colapsara en esa estruendosa colisión y su sitio, en este maldito mundo, quedara vacío, sin ese dolor que soportar.

Con la mano en la garganta, evocando la angustia que generó ese momento, se levantó sudando, produciendo un gemido tan lastimero como el que emite un ser que ve su vida extinguirse sin poder hacer nada.

Por primera vez, desde que ocurrió todo aquello, no deseó que ese momento sucediera, no en ese instante, no de ese modo.

Anel despertó al escucharlo. Asustada, se acercó. Marcel temblaba... ¿Se ahogaba? Muerta de miedo, sin lograr comprender lo que ocurría en su mente, se arrodilló frente a él buscando su mirada. Nada, lucía ausente. Decidida y usando sus manos trémulas, sujetó su rostro con esfuerzo, pues se zafaba.

—¡Ey! ¡Tranquilízate!, ¡tranquilízate! Respira, todo está bien —intentó hablar alto para sacarlo de la pesadilla donde parecía aún estar sumergido. El chico, con los dedos enredados en su cuello, sollozaba. Parecía intentar respirar, no lo lograba. La joven, observó alrededor deseando pensar más rápido y de nuevo, lo enfocó—. ¡Mírame! Abre los ojos. ¡Mírame! —Le rogó, zangoloteándolo, con la voz quebrada. Con su fuerza no lo movió ni medio centímetro. Frustrada, se echó el cabello hacia atrás. Lucía aterrado, contraído, dolido hasta lo indescriptible. Sin pensarlo, se pegó a su cuerpo y lo besó.

Al principio, Marcel continuó removiéndose, pero, de pronto, rodeó su cintura suavemente para, poco a poco, hacerlo con fuerza. Lo que al principio fue un roce de su parte buscando hacerlo reaccionar, se convirtió lentamente en una invasión de la que dependía su bienestar. Anel notó cómo todo iba pasando, como el miedo iba desapareciendo, como el deseo lo iba reemplazando. Aliviada, enrolló sus manos alrededor de su cabeza dejándolo llevar el momento cómo decidiera. Jamás había visto esa expresión en nadie, parecía estar presenciando algo realmente abominable, espantoso. Sabía lo que las pesadillas producían y, sin poder evitarlo, le dolía que él pasara por algo semejante.

Marcel, en medio de todo aquello solo pudo seguir ese olor que se coló hasta el centro de su mente, de su cerebro, de sus neuronas, mandando señales de alerta, de otro tipo de colisión. Como si se encontrara en el fondo del océano, con una gran cadena aferraba a su tobillo, de pronto, luchando, logró liberarse, llegar hasta la superficie y pudo ser consciente de lo que entre sus brazos había, un cuerpo tibio, frágil, suyo. Sin pensarlo dos veces la aferró como a una tabla de salvación y la devoró con vehemencia. De un movimiento, la tumbó sobre el colchón y se separó jadeante.

Anel lo estudió turbada, intentando traspasar su alma con ese inocente gesto. Pegó su frente a la suya llenando de su esencia los pulmones que hacía unos momentos los sentía del tamaño de una pasa.

Ella lo rodeó con sus delgados brazos escondiendo su rostro en el hueco de su cuello.

—Gracias —murmuró con ternura a su oído. Anel lo aferró con más fuerza, cosa que solo sirvió para buscar su boca y terminar lo que ahí había comenzado.

—No supe qué más hacer —admitió cuando sintió su aliento casi sobre sus dientes. Marcel acarició con un pulgar su labio inferior.

—Mejor que eso, nada —y la besó con suavidad, degustando ese par de turrónes sabor miel que le generaban un placer indescriptible.

Una pesadilla como esa hubiese terminado con él bajo la ducha y lágrimas de por medio, pero nunca imaginó que un momento tan detestable en sus recuerdos se pudiese volver tan cargado de sexualidad, de deliciosa pasión.

Anel de nuevo dormía, pero ahora acurrucada mientras él acariciaba su espalda desnuda. El día estuvo cargado de recuerdos, de sensaciones que hacía mucho tiempo no recordaba, pero a su lado fue fácil, incluso agradable.

Bajó el rostro un segundo para esconder la nariz en esa maraña castaña. ¿Cuánto tardaría en verlo de otra manera? Esa pregunta le molestaba.

No soportaría que sus ojos lo observasen diferente, no ella, no Anel. Debido a su propia posición no pasaría mucho antes de que se enterara, sin embargo, sabía que por ahora no tenía ni idea, y sentía la seguridad de que aunque le dijese su apellido, seguiría dándole lo mismo. Ella no era como las típicas chicas con las que salía, o como Sofía, su prima; siempre preguntando la procedencia, los viajes, interesada en los lugares a los asistía, la ropa que usaba. No, esa joven que descansaba lánguida después de haber compartido su cuerpo de nuevo y sin reparos, no parecía influenciada por esas tonterías, al contrario, la veía siempre muy ajena a todo.

Horas vacías

CAPÍTULO 11

Por la mañana la sintió moverse. Abrió los ojos con renovados ánimos, extrañamente alegre al saberla pegada a él.

—¿Qué sucede, chiquilla? —preguntó, colocando una mano sobre su cadera.

—Tengo hambre. —Marcel abrió los ojos de par en par al escuchar esas palabras de su boca. Claro que él también tenía. Se durmieron con el estómago vacío, apenas si con la hamburguesa que comió, pero ella solo la picoteó. Alzó su barbilla, intrigado, ni Anel parecía dar crédito.

—¿Qué esperamos? —sonrió, desperezándose.

Sándwiches de jamón con queso, más un plátano y jugo de naranja, fue lo que desayunaron. Entre los dos lo hicieron mientras reinaba un ambiente relajado.

—En serio tenías hambre —expresó, al verla meterse a la boca el último bocado. Anel sonrió tiernamente y es que cuando lo hacía de esa manera sus lagunas bicolors se hacían más pequeñas y brillantes. Se sintió un imbécil contemplándola.

—Es raro —musitó, limpiándose los labios, sintiéndose demasiado alegre. El sonido de la vibración de un móvil sobre alguna superficie rompió el momento. Marcel, al cerciorarse que no era el suyo, le dijo que debía ser el de ella. Anel intrigada lo agarró. Su tía, contestó de inmediato.

—Hola, jovencita —sonrojada a más no poder, se giró para sentarse de forma recatada en el sillón.

—Hola... —Marcel aprovechó y comenzó a lavarlo todo.

—Quisiera verlos a ti y a tu novio en mi apartamento. Digo, si seré la tapadera debo aclarar unas cuantas cosillas. —Anel tembló incómoda.

—Yo... No sé si él tenga algo que hacer, tía. —Marcel giró intrigado.

—Pues si quieren que siga solapando esto, debo hablar con ustedes... Aquí los espero a la una, Any —concluyó y colgó, dejándola con el móvil en la mano. Agachó la cabeza nerviosa. ¿Ahora qué le diría?, ¿qué haría? Las palmas le sudaron y no tenía idea de cómo encararlo.

—¿Qué pasó? —quiso saber él con el secador en la mano, ella se acomodaba un mechón tras la oreja, notoriamente turbada.

—Nada —soltó y caminó hacia la habitación. No podía pedirle eso. La mano sobre su muñeca la hizo girar. Dejó de respirar por un segundo con los ojos bien abiertos viendo el suelo, como si la hubiesen pillado en algo malo.

—¿Quiere vernos?, ¿es por eso que le inventaste? —No se atrevía a mirarlo, solo asintió paseando la vista por aquel lugar que ya conocía tan bien. Marcel no le agradaba la idea, pero era lo justo. Ella se quedaba; él iba y daba la cara, si no, seguro ese cuerpo en su cama ya no estaría más—. ¿A qué hora?

—A la una —musitó. Elevó su barbilla con un dedo. Parecía culpable, un tanto retraída. No le gustó verla así.

—Tenemos tiempo... —le guiñó un ojo para luego besar sus labios y sentir cómo se relajaba solo un poco.

Al llegar a los apartamentos de su tía Anel continuaba silenciosa. Sacudió su pierna, relajado.

—¡Ey!, quita esa cara. No pasa nada, le diremos lo que quiere oír y listo —se encogió de hombros con desgarbo.

La joven descendió con una media sonrisa. Eso no era lo que la tenía así, si no lo que en realidad ocurría, lo fuerte del sentimiento que estaba experimentado, la aprensión y necesidad de él. Supo, desde el inicio, que no debió meterse en algo como eso, que, de alguna manera eso la lastimaría. Ahora ahí estaba, caminando con ese joven de sonrisa seductora, de mirada dura y manos que la enloquecían, sin ser nada más que conocidos, pues ni en la categoría de amigos entraban. Suspiró al tiempo que timbraba. Ella lo había elegido, esa era la consecuencia.

Minutos después se encontraban sentados frente a una guapa mujer de unos cuarenta y tantos años, en la sala de ese asombroso lugar.

—Me alegra que pudieras venir, Marcel. —Las presentaciones se dieron justo en el umbral, cuando su tía los recibió enfundada en un jeans cualquiera y una blusa sencilla. Este asintió sentado al lado de Anel, que mantenía la postura erguida, expectante—. Bien, primero que nada, quería conocer personalmente a ese chico que enamoró a esta niña —lo decía con dulzura. La joven se sonrojó, turbada. Dios, eso no sería sencillo. Él sonrió por educación de esa forma tan suya mirándola de reojo.

—Yo también deseaba conocerla... Agradecerle —habló Marcel, un tanto molesto, pues Anel, en cuanto escuchó esas palabras, pareció incomodarse. Eso, y el hecho de que estaba notoriamente ausente, lo hacían sentir que lo último que deseaba era verlo ahí; con alguien de su familia. ¿Qué sucedía con ella? Ciertamente actuaban, pero tampoco era para que se comportara como si fuera impensable algo con él.

Laura lo estudió detenidamente. Era alto, de cuerpo atlético y con un físico un tanto amedrentador en la misma proporción que atractivo. Parecía dueño de la situación y bastante relajado, aunque por su mirada podría jurar que se hallaba un poco irritado con su sobrina, que a su lado, parecía una tímida flor, delicada, femenina. Un contraste asombroso, hermoso, si era sincera. Anel, nerviosa, con esos lindos ojos bien abiertos, con sus facciones delicadas, tensas; le pareció adorable el cuadro de esos dos chicos.

—También fui joven, por lo mismo debía hablar con ustedes... Espero se estén cuidando —la menor se acomodó un mechón tras la oreja, perpleja, sin atreverse a verlo debido a la vergüenza que experimentaba. Marcel asintió, serio—. Un embarazo a la edad de Anel sería terrible, pero además está el hecho de las enfermedades... —de pronto, lo observó con detenimiento, como si quisiera recordar algo.

—Lo sabemos y somos responsable —la joven jugaba con sus manos escuchando. Todo lo que ocurría ahí era por demás bochornoso, por no decir horrible. Y, bueno, en eso de los cuidados no mentían, pero el responsable había sido él, tuvo que admitir, pues en lo que respecta a ella, ni lo había tomado en cuenta la primera vez y... Varias subsecuentes.

—¿Cuántos años tienes, Marcel? Lo siento, pero es que te veo muy mayor —el chico negó relajado. Siempre le decían lo mismo, desde pequeño.

—23 —la mujer soltó un poco de la tensión. Cinco años no eran un abismo, aunque sí una diferencia a esa edad. No obstante, quién era ella para objetar, ambos estaban en esa etapa en la que es común enamorarse y uno no va por la vida preguntando los años que se tienen para ver si es candidato o no.

—Oh, perfecto. En ese caso... Solo quiero decirles que si algo sale mal, no me sentiré culpable, ambos son mayorcitos... Y si tú vives solo... Espero sepas lo que hacen... Anel no cuenta con mucha experiencia, así que confío que en ti quepa la inteligencia para no tener un accidente. —Esa mujer era demasiado directa, tenía carácter fuerte, sin embargo, le cayó bien, aunque notaba que seguía viéndolo con cierta suspicacia—. Disculpa, pero debo preguntar esto, ¿cuál es tu apellido? —Ahí estaba. ¡Mierda!

Anel parecía demasiado ensimismada y, a la vez, alerta.

—Lazcano. —La mujer asintió y asomó una sonrisa como comprendiendo algo, pero no dijo más. En ese instante supo que ya sabía de quién era hijo. Lo cierto fue que Anel ni siquiera se movió. Su apellido no le decía nada...

—Marcel, debes tener cosas qué hacer y, en realidad, eso era todo... Bueno, todo contigo. —Lo señaló relajada—. Ahora debo hablar con mi sobrina... —La chica cubrió su boca emitiendo un leve quejido que, a pesar de sentirse enojado con su actitud, le pareció adorable.

—Tía... —murmuró con su vocecilla sin ver ni una vez al que se supone era su novio. Sabía que al salir el chico de ahí, la hermana de su madre le empezaría a hablar de temas que la apenaban sobremanera.

—Nada, es necesario —iba a levantarse cuando él la detuvo con un ademán. Se atrevió a hacer contacto con sus ojos, estaba enojado. Ya sabía ella que no debió decir esa horrible mentira, por eso Marcel estaba molesto.

—No pasa nada, te marco después —dijo y salió así, sin más. Una vez solas Laura se sentó junto a la chica y tomó su barbilla con cariño. Adoraba a esa niña. Siempre había sido dulce, tierna y demasiado inteligente, aunque de algunos años a la fecha ya no era lo que pensó que sería. Si bien siempre fue delicada, un tanto silenciosa, se le veía feliz, sonreía todo el tiempo y parecía vivir con esa libertad con la que se manejaban solo ciertas personas en el mundo, aquellas que desde el fondo de su alma lo negro no entraba, nada las oscurecía... Sin embargo, eso cambió, y ahora su expresión siempre era tensa, ausente, incluso a veces leía miedo en esos preciosos ojos bien redondos.

Es muy guapo, Any —admitió y torció el gesto sonrojada—. No le diré nada a Analí, pero a cambio hablaremos de este tema, ¿okey? —No tenía más remedio, no, si no quería que su madre se enterara y a su vez ese asqueroso, de la ficticia relación que mantenía con Marcel. Ese era el precio de entrar en ese maldito juego, se recordó fingiendo escucharla mientras su corazón se iba contrayendo con cada minuto que pasaba.

Horas más tarde la dejó en su casa y, fuera de experimentar alivio, deseó regresar a la seguridad de esos fuertes brazos, de ese apartamento donde no se sentía expuesta, amenazada. De alguna forma ahí existía lo que en ningún sitio encontraba. Armándose de valor ingresó por donde solía. Ahí estaba de nuevo su realidad espantosa, su soledad y su tortura. Se encerró en su habitación con los pulmones estrujados y es que desde que su tía le marcó no logró que regresaran a su tamaño original.

Amanecer en el cielo y dormir en el infierno.

Eso no sería sencillo y curiosamente dolía más que antes, pues de alguna manera vivir de forma lúgubre era lo natural desde hacía mucho, pero al tener ahora un punto de comparación, se sentía más perdida.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué de solo pensar que al día siguiente él no se acercaría, tenía ganas de llorar?

Se dejó caer sobre su cama acurrucándose como si se encontrase en plena nevada; congelada por fuera, escarchada por dentro.

Era una idiota, una completa y absoluta idiota. Se enamoró, se enamoró desde que... Ah, no sabía desde cuándo, pero lo sentía en su interior como burbujas de champaña que no tenían la menor intención de tronarse, viajando por todo su cuerpo de forma juguetona, colorida, y ahora... Ahora tendría que lidiar con el sentimiento sola, morderse la lengua para no decirlo, aplacar su alma para no mostrárselo. Se giró boca arriba, resoplando, al tiempo que se limpiaba una lágrima que resbaló por la comisura de los ojos.

—Asúmelo, eres una tonta, una completa y absoluta tonta —un sollozo escapó de su garganta al tiempo

que se giraba y aferraba a la almohada. Lo quería, lo quería y ya nada podía detener lo que crecía... Lo que permeaba todo su ser, lo que consumía su mente, lo que ocupaba su alma.

¡Maldita noche de infierno! No había pegado el ojo prácticamente. Al final terminó dormido en el puto sofá de la sala, aquel donde aunque también se le venía su imagen, no estaba tan endiabladamente lleno de su jodido olor.

Al salir del apartamento de esa mujer decidió que ir al suyo sería una tontería. Se sentía enojado, sí, enojado con ella. Era una hoguera en un momento y un glacial en el siguiente. No era que él mismo no fuera distinto, pero es que... ¡Mierda! Las chicas no eran así. Después de todo lo que pasó el fin de semana creyó que... Bueno, no sabía qué era lo que creía, pero no que se comportaría como si no existiera, como si la mera idea de que fuese su «novio» la incomodara tanto. Les habló a sus amigos, como siempre estaban en una comida. Sin pensarlo dos veces, fue directo allá.

La diversión no fue la que solía. Las voces ruidosas y estruendosas de las chicas le molestaban, le parecían exageradas, eso sin contar la forma en la que se movían, o vestían. Por lo mismo, decidió embriagarse hablando estupideces sobre fútbol junto al grupo de varones aglomerados en una esquina rechazando categóricamente a cualquier joven que se le acercara, que lo intentara seducir, que prometiera un momento desenfrenado.

Esa mañana el frío parecía no ser tan intenso, marzo no tardaba en aparecer y eso vaticinaba el calor que llegaría, como siempre, insoportable. Con un café bien cargado, escuchando las tonterías de Lalo sobre la juerga del día anterior, permaneció atento al corredor principal. No le marcó, no lo buscó, no nada. Anel era tan extraña, tan diferente a lo común que ya no sabía qué esperar de esa chiquilla flacucha que lo enardecía sin siquiera proponérselo, que le generaban una ganas locas de cuidarla, de saberla bien. Rodó los ojos girándose, debía olvidar sus estupideces, la pasaban bien en la cama, listo, nada más...

No se toparon ni siquiera en la cafetería, entre que decidió no dar su brazo a torcer y entre que de verdad no la vio, acabó el día. Llegar a su apartamento fue demoledor, el maldito frutero lleno de plátanos, la nevera con sus sabores de helado favoritos y, por si fuera poco, en el baño olvidó su cepillo y un anillo. Salió molesto.

—Te invito a comer, llego en quince minutos por ti... —Colgó, un poco de distracción era lo mejor. Sofía jamás se negaba.

Anel pasó la tarde en su habitación poniéndose al día con los deberes. Por mucho que intentaba no le gustaba; el Derecho era aburridísimo y lo peor... El jueves tendría un examen que no tenía ni la menor idea de cómo aprobaría.

—Te quiero en la mesa, ahora, Anel. —Su madre entró como siempre, sin tocar. Tensa, bajó. Ary solía llegar después de las diez, por lo que nunca coincidían, así que para variar, tuvo que permanecer ahí, bajo las miradas hostiles de su madre y lascivas de ese tipo que aborrecía. Con la garganta cerrada, jugó de nuevo con la comida—. Estás muy mimada, demasiado consentida... En serio eres patética, Anel.

¡No!, ahí iba de nuevo. Cerró los ojos aspirando. Se sentía más deprimida de lo normal. Descubrir sus sentimientos hacia Marcel fuera de ayudar en algo, la hundieron más. No lo vio en todo el día, pero también evitó deliberadamente cualquier sitio donde sabía podía topárselo... ¿Por qué? Porque no sabía qué haría cuando lo tuviera enfrente ahora que comprendía que lo quería. Por otro lado, él tampoco hizo nada para acercarse, para buscarla, y, aunque lo esperaba, dolió. Eso sin contar que no durmió muy bien y que el ambiente en esa casa era tan tenso como las cuerdas de un violín.

—Déjala —ordenó el marido de su madre en tono conciliador. Esa intromisión lo empeoraría todo. Aferró su servilleta de lino que descansaba sobre sus delgadas piernas sintiendo la conocida ansiedad.

—¿Qué?, no ves que desprecia siempre lo que se le hace de comer... —respondió su madre irritada, para variar.

—No... Es eso —musitó la joven, intentado llevarse un bocado. Dios, era una tortura comer así.

—¡Ah, no! La señorita parece vivir de aire... Quieres estar delgada, bien. ¡Cleo! —gritó. La mujer apareció de inmediato mientras Alfredo se frotaba la frente—. Quítale el plato a esta niña y tráele dos hojas de lechuga, quiere estar esquelética, le ayudaré...

—¡Basta, Analí, haces las comidas un puto infierno! —intervino su marido, ya enojado.

—¡¿Por qué siempre la defiendes?! ¡Ya te dije que es mi hija y no quiero que te metas! —rugió, dándole un golpe a la mesa.

—Retírate, Anel —habló sin verla, confrontado con la mirada a su esposa. La chica no supo qué hacer.

—¡No te atrevas a moverte, Anel! —Su sangre fluía enloquecidamente, el miedo de lo que vendría la tenía paralizada—. Escucha bien, Cleo, no quiero que se le suba nada, lechuga comerá hasta que deje esa faceta de escuincla consentida que desdeña todo. ¡No quiero saber que come algo más! ¡¿Está claro?!

—Señora, por mí no hay problema... —dijo la mujer preocupada por la muchacha que palidecía cada segundo.

—¡Di una orden!

—¡Eso es aberrante! ¿Por qué no la dejas en paz? La que debería comer eso eres tú, ya te dije que la edad no te está pegando, querida. —Anel abrió los ojos mirando a Cleo asustada. El ama de llaves también la veía. Eso iba a terminar mal. Las dos lo sabían.

—¡¿Qué tratas de decir?! —rodeó la mesa y tomó a Anel por el brazo con fuerza desmedida. La chica intentó zafarse ansiosa al tiempo que se quejaba—. ¿Te gustan los huesos? ¿Así? —Y la apretó más, acercándosela. Las lágrimas amenazaban por salir, mientras luchaba por librarse de ese agarre que le estaba cortando la circulación del brazo. Alfredo la miró un segundo sin poder esconder su respuesta. Luego se la quitó de un jalón y aferró por el codo a Analí.

—Deja de dar espectáculos —farfulló y la llevó hasta su habitación entre gritos y portazos.

—Sube a tu recámara, Any, ahora —le ordenó Cleo, temiendo por ella. La joven hizo eso sin perder tiempo. El brazo le punzaba, la cabeza dolía, su corazón, herido, sangraba de nuevo. Permitiendo salir el llanto se dejó caer sobre el piso con el rostro escondido. Ya no podía más, simplemente no podía más.

Otra noche sin descansar. Otro día sin poder comer bien, pues ahora su madre personalmente verificó que no se le diera nada. En la universidad entre clases y clases, no tuvo tiempo de nada. Y cuando estaba libre, intentó estudiar. Alegria y Mara se mostraron comprensivas cuando les explicó que pronto tendría pruebas por lo que no las acompañaría a la cafetería de nuevo.

Más horas sin verlo, más horas vacías, más horas deseando desesperadamente desaparecer.

Por la tarde, decidió que su casa no era el mejor sitio para estar, no si Analí seguía con ese humor de perros que a últimas fechas se acentuaba escandalosamente. Se fue a un café, ahí si bien no había paz, tampoco se sentía tan sola, ni tan ansiosa.

Al anochecer llegó cuando sabía, la cena ya había pasado. Corriendo se encerró en su habitación. Nada sucedió, cosa que agradeció.

El miércoles no fue distinto, no obstante, a lo lejos lo vio. Conversaba con chicas y chicos en una de las bancas esparcidas por el campus, fumando. Parecía relajado, no acordarse siquiera de su existencia.

Él alzó la vista, por un segundo se toparon sus miradas, pero de inmediato Marcel cortó el contacto, ignorándola. Así que con el corazón comprimido, adolorido, siguió su camino sin percatarse de que la observaba alejarse, tenso, desconcertado hasta la médula.

Marcel ya no sabía cómo sacarla de su puta cabeza. No deseaba aceptarlo y se excusaba con los buenos momentos que pasaba perdido en ese cuerpo delicado, pero lo cierto era que la extrañaba como un maldito demente. Necesitaba escuchar su dulce voz, perderse en su mirada, sentir sus frágiles manos sobre sus caderas. Mierda, necesitaba de ella, pero le daría un par de días más, si no... Si no enloquecería y tendría que buscarla, como solía. La deseaba y moría por sentirla gemir, jadear, vibrar bajo sus caricias, sobre todo, verla sonreír, colmar su piel de ese jodido olor que lo ponía a mil.

Por las noches poco dormía, y se encontraba preguntándose «¿cómo estaría?». Sabía que no debía hacerlo, no podía evitarlo. Esa chiquilla se estaba convirtiendo en un veneno que lo estaba aniquilando lentamente, en una droga que cada día era más adictiva, en un bocado del que no se sentía saciado.

La mañana del jueves no pudo más, toparse con ella el día anterior de lejos lo dejó peor. La espío al verla llegar para saber en qué aula entraba.

A las nueve de la mañana, la joven salió enfundada en ese suéter holgado gris claro, junto con unas mallas negras y bota de piso. Su cabello lucía, aunque trenzado, algo desaliñado, por no decir mal peinado.

En cuanto pasó a su lado, sin verlo, absorta en sus pensamientos, la tomó del brazo y la arrastró hasta una esquina, justo tras el edificio donde la gente no solía pasar. Sin pensarlo dos veces, la besó, apretando su cintura, desesperado. Un segundo más y entra al puto salón y la saca él mismo.

—¡Ah! —Se quejó retorciéndose al tiempo que intentaba alejarlo. Abrió los ojos desconcertado, molesto. ¿Qué no se daba cuenta que necesitaba de ella? Al fijarse, haciendo a un lado lo que su flacucha le despertaba, notó que se hallaba extremadamente pálida, enormes ojeras otra vez estaban bajo esas lagunas y una lágrima que jamás había visto en su rostro viajaba por su mejilla al tiempo que jadeaba, temblorosa.

Anel no estaba bien. Comprendió alterado, demasiado asustado.

Caos emocional

CAPÍTULO 12

—¿Qué pasa? —Ella negó, poniendo una mano entre ambos, respirando entrecortada—. Anel, ¿qué pasa? —insistió. La joven intentó alejarse con debilidad, la tomó por la cintura. No se iría, la chica se arqueó gimiendo.

¡Qué mierdas! Sin saber por qué, agarró la orilla de su suéter y lo levantó.

¡No, no!

Alzó la vista hasta sus ojos, sus lagunas perforaban el piso con el rostro claramente tenso, contenido. Sintió su dolor sin ni siquiera ser consciente de ello.

—¿Quién carajos te hizo esto? —La rabia e impotencia corría vertiginosamente por todo su cuerpo. Ella negó de nuevo, iba a irse. La aferró por la muñeca sintiendo una marea de sentimientos que no logró acomodar.

—Déjame, Marcel —le rogó esa vocecilla que tanto echó de menos. Negó con los ojos bien abiertos. Tenía en su costado varias marcas espantosas e, incluso, algunas estaban abiertas pues el líquido rojo ya había manchado levemente una parte de su atuendo y parte de su piel, no en grandes cantidades, pero sí hilos que no pasaban desapercibidos.

—Ni lo sueñes. —La tomó por el codo y la guio hasta el estacionamiento importándole una mierda quién los viera y que aún faltara tres clases—. ¡Sangras! ¿Qué carajos pasa contigo? —Le preguntó con la boca seca, sintiendo en los puños fuego pujando por salir. La subió a la camioneta con cuidado y dio un portazo cuando él también se montó —. Me vas a explicar qué es eso... Quién te hizo esa salvajada... ¡Entiendes! —Le exigió, asustado, temblando.

Anel se hallaba a punto de perder la conciencia; su rostro cenizo, sus labios resecos y blancos. Aceleró sintiendo el latir del corazón como cuando la vida va de por medio.

Se detuvo en una farmacia. Compró lo que sabía necesitaría y manejó a su apartamento. Parecía ida, con sus ojos clavados, ausentes en el exterior, y sus delgadas manos laxas sobre sus piernas. ¿Qué habría pasado? La ayudó a descender empleando todo el tacto que no sabía tenía. Estaba débil, blanca como una hoja.

¿Qué sucedió con la chica del fin de semana? Esa que sonreía, esa que tenía sus mejillas un tanto sonrojadas, esa que parecía una niña relajada. Ahora parecía una lucecita extinta. No le gustó, no le gustó nada.

Con movimientos sumamente suaves la ayudó a sentarse sobre su cama. Anel no hablaba, solo se dejaba llevar.

—Debo quitarte eso... —señaló su suéter en voz baja. Dejó, cual muñeca, que se lo pasara por arriba de la cabeza. En uno de sus brazos, arriba del codo, las huellas claras de las manos que seguramente la lastimaron. Del lado izquierdo, observó con detenimiento esas heridas. Eran de diferentes tamaños, dispares, unas hacia arriba, otras hacia abajo, un par más gruesas que las demás. Eso era salvajismo puro. Rechinando los dientes aspiró profundamente sintiendo como si a él se las hubieran hecho—. ¿Con qué te lo hicieron? —quiso saber al tiempo que acercaba, mostrándose lo más sereno posible. Era evidente que ella lo último que necesitaba era uno de sus arranques.

—U-un cinturón —gimió, al sentir el algodón frío sobre su piel. Marcel tensó la quijada. Eso era

inhumano, espantoso. La lastimaron y eso hacía hervir su sangre como jamás lo había experimentado. Sus pulmones subían y bajaban como los de un pajarillo herido. Ahí, sentada con su delgado brazo hecho a un lado, la mirada puesta en un punto lejano, se sintió impotente, ansioso.

Dios, su fragilidad lo desarmaba, lo desmoronaba y a la vez lo inyectaba de fuerza, de posesividad. Sentía ganas de matar con sus propias manos al o a la responsable de semejante atrocidad. Concentrado, limpió delicadamente esas heridas esparcidas en su costado. Un hueco de enormes proporciones se abría en medio de su pecho. Él y sus estúpidos juegos y, mientras tanto, ella..., ella viviendo quién sabe qué cosa. Era un putito miserable.

Cuando terminó de curarla, hizo las cobijas a un lado pues la mujer del aseo no tardaba en llegar para ordenar la habitación; le quitó las gafas y la recostó sobre el colchón.

—¿Quieres dormir? —preguntó con suavidad, acariciando su rostro demacrado con la yema de sus dedos. Anel asintió—. Bien, estaré afuera. —La cubrió con ternura. La observó unos segundos con las manos en los bolsos de los *jeans* sintiendo miedo, ese miedo que genera ácido en la garganta, que quema el esófago.

Salió hasta la terraza y fumó tres cigarrillos al hilo. No podía quitarse de la cabeza esas malditas marcas, ese jodido malestar que lo hacía sentir lleno de rabia. ¿Qué mierdas vivía Anel?

La señora que limpiaba el apartamento, llegó. La saludó, serio, prohibiéndole entrar a su cuarto. No obstante, para cerciorarse de que Anel durmiera decidió ir. La chica se encontraba sentada sobre la cama con la cabeza entre sus manos meciéndose lentamente. De inmediato, se acercó preocupado.

—¿Qué ocurre, chiquilla? —La aprensión nuevamente barrió con todo, hubiese querido ser algo más de lo que era para poder ayudarla.

—M-mi cabeza, Marcel —gimió quedamente, lloriqueando, mirándolo con dolor desolado tras esos ojos asombrosamente lindos, pero que en ese momento solo transmitían tristeza, aflicción.

—¿Qué has comido? —preguntó de inmediato, sin tocarla, solo sentado a su lado, más ansioso que nunca percibiendo sin dificultad la marea de sentimientos vacíos que Anel proyectaba, desilusión principalmente. La joven negó débilmente. Resopló, intentando contenerse. Se levantó y salió dejándola en la misma posición. Al regresar, diez minutos después, llevaba en una charola con un sándwich y un jugo de naranja que la mujer se ofreció a hacer al verlo tan preocupado—. Bebe esto... —con lágrimas en los ojos y mirada llena de desespero, tomó el vaso.

—U-unas pastillas —le pidió apretando los dientes, ya no soportaba esa punzada, si no tomaba algo gritaría, juraría que le estaba atravesando el cerebro.

—No, no hasta que comas... Así que anda. Inténtalo —exigió sin titubear. Anel dio sorbos cada vez más largos a su bebida mientras mordisqueaba de a poco el emparedado. Marcel se acomodó a su lado acariciándole la espalda desprovista de ropa, donde podía ver sin problemas esas heridas que seguro dejarían cicatrices. La joven parecía irse relajando con su roce, ingiriendo cada vez un poco más. Acabó media hora después. No había sido tan difícil con él ahí, haciéndola sentir importante, segura, tan lejos de su abominable realidad—. Te daré los analgésicos y descansarás un rato, ¿sí? —iba a ir por ellos cuando lo detuvo aferrando con esfuerzo su antebrazo.

—Yo... No te vayas —le pidió con esa linda vocecilla que lo derretía sin dificultad. Su mirada ojerosa, lagrimosa, lo doblegó de inmediato. Se quitó los tenis, se recostó y la atrajo hacia sí para que las lesiones quedaran del lado contrario a su cuerpo. Anel se recargó sobre su pecho, aún temblorosa. Marcel deseaba adentrarse en ese ser frágil y sanar lo que sea que estuviera doliéndole. Besó su cabeza absorbiendo su aroma.

—Cuando despiertes quiero saber lo que ocurrió —sentenció, acariciando su brazo decadentemente.

Ella asintió cerrando los párpados, los sentía como dos piedras pesadísimas sobre sus ojos.

Saberla dormida ahí, protegida, segura, lo hizo sentir poderoso, invencible y decidió, justo en ese momento que la tenía respirando quedamente, así, acurrucada tranquila sobre sí, que Anel solo sería suya, la quería solo para él. Ese sentimiento fiero de protegerla, de cuidarla, creció en las últimas horas de forma desmesurada y se juró, lo haría, pasara sobre quien tuviera que pasar.

Media hora después la movió de esa incómoda posición, la recostó suavemente, la arropó sonriendo al percatarse de pronto de su inocente sostén blanco. Dios, adoraba eso; su clara ingenuidad, su dulce suavidad. Besó su cabeza y salió cerrando la puerta tras de sí.

Marcel pasó la mañana leyendo para las próximas evaluaciones. Era un desastre en muchos aspectos, pero los estudios eran importantes y una de las formas de sentir que resarcía lo hecho. La carrera no era lo que hubiese preferido, pero en ese momento, a unos meses de terminar, aceptaba que no era tan mala, incluso le agradaba...

A mediodía escuchó la puerta abrirse. Alzó la vista de la mesa del comedor donde se encontraban sus apuntes. Ella salía vestida, sin zapatos, frotándose los brazos, nerviosa. Se levantó de inmediato y se acercó.

—¿Cómo estás, An? —La joven lo miró de una manera única, asintiendo afligida.

—Mejor... —murmuró quedamente. Marcel la tomó de la mano y la guio hasta el sofá, una vez sentada se puso de cuclillas frente a ella. Acunó su barbilla e hizo que le pusiera atención.

—¿Quién fue? —Sus ojos se enrojecieron.

—Mi mamá —admitió con sinceridad. El joven deseó maldecir, vociferar blasfemias, pero Anel y su fragilidad lo hicieron solo asentir.

—¿Ya había ocurrido antes? —deseó saber serio. Enseguida se puso nerviosa—. Hace unas semanas... No caíste, ¿cierto? —negó débilmente. Llenó de aire sus pulmones y acarició con el pulgar su mejilla—. No tienes por qué soportarlo, lo sabes. ¿Verdad?

—Sí...

—¿Qué sucedió? —Su adorable labio tembló, sonrió intentando relajarla. Todavía lucía cansada, pálida y ojerosa, aunque no como en la mañana.

—Se enojó... Ya no sé qué ocurre... Por qué me... —se calló con los ojos acuosos. Mierda, esa chica tenía más problemas de los que creyó y de pronto muchas cosas comenzaron a tener sentido.

—Anel, golpear de esa forma solo lo hace alguien que no está bien... Es salvaje lo que te hizo —intentó encontrar las palabras menos rudas, menos hirientes.

—Lo sé, en cuanto pueda... Me iré —se escuchó decir al ver sus ojos verdes realmente consternados.

—¿Por qué esperar? —No deseaba por nada del mundo volver a ver algo similar en ese cuerpo que lo enardecía, por el que comenzaba a sentir que arrancaría los ojos a cualquiera, incluso el corazón. Comprenderlo lo dejó un tanto descolocado, no obstante, no era momento de ello, sino de centrarse en ella.

—Debo aguardar —se escuchó decir. Él no la presionaría, tampoco dejaría el tema.

—Habla con Laura, quiero que te quedes —negó enseguida, nerviosa. Marcel se acercó a sus labios y los rozó con ternura, quedándose ahí unos segundos—. Por favor, solo deja que te cuide, ¿sí? —No entendía su cambio de actitud, sin embargo, tampoco deseaba irse.

—Mi mamá creerá que le dije... —susurró afligida, preocupada, con evidente miedo.

—Dile a tu tía que hable con ella, al escucharla tranquila sabrá que no es así... —no era mala idea, así

que asintió débilmente—. Ahora dime... ¿Qué provocó la ira de tu madre? Aunque déjame decirte que no tiene justificación, podrías denunciarla con eso... —y señaló su costado maltratado.

Ni ella misma entendía bien a bien qué generó aquello, y lo poco en pie dentro de su ser, iba cayendo como si de pronto un río contenido se abriera paso pese a la protección de rocas que se instalaban como un dique, y el agua, rabiosa, encontrara su cauce generando estragos en todo lo que se topara, matando, inundando, consumiendo lo que alguna vez fue vida, color y sueños.

Simplemente iba entrando a su habitación después de ir por agua, cuando su madre apareció y la empujó hacia adentro logrando que el líquido que traía entre las manos cayera junto con el vaso, que por suerte, no era de vidrio.

—¿Qué ocurre? —deseó saber, empapada, en el piso, asustada al ver su rostro. Analí se acercó y empezó a abrir los cajones de su armario.

—¡Ocurre que no vas a destruir lo que construí! ¡No lo harás! —sacó un cinturón que hacía mucho no usaba, de hebilla dura. Anel lo observó, alejándose, intentó ponerse de pie, el agua no se lo permitió—. ¡Eres un maldito estorbo! ¿Entiendes? ¡Y estoy harta! —Se acercó, al tiempo que ella, levantada al fin, quiso correr. La jaló por la trenza y ahí fue cuando sintió el primer impacto sobre su cuerpo. Gritó, intentando zafarse—. A ver si así lo comprendes de una maldita vez —no reconocía su voz. Iba vestida con un camión negro que dejaba poco a la imaginación y olía a perfume, por no decir que parecía maquillada para una fiesta. Para ojos de Anel se veía impresionante, pero con esa mirada distorsionada, con el odio corriéndole por cada poro, no pudo más que temerle.

Otro más, y otro más, tanto que perdió la cuenta. Al principio buscó quitársela de encima, al tercero, terminó en el piso sollozando y emitiendo otro gemido lastimero al sentir aquel objeto rasgarle nuevamente la piel a pesar de traer pijama.

—¡Estás jodidamente loca! —gritó Alfredo, tomándola por la cintura y sacándola de ahí mientras pataleaba—. No tenías nada que hacer aquí —bramó, saliendo con ella a cuestas.

—¡Ella! ¡Ella! ¡Ella! —vociferó por el pasillo pues aunque cerraron su puerta, se pudo escuchar su voz hasta que entraron a su dormitorio. Anel, rota por dentro, desquebrajada en cada partícula de su esencia, intentó incorporarse, el dolor era tan intenso que se dejó caer herida, sintiéndose muerta en vida. Ahí, en el piso, pasó la noche con los ojos bien abiertos. Hecha ovillo, sin querer seguir en este planeta, deseando con fervor que el suelo donde reposaba se abriera y la tragara, que valiera algo para su madre, que la volviera a querer, a aceptar, que no la odiara como lo hacía, que no la estuviera aniquilando como lo estaba logrando. Porque si cada palabra cortaba y abría hondas grietas en su temple, en su amor, lo sucedido fue como sentir que la enterraba viva.

Su alarma sonó al amanecer. Entumecida y sintiendo como cada herida se abría, se colocó algo encima buscando que no la lastimara, tenía una prueba importante a primera hora y no podía fallar. No tenía deseos de ir, de salir, pero si se quedaba estaba segura cometería una estupidez y no era esa clase de personas, no de forma consciente.

Le narró a *grosso modo* lo ocurrido. Marcel la escuchó intrigado, sintiendo que le faltaba mucha información.

—¿Nadie acudió? ¿Tu hermana? ¿Por qué no le dices a tu tía?... No sé, An, pero... No puedes permitir que algo así vuelva a ocurrir, no está bien, ¿comprendes? Nadie, nunca, tiene derecho a lastimarte, jamás... —Lo observó de forma especial y es que él también de cierta manera era parte de ese dolor que la consumía.

—Es complicado, Marcel. Pero... Estaré bien, sé que algo debo hacer —admitió, pensando en qué. Con ese tipo acechando no era tan sencillo alejarse porque aunque se fuera de casa, él podría encontrarla

y le prometió no hacer nada mientras viviera en ese sitio. No le creía del todo, pero no deseaba averiguar si lo haría. Pensaba en su padre nuevamente, o decirle, como Marcel proponía, todo a su tía. Pero si su madre sabía, si él se enteraba... No saldría tranquila a la calle, tenía dinero, mucho, y era consciente, de alguna manera, que si la deseaba, la tendría y eso la llenaba de pavor. Todo el tiempo se sentía viviendo en la orilla de la fachada de un edificio altísimo, escabulléndose, pegando su cuerpo a la pared para no caer, dando pasos pequeños para no permanecer en el mismo sitio, sola y en peligro constante si daba un mal paso, si se movía demasiado. Escuchó al chico resoplar, ansioso, para luego acercarse nuevamente y besar con delicadeza sus labios.

—Avisa, calentaré la comida —mientras le marcaba a su tía fingiendo voz serena lo observó hacer lo que decía. No tuvo problemas, la mujer se mostró dispuesta, además de divertida. No le veía nada malo a lo que hacía, y así lo demostraba con esas actitudes. Siempre liberal, feminista, e incondicional de su familia. Solo le pidió que no fuera entre semana ese tipo de peticiones pues era más probable que hubiese un inconveniente debido a sus continuos viajes y de los cuales la mayoría, su madre estaba al tanto. Minutos después comieron en silencio pasta blanca y ensalada. No pudo ingerir mucho, Marcel se mostró complacido con su porción. En cuanto acabó, se ubicó a su lado, le tendió su mano con gesto tierno, y la guio de nuevo a la habitación.

—Ahora a dormir... Saldré a comprar algo que hace falta. Traeré el móvil, pero tú cerrarás esos ojos y no quiero que los abras..., no en un buen rato, aquí nada malo pasará... ¿Okey? —sonrió tímida, lo peor en cuanto a él ya había ocurrido y de eso Marcel no tenía la culpa. Se movió con cuidado, pues no hacía falta mucho esfuerzo para que las heridas calaran. No había salido de la recámara cuando ya se encontraba completamente perdida.

Una hora más tarde llegó con unas cuantas bolsas. Elegir ropa de mujer no era lo suyo, pero gracias a los coqueteos de la intendenta no le fue tan complicado. Ropa interior discreta, como la que solía usar, un pijama que aunque no hubiera deseado jamás usaría, tuvo que comprar, ahí hacía frío y Anel con ese flacucho cuerpo no era capaz de guardar calor suficiente, por lo que titiritaba con una facilidad asombrosa. Un *jeans* oscuro, calcetines, un suéter blanco y encontró un par de blusas más que podrían agradarle y que decidió tener por cualquier cosa. Cepillo de dientes, y crema para cuerpo de la misma marca que vio había llevado el fin de semana, además de un perfume y un pastel de tres leches.

Todo, menos la comida, lo dejó en su cuarto al entrar para verificar que en primera; ahí se encontrara aún, y si era así, durmiera. Claro que lo hacía, ajena a todo, dulce, apacible. Ahí, sobre sus cobijas, acurrucada, con su gesto completamente relajado.

Después de recibir un par de llamadas de sus amigos y una más de Efrén recordándole el cumpleaños de su prima Blanca, una pequeña de 10 años, el fin de semana, no tuvo mayor novedad.

Casi a las once, Anel abrió de nuevo los ojos. Marcel revisó las heridas complacido al verlas mejor, proponiéndole un baño. Pero, como era de esperarse, primero la obligó a merendar un plátano, zumo de uva y un trozo de pastel, el cual ella vio sonriendo agradecida, apreciando el detalle de que lo recordara y, además, lo hubiese comprado. Después le mostró lo que adquirió como si fuese cualquier cosa. Anel no supo qué decir, tampoco comprendió a qué venían tantas atenciones y salvo un poco de lástima, no se le ocurrió algo más. Pensarlo dolió, pero no veía otra razón y lo cierto era que ahí se sentía a salvo, su espíritu de alguna manera tomaba fuerzas y su ser se reconstruía lentamente.

Se duchó, se lavó los dientes y salió con esa dulce pijama que llevaba estampadas florecillas violetas en el pantalón y una grande en la blusa de manga larga, sintiéndose menos miserable, más serena. «La magia de la ducha», algunos le decían,

Marcel la observó desde donde se encontraba. Lucía preciosa, admitió para sí. Su carita más descansada, su cabello húmedo y suelto, mientras sonreía dulcemente agradecida. Asombrosamente lo

que compró le quedó, eso lo hizo sentir aún mejor.

—Gracias —murmuró, avanzando hacia la cama, tocando levemente la blusa. Él asintió, serio, ya dentro de los cobijas con la tableta en la mano. No hacía nada importante, en realidad tonteaba por la red, pero sabía que si no se ocupaba en algo, olvidaría el cómo se encontraba y saltaría sobre esa criatura que lo hacía hacer cosas que no haría por nadie, aun sabiéndolo en peores situaciones.

—Espero que no tengas problemas para dormir, chiquilla —Anel se metió en la cama lentamente. No dolían los golpes como en la mañana, aunque sí seguía sintiéndolos ahí, punzantes.

—Yo también... —se acomodó de lado, observándolo mientras veía algo atento en su aparato. No lo entendía, no lograba comprender su proceder, lo cierto era que ese día sentía, paradójicamente, que podía volver a sonreír pese al caos emocional en que se encontraba inmersa y del que trabajaba a mil por hora para salir. Su vida era patética, tan oscura como un pozo del que creyó, no podría salir. Y, de pronto, aparece él, tan extraño, tan osco, y lo cambia todo. Vio, sin más, una luz tenue a lo lejos, la posibilidad de cambiar su futuro, su presente, su existencia. No tenía ni la menor idea de cómo aferrarlo, como anclarse a esa esperanza pues sentía jugueteaba con su cordura apareciendo y desapareciendo, pero lo cierto era que al fin veía algo en esa penumbra, algo que le daba indicios de una posibilidad. Cerró los ojos con su imagen encerrada en ellos y, sin más, volvió a perderse en la inconsciencia.

Por la mañana despertó mucho mejor. Ojeó el reloj con pereza, agradecida de encontrarse en ese sitio. Las once. ¡Dios! Se sentó aturdida. ¿Dónde estaba Marcel? Una nota en su buró captó su atención. La tomó al tiempo que prendía la lucecilla de la lámpara quejándose un poco de lo que el movimiento generó.

«No te vayas, regreso a mediodía. Come lo que dejé en la cocina. Marcel».

No lo podía creer. Ni siquiera se percató de cuando se fue. Se tumbó en la cama de nuevo, perezosa. No solía faltar a clases, lo cierto era que no tenía muchos ánimos. Ahí, acurrucada, se llevó su almohada a la nariz sonriendo bobalicona. A pesar de que su vida era tan triste, se sintió, en ese momento, importante para alguien, tranquila, en paz. Sabía que el sentimiento era efímero, pero qué más daba, los últimos días fueron tan aterradoramente espantosos, que ese momento de tranquilidad lo aceptaba de buena gana y con los brazos abiertos.

Ya no tenía sueño, y cómo tenerlo después de dormir tanto.

Al salir, notó que había movimiento, cautelosa anduvo por la estancia. Una mujer menuda la saludó con un ademán cordial. Anel respondió del mismo modo. En la barra, sobre un pequeño mantel, se hallaba un emparedado, un poco de zumo, un plátano y otra nota. La tomó sonriendo de esa forma que solo alguien enamorada, puede.

«Eso te lo comes sin problema, no quiero trampas, chiquilla».

Sacudió la cabeza riendo. Odiaba que le dijera así, pero tal parecía que a él le encantaba, la realidad era que la hacía sentir una niña y no deseaba que así la percibiera.

Se comió todo relajada, sin emplear mucho esfuerzo. Más tarde se dio un baño, limpió un poco las heridas, aunque no pudo del todo, pues estaban en zonas a las que no tenía fácil acceso y agarró la ropa que el día anterior le llevó. Se la puso asombrada de que le quedara casi como la propia. Se dejó el cabello suelto después de desenredarlo y prendió el televisor de la habitación, que para ese momento ya estaba en orden gracias a la mujer del aseo. Cambiándole de canal los ojos se volvieron a cerrar sin percatarse. Era tan sencillo descansar, comer, cuando todo era silencio, seguridad, tranquilidad.

Corazón roto

CAPÍTULO 13

—¿Te vemos en la noche? Y no salgas con uno de tus putos pretextos, seguro te estás tirando a alguna vecina y por eso no sales de tu apartamento —Marcel le echó humo en el rostro.

—Con quien coja, es mi problema. —Joel rio rodando los ojos.

—Así que lo admites... ¿Alguna tigresa? —Si supiera, pensó irritado. Saberla en su apartamento lo mantuvo toda la mañana aunque mucho más tranquilo y de mejor humor que las anteriores, un poco ansioso. De alguna manera deseaba que acabaran las putas clases y así poder contemplarla y tenerla solo para él, como se daba cuenta, comenzaba a gustarle.

—Eres una jodida caldera... Mejor ocúpate de ti y a mí déjame en paz —le dio otra calada, observando a Rodrigo un tanto atento a su entorno.

—¿Y tú, qué se te perdió? —preguntó riendo. El chico de cabello castaño y ojos color miel, lo miró negando indiferente.

—¿Irás, o no? —interrogó a Marcel como de paso bebiendo soda con desgarbo.

—No, este fin de semana no estaré libre —sus amigos lo observaron asombrados. Eso era ya demasiado atípico en él. No había sitio al que no fuera, antro en el que no lo conocieran, bar en el que no conversara con el gerente—. ¿Qué?, cosas familiares. ¡Maldición! —Se excusó, nadie pareció creerle.

—Y una mierda, tú te traes algo, hermano —soltó Rodrigo, burlón—, y te aseguro que tiene piernas largas y falda corta, probablemente sonrisa cachonda y...

—Vete al carajo, ¡no puedo y ya! —El motivo no tenía las piernas tan largas, mucho menos falda corta y de lejos portaba una sonrisa cachonda, no obstante, lo prendía más rápido que un montón de esas chicas dispuestas a todo, incluso embadurnadas en aceite, como era la fantasía de cualquier hombre.

—Tendremos que conocerla —bromeó Rodrigo con los demás.

—En serio necesitas una noviecita, amigo —rio Marcel con cinismo, dándole otra calada—, tu puta melosidad le urge fuga, a mí déjame como estoy.

—No le des ideas, que lo perdemos, ya ves que está en la búsqueda de la «mujer ideal» —refutó Joel fingiendo aflicción.

—Púdranse —rio Rodrigo, sacándoles el dedo medio.

En cuanto acabó la última hora salió volado para el apartamento, nunca había tenido tanta urgencia de llegar a ese sitio.

Entró, todo en silencio. De inmediato, buscó con la mirada su mochila que dejó la mañana anterior sobre una silla. Sí, ahí seguía. Sonrió con alivio. Dejó las llaves y anduvo hasta su habitación. Anel de nuevo dormía vestida con la ropa que le compró, sobre las cobijas con el televisor encendido. Se sentó a su lado complacido y asombrado también de lo mucho que se había sumergido en esa inconsciencia las últimas horas, ignorando si sería lo mejor, pero creyendo, de alguna manera, que si lo hacía, era porque su cuerpo lo necesitaba.

—Chiquilla —susurró, acariciando su mejilla. Anel se removió, abriendo lentamente los ojos. Sonrió como una niña al verlo ahí, frente a ella. Se giró, perezosa, y al hacerlo, se quejó—. ¿Las revisaste? —Su tono ahora era de preocupación. Deseaba, de alguna manera, encerrarla en una burbuja de acero para que

nada malo le pasara.

—Sí, pero no todas, no pude —admitió, acomodándose sobre el colchón.

—Espera —regresó unos segundos después con una cajita blanca. La misma que el día anterior, reconoció—. Túmbate, déjame verlas. —La chica obedeció mientras Marcel la inspeccionaba y frotaba con manos angelicales las heridas—. Creo que van bien, se están secando... —su tío Efrén era médico, prestigioso en esa ciudad, y aunque a él no le llamaba en lo absoluto la medicina, siempre era quien lo curaba cuando caía del rapel, o de sus excursiones en bicicleta de montaña. Por lo mismo sabía qué y cómo atender esas espantosas heridas que se encontraban en ese apetecible cuerpecito.

—Gracias —observó, alzando la mirada. Marcel estaba a uno centímetros de su rostro concentrado en su deber. Al sentir sus ojos sobre sí elevó la cabeza. Sin más y con deliberada lentitud acunó su mejilla acariciando su piel y de a poco la fue acercando a sus labios. Sus alientos se mezclaron, la expectación creció hasta que sintió su roce cálido, casi suelta un suspiro de abandono al sentirlo tan cerca. Respondió de inmediato, como si eso fuera lo que estuviera esperando.

Saboreándola con calma, decidió que no debía avanzar, no veía la manera de hacerla suya sin lastimarla.

—Anel, no... —jamás pensó hacer algo como eso, pero ahí, en ese momento, en ese cuarto, en su entorno incluso, lo más importante era su bienestar. La chica aleteó sus largas pestañas, contrariada. Marcel lo notó, su mirada dejaba de brillar en cuanto percibía el rechazo, comenzó a comprender. Sujetó su mentón con dulzura, intentado que en cada facción leyese el doloroso deseo que por ella sentía—. Acabarías gimiendo bajo mi cuerpo en menos de lo que piensas si por mí fuera, chiquilla. —Acarició su labio con el pulgar ladeando la boca de esa forma seductora—, pero te lastimaré y así... No creo que sea placentero... Dejemos un día más, ¿sí?

—¿E-es eso? —Se atrevió a preguntar, insegura, con mirada suspicaz, respirando lentamente.

—Anel, sí te has dado cuenta que me prendes como un puto horno. ¿Cierto? —Sus mejillas se encendieron—. Así que sí, aunque tengo miles de perversidades en mi cabeza, las dejaré para después y tú... Tú haz lo mismo, ¿de acuerdo? —La joven asintió más relajada, aunque un poco recelosa. Marcel no entendía de qué, tampoco comprendía ese cambio en su actitud; más osada, más atrevida, no obstante, en ella, le gustó, representaba algo más que un reto, representaba confianza y de algún modo un mérito para él. Besó su nariz poniéndose de pie—. Demos un paseo, vayamos a comer algo... ¿Quieres? —Sonrojada lo siguió.

Se detuvieron en lugar de comida italiana. Anel todavía se encontraba un tanto taciturna, pero no tenía que arrancarle las palabras a tirabuzón, como solía ser. Conversó acerca de la carrera que estudiaba y de esa manera descubrió que no le agradaba tanto, por lo mismo estudiar, comprender, le costaba más trabajo. Marcel deseaba que esas sombras que permeaban sus lindos luceros bicolores se esfumaran, desaparecieran y fueran reemplazadas por una cándida sonrisa, así, ingenua y tierna, como lo era ella.

Después de sentirse satisfecho al ver que engullían medio plato de *rabiata*, decidió sorprenderla.

Su madre solía llevarlos ahí los fines de semana, sobre todos los viernes por la tarde, cuando más pequeños, después de clases. Pasaban por un sitio de comida rápida y luego iban ahí por lo menos cada que la obra cambiaba. Así que cuando se estacionó, los recuerdos lo golpearon, pero con ella a su lado observando todo intrigada, logró manejarlos, incluso mostrarse relajado.

—¿Una obra de teatro para niños? —expresó la joven cuando entraban a aquel recinto uno al lado del otro. Marcel, con las manos cosquilleando, aferró una de las suyas asintiendo. Anel, al sentir sus dedos enroscarse en los suyos, su corazón detuvo, las burbujas crecían y crecían y, pronto, demasiado pronto, sabía que la ahogaría. No era la primera vez, pero algo fue distinto.

—¿Qué? ¿Ya eres demasiado mayor? —Anel rio abiertamente por primera vez desde que la volvió a tener cerca, negó acomodándose un mechón suelto de aquella melena que llevaba sin sujetar.

—No, es solo que... Tú no encajas aquí —reviró con simpleza.

—Pero tú sí, y a la perfección, chiquilla.

Una hora y media después salieron satisfechos. Ver *El gato con botas* en escena fue definitivamente divertido, y aunque algunas veces las voces de los pequeños no dejaban escuchar con claridad, la energía sana que emanaban los contagió sin que pudieran evitarlo. Con su delgada mano aferrada a la suya caminaron de vuelta a la camioneta. Desde que la tomó no la volvió a soltar, esa chica era suya y deseaba, de alguna manera, que quien los viera, lo comprendiera. Esa garra posesiva, muy desconocida, pero asombrosamente real, conforme pasaban las horas crecía en su necesidad de protegerla, de tenerla solo para sí.

—Debo llevarte a tu casa. ¿Cierto? —preguntó, encendiendo el motor, recordando que algo le mencionó sobre eso hacía unas horas. Anel notó un poco de decepción en su tono pese a que su rostro era inescrutable.

—No quiero tener más problemas... —murmuró entristecida. No debía estirar la cuerda y si no llegaba, seguro su madre se pondría peor con sus absurdas elucubraciones creyendo que sí le había contado lo ocurrido a Laura.

Marcel asintió rugiendo por dentro. No deseaba de ninguna puta manera dejarla ahí, sola, desprotegida, a la merced de esa loca, de algunos de sus arranques de ira. Pero debía ser objetivo, Anel tenía 18, si bien ya no era una nena, tampoco alguien que estuviera lista para enfrentar la vida sola. No obstante, en algo pensaría, de ninguna jodida forma deseaba volver a ver siquiera un rasguño en ese cuerpo que ahora le pertenecía y mucho menos esa expresión de vacío, de abandono, con que la encontró el día anterior, la que poco a poco veía iba dejando atrás.

—Cualquier cosa me hablarás... A la hora que sea. ¿Comprendes? —Ella asintió viendo por la ventana, sujetó su barbilla haciéndola girar—. Es en serio, a la hora que sea, Anel, me importa una mierda que sea tu madre, voy por ti... ¿Entiendes? —La fuerza que empleaba en cada palabra, la manera en la que se expresaba, la confundió.

—Sí —musitó, notando que no la soltaría hasta que lo dijera en voz alta. Sin embargo, ya no podía pensar salvo en que, al llegar, debía entrar y pasar desapercibida.

—Bien... —serio, arrancó.

Después de comprarle una malteada y él un helado, fueron por su mochila y la dejó en su casa sintiendo el pecho comprimirse, estrujarse con cada paso que la veía dar hasta el umbral.

Moría por saber qué ocurría ahí adentro, por qué alguien podía tratar a su propia hija de esa forma. Sus padres jamás lo golpearon, bueno, a excepción de cuando era pequeño, algunas nalgadas seguro bien merecidas pues era muy inquieto, lo cierto era que su vida en casa siempre fue demasiado armónica. Sí, había discusiones, por supuesto, a veces gritos, pero no era un entorno violento, nocivo y no podía, por mucho que quería, comprender que alguien pudiera vivir en ese mundo, que no deseara huir, mejor aún, que no lo hiciera.

Ariana estaba en la cocina cuando ella entró. Cleo le sonrió sin decir nada, se encontraba mejor, asumió al ver su semblante restablecido. En casa todos escucharon lo sucedido aquella noche, nadie se atrevió a intervenir por miedo a perder el empleo, ni mucho menos hablar de ello. Después, al día siguiente, la vio irse casi como si el alma se la hubiesen arrancado. Lo que vivía Anel era espantoso.

—¡Ey!, hace unos días que no te veía, Any —su hermana no tenía idea de lo que había ocurrido. Anel sonrió alegre por topársela ahí. Se sirvieron un poco de helado mientras Cleo agradecía interiormente

que la bruja de su madre no se encontrara en casa, y se encerraron en la habitación de la mayor. Al parecer su hermana no saldría, por lo mismo ahí se encontraba, situación por demás extraña, Ariana parecía no vivir ahí—. ¿Dónde andabas? —quiso saber la mayor con las piernas cruzadas sobre el colchón, disfrutando de al fin tener tiempo para estar con una de sus personas favoritas, la otra solía ser su madre, aunque hacía mucho tiempo que dejó de esperar cosas de ella. En fin, disfrutó el hecho de poder verla pues gracias a lo agotador su trabajo en la empresa de diseño donde consiguió un empleo, no hacía mucho tiempo, no podía saber de su hermana menor como deseaba y la sentía cada vez más ajena, más distante, sola, demasiado sola.

Anel sonrió tímida. Ary era más abierta, aunque al igual que ella, sufría la poca atención de Analí desde que ese tipo entró en sus vidas, no obstante, sin ser blanco de sus miradas lascivas y siendo ignorante de lo que en realidad pasaba en esa casa, era más extrovertida, aunque compartían ese carácter dulce.

Ariana era muy parecida a Analí; ojos color miel, muy alta y figura curvada, mientras que ella, más similar a la familia de su padre, uno sesenta, delgada y poco de todo, escueta y sin mucho qué verle, sin embargo, con un rostro demasiado angelical, de líneas suaves, rasgos simétricos que cuando se miraba fijamente, era difícil esquivar, pero que tras su inseguridad, gafas y manera de ser, lo escondía un poco.

—Con Mara —solía salir con ella, no era nada raro para nadie. Así como tampoco que se quedara en casa de Laura, su tía. Conversaron tranquilas, ahí, sonriendo un poco, ajenas a todo. Su madre y Alfredo no estaban así que se respiraba paz en aquella casa de locos.

Por la mañana amaneció en la recámara de su hermana, pues aunque no era lo común, cuando tenían momentos a solas, los aprovechaban hasta quedar profundas una al lado de la otra. Ya en su habitación, al sacar todo de su mochila, vio que tenía un mensaje. Marcel. Sonrió.

«¿Hubo problemas?».

No le gustaba que supiera lo horrible que era su madre con ella, pero esa parte que lo quería se derritió ante su preocupación.

«No, gracias por todo».

Respondió escueta. Observó su alrededor. Era sábado y hacía varios que no los pasaba sola. ¿Qué haría? Podía ir a tomar unas fotos o editarlas.

Otra alerta.

«¿Puedes salir?».

Anel sonrió con las mejillas enrojecidas. Si supiera que a nadie le interesaba dónde estuviera. Le respondió que sí.

«Paso por ti en una hora, te espero en la esquina». Alegre, contestó un «Está bien».

En la cocina, con cautela, buscó un plátano. Cleo sonrió al pillarla ahí, eso era asombrosamente atípico, algo ocurría con esa niña. A últimas fechas las cosas en la casa iban mucho peor, pero Anel florecía sin que pudiera ocultarlo, cosa que no pasaba desapercibida para ese que la veía como si de un dulce a punto de turrón se tratara. Temía por su seguridad, por su integridad, pero de alguna manera sabía que mientras la chica continuara con ese perfil bajo, ese hombre no se acercaría, lo peor era que su madre se daba cuenta de lo que ahí ocurría y la atacaba siempre y últimamente más pues ya las discusiones solían terminar con el nombre de esa pequeña que en ese momento parecía ilusionada, ajena a toda esa porquería que era su entorno.

—Tu madre no está y por la noche tienen una cena en Chapala, no vendrán a dormir —Anel volteó notoriamente feliz—. Creo que me quedaré con mi tía —mintió sin más. La mujer asintió guiñándole un ojo.

No sabía a dónde irían, pero se vistió para la ciudad, y como el clima a esa hora ya no era frío, optó por un *jeans* gris claro y una blusa rosa cereza algo holgada, junto con Flats que combinaban. Su cabello lo dejó suelto, con ese partido del lado y deteniéndolo arriba de la frente con un sencillo prendedor. No se maquilló, pues no solía hacerlo y se colocó las gafas después de limpiarlas.

Marcel durmió poco, o mejor dicho, nada, preocupado todo el tiempo por esa chiquilla. Esperaba que de verdad estuviese mejor, que su loca madre no la tocara.

Entusiasmado, decidió que lo primero que haría era llevarla a que engullera algo pues podía apostar que no lo había hecho y luego a que lo acompañara a comprar el bendito regalo de Blanca. No le agradaba ir a esos «eventos», pero no tenía alternativa, era una de las condiciones que debía acatar si deseaba seguir teniendo esa libertad y que así ni su abuela, tíos y, sobre todo, Efrén, lo hostigaran todo el tiempo, pues «equilibrio y no alejarse» fue lo que le pidieron cuando se mudó solo, la familia de su madre y de su padre aliándose solo en esa ocasión «por su bien».

Al verla acercarse, sintió que todo se detenía a su alrededor. Dios, esa niña estaba volteando su mundo de cabeza. La observó andar ligera, con aquel atuendo que le sentaba tan bien. Sonrió como un idiota esperando con ansiedad inundar sus pulmones de su esencia. Abrió la puerta desde adentro, tomó su brazo y la ayudó a subir.

—Hola, chiquilla —casi cierra los ojos para disfrutar ese momento en el que su olor a naranja invadía sus sentidos azotándolos sin más.

—Hola —su vocecilla lo hizo sonreír. La estudió fijamente.

—¿Todo bien? —Anel asintió alegre. Verla así era todo un aliciente y un descanso también—. Vamos a que desayunes algo.

Panqueques y jugo fue lo que pidió, en medio de ese ambiente relajado conversaron de todo y de nada atacando la mitad de su platillo con su semblante sereno. Hacerla sonreír con sus ocurrencias se convirtió en urgencia, en necesario, por lo mismo se encontró bromeando cada dos por dos y evitando cualquier comentario que pudiera llevarlos a un sitio tenso.

—Ahora necesito que me ayudes a elegir un regalo para una niña de diez años —le informó rumbo a un centro comercial.

—¿Alguna prima? —preguntó, mirando el exterior muy atenta, parecía encontrar algo entretenido allá afuera siempre. Sonrió complacido.

—Sí, iremos a su fiesta a mediodía. —La chica giró abruptamente abanicando sus largas pestañas sin cesar. Marcel se carcajeó ante su reacción.

—Y-yo —tartamudeó como solía hacer cuando algo la descolocaba, se daba cuenta, sin esfuerzo, que la comenzaba a conocer, que sus reacciones ya tenía significado para él y eso... Lo confundió por lo que se encontró arrugando el ceño.

—Sí, odio ir a esas cosas... —respondió con simpleza.

—P-pero...

—Ir acompañado hace que no estén encima de mí, hostigando —al comprender el motivo se recargó de nuevo en el asiento jugando con sus dedos. O sea que ese era su turno de ayudarlo, comprendió. Seguramente en otros años, para otros eventos, alguna otra chica ocupó su lugar. Escondió lo que comprender eso le provocó. Debía entender que no jugaba ningún papel en su vida, o bueno, ninguno trascendental. Asintió sin mostrar emoción, encerrando de nuevo lo que su mera cercanía le generaba, eso era lo mejor—. Si no lo deseas, no tienes que hacerlo, puedo buscar alguien más —no supo por qué mierdas dijo aquello, la realidad era que no le agradó ver que se incomodaba ante la invitación.

Jamás había llevado una chica a su familia y de imbécil lo hubiera hecho, pero ir con Anel le pareció adecuado. Su compañía lo sosegaba y así podía deleitarse con su dulzura todo el tiempo importándole un carajo las eternas letanías y preocupación por él que profesaba su familia.

—Como quieras —soltó ella dejándolo helado, notoriamente indiferente. Apretó la quijada, rabioso. Esa no era una puta respuesta.

—En vista de que te da igual, me acompañarás —expresó en tono seco, mandón.

En la tienda de juguetes entraron como dos desconocidos. Una intendenta que le coqueteó con descarado y que en cuanto lo vio, se ofreció a ayudarlo, consiguió algo de servir, mientras Anel, fingiendo darle lo mismo, con rabia bien escondida en su interior, perdía la vista a unos metros en los juguetes, dejando claro que no existía nada entre ellos.

A Marcel ya lo tenía harto esa voz chillona que se desvivía por atenderlo, bromeando con estupideces y que no notó siquiera que iba acompañado y, bueno, no era que la culpara, Anel parecía ser una clienta más, con sus brazos cruzados veía los estantes ignorando la manera descarada en que esa joven de belleza exótica y apetecible para cualquiera, le coqueteaba. Intentando pincharla, le siguió el juego esperando alguna reacción, lo único que sucedió fue que ella agarró un cuento y lo ojeó con sus delicadas manos como si aquellas hojas fueran de lo más interesantes.

Al final, con un humor de perros, se acercó a la causa de su rabia, le quitó el libro y con un ademán le indicó que lo siguiera. Pagó el juguete y el cuento, luego, sin responder a las estupideces que le decía la chica que lo atendió, salió con Anel agarrándola por el codo con suavidad, pero con firmeza. Iba con él, estaba a su lado, era suya. ¡Con una mierda!

Se detuvo en un sitio para que lo envolvieran e inmersos en el incómodo silencio, llegaron al lugar. En cuanto descendió, entrelazó sus dedos con decisión dejándola muda.

—Finge que te agrada acompañarme por lo menos —le pidió contenido, más desesperado que nunca por entender lo que estaba sucediendo en su interior, ya todo parecía estar fuera de control.

La joven sintió su cuerpo enloquecido al darse cuenta de cómo entrarían ahí. De inmediato se desinfló, era probable que así lo hiciera con todas. Lo siguió intentando dejar de lado la incomodidad de las últimas horas. ¿Por qué si todo iba tan bien, ahora iba tan mal? El nudo en la garganta pujó por salir, pero la calidez de su palma rodeando la suya con esa firmeza evitó que lo hiciera.

—Me agrada acompañarte —murmuró varios pasos antes de cruzar la reja atreviéndose a soltar aquello, odiaba actuar cuando no había porqué y esas palabras eran totalmente ciertas.

Marcel percibió un pequeño vuelco en el pecho, algo incómodo. Soltó el aire deteniéndose. La observó lo que parecieron años, ahí, frente al acceso principal. Anel se mostraba aunque tímida, segura, sosteniéndole la mirada expectante. Está bien, se estaba portando demasiado infantil, ella venía de pasar unos pésimos días y no estaba logrando su cometido; distraerla, al contrario, de nuevo parecía... Triste, algo nerviosa. Elevó la comisura de su boca sonriendo de esa forma que la hacía desvariar. Acarició su mejilla y besó fugazmente esa boquita con la que soñaba dejando su frente sobre la de ella unos instantes.

—Lo sé y lo siento. Gracias —Anel lo miró con ternura, sus laguna nuevamente brillaban—. ¿Vamos? —asintió tranquila y reanudaron la marcha.

En cuanto entraron, un hombre guapo, muy parecido a Marcel, pero con su cabello peinado del lado, de unos cuarenta y tantos, se acercó sonriendo al tiempo que abría los ojos al verla.

—¡Qué puntualidad, hijo! —Se dieron un abrazo fraternal.

—Ya ves, Efrén —soltó con simpleza. De inmediato giró para presentarle a Anel, pues su tío obviamente estaba más que intrigado y asombrado, comprendió conociéndolo.

—Anel, es mi tío, Efrén. Tío, ella es Anel —La joven le tendió su delicada mano con educación y una sonrisita más que hermosa. El hombre asintió, caballeroso. Marcel, sin saber por qué se sintió orgulloso de ir con ella, de que la vieran a su lado.

—Un gusto, Anel. Pero pasen... Tus tías están por ahí, saluda a tu abuela —le ordenó al tiempo que le quitaba el regalo. Ambos anduvieron por el jardín observando a los niños jugar. El sitio era grande, con muchos inflables, música, puestos para pintar las caritas de los pequeños, dulces, y demás juegos y al fondo, una terraza techada con varias mesas donde los adultos permanecían sentados, conversando.

—¿Quién es tu prima? —preguntó ella claramente más relajada. Dios, eso también le agradaba de esa joven, no hacía grandes dramas, no se enganchaba con una cosa y si algo le disgustaba, simplemente se retiraba, no había gritos, llanto, nada... Se la señaló a lo lejos, y de pronto se encontró mostrándole quienes eran sus primos, no todos estaban ahí, pero los menores sí. Entre ellos guardaban un asombroso parecido. Sin que pudiesen dar un paso, unos pequeños se acercaron curiosos. Una niña de unos cinco años, junto con la que cumplía y un chiquillo de casi su misma edad se ubicaron en frente.

—¿Es tu novia? —quiso saber la menor. Marcel la levantó riendo.

—¿Qué te parece? —Le preguntó mientras saludaba al niño con un ademán de chicos y alzaba las cejas a la cumpleañera.

—Me gusta su pelo —dijo la pequeña ya en sus brazos.

—A mí también —secundó Marcel, notando su sonrojo.

—Soy Blanca, él es Chema y ella Natalia —dijo la chica que la observaba fijamente. Era alta, pero aún se le notaba en sus rasgos la edad.

—Soy Anel —y le tendió la mano, serena. Los dos la saludaron.

—¿Eres su novia? —cuestionó con sus brazos cruzados, notoriamente intrigada.

—¿Qué, ahora además de presumida, te has convertido en preguntona? —La retó Marcel. Anel se asombró. La pequeña lo perforó con una mirada endiablada.

—No, somos amigos —soltó Anel deseando bajar la tensión y ganando, al mismo tiempo, una mirada extraña de Marcel, y una sonrisa amigable de la niña.

—Ven, te voy a presentar a mamá. —Blanca jaló su mano y le sacó la lengua a su primo alejándose sin más.

—¿Me llevas a los columpios? —Lo distrajo la pequeña que aún cargaba. Caminó sintiéndose un tanto irritado, pero de inmediato Chema, preguntándole por los nuevos juegos de la consola, lo hizo dejar de lado las palabras de Anel.

A los lejos, mientras mecía a su prima, y el chico le explicaba alguna tontería de un juego, la observó. Blanca no la soltaba, raro en ella, pues era un pequeña arpía, sí, a esas edad ya lo era. Mimada, grosera, pretensiosa y uno de los motivos por lo que no aguantó vivir en casa de su tío. Lloraba cada dos segundos, lo acusaba, con tan solo 7 años, por todo. Era una maldita pesadilla la mocosa, pero tal parecía que Anel le cayó bien, porque con una sonrisa se la presentó incluso a su abuela, mientras que el motivo de sus pocas hora de sueño, sonreía tranquila, dulce.

Unos minutos después, saludó a todos y se acercó a ella. Miraba a los niños jugar sonriendo.

—Lamento lo de Blanca, ella es así —se excusó tranquilo de tenerla ahí, solo para él.

—Es agradable, muy alegre —musitó al tiempo que metía la mano en su bolso.

—Es una patada en el trasero —sentenció tomando un trago de su cerveza. Anel sacó la cámara y enfocó algo. Marcel rodó los ojos—. Dios, solo te falta dormir con ella —la joven la bajó pestañeando, no supo descifrar su tono. Marcel sonrió torciendo la boca—. Anda, toma las que quieras, aquí nadie te

limita —le guiñó un ojo. Sin más, la elevó nuevamente y comenzó a hacer eso justamente.

—No es tu tipo —se encontraba recargado en un pilar, observándola, ya se había alejado varios minutos atrás perdida en eso que tanto adoraba hacer. Verla en plena acción era inigualable, estimulante también. Miró de reojo al intruso, su primo Iván, hijo de una de sus tías y con el que nunca congenió, se hallaba a su lado, tan pulcro y odioso como siempre— Digo, por las que te he visto, esta parece más el mío —lo pinchó bebiendo de su vaso con prepotencia.

—Niñas a las que dejas embarazadas para luego hacerte el imbécil, no creo —soltó con ácido en cada letra. Su primo se tensó a su lado. Sonrió con sarcasmo sin verlo. Eso era una total y cruda verdad, pero refugiado tras las faldas de su mami, se desentendió sin más, así, sin remordimiento.

—No eran míos —se defendió.

—Además de cobarde, mentiroso —murmuró, bebiendo otro trago de su cerveza sin verlo.

—Eres un imbécil, pero admite que esa niñita pega más para mí que para ti— y señaló a Anel revisándola de arriba abajo como si de carne de cañón se tratara. Ese jodido gesto lo irritó hasta lo indecible. Giró de inmediato, rabioso.

—Si te acercas, te rompo la cara de niño bonito que tienes... ¿Estamos?

—Pero si es demasiado dulce para ti, digo, no tiene nada de lo que a ti te gusta, eso sin contar que se ve su ingenuidad a kilómetros. Definitivamente es mi tipo, aunque está muy delgada —apretó el envase que traía entre las manos y cerró un puño.

—No quiero problemas, Iván, así que desaparece —El chico sonrió con cinismo.

—¿Qué? No me digas que te gusta, por favor, Marcel. No tiene cuerpo de miedo, tampoco es escandalosamente atractiva. Ya sé, te la quieres tirar. Juguemos a ver quién lo logra primero —iba a ir con Anel cuando lo obstaculizó ubicándose frente a él, desbordado de ira. El chico pestañeó palideciendo, sabía bien que Marcel le importaba una mierda donde estuviera.

—Quita tus putos ojos de ella. Si te le acercas un jodido centímetro me importará un carajo en donde estamos y te dejó una hermosa cicatriz en la frente, imbécil. Esa chica es mía, y no tolero que nadie ni siquiera vea lo mío. ¿Soy claro ahora? —Lo conocía bien, era el típico galán que coqueteaba diciendo palabras asquerosamente cursis que a las mujeres les derretía, se las hacía sus novias con una sarta de mentiras, y luego las mandaba a la mierda, en dos ocasiones, dejándolas embarazadas.

—No te preocupes, tampoco está como para montar una escena, y ya usadas, no me atraen. Que te aproveche, primito —y palmeó su hombro, alejándose. Sus tías y abuela miraban la escena claramente nerviosas, al igual que sus dos tíos. Sonrió fingiendo que no pasaba nada y se giró. Anel seguía ajena a todo, ya jugaba con Natalia en el arenero. Ningún puto hijo de perra la tocaría, ni nadie. Jamás.

Se acercó a ellas e hicieron un castillo, juntos.

—Hijo, me ayudas a unas cosas —era Efrén. Anel le sonrió asintiendo con dulzura mientras continuaba lo que hacía con su primita.

—Así que te acuestas con mi primo. —La joven volteó enrojecida, avergonzada, no había más niños ahí y por suerte Natalia había ido a buscar una cuchara para remover la tierra. Un chico alto, casi como Marcel, con ojos similares, vestido con pantalones Dockers y bien fajado, con peinado acartonado y sonrisa cínica, la miraba de arriba abajo con su vaso en los labios. Era el típico con el que su madre soñaba que saliera.

—¿Perdón? —murmuró, descolocada. Sintiéndose nerviosa.

—Él solo trae a las chicas con las que se acuesta, por eso lo digo. Además, me lo acaba de decir. —Anel deseó que la tierra se abriera bajo sus pies. Su corazón se estrujó causando, incluso, dolor físico.

No mentía, esa era la verdad, pero dolía que lo dijese así y que además corroborara lo que pensó horas atrás; ella era una de tantas.

Meterse en ese juego le daba momentos de paz, muchas veces de felicidad y eso sin contar el placer que le proporcionaba cuando la tocaba, las miles de reacciones que causaba, las cosas que le despertaba, sin embargo, sabía no debía seguir, saldría aún más lastimada, más herida y para un corazón roto y débil, seguir en algo como eso, lo acabaría destrozando, desquebrajando.

Asunto resuelto

CAPÍTULO 14

Marcel alzó la mirada al destapar otra cerveza. En cuanto lo vio ahí, exhaló rabioso.

Hijo de perra, se lo advirtió.

—¡Ey!, no hagas un espectáculo, yo me encargo —su tío lo detuvo por el hombro y avanzó. Anel lucía pálida, descompuesta, se acomodaba una y otra vez ese mechón tras la oreja, sus movimientos comenzaron a ser torpes. ¡Mierda! Dejó ahí su bebida y fue sin pensarlo, ya su tío se alejaba con Iván en dirección contraria. Anel se levantó en cuanto lo vio. Se sacudió el *jeans* mirando a su alrededor, tensa.

—¿Qué te dijo? —preguntó contenido. La joven agarró su cámara que descansaba segura a un lado de ella, negando. Retraída, nerviosa, callada.

—Ya van a romper la piñata —escucharon—. Vamos. —La jaló Natalia. Anel con los labios temblorosos, se alejó.

Una hora después salían de ahí. No había vuelto a hablar y ese halo ausente, regresó. ¡Carajo!

—¿Quiero saber qué mierdas te dijo ese imbécil? —Ya se encontraban arriba de la camioneta.

—¿Me llevas a casa? —susurró, observando la calle, pasándose un dedo por los labios. Marcel le dio un golpe al volante logrado que se sobresaltara.

—¡Y una mierda! —prendió el motor y avanzó a toda velocidad. Al ver que iba rumbo a su departamento lo miró, turbada.

—Quiero ir a casa —pidió quedito, encarándolo.

—¡No!, no hasta que me digas qué carajos te dijo y por qué me ves como si fuera un patán —bramó, dejándola muda. Al llegar no se movió—. Baja, Anel, no estoy jugando.

—No dijo nada que no fuera cierto —admitió, esquivando su mano sin problema. El chico metió medio cuerpo y la cargó furioso.

—Arriba discutimos. —Anel logró bajarse de un brinco y lo siguió seria. Ya en su apartamento, se ubicó frente a ella con los brazos cruzados—. ¿Cómo que no dijo nada que no fuera cierto?, ese idiota es un maldito bastardo.

—Dijo que me acostaba contigo. —El gesto de Marcel se congeló. Anel dejó vagar sus lagunas por aquel sitio que tan bien conocía. Lucía abstraída, ajena a él... Fría.

—Escucha... —negó, sonriendo con timidez. Era como regresar al inicio.

—Quiero irme —soltó, al tiempo que giraba. ¡Y una mierda! La sujetó con cuidado por la cintura, sabía muy bien dónde estaban aquellas heridas que ya no debían doler tanto. Pegó su angosta espalda a su pecho al tiempo que la chica aferraba sus manos intentando liberarse—. Marcel... —eso fue suficiente como para que perdiera sus labios en su cuello después de hacer a un lado su pesado cabello.

—No, no, no te dejaré ir. —La tenía aprisionada, lamiendo con destreza y necesidad su quijada al tiempo que alzaba su rostro delicadamente. Iba cediendo de a poco, pero no del todo pues aún sentía que si la soltaba, desaparecería—. No le dije eso. —La hizo virar para de inmediato invadir su boca al tiempo que le quitaba los lentes y los dejaba en una superficie segura. Un gemido tierno, dulce, como ella era, salió de su garganta—. ¿Me crees? —jadeó, mordisqueando uno de sus labios. La chica, con los ojos cerrados, pasó saliva aferrada a sus bíceps y su hombro—. Chiquilla... Te deseo —y la probó de nuevo

sin darle tiempo de responder. La pegó a la pared contigua apresando su boca con absorbente urgencia. Sujetó sus muñecas y se las colocó a un lado de su cadera—. An..., bésame —le rogó, dándole un segundo de respiro para luego volver a atacarla. Anel, con miles de sentimientos jugando en su alma, hizo lo que le dijo sin pensarlo.

Ahí, en plena estancia, la desvistió en medio de quejas, gemidos, suspiros. No se dejaba fluir como solía, parecía contenida y eso lo estaba enloqueciendo aún más. Besó ese menudo cuerpo desesperado, anhelante de su esencia. Sabía cómo encenderla y lo lograba, pero no llegaba a ella, lo sentía como si de él mismo se tratara.

Cuando la supo lista, y tomó las precauciones necesarias, la hizo suya arrancando ruiditos que lo enardecieron más. Ahí, sin que sus pies tocaran el piso, con el muro como contención, la invadió, besándola con devoción, ansiando tomar hasta el último aliento de esa mujer que le pertenecía, que lo estaba colmando como ninguna otra, que no abandonaba su cabeza ni de noche, ni de día. Sin problema, la sintió llegar a ese mundo al que ya más veces de las que podía contar, la había acompañado.

Temblorosa, como sucedía después de sus encuentros, la soltó suavemente, aún agitado. Anel escondió su rostro en el hueco de su cuello aferrándose a sus hombros, mientras él la mantenía sujeta de la diminuta cintura.

—Debo irme —susurró, poniendo sus manos sobre su ancho pecho. Sintió como si un balde de agua helada cayese encima de su cabeza. La miró arrugando la frente, ella evadía sus ojos y comenzaba a buscar sus cosas, de a poco se las fue poniendo. Era broma. ¿Cierto?

Se calzó el bóxer unos segundos después y la detuvo cuando abotonaba su blusa.

—¿Sigues molesta? ¡Por Dios, Anel! —bramó con las manos en la cabeza una vez que captó su atención—. Iván es un imbécil, créeme, lo hizo para fastidiar.

—Marcel, da igual. No mintió. Tú y yo solo nos acostamos, justo como acaba de suceder. —La simpleza con la que habló lo hizo estremecer. La sentía alejarse cada vez más a pesar de tenerla a unos centímetros y comprendió, así, de pronto, que eso no lo soportaba.

—Sí, pero no solo eso... —intentó hacerle ver, buscando en su mirada bicolor, que le creyera—. Salimos, hacemos otras cosas.

—Lo sé, es parte de todo... En serio, debo irme. —Siguió lo que hacía con los dedos temblando, trémula por dentro, ansiando salir de una vez de ese cosmos que la iba absorbiendo a un grado tal que se sentía ya en su interior diferente.

—¿Qué?, nunca te mentí —la confrontó, serio, quería ver la jodida luz en sus ojos de hacía unas horas. Mantenía el gesto duro, perforándola con la mirada, desesperado. Anel sintió un enorme nudo en la garganta que le generó escalofríos por todo el cuerpo. Alzó la barbilla serenamente fría.

—Lo sé, y estoy aquí, ¿no? —¿Qué mierdas quería decir eso?

—Escucha, yo no le dije que te acostabas conmigo, no se lo he dicho a nadie... —le intentó explicar, notando cómo terminaba su labor sin sesgar, temiendo que, al concluir, se marchara.

—No te preocupes. Es solo que debo irme. —El chico cerró los ojos. A lo mejor era cierto, su madre podría ser la causa de que tuviera que llegar a casa. Asintió, poniéndose el pantalón, deseando encontrar las palabras para retenerla.

—Te llevo. —La joven negó colocándose los lentes.

—No, nos vemos luego —y sin dejarlo decir más salió del apartamento.

Se quedó ahí, otra vez, atónito. No le podía estar ocurriendo eso a él, no con ella, no así. Maldito hijo de puta, pero le rompería la cara. Le estaba arruinando el día con sus estupideces. Apretó los puños

cabreado. Anel se fue así, sin más, sabía que no regresaría, tampoco lo llamaría. Pateó el sillón furioso. ¡A la mierda, entonces!

Sentada en aquel lugar, donde la gente pasaba sin fijarse en nada, permaneció por horas. Cuando salió del apartamento, no supo a dónde ir. A su casa no le apetecía, a pesar de saber que no había nadie. Pensó en sus amigas por un segundo, lo descartó, quería estar sola. Demasiadas cosas en pocos días y necesitaba, con urgencia, encontrar algo de calma.

Todo iba mal.

En casa las cosas empeoraban cada día. Tenía que tomar una decisión, el problema era que no sabía ni cuál, ni cómo. Su carrera; eso era un desastre, no le gustaba, siempre lo supo, pero con el afán de agradar de alguna manera a su madre, entró. No sirvió de nada y ya había perdido las esperanzas de alguna vez volver a sentir su mano sobre su cabello acariciándolo hasta que quedará dormida, o escucharla elogiar su forma de ser, su manera de moverse. Ella ya no la quería y tenía que aceptarlo aunque, al hacerlo, su mundo se desintegrara, aunque su esencia se viera seriamente dañada.

Sabía que su salud no era la mejor, pero simplemente no lograba pasar bocado cuando algo la tensaba, cuando el ambiente la ponía nerviosa, cosa muy común en aquel asqueroso lugar en el que vivía.

En cuanto a Marcel, ya no sabía ni qué pensar, ni qué hacer. Lo quería, estaba completamente enamorada de él y eso solo hacía que todo doliera aún más, que ese juego la consumiera y la lastimara. Fue ofensivo que su primo se lo dijera así, sin más, pero lo que en realidad le dolió fue comprender que era una de tantas, que pronto, no sabía si dentro de días, horas, semanas, la dejaría de buscar, dejaría de ser su capricho, el reto, y la olvidaría, mientras ella quedaría con el corazón expuesto, abierto y sintiendo pirotecnia de colores cada vez que lo viera, que se lo topara.

Al principio se aferró a él como a una tabla de salvación, como un pretexto para evadirse. No logró mantenerlo en ese plano, no cuando se portaba de esa manera que constantemente la desconcertaba. Tierno, rudo, amable, brusco. Por lo mismo, no deseaba seguir en eso, pero tampoco podía dejarlo, no sintiendo lo que sentía.

Su padre la ignoraba, le daba lo mismo lo que le sucediera. Su hermana, ella parecía vivir a años luz de lo que en realidad ocurría. Amigas entrañables, no tenía, y Marcel, para él era un pasatiempo más.

Debía entender que no era suficiente para nadie, que no valía la pena, que... No merecía amor por alguna extraña razón. Se miró las piernas con desdén. Las manos tan delgadas, tan sin chiste. Ahí estaba ella dejándose el cabello suelto. ¡Tonta! Buscó una goma en su bolso y se lo trenzó de inmediato. Con un dedo quitó, molesta, la lágrima que asomaba.

—Ya deja de quejarte. Tú te lo has buscado. Sigue tu vida, levanta la frente. Asunto resuelto —musitó, poniéndose de pie cuando notó que ya no había tanta gente en el centro comercial y que su bebida estaba intacta.

Llegó a casa y se tumbó en la cama, vestida. Debía retomar lo que hacía, lo que le gustaba y pensar qué hacer de sí, eso era lo la apremiaba, la prioridad. Se acurrucó ahí, en la penumbra de su soledad. Se sentía tan cansada, tan vacía. Al día siguiente decidió que reflexionaría sobre todo esto, dejándose llevar por el sueño, rogando de esa manera olvidar aunque fuera un poco la nevada interna que la atacaba, que buscaba congelarla por dentro, pero que en esta ocasión no lograba consumirla, poseerla.

¿Habría llegado bien? ¿Su madre estaría molesta? No comió nada en la fiesta. Seguro no cenó. En medio del estruendoso ruido del antro solo podía pensar en sus dulces reacciones, en su vocecilla, en su mirada, en su piel. Ya sentía que el alcohol surtía efecto en su sistema, pero su puta mente seguía pensando en esos delicados rasgos.

Pasó más de una hora dando vueltas como un león enjaulado hasta que no pudo más, buscó a sus

amigos y los alcanzó en la casa de Lalo. Horas más tarde salieron hacia aquel lugar.

Anel era tan extraña como indescifrable la mayoría de las veces, pero asombrosamente se derretía como azúcar a fuego lento cuando la tocaba y la podía sentir caramelizarse con tan solo pasar un dedo por alguna parte de su cuerpo.

Era atípica en más de un sentido y sí, le encantaba, lo enloquecía, no lo podía negar. Sus respuestas, su manera de andar, esa mirada que reflejaba sus emociones sin poder esconderlas, la frialdad que reflejaba cuando algo la hería, su fragilidad, la manera en la que agarraba la comida y en pequeños mordiscos la engullía, su olor, el cómo portaba la cámara, su conversación, y su forma de dormir. Mierda, por supuesto que le fascinaba, era absurdo decir lo contrario.

—¡Ey!, ¿dónde te has metido? —Sofía, su prima, apareció con un atuendo seductor. Marcel sonrió negando. Era una joven por demás atractiva y lo sabía, por lo mismo sacaba provecho de sus atributos sin ser vulgar.

—Por ahí... —como solían, se enfrascaron en una conversación absurda, para terminar bailando y embriagándose sin más, hasta que el sitio cerró.

De la familia de su madre, ella era con la que solía departir. A veces se iban a comer, incluso cuando tenía peleas en su casa acababa quedándose en su apartamento un par de días. Tenía su misma edad, era una consentida pero divertida persona. Jamás fisgoneaba de más y desde que ocurrió lo de sus padres, fue tan incondicional como ninguno de sus amigos en aquellos tiempos, tanto que dejó varias de sus amistades a raíz de ese espantoso momento que vivió en el velorio.

Por la mañana despertó con un espantoso dolor de cabeza sobre el sofá. Ya sabía que así terminaría la velada cuando ella apareció. Gimiendo por la luz que se filtraba de las cortinas, se levantó.

—Ya veo en qué has andado estos días, primito. —Marcel alzó la vista. Le costó enfocarla, cuando lo logró, la vio con el cepillo de Anel, un sostén blanco y su perfume que comenzó a esparcir juguetona por la estancia—. Alguien tiene una chica que se queda aquí, ¿cierto?

—Deja eso —le exigió ansioso al inhalar ese jodido aroma.

—Mmm, no parece el típico olor... Es... —se lo arrebató, junto con lo demás y lo aventó al sofá de su habitación. La chica lo siguió, riendo—. Estoy segura de que no lo hacías antes... Anda, dime quién es... —le rogó, abriendo otro de los cajones. Mierda, había encontrado el sitio donde tenía lo de Anel. Lo cerró y la hizo a un lado.

—Me extraña que mi tía no te enseñara a respetar lo que no es tuyo... —Sofía hizo un mohín que siempre le funcionaba con los chicos, pero con Marcel que prácticamente creció a su lado, no. Lo volvió a abrir.

—Te odio, ya quisiera yo tener un sitio para tener mis aventuras —Marcel rodó los ojos y le quitó la blusa de pijama que le compró a su chiquilla. Anel no era ninguna jodida aventura—. Es demasiado dulce —soltó burlona.

—Deja de abrir mis cosas y arréglate, no quiero a tu madre buscándote como enajenada —bramó, yendo hacia el baño.

—Por ella no te preocupes, ya le dije que me quedé con una amiga. Pero dime... —y se colgó de su espalda, Marcel la bajó de un movimiento.

—No tengo nada que decirte —y entró al baño dando un portazo.

La chica sonrió, mirando a su alrededor y rápidamente corrió hasta el cajón. Dos blusas lindas, aunque no de su tipo, ese pijama, un sostén rosa pastel y un par de bragas de algodón por demás tiernas.

Torció los labios con un dedo sobre ellos. Llevaba quedándose clandestinamente en ese sitio desde

que él se mudó y nunca había visto ni una cosa femenina ahí, jamás. Marcel se acostaba con quien quisiera, era guapísimo, pero jamás pasaba de ahí, aunque muchas lo deseaban con locura. Todo lo ocurrido aquel día lo hizo reservado y dejó de lado el aire soñador y tierno que solía tener. Se volvió frío, un tanto indiferente, por supuesto jamás volvió a tener una novia. Así que todas esas señales le decían muchas más cosas que las propias palabras. Además, debía tratarse de alguna chica diferente a las que frecuentaba, ella misma no usaba ese tipo de ropa interior, ni todo lo demás. Ya lo averiguaría, se propuso con risa pícaro.

Anel despertó a las diez. En cuanto lo hizo se aseó, se enfundó en un *jeans* cualquiera, una blusa, se sujetó el cabello y salió de casa. Iría a tomar fotografías, eso siempre funcionaba. Al salir Alfredo apareció con una taza de café en la mano. Iba para el club.

—¿A dónde vas, caramelo? —Anel se detuvo en seco. Con las palmas sudorosas pestañeó. Estaba en el umbral, vestido con su traje de golf.

—Debo salir —y dio un paso hacia afuera sin mostrar su horror. El hombre la tomó del brazo y la acercó no sin antes cerciorarse de que nadie pasara por ahí.

—Siempre hueles tan bien —se zafó molesta, mirándolo fijamente. Alfredo notó más seguridad en su mirada, un talante soberbio. Sonrió comiéndosela con los ojos pues eso la hacía ver aún más deseable—. La edad te está ayudando —murmuró con lujuria. Anel respiró lento, giró y salió de ahí sin mostrar ni un poco del miedo que circulaba por su cuerpo. Maldito bastardo.

Pasó la mañana en el centro de la ciudad. Después de que Marcel la llevara a aquella exposición semanas atrás, decidió que ir ahí de excursión era algo que deseaba hacer.

Su móvil vibró en el bolso de su *jeans*. Lo sacó distraída. La luz justo sobre ese monumento quedaba perfecta.

—¿Sí? —contestó moviéndose un poco con la cámara en la mano.

—Paso por ti en diez minutos —Marcel. Su corazón dejó de palpar y las palmas sudaron de inmediato, pestañeó contrariada. Se detuvo seria. Bajó el artefacto y respiró despacio.

—No estoy en mi casa —silencio.

—¿Dónde estás? —Ya no sonaba tan entusiasmado, notó perdiendo la vista en las calles.

—Ocupada. Escucha, nos vemos luego, ¿sí? —Y cortó sin dejarlo decir nada más. Eso era lo mejor. Con las manos temblorosas se sentó sobre una banca. Moría por verlo, por besarlo, por perderse en sus ojos aceitunas, pero era absurdo seguir en esa situación. Debía ir arreglando las cosas, ya no quería ni deseaba que siguieran pasando sobre ella. Algo despertaba, una necesidad urgente por protegerse crecía cada día que pasaba y aunque alejarse no sería sencillo, debía hacerlo.

Marcel se quedó con el aparato en la mano sin dar crédito a lo que acababa de oír. No lo podía creer. Sonrió pegando el móvil a su frente. ¡Vaya! Esa chica lo mandó a la mierda sin ni siquiera dudar.

—¿Qué? ¿No ibas de salida? —preguntó Sofía con un helado en la mano. Marcel rodó los ojos.

—¿No te ibas ya? —Se acercó y le quitó el bote de cereza—. Deja esto, no es tuyo —y lo guardó de nuevo en el congelador, a cambio, le dio el de moras, sabor que Anel ni siquiera tocó.

—Pero quería ese —Marcel se encogió de hombros, negando.

—Si quieres, come el que te di y por favor deja de husmear en mis cosas, acosadora... Voy a llamar a mi tía. —Sofía metió la cuchara en el helado volcando los ojos.

—Ya, me como este... ¿Desde cuándo cuidas los helados, primito?

—Desde que tengo intrusos —dijo y volvió a marcar. Apagado. Rio sin poder creerlo, paseándose por

el apartamento con las manos sobre la cabeza. De pronto, recordó que tenía un asunto pendiente—. Vístete, me ayudarás en algo y luego vamos por una torta ahogada¹ de ahí te dejo un tu casa... Ya no te aguanto, punzada. —Sofía, aplaudiendo, dejó lo que comía en la nevera.

—Ese es mi primo, ahora vengo, soquete —y desapareció. Marcel salió a la terraza y prendió un cigarrillo. Ese imbécil pagaría el mal rato, sin embargo, eso no le robaba el pensamiento si no ella... ¿Dónde estaría? Seguro tomando fotos. Un tanto preocupado rogó que en un lugar poco arriesgado. Anel era solitaria, eso lo notó desde el primer momento, pero también temeraria, muchas de sus actitudes se lo demostraban, aunque ella no tuviese la menor idea de ello.

—Dios, ahora fumas afuera de tu apartamento. ¿Es en serio? —Y le quitó el cigarro para darle una calada. Confuso, se dio cuenta de ello. Anel no estaba por ahí, de alguna manera lo hacía por respeto a ella pues aunque obviamente nunca le había dicho nada, no deseaba molestarla con ese olor, además, a su lado no se le apetecía como solía.

—Saca tu trasero de aquí... Ya está terminando mi dosis de tus tonterías por hoy.

Con paciencia esperaba dentro de la camioneta. Al verlo llegar en su Mini Cooper rojo, sonrió, torciendo la boca de forma diabólica. ¡Maldito hijo de puta! Observó cómo Sofía se acercaba a él de forma seductora mientras Iván sonreía como todo un Don Juan de pacotilla. Si supiera, el muy imbécil.

Al llegar al estacionamiento del edificio, le pidió a su prima que le marcara y lo citara ahí, cerca de un restaurante para desayunos concurrido por los chicos de su edad. Ella no entendió nada, así que, con el móvil en la mano, lo interrogó, enarcando la ceja intrigada.

—Me la debe...

—¿Le romperás la cara al fin? —sabía que no lo soportaba, las ocasiones que lo había visto fue obsceno con ella, pero lo cierto era que siempre había deseado meterla a su cama y Sofía se resistía, por lo mismo no se negaría a encontrarla donde le dijera.

—¿No quieres que lo haga? —la desafió burlón. La chica lo empujó carcajeándose.

—Lo que quiero saber es por qué decidiste al fin hacerlo.

—Porque se metió en donde no debía, donde nadie se debe meter. —Sofía pestañeó, aturdida, esa aseveración encerraba demasiada posesividad, sin embargo, el hecho de colaborar para borrarle a ese estúpido esa sonrisita del rostro, le agradó.

Marcel bajó, mirando alrededor con rostro inescrutable. De solo pensarla en quién sabe dónde, de recordar que no había dormido junto a él, que no había sentido su calidez toda la noche, que sus palabras llenas de veneno lo privaron de su dulce esencia, las manos comenzaron a cosquillar. Nadie se metería con ella, nunca, jamás.

Cuando su primo lo vio, retrocedió desconcertado. Sofía disfrutó en silencio el momento y dio unos pasos a un costado, ladeando la cabeza al tiempo que le guiñaba un ojo haciéndole ver que estaba planeando el encuentro. El chico estaba notoriamente confundido.

—Hola, primito —lo saludó Marcel caminando con desgarbo.

—¿Qué haces aquí? ¿Tú lo trajiste? —acusó a Sofía. Intentó acercarse a ella cuando Marcel lo tomó por el cuello y lo pegó, con un movimiento ágil, al tronco de un árbol. Iván palideceó, agarrando sus manos para zafarse.

—Suéltame, idiota —en respuesta lo apretó más fuerte.

—Te dije que no te acercaras, te dije que no pusieras la vista en lo mío, te dije que no respondía. Maldito imbécil —con los pies apenas apoyados en el piso, el chico negó ansioso. Conocía a su primo y sabía que de ahí no se iría limpio.

—Le diré a todos si me tocas, te lo advierto. —Marcel lo bajó, sonriendo con cinismo, obviamente importándole poco su amenaza. Al hacerlo, Iván cerró su puño y lo elevó, pretendiendo insertar un golpe en su mandíbula, sin problemas, lo esquivó, devolviéndoselo sin fallar. Iván, asombrado y sumamente adolorido, se sujetó la quijada—. Me rompiste un diente, idiota —tenía sangre en la mano y sentía el sabor óxido en la lengua, su cabello ya no lucía tan tieso y su camisa estaba manchada de rojo.

—Y te romperé algo más si lo vuelves a hacer... ¿Tu neurona ya lo comprendió?

—Todos lo sabrán. —De nuevo se acercó a él, lo tomó por la camisa, lleno de rabia, acercándolo a su rostro.

—Dilo, y todos se enterarán de lo hijos que tienes regados, incluida la abuela. Así que ya sabes... —espetó y sin más le dio un rodillazo con fuerza entre las piernas logrando que emitiera un sonido ahogado y cayera de lleno al piso—. Y esto es para que, por lo menos, dejes de fastidiar la vida de esas pobres chicas por un rato, maldito cobarde. —Sin remordimiento alguno, Sofía se acercó a Marcel convencida de que eso se lo merecía desde hacía mucho tiempo.

—¿Vamos por lo que me prometiste? Tengo hambre.

—Vamos, si quieres después te llevo a los raspados que te gustan... —soltó Marcel quitándole la alarma a la camioneta como si ahí nada hubiese ocurrido.

Fin del juego

CAPÍTULO 15

Llegó casi cuando oscurecía. Su madre y el asqueroso ese, no estaban. Expulsó el aire, aliviada. Clandestinamente se hizo un sándwich, no había engullido nada y tenía hambre, cuestión extraña, pero agradable. Al terminar lo subió a su habitación para poder hacer lo que deseaba.

El día fue bueno, así, a secas, pero no tan malo como pensó. Después de decidir que iría cosa por cosa, ya no se sintió tan miserable y la primera resolución sabía que no sería complicada. Marcel no era de sólida paciencia o por lo menos eso decía, así que por mucho que ardiera su interior como si una herida sangrante le vertieran alcohol a chorros, sabía que encontraría pronto alguien más con quien entretenerse, alguien más segura, alguien que al entrar a ese juego no la dañara como le ocurría a ella y lo que sucedía entre ellos quedaría sepultado en un lugar lejano. Lo quería, lo quería muchísimo, por lo mismo poner fin a aquello, era lo mejor.

Un tanto más serena, pues lo que seguía era ver cómo salir de ahí y ya tenía algunas ideas, comenzó a descargar las imágenes capturadas en su computador dándole pequeñas mordidas al emparedado que en definitiva no sabían cómo los de él, no obstante, se lo acabó. Al ir las revisando, atenta, se topó con las de aquel sábado que fueron Al Diente.

Dejó de respirar por un momento al ver la primera, pero al mirar las subsecuentes casi se queda sin aire. Sus manos cosquillearon y la boca la sintió seca. Tragó saliva con dificultad. Marcel la besaba y el cómo lo hacía quedó claramente plasmando en la fotografía.

Cerró el ordenador poniendo la frente sobre la superficie resoplando dolorosamente. ¿Cómo haría para sacarlo de su cabeza, de su cuerpo, de... Su corazón? Repentinamente desinteresada en lo que pensaba hacer se duchó evocando su caricias, las veces que ya habían compartido el baño en su apartamento. Marcel la tocaba de una manera tan asombrosa; era exigente, pero también elocuente, la cuidaba en cada momento, pero la empujaba con suavidad a ir más allá, a dejarlo tomar todo de ella, a entregar todo de sí. Harta de sentirlo tan cerca y tan endemoniadamente lejos, se tumbó sobre la cama con un libro. *El psicoanalista* podía funcionar. No fue así del todo, pero la arrulló, y, sin percatarse, quedó dormida con el texto sobre su abdomen.

En la mañana llegó a las siete en punto, por lo que prácticamente corrió a su clase la primera hora. Cuando acabó la segunda materia, Mara y Alegra la arrastraron a la cafetería. No tenía deseos de ir, sabía que solían juntarse ahí a esa hora, pero ya era absurdo e infantil alejarse también de ellas por él.

En cuanto entró a aquel enorme sitio donde todos los jóvenes del campus se juntaban, supo que sí, ahí se hallaba. Sintió su mirada casi al cruzar el umbral. De alguna manera logró fingir demencia pidiendo una malteada en uno de los establecimientos. Hacía mucho que esquivaba a sus amigas, al paso que iba nadie le hablaría y no era lo que deseaba.

—¿Anel? —giró, intrigada. El chico de la materia cardinal, ese que se juntaba con Marcel. Lo observó intrigada mientras sus amigas, a un lado, sonrieron bobaliconas ante semejante monumento frente a ellas. Rodrigo. Un chico amable, educado y muy inteligente, que además era guapísimo, no comprendía qué querría. Sonrió ladeando la cabeza, al tiempo que sujetaba su bebida.

—Hola...

Marcel mordía su almuerzo cuando la vio entrar. Lucía bien, demasiado bien, admitió para sí,

torciendo la boca con renovado deseo. Vestida como usualmente lo hacía, aunque menos abrigada, su cabello de nuevo lo llevaba recogido, sonrió negando. Esa chica sabría que ese juego se acabó en unas horas, cosa que, de forma perversa, le alegraba.

La observó acercarse a uno de los locales. Dio otra mordida a su *baguette*. Seguro pediría una malteada. Eso le encantaba. Una notificación del móvil lo hizo girar.

—No puedo creer que sea ella... —silbó Lalo. Marcel alzó la mirada siguiendo la de su amigo. Se irguió con la frente arrugada. Rodrigo hablando con Anel.

¡Pero qué mierdas!

—¿Qué quieres decir con «ella»? —Su voz sonó amenazante, tanto, que varios de sus amigos voltearon a verlo. La ira corroía su cuerpo de una forma que jamás había experimentado. Cerró los puños, temeroso de su propia reacción. Qué no fuera lo que creía.

—Es la chica que nos ha contado, esa que le gusta... La va invitar a salir, le encanta. —Marcel sintió la rabia viajar como si de una carrera de Fórmula 1 se tratara. Eso no podía ser, ¡con un carajo, no podía ser! No él, no ella.

Primero el sábado todo salió mal gracias a sus estupideces y las de Iván, que seguro ya habría tenido que ir al dentista. Luego el maldito domingo prácticamente le colgó, y en ese momento uno de sus mejores amigos la invitaba a salir. ¡Y una puta mierda! Se levantó, decidido. Eso se acabaría en ese jodido instante, ni un segundo después.

Anel se acomodó un mechón tras la oreja nerviosa. La estaba invitando a salir, era inaudito. Conversaban, no mucho pues no era la más parlanchina, pero en un par de ocasiones que les tocó trabajar juntos le pareció simpático, incluso tierno, por lo que no se mostró tan reticente como solía. Pero de eso a que deseara una cita con ella un chico con el mundo a sus pies. No, simplemente daba crédito.

—Y-yo... —alcanzó a escuchar Marcel cuando rodeó su cintura con posesividad, y le dio un beso en la cabellera. Esa chiquilla la pegaría a él si era preciso, pero no estaría con nadie, no pensaba compartir nada de ella.

—Hola, An... —Rodrigo frunció el ceño mientras Anel alzaba la mirada sin comprender, claramente incómoda. ¿Qué hacía él ahí? Mejor aún, ¿por qué la tocaba de esa forma, por qué le hablaba?

—Mar... Marcel... —tartamudeó como solía. Sin poder evitarlo al ver sus lagunas profundamente asombradas, sujetó su barbilla y rozó sus labios aspirando su dulce aroma. Dios, la extrañó bastante. Un pequeño gritito tras él lo hizo darse vuelta. Las amigas de Anel estaban con los ojos y boca bien abiertos. Les guiñó un ojo sonriente sin soltar ni un poco a ese ser que tenía a su lado.

—¿Se conocen?, no entiendo —expresó Rodrigo, contrariado, un poco irritado, supo Marcel al verlo.

—Sí, es mi novia. —Anel se tensó de inmediato buscando alejarse, la mano de él regresó a su cintura, le dejó claro que no se moviera. Lo observó desde su posición alterada, ¿cómo se atrevía a decir algo así? Las piernas le fallaban, y sintió una marea de sentimientos encontrados recorrer su piel.

—¿Eso es cierto? —Le preguntó Rodrigo a ella. No lo podía creer. Ni en sueños Marcel estaría con una chica tan dulce, tan tranquila.

—Y-yo... Bueno.

—Te lo estoy diciendo yo... —zanjó Marcel, molesto, al ver cómo la miraba. Le gustaba, le gustaba bastante. Apretó los dientes conteniéndose. Él era uno de sus mejores amigos, por lo mismo no deseaba que sucediera nada, no obstante, no saldría ni Rodrigo, ni nadie con Anel. Ella era suya y todos lo sabrían de una maldita vez.

—¿Desde cuándo? —Lo confrontó altivo. La tensión se sentía. La joven, nerviosa, observaba la escena

sin moverse. Los dos se veían de manera retadora, intercambiando mensajes que no lograban descifrar mientras sentía cómo Marcel no despegaba ni un solo dedo de donde tenía su mano.

—Desde hace unas semanas —respondió con los ojos fijos en los suyos. Debía dejarle muy claro que estaba pisando un territorio que no le correspondía, uno que ya no estaba disponible.

—Rodrigo, yo... —el chico giró al escuchar su voz dulcificando la mirada. Marcel casi lo agarra de la camisa, se contuvo, debía actuar civilizadamente aunque esa sensación tan desagradable lo estuviera queriendo convertir en un ser primitivo.

—¿Así que novios? —Le sonrió, notando que no se quitaba ni de su abrazo, ni tampoco se quejó de su beso. Debía ser cierto, pero no comprendía nada—. No lo sabía. Marcel, lo siento... —le guiñó un ojo a Anel con suma ternura y de inmediato salió de la cafetería abatido.

Los chicos con los que compartía mesa hacía unos minutos observaban la escena atónitos, al igual que varios que los conocían.

—Vamos afuera —ordenó, entrelazando su mano para guiarla entre las mesas sin dar opción a réplica. Cuando se aseguró de estar lejos, ella se zafó. Sus ojos mandaban mensajes de todo tipo que no pudo descifrar, no hablaría si no preguntaba, ya la conocía—. ¿Desde cuándo lo conoces? —cuestionó, cruzándose de brazos al tiempo que se sentaba sobre una barda de concreto, estudiándola con atención para ver si encontraba algo de remordimiento o dolor por lo que hacía unos segundos hizo. Estaba molesto, iracundo, en realidad. Los celos lo carcomían devorándolo como pirañas a un trozo de carne mientras ella se mostraba así; extraña, lejana.

—Desde que inició el semestre, va conmigo a una materia —seguía de pie frente a él, fría.

—¿Qué le ibas a responder? —Estaba más serio que nunca. Anel deseó comportarse igual, no pudo, todavía temblaba. Por otro lado, no le gustaba nada la mentira que dijo. Él estaba llegando demasiado lejos.

—Que no, pero no tenías derecho a inventar eso —lo reprendió con su vocecilla. Marcel aflojó el gesto y la atrajo hacia sí con confianza. Esa joven lo derretía sin que se lo propusiera, por lo que al saber su respuesta solo ansió probarla de nuevo.

—¿Por qué no, chiquilla? —Ella quiso apartarse. Su esfuerzo fue inútil, no la soltaría—. ¿Por qué?

—Porque no somos nada —le recordó, agarrando sus manos para que las quitara de su cintura.

—Somos novios, ¿no escuchaste? —La joven entornó los ojos molesta, deteniéndose de pronto. ¡Era un tarado, un cínico! ¡Ahg! Se sentía rabiosa por primera vez con él.

—Deja de decir eso, no es cierto. —Marcel la arrastró más hacia él al notar sus reacciones.

—¡Y un carajo! Por supuesto que sí y ahora me dirás por qué le ibas a decir que no... —la desafió—. Y no me digas que es porque no sales con desconocidos.

—Eres un... —verla enojada era nuevo y, sin embargo, le gustó, le gustó demasiado. Sus ojos se achicaban y sus mejillas se encendían, por no mencionar que su boca de corazón se hacía un poco más carnosa. «Preciosa», pensó complacido, pero sin dejar del lado lo que realmente necesitaba saber.

—Lo que quieras, pero por qué le ibas a decir que no...

—Ya, Marcel. No es el lugar —parecía ahora nerviosa, removiéndose como una lombricilla bajo las garras de un águila. Mierda, cómo le fascinaba tenerla sin más, donde quisiera.

—Anel, dime o no te suelto. Me importa una mierda dónde estemos.

—Porque te quiero. ¿Ya? —soltó, dejándolo perplejo. La chica aprovechó su aturdimiento y se zafó, respirando agitada, comprendiendo que había cometido un grave error al abrir lo que en su interior existía—. Sé que no debía y no tenía por qué decir nada... Además —no pudo continuar, él la tomó por

la nuca pegándola a su boca, ahí, sin importarle nada, ni nadie. Dios, su sabor era celestial.

—Eres mía, chiquilla. Estamos juntos, ¿okey? —No supo si creerle, sus lagunas dejaban clara su confusión, estudiándolo de esa forma tan suya, tan sensual—. Quiero que te acabes los plátanos del jodido frutero, y el helado de la nevera, que te quedes a mi lado las noches que se pueda y que por ninguna maldita razón salgas con nadie que no sea yo... Eso es un noviazgo, ¿no? —Anel se acomodó un mechón tras la oreja, pestañeando. ¿Era en serio?

—Supongo... —Él se encogió de hombros aprisionando su cintura otra vez, disfrutando de su pequeño cuerpo tan cerca de nuevo.

—Lo es. Así que ya sabes, nada de aceptar invitaciones. —Anel sonrió por primera vez, mostrándose curiosa. No bromeaba, Marcel de verdad quería eso. Un vuelco en el pecho sintió que lo cambiaba todo dentro de su esencia, algo mágico e indescriptible surgió sin poder comprenderlo. Se sintió bien, demasiado bien, tan bien como en años no lo hacía.

—¿Solo yo? —La besó, sacudiendo levemente la cabeza, maravillado por sus reacciones.

—No me interesa salir con nadie más. Así que si aplica para ambos, de eso se trata esa palabrita cursi. —Hubiera dado todo lo que heredó por poder guardar esa sonrisa en algún sitio donde la pudiese ver cada vez que lo deseara. La chica, sin pensarlo mucho, enroscó sus manos en su cabeza, como solía y pegó sus labios a los suyos, ansiosa, con ternura. Ningún beso se podía comparar con eso, admitió Marcel con sus manos rodeando ese cuerpecito.

La dejó en su siguiente materia después de haber permanecido a su lado tan solo un par de minutos más, pues el tiempo de receso concluyó enseguida, y, por su parte, él se dirigió a la suya. Sabía que tendría que hablar con su amigo, aun así, ni muerto dejaría que Anel saliera con nadie, no lo soportaba y si tenía que ser su novio, pues a la mierda, lo sería. Ni su boca, ni sus manos, ni su cuerpo, los compartiría y, como desde que estaba con ella no le llamaba la atención nadie más, tampoco sería un calvario.

—Es en serio. ¿Verdad? —Su amigo estaba apoyado en el muro, sin entrar a clase. Se detuvo serio alzando el mentón, estudiando su posición. Esperaba que las cosas no se salieran de contexto, no con él.

Rodrigo los vio a lo lejos. Marcel parecía un cubo de hielo bajo el sol. No podía quitarle las manos de encima, por no decir que la miraba de una forma diferente, sincera, mientras ella respondía sin problema, dejándose llevar por su tacto, por su cercanía, por sus palabras.

—¿Por qué mentiría? —Lo confrontó decidido.

—Porque no es el tipo de chica con la que sales. ¡Porque con un carajo, Marcel! Eres un jodido mujeriego que no sabe estar con una más de dos minutos. —Ladeó la cabeza, extrañado, deseando encontrar una señal para poder derrumbar eso que no podía estar ocurriendo. Desde que la vio, hacía más de un mes, llamó su atención. Esperó, aguardó el momento indicado. Siempre tan callada, tan reservada. No deseaba asustarla, apabullarla, pero en ningún momento pasó por su imaginación que su mejor amigo estuviera con ella, que ni siquiera se conocieran, no esa chica que despertó cosas que esperaba por alguien lograr sentir.

—Escucha, Rodrigo, no tenía idea de que ella te gustara. Y no, aunque no es mi tipo, estamos juntos, acéptalo. De haber sabido que querías algo con Anel, te lo hubiera dicho antes. —El chico apretó la quijada negando, vencido.

—Olvídalo, es verdad, no sabías... Esos fines de semana, ¿era ella? —Marcel asintió sin un soplo de culpabilidad. Su amigo asintió sereno.

—Ni hablar, es tu novia y eso la convierte en intocable. —Casi suelta el aire al escucharlo. De inmediato, bajó la guardia.

—Lo siento —se disculpó, torciendo la boca amistosamente.

—No es como las otras chicas, Marcel, tenlo presente. —Él rio asintiendo.

—Créeme que si lo fuera, no andaría con estas tonteras. —Rodrigo negó sonriendo.

—Bien, me alegra que al fin dieras el brazo a torcer. —Chocaron sus manos y entraron.

Al terminar las clases la fue a buscar a donde sabía que la encontraría. No bajó después de casi diez minutos. Esperaba no se hubiese quedado tomando fotografías. Al subir, la escuchó hablar con alguien.

—No nos dijiste nada, siempre eres así... Te alejas, nos alejas... Anel, creí que éramos amigas. —Frunció el ceño al oír el reclamo.

—Mara..., yo solo... —Al escuchar su vocecilla preocupada sacudió la cabeza. Nadie, y cuando decía *nadie*, era nadie, la preocuparía. Salvo él y sus estupideces, no permitiría que su chiquilla la pasara mal.

—Yo le pedí que no lo mencionara —intervino, colocándose a su lado. Mara casi hiperventila al verlo aparecer tan de repente—, siento que eso cause problemas —murmuró fingiendo arrepentimiento. Anel no reconoció ese tono dócil, arqueando una ceja, lo miró, mientras él pasaba con cuidado sus dedos por su cintura—. ¿Eres Mara, cierto? —Y tendió su mano sonriendo seductoramente. Su novia arrugó la frente asombrada. ¿Era en serio? Con ella no era así, no con esa facilidad, por lo menos.

—No, no, no importa. Es genial que estén juntos, Marcel —soltó la joven, linda, pero un tanto gruñona, notó él, además con demasiadas curvas y mirada dura. Bajo su palma podía sentir aquella escueta figura y le pareció ideal.

—Siento no decirlo antes —dijo Anel, sonriendo. Mara la abrazó negando.

—No pasa nada, Any. Olvídalo, es solo que..., bueno... No importa, felicidades —se despidió de ambos casi tropezando. Cuando Marcel supo que estaban completamente solos la hizo mirarlo de frente sosteniéndole el mentón y la besó sin más. Anel, al sentir sus labios cálidos sobre los suyos, se acercó embelesada, sin dar crédito que todo lo que ocurría fuese real, que ella y él estuvieran juntos.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó aún aturdida.

—Te salvo el pellejo y ¿esa es la respuesta? —Era evidente que la joven no sabía cómo tomar lo que ahí pasaba—. Vamos al apartamento, hay unas cosas que quiero hablar y otras que te quiero hacer. —No pudo objetar al respecto porque la sacó de ahí sin preguntar, con sus dedos entrelazados avanzaron por los pasillos como lo que eran: novios.

Al cerrar la puerta de ese lugar del que antes huía y en el que ahora solo deseaba pasar horas, la aferró por la cadera y la pegó a su hombría.

—No vuelvas a colgarme el teléfono —murmuró serio casi sobre sus labios. Anel frunció la boca en ese adorable gesto que, descubrió, le fascinaba.

—¿Cuándo te colgué? —Dios, esa chica con su jodida ingenuidad, con su manera de pensar, lo hacían sentir que caminaba sobre un lago congelado sin el equipo necesario.

—Ayer, y tampoco quiero te vayas así, sin más, como el sábado. —La joven se intentó zafar al recordar lo ocurrido—. Ah, no. Lo que tengas que decir me los dices ahora, así. —Y la pegó más. Las mejillas de Anel parecían dos fresas listas para engullir gracias al bochorno que le provocaba sentirlo más que dispuesto a hacerla suya. Dejó salir un suspiro olor a miel que casi hace que cierre los ojos.

—Si me hubieras dicho que llevas a chicas con las que te acuestas a esas fiestas, no sé, yo... —El chico ladeó la cabeza con mirada oscurecida y sus gruesas cejas agachadas, así se veía amenazante.

—¿De qué mierdas hablas? —Anel se acomodó un mechón desviando la mirada. Nerviosa.

—Él me dijo que... —La soltó llevándose las manos a la cabeza.

—Ese hijo de puta, ¿te dijo eso? —La aferró por la muñeca, la llevó hasta su habitación. Abrió el cajón donde estaban sus cosas, y varios más—. ¿Qué ves? —Anel no comprendió—. ¿Qué ves? —insistió crípticamente, señalando los cajones abiertos.

—Ro... Ropa —tartamudeó, pestañeando. Observó un segundo y giró de nuevo—. Tuya...

—¿Y...?

—Mía...

—En el tiempo que has estado aquí, ¿te has topado con cosas de otra chica? —negó sin entender a qué quería llegar. Eso tenía una explicación: terminaba y se llevaba sus pertenencias—. ¡Ah, no! —sujetó su barbilla para que lo viera al notar que se retraía—. No te escondas ahí... —La chica hacía gesticulaciones debido al asombro—. No hay nada porque no quiero que nadie deje nada. Porque tú eres la primera en años que llevo a algo familiar. Porque de ninguna puta manera he deseado que invadan mi espacio como tú lo has hecho... Así que lo que te dijo ese idiota, es una estúpida mentira. Ese es el típico chico que endulza el oído y luego abandona... —La mirada de Anel cambió, sus lagunas bicolors, aún con las gafas, las pudo ver dilatarse, de alguna manera, gracias a ello supo por dónde iba esa cabecita—. No, no, no, yo no endulzo el oído y lo sabes, soy sincero desde el principio y no me siento mal por ello, cada quien es responsable de sus sentimientos. Y si yo soy claro, y aun así, siguen, es problema de cada quien. —La joven se alejó un poco trastabillando. Mierda, todo lo que decía lo enredaba más. La aferró por el brazo y la volvió a acercar—. Contigo ya es diferente, y así me gusta que sea, ¿okey? No me veas así, te quiero a mi lado —le rogó sobre sus labios con voz ronca. Anel dejó que su boca acariciase la suya con suavidad—. ¿Dónde estabas ayer?

—En el centro —se separó lo indispensable, arqueando una ceja—. Quería tomar unas fotos, estar... Sola —le explicó con suavidad.

—¿Si has escuchado las noticias, verdad? —Le quitó las gafas y luego la goma con atención sin que ella se opusiera—. La violencia está fuera de control... —se detuvo de pronto endureciendo su mirada—. ¿Fuiste sola? —asintió sin dudar. Él sonrió complacido. Desbarató sin dificultad su peinado mientras ella mantenía sus delicadas manos sobre su cadera—. No lo hagas, es peligroso, pueden robarte el bolso, la cámara, yo qué sé... Cuando lo desees, te acompaño. ¿Bien?

—Sí —musitó deleitada por lo que Marcel hacía.

—Me alegra que aclaráramos todo y ahora... Chiquilla, bésame porque no aguanto un jodido segundo más sin hacerte mía —le pidió al verla así, dispuesta como siempre, con sus ojos comenzando a empañarse por la lujuria, con su pequeña boca entreabierta—. Bésame de verdad —exigió al tenerla ya casi rozando su labios. Y lo hizo. Lo hizo y casi logra que la tome sin piedad. Anel era gasolina para ese motor que no podía creer se encendiera con tal rapidez. Le fue quitando la ropa mientras ella conquistaba, sometía e invadía su boca sin temor, sin remilgos. Una vez piel con piel la pegó más deleitado. Sentir a Anel así, tan suya, tan cálida, sin nada que los separara, rozando sus poros, tensando sus vellos, dejándose guiar por las sensaciones, era incomparable—. Eres preciosa —murmuró al buscar de nuevo esos labios y ahora ser él quien dominara.

La última defensa cayó como si de un telón se tratara, se aferró a su ancha espalda y lo recibió como si de ello dependiera la preservación de la galaxia. La arrastró hasta el colchón. Minutos después se adentró sin poder ya postergarlo. Si por él fuera, esa chiquilla jamás saldría de su cama y él, de su ser.

Verla así, abandonada, aferrada a las sábanas, con su frente perlada de esa transpiración que generaba con sus movimientos deliberadamente lentos, lo hizo sentir dueño de sí, de su mundo, de su vida, feliz, a pesar de que ese sentimiento había desaparecido hacía ya tanto tiempo, pero es que verla apretar su

mentón, perdida en la inmensidad del placer que lograba darle, no ayudaba a que pensara en nada más que en ese sentimiento tan frágil y difícil de mantener y que en ese instante lo podía casi palpar con Anel unida a su cuerpo, siendo parte de lo mismo.

Saciados, con las cobijas y ropa por doquier. Respiraban aún agitados. Con ella pegada a su costado, lánguida, acariciando con su aliento su cuello, sonrió complacido.

—¿Comiste ayer? —preguntó, acariciando su costilla. Un sándwich podía valer, lo cierto era que fue lo único que tenía en el estómago. No tenía caso mentir, no a él. Negó serena. Marcel, aunque molesto por esa maldita situación, agradeció que confiara y fuera sincera—. ¿Qué haré contigo? No quiero que desaparezcas ahora que eres mi novia —soltó, alzando su barbilla en tono ligero como bromeando. Anel se sonrojó.

—No desapareceré —se excusó con esa vocecilla única.

—No, pero porque ahora mismo vamos a comer algo... ¿Quieres ir al cine? —Se encontró preguntando al erguirse. La joven asintió acurrucada. Lo miraba con aprobación, con admiración, con adoración. La observó recordando lo que por la mañana le dijo; lo quería, esa palabra hacía años no la escuchaba y mucho menos la decía y no sabía si estaba listo para usarla, para emplearla, lo cierto es que ella le importaba y se lo demostraría—. O prefieres algo más —expresó, acercándose como un depredador. Anel rio bajito, como si ruidos etéreos, fantásticos, se agolparan en su garganta. Él era colosal.

—Algo más, me gustaría —admitió avergonzada, aunque divertida por la forma en la que la veía, la acechaba, su manera de moverse y lo peligroso que se veía, así, desnudo, fuerte, casi sobre ella, con esos pozos aceituna recorriendo su cuerpo como si de comida se tratara.

—Me agradas, chiquilla —rugió antes de atacarla y lograr que, al hacerlo, risillas nerviosas y cargadas de tensión sexual escaparan de sus cuerdas bucales.

Aprendiendo

CAPÍTULO 16

Después de ir a un restaurante de cadena americana, y verla engullir la mitad de los camarones que pidió, entraron a ver una cinta que, al salir, los hizo reír de tan mala que fue.

—Anel... ¿No tienes auto? —Le preguntó cuándo se detuvo en la esquina que ella, nerviosa, alerta a su alrededor, solía indicarle. La joven asintió quedamente. Ya había pensado en ello unas cuantas veces. Con tanto dinero y siempre moviéndose en taxis—. ¿Y?, ¿por qué no lo usas? —Se acomodó un mechón tras su oreja. Marcel entornó los ojos, intrigado. Le desesperaba sentir que se perdía de mucho, no obstante, él tampoco era un libro abierto.

—No sé... Cómo —admitió en voz baja. El chico alzó las cejas un segundo, asombrado.

—Tienes auto y no sabes conducirlo... Eso es raro —Ella asintió con la manija de la puerta en la mano. Antes de que abriera la hizo voltear—. ¿Qué ocurre?

—Nada, solo que debo irme y...

—No quieres que sepan que estamos juntos. ¿Cierto? —bajó la mirada ladeando la cabeza. Hizo que lo viera nuevamente repitiendo el gesto—. Sé que ahí adentro nada es fácil. No hace ni una semana que sucedió todo... No temas por mí, puedes confiarme lo que sea. Entiendo que lo nuestro podría causarte algún problema y es lo último que quiero, tú dirás cómo lo llevaremos. ¿Sí? —Anel asintió un poco más tranquila. Marcel besó sus labios dulcemente—. Te veo mañana. Anda, desde aquí me cercioro de que entres —rozó su naricilla sonriéndole relajado, aunque por dentro la aprensión de dejarla en ese sitio lo estrujaba. La vio andar con su manera única de moverse, tan ligera, casi como si flotara. ¿Por qué no conduciría? Ladeó la boca intrigado al tiempo que una idea aparecía. Sonrió sacudiendo la cabeza, esa chiquilla estaba volteando su mundo.

—¿Así que tú y la niña tímida? —preguntó Lalo dando una calada al cigarrillo. Marcel asintió indiferente, observando el andador principal. Anel siempre entraba por ahí. ¿Llegaría en taxi? Nunca se lo había cuestionado. Dudaba que su madre la llevara—. No te parece que te estás pasando de la raya —giró sacando el humo, con la ceja enarcada. No comprendía sus palabras—. Se nota a leguas que en su vida se ha topado con un chico, menos con uno como tú —siguió Lalo mientras los demás escuchaban sin hablar.

—¿Cómo yo? No te sigo... Hermano —lo desafió, dándole otra fumada al cigarro con indolencia.

—Escucha; la verdad es que me importa una mierda, pero no creo que sea justo que corrompas a alguien así, ella se ve muy dulce. —Marcel ladeó la cabeza molesto.

—Y tú eres... ¿Un santo, un alma de la caridad? No, espera, ¿un ángel caído que está en busca de sus alas? No digas estupideces. Yo no corrompo a nadie. Anel es dulce, sí, y mía. —Observó a los demás, serio, con rostro amenazante—. Por otro lado, mis jodidas decisiones nunca las he puesto en discusión. Así que no empezaré ahora. Ella, está conmigo, punto, no hay nada qué decir, ni qué hablar al respecto porque simplemente no se me da la gana conversar sobre mi puta vida con nadie. ¿Estamos? —dándole una calada al cigarrillo su amigo asintió.

—Tú sabes lo que haces...

—Y ella también —terció Rodrigo, decidiendo intervenir—. No es una niña, y no es nuestro papel meternos en esas cosas —le recordó a Lalo al tiempo que bebía de su café.

—Bien, ya, no me meto, Marcel. Es solo que nos tomaste por sorpresa —se excusó sin más. Él se encogió de hombros dándole lo mismo. De pronto la vio pasar, apagó el cigarro e importándole poco dejar ahí a sus amigos, se acercó por detrás logrando que soltara un respingo.

—Ella hará que cambie... —murmuró Joel, viendo como la hacía girar para rozar sus labios con una delicadeza que jamás lo vieron emplear en nadie.

—Ya lo cambió, solo que no se ha dado cuenta —intervino Rodrigo, sonriendo—. Me alegra, tanta soledad no es buena —Lalo rio, negando.

—¿Cómo haces para siempre encontrar el puto lado cursi a las cosas? —Se carcajearon metiéndose en lo suyo.

—¿Quién te trajo, chiquilla? —Se colgó su mochila aferrando su mano mientras caminaban rumbo a su aula.

—El chofer —murmuró alegre por sentirlo tan cerca, desconcertada porque no estaba acostumbrada.

—¿Tienes chofer, pero andas en taxi casi todo el tiempo? —Ella sonrió tímidamente. Era preferible a que ese asqueroso le enseñara a conducir, como le propuso al comprarle el auto hacía dos años. Se negó rotundamente temiendo a que se le ocurriera algo. Y gracias al cielo su madre, irritada, se lo quitó. Por lo mismo Alfredo dio órdenes de que el chofer de la casa la llevara a donde necesitaba, pues si no era él, no dejaría que nadie le enseñara, y aunque Analí enfureció, no le quedó de otra salvo aceptar—. Da igual, yo te enseñaré. —Anel se detuvo con la boca y ojos abiertos—. ¿Qué?, ¿no crees que pueda?

—Sí, pero... —Besó fugazmente sus labios. La echó de menos toda la noche, ansiaba olerla, perder sus manos en su piel, mejor aún, sentirse participe de esas lagunas que ahora lo miraban de esa forma ingenua, pero arrolladora.

—Nada, seré buen maestro, no debes depender de las personas y, además, siempre es bueno saber. Podrás usar tu auto y moverte con mayor libertad —eso no sería posible, en su casa no lo permitirían. Sin embargo, asintió retraída. Marcel observó nuevamente ese gesto que lo perturbaba e, incluso, lo molestaba.

—Gracias... —murmuró fuera del salón.

—Buen día, nos vemos en un rato —le guiñó un ojo y se fue. Los cuchicheos a sus espaldas la hicieron girar.

—No les hagas caso, son celos... Como los que yo te tengo. ¡Eh! —Alegra rodeó sus hombros y pasó al lado de las chicas que la miraban, intrigadas, también de primer año. Su amiga y ella iban en la misma carrera, compartían solo esa materia, pero, a diferencia de Anel, Alegra amaba eso que eligió estudiar, por lo que a veces tenía un poco más de cosas en común que con Mara—. Marcel Lazcano, ¡guou! —Anel se acomodó un mechón asintiendo—. ¿Quién fuera tú? No tengo idea de cómo lo hiciste, pero te agarraste a un pez gordo... Guapo, asediado, soltero y, además, con esos millones encima... —Anel arrugó la frente. ¿De qué hablaba?—. ¿No lees Sociales?, por Dios, amiga, los Lazcano... ¿No te suena? —negó convencida—. Olvídalo, solo te diré que no es cualquiera —y enseguida cambió de tema con algo de la tarea.

La joven siguió la clase sin poder concentrarse. ¿Lazcano? No le decía nada el apellido, bueno, nunca le decía nada ninguno y si lo escuchó en casa, cosa segura, porque Alfredo adoraba eso de hablar sobre los familiares de la gente conocida, no lo recordaba. ¿Millones? Era evidente que no tenía problemas económicos, pero jamás se puso a pensar cómo lo conseguía, aunque alguna vez creyó que un fideicomiso, o su familia, pero..., ¿millones? ¿De qué?

Cuando salió lo observó intrigada, sujetaba su mano mientras hablaba sobre algo... No supo de qué.

—Marcel —este giró sonriente y relajado.

—No aceptaré un «no», chiquilla, verás que aprendes rápido, no es difícil —eso captó su atención. ¿Aprender qué?—. No me mires así, te dará independencia y esas cosas.

—¿Qué me quieres enseñar? —Se detuvo en medio de un pasillo. Marcel sonrió y acomodó un mechón tras su oreja en un gesto tierno, que no solía tener—. Muchas cosas, demasiadas —murmuró, logrando que se sonrojara y su corazón palpitara mucho más rápido, eso sin contar que la saliva se tornó espesa. Todo eso era tan raro y tan... Agradable—. Pero, por ahora, conducir, Anel... ¿No me estabas escuchando? Lo hablamos en la mañana, hoy empezaremos. —Le costaba un poco reconocerlo, hacerse a la idea de que no le importara que todos los vieran juntos, que fueran novios, que le importara de verdad.

—No eres de paciencia, tú mismo me lo has dicho —le recordó nerviosa de tener algún inconveniente con él por lo mismo, no quería que las cosas salieran mal.

—Aprenderé. Así los dos avanzamos en algo —sujetó su mano y siguió andando, dejándola perpleja. ¿Conducir? La idea le atraía, aceptó, aunque ni de loca agarraría ese auto que le regaló ese tipo, además, si se enteraba de que ya sabía manejar, comenzarían las preguntas. Aprendería, pero eso no cambiaría en nada lo decidido.

Marcel, después de llevarla a comer en medio de bromas y conversación ligera, se detuvo en un gran estacionamiento que, debido a la hora, no estaba tan lleno. Anel temblorosa, se sentó frente al volante esperando instrucciones, viéndolo de reojo de vez en vez sintiendo la respiración agitada. Se hallaba demasiado nerviosa.

—Esta es automática, así que no vale. ¡Eh!, luego conseguiré un estándar y sabrás lo que debes, por ahora, ayudará esto —y tocó el chasis sonriendo. La joven siguió sus indicaciones con cautela, un tanto temerosa. Marcel parecía confiar en ella, en lo que le decía, eso la hizo sentir de alguna manera segura y capaz de hacerlo bien. Una hora después aprendió algunas cosas y él se sintió complacido. Taciturna, se cambió de lugar, y fueron rumbo al apartamento.

—¿Pasa algo, Anel? —Desde hacía un buen rato lo observaba intrigada, extraña. Ya estacionada la camioneta se giró sin la menor intención de bajar—. ¿Me lo dirás o te quedarás así, muda? —La retó. No saber lo que pasaba por esa cabecilla a veces era frustrante, sin embargo, la comenzaba a conocer y aunque casi normal, algo la detenía.

—¿Tu apellido debe decirme algo? —soltó de pronto en voz baja, con la mirada puesta en sus ojos aceituna. Marcel se tensó de inmediato, giró y apretó el volante. Ese gesto la descolocó, sin más, se puso nerviosa. Era evidente que sí, que algo había ahí, pero, ¿qué?

—¿A qué viene eso? —exigió saber, contenido, odiando que ese fuese un tema de conversación entre ambos.

—A nada, pero... Alegra dijo que eras un «Lazcano», eso ya lo escuché en casa de mi tía, pero fue como si yo debiera saber de qué hablaba y como si...

—¿Segura no tienes ni idea?, porque en el entorno que debes moverte, lo saben muy bien —su mirada la taladraba de tal forma que se sintió un ratoncillo, ahí, perdida en un bosque oscuro, peligroso. ¿Estaba enojado?

—¿Es malo? —Su gesto se suavizó y negó, chasqueando la boca. No, no tenía idea, confirmó con cierta alegría.

—No para quien se case conmigo alguna vez. —Anel no comprendió sus palabras; sus hermosas cejas fruncidas, y el hecho de que no se acomodara el mechón, le hicieron saber que no mentía, esa joven no tenía idea de quién era. Vencido, recargó la cabeza sobre el respaldo, cerrando los ojos, había llegado el momento de mostrar un poco más de sí y que fuera con ella, no lo hacía sentir como solía; molesto—. Mi padre era el director y dueño de una de las comercializadoras más grandes de América Latina que tiene

las oficinas centrales aquí. Al morir él, la heredé, así como todos sus bienes. —La joven no pudo evitar abrir sus lagunas tanto que sus pestañas tocaron sus cejas, además de respirar un poco más rápido. No podía creer que el hombre que tenía frente a ella, al que ya le iba entregando con cada segundo a su lado un poco más de su alma, de su ser, poseyera una empresa de ese calibre, que... Fuera dueño de eso que decía—. En unos meses la vida que hasta ahora llevo se terminará, tomaré mi puesto y seré quien debo —se irguió para observarla, necesitaba saber qué pensaba de todo lo que acababa de confesar. Anel lucía abatida, alterada. Reacciones extrañas en cualquiera.

—Yo... Yo no lo sabía —admitió, frotándose un brazo mirando hacia afuera un tanto deprimida. Sí, eran novios, pero... ¿Cuánto duraría? ¿De qué forma podría alguien como él continuar con una chica insípida de 18 años siendo lo que era? De nuevo sentía como una mano fuerte se adentraba en su pecho, encontraba su corazón y lo apretujaba con saña.

—Que tomaré posesión, casi nadie, que tengo dinero, no es secreto —dijo observándola fijamente, de verdad no tenía idea—. He visto miles de reacciones, pero la tuya está para enmarcarla... ¿Qué?, ¿no te gusta tener un novio millonario? —Intentó bromear, pero lo cierto era que sus palabras derramaban ácido. Anel lo encaró con un semblante sereno.

—Tú tampoco pareces feliz con la idea —reviró, notando sombras en sus ojos. Lo que tenían era temporal, comprendió y saberlo tan rápido, cuando apenas comenzaban, dolió bastante. Marcel no seguiría en una relación al tomar posesión de algo como lo que decía, tenía, sería absurdo y ella... Pese a que le dolía, lo entendía.

—Es mi obligación, Anel. Es lo que me corresponde, no hay más que decir —bajó con desgarbo. La joven intentó ralentizar su respiración, guardó la molesta sensación que la embargaba con mucho esfuerzo. De pronto, su puerta se abrió, dio un respingo. Marcel enarcaba una de sus gruesas cejas estudiándola—. Pareces demasiado afectada —sonrió débilmente, al tiempo que descendía y pasaba a su lado sin decir nada, envuelta en un halo ausente. La observó andar sin comprender por qué parecía triste, decepcionada. Ya en el elevador la miró de reojo—. Serás la primera chica que le molesta andar con alguien como yo —expresó con tono amargo.

—No, yo..., no —parecía luchar en su interior. Entraron al apartamento y, en cuanto lo hicieron, la pegó hacia su cuerpo, ansiando su suavidad.

—Odio no saber lo que piensas... Dime... —Ella pasó un dedo por su mejilla adornada por esa incipiente barba que solía tener, nunca lo había hecho, reconoció, observando su propio gesto, perdida, sintiendo cierta paz al tenerlo tan cerca, tan necesitado de su ser.

—Serás bueno en ello —dijo con simpleza, alzando la mirada para toparse con sus ojos oliva extasiados, clavados en los suyos. Marcel torció la boca en esa sonrisa tan suya.

—Eso me importa una mierda... —admitió, bajando la vista hasta sus labios de corazón.

—¿Para qué me preguntas, entonces? —Su delicadeza lo hechizaba, lo embriagaba, lo atolondraba, era como si pudiera poner de rodillas al ejército que era su cuerpo doblegándolo con tan solo hablar.

—Porque deseo hacerte gemir y no quiero que pienses en nada más que en mis manos tocándote como te gusta y descubriendo algunos otros sitios. —Anel ladeó la cabeza con una expresión que aunque no era intencional, derrochó sensualidad.

—Ya no estoy pensando en nada más —admitió, rozando su boca con lentitud. Marcel sonrió satisfecho al escucharla. Un segundo después la elevó para que enrollase sus piernas en su cintura y así la llevó a su habitación.

—¿Ya te había dicho que me agradas?

Por la noche la dejó en su casa sin remedio. Deseaba, con ansiedad, amanecer a su lado, pero supo lo

que su tía le dijo hacía unos días; entre semana, no. Así que sin tener opciones la llevó a ese sitio que le generaba mucha aprensión. Algo debía hacer para asegurarse que nada similar volviese a ocurrir, pero aún no lograba pensar qué.

Relajado, bajo la ducha, sonrió al recordar su reacción ante aquello que temía saliera a la luz. Anel aún no sabía cómo ocurrió que se quedó solo y esperaba que eso no despertara aquella maldita mirada que aborrecía y que tanto tiempo vio en quienes lo rodeaban. Lo cierto es que no hizo aspaviento, tampoco le pestañeó cándidamente feliz, pero de todas las reacciones que supuso tendría, nunca imaginó que su semblante se entristeciera. ¿Por qué? Para él era como enterrarse vivo en una tumba, pero a ella qué más le daba. Ser novia de alguien con tantos millones no debía ser para llorar, sin embargo, estaba seguro, casi lo hace. Lo cierto era que Anel, salvo aquella vez que... La golpearon, no la había visto derramar una sola lágrima.

Era tan extraña, lo mantenía en vilo todo el tiempo, alerta, deseaba que confiara en él, que lo viera como alguien que no la dañaría, que se abriera por completo. Sí, no era el más indicado, pero lo que no decía tampoco era para compartir, y no cambiaba en nada su realidad, en cambio, ella sí omitía algo, algo importante, lo sentía, lo olía y lo desquiciaba no saber qué era.

Lo averiguaría, de alguna manera sabría.

Los siguientes días transcurrieron en calma. Nada nuevo y todo a la vez. Alfredo salió de viaje, por lo mismo no hubo ninguna confrontación. No había gritos, ni situaciones que la alteraran. Anel florecía con cada segundo que pasaba al lado de Marcel, sin que él ni ella se percataran. Lo que era cierto es que algo en su interior lo registraba, pues sí que lograba hacerlo sentir más urgido de su presencia, de su esencia, de sus besos, palabras y caricias pringadas de esa ternura dulce y nada empalagosa en la que lo sumergía con tan solo mirarla a lo lejos.

En el *campus* no se acercaba a él, conocía su timidez, así que dejaba lo que hacía e iba con ella aunque no se lo pidiera pues su urgencia lo solicitaba gritando ansiosa, deseando con desespero arrancar una sonrisa de esa boquita que lo enardecía con tan solo permitirle posar sus labios en un roce de aquellos manjares que no se hartaba de saborear y en los que siempre encontraba respuestas equiparables a las propias.

Pese a todo, Anel se sentía relajada y es que cuando las cosas iban bien, era de donde sacaba las fuerzas para enfrentar lo oscuro de muchos momentos que vivía. Analí desaparecía todo el día como solía por lo que se la pasaba con Marcel en su apartamento, haciendo algunos deberes, retocando fotos mientras él jugaba en la consola o la observaba absorto manejar los programas de edición y hacer magia con lo que ya de por sí era. Su ahora novia era buena en ello o, por lo menos, creía que así era, pues las tomas que capturaba con su lente lo dejaban constantemente con la boca y los ojos abiertos. Esa chica captaba el alma de las cosas y aunque nunca fue afecto al arte, sabía muy bien que eso lo era, no cabía duda. La personalidad y esencia de ella se reflejaba en cada imagen cosa que lo asombraba aún más si era posible.

También, en ocasiones, veían alguna película de terror que ambos disfrutaban, intercambiando helado a rosetas de maíz, intrigados. Lo cierto es que la pasaban más que bien, su mundo se tornaba tranquilo, alegre, sin prisas, sin miedos, solo ellos, solo que entre ambos iban construyendo.

Al llegar, después de clases, invariablemente verificaba que engullera lo que le pidió a la mujer del aseo que dejara hecho para ambos, pues esa chiquilla debía ingerir cosas sanas y de eso se encargaría sin problema. Eso momentos los disfrutaba casi tanto como el propio hecho de tenerla ahí. Anel comía prácticamente como cualquiera siempre y cuando no hubiera ni presión, ni tensión, de ser así, apenas si se metía algo a la boca.

Lo imaginaba, siempre esas cuestiones iban acompañadas de alguna situación emocional, en su caso,

no era distinto. Lo confirmó el miércoles cuando estaban por comer y su tío le marcó. Deseaban que se presentara a una asamblea de accionistas, él lo acompañaría como usualmente lo hacía, pero debían definir el tiempo de capacitación, sueldo y beneficios. De inmediato, enfureció. El trato era no saber nada hasta que entrara, pero tal parecía que no podía ser así y saberlo lo molestaba, lo irritaba. El tic-tac del reloj taladraba su cerebro.

—¡Qué se vayan a la mierda! No iré, Efrén, ¡hagan como quieran! —Anel lo observó de reojo, nerviosa. Marcel se encontraba a unos metros de ella. De pronto, le dio un golpe a la mesa que la hizo brincar del asiento. Al ver su expresión pestañeó, dándose cuenta de su reacción desmedida, su semblante lo sosegó de inmediato—. Debo colgar, ahí estaré el próximo sábado por la mañana, pero es la última jodida vez que me buscan, eso se los dejaré claro, hasta julio no quiero saber nada de ese jodido lugar. —Anel lucía muy tensa, ya no lo miraba, se acomodaba un mechón tras la oreja con sus delicados dedos, de pie, recargada en la superficie—. ¡Ey! —respingó al sentir que la tocaba. Acarició su rostro aún con el corazón a mil por hora. No sería el esclavo de esa puta empresa, no haría lo que querían cada vez que querían, pero ella... No tenía nada que ver—. Lo siento, ven, comamos —se zafó, negando débilmente, muda—. An, vamos, no dejarás el plato así, ni siquiera lo probaste.

—Y-ya no quiero. —Su voz sonó estrangulada y parecía temerosa. Marcel cerró los ojos buscando un atisbo de paciencia. De pronto, la situación familiar de la chica se hizo presente, exabruptos como esos debían ser comunes y una de las razones por las que muchas veces no comía, aunque seguro iban dirigidos a ella. Pasó saliva notando que esa parte de su carácter no debía dejarla salir así, con esa fuerza. Tomó su mano, percibiendo su resistencia y la llevó hasta la sala, ahí la sentó sobre el sillón para ponerse de cuclillas y así lo viera de frente.

—An, discúlpame, me molesté por algo ajeno a ti, no debí montar esa escena y mucho menos golpear así la barra... —sus ojitos lo miraban con suma atención, con sus manos entre las suyas. Le quitó el aliento, curveó sus labios hacia arriba perdido de pronto en sus rasgos—. Eres preciosa... ¿Te lo había dicho? —La joven pestañeó, descolocada, notoriamente incrédula y, en un reflejo, se agarró la trenza—. Sí, con tu cabello agarrado, o suelto, con gafas o sin ellas, dormida o despierta, callada o hablando, aunque sonriente, me gustas más que sería —confesó, ladeando la cabeza y viéndola seductoramente, estudiando cada gesticulación de ese rostro que ya conocía de memoria a pesar del poco tiempo de conocerla.

—Yo... —con su índice y pulgar aferró su barbilla y la besó, rebasado de ternura, mágicamente aquella situación que lo alteraba, desapareció de su cabeza al verla así, vulnerable.

—Tú, tú debes ser consciente de ello... Y me gustas, me gustas mucho... —Sus mejillas se sonrojaron—. Y si fuera posible, me encantaría que compartieras la mesa con este energúmeno que a veces no sabe cómo sacar lo que le frustra, pero que jamás te tocaría ni un solo cabello, no de esa forma, por supuesto. —De nuevo su tono ronco, ese que le decía lo que sí tenía en mente. Anel sonrió abiertamente, cayendo en las garras de sus palabras, sintiendo que la sangre se volvía espesa y le costaba avanzar por sus venas—. Eso, eso es perfecto, chiquilla —señaló su sonrisa, luego la levantó, la pegó a su cuerpo y perdió su mano en su mejilla contemplando sus lagunas—. ¿Me dejarás hacer el momento ameno? —Ella no pudo más y apenas rozó sus labios, asintiendo despacito, más enamorada que nunca. Marcel no era perfecto y tampoco era lo que buscaba, aun así, ya se había convertido en la luz más fuerte, nítida y sólida de su mundo lleno de sombras. Cuando ella tomó la iniciativa, el pecho de ese chico duro, respondió con un leve brinco y se encontró respondiéndole como un tonto—. Genial. —La condujo hasta la silla y cumplió lo prometido, hablando sobre tonterías que lograron su cometido; que Anel comiera relajada.

Más de una semana de aquello, nada relevante ocurrió. Salvo que no se quedó a dormir pues su tía salió de viaje el fin siguiente, cosa poco común, por lo que no tuvieron más remedio que despedirse

como solían hacer de domingo a jueves. Su madre, al no estar Alfredo, llegaba de madrugada y, como siempre, la ignoraba, cosa que festejaba en silencio. Marcel la absorbía por completo, pasaban todo el tiempo juntos y ya nada era más importante que sus espacios junto a él, que sus segundos, minutos y horas a su lado. Por primera vez en años sentía que todo era posible, que la felicidad sí era para ella y que la podía tocar, incluso, era como si se pudiese viajar en el lomo de un Pegaso, volar, estirar la mano y poder rozar la nubes, el aire... Los colores de la vida, de la paz. Magia, amor.

Flotaba, se sentía liberada y, a la vez, importante, alegre, radiante, ignorando lo negro de su vida no sin dificultad, por lo mismo con mucha ansiedad de vivir el momento. Sus amigas se mostraban entusiasmadas con el hecho de que él fuese su novio y suspiraban cada dos segundos al ver que la procuraba todo el tiempo, reían y bromeaban, incluso, pues Anel también se mostraba más receptiva, más abierta.

El fin de semana fueron a comer a Jocotepec, un pueblo a cuarenta minutos de Guadalajara, para que ella pudiese perderse tras su cámara mientras él la seguía a la distancia, relajado. Capturó imágenes de la laguna de Chapala y logró más de tres fotografías juntos, en todas la besó o mostró esa fiera posesividad que sentía por ella.

El viernes llegó casi sin que las horas pesaran. Marzo comenzaba. A media tarde, con Anel entre sus brazos, desnuda, reían por algo que él decía. Marcel, si se lo proponía, podía ser simpático y crear una atmosfera agradable y con esa chiquilla a su lado, era lo que más le gustaba hacer.

—¿Tienes algún *hobbie* además de la fotografía? —quiso saber, oliendo su cabello pues su espalda estaba recargada sobre su pecho mientras su brazo rodeaba su clavícula y la joven lo tenía sujeto, acariciando sus vellos.

—No, solía jugar mucho ajedrez con... Mi madre, pero ya no —detectó la tristeza en su voz. Besó su coronilla inhalando más hondo.

—¿Tu hermana, sabe cómo son las cosas con ella? —Anel se tensó.

—Sabe que... No van bien, pero... No está casi en casa y...

—No se da cuenta —completó.

—Sí sabe que tenemos problemas, solo no sabe hasta qué punto. —Él asintió, mirando el techo con su brazo desocupado tras su cráneo. Era tan estimulante estar así. Los últimos días se había sentido tan en paz, tan lleno de vitalidad, tan relajado y alegre, que ni siquiera podía creer que esa criatura que tenía rodeada y que hacía suya una y otra vez, fuera el motivo. No sabía lo que sentía, los sentimientos no eran su tema favorito, sin embargo, Anel iba derritiendo sin saberlo partículas de su alma que mantuvo bajo cero con un propósito. Se encontró, ahí, deseando que esos momentos jamás terminaran, ahora, más que antes, temía lo que vendría. Ese mundo, creía, lo absorbería y en algún momento las cosas entre ambos, ya no serían, no con él haciéndose cargo de todo eso, sin tiempo, sumergido en el trabajo, reuniones, viajes e intentando ser lo que debía. No sabía cómo podría funcionar algo con esa chiquilla sin poder verla, teniéndola lejos la mayor parte del tiempo, con esa timidez.

Un beso casto sobre su antebrazo lo hizo volver a la realidad, la tenía allí, eso era lo único que le importaba, lo que debía preocuparle, después... Después ya vería qué hacer al respecto, buscaría la manera.

—An, ¿estás sola? Digo, ¿nadie que, no sé, te pueda ayudar cuando las cosas se tornan complicadas? —La joven soltó un pequeño suspiro.

—Cleo, la ama de llaves, a veces me lo hace más sencillo... —Por lo menos pensó él odiando que tuviera que vivir de aquella forma, aunque esos días no hubiese ocurrido nada todavía, hervía al sentir con sus yemas aquellas cicatrices esparcidas a su costado.

—Nunca supe jugar ajedrez —cambió de tema decidiendo que no la ensombrecería, no sin necesidad. Ella sonrió sin que lo notara agradeciendo que no ahondara más en aquello que evadía deliberadamente.

—Puedo enseñarte... —murmuró, jugando con el pelillo oscuro de su brazo.

—Mmm... —se quejó.

—¿Te gusta ser el maestro y no el aprendiz? —soltó sin afán de nada. Marcel rio ante sus palabras cargadas de verdad e ingenuidad.

—Está bien, puede ser interesante. —Anel se giró sonriendo y colocó sus manos entrelazadas sobre su pectoral, recargando su barbilla para verlo. Su corazón dio un vuelco al sentirla así, sobre sí, tranquila, con sus lagunas chispeantes, con sus delicados senos sobre su torso.

—Sé que te gustará. —Él escondió su mano bajo las cobijas y pinchó sus costillas.

—Dudo que tanto como esto... —La pegó más, hambriento de su cuerpo, otra vez—. Pero lo intentaré... —sentenció y la besó ansioso de perderse en su delicada esencia, en su frágil espíritu.

Más tarde salieron a comprar uno. Sobre el piso de la terraza, él frente a ella, comenzó la clase. Anel se acomodó las gafas concentrada, frunciendo la boca ubicando las piezas donde debían ir.

—Ni creas que te has salvado de mi consola, esa tiene prioridad, llegó primero. —Rodó los ojos al tiempo que colocaba la reina, era un terco.

—La última vez perdiste —como un felino, cruzó el tablero, tomándola con sorpresa.

—Porque alguien es una tramposa, pero ya tengo listas mis estrategias. —Ella rio, haciéndolo para atrás abochornada, feliz de notar todo el tiempo deseo en su mirada.

—Ya veremos quién pagará precios ahora —lo desafió sonrojada.

—Ah, si se trata de eso, puedo pagar precios inexistentes desde ya. —Anel lo hizo a un lado entre risas nerviosas. Era imposible.

—¡Deja eso, Marcel! Ahora toca ajedrez. —El chico entornó los ojos al ver un par de alfiles frente a sus ojos que le obstaculizaron seguir avanzando.

—Si está aburrido, lo dejamos —asintió segura de que le resultaría lo contrario, más aún porque involucraba la cabeza y era competitivo.

Dos horas después, ahí continuaban. Anel dio su movimiento y rio triunfante.

—Jaque mate, y ya tengo sueño —se quejó con la intención de levantarse. Marcel la detuvo por la muñeca, azorado. No era posible, estaba seguro de que lo estaba haciendo bien.

—¿En serio crees que perderé de nuevo así, sin más? —La confrontó con la frente arrugada, asombrada de que a ella le diese igual. Anel asintió serena.

—Sí, estás aprendiendo... —bostezó, de un jalón, la sentó sobre sus piernas.

—No, chiquilla, aquí nada sucede porque sí.

—Tú perdiste, yo quiero dormir... —Su simpleza lo hipnotizó.

—Ganaste aquí, pero allá —dijo y señaló su habitación con un ademán—, gano yo y las cosas serán diferentes. —Anel rodó los ojos acurrucándose como un gatito en su pecho, ya no la espantaba, comprendió, abriendo los ojos, disfrutando de la situación que se le presentaba ante sus ojos.

—Está bien —susurró amorosamente y un delicado beso rozó su cuello. ¡Mierda! Eso era lo más provocativo con lo que se había topado jamás en su puta vida. Su abandono era único y lo excitaba sobremanera.

—Me gustó jugar esa cosa —admitió, buscando sus labios con cuidado, dejando su aliento sobre los

mismos. Ella clavó sus lagunas sobre los suyos, llegando, sin proponérselo, demasiado hondo, donde nunca nadie había llegado.

—Lo sé.

Su razón

CAPÍTULO 17

Por la mañana abrió los ojos cuando él salía de darse una ducha. Se sentó sobre la cama frotándose los párpados. La junta. No habían tocado el tema, pero sabía que era ese día y que no lo hacía feliz. Lo observó elegir, molesto, lo que se pondría. Ropa más formal fue su elección y nada más alejado a lo que en realidad era. Arrugó la frente sin decir nada, simplemente estudiándolo introducir la camisa clara bajo aquel pantalón de vestir gris oscuro.

—¡Mierda!, odio estas babosadas —se colocó el cinturón, irritado. De pronto alzó la mirada, sabía lo estudiaba desde hacía varios minutos, pero no había abierto la boca para nada—. ¿Qué te sucede? —Su tono era seco. Ella negó acomodándose un mechón. Lo que más aborrecía era tener que dejarla.

El fin de semana anterior no se quedó a dormir, y desde que eran novios, ya casi quince días, era la primera vez que despertaban juntos. Se sentó a su lado para ponerse los zapatos. Todo él era una olla de presión a punto de hacer explosión.

—¿Por qué te vistes así? —Se animó a preguntar bajito. Marcel giró viéndola como si hubiese enloquecido.

—Sabes que debo ir a esa jodida junta —casi gritó, enfadado. Anel se acurrucó en la cama, mirándolo fijamente sin amedrentarse ni un poco—. ¿Qué? —Su paciencia estaba en menos diez y verla con sus hombros desnudos, solo tapándose con la cobija, con su cabello despeinado, recordar todas las cosas que le hizo la noche anterior, le deban ganas de estrangular a alguien, esos accionistas mejor, si se lo preguntaban.

—Creo que eso es lo que te molesta —dijo con soltura, señalándolo con uno de sus delicados dedos. Ya de pie se observó con las manos dentro de los bolsos.

—Debo irme, así que explícate, Anel. —En realidad estaba molesto.

—¿A quién quieres agradecer, Marcel? —Le preguntó de pronto con timidez, pero con mirada firme, segura.

—Es una puta junta, no iré de bermudas, ¿verdad?

—Solo creo que no es aún tu trabajo, podrías ir como sueles vestirte, a lo mejor te hace sentir menos irritado. —La estudió incisivamente, varios minutos pasaron sin que se moviera. Esa niña era más de lo que parecía y sus palabras, sin comprenderlo, tranquilizaron a la fiera que gruñía en su interior. Tenía el poder que no le había concedido a nadie, el poder de sosegarlo, de decirle algo así y no gruñir, sino reflexionar. Ella jamás decía nada sin pensar, ya lo iba comprendiendo.

Asintió un segundo después entendiendo que de esa forma probablemente sentiría que tenía más el control. Se dirigió a su vestidor, cambió lo puesto por *jeans* oscuro no tan gastado como solía, una camisa gris Oxford de cuello redondo sin fajar y sus botas negras con cintas de diario. Una cazadora de piel negra y listo, se sentía mejor ciertamente. Agarró el picaporte para salir, negó suavemente y regresó hasta treparse a la cama y verla demasiado cerca. Ella no se movió, aunque parecía acalorada. Era la serenidad personificada.

—No te vayas, chiquilla. No tardo, dejé un duplicado del apartamento en el llavero, es tuyo, ¿okey? —Y besó sus labios con suavidad que de inmediato se tornó en ansiedad. Rezongando, salió casi corriendo de ahí antes de que de verdad llegase muy tarde.

Anel, una vez se había marchado Marcel, flotando a causa de aquel gesto, se duchó y recordó que en su mochila llevaba un libro que aún no terminaba. Lo tomó sin dudarlo, estaría sola un rato y las preguntas sobre el comportamiento de Marcel debido a todo eso no la dejaban en paz.

No comprendía por qué su resistencia, por qué no renunciaba si tanto le desagradaba, aunque en cierta forma lo entendía, ella misma no podía salir del agujero que se encontraba. Sabía bien que estar justo en el centro del huracán lograba que nadie pudiera entender las razones por las que ahí se continuaba. Aunque lo suyo era diferente, lo suyo era miedo, pavor en realidad, ese hombre la acosaba hasta en pesadillas. Lo odiaba y lo conocía bien, por lo mismo sabía que lo que hiciera al respecto debía ser bien pensado.

Ya había mandado algunas solicitudes a tiendas de ropa, a cafeterías, a sitios que podrían ofrecerle algo, lo cierto era que si la contrataban, no le daría el dinero suficiente para vivir, aunque podría recurrir a otras cosas. Dejaría la licenciatura, y, de hecho, cambiaría la carrera por Medios audiovisuales en la universidad del Estado. En mayo serían los exámenes, tenía tiempo para pensar..., pero si estudiaba, no se podría mantener y si ese tipo la encontraba, las cosas serían mucho peor de lo que eran. Sin embargo, pese a todo eso, no dejaría de maquinarse lo que haría, de algún modo saldría de ahí pronto, muy pronto.

Dejó el plátano a medio comer sin más, el hambre se había esfumado de nuevo. Resoplando se recargó en la barra observando la cocina. Él parecía atrapado en su realidad, tanto como ella en la propia. Pero confiaba que por lo menos Marcel pudiese verlo de otra forma, darle un giro y ser feliz con ello.

Lo quería, lo adoraba ya para ese momento. Sus sonrisas, alegrías y seguridad, estaban donde ese chico de ojos oliva se encontrara. La hacía sentir deseada, valiosa, inteligente incluso, la veía con admiración cuando se dejaba llevar por aquello que adoraba y la tocaba como si de delicada tela se tratara. Se convirtió, en medio de esas noches, en medio de sus miradas, en medio de su tormento, de su dolor, en lo único que valía la pena de su vida y por lo mismo esperaba que las cosas salieran bien para él pese a saber que no sentía lo mismo por ella, pese a que su triunfo en ese mundo la alejaría del que tenía en ese momento, pese a que no se abría y sacaba lo que en su interior guardaba con tanto celo, pese a que parecía jamás se dejaría fluir con ella.

Sentada sobre el mullido sofá gris para uno de su habitación, leía sin detenerse, absorta en las páginas, muy concentrada. Acurrucada, con sus piernas arriba iba pasando las hojas intrigada. De pronto, él apareció en el marco de la puerta, recargado ahí, la observó absorto.

—Hola —musitó, dejando el libro del lado acomodándose las gafas—. ¿Fue horrible? —deseó saber con un gesto tierno, lleno de empatía. Marcel se encogió de hombros avanzando. Se sentó en el suelo recargando la espalda en su asiento.

—Siempre puede ser peor... —no supo qué decir. Él tenía una rodilla doblada, la otra flexionada y ahí descansaba su codo pues su mano jugueteaba con sus labios grandes, carnosos—. Me fijaron un sueldo. En lo que asumo la presidencia desean que esté en todos los departamentos conociendo el movimiento y cómo funcionan, creen que ocho meses sabré lo indispensable, cambiaré de auto pues la camioneta no pega y miles de estupideces que tienen que ver con ser lo que esperan.

—¿Qué es lo que te molesta? —susurró, observando su cabeza. Él se giró un poco alzando los hombros de nuevo.

—No es lo que yo quería...

—¿Y es tan malo? —La observó curioso, se rascó el cráneo, reflexionando.

—No es eso. Nadie se pondría a llorar por tener el futuro asegurado, por ser el dueño de algo como eso. Es solo que deseaba otra cosa diferente —y, sin más, recargó su rostro sobre sus piernas, rodeando con sus grandes brazos su cadera. Hablar con ella de eso no le parecía tan patético como con cualquier

otra persona. Pocos sabían la situación legal en la que su padre lo dejó, así se decidió que fuera cuando se dio a conocer el contenido del testamento, pero, además, no era de los que abría fácilmente sus pensamientos, sus emociones, menos los decía.

Anel sonrió desconcertada ante ese gesto tan agradable, tan extraño en él, comenzó a acariciar su cabello ralo con suavidad.

—Puede ser que sea más de lo que esperabas —le dijo mientras lo relajaba.

—No veo cómo... —murmuró, trazando círculos en su cintura por debajo de la blusa que traía puesta. De no haber estado ella ahí o hubiese ido a embriagarse o hubiera roto algún aparato, algo para desquitar su impotencia, esa que le generaba no sentirse dueño de su vida, de su futuro. Pero al entrar, la vio sobre el sofá, tan apacible como siempre, con sus demonios tan lejos que podía, incluso, saborear la paz que experimentaba por sentirse segura en aquel sitio, por ser el responsable de ello. Ahora, más que antes, lo que vendría lo incomodaba. Anel ya era demasiado importante, en semanas todo se volvió de cabeza y lo que empezó como un juego, ya era su motivo, una razón.

—Cuando yo tenía como 8 años, pedí de Navidad muchas muñecas... —comenzó, recordando.

—Me lo imagino, tú, y montones de juguetes de nena consentida. —Ella detuvo su caricia—. Ya, lo siento, sigue... Me gusta escucharte, me relaja, chiquilla.

—Bueno, el caso es que no me trajo ninguna. Me entristecí, en cambio, apareció una cámara. La desdeñé a pesar de que mi madre insistió mucho para que lo intentara. Me negué mucho tiempo, un año casi... —rio bajito. Él alzó el rostro para verla. Tenía una manera de narrar las cosas que transportaba, era como ser parte del momento del que hablaba, y, a la vez, sentir, por su tono de voz, paz, sosiego, armonía entre su alma y su atormentada cabeza—. Y luego un día, aburrída, le pedí que la cargara, lo hizo, jamás la solté... Digo, no es la misma de ahora, pero...

—Sí, te entiendo, An. Dices que en donde menos lo esperas, las cosas pueden tornarse buenas.

—Digo que a veces lo que realmente será una alegría en tu vida, no siempre crees que puede serlo... ¿Por qué no lo pruebas?

—¿Probar? No tengo opción, Anel —le hizo ver con tono duro aún con sus palabras llenas de inteligencia e hipnóticas.

—Siempre la hay. Tú, no sé por qué, ya decidiste... Inténtalo, igual y te sorprende y es tu otra pasión, además de la arquitectura.

—¿Cuántos años dices que tienes? —bromeó, torciendo la boca de esa forma tan suya. Ella pestañeó ladeando la cabeza y asomando una leve sonrisa. Con su dedo índice la hizo girar suavemente—. Gracias, pensaré en lo que me dices. ¿Sí? —Anel asintió, absorta, en sus pozos verdosos. El sonido de su móvil interrumpió el momento. Marcel lo sacó, sentándose recto sobre el piso. Leyó los mensajes maldiciendo—. ¡Mierda!, olvidé lo de Lalo —volteó de nuevo un tanto hastiado—. Es su cumpleaños, habrá reunión en su casa más tarde —La chica acomodó un mechón tras su oreja tensando la expresión, escondiéndose de nuevo.

—Yo..., yo...

—Tú irás conmigo, Anel —le aclaró relajado. La chica frunció la boca no muy convencida, una cosa era pasar horas y horas con él; eso era fácil, la inseguridad ya no la invadía como solía y se sentía tranquila, pero ir con chicos de su edad, sus amigos, la ponía nerviosa—. Eres la clase de novia por la que mis amigos matarían... No te inmiscuyes y no te quejas. ¿Prefieres que vaya solo? —No lo decía feliz, además de la obviedad, no dejaría de asistir y lo entendía.

—Es que, no los conozco y... —comprendió de inmediato por dónde iba, eso lo relajó. Sentir a veces que le era indiferente, lo irritaba. No soportaría saberla en una fiesta sin él a su lado y creer que a ella le

daba igual, no le agradaba nada. Más tranquilo se sentó junto a ella.

—Porque huyes cada vez que los ves. Será un rato, no puedo fallar... —buscó convencerla.

—No tengo nada que ponerme. —Marcel rio sacudiendo la cabeza, sabía bien que eso no era lo importante para ella. Aun así, no permitiría que lo pusiera de pretexto. Iría, y ella con él.

—Lo que traes está perfecto, es informal... —Anel dejó salir un suspiro incómodo.

—No estoy ni maquillada... —volvió a reír.

—Vamos a que compres lo que necesitas —soltó con suficiencia.

—Preferiría esperarte, siento que no encajaré, Marcel —logró decir en un murmullo tan bajito que apenas si la escuchó. Tomó su mentón e hizo que lo mirara.

—Dije que iremos..., e iremos. No pienso dejarte aquí sola y mucho menos en tu casa, cuando pasarás la noche conmigo, así que vamos por eso que quieres y listo... Aprovechamos para comer algo... ¿Desayunaste? —Anel abrió los ojos negando débilmente. Marcel iba a bufar, molesto, muy molesto, pero se contuvo, con eso no debía hacer drama, ya lo sabía; si no, perdería su confianza en ese aspecto y aunque pareciera extraño, la veía últimamente más repuesta, por nada daría marcha atrás. Guardando su enojo, tomó su mano y la hizo levantarse quitándole importancia—. Bien, entonces vamos.

Alitas de pollo fue lo que ella quiso engullir, así que, sin objetar, fueron a un lugar que vendían unas que le encantaban, asombrado de que tuviera un antojo de algo y que eso fuera; alitas de pollo. Después se dirigieron a una tienda donde vendían cosméticos y mientras se fumaba un cigarro afuera, esperó a que eligiera lo que necesitara, estudiándola, deleitado a través del grueso cristal. En cuanto se acercó a la caja, entró. Solo llevaba un rubor, un rímel y una brocha.

—¿Nada más? —quiso saber frente a la intendenta, notando que no era en realidad lo que esperaba. Anel desvió la mirada asintiendo—. Perfecto, cóbrelo —ordenó a la chica que lo veía como una tonta. Irritado porque hicieran ese tipo de cosas cuando ella estaba ahí, la tomó por la cintura y la pegó a su costado con posesividad al tiempo que besaba su coronilla—. ¿Un helado? —susurró junto a su oreja mientras la otra joven pestañeaba decepcionada. Anel giró intrigada sin percatarse de nada, salvo de sus ojos sonriendo con aceptación.

—Sí.

Al llegar a casa lo único en lo que pudo pensar fue en su delgado cuerpo pegado al suyo, así que después de saborearla como tanto le gustaba, la arrastró a la tina, donde desnudos, pasaron algunas horas, entre besos lánguidos, conversación ligera y toqueteos sensuales. Anel, aunque tímida, ya no se mostraba tan reservada, se aventuraba más, se dejaba llevar sin problema y era evidente que disfrutaba compartir su cuerpo con ese chico rudo que le enseñaba cada día cosas nuevas, le permitía descubrirlo y tocarlo como si fuera el propio, cosa que lo enloquecía y lo mantenía deseando más de ella.

La esperó, fumando en el balcón absorto en la ciudad, en lo bien que se sentía.

—¿Marcel? —giró relajado. Iba vestida como hacía unas horas, pero su cabello tenía una división a la mitad, por lo que caía parejo y sedoso sobre sus hombros, sus mejillas apenas si pintadas y sus largas pestañas ennegrecidas, lo hicieron parpadear. No se hizo casi nada, y se veía angelical, inalcanzable, absolutamente dulce y apetecible. Pasó saliva complacido, esa niña le gustaba con su cara lavada, así, como siempre estaba, pero no sería embustero, en ese momento lo dejó gratamente sorprendido.

—Ya no te ves tan chiquilla —soltó, acabando con la distancia que los separaba para besarla. De cerca se veía aún mejor.

—No suelo ponerme esas cosas —admitió, enseñando los dientes.

—No te diré que deberías, no quiero espantar moscas que estén tras lo mío, pero sí debes saber que te

ves muy linda, An. —Se puso de puntillas y besó sus labios suavemente sonriendo abiertamente.

—Gracias —murmuró, dejando su aliento a miel, ahí, justo bajo su nariz. Anel no se parecía nada a «ella», eran opuestas en todas las manera posibles y, de pronto, no pudo comprender cómo fue que se enamoró tan perdidamente de esa chica a los 17, como fue que siquiera llegó a pensar que valía la pena, cómo fue que soportó sus desplantes, sus formas egoístas, su prepotencia y sus caprichos.

Perdido en ese aroma comprendió que seis años no habían pasado en vano, que en aquel tiempo que perdió a sus padres, y también otras cosas, lo cambiaron tanto que ahora no soportaría convivir con un ser así, que no podría tolerarlo siquiera, que la joven a la que rodeaba apretando sus delicadas costillas, era mucho más de lo que pensó amaba en aquel entonces.

Lo ocurrido fue un golpe bajo, algo que lo hizo endurecerse, que pasó en un momento delicado, demasiado triste, por lo mismo, su corazón estaba más que blindado, no obstante, esa chiquilla iba perforando esas barreras a su manera, poco a poco, eso que creyó jamás vería de nuevo la luz.

Llegaron después de las diez. La casa era grande; piscina, un jardín de buen tamaño donde muchos chicos y chicas reían, charlaban, bailaban. Música a todo volumen, alcohol sin restricción, sillas esparcidas, poca luz.

Anel lo observó todo intrigada, hacía mucho tiempo que no iba a una fiesta o reunión o lo que fuese, lo cierto es que a las que llegó a ir en la preparatoria, no eran así. Humo por doquier, un bullicio generalizado y varios grupos salpicados por el lugar. Seguro habría más de ciento cincuenta personas, pensó aferrada a su mano más nerviosa cada segundo, pues mientras avanzaban, Marcel saludaba y saludaba. Algunas veces se detenía y chocaba estruendosamente la mano, para luego presentarla, y otras lo hacía solo con un ademán, o a las mujeres con beso. Al percatarse del desfile de modas que ahí parecía ocurrir, se sintió aún peor, más insegura, más incómoda.

—¡Ey!, hasta que apareces. —Era su amigo, el que cumplía años, comprendió Anel cuando le dio un abrazo rudo. Otros se unieron burlándose y de pronto más de ocho chicos enormes gritaban como niños, brincando al unísono de la misma manera. Lo observó desde su sitio rodeando su plano abdomen sin saber qué hacer.

—Soy Micaela, tu eres la novia de Marcel, ¿cierto? —Anel giró pestañeando, varias jóvenes guapísimas y vestidas de forma impactante la veían sonriendo con intriga. Asintió apenas. La que se presentó la observó atenta, al igual que las otras cuatro.

—Hola, Mica. —Al sentir la mano posesiva de su novio en torno a su cintura, soltó el aire—. ¿Qué hay? —saludó a las demás, aún agitado. Pronto los hombres se acercaron, Rodrigo entre ellos, que la saludó con la cabeza de forma amigable, mientras el resto la escudriñaban con curiosidad.

—Nos estábamos presentando, ¿verdad? —expresó la muchacha, cándida.

—Me alegra, Anel es un tanto tímida... —dijo, sin pensarlo, arrepintiéndose de inmediato al sentirla tensarse.

—Sí, ya lo notamos. Es normal, es de primer año y se ve pequeña... —La joven la agarró de la mano amistosamente—. Ven, te presentaré los otros chicos, ¿quieres algo de tomar? —Marcel se puso serio de inmediato y la pegó más a él.

—No toma y yo se los presento, gracias —zanjó, dejando a todos perplejos, aunque a Anel, profundamente agradecida. No deseaba despegarse de él, odiaba sentir esa vulnerabilidad, ese temor, pero no lograba que fuera de otra manera.

—Bien, entonces nos vemos por ahí —y se alejaron sin más. No le cayeron mal, pero prefería no despegarse de su novio hasta no sentirse un poco más segura en ese sitio desconocido.

—Son agradables, las conozco desde que entramos a la carrera, pero ya sé que no deseas que te deje

sola —le guiñó un ojo, haciéndola girar para abrazarla por la cintura.

—L-lo siento, no soy muy... Ya sabes —se disculpó afligida, no era justo que pasara la noche ahí, adherido a ella.

—Yo te invité, y así eres perfecta, tranquila —besó sus labios con dulzura—. Vamos a buscar un refresco, ¿o quiere algo más? —negó de inmediato, a veces tomaba vino de mesa, cuando en las cenas servían, le daba un par de tragos y ya, no era buena para engullir, mucho menos para beber.

Anduvieron por ahí, conversaron un rato, luego se unieron sus amigos. Joel y Rodrigo eran agradables, además no la veía como bicho raro, no como muchos otros. La incluían en la conversación riendo, relajados, mientras Marcel mantenía su cintura bien apresada y daba largos tragos a su cerveza carcajeándose por sus estupideces. Eran ligeros, desgarrados, no había pose y tampoco complicaciones. Le agradaron bastante a decir verdad y aunque no participaba, reía también, divertida.

Casi a media noche llegó Micaela junto con las demás. Se adentraron en el tema sin problema, siguiéndoles el ritmo en todo. Anel las observaba asombrada, admirada también. Eran desenvueltas, bonitas, seguras de sí y hablaban fluidamente, incluso le preguntaban a ella esperando su respuesta.

—¡Ey!, Eduardo está peleando con Martin en la puerta... —un chico que no sabía quién era, apareció alterado. De inmediato, se sintió la tensión, ahí y en todo el lugar. Marcel, Joel y Rodrigo se irguieron mirándose entre sí.

—¡Putra madre! —bramó Joel—. Lo va a matar, además, ¿qué hace aquí ese idiota? —Marcel miró a Anel impaciente, debían detenerlo, podía terminar todo muy mal.

—No te preocupes, nosotras nos quedamos con ella. —Su novia asintió un tanto asustada al notar el estrés que eso estaba generando, muchos ya iban para allá. Micaela la tomó por el brazo sonriéndole dulcemente—. Es mejor que aquí esperemos, esas cosas se ponen horribles, chicos al final. —Marcel, alterado, le sonrió apenas, y salió disparado tras sus amigos.

Tanta maldad

CAPÍTULO 18

—Ven, Anel —la instó, llevándola a unas tumbonas con las demás flanqueándolas—. Cuéntanos, ¿cuánto llevas con él? —Todas la miraban con curiosidad.

—Dos semanas —soltó bajito, sonriendo con timidez.

—Guau, creímos que saldría de la universidad sin que nadie lo pudiese pescar —soltó fresca una de ellas. Anel se acomodó un mechón tras la oreja sonriendo sin saber qué decir respecto a eso. De pronto, una chica le acercó un vaso.

—Anda, toma, ya no trae nada el tuyo... —negó educadamente. No tenía sed.

—Así estoy bien... —entre las jóvenes se observaron con complicidad cuando la menor perdió la vista en el lugar. Era asombroso que no hubiera ya tanta gente ahí, seguro estaban en lo de la pelea, pensó un tanto ansiosa. No era que le cayesen mal, pero se sentía segura cuando él estaba a su lado, le daba fuerzas para sentir que podía con lo que fuera.

—¿Haces todo lo que dice? —la desafió otra. Giró sin comprender el tono de crítica—. A los chicos les gustan las niñas con iniciativa. Además, no te dejes manipular, controlar, eso no está bien —expresó con suficiencia la pelinegra.

—No es eso —se excusó, aunque sí había algo de verdad en esas palabras.

—¿Cuánto se llevan? ¿Cinco años? Marcel acaba de cumplir 23, tú, ¿qué?, ¿18? —asintió, acomodándose la gafas. No, ya no quería estar ahí. Había algo en sus miradas, en su forma de moverse.

—Sé tú misma. Anda, pruébalo, te gustará. Total, un traguito no te convertirá en una alcohólica. ¿O crees que nosotras lo somos porque lo hacemos?

—No, pero...

—Anda —y le acercaron una botella que no tuvo la menor idea de dónde salió al tiempo que una le agarraba la nuca con fuerza y otra le hacía la barbilla hacia atrás riendo a carcajadas. Anel, sin comprender lo que ahí ocurría, quiso quitárselas de encima cuando sintió como pasaba el líquido quemando su garganta, pues una sujetaba su nariz para que tuviera que abrir la boca sin remedio. Luchó con sus manos haciendo de todo para que la soltaran, nada cambiaba. Empezó a toser, ahogándose, buscando alejarse de ellas. En cuanto bajaron la botella, otra sacudió su cabeza, divertida. Carcajadas llenas de burla resonaron en aquel solitario lugar.

—¿Qué tal? Todo una experiencia, ¿no? —No lograba respirar bien, su esófago ardía y su voz no salía, ¿qué pasaba, por qué le hicieron eso? Lágrimas provocadas por la propia bebida emanaron sin más, aturdida, intentó levantarse comprendiendo que ahí había maldad de sobra, una mano decidida detuvo su hombro, quiso zafarse, pero su cuerpo no era el de siempre—. ¿Quieres otro? —No pudo negar cuando entre las mismas hacían todo de nuevo.

—¡No! —suplicó, al darse cuenta que pretendían repetir la acción. Cogió sus manos desesperada, aterrorizada. No tenía ni idea de qué bebía, pero su sabor era espantoso y sabía se ahogaría.

Unos segundos después se lo quitaron mientras el líquido se escurría por su cuello hasta humedecer su blusa, sus *jeans*, su cabello. Toda ella era vodka. Sentía la mente ajena a su cuerpo. El mundo le dio vueltas, no lograba enfocar y sus extremidades comenzaron a cosquillear como si una fuerte dosis de

anestesia las estuviera entumeciendo. Huir, eso quería, salir de ahí, pero nada le respondía, su estómago dolía y sentía en el esófago un ácido que ascendía vertiginosamente.

—Supongo que ebria te verás mucho más atractiva, tontita. —Ese tono lleno de odio la hizo girar con mucho esfuerzo. Apoyó ambas manos a los lados de su cadera para levantarse, salir de ahí de una vez, al hacerlo, tropezó, cayendo de lleno sobre el pavimento que rodeaba la piscina. Todas rieron. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, ya no controlaba sus movimientos, su lengua estaba dormida y la cabeza le daba vueltas. Vomitaría irremisiblemente.

—Otra licuadora le caería bien para que aprenda su lección... Marcel era para mí, mosca muerta. —Al verla entre nubes espesas, reconoció a la chica que besó alguna vez en la cafetería. A gatas, sobre el rasposo piso, temblorosa, iba a intentar moverse cuando le volvieron a meter el líquido entre todas.

—¡Qué mierdas! —Anel reconoció esa voz sintiendo que su espíritu desfallecía.

Marcel no podía creer que Lalo perdiera el control de esa manera, sin embargo, que apareciera en su casa con tal desgarbo ese idiota, no era para menos. Cuando al fin lograron separarlos, él mismo trepó a su auto al causante del problema y regresó a la fiesta.

Lalo ya bebía por ahí, y su madre no supo sobre lo ocurrido, así que con Rodrigo al lado anduvo por el jardín casi vacío. Por mucho que sus amigas les hubiesen caído bien a su chiquilla, no las conocía y seguro no se hallaba cómoda del todo, además, ya deseaba irse, tenerla solo para él.

—¿Qué están haciendo? —soltó Rodrigo a su lado. Marcel siguió su mirada, y en cuanto la reconoció, fue corriendo hasta ahí con el corazón palpitando como un puto demente. Las hijas de perra le estaban dando de beber a la fuerza, mientras ella no oponía resistencia. Reían, se burlaban, Laila estaba ahí, de inmediato comprendió todo lleno de miedo.

¡Maldición! Eso no podía estar pasando. Una enorme aprensión y rabia creció al tiempo que se acercaba. Al gritar las responsables de semejante atrocidad se hicieron hacia atrás, asustadas, evidentemente en sus planes no estaba ser descubiertas.

—¡Qué mierdas! —bramó, incrédulo, horrorizado.

—Quería probarlo —se excusó la que tenía la botella, lívida. Marcel se la quitó de un jalón sin poder dar crédito de nada. Se agachó, notando la convulsión de la cual era presa su novia. No, no, no ella. Ardió, ardió al comprender lo que eso implicaría en esa mujer que lo enloquecía. ¿Por qué?

—¡¿Qué carajos le dieron?! —Las jóvenes lo miraban inocentemente.

—Vodka, quería vodka. —Rodrigo del otro lado, hincado, también, la observó preocupado, quitándole los lentes que estaban por caerse. Anel estaba pálida, empapada, moviéndose muy lentamente, evidentemente ebria, más que eso, alcoholizada hasta la última neurona.

—Debes darle una ducha, hacer que saque todo —dijo su amigo. Se levantó, mientras Anel, sollozando, comenzaba a devolver, ahí, frente a todos, lo que había ingerido contra su voluntad. Marcel jamás se sintió más culpable, más miserable. Quería matarlas, quería... Los gemidos lastimeros de Anel lo hicieron comprender que lo primero era ella, y lo ocurrido era en parte su jodida responsabilidad y que la autoestima de ese ser por el que ya daría mucho de lo que algún día se planteó, sería nuevamente dañada—. ¡Son unas malditas zorras! —escuchó a Rodrigo rugir mientras él sujetaba su cabello y su cadera temeroso de que cayera.

—Nosotras no hicimos nada, ella quiso probar. —Marcel no aguantó, se puso de pie violentamente y se acercó con la que varias veces retozó. La joven retrocedió al verlo así, con la mirada desorbitada, los puños apretados, los dientes tensos y la rabia dibujada en cada facción.

—Eres una maldita arpía, Laila, y jamás dejarás de serlo, nunca me interesaste... Te creí muchas cosas, pero, además de ofrecida, eres una maldita hija de perra que no quiero volver a ver en mi jodida

vida y, créeme, dentro de ti hay pura mierda, estás seca. —Todas se quedaron pasmadas. Anel se retorció ansiosa, gimiendo quedamente. Marcel temblaba, lleno de rencor, de indignación. Se acercó de nuevo a su novia. Su cuerpo delgado intentaba moverse.

—¿Qué pasó? —Era Lalo.

—Tiene que darle una ducha, le dará una jodida congestión. —Marcel la levantó sin perder el tiempo cuando pareció que dejaba de devolver. Lalo asintió preocupado al ver a la chica pálida, laxa, sin conciencia. Su estado era deplorable. Atónito, se pasó las manos por el cabello.

—Ya sabes, el que quieras... En todos hay toallas, buscaré ropa —casi corriendo, entró con ella perdida en sus brazos. La madre de su amigo apareció de pronto. Era muy relajada, una mujer sin complicaciones. Al verla, se llevó las manos a la boca.

—¿Qué ocurrió, tomó de más?, está muy pálida. —Rodrigo, indignado hasta lo indecible, se quedó con ella explicándole mientras su amigo llevaba a su novia cuesta arriba.

En cuanto estuvo en el baño de aquel cuarto, la sentó sobre el inodoro. Anel no reaccionaba por mucho que agitaba su barbilla con cuidado. Su cabeza colgaba de un lado a otro inerte. Ese miedo de que algo le ocurriera, de que fuera nuevamente en parte responsable de una tragedia, apareció golpeándolo sin piedad.

Ella no, no.

Prendió la ducha con esfuerzos pues Anel no despertaba y estaba pálida, demasiado. Se quitó la cazadora, los zapatos, lo mismo hizo con ella, y, sin pensarlo dos veces, la metió bajo el chorro.

La chica al principio se quejó, pero al sentir el agua tan fría sobre sí, reaccionó de pronto y de nuevo las convulsiones. Cuando verificó que sacara de su sistema lo que pudiera de alcohol, la pegó más a él besando sus húmeda cabellera, desesperado.

—Aquí estoy, estarás bien, Estrellita, tranquila —gimió quedamente, sin fuerzas. La rabia e impotencia lo carcomían, ¿por qué a ella, por qué así?—. Perdóname, mi niña, perdóname —sintió los ojos escocer, deseaba él ser quien estuviera pasando por algo como eso.

—M-mar... —intentó hablar.

—Shh, sé que está fría, pero ayudará. —En cualquier otro momento estaría titiritando, sin embargo, no con los millones de sentimientos que en ese momento experimentaba, no con ella así, tan mal, tan ida, tan herida en su interior.

—Quiero irme. —Al escucharla decir una frase completa sintió que el alma le regresaba al cuerpo, había actuado rápido, de lo contrario hubiese terminado en un puto hospital. La aferró con mayor fuerza besando con ansiedad todo su rostro asintiendo una y otra vez.

—Sí, preciosa, aguarda un segundo más —poco a poco fue recobrando fuerza, lo supo porque alzó sus brazos con debilidad y se acurrucó en su pecho también empapado. Ahora temblaba, fue abriendo la toma caliente y poco a poco se fueron templando. Unos minutos después la sacó en brazos. Afuera, la madre de su amigo y Rodrigo ya estaban aguardando.

—¿Reaccionó? —Marcel asintió sin poder hablar—. ¿Cómo pudieron hacer algo así? —soltó la señora azorada. Marcel y Rodrigo se miraron negando. Anel ya estaba sentada sobre la cama, tiritando—. La ayudaré a cambiarse, ahí también hay ropa para ti, Marcel. —Sin remedio las dejó solas unos segundos saliendo de la habitación con su amigo a un lado. Al regresar, la mujer le colocaba una frazada encima—. Dale eso, la ayudará —tomó una bebida blanquecina que estaba sobre una cómoda—. Estarás bien, Anel —le dijo con ternura, acariciando su pálido rostro—. ¿Hablamos a sus padres? —quiso saber la mujer. Marcel negó con firmeza.

—No te preocupes, Ingrid, lo peor ya pasó, mejor que no lo sepan, no entenderán lo ocurrido.

—Bien, los dejo... Mi marido y yo hablaremos con esas niñas, no saben lo que pudieron ocasionar. Una tragedia en mi casa, eso sí que no —dijo y salió junto con Rodrigo dejándolos a ambos en la habitación.

Marcel se puso de cuclillas frente a ella acercándole el vaso. Anel, con su dulce mirada perdida, negó haciendo su rostro a un lado.

—An, por favor, tómalo, te caerá bien... —Las lágrimas salieron de pronto. No otra vez, no las soportaba, no en ella. La piel se le erizó al tiempo que atrapaba una con la yema de sus dedos observándola con suma atención, dolía su dolor.

—Llévame..., qui... quiero ir... irme —le rogó sollozando. ¡Y una mierda sino haría lo que quería!

—Dale un trago y juro que eso haremos —obediente, fue ingiriendo de a poco aquello que no sabía tan mal. Cuando creyó que era suficiente, lo dejó en la mesa de noche y acunó su barbilla con ternura, sintiéndose demasiado culpable—. ¿Cómo te sientes?

—M-mareada... Me... duele... la cabeza, el es... estómago —soltó, cerrando los ojos recordando sin poder evitarlo cómo era que todo aquel alcohol entró en su sistema. De nuevo se sentía vulnerable, expuesta, con su interior doblegado, humillado.

—Ya nos vamos —la cubrió con la frazada al tiempo que la elevaba. De inmediato, se acurrucó contra su pecho soltando un débil sollozo y escondiendo su rostro en la curva de su cuello, deseaba que jamás la soltara, que la apretara tanto que nunca más pudiera separarse de él.

Rodrigo esperaba en una silla en la planta baja, adyacente a las escaleras. En cuanto lo vio bajar con la joven envuelta y con mejor cara, lo miró a los ojos. El dolor en la mirada de Marcel lo dejó helado, ni en mil años imaginó verlo así, sufriendo abiertamente por alguien. Era sombrero notar como la vida podía cambiar de pronto el interior de las personas tornando lo que siempre fue en algo completamente extraño, nuevo. Sacudió la cabeza, afligido.

—Te ayudo —dijo y salieron juntos. Abrió la puerta de la camioneta para que la pudiera dejar ahí, cosa que hizo con una ternura asombrosa, era como si depositara una pequeña flor delicada sobre un lugar en el que no deseaba dejarla.

—Lo siento, hermano... No creí a Laila y Micaela capaces de algo así. —Marcel negó cabizbajo, con los puños apretados. Todo era una revolución dentro de su piel.

—La pagarán. Nos vemos luego. Anel debe descansar, avísale a Lalo e Ingrid. —Este asintió dándole las gafas, para luego meter las manos dentro de los bolsos del jeans.

Esa niña tan dulce, y hermosa no podía haber pasado por algo así. Le estrujó el corazón saber la atrocidad que acababa de vivir. No podía evitarlo, le gustaba, le gustaba bastante, pero estaba con él, peor aún, él estaba con ella, en todos los sentidos posibles y, por lo mismo, su sentimiento debía dejarlo guardado. Negando, entró a la casa.

Al llegar al apartamento, Anel dormía profundamente. Le quitó algunos cabellos del rostro y besó su frente con aprensión. Ya en su habitación, la desnudó con cuidado, mientras ella a veces cooperaba, para de pronto volver a caer rendida. Le puso el pijama, la recostó de lado y la arropó. Se quitó la ropa prestada dejándola en un bulto junto al sofá donde hacía unas horas le había dicho esas dulces palabras. ¿Por qué mierdas no se quedó ahí con ella, solos, tranquilos?

¡Malditas arpías! Pero no se quedaría así lo que pasó, no cuando se trataba de esa preciosa niña que comprendía iluminaba su vida de esa forma tan especial. Se metió bajo las cobijas y se colocó detrás de ella, debía permanecer así, vigilándole el sueño, pues si por algo deseaba devolver, él estaría allí para auxiliarla.

No descansó nada, si Anel se movía o quejaba leve, abría los ojos de inmediato, preocupado. No obstante, ella parecía no ser consciente de su entorno y con lo mucho que vomitó, logró expulsar suficiente alcohol para equilibrar su sistema nervioso.

Con los ojos abiertos, la observó moverse sutilmente cuando el sol se derramó en su rostro. Se apoyó en un codo para verla. Parecía llevar despierta también un buen rato, mantenía la vista perdida en algún punto, su rostro era el mismo que el día que descubrió esos jodidos golpes. Besó su hombro y luego su cabeza.

—¿Por qué? —preguntó dolida, herida, con voz triste. Soltó un suspiro sintiendo su pecho estrujarse, apretarse tanto que creyó sufría un daño interno. La hizo girar para poder clavar los ojos en los suyos. Estaba aún pálida, pero decididamente mejor. Sonrió, acariciando su mejilla.

—Por mi culpa... Preciosa. —Ella alzó la vista cansada y la enfocó en la suya claramente confusa—. No debí llevarte, tampoco dejarte con ellas. Discúlpame, jamás creí que sucedería algo semejante. —Anel dejó salir un sollozo y escondió la cabeza en su pecho, el llanto apareció desbordado.

Se había asustado, la incertidumbre de no comprender lo que ahí ocurría, de darse cuenta de la malicia generalizada, de ser blanco nuevamente de abuso; la rebasó sin poder evitarlo. Odiaba su debilidad, odiaba no haberse puesto a salvo, odiaba que la dañaran sin razón, odiaba su cobardía.

Marcel la arropó, impotente, esperando con prudencia que cesara esa reacción que rasgaba su alma. Muchos minutos después ya estaba más tranquila, su mejilla la tenía apoyada contra su pecho y sus manos descansaban a los lados de su rostro.

—No fue tu culpa, sentí que iba algo raro y no me alejé a tiempo —aceptó perdida en los recuerdos, doliéndole aún lo ocurrido, sin entender por qué tanta abominación, tanta maldad.

—An, yo te dejé sola...

—Creo que una..., una de ellas. —Marcel se tensó, resoplando, sabía bien lo que quería decir.

—Sí, lo sé..., y te juro que jamás se acercarán, ¿sí?... No dejaré que nada malo te vuelva a pasar. —Anel sintió un agujonazo justo en medio del pecho. Ella rogaba encontrar la solución a su vida lo antes posible pues de pronto se sentía nuevamente demasiado débil para enfrentarlo todo.

Durante el día permaneció taciturna, ya nada común cuando estaba a su lado. Prácticamente no habló, pues permanecía con la mirada perdida, reflexiva, pensativa, replegada al ciento por ciento. Le costó muchísimo que comiera, aunque lo logró después de un gran esfuerzo y de miles de caricias tiernas por su espalda, rostro y brazos. La mantuvo ahí, pegada a su cuerpo la mayor parte del tiempo, sintiendo la necesidad de resguardarla así para siempre, deseando que jamás se fuera de su lado, odiando profundamente a quienes eran responsables de regresarla a aquel estado que tanto trabajo costó dejar atrás.

—¿Estarás bien, Estrellita? —Así era como la veía, como una luz que se extinguía, que de pronto brillaba tanto que su mundo se iluminaba y que otras tantas, simplemente lo hacía sentir cálido, sereno, pues su brillo era tan relajante como el de la luna llena sobre el cielo permeándolo todo sin encandilar.

—Sí —murmuró cabizbaja, observando sus manos, necesitaba volver a unir pedazo a pedazo su roto ser para emerger una vez más y tener la fuerza necesaria para afrontar su realidad, esa que deseaba cambiar.

Odiaba separarse de ella, pero no podía provocarle un problema más. Elevó su barbilla con ternura acariciando con el pulgar su piel. Tenía ojeras, aún estaba algo pálida, sus ojos no brillaban, aun así, lo iluminaba todo.

—Estoy contigo... ¿De acuerdo?, no lo olvides. —Anel asintió seria. Marcel moría por ver una sonrisa en esa carita dulce, por ver sus lagunas derretirse como solía suceder. Rozó sus labios,

absorbiendo su aroma unos segundos—. Te veo mañana... —La chica descendió en silencio, ausente.

Con la maldita ansiedad a flor de piel, deseando con todas sus fuerzas controlarse, decidió que debía hacer algo que lo contuviera si no iría a terminar con esas chicas que fracturaron el espíritu de ese ser por el que sabía, ya daría todo.

Al verlo Efrén ahí, lo saludó asombrado.

—¿Todo bien, Marcel? —preguntó su tío. No traía buena cara, pero lo más extraño era verlo, sin más, llevaba años de no aparecerse. El joven asintió serio—. Estábamos por cenar, ¿te quedas? —Adentro los ruidos de los niños se escuchaban sin dificultad. Sí, el ambiente que ahí existía lleno de tranquilidad y sosiego, ayudaría por ahora.

—Gracias, eso me gustaría —murmuró, necesitando perder su cabeza en algo que no fuera todo lo jodidamente horrible de las últimas horas.

—Es tu casa, lo sabes, Gina se pondrá feliz.

Aparentemente frágil

CAPÍTULO 19

Anel entró, nadie la notó, cosa que agradeció. Se escuchaba el ruido del televisor en el cuarto de su madre. Seguro ya habría llegado su marido, pues el típico canal de música estaba a todo volumen. Pasó por la habitación de su hermana, para variar, no se encontraba.

Sintiéndose vacía de nuevo, con un agujero de enormes proporciones en el pecho, se dio una ducha, se puso el pijama y se perdió sin dificultad en el país de los sueños, se sentía demasiado cansada, harta, decepcionada, por lo mismo no pudo ver los mensajes de Marcel preguntándole si todo iba bien.

—Joven —la voz del conserje lo hizo virar. Jugar con Natalia a construir una muralla y terminar viendo una película de princesas con sus primas y tíos en la sala, después de merendar quesadillas, lo hizo sentir menos miserable, no tan solo, como comenzaba a suceder cuando ella no estaba.

Alzó la vista agotado, pasaban de las diez, solo quería tumbarse sobre la cama rogando que estuviera dormida y esa fuese la causa por la que no respondió ninguno de los mensajes que le mandó desde las siete que la dejó ahí, en otro maldito infierno pues la veía agotada.

—¿Qué pasa, Manuel? —Iba rumbo al elevador cuando este lo interceptó.

—En la acera lo esperan, me dijeron que le avisara —intrigado y un tanto molesto, anduvo junto a él por las escaleras directo al *lobby*. Abrió la puerta de vidrio robusto y no pudo creer que estuvieran ahí.

Rodrigo, Joel y Lalo, junto con las malditas hijas de perra, incluida Laila, aguardaban sentados en los escalones. No los vio al pasar, supuso porque iba tan ensimismado con todo lo ocurrido que no se fijó. Apretó los puños rabioso, lo que intentó someter todo el día, salió sin más.

—Quiero que saquen su patético trasero de aquí. ¡Ahora! —rugió. Rodrigo sacudió la cabeza, sabía que esa sería su reacción. Las cinco chicas que con alevosía crearon todo aquello, ya de pie, parecían entre afligidas y asustadas.

—Venimos a hablar —logró decir Micaela al lado de Joel, nerviosa. Marcel se detuvo a varios metros, contenido. Sus manos cosquilleaban, sin embargo, logró manejarlo.

—Quiero que se vayan, me importa una mierda lo que quieran decir. ¡Lárguense o no respondo! —Las amenazó con voz ronca, inyectada de cólera. Laila, pasando saliva dio un paso al frente, parecía arrepentida.

—Fui una hija de perra, lo sé... Yo... —Marcel se colocó a unos centímetros de su rostro escrutándola peor que a un bicho.

—Tú eres una maldita hija de puta, Laila, lo que hiciste no tuvo nombre, fue bajo, abusivo y, además, peligroso. ¿Si lo entiende esa cabeza hueca, verdad? —Y perforó su cráneo con ira. Nadie intervino, pero era evidente el porqué no iban solas.

—Sí, lo entiendo y sé que pasé la línea —murmuró, culpable. Él se carcajeó con sorna.

—¿La línea? Estás enferma, loca. Son cobardes, tuvieron que hacerlo entre todas para someterla, para amedrentarla. ¡Pudo haber muerto! Y tú no estarías ahorita aquí... ¿Comprendes? Porque yo mismo me hubiese encargado de refundirte en la puta cárcel, de hecho, ganas no me faltan, ese tipo de cosas ya están tipificadas, ¿los sabías? —Ella asintió con lágrimas en los ojos.

—Marcel —era Lalo—. En serio están arrepentidas, saben lo que pudieron provocar, sus padres están

al tanto, no la están pasando nada bien... Escúchalas.

—¿Y eso en qué cambia lo que ocurrió? ¡Eh! —Y las miró a todas con profundo odio, repugnancia—. ¿En qué? La lastimaron, abusaron de su ingenuidad, ella solo quería agradar y ustedes ya planeaban herirla, demostrarle una vez más que existe gente mierda. No soporto ni verlas, me dan asco y aunque ella las perdonara, yo no. Las huellas de esto tardarán mucho más tiempo de lo que su puta cabeza vacía puede imaginar. —Todos bajaron la vista, salvo Rodrigo que comprendió algo en ese instante, algo que sabía, ni el mismo Marcel conocía; su mejor amigo estaba completamente enamorado de Anel, más que eso, esa niña ya era parte vital de su mundo, su eje y en silencio avaló su actitud hacia esas jóvenes, porque por mucho que se arrepintieran, lo que hicieron no tenía nombre, mucho menos justificación y si estuviera en su lugar, tampoco las querría cerca jamás—. Así que váyanse, no las quiero ver, en serio estoy haciendo un gran esfuerzo para no hacer una estupidez.

—Lo sentimos, de verdad, hablaremos con ella, le diremos... —Micaela se retorció las manos, ansiosa. Marcel rápidamente se ubicó frente a la chica, tenso.

—No se acerquen a Anel, se los advierto —se alejó un poco mirándolas a todas—. Si una de ustedes lo hace, me conocerán, no estoy jugando.

—Marcel —intervino Joel, intentando conciliar las cosas.

—¡No te metas! —bramó—. Dudo que te gustaría ver a tu hermana en una puta situación similar, ¿o sí? —Su amigo bajó la cabeza negando—. No tuvo ni una jodida oportunidad de defenderse, carajo, eran cinco malditas enfermas con la cabeza llena de basura que planeaban hacer justo lo que hicieron. Así que ya lo saben, no me conocen, nos las conozco y no se acerquen. No juego, no con eso —giró hacia Laila, serio—. Y tú, mujer patética, debes saber que aunque Anel no se hubiese cruzado en mi camino, jamás, escúchalo muy bien, jamás hubiera llegado a algo más contigo y sabes por qué, porque eres baja, cobarde, basura y Anel, mi novia, créeme, es mucho más mujer que tú y todas ustedes juntas y esto... Esto solo la hará más fuerte —concluyó e ingresó a su apartamento junto a Lalo y Rodrigo.

Al entrar, la soledad de saberla lejos, lo aplastó. Dio un golpe a la pared consciente de que no iba solo.

—¿Por qué las trajeron? —cuestionó, saliendo a la terraza para prender un cigarrillo. Entre ellos se miraron, solía fumar donde se le viniera en gana. Lo siguieron, Lalo encendió otro mientras se tumbaba en la sala del exterior con su típico desgarmo.

—Están arrepentidas, pero no querían venir solas. —Marcel rio con sarcasmo, observando la ciudad. Evocándola. Saldría adelante, lo sentía, lo sabía. Esa fuerza oculta que poseía era una de las cosas que más le atraían de esa personalidad aparentemente frágil.

—Ellas sí violentan a alguien y no quieren salir lastimadas, brujas cobardes. Me alegra que teman de mi reacción, porque juro que si se le acercan, les retuerzo el cuello. —Rodrigo resopló estudiándolo.

—¿Cómo está? —Marcel no era estúpido, se daba cuenta de cómo la miraba, que de verdad le gustaba. No le importó, sabía que él no daría un paso jamás, no con lo leal y noble que era. Se encogió de hombros dejando salir el humo, negando.

—Ella... Ella no tiene las cosas fáciles y esto no ayuda... Pero lo superará —no pensaba decir más.

—Fue salvaje, y se los dije, lo que hicieron se puede denunciar, pero con lo que mis padres les dijeron ayer, con los castigos que les impusieron los propios y con el miedo que les dio que todo mundo supieran lo que hicieron; creo que te harán caso.

—Eso espero, porque no bromeo; Anel es mía y no permitiré que nadie la toque nunca. —La posesividad con la que habló los descolocó, no obstante, con Marcel las cosas no podían ser diferentes, nunca hacía contacto con sus sentimientos, nunca se mostraba tal cual y mucho menos diría lo que en

realidad le despertaba esa niña de gesto dulce cuando ni siquiera él mismo lo sabía.

Una hora después quedó solo. En la penumbra de su habitación dejó salir un gemido lastimero. Ya odiaba con toda su alma las noches sin ese cuerpo flacucho, sin escucharla hacer esos ruiditos tan perfectos, sin poder tocarla, sin poder sentirla, sin poder escuchar de sus labios tan solo las palabras exactas, las adecuadas. No quería pensar, no deseaba ahondar en lo que en su interior sucedía, lo cierto era que nunca había experimentado nada igual, ni siquiera parecido. Anel habitaba en su piel, en sus pulmones, en sus células, en sus jodidas neuronas y lo peor... Le gustaba que así fuera.

Los días subsecuentes estuvieron permeados de silencios, de su actitud ausente, y de las mismas reacciones maravillosas cuando la tocaba. En la universidad parecía alerta casi todo el tiempo a pesar de que no la dejaba sola, sin embargo, por las tardes, se relajaba, ahí, en ese sitio que la reclamaba cuando no estaba. Comió lo que había, incluso logró hacerla reír más de una vez cuando le rogó que jugara con la consola aquel juego de dibujos animados. Sus risas burbujeaban, lo encendían. Anel a su lado era la verdadera, la que lo enloquecía, por lo mismo adoraba estar a solas con ella, para verla emerger y ser lo que tanto le atraía.

En otra ocasión su novia le pidió que la acompañara a Los Colomos. Algo maquinaba, comprendió observándola. ¿Cómo lo sabía? Ni idea, pero sentía conocerla demasiado a pesar del poco tiempo juntos, cosa que le agradaba y a la vez, lo preocupaba. Ahí caminaron por más de una hora tomados de la mano, disfrutando el silencio del lugar, del olor que solo esa cantidad de árboles podía regalar, por algo lo llamaban el pulmón de la ciudad.

Para el jueves ya casi era la que solía.

Admiró, sin poder evitarlo, la capacidad que tenía para no permanecer regodeándose en aquellos malos ratos, sino de alguna forma acomodarlos en su interior, levantar la cabeza y seguir. Si él le regalaba un buen momento, ella... Ella lo tomaba. Si la intentaba divertir, ella reía. Si deseaba oír la gemir por su roce, ella eso hacía. Era única, en más de una manera y eso lo cautivaba más cada minuto que pasaba a su lado.

—Mañana tengo una entrevista de trabajo —le dijo cuando se estacionaba en la esquina de aquella inmensa casa. Marcel parpadeó sin comprender un carajo.

—¿Qué? —Anel veía atenta el exterior iluminado por esas luces amarillentas que se instalaban cada ciertos metros.

—Hace unas semanas metí algunas solicitudes en distintos lugares, no me habían llamado, pero ya lo hicieron. —El chico asintió observándola—. Creo que dejaré la carrera, a lo mejor termino el semestre y ya... No lo sé —soltó con neutralidad. Arrugando la frente siguió mirándola, descompuesto. Lo sucedido el fin de semana quedó enterrado y desde quién sabía cuándo otras cosas ocupaban su mente. ¿Qué mierdas ocurría? ¿Todo eso lo estuvo maquinando bajo sus narices y él ni siquiera se percató?—. Es lo mejor, investigué y en un par de meses es el examen para lo que sí deseo estudiar: Medios audiovisuales, quizá lo posponga, debo primero ver cómo haré para sustentarme y todo eso —apretó el volante furioso. ¿Por qué carajos hizo todo eso a sus espaldas y en ese momento se lo contaba así, tan fresca, como si del clima hablara?

—Ya veo que has tomado tus decisiones —el ácido de su voz la hizo girar. Creyó que le agradaría verla tomar las riendas, que le aplaudiría el hecho de que quisiera salirse de su casa, de no estudiar algo que en realidad aborrecía. Todo lo que pasó con esas chicas, aunado a la situación en esa casa que aborrecía, la habían hecho sentir que pese a que pudiera pasar hambre, o momentos llenos de complicación, debía dar el paso ya. Buscaría la manera de que ese hombre no diera con ella y de alguna forma lograría vivir sin sentir todo el tiempo ese miedo, esa paranoia, esa rechazo, ese maldito dolor que la consumía y hería cada día, después de todo era su madre la que propinaba a su alma las peores

estocadas. Sí, hacer eso era lo mejor.

—Yo..., bueno, no —murmuró, acomodándose un mechón turbada—, es solo que...

—Es tu vida, Anel, haz lo que te parezca... No tienes que consultarme todo lo que hagas ni todo lo que decidas, al final, solo somos novios, nada más y yo tampoco te digo todo lo que hago, ni mis decisiones. —Su corazón se detuvo unos segundos en los que pesó tanto como si varias piedras estuviesen ahí, oprimiéndolo.

—Marcel... —intentó comprenderlo, pero no podía. Él le había dicho que no debía soportar aquello que vivía, él le inyectaba el valor que necesitaba para tomar esa decisión, él era el motor que generaba la necesidad de vivir de forma distinta. ¿Por qué reaccionaba así?

—Debo irme, quedé con Joel, buenas noches. —La chica, con aquel maldito nudo en la garganta, lo observó perpleja. Su vida subía, bajaba e iba de un lado a otro y ya no lograba saber por dónde vendría lo siguiente. Su respiración se ralentizó, no quería un problema con Marcel, pero no lograba encontrar la razón de su molestia.

—No es así. —El chico la miró con rabia que logró disfrazar con una fría indiferencia. Lo hería demasiado que no lo tomara en cuenta, no pensar en él como opción, que no le pidiera ayuda, su jodida independencia lo encolerizaba. Le sobraba el puto dinero, no sería un jodido problema ayudarla, en vez de eso, prefería matarse en horarios eternos, mala paga y vivir miserablemente. Bueno, pues sí eso quería, que lo hiciera.

—Da igual, Anel. Ahora, si me disculpas, tengo algo de prisa —sus labios temblaron, pudo esconder lo que su actitud provocaba en el centro de su ser. No rogaría, jamás lo haría pese a que la ansiedad por comprenderlo la consumía.

Descendió, ofuscada. Harta. Cansada.

¿Por qué nada de lo que hacía era nunca suficiente?

Una lágrima traicionera rodó bajo sus gafas, la limpió, intentando llenar sus pulmones con el aire de la noche. Eso no importaba, hundida ya estaba, así que seguiría con lo planeado, no podía detenerse, ya no. Empezaría de nuevo y lograría recuperar aquello que no tenía idea dónde encontraría, pero que sabía, obtendría.

Subió los escalones desganada, afligida. Él mismo le dio la pauta y después de darle muchas vueltas, noches sin dormir y horas pensando, decidió que eso era lo mejor. No involucraría a su tía en su decisión, tampoco a Ariana, ella tenía su vida. Lo haría sola, debía poder, no era tonta, tampoco una inútil y odiaba verse reducida a lo que su mamá, con una palabra, lograba reducirla, eso sin contar el pánico que le tenía a ese hombre. Cerró la puerta de su habitación abatida, confundida, muy dolida.

—¿Dónde te estás metiendo, caramelo? —En cuanto escuchó esa voz su cuerpo olvidó todo, el estado de terror se apoderó de su piel, de sus vellos, de su cerebro. Por reflejo, quiso llegar de nuevo a la puerta. Su repugnante mano apretando su cintura y pegándola a su cuerpo, la detuvo. Sintió ese asqueroso aliento en su cuello al tiempo que le tapaba la boca—. Siempre hueles tan bien —con su lengua probó parte de su piel. Se removió muerta de miedo, con las piernas temblorosas y lágrimas sobre sus ojos que no dejaría brotar. De un movimiento la pegó a una pared para quedar frente a ella sin mover su mano de los labios—. La quitaré, pero no gritarás —le advirtió demente. Lo hizo, notándola temblar.

—Lárguese —exigió en un susurro un tanto envalentonada a pesar del pánico que corría vertiginoso por cada hueso, extremidad. Alfredo sonrió con ironía—. Lárguese o gritaré tan fuerte que todos escucharán —le advirtió respirando, entrecortada. El hombre rio con cinismo.

—Esta es mi casa, caramelo y tú, parte de ella. Si gritas, saldrás perdiendo, eso te lo aseguro —lo quiso aventar, lo único que logró fue que se pegara aún más. Su masculinidad tan cerca comenzó a

generarle unas horripilantes náuseas que prácticamente le extinguían la voz—. Últimamente te has puesto aún más linda —acarició su mejilla. Anel giró el rostro, pero él apresó su mentón con fuerza—. Espero no estés en algo más que los estudios.

—Lo odio —musitó con una aversión pintada en cada facción. De nuevo forcejeó, sin dificultad la sometió lastimándola un poco.

—Y yo te deseo, pero mientras vivas bajo mi techo, eso te protegerá. Si huyes... Caramelo, te encontraré, lo sabes, ¿cierto? Y serás mía una y otra vez. Te escucharé gemir y jadear mi nombre como toda una mujer, ya verás... Así que si sales de esta casa, lo tomaré como una invitación a este inocente cuerpo que, escúchalo bien... —con ambas manos apretó su cuello acercando la boca a su oído mientras ella buscaba zafarse con violencia—, es mío, y no quiero enterarme de lo contrario... Me he contenido porque te sé bajo mi techo, porque puedo contemplarte a mis anchas, porque así sé que no estás con nadie, pero si eso deja de ser... No me detendré. ¿Entendido? —Anel se detuvo, ya no lograba respirar, sus palabras parecían navajas filosas viajando por sus venas rompiendo cada arteria, dejándola desangrar sin esperanzas y, ahora, con más terror. Besó su frente y desapareció soltando una carcajada que le pareció abominablemente siniestra.

Temblando como una pluma mecida por un espeluznante viento, se dejó caer de a poco. Se llevó las manos a la cabeza, agarró su cabello y lo jaló deseando sentir algo más que esa espantosa sensación de horror, de eterno dolor. ¿Qué haría? ¿Cómo saldría de eso? Si tomaba un camión y se iba, si huía. Se comenzó a pegar en la nuca una y otra vez desesperada. Debía hacerlo, era la única opción. Juntaría algo de dinero, podía hacerlo, y se iría lejos, no sabía a dónde, ni cómo, pero era lo mejor.

Bajo la ducha, llorando sin poder contenerse, dejó salir todo lo que la frustraba, todo lo que la iba consumiendo a tan corta edad. Por mucho que deseara pensar con mayor claridad las ideas no llegaban, la mente estaba colmada de sentimientos sangrantes que no le permitían ver más allá.

Sin haber dormido ni un poco, decidió no ir a la universidad, no quería ni deseaba fingir que el mundo no se desmoronaba, que ya no soportaría otra estocada, que se sentía débil, vencida y muy sola.

Marcel la deseaba, la veía más como una posesión que como otra cosa, conocía bien su papel en la vida de ese chico que adoraba. Le importaba, estaba segura, pero no sabía bien el para qué... Tenían relaciones casi a diario, la miraba con deseo siempre y la prendía sin dificultad, de ahí en más, no era tonta, él no se dejaba fluir, no como ella y algo en su interior sabía, eso jamás sucedería.

Salió casi al amanecer justo cuando el sol comenzaba a asomarse y algunos rayos pintaban de color naranja las calles. Sin hacer uso del chofer decidió que estar lejos era lo mejor. Con su mochila colgando en su hombro, tomó un taxi y partió. Sí, eso ayudaría, decidió llorosa.

No respondía el móvil, estaba seguro que no había llegado al campus y para mediodía ya estaba realmente asustado. Después de dejarla la noche anterior, irritado, decidió embriagarse con Joel en un bar no muy lejano de su casa.

Esa chiquilla volteaba su mundo una y otra vez y ni siquiera parecía ser consciente de ello. La necesitaba como el aire, la ansiaba como la piel al sol, le dolía su situación como si fuese limón en una jodida herida expuesta y ella, pese a decir que lo quería, pese al verlo en sus ojos todo el tiempo, lo hacía a un lado con esa facilidad que lo aniquilaba. No lograba sujetarla, no lograba mantenerla ahí por mucho que hiciera. Anel compartía su cuerpo, incluso su alma con él, pero no cedía nada, era libre, libre en el interior y ni siquiera los sentimientos que le generaba lograban anclarla. Ella hacía lo que sentía, ese era su motor, jamás lo que esperaban.

¡Mierda!

Perdía la cordura, el control de su vida de nuevo lo cedía, y ya nada era como debía.

Mara y Alegra le dijeron que a veces hacía eso; desaparecía todo un día y luego llegaba como si nada. Eso no lo tranquilizó, solo quería verla, saberla bien, necesitaba olerla y perderse en su aliento, ansiaba sentir su suavidad y encontrar en su mirada esa paz que solo ella le transmitía.

No pudo más y ansioso, decidió tocar en su casa pidiendo hablar con Cleo, aquella señora que en algún momento le mencionó. Una mujer menuda y regordeta apareció intrigada.

—¿Me busca? —Lo examinó de arriba abajo desde su metro cincuenta.

—Es Cleo, ¿cierto? —Ella asintió con las manos dentro del mandil blanco—. ¿Sabe dónde está Anel? —La ama de llaves lo alejó de la puerta tomándolo del brazo.

—¿Tú quién eres, jovencito? —Marcel sonrió un tanto avergonzado.

—Su novio —le gustaba que alguien de ese maldito lugar donde vivía, lo supiera. La mujer abrió los ojos sonriendo con alegría. Lo estudió complacida.

—Vaya, no sabía que Any tenía un novio, menos uno tan guapo. —Marcel sonrió, elevando la comisura de su boca—. No, no sé —lo miró culpable—. En general no sé dónde se mete, ahora supongo que ha de estar contigo la mayor parte del tiempo —soltó bajito.

—Sí, pero hoy no llegó a clases. —dijo y la mujer observó sus pies. Algo debió ocurrir, Anel solía huir de su realidad cuando las cosas no iban bien, para luego regresar sosegada y enfrentar nuevamente su vida.

—Puede que fuera a tomar fotografías —murmuró, perdiendo la vista en la calle. Marcel entornó los ojos.

—No la lastimaron, ¿verdad? —Con sus ojitos bien abiertos giró encarándolo, asombrada—. Sí, sé bien que la golpea su madre. —El labio de la señora tembló asintiendo con tristeza—. ¿Puedo pedirle un favor enorme? —asintió dudosa—. ¿Tiene donde anotar? Quisiera dejarle mi número de móvil, si por algo, algún día cree que debe llamarme, hágalo, no lo dude, a la hora que sea, el día que sea... No importa. ¿Sí? —La empleada sacó su teléfono de inmediato. Una vez que se cercioró de que ese era, marcándole, lo guardó.

—Me alegra que Any no esté sola —musitó, colocando una mano sobre su pecho—. Es una chica que no debería vivir todo esto y... Ojalá, logre salir pronto. —No le gustó en lo absoluto su tono, la manera de decirlo, de hablar. Fuera de tranquilizarlo lo inquietó más.

¿Dónde carajos estaba?

Lo que sí era

CAPÍTULO 20

Marcó miles de veces más. Poco antes de las seis la llamada al fin entró.

—Hola... —su voz sonó tan serena como siempre. Casi deja salir el aire contenido de todo el día. Mierda, era como si la luz que sintió apagada por horas, se encendiera tenue, pero de alguna manera iluminara.

—¿Dónde estás? —le exigió saber poniéndose de pie en la sala, dando vueltas por la estancia como un león rabioso.

—Regresando de unas ruinas —¿Qué?, ¿era en serio? No podía creer esa independencia, ese ser tan temerario para algunas cosas y cuando se trataba de personas, tan miedosa.

—Iré por ti, ahora.

—Aún no llego. —Apretó el aparato lleno de ansiedad.

—¿Dónde te dejará el bendito camión o en lo que vayas?, porque vas sola, ¿no es así? —De pronto los celos al pensar que alguien más la hubiese acompañado, lo carcomieron.

—Sí, sola... Yo llego a tu apartamento —dijo serena, incluso un tanto cortante. Se desaparecía, sin más y parecía que no registraba lo que hizo, que le importaba un carajo tenerlo así, asustado, muerto de miedo de que algo le hubiese pasado.

—Dime a dónde jodidos voy por ti, y no estoy jugando, Anel. Te desapareces sin más y te da igual. ¡Maldición, pensé lo peor! —le gritó frustrado.

—Si estás molesto, no deseo verte —El chico observó el móvil como si fuese algo ajeno, algo que no reconocía. ¿Ella le dijo eso?

—Solo quiero estar contigo, ¿a dónde voy por ti? —preguntó bajándole unos grados a su tono, aunque aún irritado.

—En la nueva central, llego en media hora —apuntó tranquila.

—Espero que ahí estés —colgó y salió para allá de prisa. Deseoso de verla, aliviado de saberla con bien, pero furioso por su inconsciencia, por ponerse en peligro con esa facilidad y también asombrado por su claridad.

La joven bajó del camión y él ya estaba ahí, de pie. Sus ojos lanzaban fuego, llamas que quemaban. Acomodándose un mechón anduvo hasta donde se hallaba. No lo entendía, pero todo el día en Guachimontones² la relajó. Sintió el aire sobre su rostro, pudo ir y venir sin más, libre, ser ella sin miedo, sin pensar en nada salvo esas pirámides circulares que hacía tiempo deseaba conocer. Su alma se limpió un poco, su mente se aclaró y sus sentimientos se reacomodaron. Lo había echado de menos, eso siempre sucedía cuando no lo tenía cerca, pero debía alejarse unas horas y, por otro lado, lo dicho el día anterior le dejó muy claro cómo se manejaba la relación: cada quien su vida, cada quien su historia, cada quien sus problemas.

—Hola. —Marcel la ignoró contenido, deseaba besarla hasta dejarla sin aliento, sin embargo, se sentía bastante enojado. Le quitó la mochila, se la colgó y caminó rumbo a la camioneta a paso firme. Al subirse arrancó prendiendo la música a todo volumen. No quería hablar con ella, solo quería saberla bien, completa, sana y eso... Eso lo veía él mismo.

Y por si todo lo ocurrido no fuera suficiente, se veía tremendamente hermosa, así, como estaba su cabello lucía desaliñado, sus botas miel sucias al igual que sus vaqueros. Llevaba una blusa cualquiera de color celeste y sus mejillas enrojecidas, se había quemado con el sol. Apretó el volante mandando al infierno las reacciones involuntarias de su cuerpo.

Al llegar, bajó de nuevo sin decir nada. Anel lo siguió desconcertada, ¿en serio seguía enojado? ¿Entonces, para qué fue a buscarla?

Entraron al apartamento en silencio. Marcel dejó sus cosas en el recibidor y fue directo a la terraza. Ahí prendió un cigarrillo mientras ella permanecía de pie, perdiendo la mirada en algo que no fuera ese hombre que la enloquecía y al cual no entendía. Comprendía su molestia, pero no a tal grado, echaba humo, literalmente. No le agradaba verlo así, la alteraba más de lo que debía. Nerviosa, sintiendo de nuevo ese leve dolor de cabeza, se sentó sobre el sillón de la sala, estaba exhausta mental y físicamente.

—¿Comiste? —lo escuchó tras de sí. Se irguió sin saber qué contestar. Si le decía que no, se enojaría más, asintió, mintiendo por primera vez. El chico resopló—. ¿Por qué no me dijiste que irías ahí? — cuestionó sin verla, su voz estaba cargada de dureza, de intriga.

—Tú... —Frotó sus manos sucias sobre el jeans—. Tú dijiste que no era necesario —con la boca abierta la observó atónito. ¡Putá mierda! Sí, eso fue lo que dijo, pero qué manera tan torcida de comprender las cosas, ¡maldición! De cualquier otro se hubiese reído, sintiéndose burlado, pero de ella, sabía era así. Anel se tomaba todo al pie de la letra. Apretó los puños serenándose. Cuando se sintió mejor pasó frente a su delgada figura y se sentó a su lado, recargó los codos sobre sus rodillas y la examinó mientras Anel miraba hacia otro sitio con tal de no verlo directamente. Traía ojeras, y pese a sus mejillas permeadas por el sol, no se encontraba bien.

—¿Por qué me mientes? —La cuestionó, dándose cuenta de que nuevamente algo ocurría. Giró pestañeando un tanto asustada, no le gustó nada que lo viese así. Se frotó el rostro suavizando su expresión. Luego se puso de cuclillas frente a ella, le quitó las gafas e hizo a un lado sus cabellos que se colaban sobre su rostro—. No dormiste y sé que no has comido... Lucas cansada, además de triste, y soy consciente de que en parte es por mí. Estoy enojado porque me asusté. ¿Comprendes? Creí que algo te había ocurrido —murmuró, acariciando su mejilla. Anel parecía no creerle—. Escucha, ayer, bueno, sí, no debí molestarte, son tus decisiones, si no me tomaste en cuenta, lo entiendo...

—Creí que te agradaría saber lo que pensaba —se sinceró, ansiosa. Un electroshock recorrió su cuerpo en segundos. Se talló la frente y los ojos. ¡Era un imbécil!, siempre conseguía serlo con ella. Sonrió conciliador.

—An, solo me hubiera gustado saberlo antes. Sé que eres capaz de salir sola adelante, que eres inteligente y que podrías hacerlo, no sé, es solo que me gustaría apoyarte. —Eso ya qué más daba, por el momento estaban en pausa. Pasó la mañana maquinando una nueva manera y sabía pronto la encontraría, pero debía ser una en la que nada malo pudiera sucederle a ella y mucho menos a Marcel, lo que era un hecho es que pronto saldría de ese sitio, debía hacerlo. Agachó la cabeza mirando sus manos, no podía decirle lo que realmente ocurría, confiaba en él, pero era demasiado impulsivo, por otro lado, se arriesgaría, eso sin contar que la vería como una carga, una responsabilidad y eso era lo último que pretendía. No deseaba que la protegiera, quería que la quisiera, además, por mucho que su corazón sufriera arritmias cada vez que lo tenía así de cerca, de esa manera, él no confiaba del todo en ella y tampoco sentía lo mismo. No, ese no era su problema y la solución, tampoco. Marcel notó sin dificultad la sombra que cubrió sus lagunas, con un dedo en su barbilla hizo que lo mirara—. Hoy era la entrevista —le recordó con cuidado. Ella asintió despacio—. La perdiste...

—Sí —pegó su frente a la suya deseoso por comprenderla.

—Estaré a tu lado. ¿Bien? Si tienes otra, te llevaré. Si decides dejar la carrera te apoyaré y si decides

salir de tu casa, debes saber que no estás sola. Por favor, recuérdalo siempre —le pidió con suma ternura.

—Lo haré —sin más rodeó su cuello perdiéndose ahí, en ese lugar que le brindaba seguridad, protección, paz, aunque no certezas. Marcel respondió al gesto, con sus brazos pegó su cuerpo al suyo sintiendo como todo volvía nuevamente a su lugar, como su Estrellita, otra vez lo dejaba ver en las sombras de su alma.

De pronto el móvil de Anel vibró en su bolso del *jeans*. Desganada lo sacó alejándose un poco. Al ver la pantalla pasó saliva ansiosa. Analí.

—¿Mamá? —Su novio la observó, preocupado, eso era raro.

—Tenemos cena en casa, así que te quiero aquí a las ocho y media. Más te vale no llegar tarde y te vistas decentemente —cerró los ojos, sabía que él escuchó cómo le hablaba.

—Sí —musitó débilmente.

—Y deja de estar todo los fines de semana con Laura, pareces una arrimada y eso no me parece... — Marcel deseaba gritarle a esa mujer hasta que los pulmones se le secaran. Frotó sus piernas negando para que no le hiciera caso. Algo tendrían qué hacer si es que esa bruja retorcida no la dejaba más tener esos momentos a su lado.

—Pero a ella no le molesta —intentó explicarle, acomodándose un mechón sintiendo como siempre los efectos de su voz sobre su autoestima. Marcel se sentó a su lado dándole un poco de intimidad.

—Hablaré con ella en la noche, no quiero que piense que soy una desobligada. En fin, ya sabes. No te quiero tarde —colgó, dejándola con la respiración agitada. Si no podía ir los fines de semana con Marcel, estaba segura que enloquecería. No, no, eso no lo permitiría.

Él se dio cuenta de su estado lamentándolo profundamente. La abrazó besando una y otra vez su cabeza.

—Dice que hablará con mi tía... —le explicó nerviosa, alejándose para verlo a los ojos.

—Sí, escuché... No te preocupes, An, ya veremos qué hacer —negó decidida.

—No, yo quiero estar aquí —le explicó, turbada, pero a la vez con suma decisión.

—Yo también, pero no quiero meterte en más problemas de los que ya de por sí tienes, Estrellita —Le gustaba ese apodo. Se acercó a él, colocó ambas manos en sus mejillas y lo besó de forma ardiente, atrevida. Marcel se sintió gratamente sorprendido, poco lo hacía, y jamás con ese arrebató—. Tenemos tiempo —musitó con los ojos cerrados, desesperada por sentirlo, por ratificar que ese era el único hombre con el que pensaba compartir su cuerpo, con nadie más.

Ante aquella invitación no lo dudó. La llevó a su habitación y con frenesí, la hizo suya desesperado, sin detenerse, intentando de esa manera sacar todo lo que lo frustraba respecto a esa criatura que con los ojos cerrados lo recibía gimiendo mientras él mantenía presos sus brazos arriba de su cabeza.

—No comiste —le recordó, al dejarla poco antes de las ocho en aquel lugar.

—Ahorita agarro algo... Hablaré con mi tía y te aviso qué dijo. ¿Sí? —Ya iba a bajar cuando la detuvo y la besó con intensidad.

—Estaré esperando, de todas formas mañana te veo aquí a las nueve, ¿sí? —Anel asintió un tanto nerviosa de que los vieran. Él lo notó y la dejó ir sin remedio.

—Any... ¿Se puede? —Era su tía. Salió del baño cepillándose el cabello húmedo—. Te ves linda con eso, mi amor. —Le dio un beso en la mejilla y luego se sentó sobre su cama—. Ya me dijo tu madre lo de las idas a dormir, cariño. No te preocupes, la tranquilicé, le inventé ese rollo de la soledad y demás...

—Gracias, Laura —admitió, colocándose los lentes. La mujer se acercó, rodeó su mano e hizo que ambas se sentarían sobre el colchón.

—¿Cómo va todo con él? —La joven se ruborizó.

—Bien... —aprobó nerviosa.

—Se siguen cuidando, ¿verdad? —asintió, ladeando la boca.

—Mi amor, ese joven... Si sabes quién es, ¿no es así? —La miró intensamente.

—Sí, lo sé. —La mujer acomodó un cabello tras su oreja con dulzura. Sin saber cómo abordar el tema.

—No muchos conocen esto debido a su seguridad, pero... Marcel Lazcano, pronto asumirá el control de todo lo que le corresponde. De buenas a primeras su vida será otra. ¿Estás consciente de eso? —asintió sin poder evitar que la tristeza asomara—. No sé qué tanto se quieren, tampoco sé cómo es su relación. Pero debo ser honesta contigo, el mundo al que entrará no es tan sencillo, todo lo contrario y más siendo tan joven, sin experiencia. Él no es dueño de una empresa grande, mi amor, él es dueño de un emporio que se ubica aquí por meros intereses comerciales. Adriano, su padre, era un genio, lo que empezó su abuelo lo hizo crecer a pasos agigantados en muy poco tiempo. La responsabilidad que está por afrontar, lo absorberá. Y tú, mi cielo, eres aún muy joven. Será muy duro seguirle el paso, enfrentar lo que en realidad es. Ahora es como si vivieran en una burbuja, así lo quiso su familia, pero está por romperse y no quiero que sufras más. Sé que mi hermana se ha vuelto muy difícil con todo lo concerniente a ti, sé que no eres feliz en esta casa y que él podría ser la tabla a la que te aferres, pero te suplico, no lo hagas, no es el indicado.

—¿C-cómo sabes todo eso? —quiso saber con las palmas sudorosas.

—Anel, la compañía en la que trabajo, es parte de esas empresas. Lo veré con frecuencia y una de sus tías, hermana de su madre, es amiga mía de toda la vida. —La joven asintió tratándose de pasar el mal trago.

—¿Crees que soy poco? —La mujer negó vehemente al tiempo que la abrazaba.

—No, mi amor, ¿cómo puedes decir eso? —Sujetó su rostro con ambas manos mirándola fijamente—. Eres más de lo que crees y no dudo lo que ese chico, necesite. Se ha quedado muy solo después de lo de sus padres. Sé que tiene un carácter complicado, muy parecido al de su padre. Mi vida, no quiero verte lastimada por algo que se pudo evitar. —Muy tarde, pensó ella con un nuevo nudo en la garganta—. Mira, Any, a lo mejor no es tan complicado como creo, a lo mejor, él busca la manera y lo suyo continúa... Lo cierto es que eres una niña en ese mundo al que está por ingresar, solo tenlo presente. ¿Sí? —asintió con el corazón estrangulado, adolorido. Deseaba sacárselo de una vez, olvidarse que tenía uno, que existía en ese mundo que no le daba nada, que la hería y lastimaba.

La reunión transcurrió como solía, ni siquiera Ariana la pudo salvar del aburrimiento pues llevaba a un amigo. Sentada en la esquina de ese lugar comprendió que su sitio no estaba ahí, ni en ningún otro... Bebió del zumo que Cleo le tendió horas atrás observando todo con frialdad.

Ya no quería sentir, ya no deseaba sufrir, tampoco vivir algo como lo que vivía. Pero no quería, ni podía dejarlo, no en ese momento por lo menos. Él tampoco la estaba pasando bien y la ayudaba a sentirse con más fuerzas, más segura, más ella y eso, de alguna manera, era lo que ansiaba.

Aguardaría un poco más, marzo iba a la mitad, para finales de mayo, el semestre habría finalizado y Marcel, a las pocas semanas tendría que empezar aquello que odiaba, entonces, ese sería el momento. Ya nada la ataría y rogaba que de alguna manera eso lograra terminar con todo ese odio que su madre le profesaba, con el acoso de ese asqueroso que la mantenía de cierta forma sometida, con la frágil relación que mantenía con ese hombre que adoraba, que esa decisión, fuera la correcta, la más adecuada.

Deseando impresionarla, relajarla, llegó puntual. No le solicitó que llevara nada consigo, la cámara

siempre la traía, así que la ropa seguro iría en su mochila ya que por la noche le informo lo que su tía le dijo. Jamás lo admitiría, pero ese alivio al leer el mensaje, fue como si Santa Claus le hubiese llevado justo el regalo que pidió, mejor aún, si era posible.

—¿A dónde vamos? —preguntó al notar que no iban al apartamento. Marcel sonrió como un niño entusiasmado, pocas veces lo había visto así y de alguna forma esa expresión la enamoraba más.

—Es una sorpresa, te gustará, Estrellita —Ella recargó la cabeza en el respaldo la cabeza martilleaba. De pronto sintió su mano cálida sobre la suya—. No sé qué haré contigo, primero compraremos algo para que comas —y se llevó sus delicados dedos a los labios mientras conducía. La conocía tan bien que había momentos en que la asustaba, como ese—. Ahora dime, a dónde fuiste ayer...

Con más soltura le habló de aquellas ruinas circulares, narrándole de esa forma tan suya todo lo que averiguó. Era escurridiza, curiosa, por lo mismo, sin preguntar, observando nada más, lograba saber lo que deseaba. Anel engulló un plátano que él sacó de la guantera sonriente, pues lo metió ahí antes de salir adivinando que su estómago estaría vacío, y después un panecillo y un café que compraron.

—¡Tequila! —Lo miró radiante, con las manos en la boca. Marcel alzó una ceja complacido por su reacción. Estacionó la camioneta y con ella caminando al frente anduvieron rumbo al hotelito donde alquiló la noche.

—An, ven, debemos darnos prisa para alcanzar algún tour —dejaron las cosas en una linda habitación muy rústica y decorada cálidamente. Durante los recorridos no paró. Capturó imágenes sin cesar, asombrada por los agaves, por los sitios que él descubrió para que ella también conociera, pues eran de acceso restringido.

Verla así, suelta, libre, sonriendo, con sus mejillas encendidas, con su cabello hondeando mientras se movía para fotografiar algo, no pudo más que hacerlo sentir feliz, satisfecho y muy lejos de cualquier cosa que lo molestase. Contemplándola, comprendió que así la quería ver siempre, que de alguna manera, lograría que así fuera. Se lo juró dándole una calada al cigarrillo mientras un chico que los guiaba solo a ellos dos, masticaba una hierba esperando a que ella se desocupara.

Por la noche comió casi toda su crepa con ese gesto infantil y único, en el pequeño restaurante del hotel, donde la especialidad era pizza a la leña y que, como ya sabía, no le gustaba. Conversaron, rieron y más tarde terminaron en aquella habitación, sumergidos en esa bruma que todo lo cubría, lo invadía, con su pequeño cuerpo sobre el suyo, arqueándose, recibéndolo como siempre, sin quejas, emitiendo esos ruiditos únicos que solo habían logrado que nunca más deseara los de otra mujer.

Si formularan conteos de los mejores días vividos, ese definitivamente estaría en lista de ambos.

Por la mañana, más fotos, más curiosidades, consiguió una moto y le mostró ese pueblo que conocía por ir cada año, cuando su padre corría el medio maratón de una de las casas tequileras. Después desayunaron en un mercado que se hallaba justo a un lado de la iglesia de la plaza. A medio día la fantasía terminó, Marcel tenía comida con su tío y jurándole que Iván no se acercaría, logró convencerla para que lo acompañase.

Nerviosa, como siempre que debía ver a más personas, entraron a aquel agradable lugar. La casa era de una planta, toda de ladrillo rojo, hermosa, acogedora, con acabados elegantes y sencillos. Aferrada de su mano cruzaron el jardín enorme, donde varios coches de marca, se hallaban.

—Ni creas que he olvidado tus clases —musitó, dándole un beso en el cabello al ver que veía los autos. Después de aquel día, no se había repetido, pero conociendo lo terco que era, aprendería de una u otra forma.

Al entrar, Gina, su tía, con un refresco en la mano, se acercó sonriendo.

—Hola, chicos —los saludó—. Pasen, atrás están todos. —Anel observó el interior del lugar

sintiéndose a gusto, relajada. Niños pasaron corriendo y de pronto alguien rodeaba sus piernas.

—Regresaste. —Marcel cargó a Natalia con facilidad al tiempo que esta lo abrazaba con cariño.

—Te dije que la traería... —Anel la saludó sonriendo.

—Ven, te mostraré mis cuentos, mis princesas... Te gustarán. —La joven no supo qué hacer. Marcel negó con gesto de adulto, no cedería.

—Debemos saludar a todos, Nat, luego te prestaré a mi chiquilla. ¿Qué dices? —La niña sonrió feliz.

Afuera toda su familia se encontraba. Avergonzada, los saludó. Desde aquella fiesta los conocía. Un par de tías, la abuela, y Efrén, ese hombre agradable.

—Me alegra te trajera este muchacho —dijo la señora mayor palmeando un sitio a su lado. La joven se sentó acomodándose un mechón tras la oreja. Marcel negó sin alejarse. Iván también estaba, pero con la mirada llena de amenaza plantada sobre su rostro, dejó claro que si se acercaba nada terminaría bien. Por lo mismo la pudo dejar sola un momento en lo que entraba por algo de tomar, ya que de inmediato las mujeres se acercaron y comenzaron a hablar con ella de manera afectuosa.

Regresó unos segundos después, le tendió un vaso con agua, sabía que la soda no le gustaba. Se ubicó tras ella acariciando su cuello, afrontando la curiosidad de toda su familia. De pronto, Blanca apareció secundada de uno de sus primos. La saludó con gesto educado y cuando tuvo oportunidad, la jaló hacia los juegos.

Algo tenía que a los niños les llamaba, comprendió Marcel al ver cómo de inmediato Natalia corría al jardín y cómo otros dos pequeños se acercaban. Se sentaron sobre una gran alfombrilla que tenía una variedad de juguetes. Sin más la joven encontró un cuento y con voz pausada, lo comenzó a leer. Marcel, idiotizado, se acercó, se sentó a su lado sonriendo y participó de su preciosa narración.

—Ni se te ocurra fastidiar hoy, esta vez te las verás conmigo —le advirtió Efrén a Iván que veía la escena con molestia, irritado. El mayor anduvo hacia donde se encontraban los adultos, sonriente—. ¿Qué dicen? —deseo saber al ver a su mujer reír observando lo mismo que todos.

—Que nunca los vimos tan tranquilos —dijo Gina, abrazándolo. Efrén asintió mirando a su sobrino. Estaba atento a cada movimiento de esa joven, a cada sonido que salía de su garganta, la veía como si de su alma se tratara y de pronto, se preocupó. Las cosas que estaban por vivir no serían sencillas, más aún por su renuencia. Esa tierna chica, aunque tenía que admitir lo había apaciguado, cambiado de muchas maneras pues su semblante incluso ya no tenía esa fría sombra que a todos les preocupaba, no podría con todo lo que se le vendría. A lo mejor no fue buena idea dejarlo vivir así, sin ser verdaderamente consciente de lo sí era, permitirle crecer casi como cualquier joven—. ¡Ey! —murmuró su mujer bajito en su oído—. Déjalo, ya bastante ha pasado.

—Me preocupa que eso... Avance demasiado. —Gina dejó salir un suspiro frunciendo la boca.

—Eso... Ya avanzó. —El hombre la miró pestañeando—. No me veas así, sabes que es cierto, obsérvalos.

—Pero no debería, no es el momento, ella es muy joven y él...

—Él un hombre y por lo mismo, deberá ver cómo lo soluciona. Marcel es tan inteligente como Adriano, denle su crédito, confía.

—No quiero verlo de nuevo mal, recuerda ese año —admitió, triste, con los recuerdos taladrando su memoria. Su esposa acarició su mejilla.

—Ni yo, pero eso tiene que pasar, debe enfrentar lo sucedido, superarlo, darse cuenta de que su vida sí está en sus manos, y solo así, comprenderá que puede ser quien desee. —Efrén suspiró, negando—. No lo presiones, mi amor, sé que lo adoras, pero si esa niña lo hace feliz, si lo ha ido regresando de a poco,

bueno, que lo viva...

—Aunque creo que ella es muy pequeña para aguantar el paso, lo intentaré —prometió, evocando aquel momento lleno de situaciones desagradables para Marcel cuando aún era un adolescente.

Después de juegos donde rieron sin cesar, corriendo unos tras otros, Anel y Marcel terminaron tendidos sobre el pasto con las manos entrelazadas. En cuanto terminó la comida, todo mundo se esparció.

—Me gusta tu familia —admitió ella perdida en una nube que se movía. Al escucharla se tensó. Anel giró adivinando. Sus padres no estaban y el vacío debía ser doloroso, más aún en momentos como esos, ya conocía cada una de sus reacciones, aunque no siempre las comprendía—. Lo siento —él se giró negando al tiempo que sonreía con dulzura.

—A mí también me gusta, Estrellita —sonrió al escucharlo. Era cierto, aunque era la primera vez que lo admitía con alguien—. Aunque me gustas más tú —sentenció y la besó. Anel se quitó de inmediato con las mejillas imposiblemente rojas. Marcel soltó la carcajada—. Tranquila, chiquilla —pinchó su abdomen sumido debido a la posición—. No soy tan primitivo, aunque cuando estamos solos lo parezca —seguía ruborizada. De pronto, los niños regresaron con unos artefactos para hacer burbujas y el movimiento se reanudó.

—Vamos... A ver quién hace más —lo pinchó con una enorme sonrisa que él no pudo más que admirar. Su luz lo estaba derritiendo.

Espacio oscuro

CAPÍTULO 21

Cuatro semanas transcurrieron desde aquel día. Ella ya era la misma, incluso muchas veces, más sonriente. Comía sin problema al tenerlo cerca y se mostraba tranquila, segura. Ganaba peso lentamente, eso se reflejaba en cada una de sus facciones, develando de a poco una joven preciosa, como pensaba él cada que la veía dormir a su lado, o simplemente deambular por ahí en sostén y braga, como comenzaba a ser su costumbre. Sí, Anel, iba dejando la vergüenza cuando estaba a su lado. Con Marcel era desenvuelta, a veces incluso bromeaba, no escondía su figura y, tal parecía, adoraba saberse observada por esos ojos imposiblemente verdes que no podían evitar devorarla al verla caminar relajada por el apartamento, sin más. Su carácter ahí seguía, eso era indudable; tímida, reservada, ella... Pero a su lado, liberada.

En la universidad las chicas seguían sin acercarse, como exigió aquel día. Una tarde, recostados sobre el sillón después de haberla tenido como espectadora de sus movimientos, al casi terminar su proyecto de arquitectura en el ordenador, le confesó que fueron arrepentidas. Anel solo asintió cambiando de tema de inmediato, él supo que no las quería cerca y por lo tanto, así sería.

En casa de ella, las cosas no variaban mucho, sin embargo, Alfredo solo la observaba, aunque cada vez más, con la misma distancia. Su madre se manejaba igual de hostil, pero mucho más relajada desde que no pasaba los fines de semana ahí.

Sábados y domingos iban a sitios diferentes, disfrutaban de lo mismo, el aire sobre el rostro, el silencio agradable de lugares alejados, caminar sin descanso tomados de la mano cuando ella no encontraba algo qué capturar. La calma los inundaba, la serenidad de su unión los llenaba, lo que intercambiaban sin percatarse, los compenetraba cada día que pasaba.

Las clases de manejo continuaron por insistencia de él. Marcel fue paciente, bastante. No dijo nada, incluso sonrió cuando ella sin poder evitarlo rozó un árbol, rompiendo un faro delantero. O cuando le dio un golpe a la llanta con la acera y el rin se raspó. Anel temblaba asustada. Primero, temiendo su reacción. Segundo, la propia situación.

Ya la conocía, con esa chiquilla hacer coraje lo empeoraba todo, por lo mismo controlaba esa parte suya sin mucha dificultad. Tenerla cerca era como si le inyectaran directo al torrente un tranquilizante. No se sentía molesto y rara vez algo lo sacaba de sus casillas. Le pidió que se estacionara sacudiendo la cabeza, luego le quitó el cinto y la besó.

—Aprenderás pronto, An. —Ella pestañeó tras esas gafas, turbada, con su boquita temblando.

—Choqué —dijo bajito con su mirada pegada a la suya. Marcel no pudo más que reír de nuevo sin soltarla. Sus ojos bicolors se mostraban profundamente preocupados, avergonzados.

—Pobre árbol... —murmuró, atrapando uno de sus labios—. Pobre de la camioneta —y succionó el otro, notando como se relajaba—, y bien por mi cama que hoy verá como pagas este precio, Estrellita —rodeó su cuello pegándose más, riendo ligera de pronto.

—Solo piensas en eso —expresó más que en encantada, olvidando el susto, entre besos.

—Contigo, An, nada más —susurró y la besó con ansiedad.

Abril ya estaba en pleno y con él, el calor propio de la temporada. Un poco más de un mes y la universidad terminaría. Una etapa para ambos estaba por concluir.

Anel terminó harta la última clase. Odiaba esa carrera. Qué le importaban las legislaciones. Frustrada, metió las cosas en su mochila. Sí, definitivamente no seguiría en eso, pero acabaría el semestre, odiaba dejar las cosas así, inconclusas y, de esa forma, su madre ya no podría decir jamás que no lo intentó, aunque seguro le daría lo mismo y la letanía llegaría.

Ladeó la boca y recordó que no pensaba estar ahí para que se desquitara con ella. Sonrió para sí, complacida de lo que en su cabeza iba trazando, de la manera en la que haría que cambiara todo en su vida.

—Any... —giró al escucharlo. León, ahí, en el pasillo. Su rostro se hallaba pálido, demasiado triste, sus ojos enrojecidos, algo iba muy mal. Sin más, se acercó y la abrazó. La joven soltó sus cosas y lo rodeó, afligida, al verlo así, tan abatido. Si bien ya no eran lo que solía, tampoco podía ser indiferente a su dolor, al notarlo tan mal—. Ely, tuvo un accidente al salir de aquí, está muy mal. Solo vine a avisar —culminó y un emitió un sollozó ahogado, hizo que lo rodeara más fuerte acariciando su cabellera conmocionada, lamentando escuchar algo tan fuerte.

—Tranquilo, tranquilo —intentó serenarlo al sentirlo temblar.

—No dan muchas esperanzas, no podré seguir sin ella, no podré —lloraba escondido en su cuello, deshecho, dolido.

Dios, qué horrible. No lograba pensar que tuviera que afrontar algo así. La vida sin Marcel sería tan oscura como una cueva sin tener la menor posibilidad de salir. Lo adoraba, comprendía su dolor.

—Leo, verás que saldrá bien. Shh... —susurró y le permitió desahogarse.

— ¡Suéltala, imbécil! —Anel no reaccionó hasta que su amigo era arrebatado de su abrazo y Marcel lo aventaba contra una pared, rabioso—. Es mía, ¿comprendes? —rugió, señalándolo con un dedo, amenazándolo. Ella lo miró horrorizada, temblando sin poder evitarlo, ese tipo de cosas la alteraban más de lo que a cualquiera, Marcel lo sabía. No podía hablar, sentía que sus pies se adherían al piso y la saliva espesa obstaculizaba cualquier sonido.

León la miró, negando con lágrimas, alzó las manos y se alejó abatido. La joven con los ojos abiertos, la boca seca, los brazos paralizados, lo observó irse. Atónita, sin ni siquiera lograr pensar con claridad.

—No lo quiero volver a ver cerca, ¿entendiste? —La tomó de la mano, se colgó sus cosas y caminó, sin importarle sus grandes zancadas, hasta la camioneta. Hizo que subiera sin ver su rostro pálido, sus dientes castañear bien apretados. Prendió el motor y salió odiando los putos celos que sentía, la rabia embravecida que recorría cada maldito órgano. No, ella no estaría con nadie más, ella era para él, solo para él.

Ya en el apartamento sirvió la comida con ademanes toscos, rudos, y se sentó mientras Anel permanecía envuelta en un estado de perplejidad.

—No manipules, come. —Ella respiraba un tanto agitada, mirándolo con recelo, de pie a un lado de la silla alta—. ¿Qué?, ¿no crees que merezca una puta explicación? Voy por ti y lo primero que veo es a ese tipito, que, por cierto, ya lo había visto abrazándote en otra jodida ocasión, aferrado a tu cuerpo, como una maldita garrapata, tocando lo que es mío, y tú... Como si nada, correspondiéndole. —Anel lo escuchó impávida, intentando de alguna forma serenarse, guardar todas esas molestas sensaciones que su comportamiento despertaba. Su corazón martilleaba tan fuerte que podía escucharlo dentro de su cabeza y los pulmones los sentía apretados en su pecho, sus palmas sudaban y solo podía repetir la escena en su cabeza.

—No soy una cosa —susurró con absoluta claridad. Marcel, al escucharla, pestañeó levantándose. Cualquiera estaría llorando, gritando, justificándose, pero no, Anel no era así. ¡Maldición!

Se recargó, ansioso, sobre las puertas de la despensa frotándose el cráneo. Debía controlarse, estaba

asustada, sabía lo que ese tipo de reacciones le provocaban. ¡Mierda! ¿Cómo manejar esa vena asesina que despertaba cuando alguien se le acercaba? Temía que lo dejara, que se alejara, que lo cambiara por alguien menos problemático, con una vida menos complicada, con un carácter más dulce, con una edad más contemporánea a la suya.

Respiró hondo varias veces buscando calmarse.

—Ya lo sé, pero eres mía —sentenció firme, sin gritar—. ¿No piensas explicarme?

—No me has pedido que lo haga —soltó con simpleza, dando unos pasos hacia atrás. La observó con asombro.

¡Ah!, carajo. Se giró, recargó sus brazos sobre una repisa drenando, de alguna manera, la rabia.

—¿Y la tienes? —quiso saber, mirándola por encima del hombro.

—¿Me creerás? —reviró con su vocecilla, sentada ya sobre el sillón, viendo hacia un lado con el cuerpo tenso. Volteó más tranquilo. Cerró los ojos, contenido.

—¿Quién es?, ¿por qué dejas que te toque así?, ¿le gustas?

—Es León, mi mejor amigo de la preparatoria. —Él rio con sarcasmo. ¡Y una mierda!, esas cosas siempre terminaban en otra cosa.

—¿Y vino a decirte que te necesita, o qué diablos? —Anel se acomodó un mechón de cabello, contrariada, agachó la vista recordando lo que ese chico estaba cruzando, negó.

—Fue a decirme que su novia, con la que lleva un año, tuvo un accidente al salir de la universidad y está muy grave en el hospital. —Una embestida de varios toros en plena faena hubiese sido más indulgente, menos desagradable. Era un maldito imbécil, claro que una puta explicación como esa debía tener. Ella lo quería y no era alguien que se relacionara con todo el mundo, al contrario.

La observó, frente a él, sentada, con sus hombros rectos, su cabeza divagando, tan ecuánime y, lo peor, después de haberla asustado de esa jodida manera por esa forma que tenía de comportarse.

—Anel... —Se ubicó frente la chica en cuclillas. Ella lo miró fijamente, estaba triste, afligida, descubrió al verla fijamente—. Yo...

—Tú pensaste a lo mejor lo que yo hubiese pensado de llegar a ver algo similar. —Marcel negó de inmediato, pasmado, asombrado. ¿Cómo era que llegaba a esas conclusiones con esa innata simplicidad?

—No, no me justifiques, soy un jodido ogro, pero cuando se trata de ti, a veces no pienso tan claramente. Sé que te asusté, que actué como un animal, que fui violento y eso no lo soportas, no está bien.

—Quisiera que no volvieras a tener un arranque de esos. No te reconozco y eso... Eso no me gusta, te prefiero como sueles ser —musitó despacito, perdida en sus ojos oliva. Marcel ladeó la cabeza, concentrándose en sus rasgos perfectos, suaves. Elevó un dedo y lo dejó viajar por su mejilla, aún pálida. Dios, era hermosa y ya no sabía qué lo era más, si su interior ingenuo, lleno de esa sabiduría atípica que muchos nunca lograban o ese precioso aspecto que lo mantenía en vilo noche y día.

—¿Por qué me soportas? —deseó saber, atormentado, culpable.

—Porque te quiero... —era la segunda vez que se lo decía y sonaba tan hermoso en sus labios, tan asombroso y, a la vez, tan placentero. La besó despacio, buscando borrar de alguna manera ese abominable comportamiento.

—Me disculparé con él, me reivindicaré contigo, y te prometo nunca más dejarme ir de esa manera...

—Eso me agradaría mucho —admitió aún muy pegada a su rostro, respirando su aliento.

—Te lo juro, Estrellita. —La abrazó, sintiéndose un miserable, un completo y absoluto idiota.

—Quiero ir al hospital —dijo, acurrucada en su cuello, aferrando su camisa. Nunca sería perfecto, y eso le agradaba, además, estaba a su lado de todas las maneras posibles, e iba mostrándose poco a poco, se estaba abriendo a ella y en ese momento eso era suficiente.

Marcel acarició su espalda, asintiendo, sin poder comprender como era que aún seguía con él.

—Sí, chiquilla.

Después de comer como un pajarillo, llegaron a aquel sitio. En cuanto vio al chico, se sintió mal. Alegre estaba a su lado mientras él mantenía escondida la cabeza entre sus manos, agachado.

Sabía lo que generaba vivir la pérdida, sentir aquella impotencia viajar por el cuerpo sin cesar, sin freno. El dolor de comprender que las cosas pueden cambiar para siempre.

Observó a Anel acercarse. De pronto, pensar que a ella le pudiese pasar algo que la pusiera en peligro le erizó la piel, congeló su alma. Eso sería peor que regresar a la eterna noche en la que vivía.

León alzo la vista con el semblante desencajado. De inmediato se percató de que Marcel estaba ahí. Sin remedio, y con los remordimientos aflorados, se acercó.

—Lamento lo de hace un rato... No sabía quién eras. —El chico asintió, estudiándolo atento.

—Ni yo sé quién eres —murmuró, mirando ahora a su amiga intrigado.

—Es su novio, León —intervino Alegre. Era evidente que no tenía idea de lo que ahí ocurría. El chico alzó las cejas, impresionado.

—No hay problema —dijo con sinceridad, Anel sonrió un tanto más tranquila.

—¿Cómo sigue? —preguntó. León sonrió con tristeza.

—Dicen que está luchando... —sin más, lo abrazó y este la recibió dejando fluir lo que sentía. Marcel no supo qué hacer, no le encantaba ver que nadie más la tocara, pero debía controlarse, madurar. Con las manos en los bolsillos del *jeans* dejó vagar la mirada por ese lugar. No le gustaban esos sitios, todos los recuerdos lo aplastaban y torturaban. Cuando su novia se separó notoriamente triste por su amigo, la hizo a un lado con delicadeza.

—Me voy, avísame cuando desees irte y vendré por ti, ¿sí?

—Sí, te marcaré —rozó sus labios con un dedo y luego estampó un beso casto sobre ellos.

—Nos vemos, Estrellita.

La casa de Rodrigo estaba cerca, así que, sin más, fue a refugiarse allí. No deseaba pensar, no con esas heridas deseando abrirse.

Tres horas después entró un mensaje. Ya se había fijado en el reloj del móvil varias veces, casi siete y media. Sin embargo, jugando con su amigo en la consola un partido de *soccer*, el tiempo volaba.

«Iremos a cenar, me llevarán a casa».

Apretó el aparato sin poder creerlo. Sin más, se levantó, mandando a la mierda el juego y le marcó. Ese día se quedaba con él a dormir. ¿Era en serio?

—Hola... —murmuró ella, seguía en el hospital.

—Hola, An... ¿No te quedarás? —Fue al grano.

—León quiere despejarse un rato, iremos a que coma algo. Mara también está aquí, no puedo decirles que no, no ahora... —Inhaló con fuerza comprendiendo, aun así, sintiendo que era su manera de ponerlo en su lugar por lo de la tarde y eso no podría discutírselo, ni siquiera molestarse, no después de su estupidez.

—Bien, ¿paso por ti mañana temprano?

—Sí —soltó animada—. Ahí te veo —su tono lo desarmó. No lo castigaba por nada, simplemente las cosas eran así. Sonrió sin remedio. Era única y nada enrevesada, no como él.

—Solo cuídate, chiquilla...

—Tú también, mañana te veo. —Colgaron. Con la frente pegada a un muro se guardó el celular negando en silencio. ¿Cómo fue que Anel se convirtió en elemental para su existir?

—Alguien está estúpidamente enamorado. —Rodrigo reía sacudiendo la cabeza, observándolo, esa pequeña hacía de su amigo lo que quería. Marcel se irguió fulminándolo con la mirada.

—Vamos a que te pateé el trasero, otra vez.

Le cambiaba al televisor, disperso. Sabía que Anel ya estaba en su casa, le mandó un mensaje poco después de las once. Resoplando y hastiado, perdió la vista en el techo.

Odiaba no tenerla entre semana, pero, más aún, que fuese viernes y no poder siquiera contemplarla. No tenía puta idea de en qué momento todas sus prioridades, sus deseos, preocupaciones y gustos, habían cambiado tanto. Desde que esa chiquilla se coló en su vida, así, suavemente como el sereno en la madrugada que todo lo va cubriendo, ya nada era como solía.

Embriagarse no estaba en sus planes. Ir a un antro, un bar o fiesta, no le atraía. Pasar de boca en boca, de brazos en brazos, ya era impensable. Solo quería a ese cuerpo flacucho unido al suyo, escucharla gemir, jadear y suplicar, recibéndolo como nunca nadie.

¡Mierda, la necesitaba como jamás necesitó a alguien!

Se sentó, molesto, aferrándose el cráneo con la vista clavada en el oscuro piso. Con ella a su lado olvidaba todo. Era asombroso que lo que tanto lo torturaba, lo que noches y días sentía adherido a su alma, simplemente no apareciera. Las pesadillas ya muy rara vez llegaban, y cuando sucedía, no venían con esa sensación de asfixia. Lograba emerger sin problema, deseoso de seguir en este mundo, de no dejarla sola, de no separarse de esas lagunas que lo idiotizaban fácilmente con tan solo pensarla.

Anel pasó la noche inquieta, de hecho, prácticamente no durmió a pesar de saberse sola en casa. Lo extrañaba y más aún porque ese día sabía que pudo haber amanecido encerrada en sus brazos, en su olor, disfrutando de las gratas sensaciones y emociones que generaba Marcel con un simple roce de su aliento, o de sus yemas provocadoras por su cintura, su cadera, sus muslos.

Resopló, mirando por enésima vez el reloj de su mesilla de noche. Las seis. Con el antebrazo cruzando su frente, se giró boca arriba.

El día anterior se sintió un tanto herida. No podía evitarlo, su comportamiento con León, la molestó, ¿cómo no hacerlo? Sin embargo, podía de alguna forma entenderlo, aunque no justificarlo.

Desde lo ocurrido con esas chicas, hacía semanas, se había vuelto más posesivo y lo cierto era que se lo agradecía, a su lado se sentía más tranquila, segura, no tan expuesta a las mentes torcidas de las personas que la rodeaban. Aun así, su reacción fue desbordada.

Él era iracundo, explosivo, pero jamás la dañaría, así que, al verlo sacar su coraje, esperó que se le pasase. Marcel era noble, se daría cuenta y reflexionaría sobre lo hecho y así fue. Sin embargo, lo que en realidad abrió dolorosamente su alma, lo que de verdad la hacía sentir afligida, y le dejaba más que claro su lugar en la vida de ese hombre por el que daría hasta su último aliento, fue saber que no sentía lo mismo. No pasó desapercibido su silencio, su falta de respuesta, otra vez, y eso solo lograba que no compartiera todo lo que en su vida ocurría.

Lo quería, era la segunda vez que se lo decía y en ambas, recibió un dulce beso, no una promesa, no una lucecita de esperanza que le dijera que de alguna manera iba avanzando en la colonización de ese corazón.

No era estúpida, sabía bien qué papel jugaba en su vida; la chica con la que pasaba un buen rato, aquella que lo distraía con sus actos infantiles, con respuestas inmaduras, la flacucha, como alguna vez le dijo, que le hacía pasar agradables momentos antes de sumergirse en ese mundo al que estaba por entrar y el cual desdeñaba. En pocas palabras, su pasatiempo. Anel no significaba más de lo que ella misma sabía.

No entendía muy bien por qué la eligió, era evidente que miles de mujeres darían lo que fuera por pasar siquiera un minuto a su lado. No se quejaba, al contrario, con él se dejaba fluir, no mentía en sus reacciones, en sus pensamientos y salvo aquel secreto que por el bien de ambos, no diría, era un libro abierto para ese chico de mirada aceituna. Cambió su perspectiva del mundo, le brindó nuevas ganas, fuerza y, lentamente, esa seguridad que le era tan escasa gracias a las constantes críticas de su madre.

Sin embargo, él representaba un acertijo, sabía que tuvo alguna vez una novia, suponía en esa ocasión que entregó algo más que el cuerpo. No hablaba sobre su pasado, sobre sus padres, su hermana, ni siquiera sabía cómo se llamaban, y aunque conocía a su familia, no tenía ni idea de qué rondaba su cabeza. Marcel era como un rompecabezas con miles de piezas extraviadas o por lo menos no visibles para sí. Lo sabía bueno, inteligente, capaz de enfrentar lo que deseara si lo quería, honesto, aun así, reservado y dolido, muy dolido por algo ocurrido tiempo atrás.

El taxi la dejó ahí justo a las ocho, seguro estaría dormido o desperezándose. Llevaba un café que le gustaba, unos panes que sabía que le fascinaban. No entraría en esos juegos de orgullo, de a ver quién puede más. Lo quería, él lo sabía, así la aceptaba siempre con más que agrado, no tenía por qué fingir.

Sonrió un tanto aliviada de saberse ya ahí y no en esa fría casa.

El apartamento estaba bellamente iluminado, como cada mañana, la luz del sol se filtraba cálida por todo el lugar haciéndolo casi relucir. Era tan agradable pasar las horas en ese sitio. El aire entraba por las grandes ventanas, siempre refrescando su interior y jamás había un espacio oscuro. Dejó lo que llevaba sobre la barra, todo era silencio.

Llenó de ese olor a él sus pulmones y abrió con sigilo la puerta de su habitación.

Aún en la penumbra pudo ver un cuerpo tendido sobre la cama, delgado, fino, ataviado en una camiseta de él que conocía, junto con bermudas que le quedaban de pantalones pesqueros.

Su pulso se detuvo, su corazón colapsó, sintiéndole arder como nunca antes, los ojos se le llenaron de lágrimas de forma inmediata, casi mágica, cuando, de pronto, la figura de Marcel apareció recién duchado con el pantaloncillo de dormir. Llevaba su toalla enrollada en el cuello y se secaba la cara con una esquina.

Al verla, abrió los ojos como a quien lo sorprenden en algo.

El mundo colapsó en ese instante. Sintió que miles de añicos hicieron explosión frente a su rostro y viajaron como moléculas vivientes a su alrededor, suspendidas, listas para herirla, de nuevo.

Tú, nada más

CAPÍTULO 22

No comprendió el dolor que vio en esas lagunas. Siguió su mirada que cambiaba de orientación y notó lo que veía.

¡Mierda!

Anel salió corriendo sintiendo que todo se desmoronaba, que su vida dejaba de existir, que ya nada la haría feliz.

No lo podía creer, no así, no de él.

—¡Anel! —Sus gritos la hicieron decidir descender por las escaleras a toda prisa—. ¡Espera!, Anel, ¡cuidado! —Pero ella no se detenía, con una mano en la boca aguantando el llanto bajando sin fijarse, hundiéndose cada vez más. Sabía que eso podría pasar, que era lo obvio, pero le dolía, dolía muchísimo. Varios pisos abajo la alcanzó. La aferró por el brazo pegándola a su pecho con firmeza—. ¡Es mi prima, es mi prima! —Le explicó, ansioso por aclarar esa espantosa escena que seguro recreaba en su cabeza como cualquiera hubiera imaginado. La joven forcejeó débilmente. La separó apenas para poder mirarla a los ojos. Estos estaban enrojecidos. Pudo sentir su pena, su decepción—. Es mi prima, te lo juro, no es lo que piensas, puedo probarlo... —su respiración rápida hizo que volviera a abrazarla, aliviado. Le creía, pero aún estaba agitada, con el sentimiento ahí. Su novia se aferró a sus hombros desnudos apretándolos con sus delicadas yemas dejando salir suspiros parecidos a sollozos ahogados.

Los celos, el horror, el miedo... Todo junto aún bullía en su interior. Sabía que no le mentía. Sin embargo, la inseguridad en la que vivía no le ayudaba a sentirse sobre tierra firme cuando se trataba de él.

—¿Tu prima? —acunó su barbilla para que sus ojos bicolors lo mirasen directamente.

—Te lo prometo. No te traicionaré, Anel —tragó saliva—. Estoy contigo, te lo he dicho... En este momento eres tú, nada más, ¿entiendes? —asintió débilmente, logrando que ni una lágrima saliera. Le creía, no veía motivos para no hacerlo y, por otro lado, necesitaba confiar en él. El tiempo que llevaba a su lado le decía que no, ese chico no le haría algo así.

La besó despacio, aliviado y asombrado de que estuviera ahí, de que se hubiese atrevido a llegar así, de que la iniciativa hubiese sido suya después de lo del día anterior. Se sentó en un escalón, arrastrándola, para que lo hiciese a su lado, temblaba y él más al verla huir de esa manera.

—Llegó por la noche, tuvo problemas con su madre. No tuve más remedio que dormir en el sofá y prestarle algo de ropa. Te la presentaré... Aunque debo advertirte que es insoportable. —La joven se tensó al escucharlo, aún sentía el corazón comprimido y ese miedo espantoso de perderlo. Él sonrió, acariciando su pequeña nariz con la suya. Tanto la extrañó que no podía pensar en nada más que en el hecho de que estuviera ahí, pegada a su cuerpo, suave, cálida y con ese maldito aroma a naranja que lo aniquilaba—. No en ese sentido. Es ruidosa, escandalosa, pero te caerá bien.

—No sabía que tenías una prima de esa edad —soltó bajito, observándolo fijamente. Rozó sus labios de manera fugaz.

—No te lo había dicho, es de la familia de mi madre. Casi no tengo relación con ellos, pero Sofía y yo siempre nos hemos llevado bien —le explicó, acariciando su mejilla. Era preciosa—. ¿Me crees?

—Sí...

—Eres única, ¿sabes? —No comprendió a qué iba eso y sus ojos se lo demostraron—. No reaccionas como los demás, menos como yo. Ayer no te ofrecí una disculpa. Sé lo que te hacen sentir esas escenas, que no debí reaccionar así ante lo que vi, que primero debí preguntar... Al ver lo que viste cualquiera arma un escándalo, gritos, llanto desbordado, yo que sé... Y tú... —Deslizó la punta de su índice por su labio inferior—, tú te alejas y me crees cada palabra con esa facilidad que me asombra, chiquilla.

—Prefiero creerte —arrugó la frente sin comprender.

—¿Prefieres?

—Si no lo hago, sufriré y no quiero, contigo me siento... Bien, tranquila —admitió con esa vocecilla agradable, serena. La besó con mayor intensidad, hundiendo su lengua en aquella boquita deliciosa sabor a miel. Esa era Anel en la forma más pura que podía presenciar. Su Anel.

—Debo aprender eso —sentenció y le guiñó un ojo al tiempo que se levantaba y la ayudaba a hacerlo—. Vamos, te la presentaré. —Ella asintió apenas sonriendo. Enredó los dedos alrededor de su cintura un poco más ancha que hacía un par de meses, aun así, muy delgada y la pegó a su costado—. Al fin usaste esa llave —murmuró cerca de su cabello.

—Quería sorprenderte —confesó, quitando su mano debido a las cosquillas que intencionalmente le provocó, con esa bella sonrisa infantil que hacía brincar todas sus neuronas, células y hormonas enloquecidas. La calma llegaba de nuevo y ella era quien se la brindaba.

—Lamento que sucediera esto —musitó, entrelazando sus dedos. La joven se encogió de hombros.

—Ya pasó. —Marcel la observó desde sus altura en serio, impresionado, embrutecido por esa mujercita que iluminaba y alegraba su vida.

Al entrar una chica de cabello castaño, rizado, con un rostro hermoso y rasgos de envidia, esperaba recargada en la barra de la cocina mordiéndose la uña. En cuanto los vio sonrió aliviada. Guau, ¿esa era su prima?

Sofía primero observó a su primo vestido solo con ese pantalón de dormir, luego su mano firmemente entrelazada con otra mucho más pequeña y, enseguida, aquella dulce chica que debía ser la dueña de todas esas cosas que había salpicadas por el apartamento.

Sí, esa imagen angelical, tímida, infantil, encajaba sin problema. El contraste de ambos era asombroso, pero lucía mejor de lo que creyó, era como ver algo equilibrado, complementario. Se acercó de inmediato, animada.

—Soy Sofía, la prima de este cavernícola. —Marcel la miró como diciendo: «te dije». Sin más, besó su mejilla contemplándola sin reparos. Era muy bonita, bastante, sus rasgos eran tiernos, suaves y definitivamente la clase de belleza elegante, no exótica, pero sí se veía llamativa de cerca—. Tú debes ser Anel, su novia. —Marcel no le había dicho nada, pero las amistades que tenían coincidían y, aunado al hecho de que cosas de su estilo residían en aquel lugar, la respuesta era esa.

—Sí, mucho gusto —dijo con serena parsimonia, sin titubear. Ignoró por qué, pero de inmediato le cayó bien, no sabía si era la manera en la que se mantenía muy cerca de su primo, o sus femeninas gafas dándole ese toque de intelectual no disponible, o el hecho de que Marcel se notaba muy distinto, como llegó a escuchar. Teniéndola a su lado; sonreía de regocijo, parecía relajado, eso sin contar la manera en la que mantenía aferrada su mano mientras que, con el dedo pulgar, acariciaba su blanca piel.

—Siento todo esto —se excusó, arrepentida—. Mamá a veces es una arpía y, bueno, alejarme ayuda. —Le guiñó un ojo con esa vitalidad que Anel admiró.

Marcel alzó la vista. En la barra, a lo lejos, notó que había cosas. Miró a Anel extrañado mientras ella se acomodaba un mechón.

—¿Y eso? —La soltó y avanzó hasta ahí. Las dos chicas lo siguieron. Un par de cafés de aquel sitio que tanto le gustaba, y los panes que adoraba. Sonrió, derretido. Esa chiquilla no tenía comparación. Se giró y la besó importándole una mierda que su prima los viera—. Gracias, An... —Abochornada y deseosa de más, asintió con las mejillas enrojecidas.

—De nada... —murmuró sobre su boca.

—Creo que iré a cambiarme —dijo Sofía, sorprendida por esa efusividad, por la forma de tocarla. ¡Guau! De los dos brotaban chipas de química pura, de atracción arrolladora, de compenetración. Marcel giró, negando.

—Me iré a poner algo, ahora vengo... ¿Quieren ir a desayunar? —No estaba seguro de que Anel hubiese cenado la noche anterior y apenas si comió. Sofía asintió entusiasmada, dando brinquitos. Sin esperar sus respuestas, agarró la mano de Anel y la arrastró al sofá mientras su primo se llevaba su bebida y el pan en la boca.

—Es un cavernícola, pero de los buenos —expresó ella a su lado. Anel sonrió, sacudiendo levemente la cabeza—. Y dime... ¿Qué estudias? —Se veía de 17 o 18. Ahí, en lo que Marcel se vestía, logró saber su edad, dónde vivía y que llevaban más de mes y medio juntos. No lo parecían, sin embargo, le creía, aunque sabía que su relación comenzó antes.

—Tu turno. —Marcel salió ataviado como solía: una camiseta oscura, *jeans* y sus botas. En cuanto estuvieron solos se abalanzó sobre ella en el sofá. Le quitó las gafas, y volvió a besarla—. Te extrañé anoche, Estrellita. —Anel acarició su mejilla hechizada por esos estanques verdes como el césped comenzando a secarse—. Pero hoy duermes aquí, no hay discusión.

—Eso quiero —murmuró cerca de su rostro. El chico apretó su cintura sintiendo esos huesos de su cadera que ya le eran tan familiares. Dios, si no estuviera ahí su prima, la haría suya. ¡Cómo la necesitaba!

—Más te vale, de todas formas no tienes opción —y la saboreó al tiempo que dibujaba círculos sobre su abdomen, por debajo de su fin blusa blanca. Un gemido no intencionado escapó de sus labios. Marcel, se alejó comprendiendo que no era el momento—. Mejor encendamos el televisor en lo que aquella terminara. —La joven dejó salir una risita. La forma en la que su novio y Sofía se llevaban la asombró, le agradó y la hacía sentir a gusto, relajada.

—Me cayó bien —musitó ya sobre su pecho mientras él buscaba algo qué ver.

—De creer que no sería así y no confiara en ella, no te dejo ni un minuto sola, An —respiró el aroma de su cabello adhiriéndose más su cuerpo y este la recibía más que feliz.

Fueron a un restaurante ubicado en una colonia cercana, justo frente a un lindo parque y a un lado de una avenida importante.

La conversación fluyó relajada, mientras Sofía parloteaba y ambos la escuchaban. A veces Marcel intervenía, otras parecía más un monólogo, pero definitivamente divertía.

Engulló lo que pidió sin dificultad oyendo alguna de sus anécdotas, era todo un torbellino. Sonreía sin cesar, era quejosa, quisquillosa y hacía mucho aspaviento. Era el tipo de chica con la que lo hubiese pensado, así, segura de sí, coqueta, hermosa.

Su novio notó que se sentía bien, tranquila. No soltaba su mano y a veces le daba pequeños apretones riendo. Entre ellos discutían por tonterías, cosa que resultaba aún más cómico para ella.

—Hola... —Anel alzó la vista al ver una joven de cabello largo, perfectamente alisado, color chocolate, ojos alargados y avellanas, piel blanca y cremosa y una figura estilizada, piernas largas, talle justo, eso sin contar la vestimenta de vanguardia. Marcel soltó su mano tensándose sin girar enseguida, mientras Sofía la perforaba con rabia. ¿Quién era?

—¡Vaya! Creí que las víboras aquí no entraban, es un restaurante, no un herpetario. —El rostro de la intrusa se descompuso, pero no dejaba de mirar a Marcel, mordiéndose el labio, con ojos tristes.

—Hola, Sofía —dijo aquella voz. Anel notó como su novio alzaba al fin la cabeza con una máscara imperturbable de absoluta indiferencia, gélida actitud—. Hola, Marcel —lo saludó mirándolo intensamente, sin reparar ni una sola vez en ella.

—¿Qué hay, Cristina? —estaba molesto, eso la desconcertó sentada ahí, expectante.

—Hacía mucho tiempo —murmuró, sonriendo con ternura.

—¿Qué quieres?, porque estábamos desayunando tranquilamente y es muy molesto que «cualquiera» venga a interrumpir. —La joven miró a la prima de su novio molesta.

—Ya pasó mucho tiempo. ¿No te parece?

—Y puedes estar bajo tierra diez metros y seguiré pensando que eres una jodida zorra, así que si no deseas escucharlo, date la vuelta y vete —remarcó esto último con cinismo. Anel observó a Sofía asombrada, era otra. Ahora rabiosa, con malicia en cada facción, pero eso no lo desconcertó tanto como la atípica reacción de Marcel.

—¿Crees que podríamos hablar? Ha pasado mucho y... —Ahora le hablaba a él ignorando el gruñido de su prima. Marcel negó metiéndose un bocado a la boca—. Marcel, por favor... Ya no sé cuántas veces más te tendré que rogar para que escuches. —Sofía rodó los ojos hastiada.

—Cris, linda, o te vas o tu minúsculo vestidito quedará con la huella de mis chilaquiles, así que... —sentenció y con un ademán le pidió que se fuera.

—Sigues siendo la misma —soltó ya irritada.

—¡Basta! —ordenó Marcel al ver que empezaban sus clásicas discusiones y con Anel ahí, simplemente no lo soportaba—. Cristina, ni ahora ni nunca quiero, ni se me pega la jodida gana de hablar contigo. No sé por qué no lo entiendes, pero más claro no puedo ser. Así que te pido, te marches. —La chica se entristeció con impotencia, retorciéndose los dedos.

—Es que ya no sé qué más hacer... —Un líquido amargo resbaló por sus mejillas. Marcel aventó el cubierto irritado por esa maldita reacción. Odiaba que todo siempre llegara a las putas lágrimas y más aún que su chiquilla estuviese presenciando algo tan desagradable, caray. Se levantó, la tomó del brazo y caminó con ella al lado.

—¡No, Marcel! —dijo Sofía, mirándolos, pero negó con un resoplido. De pronto, reparó en la dulce jovencita. Lo observaba todo, inmóvil, pasmada y muy confundida—. No te preocupes, ahora regresa, esa bruja es una patada en el trasero. —La joven asintió, sintiendo de nuevo que una con garras entraba en su pecho y lo pinchaba tanto que dolía. Los veía a los lejos discutir, ella llorar, Marcel llevándose las manos a la cabeza exasperado, agitando los brazos fuertemente, con decisión, mientras Cristina intentaba acercarse y él lo evitaba, iracundo.

Sofía quiso ir a darle dos bofetadas a su primo y un buen rodillazo a ella, a lo mejor dejarla sin cabello de paso, no obstante, sabía que ese día tenía que llegar y que la joven al lado suyo, sin saberlo, era la responsable de que él se atreviera a acercarse y por fin le pusiera un alto a esa arpía interesada. Que al fin decidiera cerrar ese jodido círculo de dolor donde se encerró hasta hacía unos meses.

Jugueteó con su comida, incómoda ante el silencio, ante la ausencia de su novio. No sabía quién era, pero se hacía una idea clara.

Unos minutos después, regresó, se sentó y, sin decir nada, reanudó su ingesta. Anel ni siquiera levantó la vista, no podía, no se sentía cómoda, ya no. Estaba cansada de todo eso, de sentirse segura un segundo y vulnerable el siguiente.

—¿Irás a tu casa? —preguntó Marcel a su prima, ansioso por estar solo con Anel de una jodida vez. Se sentía al límite. Sofía, seria, negó.

—A casa de Camila, gracias. —Unos minutos después salieron de ahí. Marcel no la tocaba y, salvo para ayudarla a subir a la camioneta, ni siquiera parecía notarla. Dejaron a Sofía en la fachada de una casa cercana al restaurante. Se despidió de Anel guiñándole un ojo y una linda sonrisa, y luego de él diciéndole con la mano que luego se marcaban.

Un molesto silencio llenó el interior de la camioneta. Marcel sentía pesado su pecho. Al fin le había dejado bien claro a esa chica lo que pensaba de ella, pero en realidad ese no era el motivo de su actitud aislada, sino revivir esos días, esa noche donde frente a él todo su mundo perdió sentido. Evocar las horas, los días de angustia, y entender después que ya nada era cómo solía, ni lo sería nunca más.

Solo, creyó que esa joven era lo único que le quedaba después de sentir que un terremoto había acabado con aquello que creía seguro, con su entorno, con las personas que más amaba. Fue mentira, nada era real, verlo tan claro lo hizo tomar decisiones estúpidas, hacer cosas que no debió y que, gracias al cielo, no tuvieron consecuencias, pero después de aquello, al lograr reconstruirse, una coraza fuerte como una roca, apareció.

De pronto, la pequeña figura a su lado lo hizo regresar de aquel lugar lamentable en el que se encontraba sin poder evitarlo. Anel. Ella no tenía idea de cómo iba picando piedra de ese escudo, lo cierto es que cada vez sentía más huecos en él, cada vez sentía que la luz entraba más nítida, con mayor calidez. Esa chiquilla, con su forma de ser, su paciencia, sus palabras, con su presencia ingenua, inteligente, iba logrando lo que nadie y se odiaba por no poder ser lo que merecía, por no poder ser alguien fácil, sin todo eso cargando, por no poder dejarse ir y es que por mucho que lo intentaba algo en su interior no cedía, no soportaría hacerlo y perder. No otra vez.

Al llegar al apartamento, sin decir nada la arrastró a su habitación. La besó desquiciadamente, ansioso, como si quisiera borrar algo, como si quisiera colmar sus pensamientos de ella. Anel se lo permitió, lo dejó besarla, tocarla y hacerla suya cómo él deseaba, sin embargo, no cómo solía. Marcel luchó durante el encuentro por sentirla cómo sabía, podía sentirla, pero no llegaba, no tocaba lo que realmente anhelaba de ese pequeño ser que lo recibía sin remilgos.

Saciado, cayó a su lado contrariado. La chica se colocó las bragas y luego el sostén en silencio. Pasó un dedo por su espalda para luego acariciar su cintura.

—¿Estás molesta por algo? —Quiso saber al verla tan ausente, de nuevo. Elevándose solo con los codos.

—Ella fue la novia por la que no valió la pena el esfuerzo, ¿verdad? —Marcel se dejó caer sobre el colchón, bufando. No quería hablar de eso con ella, no en su dormitorio, no después de haber estado en su interior. Eso sería como ensuciar lo único bueno de su vida.

—Dejemos eso... Mejor dime, ¿qué quieres hacer? —Regresó del baño y se sentó a su lado, desnudo.

—Lo que quieras —murmuró indiferente, dolida. Por mucho que hacía no llegaba a él, lo sentía tan suyo y tan ajeno que ya no tenía idea de lo que ocurriría al segundo siguiente, ese fin de semana había sido una absoluta locura y se sentía agotada. Marcel la hizo girar, acunando su barbilla.

—An, estoy contigo, no quiero que sea de otra forma... Me tienes loco, en serio, loco... Sé que soy un lío, pero no te escondas de mí.

—No me escondo —replicó, perdida en sus ojos, lo único que deseaba era encontrarlo.

—No quiero traer al presente el pasado que tú has ido logrando. Anda, sonríte un poco. —Ella elevó las comisuras de su boca débilmente—. No, así no... —dijo y comenzó a hacerle cosquillas sin cesar. La joven cayó sobre la cama revolcándose mientras de su garganta salían carcajadas tan agradables como el

agua al correr por el río—. Ves, no es tan difícil —dijo y la besó con ternura—. Hoy te consentiré y haremos todo lo que tú desees. —La joven sonrió y acarició su mejilla.

—No dejaré que olvides tu promesa en todo el día —anunció con susurros, pero, juguetona, adorando la sensación de reconocerlo nuevamente.

—Haz de mí lo que quieras, te complaceré.

Más tarde, después de hablar con León para saber cómo seguía su novia, fueron a un museo interactivo que se encontraba en las periferias de la ciudad, pese a que no le llamó la atención su propuesta, no pudo negarse ya que comprendió que la hizo pasar un mal rato y cumpliría su promesa. Sin percatarse, se encontró experimentando con los artefactos como un niño cualquiera, yendo de aquí para allá agarrados de la mano, descubriendo todo lo que había. Rieron, bromearon y al parecer lo sucedido quedó en el olvido, aunque para ella, el registro de todo eso, no.

Su fin

CAPÍTULO 23

—¡Ven acá!, no seas tramposa —gritó y corrió detrás ella. La chica no se detenía, ni siquiera giraba la cabeza, reía sin parar venciendo el silencio de ese bosque que Marcel conocía muy bien desde joven y al que se le ocurrió llevarla el siguiente fin de semana para verla como era... Libre, ágil, alegre. No se equivocó, en cuanto llegaron, el viernes por la tarde, comenzó a explorarlo todo.

Tapalpa, conocido también como «pueblo mágico», un lugar campestre no muy lejano de la ciudad donde poseía una casa que desde hacía años no visitaba, pero que, pese a ello, se mantenía en perfecto estado.

Habló con la administradora que se encargaba de las propiedades que hasta ese momento nadie, salvo su familia y ella, sabían que eran suyas, y le comunicó que iría.

Por lo mismo, al llegar, la casa estaba limpia, y con todo lo necesario para recibirlos.

Anel se quedó pasmada frente aquella construcción. Era asombrosa, madera pulcramente cuidada, ventanas enormes, muebles modernos, se podían ver por todo el lugar, un gran jardín perfectamente cuidado la rodeaba.

—¿Te gusta? —preguntó mientras se disponía a bajar el equipaje de la camioneta.

—¿Es... Es tuya? —Marcel asintió, pasando a su lado con una simpleza que la descolocó—. Ven, dejemos esto y vamos a comer. —Lo siguió. El sitio era fantástico, contaba con comodidades y hermosos acabados. Después de dejar todo en la habitación, fueron al pueblo. Comieron en un sitio justo en el centro y luego deambularon por las calles mientras Anel no perdía ocasión para sacar su cámara.

A la mañana siguiente, salieron muy temprano. El sol apenas si se asomaba por lo que la vegetación propia del lugar estaba sumergida en la semi sombra que pintaba el alba. Marcel llevaba una mochila colgando con todo lo que pudiese necesitar y a Anel aferrada de su mano con esa linda sonrisa que lo iluminaba todo.

Caminaron por senderos silenciosos, adorando lo que el paisaje les regalaba. Las lluvias aún no llegaban por lo que el café y el amarillo prevalecían, de todas formas, ambos absortos y agradecidos por poder estar ahí, en un sitio que los hechizaba.

Anel tomó fotografías de árboles retorcidos o con algún elemento que llamara su atención, de prados secos que dejaban ver cierto juego con las luces, de plantas verdes en medio de la nada, animalillos o insectos, en fin... Ella disfrutaba tanto como él, sentirse perdida en esa inmensidad.

Marcel se sabía de memoria esos caminos, nada había cambiado a pesar de los años. Con su padre los recorrió miles de veces. Ambos adoraban lo que les brindaban los espacios abiertos y no fue hasta que Marcel se topó con esa chiquilla recorriendo esos senderos, que cayó en cuenta de lo mucho que los extrañaba, de lo mucho que le hacían falta.

Subieron, bajaron y anduvieron por horas. El calor era algo intenso, pero a ninguno de los dos parecía importarle. Se detenían, le daba un pedazo de naranja que ella exprimía dentro de su boca encantada, y luego continuaban. Casi a las once, pararon y engulleron unos emparedados que entre los dos prepararon antes de salir.

El aire allí, bajo esas piedras, era agradable. Conversaron sobre aquel sitio mientras él le explicaba lo que sabía de ese lugar. Después siguieron. Anel intuía que Marcel tenía un objetivo, un destino y que la

llevaba hacia allá.

Subieron una especie de montaña muy empinada. Él se movía con maestría, con obvio conocimiento de cómo escalarla, luego, ayudado por la agilidad de la joven, aferró su mano más de una vez para que lo siguiera. Cuando al fin llegaron casi a la cima, Anel abrió la boca como una enorme O.

—¿Verdad que es genial? —murmuró, escuchando el viento soplar con más fuerza, con las manos dentro de los bolsos del pantalón cargo. El lugar era plano, pasto esparcido, pero seco, piedras por doquier y una vista asombrosa, se podía subir más, pero con ella no se aventuraría.

—Es increíble, Marcel —expresó la chica, dejándose caer en el piso para poder contemplarlo sin más. Se acomodó a su lado felicitándose por su idea. Eso era lo que ella disfrutaba. Anel sabía apreciar ese tipo de cosas, veía en ellas, lo mismo que él: libertad, plenitud, un motivo—. Gracias —musitó con los ojos cerrados, deleitándose del aire que despeinaba sus mechones sueltos. Marcel la observó, embelesado, definitivamente no quería un mundo en el que esa mujer no se encontrara.

—Solía venir con mi padre, aunque allá, más arriba —dijo y señaló con el dedo la verdadera cima. Ella alzó la vista, asombrada.

—Pero... ¿Cómo? Está muy alto, empinado, casi vertical —sonrió, negando con una rama entre las manos y sus rodillas flexionadas.

—El rapel, ¿recuerdas? —Ella asintió evocando aquella vez en El Diente—. No es tan complicado, solo arriesgado, hay que tener cuidado.

—Se necesita mucha fuerza.

—¿Me estás diciendo debilucho, Estrellita? —sonrió, negando, al notar su tono juguetón. Era todo menos eso. El chico le guiñó un ojo, sereno. Su gesto parecía relajado, su semblante, el de alguien que no se penaba por nada.

—¿Vienes seguido? —cuestionó, intrigada.

—No, desde que vine con él la última vez, no había regresado. —Anel sintió una ola de electricidad recorrer su cuerpo.

—¿Los recuerdos? —susurró, jugando con una piedrilla que tenía entre sus pies. Seguía sin saber mucho de él, a eso ya estaba acostumbrada, así que adivinaba que una evasiva era lo que vendría.

—Los remordimientos —confesó con la vista perdida en lo majestuoso de aquel sitio. Ella lo miró intrigada—. Yo... Yo estaba a unos metros cuando sucedió el accidente —no se movió ni siquiera quería respirar, Marcel parecía concentrado en su memoria, en algo muy lejano y todo indicaba que, al fin, abriría algo trascendental, vital y eso era mucho más de lo que alguna vez fantaseó podía pasar—. Íbamos rumbo a una cena navideña. No solíamos discutir, pero a últimas fechas, desde que le dije que deseaba estudiar Arquitectura, entrábamos en peleas tontas... Él no quería, decía que mi futuro era la empresa, que debía estudiar algo relacionado a ello, que tenía un legado que cuidar, que era lo que construyó para nosotros, que sería bueno y que no debía desperdiciar mi capacidad. Que construir casas lo podría hacer después. Me opuse, me opuse una y otra vez... Mamá parecía afligida por la situación, sin embargo, creía que de verdad yo lo lograría... Esa noche, rumbo a aquella cena, Lily, mi hermana menor —sonrió, mirándola de forma especial—. Ella tendría tu edad... —Anel parpadeó y torció sus labios para dibujar una sonrisa tierna—. Sacó a colación algo sobre eso y empezamos con lo mismo. Enfadado, harto de que no me escuchara, de que no comprendiera lo que deseaba, me bajé en plena avenida cuando estaba en alto. Llegué a la acera, rabioso, cansado de que no respetara lo que quería. Avanzaron para estacionarse. Cuando giré, un camión... Un camión los impactó por un costado... Vi cómo desaparecían de mi campo de visión. —Se limpió una lágrima con dedos firmes, jamás había vuelto a hablar de ello, pero ahora, ahí, con ella al lado, necesitaba hacerlo, decirle, que supiera, sacar

toda esa mierda que lo carcomía, que lo entumía, que gracias a su presencia se había ido diluyendo—. Grité, corrí, le pegué a la lámina del auto intentando abrirla después de lo ocurrido, quise sacarlos. Sangre por doquier, ninguno estaba consciente, el coche quedó impactado contra un muro a una cuadra. Luego todo fue confuso. Mi madre muy grave. Mi hermana falleció casi al instante y él... En coma. Creí que enloquecería, creo que en esos momentos lo hice. Ver la vida de quienes más te importan consumirse en menos de un segundo no tiene comparación con nada. —Aventó una piedra pequeña con rabia mientras ella los escuchaba, pasmada, con un enorme nudo en la garganta, asombrada de que al fin se abriera, hablara un poco de lo que en su interior habitaba. Lo que le contaba era horrible, demasiado duro y podía revivirlo con cada una de sus palabras—. Primero, mi madre, luego, él. En dos días, los tres murieron —suspiró de nuevo perdido en la inmensidad—. Jamás creí que se pudiera sentir tanto dolor, que los perdería en un pestañeo. A las semanas supe que heredé todo. Decidieron guardarlo en secreto debido a mi seguridad y para darme tiempo a que asimilara lo ocurrido. Viví casi un año con mi tío Efrén, él y mi padre siempre fueron muy cercanos. Deprimido, desgastado, tomaba día y noche, a veces no llegaba, incluso, me drogaba. Perdí el año y les rogué me dejaran en paz. Sentía la lástima de todos sobre mi espalda, sus miradas, su pena. La condición para dejar de hostigarme fue demostrar que podía ser responsable de mí. Lo hice, seis meses me comporté ejemplarmente, ya en otro colegio, lejos de todo. Fue así como terminé viviendo solo, en ese apartamento... Pocos saben que tomaré posesión —la miró fijamente—. No lo deseo, An, no era mi sueño, pero no puedo fallarle, no otra vez. —La chica ladeó la cabeza sosteniéndole la mirada dulcemente, perpleja de cada palabras emitida, de ese impresionante confesión. Lo conocía, no soportaría que le hiciera saber lo mucho que le dolía pensarlo en semejante situación, presenciando algo como aquello y es que era impactante, desgarrador. Así que iría por donde sabía, no lo sumergiría.

—Marcel, esta decisión es solo tuya... —murmuró. Él sonrió, negando, lo decía tan suavemente, como si pudiese leer cada uno de sus pensamientos.

—No cuando ya no está, no cuando yo pude haber estado ahí y por alguna razón que desconozco, no morí junto con ellos. Creo que hay un motivo detrás, no lo sé. No soy supersticioso ni nada de ese tipo, al contrario, pero fueron segundos, An. Creo que debo por lo menos intentarlo, no debí bajarme así.

—Entonces lo estás decidiendo. —El chico pestañeó, sintiéndose, de pronto, distinto. Nunca pensó las cosas de esa manera. Siempre sintió que no tenía opción, que estaba acorralado, pero..., pero de alguna manera, con la simpleza de esas palabras, algo se modificó. No era su sueño, tampoco lo que deseaba, pero sí una elección, aunque las razones fuesen el remordimiento—. No quieres decepcionarlo, no cuando ya no está... Pero creo que quieres saber si lo que te decía, era cierto, si de verdad serías bueno en ello. —Miles de veces habló eso con Efrén, con Sofía, incluso con Rodrigo, pasaba noches enteras divagando, odiando lo que vendría y nunca, en todo ese tiempo, logró llegar a esa conclusión que sí era real, otra manera de ver las cosas.

—Para tener 18 y ser una chiquilla, piensas como alguien mayor. —Anel bajó la vista hasta sus botas suspirando. Eso solía decírselo su madre tantas veces, él mismo en otra ocasión. Qué lejos todo aquello, los momentos felices, las caricias y el amor que sabía le tuvo por años, todo eso convertido en un odio sin sentido, que no comprendía, que le dolía tanto como puede dolerle a alguien ser rechazada por el ser que más se ama, el que más te debería amar. Se encogió de hombros mirando el horizonte—. Son solo palabras. —Marcel la hizo girar tomando su babilla con su dedo índice y el pulgar.

—Eres tú, nada más, An, solo tú —dijo y besó su boca con tranquilidad, perdiéndose en su esencia amielada, en su olor a naranja, en sus cálidos labios que lo acariciaban—. ¿Y tú?, ¿por qué Derecho? —preguntó intrigado.

—Supongo que nos somos tan diferentes. Quería que mi madre me notara —saberla en esa situación le

dolía, lo mantenía en vilo, rogando más veces de las que recordaba, que nada le pasara, que al día siguiente que la viera, no tuviera ni una marca física, y esperaba, tampoco emocional.

Anel era un ser que contagiaba libertad, pero no de esa forma absurda, hueca, sino desde adentro. Era como era, fluía sin problema, tomaba lo que venía, lo recibía con los brazos abiertos. Era serena, observadora y jamás haría algo que lastimara a nadie. Era humana, era real, demasiado, y eso la gente solía envidiarlo, odiarlo, juzgarlo, criticarlo y muchas veces deseaban aplastarlo.

Recordaba sin problema el día que la conoció, y salvo algunos kilos más, todo era igual en ella. Solía llevar su cabello agarrado, aunque los fines de semana, cuando se encerraban en su burbuja, no, a su lado era otra; le permitía acariciar sus pechos, su delgada espalda, torturar su cuerpo en general. Sin embargo, sus gafas continuaban, no había cambiado su forma de vestir, mucho menos de ser y eso, eso le fascinaba. Ella era ella, así, sencilla, sin complicaciones, con su dolor y con sus aficiones, con esa manera de comprender la cosas sin buscar el doble mensaje, algún implícito. Era única y era suya, absolutamente suya.

—¿Medios Audiovisuales, entonces? —asintió, sintiéndose mucho más ligero después de hablar con ella sobre ese escabroso tema y ver que en nada cambiaba su actitud hacia él, que su mirada seguía siendo la misma y que fuera de lamentarlo, lo hizo pensar.

—Sí, no entraré este semestre, creo que el siguiente... —Abrió los ojos, dándose cuenta de que nuevamente había estado maquinando esa cabecita suya, sin embargo, en esta ocasión se comportaría como alguien maduro y la escucharía.

—¿Por?

—Debo buscar trabajo... No puedo quedarme más tiempo en ese lugar —admitió con su mirada en el suelo.

—No estás sola, An. Yo puedo ayudarte, no tienes que seguir ahí si no lo deseas, tengo el dinero, pronto será más... No tengo problemas para...

—¿Mantenerme? —preguntó despacio. Sonrió, negando sin verlo.

—No lo tomes a mal, Marcel, lo agradezco y no es orgullo, pero tampoco lo correcto. Tú tienes tus problemas, estos son los míos. Debo intentar hacerlo sola —admiró su coraje, más aún porque no parecía temer, aunque tampoco le gustaba pensarla pasando penurias, no cuando no era necesario.

—Pero no tienes necesidad de nada, An. Puedo hacerlo, pagar tu carrera, lo que quieras —Ella lo encaró mirándolo dulcemente.

—Ya veremos. ¿Sí?

—¿Cuándo? Haces planes y no sé cuáles son... —le hizo ver, dolido, y con suavidad.

—Tú dijiste... —Colocó un dedo en su boca.

—Yo a veces digo estupideces, no todo es así. Claro que me importa, no deseo saberte preocupada por dinero, por un techo cuando no tienes por qué. —Anel asintió sin decir más.

—Si necesito algo te diré. ¿Bien? —Eso no era lo que buscaba, pero era un gran adelanto—. No sé aún en qué momento, pero el verano, seguro. Cuando se entere que no deseo seguir en la carrera enfurecerá —dijo y, además, debía pensar en qué hacer con el asqueroso de Alfredo. Deseaba irse, sino fuera por él, ya hacía meses que lo hubiera hecho, tal vez años, sin embargo, le temía. Aun así, debía salir de ahí, lo sabía, por su salud mental, por su integridad, por su futuro.

En una semana más, mayo comenzaría, el tiempo corría y debía arreglar los detalles de qué haría y cómo. Tiempo atrás pensó que regresar a Estados Unidos sería la solución, tenía nacionalidad y las cosas podían darse de alguna manera. Vendería algunas cosas de valor; regalos absurdos, otros costosos que

ese tipo le dio cada cumpleaños y que los enterraba en el fondo de su armario por si su madre le preguntaba por ellos. Sin embargo, no quería dejar a Marcel, sabía que no sería eterno, que en algún momento él mismo pondría fin a aquello, y esperar a que eso sucediera era lo único que la detenía para irse.

No había promesas entre ambos, tampoco esperaba que las hubiera teniendo ella a la edad que tenía, y menos él con lo que le venía, lo cierto era que no se sentía del todo segura de lo que había entre ambos, aunque paradójicamente sí de ella misma y en menos de un mes ya no estaría en esa casa que tantas cosas malas le había regalado.

—Si te toca, An, no dejaré que regreses, ¿entiendes? —sentenció con fría firmeza, mirándola con furia.

—Para junio estaré fuera... Desde que no dormo los fines de semana en casa y me desaparezco tanto tiempo, parece más tranquila, creo que hasta cierto punto descansará, aunque odie que «sus amistades» lo sepan —entrecomilló aquello con sus dedos. Marcel sonrió con tristeza.

—Esas personas abundan. Farol de la calle...

—Oscuridad de su casa —completó sonriendo.

Permanecieron ahí conversando sobre sus amigos, sobre la buena noticia de la recuperación de la novia de León. De Alegra, Mara. De los sitios que conocía. En fin, cosas que en la cotidianidad, no saltaban y que en ese momento de intimidad, llegaron.

De regreso a casa, ya al atardecer, Marcel recordó un juego absurdo que nunca fallaba entre él y su padre. Juntó piedrecillas casi del mismo tamaño. Se detuvo en un sitio plano, aprovechado lo árido, marcó una estrella con una vara. Luego caminó hacia Anel y metros atrás, una línea.

—¿Eres buena lanzando? —preguntó con aire retador.

—No suelo lanzar nada, pero soy buena aprendiendo —desafió, alzando sus cejas. Toda desalineada, con sus mejillas sonrojadas, y varios mechones fuera de la coleta, se veía sencillamente perfecta.

—Eso ya me lo has demostrado —soltó con doble sentido que ella captó, ruborizándose—. Bien, aquí, te paras, y debes lograr que tu piedra llegue a la estrella. —Anel sonrió cruzada de brazos.

—¿Qué pretendes? —cuestionó, entornando los ojos. Marcel era competitivo y nada hacía gratis, lo sabía bien.

—Veo que me conoces, Estrellita. —Se acercó y la pegó a su cuerpo seductoramente—. Si gano, me darás uno de esos besos, ya sabes... —Anel sintió una ola cálida revolcarla, no entendía por qué ese gesto siempre lo pedía como una súplica si siempre le devolvía los que le daba y, a veces, ella también tomaba la iniciativa.

—Y si yo gano... Me llevarás cargando hasta la casa. —Marcel la soltó carcajeándose. Esa Anel ocurrente era demasiado divertida y ya cada vez se le veía con mayor frecuencia.

—¿Estás cansada?

—Bueno, algo, me hiciste caminar horas... —sin queja, manifestó.

—Pero si tú no paraste de andar por todos lados con esa bendita cámara tuya... Te agotaste de más porque quisiste —refutó, ladeando la boca.

—Como sea, eso es lo que deseo —y tendió la mano para sellar el trato.

—Eres perversa... Pero con ese peso, creo que no es problema. Ya estamos muy cerca —dijo y señaló el sendero que enseguida reconoció.

—¿Ya admites que puedes perder? —Lo retó, riendo. El chico se acercó hasta quedar a unos centímetros de su rostro.

—Jamás, esa boquita tendrá mucho trabajo, así que no la fatigues de más.

Y comenzaron, primero ella. Sopló sobre su mejilla cuando la aventó. Por lo tanto, la piedra salió hacia otro lado. Luego él, ella pinchó su abdomen logrando que fuera en dirección contraria. Ambos se carcajeaban.

—¡Ya, nada de trampas! —soltó Marcel serio. Anel al lanzarla, sintió un beso casto en su otro cachete.

—¡Ey! Dijimos no trampas. —Él arrugó la frente con inocencia e indignado.

—Eres mi novia, puedo hacer eso, además, se supone que te guste, no que te quejes. —Anel rodó los ojos.

—Eres un tramposo, Marcel —lo acusó con sus manos en la cadera. El chico la tomó por la cintura pegándola.

—Y tú mía, por lo tanto esa boca también, ya verás. —Se alejó y se posicionó listo, mirándola de reojo. Al lanzarla, Anel gritó. Eso era atípico, volteó, asustado. La chica alzaba una ceja desafiante.

—Creí que había una serpiente de ocho cabezas acechando, lo siento. —Así siguieron varios más. Miles de cosas se les ocurrían y no lograban atinarle. De pronto, en un lanzamiento de él, la piedra tocó la estrella para luego salir de ahí. Marcel gritó eufórico, como niño de diez años. Anel enarcó una ceja sin comprenderlo.

—Mi premio —se acercó seguro de sí. La chica se alejó, negando.

—¿Estás loco?, la piedra no está en la estrella, no ganaste. —Marcel frunció el ceño.

—Pero la tocó, gané —sentenció, acercándose de nuevo. Ella puso sus manos al frente impidiéndoselo.

—No, eso es trampa, debía quedarse ahí... No ganaste —dijo firme, pero riendo al verlo incrédulo.

—Sí, gané y quiero mi beso.

—No, y no te lo daré. —Marcel sacudió la cabeza riendo.

—Oh, sí, chiquilla, claro que me pagarás, yo sé cobrar las deudas. Ven acá —dijo y la chica se rehusó, alejándose.

—No, yo no beso a tramposos... —arguyó y comenzó a correr.

—Tú no besas a nadie, salvo a mí y no huyas...—Al ver que no paraba negó, incrédulo—. ¡Mierda! —exhaló y corrió tras ella carcajeándose. En más de una ocasión estuvo a punto de alcanzarla, pero Anel era escurridiza gracias a su complexión, ágil. Corrieron cuesta abajo riendo, gritando.

Cuando llegaron a la casa la rodeó por la cintura y la hizo volverse a él.

—Mi beso —exigió, pegándola a él. Anel invirtió los labios negando—. Anel, mi beso... —dejó de luchar y abrió la boca, Marcel se aproximó, triunfante.

—No te lo daré, puedes besarme, pero yo no lo haré. —El chico clavó su mirada verde, asombrado por su resolución, por sus palabras. Eso era cierto, ella debía dárselo. Entornó los ojos, reflexivo.

—¿Es tu última palabra? —Anel asintió con firmeza. Marcel le quitó los lentes, despacio, los metió en uno de los bolsillos de su pantalón cargo bajo la vista atenta y curiosa de ella.

—¿Qué haces? —quiso saber, algo nerviosa, al ver su extraña actitud.

—Cobrar me —dijo y la levantó como un costal de papas. Anel dejó salir un gritito de asombro al ver lo que hacía.

—¡Ey! No... —se quejó, moviéndose.

—Tú lo quisiste, chiquilla —resopló, vencida. No era tonta, nada podría hacer para bajarse, no si él

no quería. Cuando llegaron a la habitación, fue hasta el baño con ella a cuestras, escuchó el agua correr y, luego, sacar algo de algún lugar.

—Marcel, ya, la sangre se está agolpando en mi cabeza —chistó, alzando la cabeza sin poder ver nada. De pronto, la tendió sobre la cama. Su mirada le dijo qué era lo que pensaba. Lo observó quitarse la camiseta, aventarla y aproximarse en segundos. Quiso retroceder, desconfiada de su mente. Él la aferró de la cadera sin dificultad y la pegó a su cuerpo.

—Me lo darás, con gusto, sin remilgos —negó, pasando saliva. Sus ojos aceituna estaban inyectados de lujuria, de una promesa pasional que la desconcertó hasta cierto punto. Siempre se entregaba sin queja, feliz de hacerlo, pero en ese momento veía que él estaba dispuesto a llegar más lejos.

Ubicó sus dedos por encima de su cabeza con una mano y se perdió en su cuello lamiéndolo, torturándolo, probándolo, dejando su aliento desperdigado, ahí, por dónde iba pasando. Con la otra mano recorría su cuerpo de una manera chispeante, electrizante. Elevó su blusa y fue trazando líneas con sus yemas de forma enardecida, llena de fuego. Anel, sin poder evitarlo, cerró los ojos. Jadeos que no deseaba emitir escaparon de su garganta.

Marcel la tocaba como nunca lo había hecho, algo ocurría y no lograba descifrar qué, pero la bruma comenzaba a encerrar sus pensamientos dentro de cápsulas a las que no tenía acceso. Intentó quitar sus manos más de una vez, deseaba tocarlo, aferrar su cabeza con aquel cabello ralo, pero él no lo permitía. Desabrochó su *jeans*, con su mano viajando hasta su centro. Se arqueó con la boca seca.

—Déjate llevar, An, esto es para ti... —murmuró, sin tocar sus labios y eso, eso era lo que la tenía al límite.

La miraba, observaba cada reacción que provocaba, la disfrutaba y, aunque sus pupilas debido a la excitación del momento se encontraban dilatadas, parecía que no cedería. La joven gimió, incluso gritó. Marcel no le daba tregua, no paraba, peor fue cuando, desprovista de ropa, la probó con deliberada parsimonia, mientras ella se hallaba impotente, con sus manos imposibilitadas. Llegó más de una vez sin poder evitarlo. Sudaba, lloriqueaba, temblaba y nada lograba que él se detuviera.

—Marcel —le rogó con un hilo de voz, y lágrimas de placer permeando su mirada. Ya no podía más, su piel estaba más sensible que nunca, sus vellos erizados, cada punto clave asombrosamente despierto y ya no podía más.

—No, no, Estrellita, aún no —jadeos, gruñidos, quejidos, gemidos, todo mezclado en su pecho sin poder diferenciarlos, perdida en un valle de emociones que desconocía. Si bien él le había mostrado el placer en más de una de sus presentaciones, en esa ocasión sentía que perdía el alma, que él la atrapaba y la arropaba con su cuerpo. No supo cuánto pasó, se sentía laxa, su cuerpo agotado, exhausta, sin embargo, desesperada por sentirlo en sus labios, por unirse a él de aquella manera que adoraba.

—Ven —le rogó, llorosa. Él la miró, triunfante, admirando su cuerpo completamente perdido. Se acercó lentamente—. Suéltame... —le rogó entre jadeos. Marcel solo lo hizo con una mano, de inmediato la posó sobre su nuca y lo pegó a sus labios. Gruñó al sentirla así. Al ver su ansiedad, dejó su otra mano y rodó con ella sobre el colchón. Eso era más mucho más de lo que deseaba. Anel era su eje, su ancla, su fin. Estirar la liga de ese juego perverso no solo la desmoronó a ella sino que lo aniquiló a él.

Sin más, la invadió como nunca, sin separar su boca de la suya. Deleitado por la intensidad de ese asombroso beso que ella guiaba, que comandaba y en el que sabía, estaba cediendo cada pensamiento, cada anhelo, cada sentimiento.

Juntos, unidos, entraron de la mano a un mundo desconocido, asombroso y que no tenía retorno, que dentro de su alma, lo cambiaría todo.

Monstruo

CAPÍTULO 24

Marcel no podía despegar los ojos, ni las manos, ni los pensamientos de esa joven de pestañas larga, cuerpo escuálido y olor a naranja. Simplemente no podía, no después de aquella noche en el campo, no después de sentir lo arrebatada de aquel mundo de sombras para guiarlo a otro donde la luz entraba a chorros, no después de esa palabra.

Al día siguiente fueron a comer con la familia de él, como cada mes. Por supuesto, la recibieron encantado. Se mostró más desinhibida, aunque tímida. Así era su Estrellita. No obstante, ambos traían una sonrisa pegada al rostro que no lograron esconder, sobre todo él.

Desde que despertaron, ya todo fue diferente. Primero la sintió levantarse, quejoso, la aferró por la cintura y la pegó de nuevo a su pecho.

—¿A dónde vas? —Tan sonriente como cándida, se acurrucó contra su pecho dejando besos sobre su cuello al tiempo que la enjaulaba comprendiendo que eso era felicidad.

—Tengo hambre —murmuró despacito, rozando con su nariz su pecho. Marcel sonrió embelesado, complacido. Era muy raro que de Anel brotaran esas palabras, aunque a últimas fechas, cada vez que compartían sus cuerpos, era esa chiquilla la que salía de la cama para ir a engullir un plátano, fruta que nunca debía faltar, o un cuenco con helado, incluso descubrió que un cereal de chocolate que él solía comprar, le fascinaba, por lo mismo esa también era un opción.

Era muy cómico verla de pie engullendo aquello junto a la barra, deleitada. Anel no tenía problemas con la comida, sino con el ambiente que acompañaba esos momentos, así como también, con su propia situación emocional. Desde eso, hasta muchas cosas más, sentía que la conocía casi como a él mismo, por eso sabía que una pieza de esa preciosa persona por la que ya daría la vida, le faltaba. Sin embargo, de pronto, ahí, escondida soltó dos palabras que lo dejaron noqueado—. Marcel, te amo —dijo suavemente, como en un susurro. Antes si quiera de que pudiera reaccionar, ella ya estaba dentro del baño.

Con la mirada perdida, los ojos bien abiertos y sintiendo que una marea cálida derretía con mayor facilidad todo lo que en su interior había, se quedó ahí, paralizado. Anel salió después de ducharse, le sonrió como si nada y fue directo a la cocina ya vestida, pues su equipaje, ahí residía.

No supo qué hacer. Así que unos minutos después la alcanzó. Engullía cereal con ansias a un lado del refrigerador, de pie y atenta al tazón. Era tremendamente tierna, por lo mismo rozaba en la sensualidad ardiente y eso lo consumía. Abrió y cerró las manos, nervioso.

—¿Quieres? —preguntó la chica relajada, alzando un poco el tazón. No dejaba de masticar y, bueno, no era para menos, la noche a él también lo había dejado famélico. Lo compartido no tenía comparación con nada en el jodido planeta, fue mejor que cualquier cosa que sabía, pudiese existir.

—No, creo que necesito algo más consistente. —La joven alzó los hombros concentrada en su qué hacer.

¿Era en serio? Le soltaba esa palabra, ¿y ya? ¿No preguntaría nada, no lo vería expectante?, ¿no se pondría nerviosa?, ¿no esperaría a que él también se la dijese?

La observó otro segundo, pestañeando. Aunque la conocía, en general no sabía cómo actuaría, eso siempre lo mantenía atento a ella, a sus reacciones, a sus movimientos. Anel era atípica en más de una manera y eso lo adoraba.

Decidió seguirle la corriente. Sus sentimientos estaban en un reacomodo bastante complejo, como el que se daría en la Tierra si de pronto todas las placas tectónicas se moviesen y los continentes, nuevamente, cambiasen de posición, juntando a Asia con América como lo estaba en realidad de Europa.

Así de complicado, así de difícil, así de fuerte. Eso era un choque de galaxias sin precedentes, nunca antes sentido, nunca antes vivido. Atemorizante y asombroso, trascendental.

Casi tres semanas pasaron de aquel fascinante fin de semana. Marcel ya no tan solo la extrañaba por las noches, sino que dormía poco, y la evocaba desesperadamente. Necesitaba de ella, de su cercanía, de sus palabras, de su mirada, de su ser... Mierda, la quería tener pegada a sí mismo en todo momento si fuera posible.

Pasaban, como desde meses atrás, todo la tarde juntos, pero al anochecer, cuando debía dejarla en esa puta jaula dorada que era esa fría casa, además de rezar porque su madre no hiciera otra salvajada, la añoraba con desespero.

Llegar al apartamento y convivir con su ausencia era doloroso, pesaba, oprimía su alma. Por lo mismo, ya varias veces, había terminado en casa de Efrén cenando, jugando tonterías con las niñas. Ahí se sentía acompañado, y su ausencia no era tan evidente, aunque estaba presente. Había ocasiones en las que también la llevaba y más tarde la dejaba en su casa.

No entendía bien qué le sucedía, pero por un lado la necesidad de la calidez que proporciona un hogar; crecía y, por otro, lo que antes adoraba, no le atraía. Solo deseaba pasar sus horas con ella, en un ambiente sosegado, lleno de paz, de armonía, de palabras dulces y caricias placenteras.

—Quisiera poder saciarme de ti —musitó contra su boca. Estaban en aquella esquina donde solía dejarla. Anel rogaba que justo eso jamás sucediera. Ya bastante fue decirle lo que sentía así, sin más, asumiendo que era unilateral, como para que además la dejara por no encontrar más que tomar de su ser el cual, ya le había entregado todo.

—Debo irme —murmuró, devolviéndole el beso. Ya comenzaban las entregas de trabajos y la semana siguiente, algunas pruebas, por no decir que en ocho días ya saldría de su casa definitivamente. Tenía el dinero, un cuarto en una casa de asistencia que decidió alquilaría después de haberlo visitado con su novio y que este, a regañadientes, le hubiese dicho que sí parecía adecuado. Una de las entrevistas de trabajo al parecer había salido mejor de lo que pensó, así que no perdía las esperanzas, ya todo iba tomando forma. Pero en ese momento debía seguir con sus deberes y él también, pese a que por la tarde estuvieron cada quien absortos en sus tareas.

Marcel la aferró por la nuca con más intensidad. Deseaba comérsela, deseaba que no se fuera, moría por fundirse en su esencia y respirarla el resto de sus días.

—Me fascinas, Estrellita. —Ella sonrió con ternura, acarició su mejilla con la yema del dedo índice. No era de palabrería linda, nada cursi, nada que implicara usar verbos y sustantivos, pero sí atento, protector, sentía que le importaba, que la deseaba, por lo tanto, cuando llegaba a decirle cosas así, la dejaba noqueada, atontada.

—Me gusta que me digas así —confesó, perdida en su mirada. Marcel rozó su nariz, deleitado.

—Eso eres, «mi» estrella, An —añadió, «...y mucho más», completó para sí. Anel pestañeó dulcemente. Prácticamente no la llamaba por su nombre completo. Era extraño, pero eso la hacía sentir menos fuera de su alma.

—Debo irme, no he terminado el trabajo —el chico pegó su frente a la suya, resoplando.

—No tienes que presionarte, no seguirás en la carrera —le recordó despacio. Él estaba al tanto de sus planes, pero ella no le permitía participar demasiado, sin embargo, llegado el momento, no se despegaría hasta que la supiera bien, con todo lo que esa palabra implicaba.

—Lo sé, pero quiero hacer mi esfuerzo hasta el final, creo que me quedaré menos frustrada... —Su novio sonrió, negando. Era tan ideal, tan perfecta, tan suya. La besó nuevamente con arrebatado.

—Besas delicioso...

—Eso ya me lo habías dicho... —Marcel olió su aliento dulzón, fresco.

—Y te lo diré hasta que me harte, chiquilla —ella frunció la nariz, sabía que ese apelativo no era su favorito. Sonrió, alejándose—. Mejor vete, porque de nuevo te quiero en mi cama y olvidaré que estamos en plena calle... —La chica abrió la puerta de inmediato mientras él soltaba una carcajada. Aferró su muñeca deteniéndola—. Jamás haría algo así, aunque ganas no me faltan. —Le guiñó un ojo y la soltó. Anel se colgó la mochila, cerró la puerta, y anduvo hasta su casa. Marcel la observó atento.

De pronto una idea surgió, le pareció la ideal, perfecta. ¿Cómo no lo pensó antes? Le dio un golpe al volante felicitándose. Sí, eso sería una solución para ella, y por supuesto para él, por lo menos un tiempo... An, podía mudarse a su apartamento. Su familia no saltaría de gusto, pero al diablo, el bienestar de su luz y tenerla cerca sin horario ni restricciones, era lo primero.

Prendió el motor al verla entrar, encantado. Al día siguiente, se lo propondría y esas putas separaciones se acabarían.

Eran las nueve. La casa estaba sumida en un odioso silencio. A lo lejos vio el auto de ese «asqueroso». Tragó saliva. Entraría como siempre; sin hacer ruido alguno, su madre no debía tardar. Además, ya llevaba un buen tiempo que solo la observaba lascivamente, pero no se acercaba.

Ingresó por la cocina. Cleo debía estar planchando, y las demás chicas en sus habitaciones pues no había nadie ahí, cosa no tan extraña.

Subió sin hacer ruido, pisando los peldaños con cuidado; debía pasar desapercibida una hora a lo mucho.

Abrió la puerta de su habitación. No logró entrar porque dolorosamente una mano enredada en su cabellera la jaló hacia atrás.

Su corazón dejó de palpar, el miedo la atenazó, una descarga espeluznante recorrió su cuerpo desde los pies hasta la cabeza.

¡No!

Se quejó llevando los dedos al lugar donde ese asqueroso apretaba, soltando un gemido de dolor.

—Te dije que solo serías mía. —Abrió los labios para gritar, pero este fue más rápido y se los tapó con rudeza. Luchó por zafarse, por quitárselo de encima, por hacer la soltara. No conseguía nada, salvo que la pegase más. Sintió su aliento sobre su oído, lo podía ver de reojo—. ¿Desde cuándo, desde cuando eres la puta de ese? —Negó, retorciéndose para que la soltara—. Te lo advertí, Anel, eres mía. Esperé años, cinco putos años y tú te metes con otro tan tranquila pese a que te advertí... ¿Te metiste en su cama, cierto? Te hizo suya. ¿No es así? —Las lágrimas comenzaron a brotar sin dejar de luchar. Arañó sus brazos, intentó patearlo. Tal parecía que nada lo derrotaba—. Pero se acabó, ahora mismo sabrás lo que es tener a un hombre entre tus piernas, caramelo —sin soltarle la boca y aferrando sus dos brazos dolorosamente por detrás, la guio pasillo adentro.

Miles de demonios hirientes, sangrantes, avanzaban dentro de su mente, arrasando con todo a su paso. Montañas de hielo desmoronándose y ella... Ella, impotente, sintiendo que lo que por tanto tiempo temió, sucedería y ya nada le quedaría.

¡No, no podía estar pasando eso, no!

Se negó con fiereza, se dejó caer, se retorció y luchaba, pero él seguía avanzando pese a que la arrastraba. Sus brazos se romperían, sus dientes se encajaban en sus labios. Hacía ruidos con la garganta.

La llevaba a su habitación y no lograba detenerlo.

—Tu madre salió a una cena, nadie nos molestará... Para cuando tu hermana regrese, tú ya habrás sido mía, eso te lo juro. —El miedo, la ansiedad, su piel erizada, las náuseas desesperantes, sus manos sobre su cuerpo, la impotencia. Lloró sin dejar de forcejear, no lo dejaría de hacer jamás. Pero sabía que cada paso que avanzaba, su fin se acercaba y el tremendo agujero que quedaría jamás lo podría restaurar.

Al llegar, la tiró sobre la cama con facilidad asombrosa, logrando que su delgado cuerpo rebotara al caer contra el colchón. Una bofetada que le partió el labio fue lo primero que sintió. Ardiéndole lo indecible, se levantó como un resorte lista para volver a atacar.

—¡Lo odio! —gritó. Otro golpe más y regresó a la cama. El tipo sin perder tiempo se abalanzó sobre ella—. ¡No!, ¡déjeme! ¡No! —Él tomó su talle, apretándolo. Luego la besó, aprovechando sus gritos. Invadió su boca con la lengua mientras ella se retorció sintiendo que le vomitaría encima. De un tirón sintió su blusa romperse por la parte delantera. Luchó con más fuerzas, pero el hombre ya estaba en el valle de sus pecho, mordiendo.

Gritó de nuevo, rogando porque alguien la escuchara. Con las manos buscaba quitarle la cabeza de ahí, pero él ya iba rumbo al botón de su *jeans*. Se retorció, gritando tan fuerte que creyó se quedaría sin aire. Otro golpe en la mejilla. Sintió la sangre en su interior

—Serás mía, te guste o no, y las veces que yo quiera... Me importa un carajo todo. Aguardé por ti, te tendré, eso no lo dudes, Anel —dijo y bajó sus labios hasta su pecho, ya lo iba a descubrir cuando, ansiosa, y estirando un brazo, llegó a la mesilla de noche que estaba casi sobre su cabeza. Con manos seguras y haciendo acopio de una fuerza antinatural, agarró la lámpara de fierro y lo golpeó en la cabeza. En cuanto el tipo se quejó, se levantó de la cama. El hombre se frotaba el cráneo. Había sangre.

—¡Maldita perra! —vociferó para atacar una vez más cuando Analí apareció. Anel soltó el aire llorando, desesperada, al fin sabría lo que de verdad pasaba. Temblando como una hoja, se acercó, muerta de miedo, de pánico en realidad. La mujer la observó con un odio esculpido en cada facción, sin ni siquiera mirar a su esposo.

—¿No te basta ser la responsable de que mi matrimonio esté por colapsar?! —dijo y de un golpe la aventó hacia uno de los libreros. Anel salió proyectada, pegándose en el rostro, en el hombro y sintiendo la muñeca romperse.

—Te dije que era ella, Analí. Y haz que se largué de esta maldita casa, putas aquí no quiero —soltó Alfredo, saliendo de la habitación con la mano en la cabeza. Anel, adolorida, con el alma consumida, con el corazón roto y la dignidad pisoteada, no se movió del piso. La mujer, desde su posición, la miraba con miles de sentimientos encontrados.

—Ojalá jamás te hubiera parido... Eres abominable, Anel, algo de lo que siempre me arrepentiré. —La joven sintió como el hielo congelaba su sangre al escucharla, al ver cómo la miraba. La levantó, aferrando su cabello, mientras gritaba del dolor ya no solo por eso, sino porque todo el cuerpo escocía, aunque no más que su alma hecha añicos.

—Mamá... —rogó con las mejillas fuertemente laceradas, humedecidas. Vio, en su mirada un atisbo de culpa, algo de lo que solía ser, pero, de inmediato, se fue. Analí negó, la arrastró hasta su cuarto entre sollozos de la chica—. ¡Él es, te lo juro. Me quiso violar. Mamá, escúchame por favor! —debía intentarlo por última vez. La mujer la aventó junto a su armario, ya en su habitación, sacó sus pertenencias tirándoselas encima, importándole en lo absoluto su estado deplorable. Encontró ahí el cinturón con el que la había herido, ya en una ocasión. La vena perversa regresó. Anel lo notó, buscó levantarse, resbaló con su ropa alrededor cuando sintió el primer golpe. Alzó la cabeza al sentir el impacto de nuevo lacerando su piel.

—Te odio —bramó la mujer, llorando. Otro—. Te odio... —siguió.

—¡Está enferma! —Esa voz. Aquella voz. Débil, acabada, afligida, herida, se dejó caer sobre el montón de ropa sin girar. Ya estaba soñando, estaba segura. No quería seguir, no podía, su alma se quemaba como si un trozo de papel le prendiera fuego, el sentido de todo se perdió y no lograba encontrar una razón—. Le toca un solo cabello más y la refundo en la maldita cárcel. —Era Marcel. Anel ya no comprendía nada, pero no podía moverse. Giró con dificultad el rostro. Él estaba frente a su madre desafiándola abiertamente.

—¡No sé quién carajos eres, pero estás en mi casa! —dijo con voz amenazante.

—Me importa una mierda, usted es un puto monstruo, así que llame a la policía, me encantará decirles lo que acabo de ver —la desafió con los puños apretados, notoriamente contenido.

—¿La quieres? —La señaló despectiva—. Saca a esta niña perversa de aquí, me harías un maldito favor —farfulló y salió sin más.

Marcel, tembló atónito, aún no podía creer lo que había presenciado. Se dio la vuelta con el corazón en la garganta. Jamás podría sacar de su cabeza esa imagen: ella, en medio de su ropa, lacerada, rota, perdida. Sintió ganas de gritar, de matar, de... Se hincó frente a ella, despacio. Su cabello estaba suelto, no traía sus lentes y su cara estaba marcada, marcada brutalmente.

—An... —susurró con terror al notar que no lo veía, que su mirada parecía muy lejana—. Te sacaré de aquí... Todo estará bien, mi niña. —Al momento de cargarla la chica se quejó lastimosamente. De inmediato, sujetó con su delgada mano la otra muñeca, temblando, al punto de parecer estar convulsionando. La sacó de ese maldito lugar. Sintiendo el pecho oprimido, escaso de aire. Bajó, importándole solo su bienestar y rogando que la pudiese recuperar.

—Dios... —murmuró Cleo al verla.

—Empaque lo que crea es importante para ella, vendré por eso, debo hacer que la revisen.

—¿Quién mierdas eres? —Giró al escuchar la voz del hombre. De inmediato algo se activó. Las miradas de odio, la clara rivalidad animal reflejada en cada gesticulación. Marcel notó que se sobaba el cráneo, que lucía desaliñado. El pavor lo atenazó y un sentimiento de rabia vertiginosa mezclada con furia lo carcomió. Anel se tensó en ese instante, más si era posible, escondiéndose en su pecho peor que hacía unos segundos. Sin responder, rogando que nada fuera lo que su cabeza ideaba, salió, ignorándolo, con los nervios destrozados y aterrorizado por lo que su estrella había vivido.

No quería pensar en lo que sucedió; pero Anel traía la camisa destrozada y, casi sobre su pecho y cuello, cardenales a punto de sangrar, su muñeca obviamente quebrada, su cara demasiado lastimada, de hecho, hasta su labio sangraba y sus ojos grandes, lucían pequeños. La subió de inmediato a la camioneta y arrancó.

Luz extinta

CAPÍTULO 25

—Detente —le rogó apenas, cuabras más adelante. Lo hizo, se orilló y notó que ella intentaba abrir la puerta sin éxito. Su debilidad y cuerpo descontrolado no le permitían hacer nada.

—Anel...

—Tengo que... —escuchó de ella y el reflejo de una arcada lo hizo reaccionar. Bajó de inmediato y la ayudó. No paraba de hacerlo, una y otra vez sobre el pavimento. Se sentía perdido, asustado, embravecido, pero, sobre todo, desesperadamente preocupado por ese frágil ser por el que, sabía, daría hasta el último aliento. No podía dejar de evocar lo ocurrido hacía unos segundos.

Iba entrando a su recámara. Observaba todo, nostálgico. Por la tarde, pese a que estudiaron e hicieron deberes, la asaltó sobre aquella cama en medio de risas que inundaban sus oídos. Anel cada vez estaba más receptiva, más alegre. Burbujeaba energía y eso lo atraía todavía más si eso fuera posible. Su forma de mirarlo, de tocarlo. Era como si su mundo comenzara y terminara con él y eso lo hacía sentir tan único, tan fuerte, que se encontraba buscando todo el tiempo que esas lagunas lo mirasen de aquella manera en cada segundo.

—No vamos a terminar nunca, Marcel —soltó, acariciando su rostro con esa dulzura tan suya. El chico besó su nariz delicadamente, ya, sobre ella, como tanto le agradaba.

—Oh, sí, ahora mismo lo haremos, Estrellita. —Anel rio, mostrando sus hermosos dientes.

—Prefiero que tomemos nuestro tiempo —expresó con picardía, probando con sutileza la comisura de su boca. Marcel abrió los ojos más que feliz.

—¿Si te he dicho que me agradas, verdad? —asintió con sus mejillas enrojecidas, la pinchó en el abdomen provocando ese sonido que adoraba saliera de su garganta—. Bueno, pues me agradas mucho, chiquilla —dijo y la besó como siempre: con intensidad y posesividad.

Al dejarla en esa maldita casa, toda la soledad lo invadió. Pero al sentarse sobre aquel colchón, recibió esa aberrante llamada. Era Cleo, apenas la escuchaba. Hablaba en susurros, pero entendió bien el mensaje; se trataba de Anel y ella le abriría, debía sacarla de ahí. ¡Ya!

Corrió, corrió como jamás lo había hecho. Arrancó, rechinando las llantas y llegó casi enseguida. Entró sin problemas, la mujer estaba petrificada y sus arrugadas manos temblaban. La atmósfera en esa opulencia era aplastante, erizante. El ambiente denso, el olor a desdicha, a vacío. No pudo creer, por un segundo, que Anel pasara ahí sus minutos, sus horas.

Subió sin fijarse en nada, salvo en las voces, con el corazón en la garganta, las manos sudorosas, y, de pronto, un grito de su delicada garganta. No se detuvo, al contrario, tropezando como un demente corrió con mayor ahínco, como si su existencia dependiera de que llegase en milésimas de segundo. La sangre se detuvo al ver a aquella mujer con ese objeto listo para golpear de nuevo a ese cuerpo frágil, suave, limpio, suyo. La escena fue escalofriante, dolorosamente vejatoria.

La detuvo, ubicándose frente a ella. Su mirada era desorbitada, no la de alguien normal, sano. Le importó un carajo haciéndole ver que si no cesaba, él haría algo peor. Funcionó, pero luego esas palabras llenas de desprecio lograron hacerlo sentir las heridas que su chiquilla tenía bien hondas en su pecho.

La odiaba, la odiaba y no comprendía cómo era posible que su propia madre se comportara así, que un ser tan inocente, tan dulce y lleno de maravillosos pensamientos, pudiera vivir de esa forma, sufrir de esa

forma.

Sus movimientos débiles lo trajeron a la realidad. La ayudó a subir de nuevo a la camioneta limpiando con delicadeza sus labios rotos. Su mirada seguía vacía. ¡Mierda! ¿Cómo alguien podía ser tan salvaje, tan inhumano?

—Efrén, necesito que vayas al apartamento —lo llamó al ver el cuerpo laxo y asombrosamente lacerado de Anel a su lado. Cuando se bajó, hacía un momento, notó de nuevo un par de marcas en su costado como las de aquella vez, sangraban. El pánico era casi el mismo que aquellos días en los que perdió todo, la sensación de miedo. El dolor generado por la impotencia de no poder hacer nada por alguien que era vital en su vida, fue aún peor.

—¿Qué sucede?

—Es Anel, está mal. —El hombre le informó que enseguida salía hacia allá. Al llegar, la cargó con cuidado, seguía temblando y parecía no reaccionar. Ya en su habitación la recostó sobre su cama—. An, mírame —le rogó, haciendo a un lado su cabello, que en ciertas partes se adhirió por la sangre ya seca.

Dolía como los mil demonios ver su rostro magullado y comprender que no era nada en comparación con su interior. Entender que daría su existencia a cambio de que ella no hubiese pasado por algo semejante, que nunca nadie le hubiese siquiera lastimado.

Tomó su barbilla y la hizo girar. Anel cerró los ojos para no encontrarse con los suyos.

Suspiró dolorosamente recorriendo su cuerpo con mayor atención, examinando con deliberada lentitud. Sí, tenía pequeños hematomas en su abdomen, otros más intensos muy cerca de su pecho, unas mordidas en realidad.

Casi no entraba aire a sus pulmones, dolía cada molécula que aspiraba. Más arriba, otro par. El pecho comprimido le recordó lo que ya su cerebro había registrado al sacarla de ahí.

La tocó alguien, «ese»...

Alzó de nuevo la mirada hasta la de ella y se topó con sus lagunas bicolors observándolo llenos de culpa, miedo, dolor, desazón y carentes de ilusión. Estaban razados, expectantes. Su estrella sabía bien la furia que bullía en su interior, la ira que estaba intentando guardar. Se acercó un poco más, viéndola fijamente.

—Jamás nadie te volverá a dañar, Anel, eso te lo juro —rugió con decisión. Un par de lágrimas saladas escurrieron, ya sin poder mantenerlas presas por su piel lacerada, amoratada y roja de algunos sitios.

—Quiero desaparecer... —habló al fin, pero lo que dijo solo sirvió para hundirlo más en ese pozo en el que sentía, caía junto con ella. Ni en mil años lo permitiría, no su luz.

El timbre sonó. Besó su frente y la dejó unos segundos.

Tembloroso, abrió. Su tío observó su rostro pálido, completamente descompuesto, muy similar al de aquellos meses.

—¿Qué pasó, Marcel? —deseó saber con su maletín en la mano, serio, demasiado preocupado.

—La... La golpearon, tío. —Nunca le decía así, su voz se notaba asombrosamente quebrada. El hombre frunció el entrecejo sin comprender.

—¿Quién?, ¿por qué no la llevaste al hospital? —Marcel se frotó el rostro, desesperado.

—¡Mierda! —sollozó sin llorar—. Su madre y... No sé... Alguien más. Efrén, si la llevaba a un hospital preguntarían. Está mal, no quiero exponerla y no sé bien lo que ocurrió. —Su tío asintió comprendiendo.

—¿Está en tu habitación? —Su sobrino asintió, abatido. Al entrar no pudo esconder su asombro. Su rostro estaba mallugado, la golpearon con desmedida fuerza, brutalidad en realidad—. ¿Anel, cielo? —La chica miraba hacia un punto, ajena a todo. Efrén negó, notando que, además, de golpes, le habían roto el alma. Se acercó con sigilo, sabía que esa era la manera de proceder después de algo similar...

La joven se cubrió el pecho, ansiosa, con lo que podía de su blusa rota. Marcel bufó, abrió sus cajones y sacó la de uno de sus pijamas, pues para esas alturas, ya Anel tenía muchas más pertenencias ahí. Se acercó, sereno, escondiendo su miedo, su ira y todos esos sentimientos para solo mostrarle cariño, ternura, seguridad, aplomo. Acunó su mano con suavidad midiendo su reacción, parecía que saltaría en cualquier momento.

—Debe revisarte, Estrellita... —asintió, absorta en su mirada. Marcel sonrió complacido—. ¿Nos das un segundo, tío? —El hombre salió consternado. Con una ternura que para Anel le resultaba insólita, le ayudó con sumo cuidado a quitarse la otra camisa sintiendo que la quemaría, o mejor aún, mataría al responsable de ello, y le colocó la que llevaba entre las manos—. De todas maneras tiene que revisar tus heridas... ¿Comprendes? —Anel respiraba tan lento como un pajarillo herido, parecía no desear hacerlo en realidad.

—Solo..., no te vayas —le pidió temerosa. Con las manos temblorosas acarició su babilla.

—Nunca... Tranquila —dijo y abrió la puerta.

Despacio y con mucho tacto, la examinó. Nada de movimientos fuertes, tampoco abruptos, sabía colapsaría si no lo hacía así.

—Traes la muñeca fracturada, Anel. —Ella asintió, observándola sin ninguna expresión—. Te daré unos analgésicos, ¿sí? Inmovilizaremos esa mano aquí, pero luego irás para que te lo haga bien, y te daré algo para que esos golpes sanen más rápido y curaré las heridas. ¿Okey? —La joven apenas si asintió—. Anel, debo saber esto... —Su tono hizo que lo mirara fijamente—. ¿Abusaron de ti? —Marcel no pudo esconder su reacción inhalando con fuerza, irguiéndose. La joven agachó la cabeza con los labios temblorosos, negando. Ambos soltaron el aire. No era que lo ocurrido no fuera atroz, pero agregarle más carga a eso, sería un desquicio—. Bien, ahora... Creo que debes pensar en denunciar esto. No merece quedar impune algo así, ¿comprendes? —La chica retrocedió olvidando el dolor un segundo.

—No... —soltó amedrentada, con la mirada desorbitada. Efrén se rascó la frente, ya demasiado ansioso, preocupado. Marcel no dejaba de verla, no se despagaría de su lado y evidentemente no la sacaría de ahí. La joven tenía un mar de problemas encima, eso era más que evidente y temía que lo arrastrara a ellos. Su sobrino ya había pasado por mucho, no deseaba una jodida dificultad más en su vida, no de ese tipo—. Quiero darme un baño —musitó bajito, con esa vocecilla que Marcel adoraba, rota.

Al notar que no lograría nada en ese instante, asintió comprendiendo que no era el momento, y eso lo sabía, solo que no pudo evitar decirlo, no cuando se trataba de él, del ser que su hermano tantas veces le rogó cuidara, si llegaba a faltar.

—Puedes hacerlo, solo vigila la muñeca. No la muevas. Iré por lo que necesito... Regreso pronto —le sonrió, centrándose en lo importante; la salud física y mental de esa niña. Marcel se acercó a Anel al ver que se intentaba levantar con dificultad—. No tardo, hijo —concluyó y salió molesto, indignado. Era claro por las huellas en su piel que intentaron abusar de ella... Ver a alguien golpeado era de las cosas que lo superaban en su trabajo, pero saber que los responsables fuesen los padres, era aberrante. ¿Qué habría sucedido?

El móvil de Marcel comenzó a sonar. Lo ignoró poniendo de pie a Anel.

—Te acompaño. —La joven se zafó de su tacto negando con recelo.

—No... —Marcel respiró hondo. No podía mantenerse siquiera de pie sola.

—Lo siento, no dejaré que te espongas, no puedes sostenerte, An. —La levantó con cuidado y la llevó.

—No quiero... —sollozó a un lado de la ducha. Sujetó su rostro con delicadeza extrema, solo deseaba que lo viera.

—No puedo dejarte sola, no así —musitó y un par de lágrimas más resbalaron.

—Tengo miedo —murmuró despacio. La acercó a él y la encerró en su pecho.

—Lo sé, pero aquí nada te pasará, te lo juro —asintió, temblorosa. Besó su cabello absorbiendo su aroma, comprendiendo que su Anel estaba muy lejos de ahí. La separó un poco sonriendo tristemente muriendo despacio en su interior al verla de esa manera—. Templaré el agua, y te ayudaré a ingresar, ¿de acuerdo? —asintió sin remedio con la mirada gacha. Necesitaba con urgencia quitarse su saliva, su olor, su tacto. No soportaba que siquiera Marcel la tocara temiendo que lo detectara, que se mezclaran.

Le permitió desnudarla con su ayuda. Su tacto no le molestaba, al contrario, funcionaba como bálsamo para cada herida de su alma, de su cuerpo, pero no deseaba que su piel sucia, lo contaminara. No a la luz que alumbraba su oscuridad desde hacía meses.

La ayudó a ingresar con delicadeza, le dio un beso en la frente y salió.

Ya sola, observó su cuerpo dañado, comprendiendo que no era nada en comparación con lo que en su alma había. Dejó que el agua hiciera su trabajo mientras veía fijamente irse los restos de jabón con el que se frotaba una y otra vez deseando desaparecer cualquier huella, y su maldita saliva pegada a sus poros, por el drenaje.

Sentía todo y sentía nada. Odio y dolor. Hielo y ardor. Oscuros sentimientos de desazón, de prolongada nevada.

Sentado a los pies de la cama con la cabeza entre las manos, una lágrima de impotencia y rabia salió. Necesitaba saber qué ocurrió y si ese hijo de perra la... No quería ni pensarlo, ni siquiera imaginarlo. El móvil vibrando en la mesilla de noche lo sacó de sus cavilaciones.

No reconoció el número.

—¿Sí?

—¿Eres Marcel? Soy Ariana, la hermana de Anel —lloraba, era evidente. Cerró los ojos frotándose el puente de la nariz. Ya debía saberlo.

—Sí, soy yo —musitó con voz críptica, contenida.

—¿Dónde está? Quiero verla, ¿está contigo, verdad? —Estaba a punto de ponerse histérica.

—Sí, te mando mi ubicación... Ahora aviso para que te dejen pasar. —La chica soltó el aire, había alguien más con ella—. Y algo más; no quiero aquí a tu madre... ¿Queda claro? —Le advirtió, importándole una mierda lo que quisiera la hermana de su luz extinta.

—Sí, sí, es Laura, ahora vamos... —dijo y colgó y le mandó su dirección por mensajería instantánea. El agua dejó de escucharse, su tío no debía tardar. Entró con sigilo. Anel no lucía mejor, solo húmeda. Sin decir nada la recibió con una enorme toalla y la arropó. Su cuerpecito desnudo, lastimado, hacía que le doliera incluso la piel.

—¿Necesitas más ayuda? —negó sin verlo, evadiéndolo—. Te dejé ahí una muda... Ariana y tu tía, vienen para acá... —Su delicada estructura anatómica se tensó. Apretó los dientes conteniéndose, elevó su barbilla tratándola como a un fino cristal—. Nadie que no quieras se acercará. —Anel asintió creyéndole completamente. Se sentía sumergida en un océano de dolor, de ira, de decepción. Su identidad estaba trastocada, su orgullo pisoteado y todo aquello que había logrado de alguna manera mantener en pie durante todo ese tiempo, se cayó como si un castillo de naipes se tratara. Aguijonazos de hielo

quebraron su ser, el infierno se materializaba y sentir que las propias aguas la jalaban para hundirse más, no lo soportaba. Aun así, no lloró, su esencia se alejó de su pensar y logró refugiarse en los confines seguros de su mente, donde todo fuera diferente, donde nadie la podría encontrar.

Su tío llegó minutos después. Esperaron a que saliera del baño y comenzó trabajar. El timbre sonó, Marcel desapareció dejando a una Anel, pálida, sin expresión. Eso lo helaba más aún que si la viese llorar sin cesar.

¿Cuántas veces se habría guardado de esa manera?

Abrió serio. Una joven con cierto parecido a Anel, solo que de rasgos más exóticos, menos tiernos, lo observó con ojos llorosos. Laura iba detrás con el semblante desenchajado.

—Hola... —murmuró la chica cuando él les permitió entrar—. ¿Cómo está?, quiero verla —pidió de nuevo entre lágrimas. Marcel la observó, notando la diferencia en sus caracteres de inmediato.

—La están revisando, curando —informó, irritado. Sentía rabia porque ninguna de ellas dos la hubiesen ayudado antes.

—Cleo dijo que estaba muy mal, que...

—Tu madre es un jodido monstruo —soltó, importándole una mierda lo que pudieran pensar. Él odiaba, odiaba de tal forma que no lograba pensar con claridad.

—No sabemos bien qué fue lo que ocurrió y... —intervino la tía un tanto molesta por su tono. Marcel la miró fijamente, sin replegarse ni un poco.

—Yo sí, y me parece inaudito que ustedes no. ¿Cuánto tiempo llevan no deseando ver lo que sucedía frente a sus narices? —Les reclamó, contenido, frustrado, necesitando descargar con alguien su desazón, su impotencia. ¡Ellas eran su familia, carajo!

—No creí que... —Marcel giró hacia Ariana.

—No es la primera vez, aunque en esta ocasión fue más allá... —sentenció, imperturbable, frío. Laura se acercó a su sobrina con tristeza.

—Venimos por ella, yo la cuidaré y... —Marcel rio negando. Ni un estúpido ejército proveniente del infierno haría que lo permitiera.

—No, señora. Anel se quedará en donde ella decida. —ambas mujeres notaban la posesividad de su voz.

—Es mi sobrina —le recordó, alzando la barbilla, intentando hacerle ver que ella era la que decidiría.

—Se quedará donde decida. Ahora... ¿Si quieren pasar?, acompañenme... Pero les advierto... Aquí no solo hubo un monstruo —Laura parpadeó, descolocada, al comprender sus palabras. Lo siguieron temblorosas. Efrén ya terminaba de inmovilizar su muñeca mientras Anel miraba la cortina corrida como si viera algo más.

—¡Any! —chilló Ariana, corriendo hasta ella. Anel volvió el rostro mostrando un poco de tristeza. En cuanto la vieron de cerca, se llevaron las manos a la boca lagrimeando. Sin perder tiempo su hermana se hincó a un lado del piso y la rodeó impactada, profundamente afligida, incrédula.

—Cuidado, está herida, tiene rota una muñeca —le recordó el doctor. Esta asintió, abrazándola con cuidado mientras Anel acariciaba su cabello como consolándola con su mano lesionada, con su gesto ausente.

Marcel observó el cuadro, mudo. No daba crédito a la reacción de esa chiquilla.

La tía se acercó, deshecha, y se posicionó a un lado de su sobrina, sobre el piso.

—Mi amor... Mi cielo... Lo siento tanto...

—Yo también —admitió, mientras los dos hombres observaban la interacción. Laura acarició su lastimado rostro llena de coraje y de pronto la marca en su cuello la hizo erguirse. Llena de pánico la miró a los ojos. Anel notó el gesto de su tía lleno de furia y como esta de inmediato giró hacia Marcel con gesto acusador.

—No, no... —solo pudo decir débilmente para evitar un malentendido atroz. El chico comprendió lo que ahí ocurría. Apretó los puños deseando ya descargar eso que sentía bullir en su interior, dejar salir esa marea roja que lo matizaba todo. Desde que estaba con ella jamás le había hecho daño y jamás se lo haría. Anel era frágil. Adoraba verla gemir, jadear, llevarla a la cúspide del placer una y otra vez sin detenerse, pero nunca la heriría, eso era impensable.

Laura la encaró dejando de respirar, escarbando en su memoria, en algún momento donde Anel, mucho tiempo atrás, mencionó que no le gustaba cómo la miraba el esposo de su madre... Algo de pronto se activó en su interior, como una lucecita que de repente es tan potente como un reflector de mil watts.

—¿Te... Te tocó, Anel? —Marcel sintió cómo su corazón embravecido se detenía. Todo fue silencio por unos segundos. Ariana levantó la cabeza sin comprender a quién se refería su tía. La joven bajó la mirada notoriamente nerviosa—. Mi amor, ¿fue él? —Anel alzó la vista y la clavó en su novio, afligida, culpable, dolida.

—Yo... Yo me defendí —musitó, llorosa. Marcel negó, horrorizado, comprendiendo de alguna forma que se trataba de ese hombre que vio en su casa. Su corazón ahora presa de las arritmias se hundía cada vez más en su pecho y la impotencia lo invadió todo, absolutamente todo.

—Quién? ¡¿Qué?! —exigió saber Ariana un tanto histérica. Laura cerró los ojos levantándose de inmediato al tiempo que negaba con una mano sobre la boca, horrorizada, inigualablemente consternada.

—¿El esposo de tu madre, Anel? —preguntó con voz oscura Marcel sin dejar de verla directamente, de pie, casi frente a ella. La joven se removió incómoda, temblorosa. Ariana la miró con la boca abierta dejando salir al mismo tiempo un pequeño grito de horror.

—Qui... Quiero estar sola... —musitó, tocándose la mano que inmovilizaron. Sus delgados dedos temblaban, sus ojos no decían nada.

—Está muy alterada, no creo que sea el momento para esto —intervino Efrén, atónito, notando a la chica a punto de colapsar, lo asombroso era que no había soltado una sola lágrima.

—Tienes razón, Efrén y gracias por todo... —Marcel los observó, dándose cuenta de que se conocían, sin embargo, eso era lo de menos, su estrella parecía caer y caer en un pozo tan hondo que no sabía cuándo tocaría el piso y, por mucho que deseara, no sabía cómo estirar el jodido brazos y sacarla, no después de comprender esa abominación, de conocer al fin esa pieza que siempre le faltó y que ya entendía por qué—. Yo te cuidaré, mi amor, estarás bien... Vamos —dijo y pretendió acercarse, cariñosa, arrepentida, decidida a cumplir su palabra. Marcel se movió, pero su tío lo detuvo con gesto severo. Anel negó ansiosa, moviéndose más de la cuenta, negando.

—No, no... Yo quiero estar aquí... Por favor —Marcel se zafó rabioso y se ubicó a su lado como lo haría un animal salvaje cuidando a su pareja. Ella le dio paz, él haría lo que fuera para dársela también, aunque no tuviera la menor idea de cómo lo lograría después de lo ocurrido.

—Seré claro, Anel permanecerá donde ella quiera. No se le forzará a nada y no lo diré nuevamente. — Su tía asintió notando su forma protectora, firme.

Ariana se limpiaba el rostro sin saber qué decir, qué hacer, azorada, asombrada, dolida. No tenía la menor idea de todo lo que su hermana pasaba.

—Vamos afuera... No creo que sea el lugar para esto —ordenó el médico, notando la tensión. Marcel aceptó comprendiendo que ya no podía ocultar más su rabia y que eso no lo necesitaba Anel en ese

momento.

—Ahora regreso, Estrellita —murmuró, pegado a su rostro—. Solo tranquilízate, estás segura aquí. ¿Sí? —Ella asintió despacio, mirándolo con millones de mensajes en esas lagunas que no lograba interpretar, pero sabía, tenían demasiado dolor. Besó con ternura su frente, sintiendo su dolor y fue tras los otros adultos. Ariana no se movió.

—Yo aquí me quedo, quiero estar con ella —manifestó y se sentó a su lado para abrazarla. Todos asintieron.

El dolor de lo vivido, el frío permeándolo todo, la ira deambulando herida por sus torrentes, por cada uno de los cuerpos de ese lugar, se podía sentir, incluso tocar y la incertidumbre de lo que pasaría, de lo que en su cabeza había, los sumía aún más.

Libre como el pensamiento

CAPÍTULO 26

Una vez afuera, Marcel se agachó lleno de furia llevándose las manos a la cabeza apretándola con demasiada fuerza. ¡No podía ser lo que acababa de escuchar, simplemente no podía ser! No ella, no Anel, no era posible que hubiese estado expuesta a algo semejante, que no se hubiese percatado, que no lo hubiese adivinado.

—Hijo... —lo llamó su tío minutos después en los que nadie dijo nada. Alzó el rostro con los ojos enrojecidos, negando. Miró a Laura y se acercó con asombrosa rapidez.

—¿Cómo sabía? ¿Quién se lo dijo? ¿Por qué la dejó ahí sola? ¿Por qué no se la llevó? ¿Por qué su madre la golpeó? ¡Con una mierda, no entiendo nada! —La mujer parecía muy culpable, le sostenía la vista, lagrimsa.

—Marcel... —Intentó calmarlo Efrén al verlo tan fuera de sí. La mujer negó, temblorosa.

—Y-yo... Dios, no sé, no sé —dijo y se frotó la frente al borde de un colapso, nerviosa.

—Estuvo viviendo bajo el mismo puto techo, no sabemos cuántas veces más la ha tocado, o lo ha intentado, no tenemos una jodida idea de lo que ha vivido, o ha tenido que soportar. Carajo, explíqueme, cómo es que lo sabía y no hizo nada, ¡¿cómo?! —De la rabia un par de lágrimas escaparon de sus ojos. Todo eso parecía ser una cinta de terror, no encontraba ni pies ni cabeza y mucho menos una manera de darle vuelta, simplemente no había forma.

—Marcel, basta, debes tranquilizarte —le rogó su tío. Laura se alejó y se sentó sobre el sofá viendo el piso lagrimeando también.

—Hace años, cuando mi hermana comenzó con él... —dijo y perdió la vista en sus recuerdos, aún temblando—. Anel, Anel, me dijo que no se sentía cómoda a su lado, que no le agradaba cómo la miraba. Analí, su madre, la escuchó cuando me lo mencionó y hablamos, me dijo que eran los celos. Eran muy cercanas, ¿sabes? Iban juntas a todos lados, muy similares en sus gustos —confesó y derramó más lagrimas sintiendo que los ácidos del estómago quemaban su garganta—. Mi... Mi sobrina jamás volvió a decirme nada al respecto, incluso se lo pregunté. Analí cambió..., cambió mucho con ella y se alejó. La relación con ese hombre la trastornó. Yo lo notaba sin dificultad, se lo dije, pero gané millones de problemas con mi hermana y preferí no intervenir. Anel... —hipeó, afligida—, Anel se fue haciendo cada vez más insegura, más tímida, más callada, lejana. Hablar con ella era difícil; monosílabos, nada en concreto. Aun así, cuando podía se quedaba en casa... Creí que era la edad, que no era fácil para ella aceptar lo que vivía, los desplantes de su madre, su sobre exigencia, los cambios en su relación. Los problemas avanzaron tanto que ya era incluso molesto estar al lado de mi hermana cuando Anel se encontraba... —negó, torturándose—. Ese tipo, ese tipo sí miraba a mi sobrina diferente, pero... Pero no hice nada... No intervine, no nada. Creí que de alguna manera eran mis ideas después de lo que ella me dijo alguna vez. Nunca me ha caído bien y juré que era una manera de justificar mi rechazo —dejó salir el llanto, mientras Efrén escuchaba atónito y su sobrino cerraba los puños dando vueltas, ansioso, como si la vida se le estuviera yendo.

—No se la llevará y no quiero a esa mujer cerca, en cuanto a ese hijo de puta...

—¡No harás nada! —ordenó su tío.

—No lo dejaré por ahí tan campante... La golpeó, sé que su rostro está marcado por él, ¡la tocó! Puta

madre, ¡la tocó!

—Pero no es la manera... —Efrén sabía que nada lo detendría, pero debía intentarlo.

—Hablaré con Analí, debe darse cuenta. —Marcel se acercó a la mujer, rabioso.

—Me importa un carajo ese monstruo que es su madre. Haré que los denuncie, que los refundan en la jodida cárcel. Esa bestia por depravado, ella por enferma. ¡Dícales! —bramó con odio.

—¡Marcel, basta! —exigió su tío.

— ¡No, no y no! —siguió mirando a la mujer con rabia—. No comía, no hablaba, no reía..., no nada. Usted lo vio, lo vio todo ese tiempo y no hizo nada. Anel de alguna forma se dañaba y nadie hizo nada. No, no me callaré, y la defenderé, la defenderé de todos, de todo. Nadie le volverá a hacer daño, jamás la volverán a lastimar y por supuesto no se la llevará. Anel se queda aquí, la cuido yo y no hay más que decir. Es mayor de edad, nada pueden hacer...

—Está bien, ella es lo que quiere y tienes razón, fui cobarde, pero juro que no creí que podrían llegar a este punto.

—No es la primera vez que la golpean. Desde que estoy con ella es la puta tercera vez —Laura abrió los ojos llena de horror—. Heridas que yo he tenido que curar, dolores de cabeza por falta de comida, y ahora sé por qué no dormía... Seguro el maldito miedo. ¡Mierda! —Se alejó y salió al balcón. Prendió un cigarro lleno de desespero e inhaló con fuerza.

—Tiene razón, Efrén —musitó ella, observándolo a lo lejos, temblando—. Debí hacer algo...

—No sé qué decirte, Laura. Comprendo a mi sobrino y temo también por él, no se quedará tranquilo y... Yo tampoco podría. Ese hombre pudo haber llegado más lejos... Y los golpes que recibió tu sobrina son... Dios, no puedo creer que alguien tenga tanta sangre fría.

—Ha cambiado tanto, no la reconozco. No era así, mi hermana no era así, te lo juro —dijo y volvió a llorar. Efrén la consoló notando que todo aquello era una real y absoluta locura y lo peor, no tenía idea de cómo sacaría a Marcel de ello, no después de ver lo mucho que adoraba a esa niña con el alma rota.

El silencio aplastante permeó aquel lugar. Los pensamientos de todos divagaban en distintas direcciones como bruma grisácea inyectando ansiedad en cada gesticulación, en cada movimiento.

—Hijo, ¿estás consciente en lo que te estás metiendo? —Marcel le dio una calada honda al cigarrillo observando la noche. Asintió sin verlo—. Esto es grave...

—Y haré que lo paguen —soltó con seguridad. Efrén se ubicó a su lado.

—No hagas una tontería, una que te hunda, que acabe contigo, con todos... Por favor, Marcel, es mejor que su familia la cuide, la ayude... —El chico giró con rostro inescrutable, lo observó incisivamente por varios segundos.

—Anel está conmigo, para bien o para mal, así lo asumo, así lo quiero, y no la abandonaré en este momento... —sentenció, dejándolo solo en la terraza. Laura mantenía la vista perdida en sus pensamientos, pero al verlo se levantó.

—Cualquier gasto, lo que sea...

—Tengo dinero, lo sabe —la interrumpió seco—. Solo no quiero a esa mujer cerca —expresó quedamente con esa mirada suya tan fuerte, llena de determinación.

—Créeme que de ella me encargo yo, pero Anel...

—Anel se queda aquí, creí que ya lo habíamos dejado claro...

—Necesitará alguien que la atienda cuando vayas a la universidad, estás en finales —intervino Efrén, serio.

—Lo veré con ella —de pronto, Ariana salió cabizbaja de la habitación. Todos la observaron. La tensión se oía, se percibía, lo que los sentidos de cada uno emanaban, flotaba en el aire, y lo peor era saber que ella estaba peor.

—No habla, no llora, no nada... —murmuró, apenas si audiblemente, viendo a su tía—. Me iré a vivir contigo, quiero pasar por nuestras cosas... —parecía de pronto ser otra, alguien con una idea y con decisión. Marcel la estudió atento. Eran parecidas, en ciertos ademanes, sus ojos del mismo color, solo que los suyos menos redondos, más alargados, tenía más curvas, aunque el mismo cabello y la forma del rostro. La joven miraba a Laura ahora con ira—. No la quiero cerca —se aproximó a Marcel con semblante apagado, culpable—. Gracias, gracias por estar ahí, por sacarla. Gracias por cuidar de ella cuando nadie lo hizo y gracias por defenderla de esta manera. No tenía idea de que Any estuviera con alguien, pero me agrada que sea alguien como tú —admitió triste—. Mañana vendré por la mañana, seguro deberás ir a la Universidad... Estaré a su lado cada momento que me requiera, como debí hacer desde hace mucho tiempo...

—Bien, dejaré dicho abajo —soltó, serio, cayéndole bien de pronto la chica que tenía frente a él. Sí, en eso también se parecían, podían cambiar el ánimo, así, abruptamente, aunque sabía que en esta ocasión eso sería pedirle demasiado a su chiquilla.

—Vamos, tía, no quiero ir sola. —La mujer asintió envalentonándose.

—Yo también me retiro... —anunció Efrén, comprendiendo que por ese día ya no había nada que hacer, Marcel no se movería de lo decidido—. Vendré por la noche para revisar cómo va. La receta la dejé en el buró. Debe comer y descansar... —¡Mierda! ¿Por qué no le pedían mover un auto con una mano? Seguro sería más sencillo que eso. Anel no comería, no fácilmente y tampoco dormiría..., lo sabía.

—Gracias por todo, tío. Aquí te veo mañana. —La comitiva se fue un minuto después.

Resopló y avanzó despacio hasta su habitación. Al entrar, lo hizo lentamente. Sus lagunas lo miraron en silencio. Pasó saliva contemplándola. Dios, cómo odiaba verla lastimada, herida. Se acercó lentamente, se sentó a su lado y tomó con cuidado su mano sana que descansaba sobre su regazo, tranquila.

—Marcel... —exhaló y besó sus dedos con delicadeza, perdiéndose en ellos mientras los acariciaba con la mirada, con sus yemas.

—Estoy contigo, Estrellita —soltó sin verla.

—Júrame que no harás nada... —le rogó de pronto. Su tono iba impregnado de angustia, miedo. Alzó la vista y al fin notó sus ojos razados.

—Anel, no es el momento...

—Te diré todo, pero si juras no hacer nada...

—¿Cómo puedes pedirme algo así? —Ella dejó salir un par de lágrimas desolada. Su voz era tan suave que costaba escucharla a pesar de la quietud dolorosa que los rodeaba.

—Si algo te sucede, si haces algo que tenga consecuencias, estaré sola, sola de verdad. No quiero, por favor —suplicó, dejando salir más agua salada de sus ojos. La observó pasmado. ¿Era en serio? Lloraba, lloraba por temor, pero no del que él juraría tendría, sino por su seguridad, por no perderlo. Se acercó más, negando afligido.

—Seré lo que necesitas y se hará lo que desees. No tienes que contarme nada, no hasta el momento que puedes hacerlo, y no haré nada estúpido, y eso incluye no dejarte sola... Tú eres lo primero. —Anel bajó la mirada hasta sus labios gruesos acariciando sus dedos.

—¿No estás enojado porque no te lo dije antes? —deseó saber. Lloraba.

—A lo mejor no hubiese llegado tan lejos, pero no ha de ser fácil confesar algo como eso, An... —dejó su mano reposando sobre su pierna y la abrazó, deseando borrar de alguna forma toda esa atrocidad, ese maldito dolor—. Debes denunciarlos... —negó, escondida en su pecho. Ahí lograba olvidar la escena que se repetía una y otra vez en su cabeza de forma convulsa.

—Lo negarán, mamá dirá que miento, que yo lo buscaba..., que yo soy la responsable... —Marcel cerró los ojos, tensando la quijada.

—Pero hay pruebas, An —murmuró despacio mientras acariciaba su cabellera casi seca.

—Sé que me someterán a evaluaciones, a humillaciones públicas, me harán quedar mal. Mi madre solo siente odio por mí... No me obligues a reiterarlo, por favor —expresó y aferró su camisa con su mano sana, llena de ansiedad, de aflicción—. Sé que la perdí, que de alguna manera ya jamás la tendré... No deseo seguir con esto, no puedo... —sollozaba humedeciendo la tela. Un alivio ácido recorrió su columna vertebral al saber que comenzaba a sacarlo todo, debía hacerlo, sin embargo, dolía como los mil demonios escuchar sus palabras, lo que decía—. Quiero dejar esto atrás, quiero olvidarlo...

—Estrellita, debes enfrentarlo... No ahora, pero sí en algún momento...

—No puedo... —insistió aún escondida. Su vocecilla rota lo embrujaba, era, pese a todo, tan delicada, tan única, tan suya. La pegó más a él ansioso por comprender lo que en esa cabeza perfecta, existía. Minutos después la sintió al fin relajarse, la alejó un poco. Su rostro lacerado, con marcas purpúreas, otras rojizas, se hallaba pringado de su llanto mientras su boquita de corazón, tenía una pequeña herida del lado derecho que ya se iba cerrando.

—Estarás bien, Anel... Te lo juro. —La joven ladeó la cabeza levemente mirándolo con adoración. No veía cómo eso pudiera ocurrir, no con esas abominables sensaciones bailando, danzando y gritando por todo su cuerpo, pero con su cercanía definitivamente se sentía segura, situación elemental en ese momento para su alma.

—No quiero complicar tu vida —musitó, bajito. El gesto de Marcel se endureció.

—Ese es mi problema, no tuyo. ¿Bien? Y no haré nada estúpido, no te preocupes —por supuesto, que ese gran hijo de perra se acordaría de lo que hizo así le llevara la vida, pero no era idiota, no se pondría frente a él para terminar haciendo algo que tuviera que pagar de por vida y menos debido a esa alimaña. Pero varias ideas rondaban su cabeza, ideas que no le diría, ideas que, de algún modo, conseguiría llevar a cabo.

Le dio en silencio los medicamentos, untó árnica en sus mejillas y moretes del abdomen haciéndolo con delicadeza inaudita.

—¿Deseas que duerma aquí? —quiso saber ya enfundado con su pantaloncillo de dormir. Anel lo observó comprendiendo que medía cada una de sus reacciones y lo cierto era que aunque se sentía sucia, llena de ira, de tristeza, rota, no podría pasar la noche lejos de él, menos esa. Asintió acurrucada. Marcel apagó todo y se metió bajo las cobijas.

—¿Me... Me abrazas? —pidió en susurros. El chico giró asombrado. No perdió el tiempo, con mucho cuidado y esperando a que ella se acercara pues estaba bastante lacerada, la rodeó.

—¿Así está bien? —preguntó, besando su cabello sintiendo cómo el nudo en la garganta crecía. Dejó su mano herida sobre su pecho, asintiendo.

—No puedo cerrar los ojos —admitió unos minutos después. Claro que no podría, quién podría, él mismo sabía que sería muy complicado caer profundo después de todo lo vivido las últimas horas, Anel, menos, mucho menos.

—Aquí estoy, chiquilla —dejó salir un suspiro mientras acariciaba su cabellera, perdido en la oscuridad de su habitación.

—Cuéntame lo que sea... Algo... No sé, de cuando eras pequeño —jamás le podría negar nada, ya lo sabía, pero no era el más indicado para esas cosas, aun así, intentó buscar en su memoria lo que fuera para ayudarla. Del cajón de sus recuerdos, sacó las primeras excursiones con su padre, cómo aprendió a rapelear, las millones de veces que falló, la fractura de tobillo que en alguna ocasión tuvo. También, sin percatarse, se fue adentrando más, hasta llegar a narrarle momentos con su hermana menor, peleas y juegos. Más de dos horas después, la sintió respirar acompasada, por fin se había dormido pero sabía que eso duraría poco, la conocía.

Despierto, con su mano tras la nuca, divagó en silencio. Ese infeliz, no debió meterse con ella, jamás debió tocarle ni un solo cabello, de hecho nunca debió siquiera mirarla cómo lo hizo y, de alguna manera, si en realidad tendría el poder que decían, que sabía adquiriría, ese hijo de puta lo lamentaría siempre.

No pasó más de media hora cuando ella gritó en sueños, defendiéndose, completamente alterada, desorientada y lastimándose debido a los movimientos bruscos. Prendió la lamparilla esperando justo una de esas reacciones.

—¡Vendrá por mí, me lo dijo, dijo que si me iba, me perseguiría! ¡No quiero! ¡No quiero! —gritó, sacudiéndose violentamente, frotándose los brazos, asqueada, sin importarle su muñeca, sus heridas, nada.

—Anel... ¡Anel! —negaba, sentada sobre la cama pegándose a la cabecera, moviendo sus pies frenética, perdida en la nada, atenta a algo que no existía, evocando seguramente aquel maldito momento.

—¡Ella le cree, me odia!, ¡vendrá, vendrá y no quiero! ¡Lo odio, lo odio! —La observó, pasmado. ¿Cómo carajos la hacía reaccionar sin gritar, sin alterarla más, sin hacerla evocar todo lo que vivió? Revisó su alrededor buscando algo ansioso, frotándose el rostro una y otra vez.

¿Qué, qué? Se hundía, la veía, lo sentía.

Estaba a punto de entrar a una crisis de nervios, sus ojos desorbitados, la boca purpúrea. Sujetó su rostro con cuidado para que lo viera a los ojos, se acercó y comenzó a dejar salir de su garganta aquella letra que escondió en el fondo de su alma por años, que sabía jamás olvidaría, que creyó, nunca recordaría.

Su padre le cantaba esa melodía a su madre en cada ocasión especial, tantas veces la escuchó que la sabía de memoria. No supo que más hacer... Pero debía intentarlo.

Quién se puso en mi camino
quién te dijo que aún estaba vivo,
quién tuvo la brillante idea,
con un corazón que ardía, por falta de compañía,
por tanta, tanta soledad,
y me dijo que también estabas sola,
y abrí mis brazos y así le entregue la vida.

La melodía iba permeándolo todo, como si una bruma multicolor fuese viajando en aquel espacio donde solo ellos dos se encontraban, tocando cada cosa y transformándola en lo mismo, pero con alma, con sentido. Anel iba volviendo, conforme los recuerdos lo seguían invadiendo, salvándola de lo oscuro de su mente, de aquel sitio donde su cabeza deseaba encerrarla pues no podía con tanto. Su mirada, poco a poco se fue aclarando, dejó de repetir cosas, comenzó a escucharlo.

Y volamos, fuera de este mundo,
por un rato, me sentí seguro

y libre como el pensamiento
como para no volver.

Lo lograba, ella dejó salir de nuevo de sus ojos lágrimas, viéndolo, viéndolo de verdad, penetrando su alma, llegando hasta el baúl más lejano, más guardado, más custodiado, abriéndolo frente a su rostro, mostrándole lo que sí tuvo en la vida, los bellos momentos, la nostalgia de no poder tocarlos, pero de saberlos suyos. Siguió, no cesó, sentía como iba cubriendo sus heridas, las suyas.

Y se nos fue la noche entera,
entre besos y quimeras,
debajo de una luna llena
y nos dijimos pocas cosas,
justo en lo que nuestras bocas,
quedaban libres para hablar
y nos perdimos en la noche plata y negra,
y ahí comprendí que vivir vale la pena.

La chica hipeaba, limpiándose las lágrimas con dedos temblorosos, la nariz, trémulamente. Marcel la hipnotizó con su voz gruesa, clara, increíblemente entonada, adentrándose en el fondo de su ser, sacándola de alguna manera de todo aquel torbellino de dolor que la estaba por consumir, en aquel que, sentía, se convertiría en su hogar, en su celda perpetua.

—Te amo —dijo ella al regresar por completo y lo abrazó dejando salir el llanto desbordado, las emociones adoloridas, las heridas sangrantes. Marcel la recibió en su pecho soltando el aire contenido, todo expuesto en su interior, tantas sensaciones y recuerdos. Escondió su rostro en su cabello, lagrimeando también, asombrado de lo que había ocurrido.

De alguna manera todo se entremezcló, sus mundos se fundieron y ya nada sería igual, jamás.

Así lo quiero, así lo quiere

CAPÍTULO 27

La noche trascurrió en silencio, ambos despiertos, envueltos en su abrazo. Intercambiando mucho más que su tacto. Marcel quería hablar, decirle que era su vida, pero su mundo, ese que cuidadosamente encerró, que enjauló, que cerró con tanto esmero, de pronto lo alcanzó, se hizo presente así, sin más. Dejando expuestas las heridas, los vacíos, la felicidad, la nostalgia, el miedo y todo aquello que evadió por seis años.

Lo ocurrido fue mucho más de lo que alguna vez creyó llegaría a experimentar en toda su vida, como esa avalancha que lo sumergía, que lo cambiaba. Todo era tan fuerte que podía jurar que su pecho pesaba, ansiaba, asimilaba e intentaba de alguna manera acomodar todo aquello que era mucho más grande y fuerte que él.

La sentía ahí, sobre su torso, segura, respirando serena. No habría pesadillas y si sucedía, ya sabía cómo hacerla volver. Encontrar las maneras menos esperadas, con Anel siempre había sido la clave. Esa niña, esa mujercita, esa persona espectacular, le devolvió la libertad, y no era hasta ese momento que lo comprendía. Aspiraba su aroma a naranja, sintiendo sus huesos delicados en su cuerpo, compartiendo el mismo espacio, sin embargo, dolorosamente consciente de que estaba fracturada, fracturada en su esencia, en su alma, y para que esta sanara, llevaría un tiempo, tiempo en el cual se dedicaría a alentarla, a ahuyentar los fantasmas, a cuidarla.

Por la mañana abrió los ojos sintiéndose observado. La última vez que vio la hora eran las cinco. Giró despacio. Anel, acurrucada del lado, lo veía. Por supuesto no tenía huellas de haber dormido. La buena noticia era que la pesadilla, tampoco llegó por lo mismo.

No deseaba dormirse, de hecho, por horas sintió que el sueño no existía en su registro anatómico, no obstante, sin percatarse, se entregó en algún momento. Tantas emociones. Del infierno al cielo y sin sentirse en el paraíso debido a lo que ocurrió. La paz que le otorgaba saberse él al fin después de perderse por tantos años, no lograba permearlo, pues todo lo ocurrido se lo impedía. Sonrió débilmente, su carita herida, junto con su mirada saturada de aflicción, le hizo recordar la realidad de golpe.

—Debes ir a la universidad —dijo bajito. Marcel ladeó la boca mostrando un atisbo de esa sonrisa seductora que a ella la derretía y que jamás le había dicho, pero que lograba hacerla olvidar de alguna manera toda su realidad, lo vivido.

—No te dejaré sola... —sentenció, acomodándose de lado para tenerla de frente. Alzó una mano y, con cuidado, acarició sus cabellos. Sonrió, nostálgico, al recordar que ni ese gesto aparecía. Sentía la misma ira del día anterior, la misma impotencia, el mismo dolor, no obstante, se sentía más tranquilo, pues sabía a su Estrellita ahí, en algún lugar dentro de ese cuerpo por el que podría reinventar el mundo, convertirlo en un sitio de colores y sueños, donde ella pudiera vivir en paz, sonriendo, disfrutando y captando con su cámara todo lo que le apantallara.

—Ariana dijo que vendría. —Era cierto. Anel Observó el reloj, las nueve. Un segundo después la puerta de la entrada sonó—. Es ella. —Iba a levantarse, pero Marcel la detuvo, negando, serio.

—Iré, pero no te quiero fuera de aquí, te quiero tranquila, Anel. —La joven subió sus pies obedientemente. El cuerpo le dolía más que el día anterior y el corazón era como una piedra afilada que rasgaba su interior. El chico se puso algo encima frotándose el rostro, se lavó los dientes y antes de salir de la habitación regresó ubicándose frente a ella penetrando sus ojos bicolors—. Debes dormir,

comer... —Anel giró el rostro, nerviosa. Marcel acunó con cuidado su barbilla e hizo que le pusiera atención—. ¿Deseas que no haga nada estúpido, cierto? —Enseguida respiró agitadamente. Negó, irguiéndose—. Entonces, no lo hagas tú tampoco. No haré nada si tú comes e intentas dormir, de lo contrario... No hay trato. ¿Qué dices? —La desafió sin sentirse en lo absoluto culpable por aquella manipulación, pero sí embustero, haría lo que tuviera que hacer, la cuestión era que ella no se enteraría y el intercambio, era justo.

—Marcel, por favor..., tú dijiste... —De nuevo sus ojos acuosos. Resistió las ganas de consolarla.

—¿Sí o no? Yo cumplo, tú cumples... —Anel asintió vencida. El chico besó sus ojos enternecido hasta la médula. Esa mujer era la sangre que su corazón necesitaba bombear para que su cuerpo existiera—. Esa es mi Estrellita —dijo y salió.

Ariana llevaba una maleta marrón. Además de ojeras y notoria tristeza. El día anterior no pudo caer en cuenta de nada, todo sucedió de pronto sacándola de su órbita. Pero era asombroso que su hermana estuviera con él, que no lo supiera y que la adorara de esa manera.

—Pasa... —invitó y cargó el equipaje sin dificultad. Marcel lucía recién despierto.

—¿Cómo está? —quiso saber, preocupada. El chico negó, rascándose la nuca.

—No está bien...

—Llegué en mal momento... —comprendió al verlo servirse zumo en un vaso y negando cuando le ofreció.

—No, en unos minutos debo irme... Es solo que dormí muy poco... —admitió, tomándose enseguida la bebida de un gran trago. Ariana llenó de aire sus pulmones.

—¿Ya te dijo lo que ocurrió? —negó, encarándola—. Escucha, no tienes que hacer esto... Puedo...

—No sigas, Ariana. Anel está conmigo, la cuido yo y no quiero que nadie contradiga lo que ella elija... —La chica lo observó entornando los ojos.

—¿Cuántos años tienes?

—Tu edad... —masculló, llevándose un plátano a la boca en lo que sacaba todo para preparar un emparedado.

—¿Cinco años? —indicó de pie a unos metros.

—Sabes sumar... —untaba despacio la mantequilla sobre el pan sin prestarle atención.

—Y tú también —respondió ácidamente. Marcel alzó sus ojos aceituna y rio sarcástico.

—No es menor de edad, ni yo un anciano. No lo hagas ver como si así lo fuera, porque no me la tragaré... ¿Acaso te molesta algo, Ariana? —La joven observó el sitio, tensa.

—Vives solo, estás terminando la carrera, tienes dinero. Sabes que podrías tener a cualquier chica... ¿Por qué mi hermana? —Parecía preocupada. Marcel recargó ambas manos sobre la repisa fulminándola descaradamente.

—Porque quiero, porque Anel es mía, y me importa una mierda todas esas estupideces que dices. Estamos juntos porque lo deseamos. No hay mucho qué decir, ni tampoco qué curiosear. Así que, Ariana, te pediré algo: no te inmiscuyas en la relación que existe entre tu hermana y yo. Te toparás con la parte desagradable de mi persona...

—Creí que esa era la que estabas mostrando —lo desafió, alzando la barbilla. Él rio negando.

—No tienes idea... Y, créeme, todo lo concerniente a ella —señaló con el cuchillo sin filo su habitación—, me pone peor... Así que propongo hacer cada quien lo que debe. —La castaña se acercó observándolo.

—¿En serio te importa tanto? —Marcel se encogió de hombros y siguió su trabajo con sumo cuidado —. Bien, no intervendré, solo no me gusta que digas que es «tuya», ella no es de nadie. —El chico ladeó la boca elevando el rostro. Sus ojos oliva se oscurecieron.

—Anel, es mía —repitió lentamente—. Así lo quiere, así lo quiero... ¿Bien? —Ariana no dijo nada, se limitó a observarlo preparar el emparedado—. Haré café, «cuñada», ¿quieres? —La sacó de sus pensamientos de pronto siendo amable. Asintió distraída. Comenzó a caminar por ahí, curioseando.

Marcel respiró profundo. Así eran las chicas, así no era su estrella. Sacudió la cabeza de nuevo con aquel hueco negro que estaba abierto en su pecho, carcomiendo y quemando todo a su paso.

—Aquí tienes. —Dejó una taza negra sobre la repisa, luego en una charola colocó lo que preparó y un poco de jugo. Ariana comprendió para quién era y no pudo evitar sonreír, por lo menos comería.

—¿Durmió? —Marcel se detuvo negando.

—Y no ha probado bocado, espero que por lo menos coma la mitad. No la presiones, deja que hable solo lo que deseé sobre el tema. En serio está muy nerviosa. Ayer creí que colapsaría. Haré que tome los medicamentos, a lo mejor así cede y duerme... —lo decía tan agobiado que la chica solo pudo asentir. En serio la quería, comprendió estudiándolo, demasiado en realidad.

—No te preocupes, sé que probablemente ahora la conozcas más que yo, pero crecí a su lado... Estará bien, Marcel.

—No quiero que nada la altere, Ariana —exigió, serio, con franca advertencia.

—Si te refieres a «ella». —Ambos sabían que se trataba a Analí—. No te preocupes, yo estoy de tu lado, y espero denuncie a ese imbécil —soltó con los puños apretados.

—No quiere, teme que tu madre lo voltee todo, que inventen cosas. —La joven se pasó la mano por la frente.

—Creo que es muy probable... De todas maneras... —hablaban bajito para que no los escuchara.

—Ya veremos, pero algo sí te digo, nada quedará así... Eso, te lo juro. —No supo qué responderle; la mirada helada, los rasgos duros, la postura de hombre violento, decidido a llegar hasta donde sea, la dejó perpleja y asombrada del posesivo y rabioso sentimiento que su hermana despertó en él—. Estás en tu casa, en unos minutos me iré —dijo y entró a la habitación. Ariana pestañeó expulsando aire. Salió a la terraza con el café en la mano. Hacía calor a pesar de lo temprano que era. Mayo, ni una nube, todo iluminado por los rayos ya inclementes del sol y ella en su interior solo podía sentir frío.

Su madre enloqueció, todo frente a sus ojos. Cuando fueron en la noche por las cosas el silencio de la casa era escabroso. De inmediato comprendió lo que Anel seguramente percibía cuando llegaba a ese sitio que sí era sincera, jamás le gustó y, por lo mismo, decidió erróneamente, evitar cada día.

—¡Mamá! —gritó con Laura al lado. La mujer bajó las escaleras con helada indiferencia. Enarcó una ceja, mirándolas, indolente. No daba crédito de su pose imperturbable. Hacía unas horas de lo ocurrido y ella parecía estar demasiado tranquila. Era increíble.

—No grites —la regañó con parsimonia. Laura, presa de la rabia, de la asombrosa decepción, del coraje, una vez que la tuvo frente a ella alzó la mano y la dejó ir con fuerza sobre su mejilla sin que lo viera venir. Ariana observó el gesto, atónita. Su madre no alcanzó a reaccionar cuando le dio otra con mayor impulso.

—¡Estás enferma, Analí, enferma de verdad! —bramó, contenida, asustada de los alcances de esa mujer con la que creció. La madre de las chicas, frotándose las mejillas elevó también su mano, enfurecida, pero su hermana la detuvo con rudeza—. No te das cuenta de lo que hiciste, de lo que ese asqueroso hombre te ha hecho.

—¡Cállate! No te metas en esto, te lo advierto —le gritó, rabiosa, con una mirada desorbitada.

—Mi tía tiene razón, ¡Anel está mal, tu marido la intentó violar!... ¡Date cuenta!, somos tus hijas, la lastimaste, mamá... La golpeaste... Abre los ojos, te necesitamos. —Analí giró hacia Ariana zafándose de su hermana violentamente. La chica la enfrentó con los puños apretados, erguida, lista para el ataque. Esa no era su madre, no podía reconocerla a través de sus ojos.

—Es una maldita arrastrada, quiso que esto sucediera desde siempre, y díganle que no la quiero volver a ver, zorras en mi casa no admitiré...

—¿Te das cuenta de las estupideces que estás diciendo? Es abominable. No es verdad, él la acosaba, lo sabes... Por eso la desprecias, pero estás mal. Ella era una niña, ella cómo iba a querer eso... Piensa, sé que sabes que él es el responsable, que no estás bien. Antes de que entrara a tu vida esa niña era tu adoración. ¡Abre los ojos! —Le rogó Laura entre lágrimas, notando a Analí perdida completamente.

—Si vinieron a defenderla, lárguense con ella... Les he dado todo, todo —bramó, rabiosa, contra Ariana—. Y cuando toca el turno de hacer mi vida, entonces la desbaratan, se entrometen, estorban... ¡No!, no cederé, ella lo acosaba, lo buscaba, con ese maldito comportamiento de niña inocente... ¡No y si no les parece, lárguense!

—Ya escucharon a mi mujer, si vienen a entrometerse en algo que no les incumbe, largo. —Era Alfredo. Ariana, llena de rabia, iba acercarse cuando Laura la detuvo por la cintura impidiendo que lo atacara. Se posicionó frente a la chica protegiéndola con su cuerpo y clavó su mirada sobre ese maldito infeliz.

—Escúchame bien, Alfredo —le habló desde abajo con clara amenaza—. No quiero que te acerques a Anel, jamás, animal depravado, y haré todo para que pagues por lo que le intentaste hacer. Eres un maldito cerdo y te juro que te arrepentirás... Esto no se quedará así, de mi cuenta corre.

—Esa niña es una zorra —soltó, indiferente. Ariana quiso estamparle un puño sobre ese asqueroso rostro. Laura no iba a permitir que se acercara a un tipo tan despreciable, sin escrúpulos. Esas niñas ahora la tenían a ella y haría todo para protegerlas, incluso de su propia hermana.

—¡Usted es un hijo de puta, un malnacido! ¿Desde cuándo, desde cuándo la acosa? ¿Desde cuándo la hacía vivir este infierno?

—No tengo por qué escuchar estas estupideces. Así que ve por tus cosas y te puedes ir también de esta casa, porque desde ahorita te digo, Analí, no las quiero volver a ver... Hiciste un trabajo nefasto como madre —sentenció y subió con serenidad. Ariana, llorando quiso ir tras él, arrancarle hasta el último centímetro de piel, de cabello...

—No, no es la manera... —la hizo ver Laura—. Vamos por las cosas de tu hermana y las tuyas. No te quedarás aquí ni un segundo más... —declaró y giró hacia Analí, desconociéndola por completo—. Tú no eres mi hermana, y debes saber que lo que les hagas, te topará conmigo, no están solas...

—Si se les ocurre armar un escándalo con esto —advirtió, acercándose rabiosa, llena de amenaza—, también sabrán de qué soy capaz. Anel pagará por mentir, por arruinarme la vida y antes de un pestañeo todo el mundo sabrá lo que en realidad es.

—Estás enferma. Analí..., sabes que eso es atroz... Ese hombre merece ir a la cárcel y tú... Tú a una clínica, maltratas a tu propia hija... ¿Qué pasa contigo?

—Se lo merecía, y si pone una denuncia, todo se le volteará, diré lo que sé, que ella lo buscaba, que él se intentó defender de su acoso, que siempre lo he sabido y que lo lastimó en la cabeza por no ceder... —Laura abrió los ojos al tiempo que Ariana sollozaba negando, impactada. Ella no era la mujer con la que creció, con la que jugó, con la que reían, la que les contaba cuentos. No, esa no estaba ahí... En su lugar habitaba un monstruo desalmado que había perdido la razón. No existía otra respuesta a ese

comportamiento carente de humanidad.

—Eso lo veremos... —La mujer se encogió de hombros dándose la vuelta.

—Solo recuerden que ella perderá... —dijo y desapareció de su campo de visión, dejando resonar sus tacones por el piso de mármol perfectamente pulido.

—La odia, tía... La odia como si... —Laura la abrazó horrorizada. Ambas temblaban.

—Tu madre está enferma, está enferma, mi amor... Pero lo primero ahora es tu hermana, vamos por sus cosas, no quiero seguir aquí... —expresó y subieron de prisa para empacar lo más que pudieran.

Observó la ciudad soltando un suspiro lastimero. ¿Cómo era que todo eso ocurrió bajo sus narices? ¿En qué momento todo se convirtió en tal pesadilla? ¿Por qué jamás indagó más sobre esa actitud taciturna de Anel? ¿De qué manera la haría emerger de nuevo con todo ese dolor cargando, con ese miedo?

De reojo vio hacia el interior, pasándose una mano por la frente. En la noche su tía le dijo que estaban juntos desde enero, que dormían casi cada semana ahí, en ese sitio. Aún le parecía inaudito. Anel, la pequeña Anel, la tierna, la dulce, la ingenua, la inocente, aquella que su madre siempre consintió por ser la chiquita, a la que las dos mimaban sin cesar, ella; convertida en una mujer, enamorada de un chico como él.

Sabía quién era, conocía gente que lo conocía y en algunos antros o bares lo había visto a lo lejos, pero jamás cruzaron palabra, sus amistades no eran las mismas. Lo cierto es que debía admitir que sus amigas, ella misma, miles de veces lo observaron derretidas y es que era un hombre que se debía mirar, y sin saberlo, su hermana estaba con él y no solo eso, lo tenía completamente enamorado, hechizado.

Sonrió, negando pese a la tristeza de lo que en su corazón pululaba. Anel era una chica que se supo esconder bien, que buscó pasar desapercibida. Ahora entendía el porqué, sin embargo, no podía ocultar el hecho de que poseía esa cara de muñequita, rasgos finos, armónicos, su andar siempre ligero, casi flotante, y su corazón era una nube frágil y sincera, nada complicada, nunca enrevesada, adaptable, sonriente y nunca pensó que pudiese vivir algo como eso, no ella, no alguien tan libre y puro.

Se limpió una lágrima. Esta vez no estaría sola, eso se lo juró con rabia, comprendiendo que ella ahora era su única familia.

—La mitad es algo —musitó despacio Marcel a su lado. No pudo hacer que ingiriera más. Le dolía el labio, el rostro... Apretó los puños, deseando liberar la tensión. Con cuidado, tomó del vaso con aquella mirada ausente—. Bien. —La ayudó a recostarse sobre las almohadas ya acomodadas—. Me daré una ducha, y cuando salga tomarás los medicamentos. ¿Estamos? —Ella asintió sin ninguna expresión.

Media hora después abrió la puerta. Ariana se encontraba sentada en el sofá con gesto ausente.

—Listo. Regreso a medio día... Ya tienes mi móvil, lo que sea, llama y vendré de inmediato. —Ariana arrugó la frente asintiendo. Se sentía más que una intrusa en ese sitio. Era como si ellos ya tuvieran una vida juntos, como si de verdad esos meses hubiesen valido por años, como si fueran una pareja, pareja de verdad. Marcel parecía no desear irse, incluso estaba nervioso. Entró de nuevo a la habitación y ella tras él. Quería ver a su hermana.

Lo observó acercarse despacio. Las cortinas estaban corridas, todo en orden en aquel varonil y elegante lugar. Any descansaba del lado derecho de la cama, y, por supuesto, no la había notado ahí, pues lo miraba solo a él.

—Por favor, duerme —lo escuchó susurrar de una manera absolutamente tierna. Elevó su mano y con el dorso acarició sus mejillas laceradas—. Sabes mi número, llámame a la hora que sea. Te conseguiré otro móvil. ¿Bien? No tardaré.

—No te preocupes... —musitó ella, despacio. No deseaba que se marchara, pero debía hacerlo, las entregas de esa semana eran cruciales—. Estaré aquí... —Marcel besó su frente deteniéndose un momento. Ni siquiera tenía sus lentes a la mano, seguro estaban destrozados en algún sitio de aquel oscuro lugar.

—No tardaré —se levantó, pero enseguida se volvió a acercar—. ¿Puedo? —Y con un dedo señaló sus labios respetuosamente. Ariana cerró la boca al notar que la tenía bien abierta. ¿En serio era posible tanta ternura? Su hermana asintió apenas. Así que en medio segundo él rosaba sus labios para luego dejar su frente sobre la suya—. Daría lo que fuera por no verte así, Estrellita, lo que fuera —confesó, rozó de nuevo su boca y salió despidiéndose con la cabeza de Ariana. ¡Guau! Pensó ella atontada, ese par ya habían entregado algo más que el corazón.

Eres todo

CAPÍTULO 28

—Hola... —murmuró, acercándose un segundo después al recordar dónde estaba. Anel lucía agotada, demasiado, sus ojos enrojecidos, más todas las heridas. Su pecho se estrujó. Se sentó donde hacía unos segundos él lo había hecho—. Te traje algunas cosas... —expresó, acariciando su mano.

—Gracias. —De nuevo su mirada perdida, lejana.

—Any..., hablé con papá... —Espacio giró intrigada. Hacía más de seis meses que no tenía noticias suyas—. Sabe todo, yo se lo dije... Bueno, lo que sé... —Anel asintió, serena, le daba lo mismo. Se hallaba sumergida en un mundo donde el gris y negro prevalecían, donde no sentía, donde los límites de su mente la tenían a salvo, donde lograba mantener de alguna manera la calma, con la única condición de no pensar, no meditar, no reflexionar. Era como deambular sin rumbo, como un ente ausente. Sabía de alguna manera que debía estar ahí un poco más, que lo sucedido con su madre no tenía justificación, que los cardenales hirientes sobre su rostro y pecho, y que fueron provocados por ese ser abominable que la intentó ultrajar y que en ese momento mantenía en pausa a su alma, podían jugar en su contra hundiéndola más, si no seguía recluida en ese estado ajeno, sin contacto con su alrededor.

—¿Crees que le importe? —preguntó sin ánimos amargos, percatándose de que su hermana algo deseaba. Ariana torció la boca asintiendo.

—Quiere que regresemos a Chicago. —Anel abrió los ojos azorada, incrédula. Por un momento su respiración se ralentizó y su labio tembló, de inmediato ignoró la cesación—. Any, denúncialo, y vámonos... Sé que está Marcel, sé que se quieren. —Al escuchar lo último perdió la mirada en sus manos entrelazadas. Haciendo irremediamente contacto nuevamente con su abominable realidad, con cada herida que en su interior sangraba. ¿Qué sentía exactamente él por ella? Pese a todo lo que estaba viviendo esa duda era una piedra más que machacaba su alma, su piel, su esencia, su ser. Le importaba, jamás lo dudaría, sentía cosas, era evidente, pero, ¿qué?, cuánto tiempo?, ¿por qué?—. Escucha —dijo y su hermana alzó su barbilla colocando un dedo debajo—. Laura contratará hoy a un abogado, él nos puede decir si es viable, si...

—Ella lo volteará todo, Ariana, lo sé. —La mayor asintió, secundándola.

—Pero no se pueden quedar las cosas así ... ¿Desde cuándo, Anel, desde cuándo vives esto? —Los labios rotos de la joven temblaron otra vez. Su endeble y débil muro de protección se desquebrajó.

—Ariana... —se quejó con la voz quebrada. La joven acunó su barbilla para que la viera. Su mirada bicolor la perforaba, le hacía sentir de alguna forma lo que estaba viviendo.

—No, no más... Quiero saberlo todo, solo así te podremos ayudar. No te mereces esto, ¿entiendes? Nada lo justifica, y ese tipo es un maldito asqueroso que debe pagar lo que hizo.

—Desde que lo llevó a casa —admitió, entrecortada, con las palmas sudorosas rememorando todo sin poder evitarlo. La piel de Ariana se erizó, abrió los ojos de par en par, atónita—. Todo ha ido avanzando, pero jamás había intentado nada, solo me miraba y me decía cosas molestas... Incluso a veces intentaba entrar a mi habitación cuando no estaban. —La joven, con las lágrimas resbalando por sus mejillas y una mano en la boca, la escuchaba.

—Tenías 13, Anel, tenías 13 malditos años... —musitó helada. La menor agachó la mirada.

—Le dije a mamá, no me creyó... Luego, me odió... —dijo y por fin dejó salir el líquido salado de

sus ojos y dolió, dolió como si un cuchillo afilado, puntiagudo, estuviese atravesando su pecho de a poco, hundiéndose con cada gota salada que su organismo derramaba.

—Any, dice Marcel que ya te había golpeado muchas veces... ¿Aquella vez de la escalera, no caíste? —Negó sin remedio. Ariana cerró los párpados, asimilando la información.

—¿Por qué no me dijiste? —le preguntó dolida. Anel seguía llorando.

—Tú..., casi no te veo, pasan días y no sé de ti... No quería amargarte la vida, Ariana —confesó bajito, sollozando, alzando el rostro contraído de dolor, de aflicción, de pena.

—Tienes razón, ¿pero a alguien más?

—A mi tía intenté decirle al principio, todo salió peor... Mi mamá me amenazaba, Ariana me humillaba..., me decía cosas horribles. Sentía que la perdía, no quería que eso sucediera... Incluso, a papá le rogué que me llevara. ¿Lo recuerdas? Se negó debido a su familia. —Su hermana hipeó, absorbiendo el llanto. Claro que esa era más de una razón. Tan pequeña sin saber qué hacer, cómo.

—¿Marcel sabe todo? —negó, nerviosa.

—No lo de... «Ese»... Lo demás, sí.

—¿Qué pasó anoche? ¿Quieres decirme?... O prefieres hablar con el abogado...

—No quiero hacer nada...

—No permitiré que huyas de esto, debemos por lo menos saber si es posible...

—Tengo miedo —murmuró, ya muy nerviosa, con la piel erizada, los pulmones contraídos. Ariana notó que la estaba presionando mucho. Suavizó su expresión y la abrazó con ternura.

—Tranquila, aquí no te pasará nada... No dejaremos que eso suceda... Pero si se lo hace a alguien más, si no eres la única... No sé, no puede vivir tan feliz mientras tú pasas por esto...

—No quiero volver a verlo —expresó, escondida en su cabello, trémula. La chica acarició su delgada espalda. Ciertamente se sentían sus huesos frágiles a pesar de que se notaba había incrementado de peso.

—Okey, dejaremos esto por ahora... —La alejó despacio—, tu novio, ordenó que durmieras... —percibió algo raro en su tono. Frunció levemente las cejas.

—No te molestes con él, es así...

—Le importas, Any, le importas bastante. —Ella ladeó la boca asintiendo—. Y concuerdo con él, debes descansar. Estaré aquí al lado, leeré y no haré ruido, tú cerrarás tus ojos. ¿Sí? —asintió, vencida, con todas las heridas nuevamente abiertas, expuestas.

La joven se acurrucó bajo la frazada con la mirada perdida en algún punto buscando desesperadamente recobrar el control de sus emociones, de sus pensamientos, de su vida. Ariana tomó de su bolso un libro y se colocó a su lado.

—¿Y tu trabajo? —preguntó somnolienta, intentando distraer su mente, temiendo dormir y sentir aquel terror.

—A dormir..., luego hablamos —susurró y sin poder evitarlo cerró los párpados sintiéndolos como dos losas sobre sus adoloridos ojos.

—Creímos que no vendrías... Ni siquiera hemos visto a la dueña de tu tiempo. —Marcel no estaba para bromas. Le dio una calada profunda al cigarrillo mirando a su alrededor. Debía entregar un trabajo y asistir a una última puta clase, no obstante, lo único que deseaba era no despegarse de ese frágil cuerpo que era tan suyo y que en ese momento estaba tan lacerado.

—¿Estás bien? —preguntó Rodrigo, intrigado. Lucía algo pálido, por no decir irritado, cosa ya no tan común, no desde que Anel se cruzó en su camino y se la pasaba adherido a ella. Lalo y Joel lo miraron

más atentos. De pronto, giró, observándolos de una manera extraña.

—Necesito que me ayuden... —soltó serio, con la quijada tensa. Entre ellos se miraron.

—¿Qué te pasa? —Rodrigo fue más conciso. Les contó a grandes rasgos lo ocurrido. No era de hablar, mucho menos el más comunicativo, pero si deseaba su ayuda debía hacerlo, informarles...

Al terminar, los tres se quedaron pasmados.

—No quiero un puto «lo siento» ni ninguna de esas estupideces. Se los digo porque no soporto saber que ese hijo de perra está tan feliz, así, sin más.

—¿No lo denunciarán? —quiso saber Lalo, atónito, al igual que los demás, solo que Rodrigo, además, demasiado consternado por ser precisamente ella de quien se trataba toda aquella atrocidad.

—Eso espero... Pero teme que esa vieja loca, que, por cierto, es abogada, volteé todo... Es posible, de todas formas me reuniré al terminar clases con un amigo de mi tío que puede orientarnos, él me dirá si se puede hacer algo sin dañarla más.

—Mierda, Marcel, es espantoso.

—Es repugnante.

—¿Qué quieres que hagamos? —cuestionó Joel, indignado. Él era el más aguerrido, sabía que enseguida contaría con su apoyo y que pese a que el otro par no eran menos bravos, lo seguirían.

Ariana se hallaba en la sala. La mujer del aseo hacía su trabajo mientras ella hablaba con Laura. El abogado pasaría por la tarde, debía tener una conversación con Anel. De pronto, los gritos de terror helaron su sangre. Como si un gigante de hielo hubiera escupido su aliento sobre su ser, botó el móvil y fue corriendo.

Su hermana estaba de pie en una esquina de la habitación restregándose el cuerpo con fuerza, llorando con desespero, gritando que se alejara. Se ubicó frente a ella, preocupada, notando la tortura que vivía en su mirada desorbitada. Sujetó su rostro con firmeza.

—Any, Any... ¡Reacciona, Any! —No regresaba, seguía lastimándose al frotarse de esa manera el cuello, los brazos y, lo peor, no parecía ser consciente de su muñeca. La mujer que hacía la limpieza entró. Al verla, dejó salir un suspiro de horror—. ¡Anel!, ¡Anel, mírame! —Y de pronto un golpe fuerte sobre la baldosa la hizo regresar. La mujer zapateó con fuerza al tiempo que ella le gritaba. Aturdida, asustada, con el corazón martilleando y un espeso sudor, notó dónde se encontraba. Con las manos al frente evitó temerosa que se acercaran—. Any, tranquila —pero se tapó las orejas negando.

—Déjame sola, déjame sola —sollozó en pleno llanto. Desesperada, se acercó más rápido, ansiosa por consolarla. Anel se quitó de inmediato—. Quiero estar sola, Ariana, déjame sola —rogó con la cabeza punzándole, sintiéndose perdida, angustiada, atemorizada, nuevamente sumergida aún más en aquella cueva que solía ser su compañera, húmeda, fría, negra.

—Creo que es mejor que le haga caso —murmuró la mujer. Ariana la miró sobre el hombro asintiendo.

—Saldré, pero sube a la cama... —Anel obedeció como un animalillo asustado. Haría lo que fuera con tal de que nadie se acercara, de que nadie la tocara.

Su hermana no sabía qué hacer. Se frotó el rostro de verdad preocupada. Pasó saliva y salió sin dejar de verla.

—Señorita... ¿Qué le pasó? —No pudo evitar preguntar la mujer una vez afuera. Su rostro golpeado llamaba la atención, eso sin contar su actitud y sabía bien que el joven Marcel jamás tocaría a esa niña de manera brusca, los había visto acompañarse alguna vez y era asombroso la forma suave en que se manejaba a su alrededor.

—Una situación familiar, estará bien —sonrió, nerviosa, sudando incluso. Pegada a la puerta se

mantuvo por varios minutos, desconfiaba del proceder de su hermana. Cuando no resistió más, abrió. Se hallaba despierta, acurrucada, mirando la nada. Dejó salir el aire. De pronto, el móvil en el sillón le hizo recordar con quién hablaba.

—¡Tía!

—¡Dios, ya estoy en el auto! ¿Qué pasó?

—Necesitamos un psicólogo, Anel no está bien. —La escuchó resoplar.

—¿Se hizo daño?

—Dormía, o eso creo... No sé, ahora está quieta...

—No te preocupes, mi amor, es normal que esté así. Hablaré con alguien, saldrá adelante. —Media hora después llegó.

Marcel echaba fuego.

¡¿Cómo era posible que las cosas tuvieran que quedar así?! ¡¿Cómo?!

Golpeó el volante lleno de rabia. Podía denunciarlo, pero si su madre declaraba todo eso, siendo Anel mayor de edad, era probable que perdiera. Debía conseguir testigos de su acoso, de otra forma nada se podría hacer, al final sería algo incómodo de pasar y Anel se vería confrontada una y otra vez con esa alimaña.

Lo primero que hizo, por supuesto, fue llamar a Cleo. La mujer respondió en susurros, de inmediato, le preguntó por la salud de Anel. Deseó saber si estaba dispuesta a declarar en contra de esa mísera alimaña. El ama de llaves se mostró dispuesta a ayudar en cuanto al maltrato de la madre, pero de lo otro, no; ya que jamás había visto nada específico, algo que pudiese culparlo, sin embargo, no lo dudaba.

Quería gritar de rabia. Sin testigos, no había nada que hacer, nada que pelear. Y aunque en el cuerpo de Anel residían las pruebas las cosas podía salir de otra manera, incluso achacárselas a él.

Entró al apartamento frustrado, pasaban de las dos. Laura y Ariana se encontraban en la terraza conversando. Las saludó con la mirada, solo deseaba verla. Fueron más horas de las que planeó alejado de ella y eso ya lo tenía al límite.

Entró y la encontró despierta, recostada de lado sobre la mullida cama. La joven no giró.

—¿An? —murmuró, acercándose despacio, como sabía debía comportarse con ella. Sobre todo después de eso. Anel alzó el rostro, se incorporó de inmediato, su carita era de preocupación, de profunda congoja—. ¿Qué sucede? —preguntó, sentándose lentamente. Sin más, la joven se abalanzó sobre él. La recibió, gustoso, aunque no alegre. La acurrucó contra su cuerpo. Temblaba y aferraba su camiseta, ansiosa.

—Me duele la cabeza y no puedo dormir... —Marcel suspiró, arropándola un poco más con sus fuertes brazos.

¡Mierda, no soportaba saberla tan mal, tan vulnerable!

—Bien, tranquila... —murmuró con suficiencia. Necesitaba certeza, confianza, se las daría—. Comerás algo, te daremos los analgésicos y verás que lo logras... —La joven negó ansiosa.

—Cierro los ojos y sueño eso... —se quejó con su vocecita quebrada, llena de miedo. Besó su cabello aspirando su aroma dulzón. Mataría a ese hijo de puta.

—Me quedaré contigo, todo irá bien. ¿Sí? —Anel asintió despacio, sintiendo esa extraña seguridad que solo le brindaba la firmeza de su gruesa voz. Con cuidado la cargó y la ubicó sobre el sillón, acarició su rostro delicadamente torciendo la boca en esa sonrisa que Anel adoraba—. Tú saldrás de esto, solo confía, eres fuerte, demasiado. —Besó su coronilla y salió.

La joven se frotó la frente con manos trémulas. ¿Lo era?, ¿de verdad lo era? En ese momento se sentía temerosa, débil, dependiente y demasiado vulnerable. No confiaba en nadie salvo en él y no deseaba asfixiarlo, pero era la única persona que quería cerca, con su sola presencia la reconfortaba, le ayudaba a olvidar esos asquerosos labios sobre su piel, o esas hirientes palabras abriendo yagas más hondas en su ser.

Resopló, cerrando los ojos. La cabeza la estaba aniquilando, en serio la fulminaría de un momento a otro. Se quejó agachándose y haciendo presión con su mano buena.

Odiaba todo lo que le estaba ocurriendo, odiaba ser quien era, no haberse salido a tiempo, odiaba saber que no podría hacer nunca nada contra ella porque al final, pese a todo, era su madre y no podía borrarlo de su mente y corazón por mucho que ya la hubiera lastimado.

Laura y Ariana esperaban afuera de la habitación. Lucían preocupadas.

—¿Cómo está? —preguntó la mayor. Marcel las observó enérgicamente. Se sentía invadido y que su presencia más allá de servir, estorbaba.

—Está a punto de colapsar por un maldito dolor de cabeza que le da cada vez que no duerme y no come. Sus nervios están destrozados y tiembla como una hoja. —Ariana negó afligida. Sin más, le narró lo ocurrido horas atrás y cómo no dejó que nadie más entrase. No supo si sonreír o enfurecer. ¡Debió llamarle, carajo!

—Hice cita con un abogado, además, estoy consiguiendo a alguien que pueda hablar con ella, que nos ayude a transitar este momento. —Marcel se encaminó rabioso a la terraza y con un ademán les pidió que lo siguieran. Una vez afuera cerró, con rostro inescrutable, pero claramente enojado.

—No habrá abogados hasta que esté mejor. Además, también hablé con uno, si su hermana voltea todo, existen las mismas posibilidades de que quede libre a que lo metan preso. —Ariana negó, aferrándose al pasamanos cromado—. Respecto a lo otro, podría ser después, ahora solo necesita paciencia. Lo que hiciste, Ariana, tu hermana lo detesta, la pone muy nerviosa en una situación normal, imagina ahora con lo que pasó. Anel necesita suavidad... —Las dos lo observaron atónitas—. Así que le daré de comer, pasarán conmigo y les pediré de la forma más educada que me dejen a solas con ella lo que resta del día y mañana.

—Es mi sobrina, Marcel, creo que lo estás olvidando, nosotras somos su familia. —El chico apretó la quijada tornando su mirada desafiante.

—Ella eligió quedarse aquí, conmigo. Piense por qué será... Y es más que evidente que no saben cómo tratarla porque no la conocen.

—Llevan cuatro meses, ¿acaso tú sí? —Lo retó Ariana, molesta.

—Por lo menos a mí no me corrió de la recámara. Además, haré que ingiera algo y les garantizo que dormiré. Solo denme hoy y mañana, necesita descansar, estar en un ambiente tranquilo, donde no sienta toda esta presión... Anel es demasiado sensible. —Laura entornó los ojos examinándolo—. Saben dónde está, cualquier cosa sé que debo llamarles antes que a nadie. Solo hoy y mañana, debo hacer que duerma. Enfermará si no lo logro.

—Una psicóloga nos puede ayudar —soltó la tía de la chicas.

—Seguro, pero debe conocerla, ella abrirse y llevar un proceso... ¿Desea ahora mismo presionarla más? —Laura negó, cerrando los ojos al tiempo que se alejaba.

—No supe qué hacer... Se puso como loca —se defendió Ariana, afligida, culpable. Marcel se ubicó frente a ella apretando los puños. Esas dos lo estaban sacando de quicio, bueno, en general las mujeres lo hacían sin problema, salvo Anel.

—Por un maldito momento piensa lo que es vivir bajo esa violencia... ¿Cómo reaccionarías tú, Ariana? En serio —dijo y las miró a ambas—. No se trata de nosotros, sino de ella, lo que desea, lo que necesita. Sé qué hacer, cómo hacerlo. El domingo verán que estará mejor, por lo menos de salud...

—Tú ganas, Marcel —soltó la chica asombrada—. Pero estaré pendiente. No sé cómo tratarla, lo que te aseguro es que aprenderé y la conoceré.

—Lo sé —soltó sereno—. Anel es fuerte, sé que lo es, sabe cómo superar las situaciones, lo he visto, aunque nada como esto... Solo necesita tiempo, paciencia y no sentirse presionada.

—¿En serio solo llevan juntos cuatro meses? —preguntó Ariana a Laura sin poder creerlo.

—A mí también me asombra —admitió, examinando al chico que cuidaba con tanto recelo y protección a su sobrina—. Es tu responsabilidad, Marcel —le advirtió, cruzándose de brazos.

—Eso quiero. —Sin poder evitarlo, Laura abrió los ojos pestañeando—. Hable de todas formas con el abogado, debemos pensar qué hacer y lo del terapeuta no está de más. —La mujer sonrió, asintiendo.

—Lo haré y el domingo lo discutimos...

Quince minutos después los tres entraron a la habitación. Anel permanecía en el mismo sitio en que la dejó. Mantenía su cabeza recargada sobre el respaldo acolchonado con una mueca de evidente dolor. Era tan lastimoso verla así.

—Traje un plátano, un poco de helado y sopa —anunció Marcel, acercándose suavemente. Las mujeres lo observaron desde el umbral, ciertamente se movía distinto, como un felino midiendo el peligro de cada paso, con esa agilidad, con esa premeditación. Anel abrió los ojos gimiendo. Enseguida las vio. Su carita demacrada, sus pupilas dilatadas, su semblante adolorido—. Anda, siéntate bien para dártelo —le pidió con ternura Marcel.

—Una... Una pastilla —le rogó con los ojos lagrimeando. Él negó hincándose frente a ella, despacio.

—No, primero comerás, luego te la daré... Ya lo sabes, chiquilla, no lo discutiré. —La joven se movió con esfuerzo, quejándose.

—P-por favor —le suplicó. Marcel negó de nuevo. Laura y Ariana se adentraron más hasta sentarse sobre la cama. Imitando los movimientos de él, su actitud, desprovista de dolor, de lástima. Solo cariño, seguridad.

Sin más, la joven comenzó a comer lentamente con su mano buena. La mitad del caldo, el plátano completo y casi todo el helado de chocomenta.

Las dos estaban perplejas, pues mientras lo hacía, él le hablaba o susurraba cosas amables, envolviéndola de una forma única, casi mágica. Anel se perdía en sus ojos aceituna, serena, olvidando que no estaban solos.

En cuanto a Marcel, él le sonreía como si frente a sí solo viera luz. Acariciaba su antebrazo, le comentaba algo sobre el trabajo que entregó y le explicó que el tránsito no cesaba, incluso le mencionó sobre un incidente que vio a lo lejos cuando estuvo en un alto. Era impresionante la facilidad con que la atrapaba, con que se movía a su alrededor, cambiaba, se transformaba.

—Ahora sí, toma —dijo y le dio los medicamentos en su mano. La joven los ingirió uno por uno con ayuda del agua—. Tu tía y Ariana ya se iban, les dije que dormirías, ¿no es así? —Anel las observó afligida. Laura se acercó y besó su frente.

—No te preocupes de nada, mi cielo, tú eres lo primero... —La joven asintió despacio. Su hermana hizo lo mismo un segundo después.

—Te quiero, Any, siempre ha sido así.

—Yo también —musitó.

Cinco minutos después, ambos estaban recostados sobre la cama. Marcel tenía entre las manos aquel cuento que le compró cuando fue el cumpleaños de Blanca. Lo había guardado por ahí y, en alguna ocasión, lo ojeó divertido al ver a los elfos y hadas interactuando. Anel era fantasiosa, lo sabía bien, y dejaba salir esa parte aún más cuando se hallaba con niños, o frente a animales. Comenzó a narrarlo bajito, con voz relajante.

La joven, recostada sobre su pecho, lo veía atenta, notando su esfuerzo por distraerla. Él odiaba cualquier cursilería, pero estaba recurriendo hasta a los cuentos de princesas para ayudarla. Lo logró, veinte minutos más tarde, ya se hallaba en la inconsciencia total. La colocó con cuidado sobre la almohada, soltando el aire. Era un alivio saberla así, tranquila, descansando. Solo rogaba que durara, que ninguna pesadilla la despertara.

Para su sorpresa llegó la noche y seguía dormida. Ajena a todo, con gesto relajado, fresca, sobre las cobijas de su habitación, con el aire acondicionado en temperatura agradable. Tuvo que decirle a su tío que no fuera, pues no deseaba despertarla, cosa que Efrén avaló, mientras descansara y comiera, su salud no correría peligro y su cabeza también podría estar más fuerte para lo que fuera.

Se duchó, se calzó el pantaloncillo de dormir y hasta pudo hablar con sus amigos para saber las novedades. Al parecer, pronto podría pescarlo. La metió bajo las cobijas con sumo cuidado. La joven se quejó débilmente con aquellos ruiditos que solía hacer y que le fascinaban.

Observándola, ya que su vista se acostumbró a la oscuridad, supo que lo peor estaba pasando. Anel, de pronto, lo sorprendería dándole vuelta a la hoja, lo sabía, incluso a algo tan escabroso como todo lo que le había tocado vivir.

Su pecho comprimido no se restablecía, saberla pasando cosas como esas, le dolía, le dolía más de lo que jamás había llegado a imaginar. Alzó su mano con cuidado y acarició su mejilla amarillenta y aún amoratada.

—No permitiré que dejes de brillar, Estrellita. —La joven se removió delicadamente, con esa suavidad que la caracterizaba y dejó salir de su bella garganta esas quejas celestiales que indicaban un sueño profundo. Sonrió con ternura—. Eres única, eres todo —comprendió, asombrado. Y era cierto, de alguna manera esa chica, con su manera tan sutil, lo transformó y le devolvió poco a poco, como la luna le va cediendo el cielo al sol, lo que creyó había perdido.

Un motivo

CAPÍTULO 29

En la madrugada la escuchó quejarse, antes de que todo avanzara la despertó con cuidado. Ella, de inmediato, reaccionó ante su voz. Aprovechó y le dio los medicamentos, un poco de zumo y la observó perderse en el sueño pocos instantes después.

Marcel la mantuvo pegada a su cuerpo, acariciando su brazo, besando su cabello. En efecto, todo iba mejor en esa cabecita hecha de hierro solido que lo desquiciaba hasta el punto de no poder ver más allá de esa joven que tenía frente a él.

Por la mañana quiso salir de la habitación. Desayunaron en silencio sobre aquella barra que era testigo de tantos y tantos momentos entre ambos. Después se dio una ducha y decidió recostarse un poco más, casi de inmediato cayó rendida. Marcel ahí, pululando, ayudando, con palabras consoladoras, con serenidad en la mirada, lograba hacerla sentir que todo aquello no era más que parte de una pesadilla que acababa de terminar, de la que nunca más sería partícipe y eso le estaba brindando la oportunidad de irse sintiendo cada minuto, cada hora, mejor.

—Marcel... —El chico terminaba un trabajo que debía entregar la siguiente semana, ahí, en la cama, a su lado. Giró de inmediato sonriendo con dulzura. Notó su nerviosismo, de nuevo se acomodaba ese bendito mechón y miraba a su alrededor.

—Dime, An... —La joven se enderezó y cruzó sus piernas. Enseguida, dejó el ordenador sobre la mesa de noche y la imitó. Algo le diría.

—Yo... Yo quiero que sepas lo que ocurrió. —No supo qué hacer ante aquello, pero sabía que no debía mostrarse ni alterado, ni nada... Simplemente atento, ecuánime, a pesar de que la sangre hervía por dentro como si lava recorriera sus arterias inyectando su corazón de una adrenalina ardiente que lo hacía desear no solo hacer lo que haría, sino matar a ese hijo de perra y cualquiera que osara volver a tocarla.

—Si te sientes lista, yo lo estoy —admitió, ubicándose frente a ella con decisión.

No comenzó con lo sucedido esa noche, sino hace años..., muchos años atrás. Poco a poco fue narrándole con esa vocecilla envolvente los momentos más fuertes de su existencia. A veces lo miraba, otras simplemente jugaba con sus dedos, con la tela del pantalón rosado que llevaba.

Comprender el infierno lleno de torturas, momentos repulsivos, de miedos y los motivos de sus reacciones lo hizo sentir odio por primera vez en su existencia, odio de verdad, ese que hace llegar a ser alguien irreconocible. Por otro lado, la admiró con el alma pues logró salir *avante*. Su perfil bajo, su forma de darle la vuelta a las cosas sin permanecer en ello más de lo necesario, sus ganas de vivir, de sentir. Y es que, al verla, con esa cámara en la mano quedaba bastante claro lo que Anel sí era: vitalidad, ternura, temeridad, adaptabilidad y, por demás, observadora, por no decir, libre, sonriente, la antítesis de lo que en su casa vivía y era así, como ya casi todo el tiempo se mostraba con él, era justo esa parte la que lo atraía, la que lo hacía estar atento de su menor movimiento, pensamiento, sentimiento.

Ella parecía ser un globo al que sujetar el cordón era simplemente imposible, aunque pareciera lo contrario. Estaba ahí porque lo deseaba, compartía sus momentos, su mente, sus fantasías, su tiempo y su cuerpo, porque quería hacerlo, porque se sentía bien estando ahí, porque desde que aquel morboso juego comenzó, ella lo quiso, le atrajo. De otra manera, ahora sabía que hubiese dado la vuelta sin la menor dificultad y habría sepultado en sus recuerdos aquel momento donde la besó sin más ese día, ya hacía

varios meses atrás.

Anel no era enrevesada, quería o no, listo, nada oculto, nada extraño, nada torcido. Se sentía contenta; reía. Se sentía triste; no hablaba. Se sentía nerviosa; no comía. Se sentía libre; vivía. Nada excesivo, todo en su justa dimensión. Por eso, cuando la veía vibrar, le sabía al más sublime triunfo porque no era una chica que fingía, que evadía.

Así de sencilla, así de compleja para alguien acostumbrado a no hacer contacto con su interior, para alguien que llevaba demasiado tiempo peleando con los sentimientos, con nombrar las emociones, con dejarse llevar por el momento tomando de él lo que le sirviera, sin pensar en lo que fue o pudo haber sido.

—Esa noche, él descubrió que tú y yo... Que estábamos juntos y... —Tembló más que en el resto de la narración. Evocar justo ese momento le provocaba una pequeña taquicardia. Marcel acercó lentamente su mano y enredó sus dedos en los de ella—, me atacó. Dijo que era suya, que aprendería, que era una zorra. Me golpeó al ver que no cedía, que luchaba. Cuando creí que lograría lo que deseaba, lo pude golpear con una lámpara... Mi madre apareció y pensé que ahora sí me creería —negó, al tiempo que se limpiaba las lágrimas que salían, pues mantuvo enjauladas sin la menor sospecha de que aparecieran—. Me equivoqué, Marcel —dijo y lo miró con esos ojos tan redondos, con aquellas pestañas enormes que ahora parecían ser las alas que resguardaban la guarida de aquella celestial criatura que trastornó su esencia sin avisar, sin proponérselo—. Sé que debí huir antes, que fui cobarde, que...

—Anel, hiciste lo que creíste mejor. Nadie, ni siquiera tú, puede juzgar tu proceder —habló al fin dolido por su pena, acongojado por todos esos dolorosos capítulos que sería complicado dejar atrás.

—Temía, le temo. No quiero que te haga daño, que se me acerque. —El chico besó sus delgados dedos, negando.

—Jamás se acercará, Anel. —La chica arrugó la frente preocupada, de inmediato se acomodó un mechón con su mano inmovilizada.

—¿Por qué lo dices? —preguntó suspicaz—. Marcel, juraste que no...

—No hice nada, tranquila. Pero todos los hombres que hacen algo así, son cobardes, Anel, se crecen ante el miedo, no te hará nada nunca más simplemente porque ya lo sabemos, porque ya no es un secreto, porque no lo permitiré.

—Lo denunciaré —decidió con el mentón alzado. Marcel la observó atónito, impactado, sintiéndose asombrosamente orgulloso de esa valiente chiquilla que tenía frente a él. No hacía ni dos días de todo aquello y ya iba logrando saltar la hoja. Impresionante—. No temeré más, no quiero, no debo. ¿Verdad? —Mierda, esa última palabra lo terminó de doblar. Se frotó el rostro ansioso. Un segundo después posó su frente sobre la suya.

—Eres fuerte, debes creerlo —declaró y besó su nariz apenas si rozándola. La joven ladeó la cabeza encogiéndose de hombros.

—No tanto, Marcel —admitió con la vista en las colchas—. A ella... No puedo —El chico asintió, intentando comprenderla y es que no podía concebir que una madre tratara así a su hija—. Siento que lo empeoraría todo, que me convertiría en lo mismo que ella, que me hundiría. No puedo —sollozó.

—An, hablaremos con un abogado... No te presiones hasta ese momento, ¿sí? Entiendo lo de esa señora. Se hará lo que tú quieras... Lo único que debes comprender es que no estás sola. —Por primera vez en horas sonrió elevando solo un poco las comisuras.

—Lo sé y gracias —expresó y acercó su mano a la suya y rozó con su dedo que salía de la férula, parte de su antebrazo—, gracias por estar a mi lado.

—Chiquilla, tú has hecho mucho más de lo que imaginas por mí, no me agradezcas nada —confesó y

besó sus dedos de esa mano herida.

—Siento que puedo ser libre a tu lado, Marcel, al mismo tiempo me siento segura, protegida... Estaré bien, solo dame tiempo. —No daba crédito a ese ser lleno de luz. Entornó los ojos asintiendo lentamente.

—Anel, yo te doy lo que desees. Sé que muchas veces soy casi un ogro, otras, osco, poco sensible, pero te juro que también puedo ser lo que necesitas.

—Eres lo que necesito, lo único —avaló, seria.

—Entonces, no te preocupes, Estrellita, sé que pronto brillarás. —La tomó por la nuca con cuidado y la acercó a su rostro—. ¿Puedo? —Ella sonrió despacito, profundamente enamorada de ese hombre que la hacía sentir, pese a todo, bien.

—Siempre... —Sus labios se posaron sobre aquellos, sabor miel, sin afán de invasión solo de sensación, de ternura, de compenetración.

—Besas bien, chiquilla. —Al fin una sonrisa genuina escapó de esa carita dulce, aún lastimada.

—Ya me lo habías dicho...

—Es que es cierto. —Depositó otro beso fugazmente.

El resto del día no hablaron más de lo sucedido. Ella se mostró apacible, muchas veces en silencio, reflexiva, otras, observándolo hacer alguna cosa con atención. Por la noche le marcó a su hermana. Se sentía mejor; descansada y con malestares físicos aunque no como el día anterior. Las heridas iban sanando, no obstante, las del alma todavía sangraban. Marcel actuaba como un poderoso bálsamo que aliviaba el dolor, que disminuía la desazón.

Por la noche durmió bien, salvo un par de veces que tuvo pesadillas, las cuales se vieron interrumpidas por las palabras envolventes de su novio, para, casi enseguida, caer de nuevo perdida.

Alrededor de las diez, llegó Efrén. Asombrado por su mejoría en todos los sentidos; la revisó meticulosamente.

—Me gustaría que mañana te hicieras una radiografía de la mano, Anel. —La joven asintió, algo nerviosa. Marcel le guiñó un ojo, relajándola.

—Te llevaremos ambos, verás que todo está bien. —Ella asintió sin remedio. No se sentía lista para enfrentar el mundo, sin embargo, debía hacerlo, lo sabía.

—Hay que estar seguros de cómo es... —se refería a la fractura en su muñeca—. Son precauciones —le sonrió con dulzura. Era asombroso verla así, tan repuesta, tan íntegra. Sí había aún miedo en la mirada, también recelo, desconfianza, pero definitivamente no era la chica que dejó ahí el jueves por la noche. Ese día, al llegar a casa y contarle todo a Gina, juró que entraría en una depresión muy honda, que sería muy complicado todo y que no saldría fácilmente adelante.

Marcel, a su lado, firme, con sus brazos cruzados sobre el pecho, parecía relajado, demasiado sereno, y supo que lo que buscaba era no contagiarla de su coraje, de su rabia, de lo que en su interior sabía mejor que nadie, habitaba.

—Gracias, señor —soltó la joven cuando terminó. No pudo evitar ablandarse aún más, tan pequeña y con tanto vivido.

—Soy Efrén, ya te lo he dicho y no tienes nada que agradecer, Anel.

—Tu tía está por llegar, también Ariana... Hoy citamos a un abogado. —De inmediato lo encaró, no le había dicho nada. Se puso de cuclillas frente a ella y tomó con delicadeza una de sus manos—. Veremos qué nos dice, ¿sí?

—¿Estarás ahí? —Él asintió, besándole el dorso de la mano.

—¿Dónde más? —Efrén cerró los ojos dándose cuenta de hasta dónde habían llegado las cosas entre ambos.

—Me daré una ducha, entonces...

—Eso está muy bien, te veo afuera. —Ahora rozó su frente con sus labios y salieron de la habitación.

Más tarde llegaron su tía y hermana. Las tres permanecieron en la terraza conversando, o, mejor dicho, mimando a la menor que aún continuaba taciturna. No pudieron esconder su asombro al verla de pie, mucho más segura, menos devastada y decididamente entera.

—Marcel me dijo que traerán a un abogado... No puedo denunciarla a ella... —soltó bajito, mientras su tía la observaba a su lado. Ariana no supo qué decir, y es que desde que todo ocurrió se sentía realmente perdida. Lo único que deseaba era llevarse a su hermana lejos y que comenzara una nueva vida, diferente.

—¿Te sientes lista para hablar de lo que sucedió con él? —La aludida bajó el rostro acomodándose un mechón de cabello. Se sentía observada, no solo por ellas, sino también por otros ojos duros, taladrantes, sabía quién era. Alzó la cabeza y lo vio a través del vidrio. Estaba en el comedor, con su ordenador abierto, pero no hacía nada, salvo escrutarla. No supo qué reacción tener, siempre se sentía atrapada bajo su manera de arrastrarla a su mundo.

—¿Anel? —Giró, desorientada. Marcel se comportaba más elocuente, más cariñoso, con suma ternura. Dentro de su pecho rogó fehecientemente que no fuese lástima, que no estuviera generando en él un sentimiento de desamparo. Lo cierto era que seguía sin saber lo que en su interior había y eso dolía.

—Creo que sí, pero sé que ella lo defenderá y...

—Ya veremos qué opciones hay, no te precipites —la alentó su tía, conciliadora, intranquila también. Todo era tan espantoso. Si su sobrina denunciaba el abuso del hombre «ese», saldría a relucir forzosamente la relación con su madre y eso la terminaría de dañar, sin contar que su hermana apoyaría a ese rabo verde repugnante y que voltearía el caso.

Las implicaciones psicológicas serían muy fuertes, le comentó una especialista con quien sostuvo una charla el día anterior, pero, además, como bien dijo Marcel, no garantizaban que ganase. Cada golpe y cada situación podría ser revirada y Anel podría quedar más expuesta, aún más debilitada.

—Any, si es necesario que ella... —La menor negó segura, incluso descompuesta, su labio tembló al igual que sus manos.

—No, Ary, no podría, es nuestra madre... No quiero que me odie más. Si la expongo al escándalo quedará sin nada, nada de verdad lo perdería todo y sé que jamás volverá a quererme... —Su hermana se hincó frente a ella, llorosa.

—Es que es abominable lo que te hizo, no puedo disculparla. —La joven la abrazó sollozando.

—No está bien, sé que no es ella, no está bien... —Laura la escuchó, atónita. Esa niña mostraba madurez en su manera de enfrentar las cosas, ahora también en su proceder. Simplemente no lo podía creer, y pese a que odiaba la aberración a la que sometió a Anel, no deseaba verla bajo las rejas, pero si sucedía, sería una consecuencia.

Media hora después tuvo lugar la reunión. Nada fue como ella esperaba. Con Marcel a su lado, sosteniendo su mano, comprendió que en todo aquello su madre saldría a relucir y que seguramente ya tenía una defensa, coartadas y un caso muy bien estructurado.

Por su puesto la abogada le recomendó levantar la denuncia, para ambas partes. Anel se negó. No podía, no a Analí, no podía hacerlo por mucho que sintiera la sangre congelarse al evocarla, por mucho que la hubiese hecho sufrir todo ese tiempo. Sin embargo, Alfredo tenía muchas formas de salir limpio

del proceso, a pesar de los golpes, eso sin contar que Marcel saldría también a relucir y que era probable que desearan hacerlo ver a él también como parte del caso, incluso el responsable de las marcas en la piel que todavía tenía. De hecho, podían apelar a alguna situación psiquiátrica. En pocas palabras, sin testigos del intento de violación, aunado a la ayuda de Analí, no tenían muchas posibilidades, eso sin contar que los golpes eran evidentes y que tendrían que buscar un responsable. Marcel y su madre sería los primeros en averiguaciones.

Anel no comprendía cómo era que su palabra no tenía el peso necesario, cómo era que no podían aprehenderlo y refundirlo en una celda por siempre. Marcel podría salir implicado, e independientemente de que nada le sucediera, cosa que aseguraba la mujer, su nombre aparecería, el proceso podía ser largo, fuerte, desgastante, no era justo.

Por la noche permaneció recostada en el sofá de la terraza perdida en la oscuridad. Hacía calor, pero a esa hora era más soportable, de todas formas, no lo sentía, en su interior nada era como debía... Una avalancha de sentimientos la arrastraba, la tumbaba y volvía a levantarse pese a todo, aun así, tambaleaba, no podía con ello.

Odiaba a ese hombre, pero no haría nada, no podía si deseaba que su madre saliera limpia. Lo único que podría lograr sería de alguna manera una orden de restricción marcando como atenuante su acoso, nada más..., pero eso también sería complejo, aunque no tanto como lo otro.

—Debes cenar, An —Marcel prendió un cigarrillo aprovechando que estaban en el exterior. Era consciente de que por su mente pasaban miles de cosas y no sabía qué decirle, no cuando todo era tan complicado. Le dio una calada observando la noche, al igual que ella, solo que, de pie, recargado en uno de los blancos muros laterales—. No te presiones, harás lo que te haga sentir mejor.

—Lo odio... —murmuró despacio, pero con rencor impreso en cada letra que él jamás le había escuchado. Marcel se giró a medias hacia ella. Anel se encontraba con sus piernas flexionadas y sus brazos rodeándolas. Se veía tan niña, tan pequeña, y a la vez saberla tan mujer, tan suya, lo despertaba, lo despertaba pese a que sabía no era el momento, pese a lo que acababa de escuchar—. Jamás aborreceré tanto a alguien como a él, pero no puedo hundir a mi madre. —Lo último lo dijo casi en un hilo de voz. Marcel apagó el cigarro al tiempo que negaba rascándose la cabeza. Se sentó a su lado con los codos sobre las rodillas, así, con su desgarbo natural.

—Ambos merecen pagar por lo que hicieron, An, pero haz lo que te deje más tranquila... Lo que te ayude a dejar atrás esto. —No podía creer que ese fuera su consejo.

—Siento que escalo y escalo y no llego a la cima, Marcel. A veces ya me siento muy cansada, otras creo que ese sitio no existe y en general simplemente subo porque no deseo detenerme, porque lo que voy dejando abajo, no es lo que quiero.

—Llegarás —la animó sonriendo, ladeando la cabeza.

—El problema es que no tengo opción, veo hacia abajo y no puedo volver...

—Sé lo que sientes, es como tener que seguir por la inercia... Por el deber, no por querer —Ella asintió despacio—. Eso, chiquilla, también es una decisión, tú misma me lo enseñaste, me lo dijiste... Vívela así —soltó, acercando una mano cálida hasta su mejilla. Ella dejó caer su rostro sobre su palma cerrando los ojos.

—Lo haré..., ahora solo necesito saber qué hacer, cómo seguir subiendo —admitió, absorbiendo su aroma.

—Verás que eso será sencillo, eres la mejor en ello —sonrió, conciliador. Y de verdad lo creía, confiaba en ella, en lo que haría y cómo lo haría, pero, sobre todo, en su manera de enfrentar. Deseaba que ese par acabaran bien encerrados, pero entendía también su postura y si algo iba aprendiendo desde

que esa Estrellita se cruzó en su camino era que la vida sí tenía un motivo, el suyo estaba frente a sus ojos, algo lastimado, algo dolido, algo herido, pero con suficiente fuerza como para saber que eso no duraría mucho más, eligiera lo que eligiera.

Rabia

CAPÍTULO 30

Al día siguiente, Ariana llegó justo cuando Marcel se iba. Anel aún dormía así que no lo vio salir algo apurado, ansioso incluso.

—¿Estás bien, pasó mal la noche con todo lo de ayer? —Marcel negó, bebiendo un sorbo de zumo.

—No, ella está bien, pero tengo prisa, cosas que hacer, regreso a mediodía. —Ariana entornó los ojos.

—Dudo que la entrega de trabajos te ponga así, a ti. —El chico se detuvo con el pomo de la puerta en la mano y giró con seriedad.

—No soy tan difícil de conocer... Nos vemos luego —se despidió y salió sin más.

Su hermana despertó una hora después. Almorzaron juntas. Ya estaba decididamente mejor.

—¿Denunciarás? —quiso saber, mientras tomaba de su taza. Anel negó mordiendo el plátano. Ariana acarició su mano con dulzura—. No sé qué haría en tu lugar... —La menor se encogió de hombros un tanto reflexiva—. Vámonos, Any, vámonos a Chicago, empecemos de nuevo... —La observó con temor, parpadeando, un tanto ansiosa.

—Yo... No... —Ariana movió un poco su mano con cariño.

—Te alejarás de toda esta pesadilla...

—No sé... —miró su alrededor, acomodándose un mechón tras la oreja.

—Anel, mi tía ya me dijo todo... —De inmediato la miró, tensa—. Marcel está a semanas de entrar a la empresa. Es enorme. ¿Sabes? Su vida cambiará.

—Lo quiero, Ariana. —La mayor asintió, cerrando por un segundo los ojos.

—Eso lo sé, hermanita... Pero... ¿Vivirás con él? ¿Piensas mudarte definitivamente a su lado? ¿Te lo ha pedido? Además, tienes 18, pese a que no son muchos años los que se llevan, en los momentos en los que se encuentran cada uno, es un abismo. ¿Qué harás cuando él entre ahí? Su relación no será como lo es ahora cambiará. Tienes que pensar en ti, en lo que necesitas, en tu bienestar.

—No puedo dejarlo solo. —Ariana resopló, comprendiendo.

—Anel, sus vidas no tienen mucho en dónde converger. Date cuenta, no quiero que hagas nada que no quieras, pero tampoco quiero que te aferres a algo que puede lastimarte sin remedio más adelante. Ya ha sido demasiado y deseo más que nada en el mundo verte bien, haciendo lo que una chica de tu edad...

—No es eso lo que quiero... —se defendió, convencida. Su cabeza estaba un tanto saturada. Lo de su madre, lo de ese hombre, ahora lo que Ariana le decía. Todo parecía ser un torbellino, sin orden, sin acomodo alguno. A veces se sentía cobarde por no denunciar también a Analí, pero cuando recordaba su infancia, las sonrisas, los abrazos, los juegos, aquellos años donde estaba segura, la amó, simplemente no podía. No tenía idea si era la mejor decisión, menos si era la más valiente, o si era la más tonta. Lo cierto era que pese a que estaba muy consciente del daño que le provocó, el que estuviera en prisión no lo cambiaría y, por si fuera poco, saberla ahí, en aquel lugar espantoso, no la dejaría vivir.

—¿Entonces, qué quieres? —La cuestionó. Anel la miró fijamente, esa era una pregunta que aún no tenía respuesta, no después de lo ocurrido hacía unos días.

—No sé, Ari, en este momento no lo sé. —La joven asintió entendiendo que a lo mejor no era el momento.

—Está bien, solo debes saber que ya tengo los boletos, son abiertos... Si eliges esto, dime... Porque en cuanto tú sepas qué harás, entonces yo decidiré mi vida. Esta vez no te dejaré sola —se abrazaron, bajándose de sus sillas.

—Te quiero, Ari.

—Yo te adoro, niñita, siempre ha sido así.

Marcel aún sentía la adrenalina. No se arrepentía de nada, al contrario, nunca se había sentido más satisfecho, más tranquilo. Sonrió ladeando la comisura de su labio. Cuando alguien era cobarde, no era tan difícil ver miedo en su mirada, y pensar que ese tipo de personas deseaban provocar en quien atacaban justamente eso. No sintió regocijo al verlo lleno de pánico, sino por lo que implicaba, jamás se acercaría ni un poco a su chiquilla y después de comprender que no haría nada, esa era la mejor manera de garantizar su seguridad.

—Hola... —saludó de prisa al verlas sobre el sofá, perdidas en algo que proyectaba el televisor. Anel lo observó intrigada, ni siquiera se acercó. Algo sucedía, lo conocía demasiado bien—. Me daré un baño, ahora salgo —dijo y desapareció. Ariana miró a su hermana, extrañada.

—¿No irás a averiguar qué se trae? —Anel negó, poniendo de nuevo atención en la pantalla—. ¿En serio? —No lo podía creer.

—Si quiere decirme, me lo dirá... —dijo serena achicando los ojos—. Dios, necesito mis lentes —se lamentó, cambiando de tema. Su hermana sonrió negando, era tan extraña.

—¿Tienes tu graduación?

—No tengo ni mi celular, Ari, no sé dónde quedó todo.

—¿En la casa tenías repuesto? —asintió, decepcionada.

—Hoy lo sacaré, no te preocupes, y resolveremos lo del móvil, ¿okey? —Anel volvió a asentir resoplando. Necesitaba borrar ese momento de su vida con urgencia y aunque se iba sintiendo cada vez más fuerte, más segura, a veces esas imágenes regresaban provocándole náuseas y escalofríos.

Su novio sirvió la comida con un silencio que la descolocó. Su hermana se había ido casi en cuanto salió, pero desde ese momento, no había hablado. Se metió un pedazo de lasaña a la boca y, sin poder evitarlo, vio sus nudillos cuando él agarraba su tenedor. Soltó su cubierto con los ojos bien abiertos.

—¿Q-qué hiciste? —musitó, temblando, poniéndose de pie, negando, asustada, llena de miedo en realidad. Marcel no comprendió a qué se debía su reacción.

—¿De qué? Esto no lo hice yo, ¿sabe mal? —Se defendió, señalando el alimento. No obstante, dejó de comer al ver su mirada invadida de terror—. ¿Qué sucede? —preguntó acercándose, pero ella retrocedió instintivamente—. ¿Anel?

—Tu... tu mano... ¿Tú? ¡Me lo juraste! —Le recordó temblando, por primera vez alzando la voz. Tenía pulmones potentes, descubrió asombrado. De inmediato, supo de qué hablaba. Pensó rápidamente, ¿qué debía hacer?—. Dijiste que no lo harías... ¡Me mentiste! —lloraba perpleja. Eso era más de lo que podía soportar. Se acercó suavemente y la abrazó pese a su débil resistencia.

—Tranquila... No debes alterarte, no hay motivos, An... —Ella quiso quitarse, pero él se lo impidió.

—¿Lo golpeaste? —deseó saber con un murmullo apenas perceptible. Cerró los ojos respirando profundo. Después sujetó su rostro con ambas manos y lo hizo hacia atrás para que lo viese. Sus moretes iban sanando, pero aún seguían por ciertas partes, amarillentos, incluso purpúreos. Por supuesto que los del imbécil aquel tardarían un poco más en desaparecer.

—Le pegué a un muro, ya sabes..., debía sacar mi enojo... Nada más... —Iba a decirle la verdad, no pudo, no era el momento, estaba muy alterada y no deseaba ser el responsable de que lo estuviera aún

más. Por supuesto que su puño tenía las marcas de la pelea con aquel hijo de perra, pero si se lo decía, Anel se desmoronaría, y no echaría todo su esfuerzo a la borda por algo que podía omitir en ese instante.

—¿En serio? —No le creía del todo, lo notó por su mirada entornada, por su gesto dubitativo.

—Sabes que me frustró con facilidad... Era una manera de sacar la rabia.

—¿Lastimándote? ¿Eso te he generado con todo esto? —preguntó contrariada. Mierda, ¿cómo era que ahora se encontraba en ese puto punto?

—No, pero bueno... Ya sabes... No me siento feliz con lo ocurrido. —Ella se alejó moviendo de distintas formas sus pestañas y cejas.

—Sí, lo sé..., y mi propia imagen no te ayuda a olvidarlo. —Lo sabía bien, cada vez que se veía en el espejo acariciaba su rostro con ansiedad, evocando cada golpe, cada herida. ¿Cómo dejar a un lado lo ocurrido si ella misma era su propio recordatorio?

—No, An, no es eso... —Pero la chica parecía demasiado reflexiva. Con lo ocurrido había olvidado que todo lo tomaba literalmente.

—Te metí en esto y ni siquiera te di opción a decidir... Quizá he sido egoísta y... —No pudo más, terminó con la distancia que los separaba y la besó. Anel, de inicio, no se movió, se mostró impávida, pero en cuanto sintió su dureza, su sabor, la ansiedad que siempre reclamaba su boca, cedió. Subió las manos hasta su pecho, devolviéndole el beso con esa ternura que era inherente a su ser.

—Eres mi luz, y estamos juntos... —soltó agitado. Mierda, cómo la deseaba, pero no podía tomarla, no todavía.

—Debí preguntarte... Debí decirte antes lo que pasaba —estaba claramente afligida. Alzó su mentón hasta que lo miró fijamente.

—Hubiese hecho lo mismo, no te hagas esto. Te deseo aquí, no hay mucho más qué decir —declaró y volvió a besarla.

—Te curaré —expresó cuando separaron sus labios. Estaba notoriamente contrariada por aquellas pequeñas heridas insignificantes en su puño. Tomó con delicadeza su mano observando sus nudillos al tiempo que se acomodaba un mechón tras la oreja.

—No es nada, Estrellita... Ahora debemos comer, hay que ir a que revisen tu muñeca... —Ella negó con firmeza.

—Esto es mi culpa, déjame hacerlo. —Marcel se negó, retirando su mano. De ninguna manera permitiría que acercara sus dedos a esas heridas diminutas propiciadas por ese hijo de puta. La llevó hasta el sofá y se hincó frente a ella.

—No es tu culpa, nada lo es... ¿Entiendes? Tienes 18 años, no tenías por qué saber cómo enfrentar algo semejante. Créeme, sé lo que es pasar a esa edad por pérdidas y tú, chiquilla, lo has hecho mejor que muchos. Me herí por idiota, no es tu responsabilidad... Así que deja eso... Estás aquí, yo también, mi mano sanará sola y tus heridas con el tiempo... Ve paso a paso. ¿Sí? —Anel asintió, triste, afligida, era como si leyese su alma.

—Hay momentos en que me siento muy perdida —confesó, mirándolo a los ojos. Era siempre tan honesta, tan transparente. Ladeó la cabeza y acarició su mentón con el dedo pulgar mientras posicionaba sus demás dedos en su cuello.

—Es normal, pero tu camino ahí está, pronto lo verás... No te exijas de más... —La joven lo abrazó en un impulso.

—Quisiera que mi vida fuera más sencilla... —murmuró contra su cuello aferrando su camisa oscura

—Así no tendría ningún chiste y yo no podría cuidarte como me gusta hacerlo —acarició su cabello

suelto absorbiendo su aroma.

—Pero todo sería más normal.

—Aburrido... Me gusta así, diferente... Además, yo no soy el ejemplo de la normalidad, chiquilla —ella rio, quedito, por su cambio de tono con lo último que dijo. Se burlaba de sí mismo.

—Así me gustas.

—Y así me gustas tú...

Al terminar de comer fueron a que la checaran. No tendría problemas, cuatro semanas y estaría mejor. Cuando llegaron al apartamento el conserje les dio una maleta con cosas de Anel. Ariana se las había dejado.

Marcel sonrió al verla remover su interior una vez que se la abrió sobre la cama. Estaba su cámara, su bolso, su móvil, cargador, su computadora personal. En fin, casi puras cosas electrónicas, además de unas gafas que tenía de repuesto. Se las colocó de inmediato sintiéndose más ella. Giró hacia él un tanto aliviada.

—Te ves preciosa, An —le dijo, al tiempo que rozaba su labios complacido por notarla un poco menos tensa.

—Es horrible no ver bien —soltó sumergida nuevamente en su labor. Él sonrió al notarla relajada. De pronto, el timbre sonó, descolgó el interfón.

—Hay una mujer aquí abajo que quiere pasar, quiere hablar con usted, joven. —Marcel no mostró ningún cambio en su expresión, Anel escarbaba con una mano entre sus cosas. Vaya qué tenía chucherías. Una foto suya llamó su atención.

—Ahora bajo —cortó y tomó el portarretratos. Era ella, cuando niña, 11 o 12 años. Si bien era evidente su complexión delgada, se veía mejor, su cabello suelto, con sus gafas, pero radiante, libre, con esa expresión muy similar a cuando se escondía tras el lente de la cámara o cuando andaba por lugares donde no existían muros—. Es hermosa —murmuró asombrado, embelesado en realidad, sintiendo como su pecho cada vez pesaba más.

—Fue la última vez que fuimos a la playa... —su vocecilla sonaba triste—. Parece que pasó un siglo —besó su frente y la colocó sobre una cómoda, al lado del control de la tv y de algunos adornos.

—Todo llegará de nuevo. Ahora vengo, sigue viendo qué más te trajo tu hermana, no tardo —dijo y salió de la habitación dejándola con su quehacer.

Tenía una leve sospecha de quién sería. Así que en cuanto se abrieron las puertas del elevador, salió con gesto imperturbable, listo para atacar. Por supuesto no erró, ese monstruo de mujer estaba ahí, justo frente a él.

Sonrió con malicia, sin una pizca de temor. Lo único que le importaba en la vida estaba arriba, segura y bastante distraída, así que saber que nada la podría afectar lo mantenía en un estado de seguridad asombrosa que ni siquiera él comprendía.

—¿Cómo te atreviste? —lo desafió acercándose a su rostro. Marcel alzó el mentón y mantuvo los ojos indiferentes, a media asta, mirándola con desdén de arriba abajo.

—Por favor, dígame que no vino a defender a ese cobarde —la provocó con tono críptico y medio burlón. Era muy similar a Ariana, pero indiscutiblemente madre de Anel, por lo menos en lo físico, porque en el interior, por mucho que se esforzara, jamás lograría parecerse ni un ápice.

—Te denunciaré —bramó, apretando los dientes. Tan perfectamente peinada, arreglada, maquillada, que lo irritaba, lo hastiaba.

—Hágalo, hágalo y yo haré lo mismo. Es abogada, sabe que puedo ir a reportar el maltrato al que

sometió a Anel, ¿cierto? El escándalo será astronómico, su carrera, «señora», créame, se vendría a pique, yo me encargaré de que así sea; Twitter, YouTube, Facebook, y más, mucho más... —la mujer se enfureció apretando los puños. Tenía una mirada penetrante, de esas que a cualquiera congelan, pero que a él, definitivamente, no—, y le tengo peores noticias, Analí... —Ya estaba a un par de centímetros de su rostro—. Su pesadilla apenas comienza. Tu remedo de hombre no sabe lo que hizo y esto... Te juro... Le costará no solo los golpes que trae en el rostro, ya que esos solo fueron para que aprenda lo que es lastimar y no vuelva a siquiera pensar en Anel, sino su fortuna y, sobre todo, su reputación. Dile, aunque ya lo sabe, que le pisaré los talones, que jamás olvidará lo que le hizo, nunca en su perra vida. —Concluyó y la mujer respiró agitada, furiosa.

—¿Le crees a esa niña? —Marcel se rascó la nuca, negando.

—No sé qué me inspira más, si lástima o repulsión. Lo cierto es que me importa una mierda, y la advertencia va para usted también, no se vuelva a acercarse a ella... No me conoce, no sabe lo que puedo hacer, pero le aconsejo me tema... —Analí volteó hacia el conserje, rabiosa.

—Me está amenazando, usted escuchó. —El hombre se encogió de hombros negando.

—No, señora, yo no escuché nada, y aquí tampoco está pasando nada en lo que a mí respecta. —Marcel ya lo había puesto al tanto de lo ocurrido, así que el hombre sabía qué hacer.

—Esto es una franca amenaza —lo señaló con una de sus uñas pulcramente pintada de rojo—, y no se quedará así.

—Ya le dije, haga lo que quiera, no me detendré, y tengo todo listo para hacer de esto su infierno personal... Inténtelo, me dará un gusto tremendo ventilar al fin todas las bajezas que un maldito monstruo como usted le ha hecho a su propia hija.

—Eres un escuincle estúpido, no sabes en qué te estás metiendo. —Marcel se volvió a acercarse, contenido, amenazante. Ninguna enloquecida y demente le hablaría así.

—Sé perfectamente lo que hago —sacó su móvil—, y si no se va en este puto momento y decide olvidarse de su hija, ahora mismo comienzo. No tiene idea de mis alcances, de lo que puedo hacer... Por la noche esto será un ¡bum! —le dijo, marcando la última palabra casi sobre su pálido rostro—. Eso sin contar que la vida de su marido se iría al drenaje junto con la suya, en un jodido pestaño.

—No quiero saber nada de ella... Dile que no se le ocurra hacer nada; la destruyo... niñito, la destruyo sin titubear. —Sintió pena al comprender que de verdad Anel no debía hacer nada si deseaba sanar su corazón.

—Bien, usted se va a su repulsivo inframundo, al fango que merece de vida y a ella la deja en paz. Me parece justo... Ahora salga de aquí, porque lo cierto es que me estoy conteniendo bastante y no soy de mucha paciencia... —La mujer entornó los ojos mirándolo con odio.

—Es una pena que también te engatusara —dijo y se dirigió a la salida con aire digno.

—Lo que es una pena es lo que vivirá. —Analí lo miró de reojo, contenida. Ahí ya no había mucho qué decir.

—Qué mujer —señaló el encargado del edificio azorado al verla alejarse.

—Sí, es peor que las brujas de los cuentos...

Anel hablaba por teléfono cuando subió. Estaba sentada sobre la cama, todo ya se hallaba de nuevo dentro de la maleta. Se veía simplemente hermosa con sus gafas, que aunque no eran las mismas, también le sentaban. Su cabello suelto, acomodado tras su oreja con su típico mechón, y con ese vestidito ligero que, si bien no era atrevido, era tan tierno que le daban ganas de comérsela.

—Sí, gracias, lo sé... —Marcel permaneció con los brazos cruzados recargado en el marco.

Anochecía, Anel ya lucía cansada, pero además parecía que no hablaban de algo agradable—. Hablaré con él, mañana o pasado... No te preocupes... —Se hizo un silencio.

Observándola, no pudo evitar sobarse un nudillo. Después de todo su plan no fue tan malo, funcionó. Tomar la justicia por sus propias manos no era la solución, eso lo tenía más que claro, pero no lo pudo evitar, ese degenerado debía permanecer bien lejos de su Estrellita el resto de sus jodidos días.

Joel tenía amigos, amigos que podían ayudarle. Así fue cómo lo estuvieron siguiendo por un par de días. Deseaban poder tenerlo en un punto poco arriesgado y que le permitiera hacer lo que deseaba: partirle la cara a ese gran hijo de puta.

Siguieron su rutina y ese día por la mañana recibió un mensaje. Estaba entrando a un motel, por supuesto que el muy asqueroso se metía con chicas menores de edad. Era un cerdo en toda la extensión de la palabra.

Lo esperaron hasta que saliera. Ninguno de sus amigos se quiso perder ese momento, pues cayó mucho más rápido de lo que imaginaron. Tan solo en ese fin de semana el muy animal se metió con tres. Era repugnante.

Mientras lo esperaban, la sangre le bombeada frenéticamente. Anel había estado demasiado cerca de un depravado como ese y daba, por primera vez en años, gracias a Dios de que las cosas no hubieran llegado a más sabiendo en ese momento la clase de tipo que era.

Casi a las once el muy degenerado salió al fin. Impecable, acomodándose el nudo de la corbata. Por supuesto para esas «visitas» prescindía de su chofer y cambiaba de auto siempre. Lo tenía todo muy bien organizado.

—Aquí estaremos... —musitó Rodrigo lleno de rabia también al verlo andar hasta su vehículo. Los otros dos y un par de amigos de Joel, también estaban por ahí. No quería que todo se saliera de contexto, no por la alimaña esa, sino porque era un motel de prostitución. Lleno de rabia renovada, tomó aire y salió de su escondite.

—¡Vaya!, así que al cerdo le gusta revolcarse con niñas... —Alfredo, completamente desencajado, alzó el rostro, ya iba a entrar a su lujoso auto. Abrió los ojos mirando a su alrededor completamente tenso. Un segundo después lo reconoció. Hizo una mueca despreciable y se envalentonó, acercándose.

Marcel fue consciente del vértigo asesino que corrió por todo su cuerpo. Tenerlo frente a él era mucho más de lo que imaginó lograr. Así, vulnerable y a sus putos pies. Ese imbécil sería carne de cañón, de eso se encargaría.

—Si estás aquí es porque estamos en las mismas, muchacho. Qué... ¿Mi caramelito no te llena?... Ten paciencia, debe aprender... —No pudo contenerse y soltó el primer golpe. Lo que dijo lo encendió como a una caldera de cero a cien en milésimas de segundo. Era un maldito hijo de perra. El hombre, tambaleante, se sobó el mentón furioso y respondió de inmediato. Marcel lo esquivó al tiempo que apretaba su cuello.

—Jamás, en su puta vida, vuelva a nombrarla de esa manera y mucho menos quiero que la piense. Es un maldito cerdo... —sentenció con todas sus fuerzas pegó su espalda al auto mientras el hombre soltaba golpes. No era ningún novato, pero Marcel sabía bien cómo defenderse: karate toda la niñez, y aquel año solitario, le enseñaron a defenderse sin problema.

—Es mía —rugió rabioso al escuchar esas jodidas palabras. Ni en el puto infierno lo sería. Otro puñetazo en el estómago lo dobló. Y, sin más, una pelea comenzó donde, en definitiva, él llevaba la delantera. Un golpe en el rostro y otro y otro...

—¿Te gusta?, ¿te gusta sentir esto? —Otro, su nariz sangraba, sus labios también—. Defiéndete, imbécil. ¿No puedes? Si estamos en iguales condiciones... ¿O qué, solo las personas indefensas te

encienden? ¡Animal! —Un rodillazo en el abdomen y un par de golpes más y terminó el suelo.

—Basta, Marcel... —intervino Lalo, notando que no se detenía. El chico alzó las manos al tiempo que el hombre se percataba de que no estaban solos. Marcel se agachó y lo tomó del cabello despeinado con rabia, sintiendo que ni eso curaría lo que ya había generado en Anel.

—No te acercarás jamás a ella, nunca. Y si no mantienes al monstruo de tu mujer también alejado, esto —dijo y señaló una cámara y fotografías que le aventaron donde entraba con las pequeñas al lugar—, esto se sabrá en menos de lo que imaginas...

—No te atrevas —lo amenazó, quejándose del dolor. El chico rio fuertemente.

—No solo eso. Lo que le hiciste te costará mucho más de lo que imaginas. Te hundiré, te juro que te hundiré... Depravado de mierda, así que estás advertido... —Ya se iba cuando regresó, relajado—. ¡Ah!, y si se te ocurre denunciarme por esto piensa quién perderá más... Hasta nunca, rata miserable y cuídate, porque de ahora en adelante tu vida se irá a la mierda lentamente —concluyó y se alejó junto con los demás.

Sonrió, sacudiendo la cabeza al recordar incluso la sensación de adrenalina. Ese hombre era todo un cobarde malnacido y jamás volvería a posar ni siquiera la mirada en ella, nunca

Mundo de sombras

CAPÍTULO 31

Anel colgó, taciturna.

—¿Pasa algo, An? —quiso saber, acercándose. La joven giró de inmediato, dando un respingo, no lo había escuchado entrar.

—Eh... —acomodó un mechón, pestañeando. Abrió la boca, pero la puerta fue la que sonó en esta ocasión. Marcel rodó los ojos. ¿Ahora qué?

—Espera —dijo y le dio un beso sobre la frente y desapareció.

A lo lejos escuchó la voz de Efrén, seguro le llevaba los resultados. Además, por la tarde dijo que pasaría antes de llegar a su casa pues deseaba saber lo que se habló con los abogados el día anterior.

Anel decidió, un tanto desanimada, otro tanto ansiosa, darse una ducha. Algo no la tenía tranquila, algo sentía justo en medio de su pecho que la comprimía y no estaba relacionado a lo evidente, sino a algo más... Su estadía ahí, las palabras de Ariana, Chicago, su padre, la propia relación con Marcel.

Estaba enamorada, demasiado, en realidad. Lo necesitaba, lo añoraba y la complementaba, la hacía sentir fuerte, serena, le daba paz y sosiego, pero sentía que no lograba llegar a él por mucho que lo deseaba, que los sentimientos que Marcel guardaba por ella ni siquiera los había nombrado. Veía cómo se dejaba llevar, cómo actuaba por impulso. Era consciente de que lo hacía sentir bien, que estar a su lado le era sencillo, que era genuino y no había máscaras entre ellos. Por lo mismo, el hecho de que no hiciera o no quisiera hacer contacto con lo que sentía, le estaba doliendo aún más.

Estaba con ella, pero ni él mismo era consciente de eso y era evidente que no tenía planes de reparar en lo que Anel significaba en su vida.

Al terminar, se enfundó en su pijama recatado y ligero, regalo de su novio hacía un mes. Abrió serena, deseaba saludar a ese amable hombre, pero lo primero que escuchó fue su nombre. Hablaban en susurros, no estaban muy lejos de la habitación, pero ignoraban que ella estaba ahí, a unos metros.

—Ya te dije que no quiero hablar de eso... —musitó Marcel con voz áspera.

—Entiende, toda la familia está preocupada, ya has pasado por bastante como para irte a meter por gusto a otro problema. Es muy joven aún, tú estás por vivir algo distinto. Además, si decide denunciar esto será una bomba mediática. Estás próximo a tomar posesión... ¿Qué crees que sucederá? No ayudará a tu imagen, esa que tanto hemos cuidado, el apellido, incluso, saldrá afectado. Sabes que tu abuela te adora, pero es mayor, no podemos permitir que viva otra tragedia... Tú tampoco lo mereces.

—No sucederá nada —soltó con certeza. Se removió incómoda al escuchar todo aquello sintiendo como su paladar comenzaba a tornarse amargo.

—Eso no lo sabes... Si Anel decide levantar cargos, cosa natural y que considero adecuada, su relación, todo será ventilado... ¿Eso deseas?

—Deja esto ya... —volvió a decir. Conocía su tono, estaba enojado. Acomodándose el mechón una y otra vez se pegó más a la pared, sus pulmones no estaban funcionando como solían. No había pensado en todo eso.

—Además, vive aquí, no es lo mejor..., apenas llevan unos meses. Por favor, Marcel, deja que se vaya con su tía, que su familia se haga responsable de sus cuidados. Esto es un largo camino para que se

restablezca y, definitivamente, no es tu responsabilidad.

—Aquí se quedará —zanjó. Oyó como resoplaba el tío. Dios, su frente, de pronto, se perló por la transpiración y miró el techo apretando las manos tan fuerte que las uñas se le encajaban en la piel.

—Eres terco, ¿tanto la quieres?, ¿tanto? —lo cuestionó con voz solemne. Por su parte, Anel se incorporó de inmediato, necesitaba escuchar su respuesta.

—Eso no es problema de nadie. Así que deja esto... No cambiaré de parecer. —La chica se desinfló como si a una pelota le hubiesen sacado el aire de un jalón. Cerró los ojos y recargó la cabeza sobre el muro sintiendo las lágrimas escocer. Jamás sentiría lo mismo, ya debía entenderlo. El frío provocado por la verdad ardía como si la estuviese quemando. Negó, pasando una mano por su frente, reflexiva.

—Está bien, haz lo que quieras. No tengo nada en su contra, al contrario, pero no creo que sea el momento para ustedes. No están en las situaciones adecuadas y esto será un enorme desastre donde ambos saldrán lastimados y ella quedará más sola... Piénsalo. No tendrás tiempo, ¿tú la mantendrás? ¿Empezarás una vida de pareja a esta edad, con todo lo que se te viene encima? Por Dios..., Marcel, ni es lo que deseas ni están preparados, además, ya has pasado mucho, no compliques tu futuro... Sigán su relación, pero no así... No de esta manera.

—Efrén, no quiero que te metas, eres mi tío, pero no tolero esto... —le advirtió con la voz ya ronca, cargada de rabia.

Anel entró a la habitación sin poder escuchar más. Tenía un enorme nudo en la garganta de tal tamaño que se llevó las manos ahí, temblorosas. ¿Qué debía hacer? Él no la quería, no como ella... No de esa manera, y no sabía en qué pararía todo. Su tío tenía razón, no merecía vivir más tragedias, no sería la causante. Lo amaba demasiado como para seguir arrastrándolo a algo que no tenía por qué transitar a su lado. Además, si «eso» que sentía por ella se terminaba de pronto... ¿Qué sería de sí? No lo soportaría, se quedaría sin certezas, sin lo que era su seguridad, su apoyo, su motivo, su luz.

Lo amaba, ya se lo había dicho en más de una ocasión, jamás recibió respuesta y ahora sabía que no la obtendría.

Negó, aferrada al colchón. No, no estaba bien, debía rehacer su vida y permitir que él viviera la suya sin tener que cargarla, sin tener que ser un peso más sobre su espalda. Debía asumirlo, debía sostenerse por sí misma, curar sus heridas, sanar su alma fracturada y seguir, esa era la prioridad.

Una lágrima escapó de sus ojos. Era momento de tomar una decisión y sabía cuál sería. Poner un poco de distancia ayudaría, ordenar las cosas para evitar más complicaciones. Después de todo eso no implicaba terminar, solo seguirían como solían: cada uno en su espacio. Sí, eso podía ayudar y no lo involucraría tanto en la porquería que podía avecinarse.

Marcel cerró la puerta un tanto molesto. Qué día tan asombrosamente largo y que entrometidos eran todos. ¡Carajo! ¿Qué mierdas les importaba lo que hacía o no, cómo vivía o no? No cometía ningún maldito crimen, además, deseaba que ella permaneciera cerca de él una eternidad. Le daba paz, tranquilidad y era su luz en esa oscuridad que fue su vida tanto tiempo.

¿Eso era tan complicado de entender?

No la dejaría sola, por otro lado, quería y necesitaba estar a su lado, apoyándola en lo que todo eso pasaba pues sabía lo superaría sin problema en menos tiempo de lo que todos pensaban.

No tenía idea de qué sucedería después, nadie lo sabía, lo cierto era que Anel era suya y no tenía la menor intención que fuera jamás de otra manera.

Entró, resoplando a la habitación, quería merendar algo y acurrucarse a su lado hasta la mañana siguiente, nada más. Se sentía al límite. No obstante, al cruzar la puerta, ella guardaba sus cosas en una maleta que se hallaba sobre el piso. Arrugó la frente, intrigado, sintiendo las palmas de las manos

cosquillear, tanto que abrió y cerró los puños.

«¿Qué mierdas hacía?!», pensó.

—¿Se puede saber por qué estás guardando tus cosas? —bramó, ya al tope de su paciencia. Golpear a ese malnacido, enfrentarse a su madre, la discusión con ella a la hora de la comida, lo que acababa de ocurrir con su tío y ahora verla hacer eso, lo sacó de sus cabales. Anel alzó el rostro, serena, aunque sin poder ocultar su tristeza.

—Me voy a ir, Marcel. —No, no, no. En serio, ¡no! Eso era como la cereza del pastel de ese día que parecía interminable. Se acercó rabioso, apretando los puños, contenido. Con ella no debía hacer gala de su jodido mal carácter, pero es que eso sí ya era demasiado. Podía soportar todo, absolutamente todo, menos a Anel durmiendo en otra cama que no fuera la suya.

—¿Qué?! —la desafió, quitándole una blusa de la mano y aventando la prenda a la cama. La joven lo encaró sin dudar, no había una pizca de temor en su mirada. Se hallaba convencida de que vivir cada quien en donde correspondía era lo que debía. Tendrían una relación un poco más normal y, aunque no deseaba estar sin él, no complicaría más las cosas para ambos. Eso era lo correcto, aunque no lo que quería.

—Lo mejor es que me vaya con mi tía. Ya has hecho mucho por mí... No quiero seguir invadiendo tu espacio y...

—¡Y una puta mierda! Eso no es tu problema. Mejor dime por qué te vas. —Se sentía frustrado, demasiado molesto, perdido. Esos días, en serio, fueron una asquerosa locura, y ya no lograba guardar más las emociones, no al ver que se alejaba.

La joven, aunque un poco alterada, no se movió. Se lo estaba diciendo...

—Porque es lo mejor, no puedo vivir aquí para siempre.

—¿Por qué no? —quiso saber bien pegado a su dulce rostro, ese que ya iba mejorando, ese que pensaba y evocaba cada maldito segundo cuando no la tenía cerca, ese por el que daría la vida sin dudarle ni un jodido segundo. La intensidad del dolor que estaba provocando su proceder lo estaba aniquilando, rasgando el pecho sin poder evitarlo. Todo imaginó, menos eso.

—Escucha, no te molestes. Es lo mejor...

—¿Me estás mandando a la mierda, Anel? —apretó los dientes, taladrándola con su mirada aceituna, sintiéndose presa de un *tsunami*, la saliva le sabía rancia y el estremecimiento de lo que veía venir lo noqueó sin permitirle pensar con claridad.

—No... Solo entiende, no puedo arrastrarte a mi desastre de vida... No quiero... Tú estás por empezar en la empresa y yo no sé qué haré. Esto es lo correcto —le intentó explicar con voz pausada, escondiendo la revolución que acontecía en su pecho, la molesta sensación en su garganta, ahí, atorada.

—¿Así, nada más? Empacas, te das la media vuelta y listo, fin de la maldita historia. —La joven se sentó sobre el colchón, negando, ¿por qué lo tergiversaba todo?

—Es solo que no sé qué debo hacer... No quiero afectarte al levantar una denuncia y tampoco quiero involucrar a mi madre. No deseo seguir en esa carrera y mi padre dice que nos vayamos con él a Chicago... —intentaba sacar todo lo que en su interior había para que comprendiera lo que la atormentaba.

Eso último lo alertó más que nada. Abrió los ojos, rabioso, impotente. Un electroshock lo sacudió desde el centro paralizando sus facciones embravecidas, y, por dentro, evocando un alma llena de temor, de desazón.

—¿Te irás a Chicago?! —la cuestionó, casi gritando. Parecía más alto, más fuerte, más... El chico

que solía ser.

Ella alzó el rostro negando, incrédula de que lo creyese posible, asombrada de su reacción. ¿Qué ocurría con él que no escuchaba? Simplemente quería ordenar las cosas, hacer menos complicado lo que ya era de por sí.

—No, no, es solo que... Necesito acomodar mi vida...

—Pues hazlo, ¡carajo!... —Parecía tan simple cuando lo decía. Anel se acomodó un mechón tras la oreja con la mirada en sus pies, pensativa. Marcel estaba demasiado alterado, aun así...

—¿Qué sientes por mí? —se atrevió a preguntar muy bajito y despacio. Eso era lo único que lograría modificar su elección, lo único que le daría la confianza del porqué no deseaba que se fuera.

—¡No estamos hablando de eso, Anel! No cambies el maldito tema. Te irás, así, sin más... ¿Y sabes qué? Hazlo, yo no te detengo... Eres libre de hacer lo que se te venga en gana... Lo sabes... —La joven sintió que su pecho estallaba en miles de partículas mínimas que permeaban todo su ser de forma escalofriante, lastimosa. ¿Qué quería decir? Se acercó, temblorosa, llena de miedo, pero él retrocedió con una máscara de frialdad que la descolocó abruptamente.

—No lo tomes así, solo estoy diciendo que viviré con mi tía, con mi hermana. No tiene porque... —la acalló con un ademán cínico, lleno de indiferencia. Ese gesto la paralizó, incluso, le dolió tanto que soltó un gemido ahogado. Las lágrimas acudirían, lo sentía, pero se obligó a mantenerlas enjauladas, bien encerradas.

—No me expliques nada, ni siquiera te justifiques... La verdad me da lo mismo —deseaba dejar de sentir esa impotencia que generaba el comprender que no deseaba seguir a su lado, que no quería lo mismo que él. Anel lo estaba mandando al infierno y ya sentía como la lava de ese sitio familiar donde solía vivir y pasar sus días, quemaba las plantas de sus pies.

Caminó rumbo a la puerta, contenido, colérico, repitiéndose frenético una y otra vez que el fin era inevitable y que creyó que con ella sería diferente, pero, ¡maldita sea!, todo terminaba siempre y era un idiota por creer que podría ser distinto. La soledad no importaba, vivir sin ella sería como estar en el jodido inframundo.

—¡Marcel! —lo llamó, asustada, sin comprender su reacción, sin comprenderlo a él en realidad.

—No dejes nada, solo las llaves y que tengas buena vida, Anel. —Salió de ahí, sin más. La joven dejó de respirar, con los ojos bien abiertos, perpleja, negando una y otra vez frente a la puerta. No, no, no.

La terminó, así, nada más..., sin dudar, sin titubear. Que entrara oxígeno costaba trabajo, pues el que ingresaba no alcanzaba a llegar a los pulmones. Sus dientes castañeaban, su mundo nuevamente se desmoronaba y lo que había logrado superar en los últimos cuatro días, al parecer, quería retroceder.

El llanto contenido apareció, su piel erizada, su labio inferior moviéndose, titiritando. Se abrazó a sí misma observando su alrededor. La dejó ahí, se fue y, aunque deseaba salir corriendo detrás de él, sentía que no debía, no la escucharía y, además, era evidente que le había facilitado todo. Por eso tomó esa decisión que la estaba destruyendo completamente, de nuevo.

Sabía que eso en algún momento ocurriría, pero por qué parecía que no se le dificultaba acabar lo que entre ambos existía, que le era tan sencillo decidir que las cosas tuvieran un fin.

Dejó salir un sollozo ahogado, con una mano sobre su boca y los ojos bien abiertos. Hundida, verdaderamente acabada. Su pecho dolía casi a la altura de su garganta, obstaculizándole, incluso, el poder llorar hasta sentirse seca como por primera vez le hubiese gustado hacer.

Se limpió las lágrimas, probablemente era un peso menos para él. Entre ellos nunca nada fue normal, nada fue típico y no era el tipo de mujer con quien desearía permanecer más de lo que ya había

permanecido: llena de problemas, de inseguridades, con una madre que la aborrecía, con miles de situaciones internas que resolver.

Absorbió el llanto sintiendo un profundo dolor en el centro de su ser, ese que hace sentir al corazón como algo pesado, algo molesto, que de verdad lacera físicamente. Ya nada podía ir peor, nada. Sentirse caer es abominable, se sufre, pero cuando ya se está sobre el suelo no hay algo que pueda lastimar más.

Con resolución empacó lo más que pudo, trastabillando, limpiándose la humedad de sus mejillas y regañándose a sí misma por dejar salir ese líquido que tanto deseaba que quedara dentro de su sistema. Era absurdo e increíble que eso que la sostenía, de pronto, ya no existiera, que concluyera.

Deseaba entenderlo y, con esfuerzo, lo logró. Todo lo ocurrido lo debía tener exhausto, más aún si no sentían lo mismo. Fue bueno con ella, tierno, paciente y, por demás, elocuente. La apoyó y no la dejó sola, no podía ni debía pedirle más, ya no.

Marcel fue su fulgor en la penumbra.

Arrastró la maleta hasta la puerta como pudo. Luego regresó por la otra que Ariana le mandó por la tarde. De un bolso lateral, sacó una imagen que imprimió hacía mucho tiempo y que mantenía guardada con recelo, solo para sus ojos. En blanco y negro, aquella fotografía de él en El Diente, esa tarde que parecía sucedió siglos atrás. Fue una imagen que sin que se percatara, capturó cuando se hallaba sentado sobre una roca alta, observando algo en la inmensidad del paisaje.

Acarició su rostro con nostalgia y dejando salir una leve sonrisa. Era lo mejor. Entendió, poniéndose un momento en los zapatos de Marcel, su vida tampoco era sencilla y, sabía, le faltaban piezas de ese rompecabezas extenso que era su mente; pues, evidentemente no deseó compartirlas ya que no representaba algo vital, como él lo era para ella.

Jamás olvidaría el paso de ese hombre en su vida, nunca.

Dejó la imagen sobre la mesa lateral del recibidor, junto con las llaves.

Ariana notó su tristeza, no comprendía qué había pasado para que, de buenas a primeras, decidiera ir con ella a casa de Laura, pero creía que era lo correcto, aunque notar esa nueva agonía en sus ojos, la consumió. Anel ya no debía sufrir más, ya no, y si su madre no estaba ahí para sostenerla, ella lo haría, su hermana no volvería a tocar, ni siquiera ver a lo lejos el infierno. De eso se encargaría.

Abrió los ojos con esa sensación que hacía mucho no experimentaba. La cabeza la punzaba y la luz que se filtraba por las putas ventanas hacía que le doliera el globo ocular como si se los estuviesen manipulando con unas pinzas para freír.

¡Mierda!

Se desperezó, despacio. ¿Qué hora era?

Al girar, recordó que estaba en casa de Rodrigo. Ahí se hallaban cuando llegó, Joel, Lalo y otros dos que conocía bien. Sin ni siquiera saludar tomó sin detenerse, sin hablar, sin desear sentir ya.

Ella lo había mandado al infierno, eso era lo único que entendía y lo que más le dolía, lo único.

Se llevó una mano a la sien, apretando los dientes. Era un imbécil, sabía que no debía beber así, pero es que no existía otra forma de mitigar eso que lo quemaba, que lo dejaba sumergido de nuevo en esa soledad y no era que le temiera, pero la presencia de Anel lo era todo, ya nada podría ser igual. La oscuridad que vaticinó al verla empacar lo hizo colapsar. Estar solo era duro, pero no lo asustaba, estar sin ella, era doloroso y le generaba horror.

—¡Vaya!, creí que nunca abrirías el ojo. Espero no tengas trabajos pendientes que entregar en la universidad. —Giró al escuchar la voz de su amigo. Gruñó quedamente. No tenía puta idea de nada salvo su maldita y abominable realidad. Se levantó con la intención de marcharse sin más—. Dime que no la

dejaste sola ayer. —Su tono ya no era tan conciliador. Se detuvo, molesto, de hecho, hirviendo de rabia. Odiaba que se preocupara tanto por ella.

—No es tu problema —murmuró con las botas en la mano sin girarse.

—Ayer te ayudamos con lo de esa bestia y llegas por la noche, no hablas y te bebes todo el alcohol como si no existiera el mañana...

—¿Y? —Lo escuchó resoplar a su espalda, también aproximarse.

—Deja tu maldita pose de «a mí me vale una mierda todo». ¡Carajo! —Volteó con el rostro transformado.

—Es «mía», ¿lo entiendes? «Mía». Así que deja tu maldita pose de «me intereso por todos», porque no soy imbécil, te sigue gustando... —lo desafió sin tapujos, erguido, contenido. Su amigo le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Pero ella solo te ve a ti... ¿Qué más da lo que a mí me genere? Jamás me meteré entre ambos...

—No tendrías la menor oportunidad. —Rodrigo negó suspirando.

—Eso lo sé, te adora, hasta un idiota lo nota... Así que deja de referirte a ella como una maldita cosa, Marcel. —Su respiración aumentó y disminuyó más rápido.

¿Se habría ido de su apartamento?

De pronto, se sintió un estúpido. Una pieza que no encontró la noche anterior apareció frente a su rostro, burlándose. En segundos, reconstruyó la escena. Ella no lo estaba terminando, simplemente deseaba irse con su tía por temor a arrastrarlo a lo que sentía que no debía; y, aunque el hecho lo hacía sentir frustrado y muy enojado, no era para que se hubiese puesto de esa manera. Mucho menos después de lo que le pasó días atrás.

¡No, no, no!

¡Era un maldito estúpido, uno enorme y bien hecho!

¡No le hizo eso justo en ese momento!

¡No la terminó sin reparar en esa maldita realidad!

¡No!

Nervioso, demasiado culpable, se frotó el rostro. ¡Fue un jodido imbécil!, ¡uno de marca mundial! Debía ir a buscarla, debía hablar con ella, decirle que la deseaba con él, que no le agradaba sentirla lejos cada puta noche, que la ayudaría a superar todo, que deseaba estar a su lado para lo que fuera, para sostenerla si era necesario, pero si quería aún permanecer ahí, con su familia, haría acopio de todo su autocontrol e intentaría entenderla. Después de todo, tenía 18 años, su hermana vivía en ese hogar, debía comprender su necesidad.

—¿Me escuchaste? —Lo cuestionó su amigo, notándolo bien perdido en sus pensamientos. Asintió y salió de ahí sin decir nada.

Manejó hasta el apartamento. Debía ducharse, ponerse algo decente e ir a buscarla, tal vez unas flores... No, unas flores no, algo diferente, así, como ella... Flores era demasiado típico, ordinario y Anel era todo menos eso. A lo mejor algún libro, uno de cuentos. Sí, eso podía funcionar, en aquella maleta vio varios... O helado, tal vez un pastel. Sí, eso también.

Abrió ansioso y lo primero que vio sobre la mesa de la entrada fue aquella fotografía con las llaves encima.

Su pecho dio un vuelco molesto, asombrosamente doloroso, era como si se hubiese acomodado de una forma distinta ahí adentro.

La tomó respirando, agitado. Ni el maldito dolor de cabeza, ni nada importaba; solo la aplastante ausencia que se podía incluso oler.

Observó la imagen, absorto. Era él, aquel día perfecto que compartió con ella algo más que un mero momento de tranquilidad. No comprendió por qué la había dejado, aunque debía aceptar que era impresionante lo que transmitía. La giró sin saber por qué.

«Gracias por iluminar mi mundo de sombras. Anel».

La sangre se le heló por cada arteria donde circulaba, desde la yugular hasta la vena aorta abdominal. Cerró los ojos, sacudiendo la cabeza. En serio era un mandril.

Volvió a leerla con atención. Sonrió, comprendiendo que esa frase significaba el cruce de sus vidas.

Se dio un baño rápido, sintiéndose todo el tiempo muy incómodo al ver sus cosas en la bañera. Su champú, su esponja rosada.

La tomó, respirando un tanto molesto. Recordaba las veces que se la había pasado por el cuerpo, presos de aquel juego de seducción en el que vivían inmersos. Anel era tierna sensualidad en cada movimiento, en cada gesto, pero sobre todo una mujer que sabía llegar hasta la última de sus neuronas y hormonas sin ninguna dificultad.

Esa mujercita era su chispa personal, nada, nunca, lo había encendido como ella, y es que una mirada de esas lagunas bicolors, un suspiro delicado, un movimiento de sus preciosos labios, un gesto proveniente de su cuerpo, y él se sentía en pleno incendio. La deseaba como un jodido demente.

Salió y, en su habitación, ya no había nada de ella. No se detuvo a pensar más, necesitaba verla. Pasaría la tarde entera a su lado, como los típicos novios, no le interesaba un carajo mientras la pudiese tocar, oler, sentir tan suave, adherida a su piel.

Al sacar algo para ponerse del armario, el portarretratos que él mismo colocó sobre una cómoda, algo alta, lo hizo detenerse. Resopló, torciendo la boca. Nada era igual sin su dulce presencia.

Era asombroso cómo fue cambiando todo con esa suavidad tan suya. Nada de aspavientos, nada de eufóricos movimientos, sino sutil, delicado, tal como era, tal como logró adueñarse de su mente y cuerpo. No tenía tiempo que perder. Debía recuperarla.

Aturdido

CAPÍTULO 32

Timbró, ansioso, una vez frente a la puerta de vidrio y acero inoxidable. Sabía cuál número era desde aquella vez que ambos fueron.

—¿Sí? —No reconoció la voz. Las manos le sudaban, se sentía un colegial cualquiera, esos que son presas absolutas de las hormonas. Hacía un calor de los mil demonios, las tres y media, eso sin contar el tránsito de la ciudad por la hora. En una mano llevaba la bolsa de regalo con lo que le había comprado y en la otra el pastel. Sabía se veía ridículo, de pie, haciendo lo que se juró jamás volvería a hacer.

Las cursilerías y él eran enemigos acérrimos desde siempre, pero, además, después de lo sucedido hacía tanto tiempo, se prometió jamás usarlas para conquistar a una chica, pues lo único que deseaba en realidad era divertirse un rato y así se los hacía saber. Pero con Anel ya nada era como solía, ni siquiera él mismo. Esa chiquilla lo transformó y lo mejor era que se reconocía en muchos sentidos como aquel chico que enterró seis años atrás y, fuera de molestarlo, le agradaba, le agradaba bastante; pues, de alguna manera, con el paso de las semanas y gracias a su presencia, fue lentamente sanando heridas que no sabía que tenía, fue dejando salir de su memoria los momentos que sí valían de su vida, fue comprendiendo que sí podía controlar lo que haría, que era el dueño de su futuro.

—¿Está Anel? —La mujer que supuso era la encargada del aseo, guardó silencio un segundo.

—¿Quién la busca? —esperaba que no lo dejaran ahí, sin más. No, no la creía capaz, ella no era berrinchuda, tampoco caprichosa.

—Marcel, su novio —mintió deliberadamente, su ex, en realidad, pero eso cambiaría en unos minutos, lo sabía.

—Joven, la señorita salió temprano de viaje. La señora las llevó al aeropuerto al amanecer —desencajado, sintió que las rodillas le fallaban, que el aire no circulaba con normalidad. Inhaló y exhaló, ansioso, recargándose en el muro contiguo con la vista un tanto nublada, percibiendo como el ácido quemaba sus extremidades. Negó asustado.

—No, eso no es posible... Por favor, dígame que necesito hablar con ella, que es importante. —No, no se pudo ir, decidió muy seguro. A lo mejor sí estaba demasiado dolida y quién no, era un bruto en toda la extensión de la palabra. De pronto, la puerta se abrió. Sin esperar, pasó soltando el aire. Dios, por un momento su mundo se tambaleó como hacía seis años, incluso, respirar ardió, ya que el aire parecía estar cargado de algún veneno que no debía entrar a su sistema.

Una mujer menuda aguardaba en el umbral del apartamento. Lo examinó con gesto preocupado, eso lo alertó nuevamente.

—No le miento, la señora Laura me dijo que podría usted venir, me dejó esto para que se lo diera. — En un papel blanco decía «Lláname». Se sentía enfermo, desesperado. Le dio la bolsa a la mujer y marcó completamente fuera de sí.

—¿Laura? —No la dejó ni contestar—. ¿Dónde está? —le preguntó de inmediato.

—Marcel, sabía que llamarías... Se fue a Chicago, con Ariana. —Una losa caída del cielo con una velocidad sobrenatural hubiese sido más indulgente. Dejó caer el pastel ignorando el ruido sordo que esto generó. No, no, Anel no lo podía haber dejado, no, no se podía haber marchado, así, sin más—. Escucha, es lo mejor, tú estás por comenzar una vida, mi sobrina está muy lastimada, son muy jóvenes.

No creo que la relación que llevaban ayudara a ninguno de los dos... Anel está creciendo, debe madurar, experimentar... —dejó de escuchar con el aparato en la oreja. Se fue, lo dejó—. No la busques, permite que sane sus heridas, allá está su padre, su hermana... —¡Estaba harto de que todo mundo opinara, de que se creyeran con el puto derecho de decidir por él! Apretó el móvil, rabioso, incluso, más rabioso que aquel día en que descubrió a esa arpía burlándose de él.

—No pienso hacerlo, si ella me mandó al infierno, entonces está bien —dijo y cortó. Bajó por las escaleras sin importarles que fueran diez pisos. Sus corazón martillaba a tal punto que creyó que jamás volvería a su ritmo regular. Corrió, corrió sin importarles que la posibilidad de caer, con el cuerpo, temblando, sumido en pantano negro y pestilente.

Qué fácil había sido para ella, qué sencillo le fue dejarlo, mandarlo a la mierda sin más. Sin dar crédito a lo que ocurría, subió a su camioneta completamente fuera de sí. Su nuca sudaba, sus manos estaban tan apretadas sobre el volante que se veían blancas y sus dientes castañeaban por la fuerza ejercida, sin percatarse, los apretaba.

Al llegar al apartamento, sintió una adrenalina promovida por la rabia y el coraje, comenzó a aventarlo todo lleno rencor, de desazón, de desesperación. Gritando, aferrándose la cabeza, gruñendo y pateando todo a su paso.

¡No lo podía creer!, ¡no podía ser!

Cuando no pudo más, buscó una botella. La abrió aventando el tapón e ingirió sin más su contenido sentado a los pies del sofá en que tantas veces la tuvo a su disposición. Perdió la vista mientras el líquido entraba y caminaba por su interior calentando su estómago.

Podía ir a buscarla, exigirle una explicación, pero, ¿hasta Chicago? Era muy evidente que deseaba alejarse, dejarlo atrás, terminar con todo, incluyéndolo. Tomó otro trago mucho más largo.

¿Por qué sentía que su vida no tenía de nuevo sentido? ¿Por qué carajos hasta respirar dolía como si estuviese entrando ácido? ¿Hubiera sido sencillo continuar esa gélida realidad a pesar de que ella iluminaba su oscuridad como estrellas en la noche? ¿La posesividad era parte de esa maldita necesidad que tenía de sus besos, de sus caricias, de su piel contra su piel? ¿Por qué a su lado todo era mejor, mucho más de lo que alcanzó a desear? ¿Por qué sentía que no podría enfrentar esa nueva realidad sin su frágil presencia, deambulando de aquí para allá de aquella forma tan delicada, tan sutil, tan singular?

Se llevó las manos al cráneo, apretándolo, hirviendo de ansiedad.

¿Cómo mierdas fue que esa mujercita se convirtió en lo único por lo que deseaba permanecer en este jodido planeta?

La llave, al girarse en la cerradura, ni siquiera lo alertó. Bebió aún más, ya un poco mareado, eso era lo que quería: aturdir, entumir, adormecer cualquier sensación que esa Estrellita ahora tan lejana, le despertaba.

—Marcel... —Era Efrén, el único que tenía llaves y que, además, sabía no debía usarlas salvo en una emergencia. Le importó un comino si la había, él necesitaba terapia intensiva emocional en ese puto momento, una que borrara para siempre esos cuatro meses a su lado porque no tenía una jodida idea de cómo seguiría su vida sin su presencia.

—Déjame solo —musitó, bebiendo aún más. Efrén resopló. Laura le marcó minutos atrás, intuía que no lo tomaría bien; sí, de hecho, se quedó atónito cuando supo que Anel se había ido así, sin más. Era simplemente inverosímil. Los vio el día anterior y, como desde el primer momento, esa niña lo miraba con adoración, con plena confianza y él... Él era asombroso en lo que se convertía cuando esa chica estaba cerca: se convertía en un chico accesible, amable, incluso simpático. Claro, siempre y cuando no se metieran con nada referente a ella, a esa jovencita que lo tenía completamente hipnotizado, que

encontró, de alguna manera, al Marcel que tanto tiempo mantuvo oculto, bajo tierra, sepultado. Lamentó mucho verlo así, lleno de oscuridad nuevamente, enfrentando con desespero sus demonios, su dolor; arañando con fiereza y rabia otra vez su realidad.

—Solo vine a cerciorarme de que te encontraras bien. —El chico alzó la botella sin verlo y volvió a beber.

—¿Era lo que querías, no? Que se largara, felicidades, se fue —dijo y se limpió la boca con el antebrazo, haciendo un sonido con la lengua y mostrando los dientes. Bien, los pensamientos ya comenzaban a ser incoherentes.

—No te confundas, solo...

—Me importa poco, Efrén. Y no te preocupes, hoy me embriago y mañana, mañana haré como si nada de esto hubiera ocurrido, como si esos malditos meses no hubiesen ocurrido. Así que, por favor, déjame solo... Ahora no soy buena compañía. —El hombre asintió, creyéndole. Conocía su determinación, por lo tanto, así lo haría pese al mar de sentimientos que ya lo tenían sumergido y lo habían vuelto a la vida.

No supo en qué momento quedó dormido sobre el suelo con aquel portarretratos en la mano después de observarlo por horas mientras se acababa prácticamente la botella. Ya todo había terminado, todo.

La mañana llegó y, con ella, el sol que se filtraba por las cortinas de gasa blanca. Despertó, adolorido, sin ánimos, en realidad. La soledad no dolía tanto como su ausencia, como cada maldito rincón impregnado de su esencia. El apartamento lucía hecho un desastre, hasta el televisor estaba en el piso, ojalá funcionara, pensó, frunciendo el ceño.

Bufando, molesto, dejó la fotografía sobre el sofá con doloroso desdén y se dio una ducha,apestaba a alcohol. Necesitaba que esa maldita sensación de no estar completo, se marchara.

En la universidad sus amigos ni se acercaron, era más que evidente el humor de perros que llevaba encima. Dejó los trabajos correspondientes que tenía listos desde el fin de semana y se fue deseando soledad.

La tarde se dedicó a intentar terminar los que le faltaban. No lo consiguió en el apartamento, así que terminó en un café haciéndolos.

Por la noche conciliar el sueño fue una agonía. Tuvo, sin remedio, que cambiar las sábanas. No funcionó, su olor estaba impregnando por completo en las almohadas. Las aventó, rabioso, soltando un bramido. Irritado, abrió los cajones para ver si encontraba algo más de ella. Sí, todo los regalos estaban ahí, ropa, sobre todo, pues no encontró el par de cuentos que le obsequió. Lo cerró de golpe.

¿Por qué mierdas no se los llevó?

Lo volvió a abrir y agarró las cosas, salió furioso hasta la cocina, abrió una gaveta donde se hallaba el bote de basura y, cuando los iba a dejar caer, se detuvo. Su maldito olor habitaba en cada cosa, en cada prenda. Se dejó caer en el suelo, observándolas una por una, dejando salir sin remedio una sonrisa bobalicona al imaginar su delgado cuerpo dentro de ellas.

Recargó la cabeza en la puerta de la despensa, negando.

¿Qué le había hecho Anel? ¿Qué?

Regresó todo al mismo lugar, de paso, dejó lo poco que había olvidado, además de la fotografía de él y la otra donde parecía un ser ajeno a este mundo y cerró el cajón dejando salir un suspiro lastimero.

Los días trascurrieron así, sin que cada hora se detuviera por mucho vacío que cada minuto conllevaba. No tenía noticias de ella, era como si de verdad hubiese olvidado todo lo ocurrido entre ambos aquellas semanas que lo cambiaron todo en su interior, así que decidió que él también podía hacer lo mismo, o, bueno, por lo menos intentarlo, porque cada puto momento su imagen lo asaltaba y añoraba

su sosiego, la paz que le brindaba.

Los estudios terminaron, la euforia de los demás le daba igual, no obstante, intentó participar de ella. Fue a fiestas, a antros, a bares y a las miles de reuniones que se organizaron en torno a eso, pero siempre con la sensación de que algo faltaba, de que ese no era su sitio.

Pronto mayo terminó, durante dos semanas de junio se fue a la playa con los chicos. No fue grata compañía. No bebía, no hablaba, no reía, ni siquiera había ese comentario sarcástico tan típico en él. Ligar, ni se diga, huía en dirección contraria a cualquier chica que se acercara. Ya no sabían qué hacer, lo cierto era que parecía que una parte de su ser se había ido con Anel, era como si esa dulce joven se hubiera adueñado del espíritu de Marcel.

Julio llegó, se sentía más que ansioso, necesitaba gastar su tiempo en algo de manera urgente. ¡Ya, si fuera posible! Había ido a escalar a El Diente, incluso a la casa de Tapalpa, entre miles de excursiones más que emprendió solo. Poco a poco, lentamente, iba recuperando esa parte de su esencia que no dejó emerger por miedo a lo que le provocaba, pero que en ese momento necesitaba como nunca, pues mantenía su mente ocupada, su corazón cerca de los que más amaba y su ausencia, aunque dolía, no quemaba.

Lo cierto era que en la cotidianidad sentía que cada día enloquecía un poco más. Jugaba solo aquel juego de ajedrez que compró para ambos. Buscó en una librería aquellos cuentos y los compró para así, cuando el sueño no llegara gracias al hueco enorme en su cama, los pudiese leer y se sintiera menos miserable. Husmeaba sus cosas y comía helado de sus sabores preferidos, viendo la nada. Había días que no podía más y, simplemente, terminaba en casa de su tío jugando con sus primas o haciendo alguna estupidez con sus amigos, no obstante, aquel espacio que compartieron lo llamaba como si al dejarlo tanto tiempo solo, lo descuidara. Regresaba, ordenaba todo y se dedicaba a hacer alguna bobera para matar el tiempo.

El primer lunes de julio se supo la verdad sobre su posición en la gran empresa y tomó posesión, al fin, ante todos, de lo que heredó. En un gran evento que tuvo lugar en la empresa. Prensa y demás interesados en el ramo de la comercialización, así como políticos e, incluso, el presidente municipal y gobernador del estado, se dieron cita para ver cómo era que Marcel Lazcano asumía al fin el control de una de las comercializadoras más grandes de la república, que generaba empleos al por mayor, que su impecable desempeño era ejemplo de muchos y que su crecimiento prometía aún más inversión del extranjero. Sí, eso era esa empresa, un monstruo que debía ser manejado de forma inteligente, realista y firme.

Comenzar sus labores, para ese momento, fue lo mejor que le pudo haber pasado. Urgido por mantener tanto el cuerpo como el pensamiento ocupado, se entregó de lleno a su labor.

Al paso de las semanas, comprendió que era mejor de lo que esperaba, que, pese a lo que siempre creyó, le gustaba, le gustaba bastante. Salía casi al alba y llegaba ya entrada la noche. No paraba, quería conocer más y más, saber más y más y, por otro lado, no añorar con desespero a esa lucecita que ya no estaba en su vida y de la cual, no sabía nada.

Un viernes por la noche, agosto casi terminaba, llegó exhausto. Una lluvia torrencial lo estancó en una avenida principal y, además, no había comido en horas. Aflojó la corbata color cereza y aventó el saco oscuro al sofá. Debía ir al día siguiente, temprano, para ver unos asuntos en el departamento de contabilidad. Bufó, sacando de la nevera una cerveza, eso, y un cigarrillo en la terraza, le ayudarían a relajarse en lo que le llevaban su pizza. Rodrigo, Lalo y Joel no tardarían en llegar, pero, debido a la granizada, seguro se retrasarían.

Salió, aspirando la humedad al tiempo que lo encendía; desde que se fue, no había vuelto a fumar adentro.

Observó el cielo despejado, ni siquiera parecía que hacía un par de horas casi se inundaba todo. Las nubes difuminadas bajo aquel cielo azul oscuro lo hipnotizaron. Le dio una calada evocándola de nuevo. Esperaba que estuviera bien, que comiera como debía, que lo sucedido ya fuera solo una oscura mancha de su pasado, que estuviera durmiendo sus horas, que su decisión hubiese sido la correcta, lo que realmente necesitaba.

Miles de veces estuvo tentado a lo largo de ese tiempo a buscarla de alguna manera, ya que sabía nadie se lo facilitaría; pero, al pasar las semanas y ver que no se comunicaba, comprendió que ella estaba bien, que su decisión, por mucho que lo desgarraba, era lo que esa Estrellita buscaba.

Su móvil sonó en el bolsillo del pantalón. Lo sacó, distraído. Ese número no era local. Arrugó la frente y respondió.

—¿Sí?

—Hola... —La piel se erizó, los sentidos se detuvieron y el cigarrillo cayó frente a su calzado de piel sin más. Anel. Por varios segundos no supo qué hacer, qué decir. Su sangre no corría, no caminaba por su cuerpo por lo que sus músculos no respondían, mucho menos sus sentidos—. Soy Anel —¡Santa mierda! En serio creía que no la reconocía. Apretó los puños al recordarse solo, al ver que era la primera vez, en meses, que lo llamaba. ¿Para qué? Lo poco que logró ir avanzando se vino abajo en un santiamén, ni un chasquido de dedos hubiese sido tan eficaz.

—Sí, lo sé... —Esa vocecilla jamás la olvidaría. Apagó con la suela el cigarro y le dio un trago a su cerveza.

—Yo... ¿Cómo estás? —¿Qué cómo estaba? No tenía puta idea. Justo en ese momento rabioso, lleno de ira, de coraje. Lo dejó sin más y, aunque buscaba con desespero justificar su abandono, no podía entender que ahora le hablara tan fresca, como si se hubiesen visto el día anterior.

—Bien... —respondió seco. Mierda, sus sentidos estaban ya demasiado despiertos y él..., demasiado frustrado, incrédulo.

—Me alegra, ¿cómo ha ido todo en la empresa? —Él resopló, molesto. Solo eso le faltaba, que por lástima a lo que supo, quisiera reconfortarlo.

—Todo de maravilla... —mintió cínicamente, intentado salvaguardar su orgullo más que herido. La escuchó suspirar de esa manera que lo mantenía en vilo. Apretó los dientes ansioso por olerla, por pasar un dedo sobre uno de sus delgados brazos, por sentir esa paz que le brindaba.

—Eso es perfecto... —Cerró los ojos negando.

—Sí, lo es. ¿Para qué llamaste? —quiso saber yendo al grano. No podía seguir escuchándola, lo estaba aniquilando.

—Yo..., bueno, no sé... Quería saber cómo iba todo y...

—Ya te dije que bien, Anel. Y lo cierto es que estoy ocupado. —La chica sintió como su pecho se contraía. Aguantó la lágrima acurrucándose en su cama. Pensó mucho en hacer esa llamada, lo cierto era que sabía que eso sucedería. Él la había terminado, ya no quería nada con ella y ese era el resultado de su necedad.

Todo iba mejor de lo que esperó, no obstante, su lejanía dolía, dolía cada día desde que dejó Guadalajara. Conocía a Marcel pese al poco tiempo que compartieron; era un chico decidido, que no haría contacto con sus sentimientos y que, por lo mismo, no le diría lo que alguna vez soñó ilusamente escuchar de sus labios.

Ariana le pedía una y otra vez que lo dejara pasar, le decía que él fue su primer novio, pero que conocería a otros, que su vida era muy complicada y que ella muy joven. Odiaba que le hiciera hincapié

en ello.

Lo amaba, lo amaba de verdad. Cada fotografía en ese corcho enorme que tenía colgado en su habitación la delataba.

Lo necesitaba y deseaba en la misma proporción. Muchas noches se arrepintió de haberse marchado así, sin más; sin embargo, él no dio señales de que le importara mucho lo que hizo, no había intentado contactarla, mucho menos saber de su paradero... Aun así, no lograba apartarlo de su mente, de su cuerpo, de su piel.

—Lo... Lo siento... Cuídate... —No pudo más y colgó, temblando. Apretó la almohada contra su abdomen, sintiendo el dolor desgarrador de un nuevo rechazo. ¿Por qué insistía en ponerse justo como un blanco para ser pisoteada?

Colisión

CAPÍTULO 33

—Any... —Ariana entró un tanto afligida. Su hermana estaba completamente enamorada de Marcel, pero desde que se fueron, él no hizo nada para buscarla, salvo esa ocasión justo el día siguiente de su partida; sin embargo, ella no lo sabía. Decidieron que si no hacía nada más, no debían alterarla con eso.

Los meses ahí habían actuado como bálsamo sobre todo para Anel. Fuera de deprimirse, luchaba cada día.

La primera semana sí que fue complicada; poco comía y todos los días tenía pesadillas espantosas que Ariana calmaba acurrucándola contra su pecho meciéndola con cariño, para después rogar que no regresaran, no obstante, lo hicieron, aún a veces le pasaba.

De su madre no supieron nada, y no deseaban tampoco que eso sucediera. Con Laura hablaban casi a diario. En cuanto a su padre; él no era un turrón con ellas, pero las visitaba cada tanto y, eso sí, nada les faltaba. Sin embargo, ambas buscaron de inmediato en qué ocuparse. Anel entró a una cafetería cercana, medio turno por la tarde, pues, por la mañana, consiguió unos cursos de fotografía e iba a terapia, mientras ella encontró casi enseguida empleo de lo que sabía.

Las semanas fueron pasando y lo que creyó sería difícil respecto a su hermana, no lo fue. Despertaba temprano, no era muy parlanchina, sin embargo, era notorio que agradecía el que no hubiera gritos y que la atmósfera fuera tan relajante. Sonreía, aunque sin alegría, cooperaba, y comía porciones casi normales a diario con suma atención. Era gracioso, se sentaba a la mesa, con su platillo enfrente, lo observaba y, lentamente, iba atacándolo, como si de una guerra se tratase. Cuando terminaba, sonreía triunfal. Ariana la estudiaba, intrigada, más no interfería; parecía algo muy íntimo y lo menos que deseaba era que dejara de hacerlo.

Con el paso de las semanas fue ganando peso, no rápidamente, pero para ese momento ya era notorio. Se veía más sana, una joven de casi 19 en pleno apogeo. Cuando descansaba se salía el día entero a fotografiar cualquier cosa, luego pasaba horas editando o acomodando ese mentado corcho que colgó justo en la pared frontal, un par de semanas después de llegar.

Las imágenes eran asombrosas y ya en los talleres que tomaba le habían dicho que era buena en ello, por lo mismo, si de por sí el chico era guapo, captado desde su lente, dejaba mudo a cualquiera, además, estaban esas fotografías en las que salían juntos y es que nunca había visto a Anel de ese modo, parecía tan feliz, tan segura, tan plena. Sonreía, evidentemente tranquila. Ese chico la transformaba, incluso en ese momento que estaba lejos, sabía que todo lo que hacía era en base a su recuerdo, a eso que sentía. No se permitía claudicar y, por lo mismo, florecía cada día más.

—¿Sí le marcaste? —supuso al verla tan afligida. Se sentó en la orilla de la cama y acarició una de sus piernas sonriendo con ternura. La adoraba y compartir ese tiempo a su lado, pese a la propia situación, las había unido más, sanado heridas y reestablecido sus propias identidades, pues de alguna forma ambas creaban, al fin, después de años, una familia. La joven asintió despacio—. ¿Tan mal te fue? —Anel giró con los ojos enrojecidos. Él era la única razón por la que la había visto llorar a lo largo de ese tiempo, ya que de verdad era un roble difícil de quebrar y, por nada, se doblegaba. Ariana resopló, torciendo la boca. Desde que tomó posesión y averiguó todo lo que pudo por Internet, estaba más inquieta, la veía ansiosa, mirando la nada, pensativa. Deseaba saber cómo estaba, cómo iba tomando todo, le confesó una noche mientras caminaban en busca de algo que ingerir.

—Él no quiso hablar conmigo —admitió con su vocecilla quebrada. Su hermana no supo qué decir. No sabía cuál era el mejor consejo, lo que de verdad la haría sentir bien, pero verla afligida era como si ella misma sintiera su dolor, no lo soportaba. Anel ya había pasado por tanto que lo único que merecía era ser feliz.

—Any, Marcel está allá, haciendo su vida, haz la tuya... —La menor se enderezó, melancólica, acomodándose ese bendito mechón que parecía una forma de manifestar su estado de ánimo, ahora ya sabía interpretar sus señales, sus gestos. Ladeó la cabeza esperando su respuesta.

—Eso intento, pero no es fácil, Ary. Yo siento muchas cosas aquí —dijo y señaló su pecho—. Lo veía a diario, me hizo fuerte cuando más lo necesité, me ayudó a recobrar mi seguridad, a sentirme importante, interesante, bonita... A buscar salir de todo aquello. Iluminó mi mundo, Ariana, lo iluminó cuando todo era tan oscuro, tan horrible. ¿Cómo lo arranco de aquí?, ¿cómo lo olvido si todo el tiempo lo necesito?, si no pasa un segundo en el que desee verlo...

—Te entiendo, Anel, pero él ya siguió su camino... —No le agradaba verla tan desanimada, tan desesperada.

La joven aferró sus piernas envolviéndolas en sus brazos dejando caer su larga melena alrededor de su cuerpo.

—Lo sé... Es solo que yo no tengo idea de cómo continuar con la mía.

—¿Qué hubieras querido que hiciera? —La cuestionó, seria. Anel soltó un suspiro lastimero.

—Tan solo que reconociera ante sí que me quería un poco... Que expresara lo que sentía por mí, que lo asumiera... —aceptó taciturna.

—¿Jamás te dijo nada? —La encaró negando. Cuando los vio juntos, hubiera jurado que no la quería; la amaba, la idolatraba. Marcel era otro junto a ella, tan tierno que, incluso, podía despertar las peores envidias y era más que evidente que no tenía ojos para nadie. Su expresión se dulcificaba a tal grado que dejaba mudo a cualquiera. La trataba con sumo respeto, con una delicadeza atípica, con una veneración absoluta. Pero, de pronto, en un chasquido de dedos, todo cambió, él la terminó. No sabía bien qué ocurrió, pues su hermana no deseaba hablar mucho del tema, pero sí supo que fue ese chico quien dejó claro que todo había acabado. Lo que no entendía aún era para qué la buscó al día siguiente, sin embargo, jamás volvió a dar señales y la realidad era que no sabían cuál había sido el motivo de la visita al apartamento de su tía, las razones pudieron ser varias y no precisamente alentadores para su hermana—. Any, sé que no quieres que te lo diga, pero tenemos el camino por delante. Estarás bien, sé que así será. Eres inteligente, valiente y hermosa... Harás tu vida aquí y lo ocurrido será un recuerdo lejano. Ya verás.

—Sé que estaré bien, pero también sé que no lo olvidaré, no con esa facilidad que dices... Ariana, estoy consciente de que acabo de cumplir 19, que no he madurado en muchos sentidos, que me falta demasiado por vivir, que soy una adolescente y que piensas que por lo mismo mis sentimientos podrán cambiar. No es así, sé que no es así. Dentro de mí, en todo mi ser, él está adherido a cada parte... A cada sensación, emoción, deseo de superarme. Lo amo, lo amo de verdad, y mi edad no tiene nada que ver en lo real y fuerte de este sentimiento porque sé, siento que es lo más honesto que tengo, lo único genuino que he vivido.

—Any, pero...

—Sí, ya sé, él no siente lo mismo o no podrá jamás aceptarlo... —Eso dolía muchísimo, sin embargo, era lastimosamente cierto.

—¿Por qué no sales con otros chicos? Después de todo, él ha sido tu único novio... Quizá si empiezas a abrirte...

—No estoy lista para eso, Ary. Y no experimentaré con nadie para ver si así lo saco de mi cabeza y

lastimo a alguien en el intento, sería injusto porque no funcionará y yo lo sabré, aun antes de comenzar. Entiende que lo nuestro no fue la típica relación, eso hace todo más complicado.

—Pues intenta algo que sí lo sea. Anel, vive tu edad...

—¿Podemos hablar de otra cosa? —sugirió un tanto irritada, otro tanto deprimida. Anel ya no era de monosílabos, defendía su pensar con absoluta claridad y tampoco se dejaba manejar por lo que quisieran los demás. Con el paso de las semanas, la pequeña con la que creció fue apareciendo lentamente y su fuerza aumentaba cada día. Sin embargo, su esencia, permanecía allí, su ingenuidad, su timidez y su mundo interior donde siempre vivía, donde su espíritu volaba y fantaseaba, donde la libertad era inherente, donde su ser era lo que más disfrutaba. El timbre sonó en ese momento—. Debe ser Kyle, quedamos en ir por un chocolate caliente... Me enseñará unas fotos que tomó del Navy Pier, ¿vienes? — Su hermana sonrió, negando de forma pícara. Anel entornó los ojos sin alegría—. No, no, no, no. Me cae bien, nada más y no habrá nada. Sabe que quiero a alguien más, así que ni se te ocurra.

—Yo no dije nada. —La joven resopló agotada.

—Mejor me quedo. —Y se acurrucó nuevamente. Ariana negó firmemente y la jaló de un brazo.

—Ah, no, sal, por lo menos haz eso. Es tu amigo y yo... —hizo ademán de cerrar su boca como si fuera una bragueta—, no diré nada. Pero no quiero que te quedes aquí después de lo de hace unos minutos.

Anel asintió, tenía razón, lo único que no se permitió desde que llegó a Chicago fue rendirse, dejarse vencer por lo ocurrido. Así que sí, distraerse serviría un poco y Kyle, ese joven que le llevaba un par de años y vivía solo, actuaba con ella de forma agradable desde el inicio, conversaban mucho y compartían el gusto por la fotografía. De hecho, él fue quien le recomendó los talleres a los que asistía cuando vio su cámara un día por la mañana que salía a una de sus típicas excursiones. Sin embargo, salvo sentirse a gusto a su lado, no sentía nada. Le caía bien, compartían aficiones, punto, nada escondido, nada de nada, ella no permitiría que eso sucediera con nadie, no pronto, no en mucho tiempo, sospechaba.

Ese chico de gesto adusto, de mirada penetrante, de carácter agrio tantas veces, llegó hasta el centro de su pecho. Logró, sin proponérselo, cambiar su vida. Descubrir en su interior aquello que creía aniquilado, fulminado. Cuando le dijo que la veía fuerte, que sabía lo superaría, le inyectó lo necesario para no dejarse caer, para demostrarse a sí misma que pese a todo lo que dolía el rechazo de su madre, el evocar esa horrible noche, ella era capaz de salir adelante, de seguir su camino y de alguna manera, encontrar la paz. No obstante, pese a que ponía todo su esfuerzo cada momento y que se sentía en paz, no era feliz y esa horrible sensación de sentirse incompleta, no la dejaba ni de día, ni de noche. Le falta su presencia, su sonrisa, sus manos, su olor masculino, su temple, su ternura y su capacidad para hacerla vibrar. ¿Por qué nunca logró llegar a su corazón? ¿Será que no era lo suficiente, que lástima y deseo se unieron y provocaron en él todas esas actitudes que, al final, no pudieron evitar enamorarla de esa manera desesperada?

Abrió desanimada. ¿Qué más daba? Él era su pasado y, aunque esa parte de su existir no deseaba borrarla, mucho menos olvidarla, no tenía otra opción salvo comprender que su amor se quedaría intacto, en medio de su ser, aturdido, deprimido y encapsulado, resguardado sin la menor intención de removerlo.

—¿A ti qué te pasa? —lo cuestionó Rodrigo mientras le daba una mordida a su trozo de pizza. Unos minutos atrás habían llegado y con ellos, el alimento. Desde ese momento su amigo se mostró serio, lejano. De pie, recargado en un muro lateral, mirando el vacío de la noche.

—¿Mucho trabajo, Señor Negocios? —bromeó Lalo dándole un trago a su cerveza.

—Vete a la mierda —respondió en tono agrio conteniéndose bastante. La sangre no caminaba de forma natural y su corazón lo sentía aún galopar como un desquiciado. No lograría superar esa llamada, lo

sabía.

—¿Es por ella? —dedujo el primero que habló. Marcel giró entornando los ojos, más rabioso aún. No estaba para esos jueguitos de palabras.

—¿Qué?, ¿la extrañas? —lo desafió, con sarcasmo, notoriamente molesto. Su amigo rodó los ojos bufando, se recargó en el sofá, negando, estudiándolo con suma atención.

—No tienes remedio...

—A ver..., paren —ordenó Joel con firmeza, a punto de levantarse para evitar que algo ahí sucediera.

—Que pare él —lo señaló Marcel, enojado—. No deja ese puto tema en paz... —bramó, apretando la quijada. El aludido se enderezó, serio, recargó sus brazos sobre sus rodillas y dejó salir un suspiro sin perder contacto con la mirada de su amigo.

—Te estás consumiendo. No te entiendo... Tú... ¿Qué sientes por ella, Marcel? —De inmediato, los otros dos lo observaron expectantes.

—No hablaré de eso con ustedes —refutó, dándole un trago a la cerveza, sintiéndose nervioso de pronto. Algo se removió en su interior, algo que lo alteró aún más que la llamada.

—Ahí de nuevo... ¿Por qué evades? —Lo confrontó Rodrigo, poniéndose de pie, cansado de verlo así. Desde que ella se fue no había vuelto a ser el mismo, ni siquiera el que solía ser antes de que esa dulce joven apareciera en su camino. Se entregó al trabajo, y parecía un alma solitaria, desaparecía a veces los fines de semana y no se sabía nada de él. Cuando salían, huía literalmente de cualquier chica y si una osaba acercarse, simplemente la dejaba con la palabra en la boca, importándole poco el cómo se veía. La misma Sofía aceptaba que no le agradaba verlo así, pese a que parecía más maduro, más adulto, no era para menos con lo que su vida ya era y seguiría siendo, y que su familia estaba complacida de cómo asumió todo, esa chispa jovial, cínica, llena de malicia que solía tener ya no estaba. Anel, definitivamente, se había llevado una parte elemental de él y cuando sacaban el tema alguno de ellos, las cosas siempre terminaban mal, o con un ademán de su dedo medio para todos y, acto seguido, se iba de allí. Sin embargo, en ese momento veía algo distinto en su postura, algo había ocurrido y era referente a Anel. Marcel se acercó bufando, colérico, no estaba para sus tonterías—. Es simple, ¿qué mierdas sientes por ella? Suéltalo de una jodida vez y libera eso que te está amargando, que te está aniquilando. ¡Carajo!

—¡Era mi novia!... ¡¿Qué jodidos crees que sentía?! —bramó con prepotencia, alzando una ceja, al límite de sí mismo con los puños apretados, con la quijada tensa, con la vena de su frente notoriamente saltada. Rodrigo no se inmutó, jamás le temería.

—Que era tuya —lo desafió con ojos firmes.

—Eres un imbécil, es mía —sus respiración subía y bajaba rápidamente. La confrontación y tensión lo permearon todo, pero no lo dejarían ahí, no esta vez. Uno frente al otro retándose abiertamente.

—No, no lo es, ya te lo dije. Hablas así porque ni a ti mismo le dices lo que realmente sientes...

—Mierda, Marcel, tú amas como un estúpido a esa chica... ¿Para qué lo negamos? Solo dílo de una puta vez —intervino Lalo, echándose hacia atrás el cabello exasperado, de pie también, listo para intervenir si las cosas se salían de contexto. Al escucharlo, Marcel se congeló.

Como si miles de flechas hubiesen salido disparadas justo hasta su mente, su corazón, su sangre y cualquier órgano vital, lo observó, perplejo, prácticamente sin respirar

—No me veas así, la amas, es sencillo, fácil y, por lo que noto..., no lo sabías. —Comprendió aturdido su amigo, disminuyendo el tono, mirando de reojo a los demás que parecía igual de asombrados por su reacción. Marcel pestañeó descolocado. Era como si, de pronto, todo tuviera sentido, como si de

la nada las respuestas llegaran en forma de cascada, como si una piedra de mármol hubiese apachurrado su corazón tanto que lo podía sentir dentro de su ser doliente, atónito, recriminándolo.

«¿Qué sientes por mí?» Aquella pregunta... Sí, esa jodida pregunta resonaba en su cabeza como las campanas de una iglesia que convocaba a sus feligreses. No respondió, ni en esa ocasión, ni nunca.

Primero, por miedo, no sabía lo que sentía, solo notaba esa enfermiza necesidad de saberla bien, segura, tranquila, y, sobre todo, que nadie salvo él la tocara, probara sus labios, rodeara su estrecha cintura, supiera lo que, en realidad, había tras esos lindos lentes, sintiera su piel tensarse, arrancara una mirada como las que le regalaba cada vez que lo veía, contemplaran esa libertad que solo él sabía que poseía y le regalaba cada vez que estaba a su lado. Pero, después comprendió que aunque ya no podía vivir sin ella, decir esas palabras en voz alta, lo ataría para siempre, lo pondría en una situación sin retorno.

Lo que sentía era estratosférico, creció y creció cada día sin detenerse, como una bola de nieve que, de pronto, arrasa con todo y termina por ser una avalancha de la cual no hay manera de escapar por mucho que se huya. El problema: nunca deseó huir, incluso, al ver el peligro inminente, se quedó, esperó a que llegara, aun con aviso de colisión, y cuando lo embistió, se dejó llevar sin detenerse a pensar en las razones, en los porqués.

Ahora..., ahora ya era muy tarde, neuronas, células, glóbulos y demás partes de su anatomía estaban bien coludidos y no podían continuar su camino sin que de una maldita vez admitiera que sí; Anel era ese sutil y cruel sentimiento, esa obviedad y dudosa mezcla de emociones, esa maravillosa presencia, esa terrible ausencia, esa luz cálida que lo permea todo, que cubre cada espacio con su fulgor dorado, que lo nutre, permitiéndole ver juegos de sombras que, aunque les temió, con ella, las adoró, lo aceptó y se reinventó. Sí, ella era eso y más, mucho más.

—Nunca se lo dijiste —susurró Rodrigo, atónito, observando el maremoto emocional que atravesaba su mejor amigo. Parecía pasmado, ajeno incluso, ya no tenía color en el rostro. Lo miró un segundo, negando, estupefacto, pálido, enfermo.

—No... La... La amo y no se lo dije —admitió, quebrado. Lalo sonrió negando, era tan extraño presenciar algo así en él, aunque eso lo vaticinó apenas los vio en la cafetería aquel día, cuando Rodrigo la invitó a salir y no se equivocó, Marcel había cavado su tumba mucho antes que todos los demás, batiendo contra todos los pronósticos. Colocó una mano sobre su hombro haciendo que lo viera, pues parecía más perdido que nunca, hasta el punto que los tres se sintieron, sin poder evitarlo, conmovidos.

—¿Y qué esperas? —deseó saber alentándolo. Sonrió, sintiéndose de pronto libre, más libre que nunca.

—Ahora regreso —dijo y entró al apartamento de prisa. Todos lo observaron sacudiendo la cabeza. Incluso Rodrigo, que reía al ver que al fin había dado en el clavo respecto a él.

—Les dije que lo cambiaría... —Rodrigo le dio un empujón a Lalo, divertido.

—Ella es lo que necesita... Estarán bien.

La tarde fue ajetreada, muy cansada. Iba y venía sin detenerse. El local bullía, pues, sábado en la tarde, eso era lo común. Se acomodó un mechón suelto de su coleta. Unos chicos acababan de llegar y deseaban café para llevar. Con gesto tranquilo comenzó a prepararlo.

La noche anterior durmió poco, había salido con Kyle, permanecieron en la banca de un parque con chocolate caliente en la mano, observando las imágenes de su tableta. Pero, de pronto, el chico se acercó sin que lo viera venir y la besó. Anel retrocedió, dando un brinco abrupto que logró derramar toda su bebida en el pavimento. Se limpió los labios, molesta, indignada, ¿por qué lo hizo?

—Lo siento, Anel, me gustas. No quería ofenderte —se disculpó el rubio, avergonzado.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió, contenida, más que eso, rabiosa, no le gustaba que invadieran su espacio personal así, menos después de lo que ocurrió y que aún luchaba por olvidar. El chico se acercó, ella retrocedió—. Ya te dije que amo a alguien más, que no deseo ni quiero olvidarlo por ahora, que no quiero una relación con nadie. Dijiste que solo querías mi amistad —le recriminó, dolida. Kyle agachó el rostro afligido. Era guapo, pero no de su tipo, no de cabello raso, de ojos verdes impresionantes, no de más de uno ochenta, no con mirada profunda y atractiva, no con labios gruesos y no con carácter osco, duro.

—Lo sé, pero tenemos tanto en común —volvió a verla—, nos gusta lo mismo, la pasamos bien... Conversamos, salimos...

—Porque somos amigos, nada más...

—Inténtalo, Anel. Sé que puede funcionar, después de todo ese chico a quien quieres... No te ha buscado, no lo hará... Ya pasaron cuatro meses. Dame una oportunidad. —La joven negó decidida, abrazándose.

—No, no quiero... No puedo. Él está aquí —señaló su pecho, ansiosa—, no lo sacaré de aquí... Me gusta que habite en ese sitio.

—Es enfermizo.

—¿Por qué, porque quieres que exista algo más entre nosotros? Fui clara, Kyle. Eres una gran chico, y te estimo..., pero no daré ese paso... No estoy lista.

—Ese no es el problema, sino que no quieres. Tienes 19 años, no te puedes casar con un recuerdo. Debes vivir, experimentar —resopló, negando, alejándose.

—No tienes idea de lo que he pasado. No deseo más experiencias... He vivido muchas más cosas que alguien de mi edad y, por lo mismo, sé que puedo y no puedo... Así que lo siento, creo que es mejor no vernos más... No quiero herirte, sé lo que se siente y prefiero que nos distanciemos —dio la media vuelta resuelta a irse. Su mano la detuvo.

—Te conozco de poco tiempo, pero sé detectar cuando alguien vale la pena y tú, Anel, lo vales. No lo dejaré aquí —acarició su mejilla con el dorso de su mano, besó su frente y se fue...

Negó mientras esperaba que la cafetera industrial terminara de llenar el termo de los clientes. No deseaba olvidarlo, no se sentía preparada. Sentirlo ahí, aunque fuese de esa manera, la hacía sentir fuerte, lista para ir sorteando todo... Quizá, algún día, no tuviera otra opción, pero, por lo pronto... No... Necesitaba que su compañía perdurase mucho más. ¿Por qué nunca la quiso como ella a él? Dejó salir un suspiro cargado de frustración.

—Te amo. —Su piel se erizó, su nuca cosquilleó, su labio inferior tembló. Daba la espalda a la barra, y esa voz era inconfundible, más que eso, la hacía despertar, desear más, alucinar. Sin embargo, juró ya haber perdido el juicio. No tenía motivos para estar ahí, la noche anterior habló con él y fue cortante, no quería saber nada de ella—. Te amo, Anel. —Su pulso se desbocó, sintió que las lágrimas asomaban. No, no, no, no podía ser real.

Giró con cautela, lentamente, más nerviosa que en toda su vida.

Él.

Ahí.

Sus dientes castañearon, no lo podía creer, era simplemente inverosímil, increíble, mágico, pero, más aún, que le estuviera diciendo precisamente eso, que la mirara de esa manera que adoraba, que se viera asombrosamente guapo sentado en aquel lugar común, con su con su camisa negra y sus ojos imposiblemente verdes.

—M-Marcel —tartamudeó.

Inevitable

CAPÍTULO 34

El chico la observó como si se encontraran solos, como si no existiera nada alrededor, como si el bullicio, las voces y la agradable música de fondo, no estuviera ahí. Anel se veía hermosa, lozana. Sus mejillas levemente chapeteadas, su cabello lustroso sujeto delicadamente, esos labios acaramelados que añoraba, mostrando sus perfectos dientes, sus lagunas bicolors clavadas en los suyos, escudriñando como siempre, más de lo que debía. Ladeó la cabeza notando que ya llevaba algunos kilos encima, se veía simplemente perfecta.

—Lamento tanto ser un imbécil y no decirlo antes, pero es la verdad. Estrellita, te amo, amo tu mente, amo tu cuerpo, amo cómo me miras, amo tu templanza, amo cada rincón de tu alma. —La chica sintió que las lágrimas ardían. No lo podía creer, eso debía ser un sueño, no podía ser real... ¡Que alguien la pellizcara, por favor! Sus manos sudaban y su corazón latía de manera anormal.

—Vaya, esa es toda una declaración de amor, Anel. —Ella giró con las palmas cosquilleando. Aún no confiaba del todo en su suerte, en lo que ahí ocurría. Su jefa, Clara, una latina que llevaba viviendo ahí desde pequeña, sonreía con dulzura—. Anda, ve, mañana te veo... —le guiñó un ojo al tiempo que contemplaba a Marcel con franca aprobación y terminaba su tarea. La joven permaneció ahí, de pie, inmovilizada, con la mente en blanco y, a la vez, llena de todos los momentos que vivió a su lado.

—An, mírame... —Anel lo hizo temerosa, se sentía anclada a la tierra, no daba crédito de que eso fuera real, no podía creerlo—. Sal un momento, hablemos... Te lo suplico... —envuelta en sus ojos oliva no tuvo otro remedio que asentir.

Se dirigió a la parte trasera de la cafetería casi trastabillando, demasiado incrédula. Él la observó asustado, muerto de nervios. Esperaba que no fuera tarde, rogaba porque hubiera retorno a su falta de contacto con su sentir. La manera en que la trató, presa del miedo a perderla, a no saber qué era exactamente lo que en su interior sucedía. La había extrañado como un maldito desgraciado y la respuesta siempre la tuvo frente a él. Sí, era un imbécil, pero, aun así, esa mujercita era suya simplemente porque él era suyo y haría todo para que eso fuera la única realidad de ambos. Sin embargo, parecía no reaccionar ante sus palabras y eso generó que su estómago diera un giro y doliera incluso.

Apareció, por una puerta lateral vestida con un suéter celeste, un *jeans* y botas color miel. Su cabello lo llevaba con esa coleta preciosa mientras que sus labios parecían tener un poco de bálsamo. Casi deja de respirar, y si no hubiera sido porque tenía que reaccionar, seguro hubiese sufrido un paro respiratorio. Cómo es que no entendió antes lo que su sola existencia le producía: Anel era su vida.

La joven se acercó con cautela, parpadeando, insegura. Su olor lo invadió de inmediato y sus pulmones, agradecidos, lo aspiraron con profundidad.

—¿Es... Es cierto lo que dijiste? —preguntó bajito, con esa vocecilla que adoraba, que serenaba su alma, que calmaba sus pensamientos, que lograba todo tuviese sentido. Cuánto tiempo perdió por sus estupideces. Se hallaba a unos centímetros de él, ajena a todo su alrededor.

Marcel sacudió la cabeza sin quitarle los ojos de encima. Siempre le creyó todo con asombrosa facilidad y eso le costaba trabajo. Alzó una mano, absorto por su presencia, sintiendo cómo su alma brincaba. Finalmente, acarició su mejilla cálida y asintió.

—Nunca he sido más honesto en mi vida, esa... Anel, es mi mayor verdad... Te amo. —Un sollozo

atascado en su pecho brotó, al tiempo que recargaba su rostro en la palma de esa mano ruda que añoró tanto tiempo. Era simplemente increíble, inigualable.

—Creí que no querías saber nada de mí —murmuró con una lágrima resbalando por su mejilla. Si la felicidad existía, esa era, estaba muy segura de ello. Marcel ladeó el rostro, sonriendo de esa forma seductora que la dejaba con ansiedad por su ser.

—Jamás has estado más equivocada, Estrellita, tú lo eres todo... Y deseo todo de ti... —De pronto, muy lentamente, se hincó sin quitarle los ojos de encima. Anel parpadeó, sintiendo las mejillas arder, las palmas húmedas. Marcel sin perder contacto visual, notoriamente nervioso, sacó de su bolsillo derecho algo. Con mano segura lo acercó hasta ponerlo en medio de ambos. Los ruidos en el lugar dejaron de escucharse, solo algunas exclamaciones de asombros fueron la música que acompañó aquel momento.

—Marcel... —murmuró, atónita, con los ojos bien abiertos, con el corazón queriendo salir por su garganta. Eso era mucho más de lo que alguna vez creyó podría pasar entre ambos. Respiraba agitadamente y su corazón iba al ritmo de una banda de rock. ¡No podía ser cierto!

—Eres mía, porque yo soy tuyo, siempre lo ha sido, y nada me gustaría más que así lo fuera siempre. Fuiste mi luz en la noche oscura que era mi vida durante años, y eres la alegría de mi alma... Cásate conmigo, Anel, cástate y permite que te demuestre cada segundo de tu existencia lo valiosa que eres para la mía. —Sorbió las lágrimas que ya salían sin detenerse. Sus labios temblaban y no lograba pronunciar palabra, pues un enorme nudo en la garganta se lo impedía. El anillo era precioso, de oro, con una enorme piedra en el centro, elegante, clásico, intimidante. Marcel, conforme pasaban los segundos, comenzó a transpirar, esperaba un sí, pero si llegaba el «no» le importaba una mierda, haría todo para que el día que uniera su vida a la suya, llegara. Al carajo la edad, al carajo las expectativas, al carajo lo que pensarán los demás. La quería en su mundo, por siempre y eternamente, a su lado, iluminando su existir, disfrutando de lo que ambos sentían, de la potencia que emanaban al estar juntos, de lo que eran cuando sus miradas conectaban.

Las manos delicadas de Anel se acercaron al objeto con suma lentitud. Lo acarició con incredulidad y luego extendió sus dedos frente a su rostro asintiendo una y otra vez. El chico sintió que de nuevo todo giraba cómo debía y sonrió como nunca lo había hecho. Los aplausos y silbidos de los comensales no se hicieron esperar. Se lo colocó sin demorar.

—Te amaré hasta que mi pensamiento deje de existir, Anel. —Se levantó de inmediato, notando que la joven no lograba articular palabra. Sonriendo seductoramente, perdiéndose en sus lagunas bicolors que ahora estaban permeados de ese líquido salado raro en su sistema. Se sentía al límite, eufórico, era como encontrarse en la orilla de El Gran Cañón, extender los brazos y poder gritar hasta que los pulmones se quedaran secos; libertad, alegría, plenitud. Acarició su rostro primero con el dorso de la mano, para después adentrarla en su cabello sujeto. Con el dedo pulgar palpó su labio inferior y, luego, sintiéndose de nuevo dueño de sí, la probó con deliberado deleite, disfrutando de su olor a naranja, de su sabor a miel, de sus labios en forma de corazón, de su aliento inigualable.

Gritos siguieron. Anel se separó con natural timidez recordando de pronto dónde se encontraban. Con las mejillas más que encendidas, lo observó de nuevo.

—Vámonos de aquí —le pidió bajito. Marcel rozó otra vez su boca, rodeó sus delgados dedos y, entre felicitaciones y risas, salieron de allí rápidamente como quien vive su propia locura e irradia alegría.

Una cuadra después, Marcel la detuvo, sintiendo que podía correr sobre el mar si era preciso. Se giró, la acercó a un muro y se deleitó contemplándola con asombrosa parsimonia.

—Fui un idiota, chiquilla y casi te pierdo por ello. —Acariciaba sus mejillas ansioso, absorto.

—Pero aquí estás... —Esa vocecilla tan sutil despertó, como solía, cada una de sus neuronas, de sus

células.

—Y aunque deseo comerte a besos, ¡mierda! —Posó sus labios por un segundo a los suyos fundiéndose en su aroma—. Debemos hablar... —La joven, aún con los ojos cerrados, asintió.

—Quiero saber todo de ti, Marcel —soltó, abriendo los párpados de forma dormilona, pero segura. Era aún más impresionante de lo que recordaba, sin embargo, su presencia despertaba exactamente los mismos sentimientos.

—Sabrás todo, deseo que así sea... Necesito que así sea. —Ella elevó una mano ubicándola detrás su nuca.

—¿Estás seguro que podremos con esto? Tu vida ahora es... —La besó, acallándola.

—Una mierda sin ti —concluyó, certero—. Quiero cerrar los ojos y que tú seas lo último que vea cada noche, abrirlos y llenarme de ti... Sé lo que hago... Te lo juro, pero si tú... —Ahora fue ella quien lo besó, se separó solo un centímetro.

—Tengo 19 y deseo hacer tanto... Pero sé muy bien lo que quiero. Deseo vivir a tu lado, contigo, juntos. —La volvió a besar.

—Serás lo que desees, quiero verte feliz, realizada, logrando todo lo que te propongas. —Ella sonrió, adorando cada una de sus palabras. Era tan extraño escucharlo hablar de esa manera, con ternura, con palabras que ni en sueños creyó verlas salir de sus gruesos labios.

—Te amo, Marcel —murmuró en su boca, absorta y al mismo tiempo feliz de poderlo decir así, sin restricción. Era como si una válvula se hubiese abierto en ella, en él y el torrente de emociones, de palabras, de sensaciones al fin se dejara fluir. El río había al fin encontrado la forma de llegar al mar.

—Te adoro, te amo, te quiero y te deseo como un maldito demente, Anel —se besaron en plena acera, importándoles poco el frío o las miradas de la gente. Unos minutos después permanecieron abrazados, embelesados por ese momento tan suyo, tan ansiado.

—El anillo es hermoso —musitó, mirándolo con admiración. Él bajó la cabeza asintiendo.

—Era de mi madre. —Anel dejó salir un quejido de asombro—. Sé que ahora ese es su sitio, y lo será por siempre. —Era increíble escucharlo hablar de aquella manera, sus palabras eran tan dulces.

—Jamás me lo quitaré —prometió con ternura.

—¿Cómo no pude ver lo mucho que te amo? —soltó con arrepentimiento, contemplando cada una de sus suaves y delicadas facciones.

—No estabas listo —lo justificó con simpleza. Seguía siendo la misma. Y la amó más si eso fuera posible.

—No volverá a ocurrir, iré un paso adelante a partir de ahora, chiquilla. —Anel alzó las cejas, asombrada.

—Eso me gustaría verlo, Señor Competencias. —Se llevó su mano a los labios.

—Lo verás, te lo juro —le guiñó un ojo y volvió a rodearla.

Deambularon por ahí hablando del clima, de su trabajo en la cafetería y de cómo era su vida en Chicago. Sentados sobre una banca cualquiera casi frente al Michigan, soportaron el aire frío, inmersos en su burbuja indestructible, de acero, tal como él deseó mucho tiempo atrás.

—¿Por qué te fuiste sin más, Anel? —quiso saber. La joven le dio un trago a su bebida caliente.

—No encontré motivos para quedarme cuando me terminaste —admitió con tristeza. Marcel torció la boca asintiendo.

—No me diste tiempo de nada. Sí, sé que fui un imbécil y es que temía reconocer lo que siento...

—Dímelo ya —le rogó, pasando un dedo por su mejilla rasposa. Él sonrió con desquicio, besó su palma preparándose para mostrarse—. ¿Qué te pasó para ocultarte de esa manera?

—Fueron muchas cosas, Estrellita, pero creo que fue el hecho de que sucedió todo junto, al mismo tiempo. —La chica se acomodó mejor sobre la banca, cruzando sus piernas en flor de loto, para verlo de frente. Marcel besó sus labios fugazmente—. Te ves hermosa con esos kilos de más —debía decirlo ya. Anel sonrió complacida.

—Por lo menos no muero de frío todo el tiempo y sí, me siento mejor así —admitió con orgullo.

—No esperé verte tan repuesta, aunque sí sabía que superarías todo. —Le hizo ver su confianza, mirándola fijamente.

—Eso fue justo lo que me ayudó, que creyeras, que me vieras fuerte. —Volvió a besarla guiándola hacia sí con una mano detrás su nuca.

—Te veo perfecta, Anel, siempre te he visto así, pero ahora más... —La joven pegó su frente a la de su prometido.

—No me dejaría vencer, ya no.

—Tienes una templanza envidiable, Estrellita.

—Y tú una seguridad asombrosa, también temple. Marcel... Ahora que sé que te gusto con un poco más de grasa, deseo saber qué ocurrió... —bufó, asintiendo de nuevo, al tiempo que se alejaba unos centímetros.

—Bien, no es justificación para la manera en la que me comporté, pero no sabía cómo enfrentar lo que me hacías sentir, ¿okey? —Ella sonrió, aceptando con los ojos. El chico se rascó la barbilla, reflexivo, viajando casi siete años atrás—. En aquel entonces, solía ser un chico un tanto despreocupado... Hacía lo que me placía, tenía muchos amigos... Y una novia que adoraba, o por lo menos eso creí en aquel momento —admitió perdido en el agua, en la noche. Los recuerdos acudieron así, con facilidad. Era hora de dejarlos salir, era hora de liberar sus demonios, limpiar su interior y escribir una nueva historia con lo bueno que tenía en la vida, con el maravilloso ser con el que pensaba compartirla.

—¿La chica del restaurante? —susurró a su lado. Marcel la observó avergonzado.

—Sé que debí explicarte en aquel momento, An, pero sentía que ensuciaría lo limpio que dejabas en mí, que traería al presente inigualable que vivíamos, un pasado asqueroso. —La joven asintió con paciencia, atenta a sus facciones, a sus gestos. Marcel resopló, recargando los codos sobre sus rodillas y entrelazando las manos—. Cristina y yo llevábamos más de un año de novios, todo iba «bien» o por lo menos eso creía...

»Nuestros amigos eran los mismos, nuestros gustos, incluso nuestros padres eran conocidos y se frecuentaban de vez en cuando. Ella fue mi compañera desde pequeño, al igual que varios más de los que era inseparable. Mi vida familiar era formidable, excepto cuando comenzaron las discusiones sobre mi elección de carrera. Ya sabes, él no estaba de acuerdo, pero pese a ello, cuando no se tocaba el tema, todo era armonía. Me sentía seguro, feliz y con el mundo a mis pies. Cristina era amorosa y lo que deseaba en una chica en aquel entonces... —La miró de reojo algo incómodo. Anel no se movía, escuchaba tranquila, serena, imperturbable. Era inigualable, admitió para sí—. Existieron señales, cosas que no deseé ver. Siempre fui inquieto y crédulo, confiado, me costaba mucho percibir el mal o dobles intenciones en las personas. Era tan diferente... Cuando le dije a ella que deseaba estudiar Arquitectura, se asombró mucho, incluso ahora sé estaba decepcionada, molesta. Pero a mí solo me dijo que era una decisión absurda y muy irresponsable, sin embargo, me apoyaría... Los meses pasaron, entramos al último grado de bachillerato y el accidente ocurrió al poco tiempo. Me sentí responsable, muy culpable. Fueron los peores días de mi vida. Incluso, no logro acomodarlos del todo aún hoy. —Marcel respiró

hondo sacudiendo la cabeza. Qué difícil era traer el pasado al presente, sin embargo, sentía la necesidad de hacerlo.

—Ella, ella estuvo a mi lado, pero no cómo hubiese deseado. Cuando ocurrió todo yo estaba fuera de mí. Fue espantoso, me encontraba lleno de sangre, y es que en mi desesperación intenté sacarlos del auto destrozado. Me sentía rabioso, muy asustado y... Y Cristiana llegó después de que le hablase aterrado, me abrazó mientras yo temblaba, gemía de dolor por lo que vi, por cómo los perdí. Sintiéndome culpable, le dije lo que había pasado, como yo lo había vivido. Me intentó tranquilizar, pero luego llegó la familia y todo fue un caos. No dormí noches enteras, no comía y deseaba, con toda mi alma, también ser internado, perder la conciencia. Rogaba que todo fuese un sueño, algo que, al despertar, desapareciera. Obviamente no sucedió y la realidad me aplastó cuando los acabé por perder a todos. Mis esperanzas se escurrieron entre mis manos y no paraba de llorar, de golpear los muros, de gritar por la rabia. Los que eran mis amigos en ese entonces, iban, estaban a mi lado... Hipócritas. El velorio fue multitudinario, y yo no podía registrar que de verdad estuviera a punto de enterrar a toda mi familia, que no volvería a escalar con mi padre, que no volvería a pelear con Lily o que mi madre jamás me retaría con dulzura como lo hacía. Ya no habría desayunos en la mesa, ni comidas juntos, tampoco viajes, o simplemente una mañana típica de domingo donde cada uno hacía lo que le pegaba la gana pero que sabíamos, estábamos todos ahí. —Se limpió las lágrimas que brotaron sin intentar esconderlas, sacaría todo, ella lo valía, lo que tenían también.

—Harto de los pésames de gente que en mi vida había visto, cansado de las miradas de lástima, salí a fumar un cigarro por una puerta trasera. Y ahí... Ahí de nuevo mi mundo colapsó. Cristina besaba a Arturo, el que solía ser mi mejor amigo, casi mi hermano, se tocaban en una esquina y yo no pude dar crédito de lo que veía. Creí que nada podría ya ser peor que eso, me equivoqué, varios chicos que eran «mis amigos» —entrecomilló con sarcasmo— se acercaron. No me habían visto y ya no deseaba que lo hicieran, sabían qué era lo que había entre ellos, lo ocultaron. Mi mejor amigo, mi novia, el día que velaba a mi familia, besándose y a quienes consideraba mis amigos, lo sabían. Aturdido, me quedé quieto. Arturo, con voz triste, habló de lo mal que me veía, que no saldría de eso. Cristina lo besó, consolándolo, y, frente a todos, soltó lo que le había dicho, mi culpa. Un momento de silencio incómodo siguió. Una chica, que solía ser muy amiga de Sofía, dijo que ahora menos que nunca la madre de Cristina dejaría que terminara conmigo y que su relación iba a ser imposible, pues Arturo no tenía lo mismo que yo: dinero. Comprendí, de pronto, que me utilizó, que ellos se querían y que estaban conmigo por conveniencia, ambos, que llevaban más tiempo del que imaginaba juntos y que nada era lo que creía.

Lleno de rabia salí de mi escondite y me fui contra él. Lo golpeé perdiendo toda la proporción. Me separaron entre todos, la gente se aglomeró en aquel sitio pues los gritos no se hicieron esperar. Efrén, mi tío, llegó. Insulté, agredí y los corrí a todos, después, no supe de mí por horas, perdí el conocimiento. Desperté en casa de mi tío, Sofía estaba ahí y sin más le conté todo. Furiosa, indignada, al igual que Efrén que lo escuchó detrás de la puerta, se dedicaron a intentar ayudarme. Fue inútil. Caí en un abismo demasiado hondo y la verdad no deseaba salir de ahí, quería desaparecer —confesó y la miró significativamente. Sus ojos derramaban lágrimas silenciosas llenas de dolor, de asombro, de comprensión. De inmediato se abalanzó sobre él. Marcel la recibió en su regazo dejando que su alma se limpiara al permitir salir de su interior ese torrente de líquido salado que jamás había vuelto a liberar.

—Es horrible... —murmuró ella, alzando el rostro, alejándose y comenzando a limpiar sus mejillas con ternura infinita. Marcel rozó sus labios húmedos por el llanto.

—Sé lo que sentías, Anel, sé que es no desear existir... —La joven asintió, sonriendo con tristeza—, pero desde que apareciste, ese mundo de sombras en el que me sumergí, comenzó a iluminarse... Mis días fríos a calentarse... Encontré, de pronto, el motivo por el cual seguía aquí, vivo; eras tú, eres tú. —Anel lo besó con desespero.

—El final es inevitable, Marcel —susurró contra su boca. El chico se separó sin comprenderla—, termina con eso y pongámosle fin a nuestro dolor... Es hora de comenzar otra vez, podemos hacerlo, juntos. —Marcel sacudió levemente la cabeza y recargó su frente sobre la de esa chiquilla única.

—Tú no eres una estrella, mi amor, eres una jodida constelación. —La joven sonrió más tranquila.

—¿Qué ocurrió después? —deseó que, de verdad, sacara todo para escribir sobre una hoja en blanco y no llena de borrones, de grises y negros. Marcel resopló con ella sobre sus piernas, mucho más sereno.

—Me fui a vivir con mis tíos. A los días supe lo del testamento, lo poco que seguía de pie en mi interior, colapsó, y me perdí. No volví a hablar con ninguno de ellos y eché mi vida al drenaje y lo que restaba del año escolar. Tomaba hasta desfallecer, me drogaba, no llegaba a dormir... Me volví incontenible, grosero, pedante... Peor aún de cómo me conociste. Mi miedo a ser vulnerable creció cada día, me torné osco, seco, frío. Cuando vi que no podía seguir así y que estaba causando muchos problemas a mi tío, hablé con mi familia y les dije que deseaba irme a vivir solo, sentía que debía enfrentar mi realidad, que debía seguir a pesar de que me sentía tan vacío. Ingresé a un nuevo colegio, me dediqué a estudiar, a hacer nuevos amigos, ahí conocí a Rodrigo. Así fue cómo conseguí que me lo permitieran, ambas familias estuvieron de acuerdo. Entré a esa carrera porque debía hacerlo, porque siempre sentí una deuda muy grande con mi padre, porque me sentí un chico caprichoso, mimado y voluntarioso, y comprendí que esa era la consecuencia de mi comportamiento.

—¿Te castigaste por lo que pasó? —comprendió Anel, afligida, disfrutando de su cercanía, doliéndole cada palabra dicha por esa boca que adoraba. Marcel asintió con pesar, al tiempo que rozaba su mejilla con el dedo índice.

—Pero apareciste, Anel, cuando más solo me sentía, llegaste. No sé qué ocurrió, pero todo a mi alrededor cambió casi en ese instante. Fue como si, al fin, llegara a dónde debía y me dio mucho miedo. Depender, querer, creer, esos eran sentimientos que aborrecía, que decidí enterrar aquellos días. Pero contigo nada salía como planeaba, nada iba como quería y me encontré casi de inmediato, obsesionado contigo, buscándote, acosándote, y, a la vez, diciendo todas esas cosas hirientes que solo tenían como función convencerme de que no sentía nada, cuando yo ya sentía demasiado.

—Tú también lo cambiaste todo en mí, me hiciste sentir de alguna manera fuerte, capaz, devolviste de alguna forma esa seguridad que ya no tenía. —Marcel resopló sujetando con ternura una de sus manos.

—Eres fuerte, demasiado capaz y, definitivamente, la chica más extraordinaria. Debes creerlo porque así es. —Anel sonrió complacida—. ¿Y te digo algo? Además de todo eso, eres hermosa, muy hermosa, desde todas las perspectivas posibles, por eso me enloqueciste, por eso hice cada estupidez que hice...

—Aunque algunas de tus estupideces no me gustaron, la verdad es que la mayoría... Me enamoraron, Marcel. —El chico rozó sus labios fugazmente.

—Jamás, nunca, volverás a tener queja de mí, este que ahora tienes frente a ti, es lo que solía ser y es quien quiero mostrarte, quien quiero regalarte. Pasaré cada día de mi vida felicitándome por no haber dejado que mi idiotez tuviera la consecuencia más grande de mi existencia: perderte. Así que te juro, Anel, te amaré, te apoyaré, te respetaré y te acompañaré el resto de mis días.

—Y yo te juro, Marcel, que en cada paso que des, siempre me tendrás a tu lado, que la soledad nunca más regresará y que construiremos la vida que deseamos, juntos. —La besó, ansioso.

—An... —soltó un tanto nervioso, mostrando los dientes. La chica sonrió sin comprender su gesto—. En mi familia, sabes que te quieren, pero...

—Escuché a Efrén ese día, Marcel, el día que me fui... —lo interrumpió, al tiempo que bajaba la vista acomodándose el mechón—. Por eso creí que lo mejor era irme, vivir con mi tía, no quería causarte más problemas y... Y no deseaba que lo que sentías por mí fuera lástima, protección. —Él bufó negando.

—Con que escuchaste, ¿eh? —Anel lo encaró, asintiendo algo avergonzada. El chico ladeó la boca, reflexivo—. Okey, no puedo culpar a mi tío por comportarme como un asno cuando me preguntaste qué sentía... Sé ahora que hubiese sido la diferencia, pero sí estaba presionado. Tu tía, tu hermana, él...

—¿Ellas te dijeron algo? —deseó saber, arrugando la frente.

—Sí, y en parte las comprendo. An, llevamos conociéndonos menos de un año, tienes 19, yo no he sido el mejor hombre, ellas temían por ti y es que la inseguridad que me provocó no aceptar lo que sentía, me convirtió en posesivo, cada paso que daba pensaba que me dejarías, que te hartarías, que no era suficiente. Por eso era así, en serio, volteaste mi mundo, de la mejor forma, pero lo volteaste, y todo fue alucinantemente rápido. Entiendo que estuvieran desconcertadas, incluso Efrén. Lo cierto es que... —jugó con sus manos—, quiero que regresemos a México... Casados. —Alzó los ojos, nervioso. No sabía lo que le respondería. El rostro de Anel parecía sereno, atento, esperaba sus razones. Soltó el aire y siguió—. Anel, ya no quiero separarme de ti y por mi posición, sé que si no es así, todo mundo opinará, nos dirá que somos muy jóvenes, que lo ideal es que tú vivas con Laura en lo que lo decidimos y bla bla bla, nadie lo comprendería y lo cierto es que aunque me importa una mierda no quiero dar pauta a nada. Si ya lo decidimos tú y yo... ¿Qué más da los demás?

—Estoy de acuerdo... Pero... ¿Cómo?, no tienes papeles aquí y...

—Las Vegas, An. —La joven abrió los ojos ahora sí sorprendida—. Averigüé, tiene validez allá, solo hay que hacer unos trámites para que se legalice... ¿Qué dices? Prometo que tendremos nuestra boda, esa donde tú parecerás un ángel y caminarás hacia mí mirándome así, como lo haces... Nos iremos de luna de miel y habrá fiesta... Pero eso lleva tiempo y nada me gustaría más que fueras mi esposa ya, mañana... —Anel lo observó, reflexiva.

—Estás loco, ¿lo sabes? —Marcel asintió, esperando su respuesta—. Hay condiciones... —se irguió con seguridad, alzando el mentón.

—Mientras no sea tenerte lejos, digo que «sí» a todas.

—Qué docilidad... —Él sonrió, asintiendo.

—Solo contigo, chiquilla.

—No soy una chiquilla —se quejó con un leve puchero que adoró en ese mismo instante que apareció.

—Oh, sí, siempre lo serás, y mi amor, mi estrella, mi brújula, mi mujer perfecta. —Anel lo besó lánguida.

—Podría acostumbrarme a este Marcel dulce —murmuró cerca de sus labios.

—Tendrás que hacerlo, es lo que me inspiras. Pero dime, cuáles condiciones. —La chica regresó a su actitud firme.

—Ehm, bueno, he estado tomando un curso aquí, pero si regreso, retomaré la carrera.

—No espero menos de ti.

—No quiero pensar en familia hasta que ambos estemos listos...

—Me parece lo adecuado, eres aún muy joven, yo también, es lo correcto, lo responsable.

—Y quiero que ambos tomemos terapia allá, hemos pasado por muchas cosas y no quiero arruinar lo bueno que tengo, lo que tenemos, Marcel. —La observó con atención, era única, de nuevo se lo corroboraba.

—Eso es una idea estupenda y creo que la mejor... ¿Algo más? Porque ya te dije que a nada me negaré, no cuando se trate de verte bien, de estar juntos.

—Bueno, sí... Seré independiente, yo buscaré ganar mi propio dinero y...

—Anel, está bien, tú harás lo que desees, pero debo ser claro —acarició su mejilla, serio—, soy quien soy, tengo dinero, eso me sobra, y al casarte conmigo lo mío será tuyo también.

—Pero deseo superarme por mí misma.

—Eso no tiene nada qué ver... Tú cumplirás tus metas, tus sueños, nada odiaría más que ser un ancla en tu vida, cuando tu sola presencia me impulsa, pero el dinero no será ningún problema para ti y puedes hacer uso del mismo para todo lo que quieras, para realizar tus objetivos. Úsalo, no le temas, no es lo que nos ata y puede ayudarte a lograr lo que desees. ¿Sí?

—Será extraño.

—Puede ser... Pero nuestra realidad. Tú enfócate en ser y hacer lo que quieres, lo que soñaste... Lo demás no es problema, yo estaré a tu lado, tú junto a mí, todo irá perfecto. ¿De acuerdo? —Ella asintió aún reflexiva.

—Ya olvidé cómo conducir —soltó de pronto. Marcel rio divertido.

—Yo te recordaré todo aquello que hayas olvidado, Estrellita. —La joven se acercó, ronroneando. Viviría su sueño, viviría su momento, así, feliz, agradecida, dichosa. Nunca más nada permearía eso que ahora sentía: paz.

—Solo eso, lo demás está muy fresco en mi cabeza —la besó con desquicio.

—Vamos con tu hermana para informarle y luego ya veré si es verdad

La luz

CAPÍTULO 35

Llegaron al apartamento unos minutos después. En cada esquina se detenían para besarse, para tocarse o para simplemente decir una y otra vez lo que sentían. Envueltos en esa deliciosa emoción que da el ser feliz, se dejaron llevar.

—Vaya, al fin aparecen. —Abrió la puerta Ariana sin esperar a que ellos lo hicieran logrando de esa manera sorprenderlos en pleno beso ardiente, ahí, a un lado del marco. Los dos soltaron risitas pícaras mientras ella los observaba sacudiendo la cabeza y rodando los ojos—. ¿Dónde andaban? ¿Ya vieron la hora? —Marcel aferró la cintura de Anel al ver su frescura, pues le dio un beso en la mejilla a su hermana de lo más serena y pasó con su novio detrás hacia el interior.

—¿Cómo sabías que estábamos juntos? —La encaró, pegándose de nuevo a él, radiante, con un brillo en su mirada que jamás le había visto.

Marcel se sentía tan extraño con ese nuevo comportamiento, parecía más desinhibida, más relajada. Le gustó, le gustó bastante porque era su Anel, pero mejorada, más libre, definitivamente más segura. Besó su cabello sonriendo.

Al llegar, horas atrás, lo primero que hizo fue dirigirse a ese apartamento, por supuesto, sacarle la dirección a Laura le costó un poco, pero al hacerle comprender que de todas formas la conseguiría, logró que, a regañadientes, la soltara. Cuando escuchó los pasos del otro lado avanzar hacia la puerta prácticamente dejó de respirar. Ariana abrió claramente asombrada, descolocada, era evidente que no tenía idea de qué hacía justo en su umbral.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin dejarlo entrar. Marcel ladeó la cabeza, observándola fijamente.

—¿En serio? —refutó con sarcasmo. Esa chica no le caía mal, pero desde el principio fue evidente que no congeniaban. Ariana entornó los ojos.

—Pasa... —dijo y sin mucho ánimo le permitió avanzar. Anduvo por aquel sitio reconociendo levemente el aroma de Anel. Casi cierra los ojos para poder identificarlo con mayor claridad. El lugar era pequeño, pero muy iluminado y agradable. Se detuvo a la orilla de un comedor de madera bastante casual. La tranquilidad en ese sitio era palpable. Sonrió.

—Escucha, no tengo idea de qué traigas entre manos, pero... —La puerta sonó. Marcel rio bajito con indolencia.

—Me sentaré, te espero... —La chica rodó los ojos asintiendo. Dio dos pasos más hasta el sillón cercano. Una puerta abierta del lado derecho lo hizo girar, lo que vio justo al frente en aquella habitación lo dejó sin aire. En un enorme corcho, muchísimas fotografías y no le costó trabajo ni reconocer el lente, ni muchas las imagen que ahí estaban. Cerró las manos en un puño sintiéndose más nervioso aún y asombrado de poder recordar con una claridad increíble muchos de esos momentos, incluso sentirlos.

—Ah, eres tú. —Marcel giró levemente y de reojo pudo ver a Ariana dándole la espalda y, justo en frente, un chico muy alto, de facciones duras y cabello ondulado cayéndole por el rostro de forma desordenada. De inmediato, se sintió intrigado, así que no se movió de lugar.

—Sí, y necesito que me ayudes, Ariana. Te lo suplico, sabes que me gusta... Lo de ayer fue un impulso, no debí besarla, pero es que no puede seguir así, debe abrirse. Tú puedes hacer algo, lo sé, no quiero que se aleje, me enamoré sin poder evitarlo y quiero luchar por ella... —Esa jodida voz se

escuchaba claramente desesperada. Los vellos de su nuca se erizaron, cerró con mayor fuerza los puños y los ojos, respiró una y otra vez para tranquilizarse. Debía calmarse, eso le pasaba por imbécil, por ciego. Era evidente que esa chiquilla rompería el corazón de quien se le pusiera en frente, tenía esa personalizada que atraía a los hombres sin ni siquiera percatarse.

Juró por lo bajo, concentrándose. Él estaba ahí para recuperarla y si lo lograba, ni ese tipo, ni ningún otro tendría cabida. Asombrosamente pudo, con calma, sentarse en el sillón. Le urgía saber dónde estaba su Estrellita para ir hasta ella de una maldita vez. El tiempo corría y sentía que iba contra reloj, urgía expulsar de su sistema lo que en su interior había, lo llenaba y consumía.

—Escucha, ahora no puedo atenderte, pero te aconsejaré algo... Olvídala, creo que ella pronto tendrá lo que desea. Solo quiero verla feliz, Kyle, y espero que eso al fin llegue. —Marcel sonrió para sí, esperaba que hablara en serio porque, en general, siempre sintió esa reticencia a su relación. Un segundo después escuchó la puerta cerrarse—. ¿Y bien? ¿A qué viniste, Marcel? Ayer te marcó y tú... —Ya estaba de pie frente a él con los brazos cruzados sobre su pecho, reclamando, en pose mandona. Casi rueda los ojos, se contuvo, si tenía suerte, pronto serían familia y debía llevar las cosas en paz.

—Dime dónde está, iré a buscarla... —zanjó, recargando los codos sobre sus rodillas, serio. Escuchar que aquel hombrecito la besó no lo tenía precisamente brincando de alegría, aunado a los nervios y demás jugos gástricos quemando su esófago debido a lo que deseaba hacer, pues no estaba para la envergadura de celadora que esa chica solía tener.

—¿Cómo supiste dónde encontrarnos?

—Laura, y, en serio, Ariana, hablar contigo es interesante, pero necesito verla. —La joven lo miró penetrantemente. No daba aún crédito de lo que estaba ocurriendo y cuando le abrió a Kyle, y soltó todo aquello, juró que Marcel se acercaría y comenzaría una pelea encarnizada. Pero fue todo lo contrario, parecía decidido y calmado, diferente.

—No quiero que la lastimes, no quiero que ya nada lo haga... —soltó un tanto amenazante, otro tanto ansiosa. Eso logró doblegarlo, al final ella lo hacía por su bien y eso jamás podría reprocharlo, esa chica era su hermana.

—Estamos del mismo lado, no lo olvides. —Ella asintió, suspirando. Se alejó y regresó con un papel en el que venía la dirección.

—Ahí trabaja, y te hago responsable de lo que sea... ¿Entiendes? —Marcel se levantó, tomó lo que le interesaba y sonrió, divertido.

—Creo que te hace falta salir un poco más, no sé, ¿reírte, divertirte? —soltó con dolo.

—Ja, ja, ja. Eres la simpatía personificada, y sobre todo tú, Señor Sonrisas. Ahora vete, y más te vale que cuando la vea esté bien. —Marcel no sabía qué ocurriría, pero rogaba que cuando se volvieran a topar, Anel ya estuviera como añoraba, a su lado.

De vuelta al presente se aplaudió por su autocontrol y reía internamente por la expresión de su, ahora sí, cuñada.

—¿De dónde crees que saqué que trabajabas ahí? —Con el dedo índice picoteó su vientre guiñándole un ojo. La chica abrió la boca asombrada.

—Ahí lo tienes, ayer te cuelga y hoy toca la puerta pidiendo que le diga dónde estás. —La más joven se carcajeó, divertida, bajo la mirada atenta de ambos.

—Así es él..., pero ven —dijo, restándole importancia y la jaló de la mano para que fueran hasta la sala mientras que, del lado opuesto, sujetaba a su prometido. Ariana entornó los ojos mirando a Marcel, intrigada, él ladeó la boca con prepotencia—. Siéntate, Ari. —Su hermana iba a hacerlo cuando vio el anillo en su dedo anular. Se llevó la mano al cuello sintiendo que se atragantaría. Alzó los ojos

clavándolos en los de Anel, casi lívida. Marcel se irguió listo para la letanía, no obstante, su novia ladeó la cabeza de forma traviesa aligerando el ambiente—. Respira —ordenó suavemente, empleando un tono dulce, tierno.

—¿E-es en serio? —soltó Ariana con voz pastosa. Anel alzó la mano y la colocó frente a ella sin un ápice de recelo. Marcel no sabía si reír o parpadear hasta que los ojos se le secasen. En serio era inigualable.

—Por supuesto que lo es. —La mayor iba a decir algo, pero la menor la acalló con un ademán ligero, elocuente—. Espera, entiendo que te preocupes por mí, que vayas a decirme eso de que soy muy joven, que tengo 19, que es absurdo si hace unas horas creía que él no sentía nada por mí, que todo es muy rápido y que para ti no tiene sentido.

—P-pues sí... —admitió, mirando ahora notoriamente molesta a Marcel. Anel se ubicó frente a él con determinación. Notaba la tensión entre ambos, cosa que le causó gracia.

—Ariana, lo amo, me ama, quiero estar con él, en ningún otro sitio. Sé lo que siento, sé que es lo correcto. Casarse es algo serio, una responsabilidad, e implica muchas cosas, todas las queremos descubrir juntos y estamos dispuestos a asumir todo lo que conlleve esta decisión. Así que solo deseo que estés enterada de lo que haré. —Marcel la observó embelesado, anonadado, poco le faltó para abrir la boca. De verdad le fascinaba, pues aunque tímida, esa fuerza que siempre vio, ese temple, estaba ahí, emergiendo para defender sus ideales, lo que deseaba. Fluía como el aire, como su propio aroma, ligero, sin complicaciones.

—Anel... —murmuró su hermana sin dar crédito a todo lo que estaba pasando.

—Escucha, Ariana, si viajé hasta aquí es porque vine por ella. No espero que lo entiendas, ni tú, ni nadie, sin embargo, deberías saber lo que tenemos planeado. Nos casaremos...

—Mañana, en Las Vegas —anunció su novia, sin más, como si estuviese diciendo cualquier cosa. Marcel casi suelta la carcajada al ver el rostro palidecer más aún de su cuñada. Apretó la mano de su prometida para que lo viese, esta lo hizo con esa ingenuidad muy suya. Era evidente que no veía nada de malo en decir las cosas, pues para ella eran los hechos. Así era Anel: literal.

—¿¿Qué?! —Marcel se pasó las manos por el cabello ralo un tanto descolocado. Ariana lo veía más que rabiosa, casi a punto del colapso.

—A ver... —soltó en tono conciliador buscando evitar un problema que veía venir con claridad.

—No, a ver nada, ¿¿por qué la prisa?! Embarazada no está, por qué no esperar...

—Porque no quiero —admitió con simplicidad Anel, observándola imperturbable, pero firme—, porque es mi vida, porque son mis decisiones y si me equivoco, también serán mis errores, pero no frenaré lo que siento, mucho menos lo que deseo. Quiero ser su esposa, quiero que sea mi esposo, quiero vivir esto con él. Hay personas que sienten esta certeza con el tiempo, cuando se es mayor... Yo la siento ahora, él también... Así queremos las cosas...

—¿O sea que te prestarás a una boda de ese tipo? Viene como si nada después de cuatro meses sin saber uno del otro y le dices que sí. ¿Así, sin más?

—Sí. —Ariana se sentó en el sofá azorada por su simpleza, por su determinación que, adivinaba, era inamovible.

—Ariana, no esperamos que nos entiendas, solo que nos apoyes —dijo él con mesura y muriendo por estar de una maldita vez a solas con esa mujer que de solo escucharla lo hacía vibrar como un jodido demente, y que después de verla así, tan desenvuelta, solo había logrado enardecer hasta lo más profundo de su ser, de su mente, de su alma.

En todos aquellos meses la vio surgir muy lentamente, pero nunca imaginó que el resultado fuera ese; un ser tan atípico como real, tan suyo y tan libre como nunca nada. Sentía su pecho bullir, la ansiedad brotar y es que en serio había sido un imbécil, uno de marca universal y eso casi le cuesta perder el motivo por el que sentía y vivía de nuevo.

—Podrían, no sé, irse a México, tú vivir con mi tía y luego... —propuso, conciliadora. Anel negó, pegándose al pecho de Marcel, mientras este la recibía rodeándola por completo. Si en algún momento ella así lo quería, él no objetaría, a esa joven ya jamás le negaría nada, nunca.

—Llegaremos a México casados... Luego haremos la fiesta y esas cosas, pero es precisamente eso lo que queremos evitar. —Ariana respiró hondo para, un segundo después, fulminar con la mirada a Marcel.

—Espero sepas lo que estás haciendo, ella tiene 19.

—Lo sé yo, él no es responsable de mí, nadie lo es salvo yo... Él sabe lo que hace, pues es su vida, yo sé lo que hago, porque es la mía... —Guou, Marcel iba de asombro en asombro y su corazón palpitaba como el de un toro en plena faena persiguiendo una telilla roja.

—Ariana... —intervino para suavizar las cosas sintiéndose lleno de orgullo—, lo nuestro nunca fue normal. Sé que te pierdes de mucho y te comprendo. Solo confía en ella, en lo que te dice. Y, por mi parte, te juro que esta decisión es la más inteligente que he tomado desde que recuerdo. La quiero a mi lado de todas las formas posibles, con todo lo que implica... La conozco, me conoce... Ambos sabemos que lo lograremos. —Al escucharlo, suavizó un poco el gesto.

—Saben que allá se armará tremendo alboroto. ¿Cierto? —Marcel besó la mano de Anel, asintiendo.

—Es una de las razones por las que le pedí fuera así... Llegar casados evitará muchas situaciones —la hermana mayor asintió reflexiva. ¿Qué podía decirles? Anel brillaba, tanto que deslumbraba. Ambos generaban una luz cegadora imposible de eludir. Su felicidad estaba ahí y eso era lo único que deseaba para ese ser al que le falló por tanto tiempo.

—Y... Ya saben... ¿Ese tipo? —No deseaba hablar de él, pero la seguridad de Anel era esencial, lo primordial. Ella pareció recordar de pronto ese punto, giró dudosa y con ese maldito temor instalado en sus lagunas bicolors hacia Marcel. El chico bufó, la arrastró a su lado en el sillón que tenía detrás y se sentó. Les narró a *grosso modo* lo que hizo sin ahondar mucho. Las dos lo escucharon atentas, aunque Anel, claramente más perturbada.

—Me dijiste que no lo habías buscado —le recordó de pronto en un susurro, con sus palmas sudorosas, pero sin tinte de reclamo. Marcel acarició su mejilla con dulzura.

—Te estabas recuperando de lo que pasó, estabas pegando con cuidado cada fragmento de tu alma que «ese»... Y tu madre rompieron. No era el momento, Estrellita, pero no podía quedarme cruzado de brazos... Debía hacer algo al respecto. —Anel bajó la mirada pensativa. Ambos aguardaron a que lo asimilara, aunque en los ojos de Ariana, cuando volteó por un segundo, vio admiración y clara aceptación, con eso la había ganado, comprendió triunfante.

—Lo entiendo... —soltó de pronto alzando la vista—, lo entiendo, pero no quiero volver a saber nada de eso. Nunca. —Marcel rozó sus labios dulzones, asintiendo.

—Ese tema se enterrará en este mismo momento entre nosotros y será así mientras tú lo quieras, pero debo decirte que no me quedaré solo con lo ocurrido ese día. Lo que hace es ilegal, y lo hundiré, encontraré la manera y lo haré, Anel. —Ella cerró los ojos por unos segundos intentando poner todo en perspectiva. Lo odiaba como jamás odiaría a nadie, y él tenía razón, la libertad era lo mínimo que podría perder por todo lo que hacía con esas chicas, por los años de miedo que la hizo pasar.

—Está bien, aunque ya no lo puedo denunciar estoy de acuerdo, no merece estar libre ni hacer más daño —soltó con decisión. Ariana sonrió un poco más relajada.

—Debes trabajar aún en eso, Any —dijo con ternura su hermana. La joven viró más tranquila.

—Seguiré con mis terapias allá, sé que estaré bien. —Su rostro ya era el de siempre. Eso la asombraba pese a que creció a su lado; Anel era una chica que no permanecía dolida, dándole vueltas una y otra vez a lo ocurrido, a lo que le tocó vivir, a su desgracia, sino que lo procesaba y cuando se sentía lista, se levantaba con temple y seguía, así, erguida, decidida, a su manera.

—Y tú seguridad ahora es lo más importante... —comentó Marcel, esperando su reacción. Su novia entornó los ojos mirándolo de esa forma tan penetrante.

—¿Escoltas? —Conjeturó. Marcel acarició su mano, serio, asintiendo.

—Yo tengo, logré que me dejaran hacer esto a mi manera, sin embargo, es necesario, y ahora tendrás tú. Pero además, creo que mientras esté libre ese hombre todos estaremos más tranquilos si te sabemos segura, ¿no lo crees? —Anel siguió evaluándolo sin moverse. Esa sería su realidad, deseaba vivir lo que fuera a su lado y aunque la situación era extraña, ¿qué había sido lo normal con ellos?

—Está bien, pero ya te dije que no quiero depender de nadie —zanjó firme. El chico sonrió, negando en silencio. Acarició su barbilla con suavidad perdiéndose en su alma pura, tan frágil como fuerte, en su ingenuidad y certeza, en su esencia. Le importaba muy poco dónde se encontraban, definitivamente la amaba.

—Nunca, estaremos juntos, eso no obstaculizará nuestros caminos. Soy tuyo, An.

—Somos de los dos, Marcel. —Ariana presenció ese intercambio de ternura sonriendo satisfecha. Se amaban, eso era más que evidente y ver la felicidad derramada en cada gesto de su hermana la hizo comprender que los apoyaría hasta el final pese a que eso podía ser una locura.

—Bueno, ya que esos son sus planes... Creo que debes empacar... —Anel se levantó de un brinco asintiendo entusiasmada, pues comprendió que Ariana no se opondría. Él, de inmediato, la imitó sonriendo. Se sentía tan pleno, tan vital, tan libre, con ganas de gritar, de cargarla y girar con ella a cuestas.

—¿Me ayudas? —preguntó con esa vocecilla maravillosa a la que jamás le podría negar nada ubicándose frente a él, aferrada a sus manos.

—Solo llamaré al piloto, debemos salir mañana temprano y luego hago lo que tú quieras. —Le guiñó un ojo sonriendo seductor. La joven parpadeó, asombrada por lo que acababa de escuchar y sin poder ocultar el sonrojo que le generó, pues conocía lo que implicaba ese tono.

—Piloto... Esto se pone interesante —murmuró Ariana, rodando los ojos al ver que, en serio, emanaban chipas, que él la veía como lo único, y ella, como su todo y que el hecho de que Marcel fuese lo que era, a ambos les daba lo mismo.

En realidad, no estaba muy de acuerdo con el arrebato y premura de la decisión, pero algo le decía que no estaban cometiendo una equivocación, no ellos, no después de todo lo que vivieron, no después de la valentía que su hermana le había mostrado todo ese tiempo, no cuando él la defendió de todos y de todo, incluso arriesgándose. Sí, Anel estaría bien con Marcel.

Al entrar a la habitación después de planear el viaje, se detuvo observando de nuevo aquel *collage*. Anel iba atareada de un lado al otro al igual que Ariana, pero al notar lo que hacía, se detuvo, siguió su mirada y de inmediato comprendió.

—Son las que más me gustaron —musitó ya muy cerca de su rostro sin una pizca de pena pero con su forma tímida, qué combinación tan perfecta. El chico rodeó su cuello con delicadeza y la atrajo hasta quedar a unos centímetros de esa exquisita boca.

—Quiero tener uno mucho más grande en nuestra casa... Fotos por todos lados, pero solo las tuyas...

—Y yo quiero que esa casa en la que vivamos, la construyas tú... Solo así aceptaré lo que me pides — Marcel pegó su frente a la suya, maravillado.

—Eso es un trato, Estrellita.

—Sé que lo lograremos —musitó con suavidad, dejando su aliento cerca de la comisura de sus gruesos labios.

—De nada, he estado más seguro en la vida, a tu lado lo que sea, como sea...

Terminaron casi una hora después, entre risas y un ambiente más relajado, lograron empacar en dos maletas lo que deseaba llevarse. Ariana le recomendó decirle a su padre que se iría unos días, tiempo después hacerle saber que no regresaría, y ya que la fiesta que tenían planeada fuera un hecho, entonces, le comunicaran su decisión. Se despidieron entre lágrimas y miles de promesas mientras él la observaba, comprendiendo que su relación esos meses las compenetró y que de alguna manera fue lo que ella necesitó y su cuñada siempre lo intuyó.

• • •

El equipaje ya descansaba sobre uno de los muros de la moderna y, a la vez, elegante habitación. Anel de inmediato se acercó a una de las ventanas y perdió la vista en las luces de la ciudad. Ese tipo de vistas siempre la maravillaban.

—Cuatro meses me perdí de tenerte por mis estupideces... —susurró Marcel, cerrando la puerta después de darle su propina al botones. Observaba a Anel, como no había podido evitar hacer desde que la volvió a ver hacía unas horas. Era hermosa, se movía de esa manera única, serena, apacible, pero también ágil, casi como si danzara. La joven giró, ladeando la cabeza con sus manos entrelazadas tras su cadera, infantil, ingenua, y mujer, demasiado en realidad.

—Quedamos que viviríamos el presente, Marcel... Que construiríamos nuestro futuro. —El chico cruzó los brazos sobre su pecho, sonriendo de esa forma seductora que la aniquilaba, que hizo, desde el primer momento, desear no separarse de él.

—Debo decirlo, Anel. —Ella esperó atenta, acomodándose su mechón tras la oreja de forma ligera—. Te adoré desde el inicio, me enloqueciste con el primer beso, desde ese momento ya nada fue como debía. Siempre, desde ese instante fuiste tú, nada más, y no lograba hilar un pensamiento con coherencia, menos sin tu presencia. —La joven se acercó sonriendo con dulzura, ubicándose frente a él. Se sentía eufórica, feliz, completa.

—Para mí también, Marcel, ocupaste mis pensamientos, mis días, mi locura y convertiste mis peores momentos en algo no tan espantoso, me hiciste sentir que podía emerger y eso solo podías hacerlo tú, nada más. Y te amo, te amo con cada parte de mi ser. —El chico alargó un brazo enredándolo en su delgada cintura para pegarla de una vez a su pecho. Anel soltó un suspiro coqueto.

—¡Mierda! Es que te amo con cada neurona, con cada célula, con cada pensamiento cuerdo y loco, y con cada parte de este jodido cuerpo que no sabe ni quiere vivir sin ti... —Anel alzó una mano delicada hasta posarla sobre su mejilla áspera por la barba incipiente. Sus ojos oliva, clavados en los suyos bicolors, intercambiando algo más que palabras, el alma, la ilusión y las ganas de pertenecerse por siempre.

—¿Qué esperas?... —lo desafió con voz tierna, cargada de esa bruma que ambos conocían, surgía al sentirse tan cerca, eléctrica y peculiar desde que todo inició aquella tarde fría de enero. Él sonrió sacudiendo la cabeza.

—¿Ya te había dicho que me agradas?

—Podrías decirlo después y mañana, tal vez pasado, o en muchos años.

—Te lo diré toda la vida, An, tu luz solo aumentará y mi afición por ti, será mayor...

—Entonces, hazla brillar más... Cuatro meses es mucho tiempo, mi ogro preferido... —El chico rio sin poder defenderse, embelesado al sentir como lo agarraba por la camisa hasta hundir sus labios que añoraba con demencia. Su sabor amielado lo inundó todo de inmediato, sus sedosos custodios se abrieron dando paso a una invasión como tanto extrañó, esa que tanto rogó, que lo embrutecía y hacía tocar el cielo.

—Besas bien... —habló sobre su boca al tiempo que la iba arrastrando con frenesí hasta la cama. Una vez ahí, la tumbó con delicadeza.

—Supongo que tú también —murmuró con las mejillas encendidas al tiempo que él se deshacía de sus gafas con cuidado. Marcel sonrió, alzando una ceja.

—¿De qué hablas? —Ella lamió su comisura apenas, como si solo quisiera probar un poco. El chico dejó salir un gruñido, confundido.

—Tú me diste mi primer beso —abrió los ojos, atónito. Eso sí no lo sabía, no era que la hubiese imaginado besando a varios, pero uno por ahí, a más temprana edad, eso era lo lógico, ¿no? Además, ese chico la había probado. No obstante, le importó muy poco, ella estaba ahí y sabía que ese beso no fue consensuado, no después del tono que empleó con Ariana. Sonrió con picardía guiñándole un ojo de forma sensual, indolente.

—A mí solo me interesa darte el último, An, sé que así será... Y ni siquiera lo lamento por los demás... Esa boca jamás experimentará otros labios... —advirtió con lujuria en cada facción.

—La tuya tampoco —le recordó, sofocada, al sentir su nariz viajar por su barbilla, absorbiendo su aroma.

—Soy tuyo, Estrella, es lo que más deseo, lo único que quiero, mi lugar es a tu lado. —Anel sonrió complacida, dejándose llevar.

Desprovistos de ropa, se amaron. Recorrieron cada centímetro de sus cuerpos, desperdigando besos, susurros y su aliento cálido por cada rincón que idolatraban. Marcel la memorizó nuevamente, pasando su dedo índice con lento desgarbo por toda esa piel cremosa que lo hacía vibrar, enardecer, que lo hacía sentir él.

—Eres bellísima, An... —murmuró bajito, notando como ella lo observaba, desinhibida, absorta en su rostro, rozando con sus yemas cada parte de su facciones—. La mujer de mis pensamientos, de mis sueños, de mi realidad. ¡Y carajo! —sujetó su mano para mordisquear con dulzura, apenas si un poco—, estuve bastante jodido sin ti.

La chica sonrió al tiempo que se erguía un poco y tomaba su barbilla. Con decadentes movimientos fue dejando la estela de su aliento por cada expresión dura.

—Me devolviste a mí misma, Marcel, me salvaste... Y amo que seas mi realidad, la única —El hombre sonrió lánguido.

—Bésame, An.

Y el mundo colapsó. Con cada urgente roce entregaron la última parte de sí, con cada gemido arrancado de esa dulce garganta se sellaba lo que las palabras significaban, y con cada profunda mirada, se abrió el último candado.

El fin era inevitable, y la sombra del pasado, del dolor vivido, de los errores cometidos, de los momentos lúgubres, de pensamientos oscuros, se iba consumiendo como si una ráfaga semejante a un tornado los fuera desentrañando para convertirlos en los cimientos de un nuevo futuro, de una manera distinta de vivir la vida, de enfrentar lo que viniera.

Sabían lo que hacían, lo que querían y, más aun, lo que vendría y no le temían, no después de tener existencias tan retorcida, tan llenas de vacíos, de infelicidad y soledad.

Saberla en sus brazos, fue celestial, hacerla gritar, exigir y rogar por fundirse en él, no tuvo comparación con nada. Exhausta, yacía a su lado, emitiendo esos ruiditos únicos, inigualables. Besó su frente llenando de aire sus pulmones. Sería feliz, esa era una decisión, la única, la más importante y la haría feliz, esa era la razón por la cual la vida decidió que el continuara en este mundo, ahora lo entendía.

Dejaron ese hotel al amanecer, inmersos en su enamoramiento, radiantes y sonriendo cada dos segundos. Era tan exquisito dejarse llevar que ambos lo disfrutaban sin restringirse como dos niños.

Horas después salían incrédulos por lo que acababan de hacer. Ambos portaban unos anillos de utilería que les dieron en el establecimiento donde unieron su camino. Se miraban deleitados, corriendo, brincando y dejando correr la adrenalina del momento sin restricción. Anel tomó fotos de cada instante, y las enormes sonrisas de su decisión, los hacía sentir infalibles.

—Señora, ¿está lista para lo que vendrá? —Le preguntó mientras cenaban un hotel lujoso ubicado en el bulevar principal. Anel sonrió encogiéndose de hombros. Ese día estaba resultando tan mágico como el anterior y ya solo podía pensar que su vida no podía ir mejor.

—Si no lo comprenden ahora, lo harán después. —Marcel asintió, dándole un trago a su cerveza. Su ahora esposa dejó de pronto su tenedor y lo observó intrigada—. Ahora, dígame, señor, ¿cómo es que me colgaste y al día siguiente apareciste tan decidido? —Marcel mostró sus dientes en una amplia sonrisa un tanto culpable. Entrelazó sus dedos por encima de las mesa deleitándose por su tacto y le narró lo ocurrido—. Creo que ya sabemos quiénes serán los padrinos de nuestra boda. ¿Cierto? —se burló apretando sus enormes dedos.

—Creo que sí, lo merecen por aguantarme, por lo que han hecho por mí, pero, sobre todo, por abrirme los ojos... —acercó sus dedos a su rostro y los besó sin dejar de verla.

—Todo ocurrió en muy poco tiempo, no te culpes —le pidió con las mejillas sonrojadas, con ese brillo alucinante en su mirada.

—Y lo cambió todo... —murmuró con voz ronca—. Te amo tanto... —dijo y cruzó la mesa para besarla con dulzura.

—Creo que estoy en el paraíso —soltó ella al verlo regresar a su lugar, sin percatarse de que los comensales estaban atentos a ellos.

—Y no te dejaré salir de ahí jamás...

Llegaron a México en la madrugada del lunes, su jefe de escolta ya lo esperaba justo en el hangar. Lo saludó y, de inmediato, le presentó a su esposa. El hombre asintió con formalidad dándole la bienvenida. Anel se mostró relajada respecto a ellos. Nada importaba salvo sus manos entrelazadas y las certezas que ahora experimentaba.

Se sentía agotados, pero felices. Ahí comenzaba su vida juntos y nada empañaría la magia que emanaba cada instante presente y futuro.

Entraron al apartamento entre risas, tropezando, y, sin perder el tiempo, colonizaron nuevamente todo el espacio. Cada hueco de ese lugar que ahora sería su hogar y que fue testigo mudo de lo que entre ambos se gestó meses atrás, de cómo los hilos de la atracción fueron convirtiéndose en acero, en indestructibles, en verdaderos.

El martes debía regresar a la empresa, no lo podía postergar. Así que, sin más, le habló a su tío. El silencio posterior a la declaración le hizo saber que lo dejó perplejo. Minutos más tarde Gina, su tía, le llamaba. Le informó que invitó a toda la familia de su padre, pues era para él la más importante. Debían dar la noticia como se debía y empezar como se lo merecían.

Observó a Anel enrollada en las sábanas, saciada, chispeante, expectante. Aceptó sin remedio. Nada importaba, solo la decisión que tomaron y de la que tenía total certeza, y que pese a lo que opinaran, para él era la adecuada y nada la cambiaría, nunca.

• • •

—Aquí vamos, chiquilla —soltó con seguridad, rodeando su cintura vestida por un blusa ligera, dulce. Anel asintió, pegándose un poco más a él. Ahí, entre sus brazos, nada la hacía titubear.

Al llegar, y después de que Gina los felicitara en secreto, notaron que todos los presentes se mostraban intrigados, aturridos. Marcel, con los dedos entrelazados de su esposa, avanzó hasta el jardín mientras Efrén lo miraba sacudiendo la cabeza sin poder aún acomodar lo que había hecho. Parecía librar toda una batalla interna, no lograba descifrar su expresión.

No perdió el tiempo, no se detuvo. Se posicionó con determinación frente a todos, solicitó su atención sin el menor temor, con una convicción apabullante.

—Gracias por venir..., por estar aquí —pegó a Anel a su cuerpo rodeándola por la cintura ya que sabía, se sentía demasiado expuesta, asombrada por la cantidad de gente que los miraba, curiosos, pues por ahí asomaban también familia de su madre que hacía mucho tiempo no veía. Por muy segura que estuviera del paso dado, no dejaba de ser ella y la propia situación no dejaba de ser imponente—. El motivo de esta reunión es uno que me llena de satisfacción y alegría, la mejor decisión que sé, he tomado en los últimos años. Es un placer hoy presentar a mi esposa... —Los gemidos, silbidos y suspiros de asombro, no se hicieron esperar—. Anel y yo nos casamos ayer en Las Vegas y en unos meses celebraremos las cosas como se deben. Lamento que se enteraran de este modo, pero era lo que deseábamos, lo que queremos, así que elegimos no esperar. —El silencio de varios segundos fue lo que permeó el ambiente mientras él se mostraba impertérrito, de nada había estado más seguro en su vida.

—Hijo... —murmuró con los ojos bien abiertos su abuela paterna que se encontraba en una de las sillas de aquella terraza amueblada.

—Lo siento, abuela, sabía que se opondrían si los hacía partícipes antes y no estoy dispuesto a ceder ni una decisión más de mi vida, a nadie, nunca. —La mujer se abrió paso, avanzó sin dejar de verlo a los ojos fijamente. Se ubicó frente a ellos con lágrimas resbalando por sus mejillas y, con un gesto que distaba mucho de asemejar tristeza, al contrario, lo contemplaba con orgullo, como si esa noticia lo hubiese estado esperando.

—Son tan parecidos... —admitió, elevando su mano arrugada hasta su barbilla, sujetándolo con cariño, temblando un poco. Luego miró a Anel con dulzura, con franca aprobación—. Son muy jóvenes y curiosamente tienen la misma edad que ellos cuando hicieron exactamente lo mismo... Y funcionó. —Marcel sacudió la cabeza sin comprender, tensándose al notar que Anel también se desconcertaba—. Mi niño, tus padres también se casaron sin decirlo, presionamos tanto que fue lo único que atinaron a hacer y no puedo creer cómo las historias se repiten, que por otros errores tuvieron que hacerlo de esta manera, que no aprendiéramos nada y que tomaras las riendas de tu vida sin titubear. Esto, hijo, es una gran lección para mí y para todos. —Con los ojos acuosos Marcel alzó la vista hasta su tío Efrén que asentía evocando a su hermano con una lágrima solitaria resbalando. Mariano siempre fue fuerte, de convicciones férreas, y lo que sentía, lo hacía. Ahora ahí, frente a él, veía cómo era que ese hombre con el que creció dejó en ese muchacho al que adoraba, algo más que su esencia, dejó su fuerza, su fiereza y esa garra indiscutible que lo hacía casi indestructible para todos, menos para su mujer y sus dos hijos—. Serás lo que quieras ser, eres fuerte y esta niña... —Con la otra mano acarició el rostro de Anel con cariño... Esta niña también. Iluminaron sus mundos, lo sacaste de las sombras y, por eso, siempre tendrás aquí, en todos nosotros, una familia, Anel... Bienvenida a la familia Lazcano, jovencita. —La

mujer los rodeó en un solo abrazo que selló formalmente ese enlace ante los ojos de todos los presentes.

—Gracias... —musitó la chica con lágrimas en los ojos, sintiendo la mano segura de su esposo aún torno a su cintura.

Puertas se cerraban y otras se abrían. Y ellos, pese a las enormes pérdidas con las que lidiaban, tenían ya mucho más de lo que alguna vez creyeron pudiesen alcanzar. La vida era caer y levantarse, temer y no paralizarse. Escalar y escalar sin detenerse en ese momento tuvo sentido, la cima estaba ahí, bajo sus pies, y ambos ya estaban disfrutando de jamás retroceder, de no rendirse, de seguir, luchar y decidir avanzar pese a que dolió, a lo que implicó, pese a que todo a su alrededor en algún momento se extinguió y la luz era un sueño enterrado en los sentimientos de la aflicción, pues comprendieron que vivir era una decisión.

Luminiscencia

EPÍLOGO

La cabeza sobre la almohada, después de aquel día extenuante, le parecía algo poético. Dejó salir un delicado suspiro, acurrucándose.

—¿Nadie me espera para dormir? —preguntó su marido saliendo del baño. Anel negó, caprichosa desde su posición, soltando una risita con los ojos cerrados. Las luces se apagaron y sintió cómo la cama se hundía con su peso. De inmediato su aroma la llenó—. Reclamo mi beso de buenas noches —exigió a su lado. La mujer abrió los ojos y ya lo tenía a un par de centímetros.

—¿Solo eso? —Lo pinchó, pegándose a él. Marcel rio, acercando su mano a su espalda para luego subir una de sus delgadas piernas a su cadera.

—Creí que tenían sueño —murmuró muy cerca de su boca. Podía sentir el pequeño bulto justo sobre su abdomen.

—Cuando me tocas así... —Su mano acariciaba su muslo con esa confianza que proporcionaba conocerla como la conocía. Seis años de matrimonio le daban ese privilegio—, me despabilas. —Él torció la boca con esa sonrisa seductora.

—Bésame, entonces, An... —rogó, dejando su aliento por donde pasaba. La joven lo sujetó por la nuca e hizo lo que le pidió. De inmediato, su marido reaccionó dejando salir ese gruñido tan común que solo emergía cuando su esposa lo tocaba así.

Casi una hora después ella se hallaba desnuda, pegada a su costado mientras él acariciaba su cintura de forma delicada. Con seis meses de embarazo y una pequeña barriga que se le antojaba perfecta, no paraba, iba, venía y se mantenía ocupada todo el tiempo. El estudio fotográfico marchaba más que bien, lo incómodo en ese momento era que su socia no se encontraba, pues tuvo que tomar unos cursos en Alemania y Anel entrenaba a una chica para el momento que diera a luz a Lucía, su hija. Así que a últimas fechas llegaba casi noqueada a la cama, pero regularmente deseosa de estar más adherida a él, cosa que no le molestaba en lo absoluto, al contrario... Adoraba perderse en ese cuerpo, amarlo hasta saciarlo y hacerla jadear de placer todo el tiempo, aunque ahora era más delicado debido a su estado.

—¿Ya sabes cuándo regresa Julia? —preguntó en susurros. Era su socia.

—Creo que el lunes... Eso espero, quisiera que hubiera menos trabajo. —Dejó salir un suspiro junto a su cuello al acomodarse nuevamente. El hombre sonrió besando su cabellera. Era buenísima en lo que hacía, por lo mismo, contratos de todo tipo le llovían, pero la fotografía que Anel hacía era difícil de igualar y eso las tenía temblando, pese a que se ausentaría solo un tiempo, pues, como prometió, la apoyaba en lo que deseara y ocho meses atrás cuando decidieron ya no cuidarse, duchándose juntos aquella mañana, Marcel le hizo saber que las cosas se harían a su manera.

Así había sido durante todo ese tiempo.

•••

Después de ver a su familia, y de decírselo a Laura, todo se fue acomodando. Marcel equilibró sin problema su tiempo en la empresa mientras ella hacía trámites para entrar a Medios Audiovisuales en la Universidad del Estado, tal como anhelaba. Sus horarios y prioridades las fueron ordenando. Fue más sencillo de lo que creyeron. Al mes de regresar, asistieron a terapia y fueron solucionando, de a poco, todo lo que en su interior estaba roto. En ella fue aún más complejo, la aceptación de su soledad, del

rechazo, los celos de su madre, comprender que sufría un grave desequilibrio, costó muchas sesiones y fuerza interior.

Al año de haberse casado en aquel país, bajo el techo de aquel sitio en Las Vegas, celebraron su boda. Nada se podía comparar con aquel evento sin precedentes donde toda la familia de él, Ariana y la tía de ella, participaron sin cesar. El magno evento se realizó en las afueras de la ciudad, en un jardín espectacular que tenía a un costado una asombrosa capilla, ahí fue donde se unieron nuevamente.

Marcel todavía podía verla andar por ese pasillo, con su rostro enmarcado por su cabello suelto, elegantemente arreglado y con cierto volumen, maquillada tan ella y tan asombrosamente hermosa, portando aquel hermoso vestido de encaje blanco que dejaba al descubierto su preciosa espalda y marcaba de forma única esa figura que ya portaba mucho más curveada y que lo embrutecía sin poder evitarlo.

En ese momento, dejó de bromear con sus amigos para entrar en *shock*. Sus miradas conectadas, la sonrisa inigualable dibujada sobre esos labios de corazón, con aquella seguridad con la que ya solía moverse. Su padre la llevaba hacia él y no pudo pensar en nada salvo que Anel no era de este mundo, y que uniría su vida mil veces más con ese ser que amaba profundamente, con el que había aprendido a vivir, vivir de verdad.

—Hoy pareces un Sol, An... —murmuró, depositando un beso casto sobre su mejilla, notando como su piel se erizaba y su delicioso aroma lo transportaba a ese sitio que adoraba. En otro momento hubiese deseado hacerla suya, como solía pasar en su pasional relación; no obstante, ese día quería que fuera así: lento, mágico, que pudiese absorber y contemplar cada dulce segundo a su lado, necesitaba que cada palabra dicha, cada caricia dada, cada mirada intercambiada, se clavara tan hondo como toda su historia, como cada instante desde que la había recuperado en Chicago. Anel era su eje y no se cansaba de demostrárselo.

En la recepción todo fue risas, efervescente alegría. Aquel sitio majestuosamente decorado con naturaleza, incluso en los techos, luces diminutas iluminando de forma íntima cada espacio, con personas por doquier, con la felicidad palpable de quienes eran los protagonistas de tal evento, se convirtió en un suceso del que, de hecho, hasta la fecha, su familia hablaba ya que pese a que hasta el gobernador se encontraba entre los invitados y habían asistido para cubrir el evento fotógrafos de las mejores revistas de las páginas sociales que capturaban lo que podían; ellos flotaban, al lado de sus amigos, de la gente que realmente los quería.

En medio de ese adorable bullicio, hubo un momento en el que ella se apartó, andando por uno de los impecables jardines, perdiendo, de pronto, la vista en el cielo estrellado, añorando lo que pudo haber sido si la mujer que la crio, a la que en su infancia adoró, la hubiera acompañado. Una lágrima escapó. No sabía nada de ella, no desde hacía tanto tiempo... Pero comprendía que, pese a todo, de alguna manera, si no hubiese estado enferma, habría disfrutado a su lado lo que la alegraba desde la entrañas.

Una mano dura que conocería hasta en otra galaxia, en otra vida, limpió su mejilla.

—Has brillado cada día más, pero hoy, hoy deslumbras como nunca... —Anel giró, ladeando la cabeza al tiempo que él acunaba su rostro con ternura, con devoción.

—Soy feliz, Marcel —admitió con la voz quebrada, con esa simpleza tan peculiar. El chico pegó su frente a la de ella atesorando esas palabras que ya la había escuchado emitir, pero que, en ese momento, significaban más.

—Quisiera poder cerrar también esa herida, chiquilla —musitó despacio, conociendo muy bien el porqué de su nostalgia. Su esposa negó suavemente, enrollando una mano en su nuca.

—Siempre estará ahí, pero ya no duele tanto gracias a ti —admitió, separándose un poco para

perderse en la seguridad de sus ojos aceituna—. Es solo que, a veces, intento imaginar cómo hubiera sido todo si... —Marcel sintió su dolor como si fuera el propio.

—Todo tiene una razón, An... Hasta lo que más duele. —Ella sonrió dulcemente. Besó con lentitud sus labios, asintiendo.

—Lo sé, y cada herida ahora la agradezco, porque son las que me llevaron a ti. —Él no pudo más, dejó salir una lágrima al tiempo que la probaba con ansiedad.

—Te amo como un maldito imbécil, Estrellita, pero cuando hablas así... Ya no tengo una jodida idea de qué palabra emplear... —Anel besó con delicadeza su mentón y fue trazando una línea de roces sutiles hasta su oreja.

—Eres mi mundo, Marcel, mi alma. —Ya iba a atacar nuevamente esos manjares de seda que adoraba, cuando escucharon que los aclamaban en la pista de baile. Se separaron sonriendo—. Vamos, es nuestra fiesta —soltó con picardía su mujer, al tiempo que lo tomaba de la mano para que avanzara.

—Y tú, mi vida —zanjó, haciéndola girar para devorarla tal como deseaba.

Marcel fue amando su trabajo, entregándose a él y gozándolo más cada minuto. Ella, mientras tanto, iba floreciendo aún más si eso era posible. Anel seguía siendo tímida, pero no había inseguridad en su actuar. No tenía problema para acompañarlo a los eventos propios de los negocios, y, a cambio, cada vez que podía, su esposo la llevaba a lugares llenos de libertad donde pudiese sacar la cámara y fotografiar lo que quisiera mientras él rapeleaba, o escalaba, incluso ya, para ese momento, ella sabía hacerlo gracias a que Marcel le enseñó.

Cuando Anel llevaba más de una año en su carrera, consiguió, por recomendación de la familia de Marcel, fotografiar algunos eventos importantes. Ese negocio, sin notarlo, fue creciendo vertiginosamente. A los meses le pidió a Marcel ayuda y así fue cómo contrataron a un contador y administrador. Casi, al terminar sus estudios, otra chica, con la que ella mantenía una buena relación, compañera de carrera, se unió al proyecto. Ambas talentosas y demasiado inquietas fundaron una empresa que ya era asombrosamente rentable y solicitada. Un éxito total.

Así había transcurrido todo ese tiempo. Metas cumplidas, experiencia adquirida, cerrando heridas, entendiendo la vida y andando ese camino que eligieron tomados de la mano, afianzando y fortaleciendo lo que ambos, años atrás, en lo que pareció un arrebato, decidieron.

• • •

Por la mañana la habitación en penumbras, de pie junto a la cama, del lado donde ella descansaba, la contempló cómo cada vez que tenía ocasión. Dormida, exhausta, ahí sobre aquella mullida superficie, resguardada entre los muros de esa casa que él mismo creó y que entre los dos decoraron, sintió la libertad que ya siempre lo acompañaba.

Adecuarse no fue sencillo, sin embargo, lo que más deseaba era estar con ese ser que iluminaba su existencia, cada día de su vida, así que puso todo de su parte y entre los dos lograron crear lo que tanto deseaban; una familia.

Anel era chispa, energía, su motivo y ahora, dentro de ella habitaba la fusión de lo mucho que sentían, de lo mucho que amaban: su hija. Era maravilloso poder vivir cada momento mágico al lado de su esposa, notar cómo cada día crecía su pequeño vientre, ir observando sus cambios, su cuerpo esbelto abultarse, consentirla en sus pequeños achaques que consistían en dormir casi de pie y, ahora, en comer helado hasta terminar con el bote entero.

Sonrió, ladeando la boca. Era tan peculiar. En su familia la adoraban, y ella disfrutaba mucho el estar con ellos. Su tía Laura era como su madre, se hablaban casi todo el tiempo y, por lo menos una vez por

semana, comía en la casa. Esa mujer, que al inicio se mostró reacia a lo que existía entre ellos, a los días de haber regresado decidió que Anel era lo más importante y comenzaron a congeniar de inmediato. Y en ese momento se hallaba demasiado emocionada con la llegada de Lucía y no perdía oportunidad para hacerle regalos o mimarla.

Evidentemente no todo era perfecto, a veces discutían. Sin embargo, Anel, con su manera de ser, lanzando palabras certeras, lograba apaciguarlo como nadie podía, pues todos comprendían que él le había concedido ese poder y que no tenía la menor intención de cambiarlo, aligeraba todo. En el caso de Marcel, con su devoción, lograba calmarla, ya que, enojada, esa dulce mujer se convertía en rudeza y firmeza, tanto que era difícil de convencer para que cediera. Aun así, las reconciliaciones eran perfectas y la paz sí era lo que reinaba generalmente en sus vidas.

Sábado, debía ir a la empresa, no era lo común, pero ese día tenía una reunión con las comercializadoras del norte, y después... Después la llevaría al campo para que realmente descansara ya que, últimamente, su trabajo la había mantenido muy ocupada y algo estresada, pese a que lo disfrutaba como una niña.

Su móvil sonó casi al entrar a las instalaciones de la comercializadora. Respondió, ya dentro del elevador.

—Buenos días, Laura —la saludó amigablemente.

—Hola, Marcel... ¿Estás ocupado? ¿Any está contigo? —El hombre frunció el ceño intrigado. Parecía agobiada, la conocía lo suficiente.

—Yo estoy en la empresa, ella está en casa... ¿Qué sucede? —Desde que hundieron a Alfredo, poco antes de su boda, comprobando lo que hacía con las chicas menores de edad y, además, demostrando, con ayuda de mucha gente que contrató para ello, un fraude millonario en su empresa, consiguiendo así, que ambos atenuantes le costaran vivir sepultado en prisión; no la había vuelto escuchar alterada, nerviosa, pues en esa ocasión todo lo maquinaron juntos, tanto su familia, su tía y él, mientras Anel se mantuvo lo más alejada posible por instrucciones de su psicóloga. Su sanación no fue rápida y su proceso podía, en aquel momento, retroceder si no lo manejaban con cuidado.

—Yo... Bueno, es que... Ella... Ya quiere ver a Anel, llegó el momento —soltó sin más, dejándolo perplejo. La mujer que dio la vida a su esposa y que casi se la arrebató también, poco después de todo aquello desapareció, fue como si la tierra se la hubiese tragado. Dos años atrás, su hermana la encontró en una esquina, cerca de su casa, deambulando sin sentido, perdida en su mente, en los recovecos de una locura que ignoraba cuándo se gestó. Laura le informó lo ocurrido casi de inmediato y la internó en una clínica de rehabilitación mental pues no tenía noción de nada. Analí sufrió un cuadro de psicosis que, al no ser atendida, la mantuvo así todo ese tiempo, de hecho creían que fue justo cuando encerraron a Alfredo, pues después de eso no se supo nada, además, el psiquiatra aseveraba que su quiebre venía anunciándose y que ese evento lo terminó de detonar, su realidad era ya tan abominable que el cerebro decidió perderse de aquella manera.

Entre ambos se lo contaron a Anel una tarde. La joven se contrajo, palideciendo escandalosamente, pero al paso de los minutos lo fue asimilando comprendiendo que era lo mejor, aliviada de alguna manera de saberla viva, no obstante, sin poder encontrar la fuerza para verla, para enfrentarla. Las noches subsecuentes a eso fueron complicadas, despertaba llorando o envuelta en una pesadilla, o se encerraba por horas en su estudio. Marcel le dio su espacio, sabía que lo solucionaría, y así lo hizo, poco tiempo después todo volvió a su cauce e, incluso, le confesó que corroborar que no estaba bien mentalmente le daba una pequeña esperanza.

—¿Regresó? —estaba al tanto de todo lo que acontecía en la vida de esa mujer que había pasado por cosas espeluznantes, pero como no dio muestras de querer ver a Anel cuando salió de la clínica, dos

meses después de ser tratada, evitaba hablar de ello con su mujer, pues de alguna manera sabía qué era lo que esperaba y lo que le dolía, nuevamente que, pese a saberla en recuperación después de aquel episodio dónde perdió contacto con el mundo, no la buscara.

—Sí, ayer. Mi hermana ya está lista, Marcel. Sabes que sigue yendo a sus terapias, que es muy cuidadosa en su actuar, que asume cada cosa que hizo, y también sabemos que es lo que mi sobrina secretamente ha esperado todo este tiempo. Pero no sé, Any ahora con Lucía en su interior... Dios, no quisiera que nada la alterara. —Marcel avanzó por el pasillo ignorando todos a su paso. Sentía un malestar generalizado. Le pidió a su asistente avisar que tardaría un poco en entrar a la junta y se encerró en su despacho.

—¿Qué te dijo? ¿Qué quiere hablar con ella? —preguntó con voz dura, sentándose en un mullido sillón, frotándose el puente de la nariz. Sabía lo que debía hacer, pero se rehusaba, temía. Ella, su madre, de todo lo ocurrido, era lo único que su luz no había logrado superar del todo, pese a que no era un tema en lo absoluto recurrente, lo leía en su mirada, cuando observaba sus fotografías almacenadas en su ordenador, o, al acariciar su vientre, como solía. Sentía el pecho comprimido. Necesitaba saber qué pretendía esa mujer.

—Marcel, quiere pedirle perdón —murmuró la mujer, despacio.

—Hace dos años que salió. Anel lleva esperando todo este tiempo a que lo hiciera... ¿Por qué carajos ahora, Laura? Me juré que el embarazo sería uno de sus mejores recuerdos... Sabes que no soporto verla alterada, no por esos motivos...

—Te entiendo, pero no podemos mentirle... —se pasó una mano por el cabello aún muy corto, pero ya no al ras.

—Jamás lo haría. ¡Mierda! —Se quejó, sintiendo tambalear la paz de su familia y eso era lo único que no estaba dispuesto a que se tocara en su vida, sin embargo, de alguna manera, sabía que eso a Anel le podría ayudar a cerrar para siempre esa maldita herida que permanecía abierta, aunque pareciera lo contrario.

—Será cómo tú digas, ya se lo dejé claro... —asintió, llenando de aire sus pulmones. Cerró los ojos comprendiendo que no tenía remedio, eso podía hacerla feliz y esa era su única meta, su razón.

—Llegaré a la doce y le diré lo que sucede... Si decide que sí, entonces no quiero que demoren, eso la pondrá más ansiosa y no lo toleraré. ¿De acuerdo?

—Me parece bien, esperaré tu llamada. Gracias, Marcel —murmuró, apesadumbrada.

—Es por ella, Laura, porque lo necesita —admitió, intentando serenarse.

—Sé que para ti tampoco será sencillo después de todo lo ocurrido en aquel tiempo, pero le devolviste la esperanza en ese entonces, sé que eres capaz de todo por verla bien.

—De todo, Laura, y déjaselo muy claro a tu hermana. Anel es mi esposa, estamos creando una familia, ha sido muy duro para ella reconstruir lo que su propia madre rompió en su interior como para que hoy venga a derribar su mundo. No toleraré ni siquiera una palabra que la incomode levemente, ¿entendido?

—No estás solo, y si no estuviera convencida de lo que Analí vive ahora, de lo que es, ni siquiera te llamaría. —Lo sabía, solamente necesitaba que se lo dijera tan claro que se lo pensara mucho para lastimar de alguna manera, nuevamente, a su Estrellita, como seguía llamándola.

—Solo infórmale, te marco más tarde. Cuídate. —La reunión le pareció eterna, por lo que una vez que las cosas importantes quedaron asentadas, dejó que su asistente la continuara, junto con los encargados de los departamentos y se retiró.

Anel bajaba las escaleras con un enorme pote de helado, enfundada en unos jeans para maternidad que

compraron hacía un par de semanas, una blusa color celeste y su cabello sujetado con un moño desordenado. Sonrió sin poder evitarlo al verla siempre tan dulce, tan infantil y tan mujer a la vez. Seguro no tenía mucho tiempo despierta, sus ojos aún hinchados tras esos lentes, la delataron.

La chica apuró el paso al verlo. Marcel dejó sus cosas en el descanso.

—Tendremos que surtir nuevamente la dotación —señaló, bromeando lo que llevaba entre las manos al acercarse. Anel entornó los ojos, lo dejó sobre una de las mesas y se pegó a él de inmediato al tiempo que la recibía absorbiendo su aroma.

—Lucía quería... —soltó con simpleza.

—Al paso que van no dejarán helado para nadie en la ciudad, chiquilla. —Su esposa rio, como ya era su costumbre.

—Deberías ir tomando precauciones —le aconsejó, mientras rozaba sus labios dejando ahí su sabor a cereza.

—Por ustedes lo que sea —le guiñó un ojo, devolviéndole el beso. Un segundo después se separaron, ella volvió a tomar su bote mientras su marido se agachaba, besaba su vientre como solía, y tomaba su mano para avanzar cuesta arriba.

—¿Por qué tan temprano? —preguntó, mientras le daba una cucharada a él. De inmediato, recordó lo que debía decirle. Su semblante cambió y, por supuesto, Anel lo notó. Se detuvo, ya casi llegaban a las escaleras—. ¿Qué sucede? Ya nunca te pones así —dijo y pasó un dedo por su entrecejo recordando con claridad que esa expresión solía tenerla aquellos meses cuando todo ocurrió. Ahora era tan elocuente, tan atento, tan suyo, que sentía lo conocía mejor que a sí misma. Esos años a su lado habían sido inigualables y asombrosamente perfectos. Su Marcel, con defectos y cualidades, seguía ahí, siempre presente, y cada cosa que hacía, que decía, provocaba que lo amara aún más, pues era él su impulso, su compañero, su amante y mejor amigo, su pareja con todo, lo que implicaba y lo adoraba así, como era.

Marcel suavizó su expresión, tomó su mano e hizo que lo siguiera. Una vez en su habitación, tomó el bote de nieve y lo dejó sobre una mesa, la acercó a uno de los sofás que se hallaban al lado de los ventanales que daban al jardín, con un gesto dulce le pidió se sentara y la observó, intentado buscar las palabras adecuadas.

Cómo abordar lo que debía decirle. De cuclillas, frente a ella, acarició su rostro. De inmediato la joven se acomodó un mechón suelto tras la oreja. Sonrió negando. Era asombroso que, pese a los años, fuera la misma, solo ahora segura de sí, feliz y justo era eso lo que lo detenía, sin embargo, no tenía opción.

—An, tengo que decirte algo... —Como solía, no se movió y aguardó sin intervenir, esperaría a que le dijera todo lo que por su mente pasaba, lo que lo tenía así. Marcel desvió la vista un segundo y la volvió a observar—. Solo quiero que lo tomes con calma, recuerda que Lucía está ahí —dijo y besó su vientre con dulzura, para luego dejar una mano sobre él—. Analí desea verte —sabía que debía decirlo rápido, sin rodeos y, así, enfrentar su reacción, no su ansiedad por elucubrar lo que le ocurría.

Anel no se movió, ni siquiera pestañeó. Simplemente lo observó sin mostrar ninguna expresión.

—¿Cuándo? —soltó despacito, con su voz casi inaudible. Marcel sentía todo su cuerpo cosquillar.

Por mucho que los años hubieran pasado, por mucho que ahora fuera todo tan distinto, aún podía verla pasar por toda aquella atrocidad, sacándola de ese aberrante lugar, envuelta en ese halo ausente y eso lo hacía temblar.

—Hoy, mañana, es tu decisión —expresó, evaluándola. La joven se tocó el vientre, entrelazando sus dedos con los de él. Reflexionaba.

—¿Tienes miedo? —preguntó de pronto, logrando que se desconcertara, pese a conocerla como a nadie. Asintió sin poder mentirle. Anel acarició su rostro, tranquilizándolo.

—Estaremos bien, esto debe ocurrir, pero si estás a mi lado me sentiré más segura... —Esa mujer, su mujer, no dejaba de asombrarlo.

—¿Dónde más podría estar, An? Mi sitio es con ustedes, lo sabes. —La joven comprendía su temor, su desconfianza. Pero era cierto, con él cerca, se sentía invencible. Hacía mucho tiempo que decidió que nunca, nadie más, pasaría encima de su ser, que debía protegerse y que amaría a quien la amase. Sin embargo, con Analí, eso no aplicaba, muchos momentos de angustia, de sentirse realmente perdida, tuvieron que pasar para comprender que los recuerdos de su infancia no se podían romper pese a lo que pasó, que algo debió ocurrir en su interior, en su pasado, para que hiciese todo aquello, pero que su amor por ella, de alguna manera, siempre estuvo ahí, aunque de una forma enferma, probablemente extraviado junto con su verdadero ser.

—Quiero verla —declaró convencida. Marcel asintió sentándose a su lado—, hoy.

De inmediato, se comunicó con Laura. En media hora llegarían. Ambos se recargaron sobre el sofá mirando al frente.

—¿Tú no tienes miedo? —quiso saber sin verla. La sentía respirar pausada, incluso podía adivinar cómo iba blindando su alma. Anel ya no era la que solía y no se dejaría lastimar, lo sabía bien, pero Analí era un punto vulnerable, el único.

—Sí —admitió seria—, pero no de lo que haga, si no de no reconocerla... —El hombre entrelazó sus dedos dejando salir un suspiro.

—Espero que sí lo hagas... —dijo y era cierto, si eso la sanaba en su interior, entonces que así fuera.

—Yo también. —Giró hacia él con decisión—. Pero, si no, estoy lista para asumirlo —Marcel besó sus labios sin poder evitarlo.

—Eres asombrosa. —Ella, sin más, volvió a pegarse a su pecho y probó su boca con ansiedad.

—Distráeme un poco, mi ogro —le rogó, sin dejar de mordisquearlo, con ánimo un tanto juguetón. Sonrió de esa forma que la desarmaba. La recostó sobre sus piernas y se dedicó a salpicar su aliento por todo su rostro, mientras con caricias dulces jugaba en su vientre. Gracias a ello el tiempo voló y no fueron conscientes de nada hasta que el timbre se dejó escuchar.

Bajaron agarrados de la mano. Enfrentar el pasado, abrir el cofre y dejar salir los demonios, eso se necesitaba para que se regenerara esa vieja lesión de una vez por todas.

En cuanto llegaron al umbral de la sala, ella se detuvo.

Ahí estaba.

Su piel se erizó, le daba la espalda pues tomaba, con una de sus delgadas manos, una de sus tantas fotografías. Podía jurar, aún a la distancia, que temblaba. Se veía más delgada, vestida de forma sencilla, como solía ser. Respiró profundo, pasando saliva. Con Marcel a su lado enfrentarlo todo siempre fue decididamente mucho más sencillo.

Laura la observó, pero no dijo nada. Ese no era su momento. De pronto Analí se irguió, dejó lo que tomaba en su lugar con movimientos lentos y giró al sentir la nuca cosquillar.

Al verla, su mundo se detuvo, nada importó salvo lo que podía contemplar.

Anel aferró con un poco más de fuerza la mano de quien la acompañaba. Ni un ruido se escuchaba, incluso, parecía que las moléculas del ambiente se detenían para ser testigos de lo que ahí acontecía. Se veía tan diferente, mayor, pero, a la vez, tan la mujer con la que creció, que si bien siempre fue hermosa, y jamás se descuidó, tampoco buscaba llamar la atención.

—Anel... —murmuró sin ser capaz de acercarse. En cuanto la vio, sintió cómo el peso de su locura, de sus erradas decisiones, de su debilidad, de su baja autoestima, aparecían frente a ella, aplastándola. Su niña, su pequeña estaba ahí, convertida en una mujer y lo logró sola, pese a todo lo que la hizo vivir, pese a que estuvo a punto de terminar con su interior. Ahí, de pie, al lado de ese joven que sabía era su marido, que la defendió con fiereza de todos, incluso de sí misma, que la ayudó, que la apoyó, que evitó la hundiera definitivamente, se veía simplemente hermosísima.

Sus rasgos se habían acentuado, su peso era el normal y sus mejillas, lozanas, le demostraban que sí, era feliz, que lo había conseguido a pesar de tener una madre que no la merecía, que jamás, mientras tuviera vida, podría perdonarse haberle hecho todo lo que hizo.

De pronto, la mano libre de Anel viajó hasta su pequeña barriga y no pudo más, las lágrimas salieron al tiempo que cerraba los ojos y se tapaba la boca.

¿Cómo lograría que la perdonara? ¿Cómo?, si pese a todas las terapias ella no podía.

Su debilidad yoica creó muchos más estragos de los que alguna vez imaginó. Siempre, desde pequeña, creciendo bajo el yugo autoritario y exigente de una madre que lo único que les taladraba en el cerebro a las tres era que tener un hombre al lado era elemental, que siempre debían verse y ser perfectas y que si no lo hacían, estarían solas y no valdrían nada.

Ahora lo veía tan claro como los peces en un río cristalino. Laura sola. Nuria, pegada a un hombre despreciable y haciendo de todo para retenerlo, incluso poniendo en riesgo su propia salud, y ella, la peor de todas, metiendo el enemigo a su casa, un tipo vil, bajo, que lo único que pretendió fue usarla, humillarla, terminar con su poca autoestima, al que le permitió, presa de esa venda que poseía en aquel entonces y ávida de ser aceptada, querida... Acosara, lastimara y dañara a lo más sagrado y hermoso que tenía: una de sus hijas.

Desde que nació Ariana, y luego Anel, se juró que sus vidas serían distintas, que jamás las haría dependientes, las haría fuertes, chicas auténticas, capaces de tomar sus propias decisiones, libres... Esa fue una de las razones por las que se fue de Chicago. Ron, el padre de las niñas, como las llamaba aún en su cabeza, era duro, y la presionaba demasiado, le exigía demasiado, con el tiempo se sintió poca cosa, pero cuando vio que Ariana, de tan solo seis años, ya se amedrentaba ante sus exigencias para con ella, decidió que no, que no seguiría ahí, que ese hombre no cambiaría y que no podía permitir que ellas crecieran de esa forma o que, además, terminara con su poca seguridad como mujer. Regresó a México, y ejerció aquello que amaba, les demostraría a sus hijas que podía, que sería fuerte y que sus pequeñas también podrían serlo. Se dedicó a ellas y a la abogacía en cuerpo y alma. Pero todo retrocedió cuando lo conoció. Desde ese momento la vida dio otro giro que ya no pudo controlar.

Enfermedad con enfermedad.

Unos cuantos meses de relación, palabras estúpidas endulzándole el oído, diciéndole justo lo que necesitaba, y, además, engrandeciendo el hecho de que fuera una valiente madre, terminó con su resolución. Sus hijas ya estaban más grandes, debía darse una oportunidad y fue el más miserable error de toda su existencia, algo con lo que cargaría hasta el día que muriera.

—Siéntate —la invitó Anel, con su dulce voz, de forma cortés. Era evidente que no sabía muy bien qué postura tomar, o qué hacer con ella dentro de los muros de esa iluminada y acogedora casa tan llena de su esencia. Su marido lucía tenso, listo para atacar y defender a su hija de ella misma, lo peor... No podía culparlo, esa era la actitud correcta ante alguien que hizo lo que hizo, que permitió lo que permitió. Ni los animales tratan de esa forma a alguien de su sangre, se lo repitió por más de un año presa de esas pesadillas que le evocaban sin cesar esas ocasiones en que la golpeó y rompió más que su piel, su identidad y que fracturó, de forma más honda, su psique. La mujer negó con suavidad, contemplando su figura a la distancia.

—Estás bellísima... —murmuró bajito. Anel asintió levemente, aún esperando—. ¿Pu-puedo acercarme? —le preguntó vacilante. Marcel, de inmediato, endureció el gesto, de pronto bajó la vista hasta la chica esperando su respuesta. Le gustó notar que el respeto venía desde el centro. Él haría lo que ella decidiera, pese a no estar de acuerdo.

Temblando y respirando profundamente, Anel se soltó de su marido y avanzó con paso decidido, con sus puños bien cerrados a los lados. Leía temor, dolor, expectación y, de alguna forma, ilusión en aquellos adorables ojos que, incluso, cuando dormía, le parecían los más bellos del mundo.

A un metro de ella se detuvo, sosteniéndole la mirada claramente confundida. Analí sabía que debía articular palabra, pero es que ese maldito nudo en la garganta dolía, y pese a las miles de veces que habló en terapia sobre su hija e intentó todo ese tiempo encontrar el coraje para afrontar lo que hizo, para poder mantener la mirada arriba, le estaba costando demasiado.

Bajó la vista hasta sus pies, negando, limpiándose las lágrimas que brotaban sin poder contenerlas. No, no tenía perdón lo que hizo, por mucho que su salud mental hubiese estado lindando en la locura, por mucho que su niñez hubiera sido miserable, ella fue un monstruo con aquel ser que juró proteger desde que la vio salir de sus entrañas ya hacía veinticuatro años.

—¿Mamá? —emitió Anel, logrando así que cualquier atisbo de fuerza se derribara. Soñó esos dos años volver a escuchar esa palabra y estaba segura de que no volvería a oírla, no de esa tierna criatura. Se dejó caer sobre el suelo sollozando, se hincó frente a ella dejando a todos los presentes perplejos, paralizados.

—Perdóname, perdóname, por favor... Lo siento tanto... —pidió, cabizbaja, convulsa—. Fui abominable y no tengo ni un solo argumento que pueda justificar lo que te hice vivir, en el peligro en que te puse, lo que te lastime. —Sus hombros, ahora más pronunciados, temblaban, se limpiaba el rostro una y otra vez con clara ansiedad, con palpable dolor. Definitivamente no estaba lista para enfrentarla, pero no podía postergarlo más, se lo debía a su hija, a su gran y mayor víctima.

Anel, con el labio temblando, sintió como un cosquilleo viajaba desde sus pies, para ir subiendo lentamente por sus piernas, su columna, llegar hasta su cuello y estallar en millones de partículas mínimas atestadas de alivio, de desespero también. Un sollozo ahogado salió de su garganta. Sin pensarlo mucho se bajó hasta su posición.

Marcel, de inmediato, se movió, pero no avanzó. Ese era su momento, solo debía acompañarla, pero por los mil infiernos que le estaba costando demasiado, todos los recuerdos también lo golpeaban y lo tenían transpirando, nervioso por lo que pudiese ocurrir.

—Mírame —susurró y acercó lentamente su mano hasta rozar el mentón de Anel para que elevara el rostro. Analí abrió los ojos, atónita, al ver su postura. Anel la observó lo que parecieron años, ladeando su cabeza, con ese gesto tan suyo, la buscaba, lo sabía, la conocía tan bien pese a que estuvo ajena a su luz tanto tiempo. Permitted que sus lágrimas siguieran humedeciendo su cara. Jamás rompería ese contacto que su niña le regalaba, si lograba que le diera otra oportunidad, sería y haría lo que ella quisiera, siempre, por siempre—. Regresaste, mamá... —logró articular la joven con la mirada nublada por las lágrimas al reconocerla, ahí, adentro. Era su madre, esa que añoró, con la que creció, que le regaló toda su infancia dulces momentos llenos de paz, de amor, de aceptación, que la instaba a averiguar más, a investigar más, a ser todo lo que luego reprimió—, no vuelvas a dejarme —le rogó, ansiosa—, nunca —pidió casi sin voz.

Analí rompió en llanto y la abrazó, arropándola como antes, cuando pequeña y lo hacía sin restricciones. Anel escondió su rostro en su cuello, llorando, llorando de verdad mientras las palmas cálidas de quien cometió muchísimas equivocaciones, de quien pese a que estuvo a punto de destruirla de todas las formas posibles, apretaba con suavidad su espalda. Estaba ahí, asumiendo su culpa, intentando

reparar de alguna manera esa desgracia que provocó, deseando pegar los sueños rotos, cambiar lo que su futuro podía ser.

Jamás, en todo ese tiempo, pudo odiarla. La perdonó en el momento en que comprendió estaba enferma, en el mismo instante en que leyó, en algunos de sus arranques que no era ella la que actuaba. La conocía tan bien que vio cómo su verdadera personalidad se fue escondiendo tras ese monstruo que se adueñó lentamente de su voluntad, que la alejó de su corazón, de su alma, que le negó emerger y la escondió debajo de todas esas capaz de locura a su madre. La lastimó, sí, como nadie nunca, pero la amaba, como a ninguna, los recuerdos que tenía antes de todo aquello fueron el salvavidas que usó durante todo ese tiempo para no hundirse, para saber, de alguna forma, que esa mujer, la que ahora tenía bajo su tacto, la que olía como cuando era niña, la que la veía como todos aquellos dulces años, era su madre, y la amaba, y la perdonaba...

—Jamás, mi cielo, te lo juro... —Apenas si entendía lo que decía. Pero a Anel eso le bastó, la necesitó tanto tiempo, en tantos momentos, noches enteras rogando que algo así sucediera y al fin la tenía así, de nuevo como solía, mirándola de esa forma única. La mujer se separó un poco, temblorosa, profundamente conmovida. Sujetó su bello rostro con ambas manos sin poder dar crédito aún de lo que estaba viviendo, que la tuviera de nuevo entre sus brazos pese a todo.

—Dame una oportunidad, mi niña, no te fallaré, antes me desgarraría la piel... Permíteme demostrarte que puedo ser eso que no fui, que puedo ser otra vez tu madre. —Anel lloraba asintiendo.

—Siempre te necesité —murmuró con un hilo de voz. La mujer negó, cerrando los ojos un momento para que las lágrimas continuaran su cauce.

—Si puedes, si lo quieres, haré todo para ganarme tu perdón y, con suerte, algún día, de nuevo tu confianza... —expresó cerquita.

—Yo ya te perdoné, mamá... —confesó, al tiempo que Analí limpiaba sus mejillas con los pulgares—, solo quiero que construyamos algo nuevo tú y yo... Ahora lo necesito más que nunca —dijo y bajó la vista hasta su vientre. Su madre, hipeando, observó su pequeñísima barriga—. Quiero que crezca al lado de su abuela... —manifestó y tomó una de sus manos para colocarla ahí. Un sollozo aún más fuerte salió de su garganta al poder tocarla, al poder sentir por primera vez algo tan absolutamente excepcional como lo era el vientre de su hija, de su Anel, con un ser creciendo dentro, comprender que esa niña que tenía frente a ella le estaba obsequiando el mejor momento de su vida después de todo lo ruin que fue.

—Te demostraré, cada día, cada momento, a ti, mi solecito —como solía decirle—, y a este angelito, que mi vida la dedicaré a ustedes... —Anel sonrió con lágrimas aún.

—Sé que será así... —Se levantó al tiempo que pretendía ayudarla. Marcel, que permanecía a unos metros de distancia observándola brillar como un destello cegador, y con la mirada vidriosa; se acercó de inmediato y lo hizo él mismo. Su esposa lo miró agradecida, limpió una lágrima, que, sin percatarse, viajaba por su mejilla.

—Sabía que regresaría —le dijo aún con incredulidad. Marcel la rodeó ya sin poder evitarlo. Resguardándola con ternura insólita. Con ella siempre había algo nuevo que aprender y sabía que seguiría mostrándole aún muchas más formas de vivir.

—Lo sé, Estrellita... —Anel se separó un poco para mirarlo.

—Quiero conocerla de nuevo, necesito que... —Su esposo la besó fugazmente para, un segundo después, dejar descansar su frente sobre la suya.

—Eso te hace feliz, para mí no hay más qué decir —zanjó, perforándola con esos ojos duros, seguros. De pronto, giró y encaró a Analí, serio—. Ella es mi familia, lo representa todo, señora... La cuidaré y protegeré siempre, de quien sea. —Era una clara advertencia. Analí asintió, sonriendo con timidez y

orgullo al percibir el amor inmenso con el que emitía cada palabra, con el que la tocaba, con el que la miraba. Su hija supo encontrar todo aquello que soñó para ella cuando pequeña.

—Eso es lo que debes hacer y lo más sensato —admitió con firmeza. Anel besó su mejilla y, sin más, se giró y volvió a abrazar a su madre mientras esta la recibía soltando el llanto nuevamente.

—Tenemos tanto que hablar —murmuró, acariciando su cuello.

—Lo sé, pero en este instante solo quiero tenerte así. —Marcel volvió a sentir que el líquido salado emanaba de su ojo. Alzó la vista y Laura, profundamente conmovida, lo miró y con los labios le dio las gracias. Él asintió con las manos en los bolsillos del pantalón. Solo rogaba que esa mujer se mantuviera así, que jamás volviera a fracturar el alma de esa chica por la que su vida tenía sentido, por la que respiraba y también moriría. Al fin, el destino le devolvía hasta el último fragmento que le arrebató, cómo poder oponerse a la indiscutible plenitud que su motivo proyectaba. Así soñó verla por años, así quería verla por siempre.

Las dejaron solas por varias horas, no lejos, ahí, afuera de donde estaban reunidas. Las oyó conversar con Laura al lado, en silencio. Cada uno perdido en sus recuerdos, en sus pensamientos.

Anel escuchó a su madre con atención. Llorando, comprendiendo, notando la pesadilla de la que aún era presa. Analí le narró su niñez, su adolescencia, sus momentos oscuros y las miles de razones por las que sabía, llegó a ser lo que fue. Los motivos de su divorcio, su alejamiento de su madre y, sin ahondar mucho por temor a lastimarla nuevamente, le narró las causas por las que se unió a un ser enfermo: ella también lo estaba.

—Soy consciente de cada acto que cometí, Anel, recuerdo con absoluta claridad todo lo ocurrido hasta ese día que terminó en prisión —acunó su barbilla, aún temblando—. No deseo victimizarme, tampoco mentirte, tengo cada momento registrado en mi cabeza... Cada cosa, cada abominación que te dije, que te hice... Y, por mucho que me empeñe la vida entera, jamás podré resarcir eso, nunca lograré encontrar la justificación a lo que hice porque simplemente no la tiene, mi amor. Así que deseo entiendas que por muy enferma que me encontrara, por muy poco control sobre mis impulsos, sobre mi mente que tuviera, eso... Eso que pasó, lo hice yo. —Anel ladeó la cabeza, agarró su mano y la colocó sobre sus piernas.

—Lo sé, pero tú no estabas ahí cuando eso ocurría, no te veía y prefiero creer que esa parte oscura de ti, dominó, actuó, que tú, la que ahora tengo frente a mí, estaba aterrorizada, amedrentada por su poder. —Analí volvió a cerrar los ojos. ¿Cómo podía ver las cosas de ese modo? ¿Cómo podía con tanta simpleza describir lo que vivía en su interior aquellos malditos años?—. Leí mucho, mamá, necesitaba entenderte, comprenderte... —admitió despacito—. Necesito que superes eso, que dejes de odiarte por lo que fuiste, por lo que te llevó a ser en lo que te convertiste, por todo lo que pasó. Alguien que amo me dijo un día que el fin era inevitable, y, ¿sabes? Lo es..., uno decide cómo seguir, cómo cerrar o terminar con los momentos de felicidad, pero también con los de dolor.

Analí respiró hondo aún con las lágrimas.

—¿Cómo es que pude concebir un ser tan absolutamente excepcional, único y mágico, mi Anel? —La chica sonrió llorosa.

—Solo quiero esto termine, mamá. —La mujer la abrazó de nuevo, profundamente conmovida. Ariana le había advertido, al igual que Laura, de la joven que era, de lo especial y tan peculiar de su personalidad. Siempre lo notó desde que era pequeña, pero verla ahora, de mujer, era impresionante.

—En eso trabajaré hasta el último momento, mi niña. Gracias, gracias por esto, por darme una vez más motivos para ser fuerte, para pelear, para ser la madre que mereces.

—De nada... —murmuró.

—Te amo, Anel, y eres, junto a Ariana, lo único bueno y más hermoso que he tenido en mi vida, no me

permitiré arruinarlo de nuevo.

—Te amo..., mamá.

Los meses pasaron y lo que pareció un momento de luz, se convirtió en luminiscencia constante. Analí mostró cada segundo su férrea decisión, su determinación, su meta.

Anel se mostraba aún más vivaz, más atenta a su entorno. La llegada de Lucía fue algarabía y regocijo total. Marcel y ella enfrentaron el parto tal como asumieron, uno al lado del otro. Con templanza, con fuerza. Lucía nació rodeada de una familia que la acogió con orgullo y amor. Listos para esta nueva aventura, sobraron manos con las que podían contar, Laura, Gina, la propia abuela de Marcel, pero, en todo momento, Anel solicitó la presencia de Analí y ella, decidida, se dedicó a cumplir su promesa y se convirtió en lo que desde un inició se juró; ser la madre que esa inigualable joven merecía.

La vida les regaló dicha, fuerza y coraje para afrontar cualquier tempestad, y así lo hicieron, con sus tres pequeños y su familia al lado, comprendiendo que las hebras del destino se seguirían uniendo y, a veces, retorciendo, que la felicidad y plenitud eran el resultado de las decisiones que, pese a las alteraciones, nada cambiaría lo que entre ambos creció desde aquel momento cuando él la salvó y ella lo salvó a él.

En lo desconocido siempre estuvo el misterio, en el misterio la intriga de seguir, de vivir, de sentir y, en ello, un mecanismo de protección que se vio afectado, modificado y asombrosamente transformado por esas ganas de continuar, por esa insaciable necesidad de creer que la vida aún tiene algo más que dar que, para amar hay que perdonar, que el fin puede curar y regalar la posibilidad de avanzar y que las respuestas a esas grandes preguntas las posees tú, nada más.



Ana Coello

Ana Coello nació en la Ciudad de México. Ejerció su carrera como docente por once años. Ahora dedica su tiempo a su familia y escribir, así como a compartir su material en una plataforma virtual de escritores desde septiembre del 2013, donde ella ha dado a conocer muchas de sus obras. Su primera novela publicada, *Muy profundo*, la cual ha llegado a todos los países de habla hispana gracias a la asombrosa acogida que tuvo entre sus lectoras. *Belleza atormentada*, consiguió la misma aceptación, así como *Eterno*, *Muy profundo II*, logrando con este último título, visitar varios países para presentarlo y agotando ejemplares y teniendo llenos en cada lugar.

www.anacoello.mx

www.wattpad.com/user/Themma

www.facebook.com/AnaCoelloAC

Table of Contents

[Tú, nada más](#)

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Sin remordimientos CAPÍTULO 1](#)

[Entorno negro CAPÍTULO 2](#)

[Condiciones CAPÍTULO 3](#)

[Juego extraño CAPÍTULO 4](#)

[No es una cita CAPÍTULO 5](#)

[Nada más CAPÍTULO 6](#)

[Vivir el momento CAPÍTULO 7](#)

[Trampa agria CAPÍTULO 8](#)

[Respuestas CAPÍTULO 9](#)

[Mejor que eso; nada CAPÍTULO 10](#)

[Horas vacías CAPÍTULO 11](#)

[Caos emocional CAPÍTULO 12](#)

[Corazón roto CAPÍTULO 13](#)

[Asunto resuelto CAPÍTULO 14](#)

[Fin del juego CAPÍTULO 15](#)

[Aprendiendo CAPÍTULO 16](#)

[Su razón CAPÍTULO 17](#)

[Tanta maldad CAPÍTULO 18](#)

[Aparentemente frágil CAPÍTULO 19](#)

[Lo que sí era CAPÍTULO 20](#)

[Espacio oscuro CAPÍTULO 21](#)

[Tú, nada más CAPÍTULO 22](#)

[Su fin CAPÍTULO 23](#)

[Monstruo CAPÍTULO 24](#)

[Luz extinta CAPÍTULO 25](#)

[Libre como el pensamiento CAPÍTULO 26](#)

[Así lo quiero, así lo quiere CAPÍTULO 27](#)

[Eres todo CAPÍTULO 28](#)

[Un motivo CAPÍTULO 29](#)

[Rabia CAPÍTULO 30](#)

[Mundo de sombras CAPÍTULO 31](#)

[Aturdido CAPÍTULO 32](#)

[Colisión CAPÍTULO 33](#)

[Inevitable CAPÍTULO 34](#)

[La luz CAPÍTULO 35](#)

[Luminiscencia EPÍLOGO](#)

[Ana Coello](#)